Lara Feigel

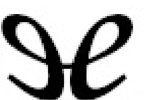
EL AMARGO SABOR DE LA VICTORIA

En las ruinas del Tercer Reich



Lara Feigel

EL AMARGO SABOR DE LA VICTORIA



En las ruinas del Tercer Reich



Una brillante y novedosa visión del proceso de desnazificación de Alemania después de la segunda guerra mundial. El amargo sabor de la victoria narra la fascinante historia de cómo algunos de los escritores y artistas más imaginativos del siglo XX afrontaron una de las mayores catástrofes históricas de su tiempo. Tras la rendición de Alemania en 1945, y de forma paralela al proceso de reconstrucción del país iniciado por los aliados, estos sintieron la necesidad de reconstruir la cultura y la historia alemanas, de las que los nazis se habían apropiado. Este «reinicio» tenía que ser intelectual, además de material: la desnazificación y la reeducación iban a ser centrales para la futura paz, y las artes se hicieron cruciales para modelar una forma de vida alternativa menos basada en el militarismo.



Lara Feigel

El amargo sabor de la victoria

En las ruinas de Tercer Reich

ePub r1.0
Titivillus 28.11.2020

Título original: *The Bitter Taste of Victory*
Lara Feigel, 2016
Traducción: Jordi Beltran Ferrer
Diseño de cubierta: Una familia procedente del Este descansa en una calle de Berlín, 14 de abril de 1946; © Popperfoto - Getty Images

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para John

AGRADECIMIENTOS

El presente libro forma parte de un estudio del papel que desempeñan las instituciones en la configuración de la cultura, por lo que es apropiado que en primer lugar exprese mi agradecimiento a dos instituciones ejemplares. La concesión de una beca por parte del European Research Council me proporcionó un periodo de cinco años para terminar la investigación y escribir el libro, y también trajo un grupo de investigadores y expertos al King's College. Agradezco muchísimo estos recursos de tiempo y dinero y, sobre todo, la presencia de eruditos con inquietudes afines que han ampliado la conversación e impulsado mi labor en direcciones imprevistas. Al mismo tiempo, la concesión del Premio Philip Leverhulme del Leverhulme Trust me ha proporcionado fondos extraordinarios para viajes y ayuda en la investigación y, crucialmente, lugares donde escribir.

Mientras escribía me he sentido agradecida una vez más por la compañía y la amistad de otros escritores: especialmente Juliet Gardiner, que también ha ayudado a dar forma al proyecto desde el principio, y Hannah Mulder, que estuvo conmigo cruzando velozmente playas azotadas por el viento cuando hice la primera propuesta de escribir el libro y al terminar la coda. Asimismo Juliet leyó todo el manuscrito y ofreció comentarios de valor incalculable y exigentes, como hicieron también Lisa Appignanesi Ian Patterson y Alexandra Harris, cuyos elevados criterios continúan siendo una fuente de inspiración y cuya amistad sigue siendo una fuente de apoyo.

El libro me ha hecho salir de mis propias zonas de confort, que son la cultura británica y la biografía, y entrar en los campos de la historia militar, la literatura alemana y la política de la guerra fría. He sido sumamente afortunada porque he podido aprovechar la pericia de amigos en cada uno de estos campos y estoy muy agradecida a los historiadores Antony Beevor y Richard Overy, a los germanistas Stephen Brockmann y Werner Sollors y al teórico político Geoffrey Hawthorn por robar tiempo a su propio trabajo de escritores para leer mi manuscrito.

El departamento de inglés del King's College de Londres continúa proporcionándome una base muy feliz desde la cual llevé a cabo mi investigación. Debo dar las gracias a los directores del departamento, Josephine McDonogh y Richard Kirkland, por apoyarme al solicitar la beca y permitirme luego dirigir el proyecto ERC. Este proyecto, Beyond Enemy Lines [Detrás de las líneas enemigas], significó el comienzo de una agradable y provechosa colaboración con colegas del departamento de alemán —Eric Carter, Ben Schofield y Bobbi Weninger— y con los especialistas y doctorados con los que llevo el proyecto: Elaine Morley, Emily Oliver, Hanja Dämon y Julia Vossen. También ha supuesto el valiosísimo apoyo administrativo de Helena Metslang. Dentro del departamento de inglés estoy agradecida por la entrega y la brillantez, a menudo asombrosas, de los estudiantes de doctorado que han trabajado de ayudantes en la investigación: Eleanor Bass, Nicola von Bodman-Hensler, Oline Eaton, Natasha Periyan y Julia Schoen. También estoy profunda y felizmente en deuda con el trato intelectual, los consejos y la amistad de Neil Vickers, Max Saunders, Edmund Gordon y Jon Day.

Tengo la suerte de contar con un círculo de amigos leales, estimulantes e informados que me han ayudado con sus conversaciones, tanto intelectuales como personales, y han sido una fuente de buen humor y de apoyo durante todo el tiempo que he empleado en escribir el libro. Además de los ya mencionados, quisiera dar las gracias a Susie Christensen, David Godwin, Katie Graham, Jeremy Harding, Richard Holmes, Eveline Kilian, Sarah Lefanu, Alison MacLeod, Kate McLoughlin, Leo Mellor, Sara Mohr-Pietsch, Vike Plock, Stephen Romer, Matthew Spender, John-Paul Stonard, Lyndsey Stonebridge, Hannah Sullivan e Íñigo Thomas.

Entre los numerosos archivos y bibliotecas que visité durante la investigación, me gustaría expresar especial gratitud al personal de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library de la Universidad de Yale, la Berg Collection de la New York Public Library, la Boston University Special Collections, la JFK Memorial Library, la London Library, el Monacensia Literaturarchiv, los National Archives (Londres), la National Archives and Records Administration (Washington) y la University of Tulsa Special Collections. Estoy agradecida a los colegas locales que hicieron que estos viajes de investigación fueran agradables, especialmente a Lars Engel y Sean Latham de Tulsa. También me gustaría dar las gracias a quienes me han dado acceso a los manuscritos de sus padres: Alexandra Matthews, Christine Shuttleworth y Matthew Spender, y a Caroline Moorhead por compartir su sabiduría acerca de Martha Gellhorn.

En Bloomsbury sigo teniendo al editor ideal en Michael Fishwick. Su lealtad inquebrantable conmigo y mis escritos significa más de lo que puedo decir. También estoy agradecidísima a la aportación editorial y la serena eficiencia de Anna Simpson y Marigold Atkey, y al aliento sostenedor de Alexandra Pringle en Londres y de George Gibson en Nueva York. Zoe Waldie me ayudó a dar forma al libro cuando empecé a escribirlo y Tracy Bohan a medida que el texto avanzaba hacia la imprenta. Ambas han sido alegres colaboradoras que han hecho que el proceso de escribir y ser publicada fuese mucho más fácil.

Mi hijo, Humphrey, ha pasado la totalidad de sus cuatro años de vida compitiendo con el libro y le estoy agradecida por hacer que mis ratos libres fueran tan divertidos. Es significativo que en el archivo fotográfico de mi teléfono sus fotos alternen con las de Marlene Dietrich y Martha Gellhorn y que Humphrey las acepte ahora como parte de su familia virtual. Espero que siga siendo así durante mucho tiempo. Una vez más estoy agradecida a todos los abuelos de Humphrey por su apoyo, que hizo que la investigación y los viajes para escribir fueran posibles, y a mis padres por su amor, su interés y su aliento. El libro está dedicado a mi marido, John, cuya aceptación incondicional de mi necesidad de leer y escribir, con frecuencia en lugares remotos, ha hecho posibles estos años en los que he compaginado la escritura con la maternidad. Mucho antes, con todo, John

me llevó a Berlín cuando yo no acababa de decidirme a ir, y así empezó una relación amorosa de diez años con la ciudad que quizá John haya lamentado alguna vez. Ahora Berlín es tan mía como suya, y aunque mi Berlín es una ciudad de lagos y parques mientras que su Berlín es una ciudad de edificios y cultura, a veces las dos coinciden y los resultados siguen siendo enormemente placenteros.

Prefacio

Cuando digo a la gente que estoy escribiendo un libro sobre la Alemania de la posguerra, con frecuencia me preguntan si «Feigel» es un apellido alemán. Que yo sepa, en realidad es de origen polaco; cuando el padrastro de mi padre se mudó a Bélgica en la década de 1920 seguramente modificó la forma de escribirlo para integrarse. O quizá cambió su apellido justo antes de la guerra, para que pareciese alemán en lugar de judío. A la sazón estaba casado con la hermana de mi abuela, y ahora me doy cuenta de que no conozco el apellido de mi verdadero abuelo. Lo que sí me consta es que los alemanes no gozaban de simpatía entre los parientes judíos de mi padre, que pasaron la contienda en campos de concentración, ni entre la familia holandesa de mi madre, que la pasaron comiendo bulbos de tulipán en la Amsterdam ocupada. Mi abuela holandesa todavía se queda helada cada vez que oye hablar alemán y se alarma cuando voy a Alemania.

Y, a pesar de ello, una y otra vez me he sentido atraída por Berlín, una ciudad a la que amo, cuya acumulación de estratos de historia ejerce una fascinación infinita en mí. Mis conocimientos de alemán son mayores que los de holandés (inexistentes) o de yidis. ¿Es borrar la historia de la familia lo que hago cuando bajo alegremente en bicicleta por la Unter den Linden o cuando paso por delante del Reichstag, despreocupada, sin prestar atención a los edificios donde Hitler tramó los acontecimientos que destruyeron la vida de mis abuelos? ¿O es hacer frente a algo que ninguna de las dos partes de la familia, ni la paterna ni la materna, es capaz de afrontar y que nos hace entrar por fuerza en el futuro paneuropeo que en 1945 tanta gente

(aunque no, creo, mis abuelos) esperaba crear? Si es así, tardé algún tiempo en alcanzar este punto, y ahora parece inevitable que llegara sana y salva a Alemania en compañía de escritores británicos de la década de 1940.

Mi interés por la segunda guerra mundial empezó en Londres y no en Europa. Fue una guerra en la que la tragedia se representó en una escala razonable: una guerra en la que la gente daba fiestas y tenía amoríos en medio de los bombardeos y, lo más importante de todo, una guerra sobre la que se podía hablar y escribir. A menudo, solo al mirar atrás vemos por qué escribimos nuestros libros. Durante una visita a la India un año después de la publicación de *The Love-charm of Bombs*, un periodista me preguntó qué me había empujado a escribir esta crónica de la vida de cinco escritores que pasaron el conflicto en Londres. ¿Mi propia familia vivía a la sazón en Londres? Respondí que, de hecho, pensaba que esta entusiástica celebración del carácter inglés (si bien en compañía de una escritora austríaca exiliada, Hilde Spiel) fue una forma de apartarme de mi familia, en la que la guerra era un tema tabú, tanto para los holandeses como para los judíos. A mis abuelos no les podías preguntar despreocupadamente qué hicieron durante la contienda y, debido a ello, lo que conozco de sus experiencias es solo el resultado de juntar fragmentos sueltos, demasiado horribles para volver a hablar de ellos.

Es a la vez extraño e inevitable que esta revelación se produzca tan lejos de casa. Ahora parece obvio que *The Love-charm of Bombs* surgió de un inveterado deseo de hacerme a mí misma tan inglesa como fuera posible, principalmente por medio de la inmersión en la literatura inglesa del pasado y del presente. Durante todos los años que pasé estudiando literatura inglesa, leyendo con deleite sobre formidables excéntricos ingleses de una era desaparecida, creé una ascendencia diferente para mí misma. Y al identificarme luego con Elizabeth Bowen caminando por las calles oscurecidas para protegerse de los bombardeos, al imaginar que me resguardaba de las bombas con Graham Greene, reivindiqué la guerra en Londres como mi propio patrimonio.

Pero resultó ser más complicado. No todos los escritores británicos se quedaron en Londres; algunos fueron a Alemania y Austria. Visitaron lo que quedaba de los campos de concentración donde había estado internada

la familia de mi padre; vieron las demacradas víctimas de Hitler. Mientras preparaba la edición de los diarios de Stephen Spender, viajé a Alemania con él en 1945, al leer su asombrosa descripción de las ruinas alemanas. Mientras escribía *The Love-charm of Bombs*, seguí a Graham Greene y Elizabeth Bowen a Austria y a Peter de Mendelssohn a Alemania. Resultó que docenas de figuras literarias y artísticas británicas y norteamericanas habían sido enviadas a Alemania en 1945 para que fuesen testigos de la destrucción, o ayudaran a empezar a reconstruir el país que sus gobiernos habían destruido. Al lado de Spender, había otras figuras británicas sobre las que yo había escrito anteriormente: W.H. Auden, Humphrey Jennings, Rebecca West. Tal vez las figuras norteamericanas eran aún más interesantes: Martha Gellhorn, Ernest Hemingway, Lee Miller. Y luego estaban las alemanas y las austríacas, enviadas a Alemania vistiendo el uniforme de los vencedores: Klaus y Erika Mann, Carl Zuckmayer, Billy Wilder.

Fascinada por estas historias inesperadas de connivencias anglo-alemanas, me encontré con que no podía desentenderme de la guerra en Europa para siempre. Me encontré con que el mundo del Londres literario y el mundo de mi familia no eran tan fáciles de separar como yo había querido que fueran. Ya amaba Berlín, donde había descubierto una vida de ir en bicicleta, nadar y frecuentar cafés, una vida propicia a la escritura. Ahora me interesaba más quitar sus estratos de historia y ver lo que quedaba de la era nazi, curiosamente recubierta por el legado de la ocupación que había acabado por dividir la ciudad en dos.

A estas alturas ya he pasado más tiempo en Alemania que cualquiera de mis parientes por parte de padre o de madre. También sé más sobre la contienda en Europa de lo que quería saber al principio. En las páginas siguientes se investiga si 1945 fue un momento de esperanza o de desesperanza. Lo que es seguro es que fue un momento que puso en entredicho todo intento de catalogar pulcramente la nacionalidad. De hecho, para gente como Stephen Spender esta ruptura de las líneas divisorias claras entre las naciones fue un efecto positivo de una guerra que tenía el potencial para reconfigurar Europa como entidad transnacional unida por su cultura en común. Tal vez algún día otro periodista me preguntará si el libro refleja

la herencia que recibí de la guerra, y sin duda mi respuesta me sorprenderá. Quizá será el momento en que encontraré sentido a mi acento inglés y mis preocupaciones inglesas, mi ascendencia de Europa oriental y Holanda y mi nombre alemán.


Alemania, 1945:
zonas de ocupación
0
100
200 millas
0
100
200
300 km
N
Mar del Norte
Países Bajos
Amsterdam
Rin
Británica
Bremen
Hamburgo
Ludwiglust
Wöbbelin
Bergen Belsen
Bad Oeynhausen
(cuartel general británico)
Hanover
Véase
sig. pág.
Berlín
Polonia
Münster
Bielefeld
Alemania
Soviética
Duisburg
Essen
Düsseldorf
Colonia
Bélgica
Bruselas
Aquisgrán
Bonn
Bosque de
Hürtgen
Bad Hombrug
(cuartel general estadounidense)
Frankfurt
Buchenwald
Leipzig
Weimar
Dresde
a Auschwitz-
Birkenau
Sissone
Luxemburgo
Luxemburgo
a París
Praga
Checoslovaquia
Nuremberg
Estadounidense
Stuttgart
Rin
Francia
Francesa
Múnich
Dachau
Viena
Austria
Suiza
Italia
Yugoslavia



Berlín, 1945:
sectores de ocupación
Zona soviética
N
Sector
francés
Tegel
Pankow
Wedding
Prenzlauerberg
Sector
británico
Spree
Reichstag
Centro
Cancillería
de Hitler
Friedrich-
schain
Sector
soviético
Extremo oeste
Unter den Linden
Tiergarten
Potsdamer Platz
Kreuzberg
Charlotten-
burg
Schone-
berg
Gatow
Grunewald
Neukölln
Aeropuerto de Tempelhof
Dahlem
Tempelhof
Spree
Zehlendorf
Sector
estadounidense
Köpenick
Wannsee
Grünau
Zona soviética
0 1 2 3 4 5 millas
0 2 4 6 8 km

Introducción

Llegar a Alemania en los últimos meses de la segunda guerra mundial era encontrarse con un apocalipsis. Berlín, Múnich, Colonia, Frankfurt, Dresde…, los viejos nombres no tenían nada que ver con los escombros que ahora se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros, sembrados de cadáveres. En Berlín, las calles no estaban arrasadas del todo. En vez de ello, solo quedaban las fachadas; delgadas franjas de argamasa y yeso cuyas ventanas reventadas dejaban ver el vacío donde unos hogares se habían desmoronado detrás de ellas.

Casi todas las ciudades de Alemania habían sufrido intensos bombardeos. Al terminar el conflicto, la quinta parte de los edificios del país se hallaba en ruinas[1]. La mayoría de Alemania se habían sumido en la oscuridad a medida que los bombardeos iban destruyendo una central eléctrica tras otra; no había ninguna ciudad donde el gas, el agua y la electricidad funcionaran al mismo tiempo. Las calles de los centros urbanos aparecían extrañamente desiertas. Los supervivientes se habían refugiado bajo tierra, en los sótanos o en los cráteres abiertos por las bombas, y salían a hurgar en los escombros en busca de comida o agua. En las hileras de casas arrasadas o semiderruidas vivían principalmente las *Trümmerfrauen* o «mujeres de los escombros», figuras nervudas y fuertes que trabajaban para los aliados retirando a mano las montañas de cascotes[2].

Entre ciudades, las maltrechas *Autobahnen* se hallaban abarrotadas de refugiados. Gran parte de la nación se encontraba en marcha, sin ningún destino concreto. En septiembre de 1944 había 7,5 millones de extranjeros

en Alemania y todos ellos trataban ahora de volver a casa o alcanzar alguno de los campos de personas desplazadas que habían montado los aliados. Además, millones de alemanes se habían quedado sin hogar a causa de los bombardeos y 13 millones de alemanes no tardarían en ser expulsados de Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia, Hungría y Rumania, cuando las fronteras de estos países volvieran a trazarse para incluir en ellos territorios que antes formaban parte de Alemania[3]. Las carreteras aparecían atestadas de familias que arrastraban carretillas con niños o parientes ancianos sentados encima de unos cuantos muebles; de exsoldados de la Wehrmacht, reconocibles, según un observador, por los sucios uniformes grises que colgaban de sus descarnadas extremidades, sus pies vendados y su «semblante de derrota»[4].

Estas fueron las escenas que se ofrecieron a los ojos de Ernest Hemingway y de la que pronto sería su exesposa, Martha Gellhorn, cuando llegaron en la primavera de 1945, ansiosos de estar entre los primeros testigos de los efectos de los bombardeos. Relativamente bien alimentados con raciones del Ejército y bien vestidos con uniformes norteamericanos, destacaban entre los alemanes andrajosos que corrieron hacia ellos llamándoles audazmente liberadores. Se encontraron con que los mapas no servían para nada. Norte y sur, izquierda y derecha eran palabras sin sentido cuando no había cruces ni esquinas que diferenciasen un montón de escombros de otro. Al entrar en Colonia en marzo de 1945, Gellhorn se preguntó si lo que veía tenía demasiados elementos de pesadilla para ser real. Más que una ciudad, parecía «uno de los grandes depósitos de cadáveres del mundo». Pero no sintió pena al ver la devastación porque estaba demasiado horrorizada ante el espectáculo de «toda una nación escurriendo el bulto»: nadie estaba dispuesto a admitir que era nazi. Esto mismo pensaba la fotógrafa Lee Miller, que encontró a los habitantes de Colonia «repugnantes por su servilismo, su hipocresía y su afabilidad»[5].

Otros reporteros aliados fueron capaces de ser más comprensivos. El escritor británico George Orwell llegó a Colonia después de Gellhorn, más avanzado el mes de marzo, y le afligió ver cómo una ciudad entera podía ser reducida a «un caos de paredes melladas, tranvías volcados, estatuas hechas añicos y enormes torres de cascotes de las cuales surgían vigas de

hierro como espigas de ruibarbo». Pero cuando los campos de concentración fueron liberados en abril de 1945, y los periodistas vieron los cadáveres amontonados y los supervivientes esqueléticos, resultó todavía más difícil compadecer a los derrotados alemanes. Miller, Gellhorn y otros se preguntaron de dónde había salido tanta maldad y en qué medida todos los alemanes eran responsables, o al menos cómplices, del horror[6].

Hemingway, Gellhorn, Miller y Orwell estuvieron entre las primeras figuras culturales británicas y norteamericanas que llegaron a Alemania. Fueron patrocinados por gobiernos que habían previsto que los periodistas formasen parte del esfuerzo de guerra y querían que informaran sobre el poder de sus fuerzas y la brutalidad del enemigo. El gobierno estadounidense también había enviado actores y cantantes para que distrajesen a las tropas, así que Marlene Dietrich, vieja amiga de Hemingway, llegó a Alemania poco después de él, como artista de las United Service Organization [Organización de Servicio Unido], orgullosa de servir al gobierno de su nueva patria, aunque horrorizada al ver su patria hecha jirones. Era demasiado leal a Estados Unidos y estaba demasiado enfadada con sus antiguos compatriotas para sentir mucha comprensión. «Supongo que Alemania se merece todo lo que le suceda», dijo a un reportero[7].

En mayo de 1945, Alemania se rindió y Gran Bretaña, Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia dividieron el país vencido en cuatro zonas y cada una mandó más fuerzas de ocupación para que administrasen la suya. Berlín fue dividida en cuatro sectores, aunque la ciudad se encontraba en la zona soviética. En julio los ocupantes asumieron en Potsdam la responsabilidad de reconstruir el país económica, política y, de forma más sorprendente, culturalmente. A resultas de ello, un nuevo grupo de escritores y artistas británicos y norteamericanos llegó a Alemania para ayudar a reconstruir el país que sus fuerzas armadas habían destruido durante los últimos cinco años.

Para esta tarea se necesitaban personas que hablasen alemán. Varias de las figuras a las que cabría denominar «embajadores culturales» eran escritores que habían pasado algún tiempo en Alemania antes de la contienda. Entre ellas se hallaban dos poetas británicos, W.H. Auden,

enviado por el gobierno norteamericano para que informase sobre la reacción de los ciudadanos a los daños ocasionados por las bombas, y su amigo Stephen Spender, al que el gobierno británico había encargado que examinara el estado de las universidades alemanas. Auden y Spender habían visitado Alemania en la década de 1920, atraídos por su ambiente de promiscuidad sexual y su arte vanguardista. Esta vez llegaron llenos de expectación, con el propósito de buscar los sórdidos bares de Berlín y los acogedores cafés de Múnich donde en otro tiempo habían asistido a espectáculos de *cabaret* y hablado de filosofía, pero únicamente encontraron ruinas; el patio de recreo de su juventud había sido arrasado. Mientras deambulaba por la devastada ciudad de Darmstadt, Auden no dejó de llorar un solo momento, y en su informe dijo que «la gente… está increíblemente triste»[8].

Los aliados también hicieron uso de los exiliados alemanes que vivían en Gran Bretaña y Estados Unidos. El cineasta austriaco Billy Wilder fue enviado por el gobierno norteamericano para que ejerciese de funcionario cinematográfico en su zona y volvió a Berlín, donde había residido hasta que en 1933 Hitler hizo que también esa ciudad resultara peligrosa para él, dada su condición de judío. Rodeado de viejos amigos, a nadie hubiese extrañado que tuviese lástima de los humillados alemanes, pero se pasaba horas y horas viendo películas rodadas en los campos de concentración y era incapaz de establecer diferencias entre los demacrados habitantes de la ciudad bombardeada y los responsables de los campos de exterminio. «¡Quemaron a la mayor parte de mi familia en sus malditos hornos!», dijo Wilder. «¡Espero que ardan en el infierno!»[9].

Enviado para que se encargase de la prensa en la zona británica de Berlín, el novelista alemán exiliado Peter de Mendelssohn veía ahora a los alemanes como una «pandilla de ladrones y asesinos y criminales abyectos», pero se sintió más turbado que Wilder al ver las ruinas de las ciudades de su juventud. Se encontró con que no solo los mapas sino también la lengua misma se había vuelto insuficiente. «Teníamos un vocabulario para describir ciudades bombardeadas», dijo, pero ahora palabras como «dañadas, voladas, calcinadas, destruidas, rotas» y términos como «escombros, pared derruida, ladrillos, obra de albañilería, vigas

dobladas, vigas caídas» se habían vuelto superfluos. No había «daños» porque la cosa dañada misma había desaparecido. En su lugar, uno necesitaba «ojos nuevos para ver y palabras totalmente nuevas para describir» lo que solo de forma metafórica podía evocar como «un mar blanco de cascotes, sin cara y sin rasgos distintivos bajo la brillante luz del sol, hectáreas y más hectáreas de huesos blancos, blanqueados, el esqueleto yacente de un animal gigantesco»[10].

El presente libro cuenta la historia de Alemania entre 1944 y 1949 vista con los ojos de veinte escritores, cineastas, pintores, actores y músicos que llegaron de Gran Bretaña y Estados Unidos y se esforzaron por entender el mundo de la posguerra. Además de las que ya hemos presentado, entre otras figuras importantes cabe citar a Thomas Mann y dos de sus hijos, Klaus y Erika, que estuvieron en Alemania en calidad de norteamericanos; el dramaturgo germano-norteamericano Carl Zuckmayer; el cineasta británico Humphrey Jennings; la novelista Rebecca West; la pintora Laura Knight, y el editor Victor Gollancz. También hacen breves apariciones Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir (que visitaron la zona francesa), Bertolt Brecht (que visitó la zona soviética), el compositor alemán Paul Hindemith, el novelista norteamericano John Dos Passos y el novelista británico Evelyn Waugh. La atención se centra en las figuras más conocidas que visitaron Alemania por la obvia razón de que sus informes tenían más repercusión en Estados Unidos y Gran Bretaña. Todos ellos influyeron en la opinión que el público de sus países de origen tenía sobre la Alemania posbélica, determinaron la política de reconstrucción de los aliados en Alemania o produjeron obras de arte importantes que fueron fruto de la impresión que la nación derrotada causó en ellos.

En el plano individual, estas figuras tenían con frecuencia diversos motivos personales para ofrecerse voluntariamente a visitar Alemania: la curiosidad o el deseo de ayudar o castigar, o una necesidad más sencilla como era la de encontrar a viejos amigos o a familiares. En el plano colectivo, fueron enviadas por gobiernos que pusieron el periodismo y, de

forma más controvertida, las artes en el centro de sus planes para reconstruir Alemania.

Desde que en 1942 los planes para la Alemania de la posguerra pasaron a ser una probabilidad más que una aspiración, diplomáticos y economistas de Gran Bretaña y Estados Unidos venían preguntándose qué clase de futuro podía haber para dicho país una vez derrotado. ¿Cómo sería castigado y a la vez reconstruido y qué se entendía por castigo y reconstrucción? ¿Cómo impondrían los aliados una resolución que garantizara que los alemanes nunca volverían a devastar Europa? ¿Cómo se pedirían cuentas a los arquitectos de la lucha, los bombardeos y el genocidio en los campos de concentración?

En 1945 las estimaciones oficiales sobre la duración de la ocupación por parte de los aliados oscilaban entre diez y cincuenta años. Cuando los aliados empezaron a gobernar el país dividido, la tarea más urgente era alimentar a sus nuevos súbditos y tratar de restaurar los suministros de electricidad, gas y agua, así como el transporte, en sus zonas. Pero desde el principio resultó claro que no se trataría únicamente de una cuestión de reconstruir casas, calles y, en algunos casos, ciudades enteras que los bombardeos aliados habían destruido, y tampoco de prestar ayuda económica. Al finalizar el conflicto, Alemania se había convertido en el dilema de Gran Bretaña y Estados Unidos. Para evitar futuras guerras, era esencial crear una nación pacífica y estable, y fue por esta razón que la cultura vino a interpretar un papel crucial en el programa de reconstrucción.

En Potsdam los aliados redactaron un acuerdo cuya finalidad era preparar a los alemanes «para la futura reconstrucción de su vida sobre una base democrática y pacífica». Este objetivo se alcanzaría por medio de la desnazificación, el desarme, la desmilitarización, la democratización y la reeducación. La desnazificación llevaba aparejadas la sencilla tarea de expulsar a los nazis que ocupaban posiciones de poder y una tarea más compleja, pero al mismo tiempo más fundamental, que consistía en reconfigurar la sociedad alemana para que fuese menos militarista. Las artes serían de suma importancia para presentar a los alemanes otras filosofías y otros modos de interacción. Para los norteamericanos, la democracia no era solo el sistema político imperante en su país, sino también su género de

vida, y eso lo incluía todo, desde el comportamiento en los transportes públicos hasta los estilos de baile, y podía demostrarse por medio del arte, la música, los libros y especialmente las películas[11].

Alemania debía nacer de nuevo; había que reconstruir a sus ciudadanos además de sus ciudades. Era una campaña dirigida a la mente de los alemanes, una «reeducación» en las ideas de la paz y la civilización[12]. Así, súbitamente, una generación de escritores, cineastas, artistas, músicos y actores británicos y norteamericanos se encontró en la vanguardia de la campaña destinada a rehacer un país. La posguerra inmediata fue una periodo en el que la cultura tenía importancia, en el que los escritores y los artistas eran considerados elementos fundamentales para alcanzar una resolución pacífica no solo en Alemania, sino también en toda Europa. Cuando se fundó la Unesco —la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura— en noviembre de 1946 con el fin de evitar la guerra, el principio que la guiaba era que «dado que las guerras empiezan en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben construirse las defensas de la paz». Esto fue aceptado por los políticos y los patrocinadores en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países fundadores como manifiesto para la transformación cultural. Las figuras culturales que llegaron a Alemania en 1945 albergaban a menudo la esperanza de forjar no solo una Alemania nueva y desnazificada, sino también una Europa nueva y pacifista[13].

La historia que se cuenta aquí se divide en dos periodos distintos. El primero, que va de 1944 a 1946, que fue un periodo de reconstrucción urgente e idealismo cultural; una época en la que los aliados planearon fundamentalmente la desnazificación de Alemania y trataron de usar la cultura para conseguirla. Este periodo culminó con el procesamiento de veintidós líderes nazis en Nuremberg entre noviembre de 1945 y octubre de 1946, un juicio épico que observaron Rebecca West, John Dos Passos y Erika Mann, entre otros. Después de concluir el juicio en el otoño de 1946, los alemanes dejaron de ser prisioneros y se transformaron en súbditos. Al mismo tiempo se acentuaron las diferencias entre la zona soviética y las

zonas occidentales de Alemania y la cooperación entre los aliados en el gobierno de Berlín se vino abajo. El comienzo de la guerra fría y el consiguiente cambio de enemigos hicieron que las autoridades británicas y norteamericanas tuvieran mucho interés en cooperar con los alemanes en la lucha contra los rusos, lo que a su vez convirtió la desnazificación en algo anacrónico e innecesario. Esto afectó directamente a los artistas británicos o estadounidenses que visitaron Alemania porque a partir de 1947 formaron parte del arsenal aliado de la guerra fría.

En esencia, esta es una historia sobre personas cuyos objetivos a veces o, de hecho, a menudo no coincidían con los de sus gobiernos. Incluso en 1945 varios de los escritores y artistas visitantes encontraron absurdos los objetivos de los aliados. Todos los británicos y norteamericanos que estaban en Alemania eran oficialmente «fuerzas de ocupación», segregados de los alemanes en los cafés y comercios y bajo la prohibición de alternar con ellos. El folleto que daban a los soldados y funcionarios británicos antes de partir para Alemania les informaba de que no podía haber alemanes buenos: «Los alemanes no se dividen en alemanes buenos y alemanes malos… Lo único que hay son elementos buenos y elementos malos en el carácter alemán, y estos últimos son los que generalmente predominan». Pero a escritores como Spender y Auden, que habían admirado a Alemania y a muchos de sus habitantes antes de la guerra, esto les parecía ridículo, igual que la posibilidad de transformar la nación alemana por medio de las culturas británica y norteamericana. ¿Acaso no habían tenido los alemanes una *Kultur* propia muy superior, una cultura que había dominado el paisaje artístico de Europa durante varios siglos? Esto llevaba a una segunda pregunta. Si la literatura, la música y el cine alemanes no habían impedido que el pueblo alemán siguiera a Hitler (si, de hecho, desde el campo de concentración de Buchenwald se podía ir andando a la antigua casa de Goethe en Weimar, la capital simbólica de la *Kulturnation*), ¿cómo iban a alcanzar su objetivo la cultura británica y la norteamericana[14]?

En 1947 las opiniones de la mayoría de los protagonistas ya divergían de las de sus gobiernos, y los que, como Klaus Mann, aún visitaban Alemania se convirtieron en individuos aislados que lamentaban un momento en que se había desaprovechado la oportunidad de forjar una

Alemania y una Europa nuevas. Al final, la mayoría de las figuras que se examinan aquí tuvieron una influencia en Alemania menor que la que Alemania tuvo en ellas. El resultado es que esta no es tanto una historia de Alemania en los años posteriores a la contienda como la historia de un grupo de escritores y artistas que comprobaron que el encuentro con la Alemania en ruinas hacía necesario un periodo de reconstrucción personal. Abatidos por su propia impotencia ante la devastación a una escala que nunca habían creído posible en 1945, decepcionados luego por el fracaso del intento aliado de utilizar la cultura para ganar la paz, buscaron en vano posibles modos de redención[15].

Algunos intentaron contrarrestar el odio y la amargura con el amor y desafiaron el hedor de la muerte comprometiéndose a vivir. Pero cuando el intenso presente en suspenso de la guerra dio a paso a la posguerra, su intento se hizo más difícil. Una promesa más duradera de redención la ofrecía el arte mismo. En 1945, tanto Spender como Klaus Mann se comprometieron con una visión de una Europa nueva y unida, apoyada por un legado artístico común que permitiría sustituir el nacionalismo por una conciencia común de humanidad colectiva. La mayoría de los artistas, sin embargo, buscaron una forma más personal de reconstruirse por medio de la creación artística. Oscilaban entre ver Alemania como un lugar real, con problemas prácticos, burocráticos, o un marco de ensueño en el que todos los objetos eran simbólicos. Al afrontar el dilema de la reconstrucción de Alemania, crearon un género artístico que exploraba cuestiones de culpa, expiación y redención sobre un fondo de ruinas apocalípticas.

Es un género en el que podríamos incluir obras tan diversas como la novela de Martha Gellhorn *Point of No Return* [Punto sin retorno], la crónica de Stephen Spender de su estancia en Alemania, *European Witness* [Testigo europeo], el poema alegórico de W.H. Auden «Memorial for the City» [Monumento conmemorativo a la ciudad], la película triunfalmente cómica de Billy Wilder *Berlín Occidente (A Foreign Affair)*, el documental de Humphrey Jennings *A Defeated People* [Un pueblo derrotado], los cuadros del juicio de Nuremberg que pintó Laura Knight, las fotografías oblicuamente surrealistas que Lee Miller hizo en Alemania, la crónica extrañamente personal de Rebecca West de su estancia en Nuremberg,

«Greenhouse with Cyclamens» [Invernadero con ciclamen], y la novela inacabada de Klaus Mann *The Last Day* [El último día[16]]. En todas estas obras se hizo uso del paisaje concreto de las ciudades bombardeadas, los campos de concentración o la pompa caída del Tercer Reich para explorar cuestiones más metafísicas de culpa. Al examinar Alemania desde la perspectiva de un extranjero, estos artistas vieron en la tragedia alemana una tragedia mayor como es la condición humana.

A finales de la década de 1940, el paisaje artístico de Alemania estaba dominado por un género que se conocería por el nombre de *Trümmerliteratur* (literatura de escombros) o *Trümmerfilm* (cine de escombros): el arte que tenía por marco las ruinas de las ciudades bombardeadas e imbuía la «hora cero» posbélica de forma física y estudiaba la relación entre la destrucción arquitectónica y la psicológica[17]. Quizá al género de obras que los visitantes británicos y norteamericanos enmarcaron en Alemania se le podría llamar «literatura de escombros extranjera» o incluso *Fremdentrümmerliteratur* (literatura de escombros extranjera). Era un género que preguntaba, en esencia, qué derecho tenían los aliados a juzgar a Alemania desde fuera cuando también ellos eran culpables. Sin duda compartían la responsabilidad de los crímenes de Alemania porque habían permitido que sucedieran. Los aliados habían condonado la agresión inicial de Hitler y luego, durante la guerra, habían luchado para vencer en vez de para impedir la inhumanidad, y no habían puesto en libertad a los judíos en los territorios que liberaban ni habían aprovechado su conocimiento de lo que les estaba ocurriendo para influir en la opinión que el mundo tenía de los nazis. «Los vencedores que nos pongan en el banquillo de los acusados deben sentarse a nuestro lado. Hay espacio», comentó en su diario el escritor alemán Erich Kästner el 8 de mayo de 1945[18].

Este género, el de la «literatura de escombros extranjera», incluye la gran novela que Thomas Mann escribió en la posguerra, *Doktor Faustus*, obra de alguien que no había visto las ruinas que describía, pero que había oído hablar de ellas a sus amigos e hijos que visitaron Alemania y que ahora las recreaba imaginativamente con detalles aterradores en su estudio de California. Es una novela que adquiere una nueva resonancia y se hace

más conmovedoramente confesional cuando se lee al lado de *Point of No Return* o *Berlín Occidente*, porque la angustiada distancia entre Mann y las escenas que describe se convierte en la emoción central de su libro.

Todas estas obras son ajustes de cuentas que al mismo tiempo hacían posible una especie de tolerancia ante la amarga decepción. Colectivamente, demuestran la lenta y ambivalente reconstrucción del espíritu humano; para sus creadores, formaban parte de un proceso en el que intentaban aprender a vivir de nuevo. Para los participantes en este libro, la experiencia de las ciudades bombardeadas y los campos de concentración primero y luego de la fría Realpolitik de los aliados era demasiado dolorosa para olvidarla. La ocupación y el *Wirtschaftswunder* o «milagro económico» de Alemania Occidental en los años cincuenta pueden contarse como éxitos de los aliados, pero en medio de sus frenéticos esfuerzos por reconstruir Alemania, se representó una serie de tragedias personales con un telón de fondo de edificios en ruinas y huesos esparcidos.

Este libro es en parte un intento de conciliar o al menos desenredar estas dos historias. Los cuatro primeros años después del conflicto son el puente entre dos mundos que conocemos bien: la devastación y el horror de la segunda guerra mundial y la poderosa y pacífica Europa occidental de hoy, dominada por una Alemania próspera y liberal. Entre ellos hay otro mundo que hubiera podido ser, un mundo que los protagonistas de estas páginas esperaban crear; pero no lo consiguieron, primero a causa de la intransigencia alemana y después como consecuencia del abrumador pragmatismo de la política de la guerra fría. Esta es la historia de un grupo de artistas que lucharon por dar vida a un nuevo orden y luego, al desvanecerse la esperanza de lograrlo, lloraron por todo lo que se había perdido.

Primera parte

La batalla por Alemania

1944-1945

1

«Partir con destino a un país que en realidad no existía»

Cruce de la Línea Sigfrido: noviembre-diciembre de 1944

Durante el otoño de 1944 Ernest Hemingway y Martha Gellhorn compitieron entre sí para llegar al frente. Durante cinco años de guerra Gellhorn se había mofado de su marido por su aparente debilidad; mientras ella informaba sobre el conflicto en Europa en calidad de corresponsal de guerra, Hemingway prefería permanecer sano y salvo en Cuba y tratar de hundir submarinos alemanes desde su barca de pesca. Por lo que a él se refería, ya había sido suficientemente heroico en la primera guerra mundial y en la guerra civil española, durante la cual había empezado su relación con Gellhorn. A sus cuarenta y cuatro años de edad, deseaba quedarse en casa escribiendo sus novelas con Gellhorn a su lado. ¿ERES CORRESPONSAL DE GUERRA O ESPOSA EN MI CAMA?, le preguntó en un telegrama. Gellhorn veía las cosas de otra forma. Era Hemingway quien la había hecho corresponsal de guerra; Hemingway, quien había tomado a una prometedora novelista joven de cabellos color rubio melado y piernas increíblemente largas y le había mostrado el espectáculo de la matanza de civiles en la guerra civil española y la había persuadido para que escribiese sobre ello. Ella se había enamorado de él como camarada en actos de valor temerario y le decepcionaba encontrarse casada con un cobarde satisfecho de sí mismo al que ya no interesaba el destino de su mundo[19].

Cuando Gellhorn regresó de Europa para ver a su marido en marzo de 1944, Hemingway la despertó durante la noche para «intimidarla, gruñir, escarnecerla» por buscar emoción y peligro en Europa. «Mi crimen era

haber estado en guerra cuando él no lo estaba». Finalmente, Hemingway decidió recoger el guante que Gellhorn le había arrojado. Pero iban a ser competidores en lugar de colaboradores como en España. Las dos esposas anteriores de Hemingway habían aceptado que en casa solo había espacio para un gran escritor. Los intentos de Gellhorn de independizarse parecían demostrar un amor menguante y Hemingway quería herirla a modo de respuesta. Por consiguiente, se valió de su fama, que era superior a la de su esposa, para entrar en *Collier's*, la revista de la propia Gellhorn. Oficialmente, cada publicación podía dar empleo a un solo corresponsal de guerra, de modo que Gellhorn quedó desautorizada. Es más, Hemingway consiguió hacerse con una plaza en uno de los pocos aviones que volaban a Londres y engañó a su esposa diciéndole que en él no podían viajar mujeres. Gellhorn hizo la travesía en un carguero vulnerable e infestado de ratas y se puso furiosa al descubrir que, después de todo, hubiera podido ir en el avión[20].

Cuando la pareja se reunió en Londres en mayo, Hemingway ya había encontrado otra amante más sumisa, la periodista Mary Welsh, a la vez que Gellhorn estaba decidida a tener el menor trato posible con su tramposo, competitivo y con demasiada frecuencia borracho marido. La pareja viajó por separado a Europa y Gellhorn llegó mucho más cerca de los desembarcos del Día D que Hemingway, a pesar de la orden oficial que prohibía la presencia de mujeres en los campos de batalla. Hemingway llegó antes que Gellhorn a París tras la liberación de la ciudad y pasó allí unos días con Mary Welsh a finales de agosto, con una breve escapada a Rambouillet, donde infringió las ordenanzas para corresponsales de guerra llenando su habitación de granadas de mano, metralletas, carabinas y revólveres y dirigiendo extraoficialmente operaciones de espionaje[21].

El esfuerzo bélico se concentraba ahora en Alemania. París y Roma ya habían sido liberadas y el mundo esperaba la conquista de Berlín. El fin de la contienda en Europa dependía de la rendición de Alemania y esa rendición se lograría destruyendo el país desde el aire y dejando al Ejército de tierra reducido a la impotencia. En el este, los rusos lanzaron una enorme ofensiva, la Operación Bagration, el 22 de junio, en la que coordinaron la aviación, la artillería, los tanques y la infantería en un esfuerzo por

reconquistar Bielorrusia y avanzar hacia el oeste para penetrar en Polonia y Alemania. Antes de que transcurrieran cinco semanas, el Ejército Rojo atravesó las líneas enemigas y expulsó a los alemanes de Bielorrusia; lanzó simultáneamente un ataque contra Polonia y a finales de julio se encontraba a la vista de Varsovia. En el frente occidental, el objetivo principal era atravesar las defensas de la Línea Sigfrido y cruzar el Rin. Al menos para los británicos, era un intento de llegar al interior de Alemania antes que los rusos e impedir que instaurasen un régimen comunista[22].

Mientras generales aliados como Bernard Montgomery, Dwight Eisenhower, George Patton y Omar Bradley debatían sobre cuál era la mejor manera de maniobrar con sus tropas para penetrar en Alemania, corresponsales de guerra como Hemingway y Gellhorn trataban de agregarse a unidades del Ejército que probablemente serían enviadas hacia el Rin. Durante cinco años, Alemania había parecido irreal y lejana; la palabra «Alemania» evocaba un lugar de mítica maldad. Ahora estaba a punto de ser real otra vez y todos los participantes en el conflicto querían ser los primeros en verlo. Al describir sus motivos para visitar Alemania, James Stern, escritor anglo-irlandés residente en Nueva York, escribió que «pensaba en la perspectiva de volver con una mezcla de horror y fascinación. Creía que iba a ser como partir con destino a un país que en realidad no existía»[23].

Durante el otoño de 1944, los corresponsales de guerra y los artistas se reunían en París entre un viaje al frente y el siguiente y se las ingeniaban para acompañar a las tropas que entraban en la creciente parte de Alemania ocupada por los aliados. Hemingway, Gellhorn, la fotógrafa y corresponsal de guerra norteamericana Lee Miller y la estrella de cine de origen alemán Marlene Dietrich se hallaban entre los literatos británicos y norteamericanos que paseaban nerviosamente por los bulevares parisinos, bebían en los cafés de la Rive Gauche y visitaban a la intelectualidad francesa liberada, en una esperpéntica y desharrapada imitación de la vida en el París de los años veinte.

La ciudad se había vuelto loca, anunció Lee Miller en un artículo para *Vogue* en el que describía las primeras semanas que siguieron a la liberación. Muchachas bonitas ocupaban las calles, chillando y vitoreando;

el aire estaba lleno de perfume que los franceses habían guardado para ese momento. Para Miller, igual que para Hemingway y Gellhorn, era un retorno a casa. Antigua amante y colaboradora de Man Ray y musa de los surrealistas (a la sazón tenía una aventura amorosa con el pintor surrealista británico Roland Penrose), Miller había vivido en Montparnasse en los años treinta y ahora visitaba de nuevo sitios que frecuentó en el pasado. Todos estos visitantes intentaban encontrar debajo de las heridas del nazismo la ciudad que habían amado en otro tiempo a la vez que celebraban esta pequeña victoria en medio de una guerra que parecía interminable[24].

En septiembre de 1944, los aliados occidentales llevaban ventaja a los rusos en la carrera por penetrar en territorio alemán y Hemingway triunfó en su pugna con Gellhorn. El 1 de septiembre recibió un telegrama del que entonces era su héroe, Buck Lanham, comandante del 22.º Regimiento de la 4.ª División de Infantería. ANDA Y QUE TE AHORQUEN, VALEROSO HEMINGSTEIN, se mofaba Lanham, HEMOS LUCHADO EN LANDRECIES Y TÚ NO ESTABAS ALLÍ. La mañana siguiente Hemingway emprendió viaje a Landrecies, en la frontera franco-belga; estaba con Lanham cuando el 22.º Regimiento lanzó su ataque contra la Línea Sigfrido el 7 de septiembre. Dos días después Hemingway se encontraba acampado con el regimiento en el bosque que había en la frontera entre Bélgica y Alemania, cerca de Hemmeres, durmiendo sobre un suelo de hojas de pino. Hacía muchísimo frío y llovía y Hemingway pilló un resfriado, pero escribía cartas alegres y cariñosas a Mary Welsh y declaraba estar ahora «comprometido como una columna blindada en un desfiladero estrecho»[25].

La felicidad de Hemingway se debía tanto a que Mary Welsh correspondía a su amor como a la guerra. Aunque en Cuba Hemingway se había resistido a las llamadas a las armas que hacía Gellhorn, tenía un temperamento tan inquieto como ella. También a él le calmaba la intensa inmediatez de la batalla y le dijo a su hijo Patrick que nunca se había sentido más satisfecho ni más útil. Durante su estancia en el bosque se encontró con Bill Walton, afable reportero de *Time* y colega de Mary Welsh con el que Hemingway había trabado amistad aquel verano en Londres y París. Al igual que Hemingway, Walton era un periodista que estaba decidido a demostrar su propio heroísmo; se había lanzado en paracaídas

con las tropas estadounidenses en Normandía el Día D. Hemingway tuvo la satisfacción de salvar la vida de su amigo. Al reconocer el sonido de un avión alemán que se acercaba, ordenó a Walton que saltase del *jeep* momentos antes de que el vehículo fuera ametrallado.

Hemingway entró en Alemania con los primeros tanques norteamericanos el 12 de septiembre y se instaló en una casa de labranza cerca de Bleialf a la que él y sus compañeros del Ejército apodaron «Schloss Hemingstein». En ella compartió una cama de matrimonio con Walton y se alegró de repetir el papel heroico que ya había interpretado en dos guerras. Cuando una bomba de artillería cayó cerca de la casa, rompió los cristales de las ventanas y apagó las luces, Hemingway siguió comiendo a oscuras mientras los oficiales que le rodeaban se escondían debajo de la mesa.

Dos meses más tarde el informe triunfal sobre la batalla que escribió Hemingway aparecería en *Collier's*. «Mucha gente os dirá cómo fue ser de los primeros en entrar en Alemania y cómo fue romper la Línea Sigfrido y mucha gente estará equivocada». Fue la infantería la que abrió brecha en la línea, no la aviación; la infantería la que se había abierto paso a través de territorio inhóspito y boscoso hasta alcanzar una colina, y «todas las colinas onduladas y todos los bosques que veías ante ti eran Alemania». Habían dejado atrás los fortines que algunos «desgraciados» creían que constituían la Línea Sigfrido, habían dejado atrás las fortificaciones de hormigón, y luego, en medio de un gélido vendaval, habían atravesado el Muro Occidental que muchos alemanes consideraban impenetrable. Incluso en aquel momento, escribió Hemingway, fue una batalla que parecía más cinematográfica que real; sería fácil convertirla en una película: «Lo único que probablemente será difícil que salga bien en la película son los soldados de las SS alemanas, los rostros ennegrecidos por las concusiones, echando sangre por la nariz y la boca, arrodillados en la carretera, sujetándose el estómago, casi incapaces de hacerse a un lado para esquivar los tanques». Concluía en tono patriótico que estas escenas le hacían pensar que «realmente hubiera sido mejor que Alemania no hubiese empezado esta guerra»[26].

La incursión de los aliados en Alemania continuó con una batalla de tres semanas por Aquisgrán, que el 21 de octubre se convirtió en la primera ciudad alemana en rendirse. Inmediatamente llegaron corresponsales de guerra aliados para ver la destrucción causada por sus ejércitos y fuerzas aéreas e interrogar a los alemanes derrotados. Como participantes en el esfuerzo bélico aliado, su misión era escribir reportajes que denunciasen la brutalidad alemana, pero, en vez de ello, con frecuencia acababan describiendo la asombrosa devastación de la ciudad. Aquisgrán había sufrido fuertes bombardeos aéreos en 1943 y de artillería durante las tres semanas que había durado la batalla. El 85 por ciento de la ciudad estaba en ruinas y solo quedaban 14 000 de los 160 000 habitantes que tenía antes de la guerra[27]. En algunas partes de la ciudad había hilera tras hilera de fachadas decoradas con yeso que todavía presentaban una apariencia de arquitectura normal cuando en realidad no había casas detrás de ellas; en otras partes había kilómetros y kilómetros de escombros. Solo la catedral seguía en pie, descollando de forma sobrenatural sobre un mar de escombros. Los habitantes que se habían quedado vivían en sótanos y temían tanto a los norteamericanos como a sus gobernantes alemanes, que les insultaban por la radio y les acusaban de cobardía por haberse rendido. Los esqueletos de los que habían perecido a causa de los bombardeos llenaban las calles y toda la ciudad parecía oler a carne putrefacta[28].

Entre los primeros visitantes aliados que llegaron a Aquisgrán se encontraba Erika Mann. Exactriz, bohemia, expiloto de coches de carreras, exautora de espectáculos de *cabaret* y exalemana, Mann era ahora corresponsal de guerra norteamericana y lucía de forma provocadora y orgullosa su uniforme del Ejército y su acento anglo-norteamericano. Era también hija del escritor alemán Thomas Mann, ahora ciudadano de Estados Unidos y el portavoz más prestigioso de la literatura alemana en el exilio. Durante varios meses Erika Mann había estado viajando por Europa en un Citroën abollado que un amigo de la resistencia francesa le había regalado poco antes de morir.

Erika Mann había pasado los primeros años de la contienda trabajando para la BBC y había sido testigo de la destrucción causada por los bombardeos alemanes. Luego, como corresponsal de guerra norteamericana, había estado cerca de los campos de batalla de Francia, Bélgica y Holanda. Sin embargo, nada la había preparado para el espectáculo de las ciudades alemanas arrasadas. Al igual que a muchos alemanes que volvían a su país, a Mann le resultó difícil asimilar la transformación de su antigua patria o creer que este yermo «fantásticamente arruinado» había sido realmente una ciudad[29]. Pero sentía escasa compasión por los edificios desaparecidos o por sus desmoralizados habitantes. Estaba decidida a no revelar su propia identidad alemana y seguía interpretando su papel de norteamericana para guardarse de emprenderla a golpes con los alemanes no arrepentidos con los que se cruzaba. Al encontrarse con un grupo de policías alemanes a los que los norteamericanos «reeducaban», Mann se escandalizó ante la «total falta de percepción de su culpa colectiva» que mostraban aquellos hombres, que le preguntaron ingenuamente qué planes se trazaban en Washington para la reconstrucción de Alemania. ¿Qué pensaban hacer los norteamericanos para reforzar la economía alemana? Como corresponsal, ¿había encontrado Mann algún sello interesante? ¿Quizá podría ayudarles a completar sus colecciones[30]?

Estupefacta al ver que los alemanes no se daban cuenta de su indignación, Mann les hizo a su vez algunas preguntas. Como policías del Gobierno Militar, ¿preveían que iban a tener problemas con alemanes que aún quisieran exhibir la bandera nazi? Tres o cuatro policías le aseguraron inmediatamente que los alemanes estaban dispuestos a abandonar el nazismo. Para explicar por qué no lo abandonaban, recurrieron a los consabidos mantras: «¡El terror!», «¡La dictadura!», «¡La Gestapo!». A Mann le pareció que aquello se estaba convirtiendo en una canción infantil que se cantaba en todas partes. «A renglón seguido, por así decirlo, aquellos alemanes te salían con que (a) el nazismo seguía vivo en Alemania gracias a un simple puñado de fanáticos odiados, a la vez que (b) cada alemán era vigilado por dos nazis». Mann creía que el nazismo finalmente se había vuelto inaceptable, pero pensaba que no era debido a su depravación moral,

sino a su debilidad militar. «A los principales criminales de Alemania no se les acusa hoy de ser criminales, sino de ser unos fracasados[31]».

Erika escribió a su hermano Klaus en inglés, la lengua que había decidido hacer suya, y le dijo que era «fantástico» encontrarse de nuevo en «el país de los hunos» y que estaba más convencida que nunca de que los alemanes no tenían remedio. «En sus corazones, el engañarse a sí mismos y la falta de honradez, la arrogancia y la docilidad, la astucia y la estupidez se mezclan y combinan de manera repugnante». Ahora tenía la certeza de que ni ella ni su hermano podrían volver a vivir en ninguna parte de Europa, que se hallaba en un estado tan malo desde el punto de vista moral como desde el punto de vista físico. Era un «trago amargo», aun cuando ya se había comprometido lealmente con el Tío Sam[32].

Erika Mann tenía muy poca paciencia con quienes afirmaban que los nazis les habían engañado. Ella misma se había burlado sin disimulo de ellos y se había opuesto a ellos incluso antes de que subieran al poder, aunque en los primeros tiempos el más politizado de los hijos de Thomas Mann era Klaus, que en 1927 había advertido al mundo de los peligros del fascismo. La postura política de la propia Erika empezó espontánea y apasionadamente cinco años más tarde, cuando recitó un poema pacifista de Victor Hugo en un mitin contra la guerra. Un grupo de camisas pardas disolvió el mitin y arrojó sillas contra Erika al tiempo que la acusaba de «traidora judía» y «agitadora internacional». Desposeída de su trabajo de actriz después de que los nazis amenazaran con boicotear el teatro a menos que la despidieran, se sintió llamada a manifestar su oposición. Demandó con éxito tanto al teatro como a un periódico nazi que la había calificado de «hiena pacifista de pies planos» sin «ninguna fisonomía humana». Tras examinar varias fotografías de Erika, el juez declaró que su rostro era, de hecho, legalmente humano. Impulsada al activismo político, Erika estrenó la revista Pepper Mill en Múnich el 1 de enero de 1933 y colaboró con su amante, la actriz Therese Giehse, y una compañía teatral para interpretar un espectáculo satírico de *cabaret* contra los nazis hasta que estos la expulsaron de Alemania dos meses después[33].

Tras mantener su postura inflexible durante doce años de exilio, Erika no estaba en modo alguno dispuesta a ablandarse ahora. Se sentía agotada

después de un año de dormir en camastros reservados para la prensa y comer raciones del Ejército; era consciente de que su cuerpo de treinta y ocho años estaba recibiendo la misma paliza que el coche que le había dado su difunto amigo. Echaba de menos a sus padres (que vivían rodeados de lujosas comodidades en Los Ángeles) y a su hermano Klaus (destacado en Italia, donde trabajaba de reportero para el Ejército estadounidense). Pero la impulsaba el odio a los alemanes que habían obligado a su familia a abandonar sus hogares además de matar a muchos de sus amigos. Los alemanes con los que trataba cada día y que demandaban simpatía hacia sus ciudades destruidas o pedían sellos para sus colecciones eran los mismos que le habían lanzado sillas en Múnich y que habían quemado miles de ejemplares de los libros que ella amaba. Estaba decidida a hacer cuanto estuviera en su mano para presenciar su humillación y convencerles de su culpa.

A principios de octubre, Ernest Hemingway se vio forzado súbitamente a regresar a Francia desde Alemania porque se le había formado consejo de guerra por participar en los combates de Rambouillet. Si deseaba liberarse, tenía que renunciar a su propio heroísmo y fingir que no había portado armas. Su enfado aumentó a causa de un encuentro en París con Martha Gellhorn, que propuso que cenaran juntos y luego se pasó toda la velada exigiéndole el divorcio. Hemingway se mostró reacio; prefería dejar a que le dejasen y aún no tenía preparada del todo su siguiente esposa. No obstante, encontraba solaz entre los brazos de Mary Welsh y en compañía de su vieja amiga Marlene Dietrich, que adquirió la costumbre de sentarse en la bañera de Hemingway en el Ritz y cantarle mientras él se afeitaba. Era la primera vez que Hemingway y Dietrich estaban juntos en una zona de guerra y les vino muy bien. Ambos estaban enamorados del valor y decididos temerariamente a presentarse como héroes.

Dietrich había llegado a Europa procedente de Estados Unidos en abril como artista de las USO. Más adelante recordaría su época en el Ejército como una de las más felices de su vida. Noche tras noche, enfundada en vestidos de lentejuelas, tiritaba estoicamente mientras cantaba a los

soldados estadounidenses canciones sobre el amor y el hogar y les traía a la memoria el mundo más amable y más romántico por cuya recuperación luchaban. Tenía algo más de cuarenta años de edad y una hija ya crecida, pero aquí podía ser otra vez una novia juvenil. Según un coronel, Dietrich parecía mirar directamente a los ojos de cada soldado y decirle: «Significas algo para mí. Espero hacerte entender que quiero estar aquí contigo». Aquellos eran sus chicos y todos la querían, especialmente los generales, a los que halagaba y adoraba. Había pasado el mes de septiembre bajo la protección del petulante general Patton, apodado «el Viejo Sangriento», disfrutando de su papel de primera dama de un héroe de guerra. Pocos días después de conocerse, Patton le preguntó si le daba miedo actuar tan cerca de la primera línea. Dietrich le aseguró que era valiente y que no temía morir. Pero como alemana de nacimiento a la que los nazis vilipendiaban por nacionalizarse estadounidense, era consciente de que tendría un enorme valor propagandístico como prisionera de guerra. «Me afeitarán la cabeza, me lapidarán y harán que unos caballos me arrastren por las calles. Si me obligan a hablar por radio, general, en ninguna circunstancia debe usted creer lo que yo diga». Patton le entregó un revólver y le enseñó a usarlo rápidamente si caía prisionera[34].

Mientras Hemingway y su «*Kraut*[35]» se contaban anécdotas relativas a la guerra, Gellhorn regresó a Londres, «a comer y dormir». Se sentía espantosamente sola mientras hacía balance del final de su matrimonio. La relación con Hemingway había durado siete años y cuando empezó ya hacía algún tiempo que Gellhorn admiraba al escritor. En 1931 había dicho a un amor de la infancia que había extraído su código de conducta de la novela de Hemingway *Adiós a las armas*, en la que el protagonista dice a su amante «Eres valiente. A los valientes jamás les pasa nada». Era suficiente para ella: «toda una filosofía… una bandera… una canción… un amor». Conocer a Hemingway en 1936 y acompañarle a España al año siguiente representó para Gellhorn encontrar justamente el valor compartido, el amor y la canción que anhelaba. Pero las esperanzas de un mundo mejor que ambos albergaron en España se habían roto y los años que pasaron en Cuba habían embotado la pasión. La furia competitiva y los celos de Hemingway

la habían agotado; el matrimonio mismo parecía fundamentalmente incompatible con la felicidad espontánea[36].

«Puedo resignarme a cualquier cosa del mundo excepto el aburrimiento, y no quiero ser buena», había dicho Gellhorn a su amiga Hortense Flexner en 1941; «Cuando digo “buena” me refiero a lo que pienso que son las personas muy mezquinas, toda vez que no pueden ser nada mejor. Deseo ser radical o morir. Y la única queja seria que tengo del matrimonio es que pone de manifiesto la tenue bondad que hay en mí, y tiende a suavizar y acallar el aspecto radical, y acabo aburriéndome de mí misma. Solo una imbécil preferiría ser activa, dolorosa, peligrosamente infeliz, en lugar de aburrirse: y yo soy esa clase de imbécil».

Gellhorn siempre se había sentido impulsada a huir de la gente a la que amaba, a buscar con desasosiego personas y lugares nuevos o desaparecer para escribir sola. En la misma carta decía a Flexner que quería «una vida con gente que sea casi explosiva en su apasionamiento, intensa y dura y risueña y chillona y alegre como el infierno entero desatado» y el resto del tiempo quería estar sola para trabajar y pensar «y que tengan la bondad de no venir a visitarme». El matrimonio no conducía a esta clase de equilibrio; ahora iba camino de liberarse de su trampa[37].

Pero aunque se alegrara de escapar del matrimonio, a veces Gellhorn aún añoraba aquellos primeros y embriagadores días de amor, y los había evocado nostálgicamente en una carta que escribió a Hemingway en junio. Anhelaba volver a estar juntos y ser jóvenes e irresponsables, y suplicó a su marido que renunciara al prestigio y las posesiones y regresar a Milán, él sentado con desparpajo en el sidecar de la moto y ella «mal vestida, fiera, amorosa». Esto fue cuando eran intensos, imprudentes y ruidosos, antes de que el matrimonio limara las aristas y sus voces se hicieran bajas y quedas. Era demasiado tarde para volver a Milán; tanto su amor como la ciudad misma habían sido destruidos por la guerra. Lo único que quedaba era que Gellhorn recuperase su libertad y buscase sola la intensidad imprudente. Y existía el peligro de que un exceso de libertad llevara a un desarraigo desolado. «Soy tan libre que el átomo no puede ser más libre», escribió a su amigo Allen Grover; «soy libre como nada que sea totalmente soportable, como las ondas sonoras y la luz[38]».

En Londres, Gellhorn escribió un reportaje sobre las batallas que había presenciado en Italia. Publicado en *Collier's* en octubre, quitaba fuerza a las descripciones heroicas de los artículos de Hemingway e insinuaba que la guerra, incluso cuando era victoriosa, era demasiado caótica para ser estratégica y demasiado costosa para ser triunfal: «Una batalla es un rompecabezas de combatientes, civiles desconcertados, aterrorizados, ruido, olores, bromas, dolor, miedo, conversaciones interrumpidas y explosivos de gran potencia». Gellhorn se burlaba de los historiadores futuros que catalogarían pulcramente la campaña y señalarían que en 365 días de lucha los ejércitos aliados habían avanzado poco más de 506 kilómetros. Podrían explicar sin tristeza lo que significaba atravesar tres líneas fortificadas, describirían sin inmutarse cómo Italia se había convertido en una mina gigantesca, pero no acertarían a captar la esencia de la batalla. Terminó el reportaje con una nota cáustica. «El tiempo es espléndido y nadie quiere pensar en qué hombres deben morir todavía y qué hombres deben resultar heridos en los combates antes de que llegue la paz»[39].

Londres había proporcionado a Gellhorn la comida y el descanso que buscaba, pero pronto deseó vivamente volver al rompecabezas de combatientes y seguir a Hemingway y entrar en Alemania. La normalidad relativa de la vida en Londres hizo que tomara conciencia de su propia condición de persona sin hogar. Dijo a su madre que quería volver a casa, pero a sus treinta y seis años aún no tenía una hogar al que volver. «El hogar es algo que haces tú misma y yo no lo he hecho». Sintiéndose sola todavía, Gellhorn regresó a Francia y desde allí informó a los lectores de *Collier's* de que las heridas de París (prisiones, cámaras de tortura, sepulturas sin nombre) nunca cicatrizarían. Publicado en el mismo número que un artículo en el que Hemingway ensalzaba el talante amistoso de los soldados norteamericanos, el reportaje de Gellhorn describe los garfios al rojo vivo de la prisión de Romainville y el cementerio al que los alemanes llevaban en camiones los cuerpos de los prisioneros muertos. «Es imposible escribir como es debido sobre una crueldad tan monstruosa e increíble y bestial: les resultará imposible creer que existen semejantes cosas». Antes de que empezara la contienda Gellhorn había dicho a un amigo que pensaba que su papel en la vida consistía en «protestar furiosamente contra la

injusticia» y corresponder a su propia buena suerte defendiendo a los infortunados. Los infortunados proliferaban ahora y la furia de la periodista empezaba a ser incontenible[40].

Gellhorn abandonó París y se fue a las Ardenas; se instaló en una casa de labranza en Sissonne, donde el Ejército estadounidense tenía una base en la que los soldados se entrenaban y reagrupaban entre un ataque y el siguiente. Cierto día un grupo de soldados le exigió que les enseñara sus papeles. Al comprobar que no tenía una autorización oficial para estar en una zona de guerra, la llevaron a la tienda del general James M. Gavin, que mandaba una unidad de elite, la 82.ª División Aerotransportada.

Con treinta y siete años, Gavin era el comandante de división más joven del Ejército de Estados Unidos. Era alto, de aspecto juvenil, encantador y parecía un héroe hollywoodense. Llevaba fusil en lugar de pistola porque quería que sus disparos fuesen certeros y llegasen lejos, y era célebre por luchar siempre en primera línea al lado de sus hombres. También irradiaba el aire de confianza en sí mismo de quien ha triunfado rápidamente cuando todavía es joven. Al comenzar la guerra, la 82.ª estaba bajo el mando de Bradley y a Gavin (a la sazón coronel) se le asignó el mando de su nuevo Regimiento de Infantería Paracaidista, resultado de una tendencia general a la guerra en y desde el aire. Tuvo tanto éxito en la invasión de Sicilia por los aliados que le confiaron tres regimientos aerotransportados en los desembarcos de Normandía. En agosto, Gavin había sido ascendido a general y ahora mandaba toda la 82.ª División Aerotransportada, que en septiembre fue elegida para tomar dos puentes en Holanda con el fin de que las tropas aliadas pudiesen cruzar el Bajo Rin y rodear a las fuerzas alemanas que defendían la frontera.

Gavin y su división esperaban ahora instrucciones en la relativa seguridad de Sissonne. El general se sintió inclinado a tratar con indulgencia a la bella intrusa. Dijo a Gellhorn que la dejaría ir sin llamar la atención y le pidió el nombre del hotel de París donde se alojaba porque se proponía ir a verla aprovechando su siguiente permiso. Al cabo de poco tiempo, la localizó en el Hôtel Lincoln. Más acostumbrado a mandar tropas que a seducir mujeres, Gavin se comportó de forma autoritaria. A Gellhorn no le gustó verse tratada «como un fardo y empujada a la cama», pero, a

pesar de ello, sucumbió y los resultados fueron electrizantes. Después escribió que Gavin le había enseñado «lo que había supuesto, leído y oído decir pero no había creído: que los cuerpos son algo maravilloso». Fue la primera relación sexual satisfactoria de su vida. Más adelante dijo que sus relaciones sexuales con Hemingway habían sido un «zas bum gracias señora» sin el «gracias»[41].

Gavin, al igual que Gellhorn, estaba casado y su esposa y su hijo le esperaban en Estados Unidos, pero también él estaba decidido a vivir de forma arriesgada e intensa en el presente continuo de la guerra. Entrado el mes de noviembre, fue destinado a la zona liberada de Holanda, con instrucciones de mantener el orden en las ciudades que había ayudado a destruir, e invitó a Gellhorn a acompañarle. La consecuencia fue una alabanza triunfal a la 82.ª División Aerotransportada que *Collier's* publicó en diciembre. Puede que los lectores habituales de la revista se preguntaran qué había cambiado desde el reportaje sobre el frente italiano que Gellhorn había escrito un mes antes; la guerra ya no era tan sórdida como había parecido entonces. Gellhorn empieza el artículo informando a sus lectores de que los soldados de la 82.ª «parecen chicos duros y lo son». Son buenos en su oficio y andan como si lo supieran, y es un placer verles: «Siempre estás a gusto con buenos combatientes porque, en cierto modo, no hay nadie que viva tan intensamente como ellos […]. No piensas mucho en los costes de la guerra porque estás demasiado ocupada viviendo el día, demasiado ocupada riendo y escuchando y mirando»[42].

Gellhorn y Gavin pronto empezaron a discutir a causa de los métodos que se empleaban en la guerra. Gellhorn no podía olvidar los costes del conflicto durante mucho tiempo y, más avanzado diciembre, se quejó en *Collier's* de la muerte de la ciudad holandesa de Nimega, arrasada por la división de Gavin. Aunque empezaba el artículo proclamando respetuosamente que la moraleja de la historia era que «sería estupendo que los alemanes no hiciesen la guerra», describía la destrucción de forma demasiado detallada para que al lector se le escapase quiénes eran los que habían perpetrado aquella carnicería en particular. El reportaje termina con el retrato de una niña de corta edad, con ambos brazos rotos por fragmentos de bomba y un corte profundo en la cabeza: «Lo único que podías ver era

una carita dulce, de enormes ojos negros, ojos totalmente silenciosos que te miraban»[43].

En diciembre de 1944 Gellhorn ya había vuelto a París, donde una vez más se cruzó con Hemingway, que el día 5 había regresado de su segunda estancia en Alemania. Durante tres semanas había informado sobre las peripecias de la división de Lanham en la encarnizada batalla del bosque de Hürtgen. Esta campaña en los espesos bosques de coníferas que se extendían entre Bonn y Aquisgrán había empezado a mediados de septiembre y al principio se calculó que duraría unas cuantas semanas. Los aliados pretendían abrir un ancho camino a través de unos ciento treinta kilómetros cuadrados de bosque que les sirviese para entrar en Alemania. Sin embargo, el terreno era ferozmente inhóspito; los alemanes habían preparado el bosque con minas y alambre de púas que ahora quedaban ocultos debajo del barro y la nieve. Hacía ya dos meses que había comenzado la batalla cuando llegó Hemingway el 15 de noviembre y no se veía ninguna señal de que estuviera a punto de terminar. A mediados de noviembre, el 22.º Regimiento de Infantería de Lanham había sufrido en tres días más de trescientas bajas, entre ellas las de los tres comandantes de batallón y cerca de la mitad de los comandantes de compañía. Al terminar esta fase de la batalla a mediados de diciembre, los norteamericanos habían perdido 24 000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos.

Fue una experiencia mucho más deprimente que las campañas de verano que había presenciado Hemingway. Se hallaba en Alemania una vez más pero sin la emoción de ser el primero en atravesar la Línea Sigfrido. Lo que más recordaría era el barro, la lluvia y las bombas de artillería. El único consuelo era el que proporcionaban la camaradería de la vida militar —Hemingway entretenía a Lanham por las tardes hablándole de cómo se apareaban los leones africanos— y las posibilidades de cazar. Ahora tenía prohibido llevar armas y usarlas contra los alemanes, pero nada le impedía cazar ciervos y vacas.

Hemingway regresó a París con neumonía, pero tras guardar cama un par de semanas siguió a la división de Lanham hasta Rodenbourg (unos dieciséis kilómetros al nordeste de la capital de Luxemburgo), donde

invitaron a Gellhorn a pasar la Navidad con ellos. La visita fue un desastre. La esposa de Hemingway cayó mal a Lanham desde el primer momento; la encontró distante y desagradecida. Gellhorn se sentía incómoda e impotente entre los amigotes de guerra de su marido, aunque a la hora de cenar le fue mejor con el general Bradley, que se sintió «muy entusiasmado» con la atractiva corresponsal de guerra, a quien su ayudante describió aquella noche en su diario como «una mujer de cabello rubio tirando a rojo y figura de modelo de portada de revista, alegre y dotada de un ingenio brillante y estudiado que hace que cada comentario parezca salir perfectamente confeccionado y elegantemente cortado para ajustarse a la ocasión, pero sin perder un ápice de la espontaneidad que lo hace bueno».

Bill Walton, amigo de Hemingway, conoció a Gellhorn en una fiesta celebrada la víspera de Año Nuevo y quedó impresionado por sus «elegantes cabellos, el color oro rojizo» y por su porte —«como el de un magnífico caballo de carreras»— y le horrorizó la grosería con que la trataba Hemingway. Al afearle Walton su burdo comportamiento, Hemingway replicó ásperamente que «no se puede cazar un elefante con un arco y una flecha»[44].

Tanto para Gellhorn como para Hemingway, este viaje significó el fin de su matrimonio. «Yo no fui hecha para el consumo diario», había dicho Gellhorn a un amante doce años antes, «tendrás que pensar que soy ostras…, tú no querrías ostras para desayunar todos los días, ¿verdad?». Tampoco Hemingway estaba hecho para el consumo diario; compartir la vida cotidiana se había vuelto imposible para ellos. Más adelante el escritor hizo saber a su hijo que iban a divorciarse y que pensaba llevar a Mary Welsh a su casa de Cuba: «Quiero un poco de trabajo serio, no estar solo y no tener que ir a la guerra para ver a mi esposa… Voy a buscar a alguien que quiera quedarse conmigo y me deje ser el escritor de la familia». Ernest Hemingway no quería tener nada más que ver con la guerra y ya no le interesaba entrar en Alemania siguiendo al Ejército; Martha Gellhorn tendría que ver las ciudades en ruinas sin él[45].

2

«La Alemania nazi está condenada»

Avance hacia el interior de Alemania: enero-abril de 1945

El año 1945 comenzó de forma deprimente para los aliados. La guerra en Europa, que el verano anterior parecía estar a punto de terminar, amenazaba con prolongarse varios meses. El 16 de diciembre de 1944 los alemanes habían lanzado un contraataque en las Ardenas que al principio resultó sorprendentemente victorioso. A los dos días de empezar la batalla, la 82.ª División Aerotransportada del general James Gavin fue llamada para que ayudase a detener el avance alemán hacia el río Mosa. En Navidad la 82.ª ya había pasado al ataque, pero gran parte de las tropas que había a su alrededor seguían combatiendo a la defensiva y hasta el 25 de enero no fue posible obligar a los alemanes a replegarse a su punto de partida.

En toda Europa, las bajas alemanas se multiplicaban de manera asombrosa. En el este, el Ejército soviético había lanzado la mayor ofensiva de la guerra en Polonia y en solo un par de semanas había conquistado el territorio comprendido entre el Vístula y el Óder. Al finalizar el mes, se encontraba a unos sesenta kilómetros de Berlín. Durante el mes de enero murieron 450 000 soldados alemanes, cifra superior al total de soldados británicos o norteamericanos que perdieron la vida en todos los teatros de la guerra desde el principio hasta el final de la contienda. En esos momentos, alrededor de doscientos cincuenta mil alemanes de Prusia Oriental huían ante el avance del Ejército Rojo e iniciaban el largo viaje hacia el Óder y el centro de Alemania. Pero nada de todo esto detuvo a Hitler, que insistió en que el país continuara comprometiéndose con la lucha y envió al frente a reclutas de diecisiete años sin apenas instrucción previa[46].

El general Omar Bradley ya estaba preparado para continuar la contraofensiva que los norteamericanos lanzaron en enero penetrando en Eifel, al otro lado de la frontera alemana, y llamó a Marlene Dietrich (a la sazón instalada con sus tropas) a su remolque en la parte belga del bosque. Dijo a la actriz que su grupo de ejércitos entraría en Alemania al día siguiente y que la unidad con la que ella viajaba sería una de las primeras en pisar suelo alemán. El general pensaba que Dietrich corría peligro de caer prisionera y quería que se quedara en la retaguardia. Sin embargo, la actriz estaba decidida a acompañarle. «Parecía distante, sin que le importase lo más mínimo mi gran deseo de entrar con las primeras tropas», dijo Dietrich a su exmarido Rudi Sieber, con el que conservaba una amistad leal si bien de vez en cuando interesada. La actriz sacó la conclusión optimista de que el motivo era que Bradley se sentía insoportablemente solo y que todos los generales debían de sentirse tan solos como él. «Los soldados se meten entre los matorrales con las chicas del lugar, pero los generales no pueden hacer cosas así». Los observaban demasiado rigurosamente para poder permitirse «un revolcón» en un pajar y necesitaban desesperadamente compañía femenina[47].

Ciertamente, Bradley no era el más licencioso de los generales, pero parece ser que agradeció el interés de Dietrich. De un modo u otro, la actriz logró convencerle para que la llevase con él. Le asignaron dos guardaespaldas que la acompañaron a Stolberg y luego a Aquisgrán. Era la primera vez que Dietrich veía las ruinas de su antigua patria y quedó tan horrorizada como Erika Mann cuatro meses antes. Las calles seguían llenas de cadáveres y apenas se habían quitado escombros.

Alojada en una casa cuya fachada se había derrumbado dejando una bañera suspendida en el aire, la compañía de Dietrich se hizo cargo del cine del lugar y actuó en él con temperaturas bajo cero debido a la falta de leña. En un momento dado, el portero, que era alemán, sacó un termo y sirvió a Dietrich una taza de café. Otros miembros de la compañía temían que estuviese envenenado. La actriz insistió en que no había ningún peligro y preguntó al portero por qué malgastaba su precioso café en una ciudadana norteamericana. «Sí, sí, pero *El Ángel Azul*», dijo el hombre, recordando con nostalgia la más famosa de las películas alemanas de Dietrich *El Ángel*

Azul (Der Blaue Engel). «¡Ah! Puedo olvidar lo que es usted, pero *¿El Ángel Azul?* ¡Jamás!». Aparte de cumplir con su obligación de distraer a los soldados, a menudo le ordenaban que gritase en alemán por el altavoz instalado en la plaza mayor y pidiese a la gente que se fuera a casa y cerrara los postigos en vez de congregarse en la calle y obstaculizar el paso de los tanques. Dietrich estaba infestada de piojos y tenía que dormir con una toalla mojada sobre el rostro para protegerse de las ratas, pero disfrutaba interpretando el papel de soldado y no sentía ninguna lástima de los habitantes de las ruinas, aunque en otra parte de Alemania su madre y su hermana mayor, Liesel, estaban entre ellos[48].

En febrero de 1945 los aliados ya estaban convencidos de que los alemanes no intentarían lanzar ningún otro contraataque y de que la derrota de Alemania era inminente. Ahora tenían que decidir cuál era la mejor forma de gobernar Alemania cuando cayese en sus manos. El 4 de febrero los líderes estadounidense, británico y ruso, Franklin D. Roosevelt, Winston Churchill y Iósif Stalin, respectivamente, se reunieron en Yalta para celebrar una conferencia que duraría una semana, con el objetivo, entre otros, de planear la derrota y la reconstrucción de Alemania.

La conferencia estuvo dominada por tensiones internas. Churchill desconfiaba de Stalin y le preocupaba que los soviéticos se apoderaran de Polonia; Roosevelt confiaba más en Stalin, pero lo que más le interesaba era fundar la Organización de las Naciones Unidas, que iba a ser su legado; Stalin estaba decidido a incrementar la zona de influencia soviética en Europa oriental. Desde que los líderes se reunieran en Teherán un año antes, la posición militar soviética había mejorado enormemente. Ahora que el Ejército Rojo estaba a solo unos sesenta kilómetros de Berlín, Stalin se sentía capaz de dictar condiciones. Sin embargo, el consenso era amplio en lo tocante a la cuestión alemana. Los tres hombres acordaron que Alemania y Berlín se dividirían en cuatro zonas de ocupación (a Francia se le daría una parte de las zonas británica y estadounidense) y que Alemania pagaría reparaciones y se sometería a un proceso de desmilitarización y desnazificación[49]. Los aliados manifestaron explícitamente que no era su

propósito destruir al pueblo alemán, pero que «solo cuando el nazismo y el militarismo hayan sido extirpados, habrá esperanza de una vida decente para los alemanes y un lugar para ellos en la comunidad de naciones»[50].

Semejante conversación resultó extraña en el contexto de una guerra que aún no había terminado. Pero lo cierto es que la situación misma también era extraña; los aliados seguían destruyendo un país que ya gobernaban en parte. «No me gusta trazar planes detallados para un país que aún no ocupamos», se había quejado Roosevelt en octubre de 1944, pero eso era justamente lo que hacía ahora. La paz y la prosperidad futuras de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética dependían de la creación de una Alemania que amase la paz y fuera servicial, así como de la forja de un mundo en el cual la cooperación fuese más seductora que la guerra. Sin duda a Hemingway, Gellhorn y Dietrich, que estaban en Alemania, no les interesaba el destino de los alemanes; Erika Mann pidió solo que todos ellos se arrepintieran públicamente y declarasen su culpa colectiva. Pero en Gran Bretaña y Estados Unidos, políticos, funcionarios del Estado y profesores universitarios celebraban en esos momentos conversaciones más específicas sobre el futuro de Alemania y Europa y los más moderados entre ellos opinaban que la cultura y las figuras culturales eran elementos potencialmente cruciales para la desnazificación[51].

A pesar del tono conciliador de la declaración que se dio a conocer tras la Conferencia de Yalta, en ambos países se alzaron voces que pedían que se dispensara a Alemania el trato más severo posible. En 1941 el principal asesor diplomático del gobierno británico, Robert Vansittart, había publicado un pequeño libro en el que afirmaba que el «alemán bueno» no existía: «cuanto mejor sea un alemán, *más* probable es que haga la guerra». A su modo de ver, la segunda guerra mundial la habían perpetrado principalmente los prusianos, que también habían sido los causantes de la primera guerra mundial; los alemanes eran una «raza de energúmenos» y «una especie que desde el alba de la historia ha sido predadora y belicosa». La de Vansittart no fue una voz solitaria. En septiembre de 1943 Churchill informó a la Cámara de los Comunes de que los alemanes reunían «de la manera más mortal» las características del guerrero y el esclavo. Detestaban el espectáculo de la libertad en los demás y su militarismo debía ser

«extirpado de forma absoluta» si se quería ahorrarle a Europa un tercer «conflicto más horroroso»[52].

En septiembre de 1944 el secretario del Tesoro norteamericano, Henry Morgenthau, ya había obtenido el apoyo de buena parte del gabinete británico a su «Program to Prevent Germany from Starting a World War III» [Programa para evitar que Alemania empiece una tercera guerra mundial], en el que pedía una Alemania descentralizada, desmilitarizada y desindustrializada. En esencia, su plan, si se ponía en práctica, transformaría Alemania en una granja gigantesca. Roosevelt se hizo eco de los puntos de vista de Morgenthau en un memorándum en el que se quejaba de que demasiados ingleses y norteamericanos creyesen que el pueblo alemán no era responsable de lo ocurrido en Alemania: «Por desgracia, eso no se basa en la verdad. Hay que hacer que el pueblo alemán en su conjunto entienda que la nación entera ha participado en una conspiración criminal contra las buenas costumbres de la civilización moderna»[53].

Otras figuras más moderadas refutaron en todo momento estas opiniones intransigentes. En 1942 el escritor, activista y editor Victor Gollancz criticó a Vansittart por su estrechez de miras. A juicio de Gollancz, el causante de la guerra fue más el capitalismo monopolístico que el militarismo alemán. «Si concentramos nuestra mente en las responsabilidades especiales alemanas y el problema especial alemán, lo que ocurre es que los árboles no nos dejan ver el bosque». Numerosos políticos y periodistas británicos habían apoyado a Hitler en la década de 1930, por lo que eran en parte responsables de la guerra: «Confieso que la indignación farisaica ante la cobardía del pueblo alemán, en la situación en que se encuentra, me asquea un poco. Resulta particularmente fuera de lugar cuando procede de los que se codeaban con Hitler mientras en la calle de al lado la Gestapo de Hitler torturaba a alemanes por su valentía e independencia»[54].

Muchos de los documentos normativos que produjeron los gobiernos británico y norteamericano reflejaban una postura situada entre los puntos de vista de Morgenthau y los de Gollancz. Existía acuerdo general en que los alemanes necesitarían pasar por un proceso riguroso de «desnazificación» y que este proceso entrañaría un cambio fundamental en

la actitud alemana. En enero de 1944 el documento conjunto «German Re-Ocupation» [La reocupación de Alemania], producido por la Junta de Guerra Política británica y la BBC, indicaba que el objetivo central de los medios de comunicación en Alemania después del conflicto sería «el control y la remodelación de la mentalidad alemana» con el fin de detener «la expansión de una tendencia puramente decadente como la que siguió a la última guerra y condujo al nacimiento del tipo nazi». Aunque este documento, al igual que Vansittart, consideraba que el pueblo alemán era universalmente imperfecto, también ofrecía más oportunidades de cambio o «remodelación» de lo que en general Vansittart estaba dispuesto a aceptar, y brindaba a los alemanes la posibilidad de vivir en el futuro en una sociedad civilizada y desnazificada en lugar de en la granja gigantesca que propusiera Morgenthau[55].

El gobierno británico y el norteamericano estaban muy interesados en conocer las opiniones de intelectuales independientes sobre el futuro de Alemania. En abril de 1944 el Joint Committee on *Post*-War Planning [Comité Conjunto sobre la Planificación para la Posguerra] organizó una conferencia titulada «Germany after the War» [Alemania después de la guerra] en el Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia. Asistieron a ella diversos profesores, psiquiatras y psicólogos con la esperanza de comprender los efectos de la cultura alemana en el carácter alemán y explorar las posibilidades de modificar la estructura psicológica nacional. En Gran Bretaña, Henry Dicks, psiquiatra que asesoraba a los servicios de inteligencia militar británicos sobre la moral de los alemanes, hizo un resumen de la conferencia. Según Dicks, la hipótesis principal de los delegados era que para alcanzar una paz duradera con Alemania haría falta que se produjese un cambio en los alemanes mismos. El nazismo era una «expresión grotesca y descarnada» de ideales que habían preponderado durante mucho tiempo en Alemania y el comportamiento de los alemanes era el resultado de su carácter nacional. En febrero del año siguiente Dicks aconsejaría que, con el fin de producir un cambio de esta clase, en Alemania las raciones estuvieran muy por debajo de las de los aliados[56].

Uno de los organizadores de la conferencia era el psiquiatra norteamericano Richard Brickner, que afirmaba que los alemanes como raza eran paranoicos y que para que la paz fuese duradera las Naciones Unidas necesitaban crear infraestructuras que hicieran que la cordura resultara atractiva desde el punto de vista emocional. El pensamiento de Brickner reflejaba la influencia de la antropóloga Margaret Mead, que en un libro de 1942 había argüido que la «estructura del carácter democrático» norteamericano podría ser el modelo para reeducar a los alemanes y convertirlos en ciudadanos del mundo. Mead opinaba que la «democracia» caracterizaba la mentalidad genérica norteamericana y se hacía evidente en todo, desde la selección de aspirantes a la presidencia hasta su comportamiento en los tranvías. Aunque la hipótesis democrática equivalía a decir que todas las sociedades eran iguales, Mead creía que algunas sociedades (tales como la alemana) eran incompatibles con vivir a escala mundial. Los norteamericanos —«los hijos de la propia libertad»— estaban preparados para ilustrar al mundo como antropólogos[57].

La obra de Mead influyó en los programas culturales que se crearon en Washington durante el periodo que culminó con la ocupación y cuyo propósito era ayudar a alcanzar los objetivos que se habían fijado en Yalta y ofrecer a los alemanes una «vida decente» y un lugar en «la comunidad de naciones» después de que se sometieran a un proceso de desnazificación y desmilitarización. Si los aliados iban a transformar por completo la psique alemana, la literatura, el cine y los medios de comunicación resultarían ser un medio para ello. Desde el punto de vista semántico, la palabra «cultura» se refiere tanto a obras de arte como al modo de vida en general de una comunidad[58]. Por tanto, la cultura se hallaba bien situada para ocupar el centro de una iniciativa que pretendía combinar la antropología social con la propaganda artística. El programa cultural de los aliados fundía estos dos significados de «cultura» con el fin de que incluyera todo, desde la forma de conducirse en público hasta el arte mayor[59].

En septiembre de 1943, el jefe de la Allied Forces Information and Censorship Section [Sección de Información y Censura de las Fuerzas Aliadas], general Robert McClure, había propuesto que se creara una sección de Publicidad y Guerra Psicológica para el anglo-norteamericano

Supreme Headquarters, Allied Expeditionary Forces (SHAEF) [Cuartel General de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas]. La primavera siguiente, el comandante supremo del SHAEF, general Dwight Eisenhower, puso a McClure al frente de esta división. De momento se le confió la tarea de convencer a los soldados alemanes de que con toda seguridad los aliados ganarían la guerra. Se acordó que más adelante se encargaría de convertir (o «reeducar») a los civiles alemanes y conducirlos hacia la paz y la democracia.

Ya se había empezado a hablar de los medios de comunicación culturales que podían emplearse para este propósito. En Gran Bretaña, la Junta de Guerra Política dio a conocer en febrero de 1944 el borrador de un armisticio con Alemania en el que se estipulaba que los vencedores se harían con el control de la prensa, las publicaciones, el cine, la radio y el teatro alemanes, y se explicaba que esta medida era necesaria por un motivo negativo y otro positivo. El motivo negativo era que los aliados necesitarían «impedir la difusión» de noticias, rumores u opiniones que pudieran representar un peligro para las fuerzas de ocupación o fomentar el odio a los aliados; el positivo era que necesitaban apropiarse de los medios de comunicación para influir en la opinión alemana con el fin de minimizar la resistencia, convencer al pueblo alemán de que «las condiciones que se le han impuesto son la consecuencia justa e inevitable de su guerra de agresión» y «extirpar el nazismo y el militarismo y estimular la iniciativa y las ideas democráticas»[60].

En Estados Unidos, la Office of War Information [Oficina de Información sobre la Guerra] declaró en julio que las películas contribuirían a «reorientar y reeducar la mentalidad alemana para que dejase de estar esclavizada por la doctrina nazi y militarista». La selección de películas era «un acto de guerra política […] guerra contra una idea». Simultáneamente, el Gobierno estadounidense proporcionaba libros a los prisioneros de guerra enemigos y a los civiles liberados, apremiado por Archibald MacLeigh (poeta y bibliotecario del Congreso) a «reconocer el poder de los libros tan sinceramente como la chusma nazi que los arrojaba a la hoguera». Libros de Hemingway, Thomas Mann, Carl Zuckmayer, John Dos Passos y otros se distribuyeron en gran número por todo el mundo, en parte por medio del

editor del propio Mann, Gottfried Bermann-Fischer, exiliado en Nueva York. Funcionarios norteamericanos tenían mucho interés en continuar este programa de traducción en Alemania, ya que pensaban que los libros ejercían allí «mayor influencia» que en Estados Unidos y tenían más probabilidades de «formar la opinión pública» que los periódicos y las revistas. Querían utilizar el programa de traducción tanto para inculcar una visión más tolerante del mundo como para persuadir a los alemanes de tratar la cultura norteamericana con más respeto que en aquel momento. Es un concepto de la política cultural en el cual la cultura (las artes) puede exhibir la cultura de una nación (su modo de vida) para reorientar las mentalidades y, por ende, la cultura general (modo de vida) de otra nación. Era un concepto un poco ingenuo, dado que las obras de la mayoría de los autores citados eran fáciles de encontrar y populares en Alemania a comienzos de los años treinta y no habían inculcado tolerancia ni impedido que los alemanes votasen a los nacionalsocialistas. Pero era un concepto que guiaría la política de los aliados en Alemania durante los meses subsiguientes[61].

En Yalta se hizo evidente que para que los aliados pudieran poner en práctica los cambios que pensaban llevar a cabo en Alemania, era necesaria la rendición incondicional del enemigo. «La Alemania nazi está condenada», afirmaron los tres líderes en la declaración que se dio a conocer después de la conferencia. «El pueblo alemán solo logrará que el coste de la derrota sea más oneroso para él si trata de continuar una resistencia desesperada». El objeto de los controvertidos bombardeos de Dresde, que empezaron el 13 de febrero de 1945 y duraron dos días, era permitir el avance del Ejército Rojo e impedir que los alemanes trasladaran fuerzas del oeste al este. También surtió el efecto de asustar a los alemanes con una aterradora demostración de fuerza[62].

Aquella noche 796 bombarderos sobrevolaron Dresde y crearon una tempestad de fuego que destruyó gran parte de la ciudad. El excatedrático Victor Klemperer fue uno de los numerosos refugiados que evacuaron sus hogares durante la noche. Era uno de los pocos supervivientes judíos que

quedaban en Dresde y acababa de recibir una orden de deportación de las autoridades, que seguían dedicándose como dementes a poner en práctica las políticas raciales incluso en medio del caos apocalíptico. Klemperer se quitó la estrella amarilla y se mezcló con las multitudes que abandonaban la ciudad devastada. «Muchos de los edificios de la calle de arriba continuaban ardiendo. A veces encontrábamos cadáveres a nuestro paso, pequeños y reducidos al tamaño de un simple fardo. A uno de ellos le faltaba el cráneo y la parte superior de la cabeza era un cuenco de color rojo oscuro. En otra ocasión vi un brazo en el suelo, con una mano pálida y fina, como uno de esos modelos de cera que ves en los escaparates de las barberías… Las multitudes seguían avanzando en tropel, incesantemente, entre estas islas y pasaba ante los cadáveres y los vehículos destrozados, subiendo y bajando por la orilla del Elba, una procesión silenciosa, agitada».

Más de veinticinco mil personas murieron en Dresde. Los cuerpos se recogían y se amontonaban formando grandes piras a las que se prendía fuego enseguida para evitar una crisis sanitaria. De los 220 000 hogares que había en la ciudad, 75 000 fueron destruidos por completo y 18 500 sufrieron graves desperfectos; hubo 18 millones de metros cúbicos de escombros. Los aliados parecían decididos a asegurarse de que el país que iban a heredar fuese todavía más impotente de lo que era necesario. Sin embargo, los líderes alemanes seguían exigiendo que continuara la lucha. En una serie de instrucciones que se dieron ante la inminente batalla de Berlín, los líderes insistían en que más importante que dotar de armamento a los soldados que defendían la ciudad era que «cada combatiente esté inspirado e impregnado de la voluntad fanática de *querer luchar*». La rendición había resultado desastrosa en 1918. Ahora Hitler había resuelto machacar al invasor hasta dejarlo paralizado o acabar en medio de llamas heroicas y apocalípticas[63].

La contienda empezaba a resultar casi tan desmoralizadora para los espectadores como para las víctimas derrotadas. Ciertamente, nadie tenía la sensación de que la victoria estaba cerca. A principios de febrero de 1945 *Collier's* publicó una carta privada que Martha Gellhorn escribió a altas horas de la noche y en la que pedía a sus editores que le concediesen un

descanso. Los editores de la revista afirmaron que habían publicado esta carta personal porque revelaba un estado un ánimo cansado de la guerra. Gellhorn se puso furiosa, en apariencia porque pensaba que la verdad sobre la guerra era impublicable, pero tal vez su indignación se debía más bien a que no quería que su vulnerabilidad llegara a conocimiento de la nación a la que pertenecían su marido y su amante. «Hoy», decía en la carta, «he visto fotografías de dos cuerpos desenterrados en algún cementerio de Toulouse. Estos cuerpos eran antes dos franceses de treinta y dos y veintinueve años de edad, respectivamente, pero habían sido torturados hasta la muerte por la Gestapo. Veréis, yo lo miro todo porque no admito que uno pueda desviar la mirada; uno no tiene ningún derecho a ahorrarse cosas desagradables. Pero nunca había visto caras (de cadáveres descompuestos, desde luego) a las que les habían sacado los ojos. Creía haberlo visto todo, pero evidentemente no era así[64]».

Mientras Gellhorn continuaba aturdida a causa de las escenas de guerra que había visto, Gavin estaba en el bosque de Hürtgen, adonde le habían enviado para preparar una misión cuyo objetivo era cruzar el turbulento río Ruhr. Se encontró, como el regimiento de Lanham antes que él, con que en el bosque había demasiado barro para cruzarlo en *jeep*, de modo que lo recorrió a pie, tratando de evitar el alambre de púas y los fortines y atravesando un arroyo de casi dos metros de ancho. Se sintió aliviado cuando la división fue destinada de nuevo a Sissonne el 17 de febrero, sin darle tiempo para cumplir su misión. En Sissonne recibió la visita de otra belleza rubia norteamericana, aunque esta había sido alemana hasta que se nacionalizó en 1939. Semanas antes, el oficial de prensa de Gavin, Buck Dawson, había visitado a Marlene Dietrich en París y le había suplicado que visitase a la 82.ª. Dietrich se presentó ahora preguntando por Dawson, distrajo a la tropa con canciones, números de magia y autógrafos y se enamoró enseguida de su general. Gavin era otro héroe al que impresionar con su valentía; otro norteamericano solitario al que recordar las comodidades del hogar.

Gavin se sintió cautivado por Dietrich, pero no le ordenó que se acostara con él. En vez de ello, Dietrich regresó a París y a su amante, el actor Jean Gabin, motivo principal por el que se había trasladado a Europa.

Gavin, mientras tanto, siguió escribiendo cartas de amor y añoranza a Gellhorn: «Siempre he pensado que un amor como este era algo sobre lo que gente imaginativa escribía en los libros, pero algo que nunca sucedía en la realidad», le dijo. Gellhorn continuaba yendo frenéticamente de un lugar a otro, no lo bastante a menudo en dirección a Gavin.

En marzo viajó finalmente a Alemania, en un avión británico que cumplía una peligrosa misión nocturna. Puede que Hemingway fuese el primero en llegar a Alemania por tierra, pero Gellhorn la veía ahora arrasada bajo sus pies, «y nunca he visto tierra más negra, menos seductora. Estaba cubierta de nieve. Había montañas; no se veía ninguna luz ni señales de vida humana, pero la tierra misma parecía activamente hostil». Según el titular de *Collier's*, era la «primera corresponsal femenina» en ir en una misión de combate sobre Alemania. Le goteaba la nariz, la mascarilla de oxígeno le resbalaba, tenía la sensación de que la estaba aplastando un peso enorme, pero impresionó al piloto con su valentía y se anotó una victoria menor en la competición con el que pronto sería su exmarido[65].

Mientras Gellhorn contemplaba las nuevas ruinas que se creaban desde los cielos, Lee Miller viajó finalmente a Alemania desde París, donde había estado instalada desde el verano anterior y donde tomaba fotografías e informaba sobre desfiles de moda, exposiciones de cuadros y cámaras de tortura. Había visitado la Línea Sigfrido en Luxemburgo y la primera línea en Jebsheim, Francia, donde vio sus primeros muertos de la guerra y, en un artículo para *Vogue*, se preguntó por qué la habían mimado cuando era niña y ahora se encontraba tan mal preparada para los espectáculos que presenciaba. En casa, a los difuntos los arreglaban decentemente y los veías tranquilos, distantes; aquí los dejaban tirados de cualquier modo en las calles. «¿Por qué me acostaban para que durmiese diez horas? Deberían habernos acostumbrado a visitar clubes nocturnos y a dormir cuando se nos presentara una oportunidad y a las alarmas y las excursiones para prepararnos para esto, nuestra vida. ¿Por qué seguir un horario regular para las comidas, y tener en cuenta las calorías y las vitaminas y guardar la línea? Deberían habernos obligado a buscar algo para comer en los cubos

de la basura como los golfillos de la calle, a comer mendrugos y a pedir limosna[66]».

Al llegar a Alemania, Miller quedó aún más horrorizada ante las escenas que encontró. «Alemania es un bello paisaje salpicado de pueblos que parecen joyas, afeado por las ciudades en ruinas y habitado por esquizofrénicos», escribió en su reportaje. Le repelieron los pueblos inmaculados donde abedules y sauces todavía flanqueaban los riachuelos y niñas pequeñas vestidas de blanco paseaban después de recibir la primera comunión. Las madres cosían y barrían y hacían pasteles y pan; los agricultores araban y gradaban; todos parecían personas normales, pero Miller se recordó a sí misma y a sus lectores que eran el enemigo y era necesario que siguieran siendo figuras que inspirasen odio[67].

Cuando visitó Colonia poco después de que cayera en poder de los aliados en marzo de 1945, Miller se encontró con una ciudad donde, al parecer, unas cien mil personas vivían en sótanos abovedados debajo de las ruinas. Los pocos que surgían del subsuelo le parecían repelentes por su obsequiosidad. La invitaban a cenar, mendigaban viajes en vehículos militares y trataban de gorronear cigarrillos y goma de mascar. «¿Cómo se atrevían?», preguntó. «¿Qué tipo de idiotez y estupidez les impide ver mis sentimientos? ¿Qué tipo de desapego son capaces de encontrar, de qué tipo de zonas de escape en los callejones sin ventilar de sus cerebros son capaces de sacar la idea de que son un pueblo liberado en lugar de un pueblo vencido?».

Colonia había sufrido 262 ataques aéreos desde 1940 (cifra en verdad asombrosa) y la RAF la había elegido para el primer ataque de mil bombarderos en 1942. Ahora solo quedaban 20 000 personas de una población de 700 000 y había 24 millones de metros cúbicos de escombros que era necesario quitar. Los tres puentes de la ciudad estaban hundidos en el río y la mayoría de los edificios públicos se hallaban sumidos en el caos. Al igual que en Aquisgrán, la catedral permanecía misteriosamente intacta y dominaba un yermo devastado, aparentemente a punto de derrumbarse sobre las figuras diminutas que comerciaban en el mercado negro a sus pies. En un lado del edificio cubierto de hollín había un corte profundo que a un observador le pareció una herida reciente que sangraba al ponerse el sol[68].

Esta era la ciudad que recibió a George Orwell cuando llegó a finales de marzo en calidad de corresponsal de guerra del dominical *The Observer*. Al igual que Miller, Orwell procedía de París, donde había tenido el placer de tomar unas copas con Hemingway en el Ritz. Después de las ruinas relativamente pintorescas de Londres y París, le sobrecogió la destrucción total de Colonia y lamentó la pérdida de las iglesias románicas y de los museos.

El odio que los alemanes despertaban en Orwell era menos elemental que el de Miller. En enero de aquel año se había burlado de la simplicidad del fervor antialemán de los británicos en dos de las columnas que publicaba con regularidad en la revista socialista *Tribune*. Al leer un ejemplar de la *Quarterly Review* que databa de la época de las guerras napoleónicas, le había impresionado encontrar reseñas respetuosas de libros franceses en unos momentos en que Gran Bretaña luchaba por su existencia en una guerra sangrienta y agotadora. Se quejó de que reseñas parecidas de literatura alemana no pudieran aparecer en la prensa ahora, aunque la situación era muy semejante. En realidad, como bien sabía Orwell, la situación era muy distinta; toda obra literaria que saliera de la Alemania nazi contaría con la aprobación de los fascistas. Los aliados luchaban en parte por todas las figuras culturales alemanas que habían sido perseguidas por los nazis. Pero las quejas que Orwell publicó una semana después fueron más convincentes. Al visitar en Londres una exposición de figuras de cera que ilustraban atrocidades cometidas por los alemanes, sintió asco al leer unos carteles que decían «Entren y verán auténticas torturas nazis, flagelación, crucifixión, cámaras de gas», y anunciaban una sección de atracciones para niños que podía visitarse sin recargo. El odio a los nazis se utilizaba para justificar un voyeurismo sádico y pornográfico: «Si se anunciara que los principales criminales de guerra iban a ser devorados por leones o pisoteados hasta la muerte por elefantes en el estadio de Wembley, me imagino que mucha gente asistiría al espectáculo»[69].

A pesar de todo, la irritación que le causaba el violento odio antialemán de sus compatriotas no le llevó a simpatizar con ellos. Cuando miraba a los ojos de los alemanes derrotados veía únicamente una especie de desafío derrotado. Al igual que Erika Mann y Lee Miller, le parecía que a los

alemanes les avergonzaba más perder la guerra que las atrocidades perpetradas en su nombre. La mayoría de las personas con las que hablaba afirmaban que se habían afiliado al Partido Nazi (NSDAP) contra su voluntad.

Fue más comprensivo con las denominadas, con cierta insensibilidad, «personas desplazadas» que abarrotaban las calles de Alemania con los carros en los que llevaban sus escasas y maltrechas pertenencias. En teoría, los trabajadores extranjeros que habían sido deportados por los nazis en toda Europa ahora eran libres. Sin embargo, como carecían de un lugar donde vivir, trataban de encontrar refugio en los campos de personas desplazadas o iniciaban con desgana el viaje de vuelta a casa atravesando un país hostil donde seguían bajo la amenaza de las bombas de la artillería y la aviación. Las autoridades aliadas ya habían trazado planes para cobijar y repatriar a estas personas, pero no habían contado con que su número crecería tan rápidamente.

El 16 de marzo de 1945, el Gobierno Militar estadounidense había calculado que ya eran 58 000 las personas desplazadas que se hallaban bajo su control; al finalizar el mes, la cifra había aumentado hasta 250 000 y el 14 de abril ya superaba el millón. Al cabo de un mes habría dos millones de personas desplazadas en Alemania. A Orwell le dolió ver que las personas desplazadas que al principio habían recibido a los británicos y norteamericanos como liberadores pronto se llevaron una desilusión al darse cuenta de que su hambre no era una prioridad para un Ejército que seguía concentrando sus esfuerzos en ganar la contienda[70].

El desaliento de Orwell ante lo que ocurría en Alemania se vio agravado súbitamente por la desesperanza personal. Una semana después de su llegada se sintió muy enfermo debido a una infección del pecho y el estado de su salud le preocupó lo suficiente para redactar algunas notas para su albacea literario. Empezaba a recuperarse cuando le llegó la noticia de que su esposa, Eileen Blair, había muerto dos días antes en Inglaterra. Sabía que su esposa iba a ingresar en un hospital para someterse a una operación de poca importancia, pero ignoraba que la intervención podía tener consecuencias fatales. Cuando llegó a casa ya era demasiado tarde para asistir al entierro. A sus cuarenta y un años, quedó viudo con un hijo recién

adoptado a su cargo, Richard. Incapaz de comprender del todo esta pérdida personal, Orwell se centró en regresar a Europa, posiblemente porque prefería pensar en un tipo de pérdida a mayor escala y, por ende, más fácil de afrontar. «Quiero volver y escribir algunos reportajes», dijo a un amigo el 4 de abril, «y tal vez después de unas cuantas semanas dando tumbos en *jeeps* etcétera me encontraré mejor[71]».

Era obvio a ojos de todo el mundo que la guerra se hallaba en su fase final. La mayoría de los ingleses y norteamericanos que recorrieron Alemania en abril reflexionaron sobre los problemas de la reconstrucción. Mientras esperaba en Londres el momento de volver a Europa, Orwell escribió un artículo para *The Observer* en el que insistía en que convertir Alemania en una especie de arrabal rural, como había sugerido Morgenthau, no ayudaría a Europa. Alemania era el problema de Europa y los demás países europeos debían comprender que el empobrecimiento de un país tendría repercusiones desfavorables en todo el mundo. Orwell opinaba que era absurdo debatir sobre la ética de los bombardeos —«la guerra es inhumana en sí misma»— y la cuestión importante tenía que ver con la ética de reparaciones frente a reconstrucción[72].

Día tras día Alemania iba convirtiéndose en un arrabal rural, pero, a pesar de ello, el alto mando no se rendía. El 16 de abril una fuerza soviética integrada por 2,5 millones de soldados, 6250 tanques y 42 000 piezas de artillería inició el ataque contra los restos de la Wehrmacht que defendían el camino que llevaba a Berlín. Era cuestión de semanas que la capital cayese y, en un artículo publicado el 22 de abril, Orwell, que ya se encontraba de nuevo en Alemania, comentó que decir que los alemanes sabían que estaban vencidos era quedarse corto. La mayoría de ellos creían que la guerra era algo pasado y que su continuación era una locura en la que ellos no tenían ningún papel y de la cual no tenían por qué sentirse responsables. Algunos civiles alemanes incluso habían solicitado al Gobierno Militar que les proporcionase cañones antiaéreos para evitar que los aviones alemanes se acercasen[73].

La resistencia alemana en la orilla occidental del Rin ya había sido eliminada y en los alrededores de Colonia la 82.ª División Aerotransportada de Gavin iba ocupando pueblos y ciudades, uno tras otro. En general, los

alemanes recibían a los norteamericanos como liberadores, agradecidos por no encontrarse bajo el control de los rusos, ya que, según decían, violaban a todas las mujeres en las regiones que conquistaban. «Una niña ha sido convertida en una mujer / Una mujer, en un cadáver», escribió el novelista Alexandr Solzhenitsyn, uno de los soldados rusos que habían conquistado Königsberg en enero, refiriéndose al cuerpo sin vida de una niña violada que yacía sobre un colchón[74].

Gellhorn consiguió dar alcance a la división de Gavin a mediados de abril. Después de que se fuera, el general le escribió para decirle que la echaba de menos mucho más de lo que había esperado y que empezaba a perder el interés por la guerra: «Durante todo el día tengo la sensación por primera vez desde hace dos años de que pueden coger la guerra y metérsela donde les quepa». Se había dado cuenta de que la excitación de las batallas había sido para él como una droga que necesitaba tomar en dosis periódicas. Ahora, por una vez, se contentaba con sentarse y esperar. «Hoy tengo ganas de mandar la guerra al infierno; ¿de qué sirve, si se puede saber? Quiero estar con mi Martha». Añadió que Martha era la persona más maravillosa y excepcional que había conocido en su vida y deseaba hacer al respecto algo más que aporrear su máquina de escribir.

En ausencia de Martha andaba atareado tratando de crear clínicas para recién nacidos, escuelas y tiendas de reparación de calzado, empezando a reconstruir el país que seguían bombardeando. Después de cuatro años viendo a los civiles alemanes como objetivos, a Gavin y los demás generales se les pedía ahora que los vieran como gente que necesitaba ayuda y alimentos. Después de la llegada de la sección de Publicidad y Guerra Psicológica de McClure, incluso les pedirían que distrajesen a la nación vencida con el fin de demostrar la superioridad del modo de vida norteamericano. Pero mientras tanto la batalla continuaba y Gavin no era el único en sentirse desconcertado. Para la mayoría de los combatientes la sensación de anticlímax era palpable. A su alrededor la guerra se acercaba poco a poco a su fin, un enfrentamiento de poca importancia sucedía a otro. No habría un gran clamor victorioso, solo más y más destrucción hasta que el daño fuera demasiado para continuar[75].

3

«Fuimos ciegos e incrédulos y lentos»

Victoria: abril-mayo de 1945

Durante la primavera de 1945 los aliados occidentales liberaron una serie de campos de concentración alemanes. Tropas estadounidenses entraron en Ohrdruf, Nordhausen y Buchenwald entre el 4 y el 11 de abril y los británicos liberaron Bergen-Belsen cuatro días después. Durante su visita a Ohrdruf, el general George Patton se asomó a un pozo donde brazos, piernas y torsos destripados sobresalían del agua fría y verde del fondo y tuvo que correr a esconderse detrás de unos arbustos para vomitar. En Buchenwald, los soldados norteamericanos quedaron horrorizados al encontrar a 700 niños demacrados entre los 21 000 prisioneros que quedaban, a la vez que en Bergen-Belsen los 60 000 prisioneros estaban más cerca todavía de la muerte que los de cualquier otro campo porque el reparto de alimentos y los servicios médicos habían dejado de funcionar unos días antes. Resultaba difícil distinguir algunos de los prisioneros vivos de los cadáveres que los rodeaban. Más de treinta y cuatro mil prisioneros habían muerto desde febrero y no había donde enterrarlos, por lo que los cadáveres putrefactos se amontonaban en distintas partes del campo. El 19 de abril, el periodista de la BBC Richard Dimbleby emitió por radio un informe en el que dijo que el día que había pasado en Belsen era el más horrible de su vida: «Me abrí paso por encima de un cadáver tras otro en la penumbra… Algunas de las pobres criaturas muertas de hambre […] parecían tan absolutamente irreales e infrahumanas que no me hubiese costado imaginar que nunca habían vivido siquiera»[76].

La existencia de los campos de concentración era conocida desde la década de 1930 y desde que el Ejército Rojo había liberado el campo de exterminio de Majdanek en julio de 1944 y el de Auschwitz-Birkenau en enero de 1945 circulaban revelaciones sobre las atrocidades perpetradas por los nazis. Pero el asesinato organizado y en masa no llegó a conocimiento del público británico y del norteamericano en toda su magnitud hasta ese momento[77]. Las tropas liberadoras, sobrecogidas y asqueadas, recorrieron las cámaras de la muerte en masa y los crematorios y luego procedieron a informar de los horrores tanto a la prensa de su país como a los alemanes que durante años habían vivido al lado de estas fábricas de muerte sin, al parecer, enterarse de lo que había dentro de ellas. Patton obligó a los ciudadanos de Weimar a visitar el campo de Buchenwald, decidido a hacerles reconocer su complicidad en unos crímenes cometidos a solo unos metros de sus domicilios.

El 29 de abril de 1945, las divisiones de Infantería 42.ª y 45.ª entraron en el tristemente célebre campo de Dachau y liberaron a 32 000 prisioneros. Los soldados percibieron el hedor de la muerte cuando aún no habían entrado en el campo. Ante la inminente llegada de los norteamericanos, las SS (*Schutzstaffel* o Sección de Asalto) se apresuraron a evacuar a los prisioneros del campo de Buchenwald y enviaron a dos mil de ellos en tren a Dachau. Casi todos murieron de hambre durante el viaje y ahora el tren cargado de cadáveres se encontraba parado ante la entrada. Inaugurado en 1933, al principio Dachau alojaba a prisioneros políticos y era un campo de trabajos forzados y no de exterminio como Auschwitz-Birkenau y Treblinka[78]. Sin embargo, desde 1940 Dachau estaba abarrotado de prisioneros procedentes del este de Europa, muchos de ellos judíos, y en los últimos meses del conflicto el suministro de alimentos y agua falló después de que miles de prisioneros fueran trasladados allí desde campos de concentración que estaban más cerca de las líneas aliadas. Mientras que en Buchenwald había un bloque en el que cada día morían entre cincuenta y cien personas, en Dachau había seis de estos bloques. Unos mil quinientos cadáveres demacrados seguían apilados en el crematorio, que se había quedado sin combustible unos días antes[79].

Para muchos de los liberadores de Dachau, esta sería la experiencia más traumática de la guerra. *Stars and Stripes*, el periódico del Ejército estadounidense, informó de que soldados y periodistas norteamericanos habían sido «achuchados, besados, lanzados al aire y llevados en hombros a través de un mar de prisioneros que lloraban, vitoreaban y reían» en estremecedoras escenas de liberación. Pero los gritos que proferían los prisioneros no eran necesariamente gritos de alegría, como daba a entender el periodista. Antes de que transcurriesen dieciocho horas desde la liberación del campo, 135 cautivos murieron a causa de las enfermedades y el hambre. Algunos de los prisioneros rescatados surgieron de los montones de cadáveres descompuestos e incluso había un prisionero que aún estaba vivo en el tren de la muerte estacionado fuera del campo. La violencia siguió rápidamente al griterío. Un soldado norteamericano prestó su bayoneta a un prisionero para que decapitase a un guardia; otros guardias fueron muertos a golpes de pala o a tiros[80].

Lee Miller llegó un día después que las tropas. La acompañaba Dave Scherman, que desde hacía mucho tiempo era su colaborador profesional y ahora, en ausencia de Roland Penrose, su amante y centro emocional. Mientras cruzaban en coche la ciudad de Dachau brillaba el sol y sábanas blancas colgaban en las ventanas de villas suntuosas a lo largo de la vía férrea que conducía al campo. Antes de entrar inspeccionaron el tren de los cadáveres, rodeado ahora de moscas. Miller fotografió el tren desde la vía de maniobras, documentando así, furiosa y desconcertada, lo que veía. Dentro del campo encontraron supervivientes que cargaban los muertos en vehículos para que se los llevasen o que yacían en las literas, demasiado débiles para hacer algo. Durante los pocos minutos que tardó Miller en tomar las fotografías, encontraron los cadáveres de dos hombres, los sacaron a rastras y los arrojaron a la pila que había fuera del bloque. «No pareció importarle a nadie excepto a mí», comentó Miller en su artículo. Se turbó al averiguar que los conejos de angora de la granja de la prisión y los caballos de las cuadras estaban bien alimentados[81].

Miller escribió a su editor de *Vogue* y le dijo que en Dachau se encontraba todo lo que desearía o se negaría a oír acerca de un campo de concentración. Hasta los patios desiertos y llenos de polvo parecían evocar

los miles de pies condenados que los habían cruzado; «pies que dolían y se arrastraban y daban patadas en el suelo para quitarse el frío y cambiaban de postura para aliviar el dolor y finalmente se volvían inútiles salvo para llevarlos a la cámara de muerte». Al caer de rodillas en medio de los kilómetros de tierra cubierta de grava, sintió el fuerte dolor de una piedrecilla puntiaguda que se le clavó en una rótula y pensó que centenares de prisioneros habían caído así todos los días y todas las noches. Si podían volver a levantarse, vivían. Si estaban demasiado débiles, los dejaban en el suelo y finalmente iban a parar a los montones de cadáveres del crematorio[82].

El 1 de mayo se anunció la muerte de Hitler. Según el comunicado oficial alemán, había muerto luchando contra las tropas soviéticas. El gobierno alemán estaba ahora en manos del gran almirante Karl Dönitz, que había sido el comandante en jefe de la Marina de Guerra alemana desde 1943. Miller oyó la noticia cuando se encontraba en el piso privado de Hitler en el 16 de la Prinzregentenplatz de Múnich, a unos veinte kilómetros de Dachau, donde ella y Scherman se habían instalado con algunos soldados norteamericanos horas después de irse de allí. Aunque espacioso, era un piso normal y corriente, sin gracia, encanto ni intimidad. Había en él un piano Bechstein desafinado, un excelente aparato de radio, ropa blanca y cubertería de plata con las iniciales «AH». Miller se dio cuenta de que Hitler resultaba «menos fabuloso y, por ende, más terrible» ahora que podía imaginárselo en un entorno doméstico. Sacó el máximo partido de las posibilidades visuales que ofrecía la combinación de fascismo y domesticidad y fotografió a Scherman sentado ante el escritorio de Hitler y a un soldado norteamericano leyendo *Mein Kampf* echado en la cama de Hitler. También posó para una fotografía que pronto se haría famosa en la que aparecía enjabonándose en la bañera de Hitler[83].

Miller y Scherman llevaban semanas sin bañarse y apreciaron aquel lujo inesperado. Pero para Miller el baño fue más que un acto de limpieza. Al componer la *mise en scène* para la fotografía, puso sus botas del Ejército a los pies de la bañera y ensució la alfombrilla blanca con el barro de Dachau. Dentro del cuadro vivo, la contemplaban tanto una fotografía de Hitler, cuya postura triunfal daba la impresión de que acababa de conquistar el

cuarto de baño desde detrás de los grifos, como una estatuilla desnuda, de estilo clásico, cuyo brazo doblado imitaba la pose, más tentativa, de la propia Miller.

No hay ningún mensaje sencillo en la fotografía de Miller, pero por medio de la yuxtaposición de, por un parte, la torpe brutalidad de sus botas sucias de barro y, por otra, la pompa del liderazgo militar y la belleza clásica tanto de la estatuilla como de su propia figura acurrucada, frágil y desnuda, se preguntaba cómo pudieron juntarse estos elementos incongruentes. Los líderes nazis se habían hecho famosos por encontrar un sitio para el arte en la cámara de tortura y el campo de batalla. Corrían ya muchos rumores sobre comandantes de campos de concentración que se pasaban el día gaseando judíos y luego se iban a casa y escuchaban a Beethoven. «Grita cavad unos la tierra más profunda y los otros cantad sonad», comentó de forma memorable el poeta Paul Celan en su poema «Todesfuge» [«Fuga de muerte»]; «escribe al oscurecer en Alemania tus cabellos de oro Margarete»[84]. Al colocar la estatuilla dentro del encuadre con Hitler, Miller quitaba fuerza a la idea de que el arte poseía la capacidad de redimir sencillamente por medio de su pureza o distanciamiento[85]. También investigaba la manera en que ella, al igual que el alto mando nazi, podía pasar con facilidad, en un mismo día, del barro del campo de exterminio a la limpieza del cuarto de baño y continuar con las triviales tareas de la vida cotidiana.

En el transcurso del año siguiente un periodista tras otro se sentiría turbado ante la normalidad de los líderes nazis; no parecían tan distintos del resto de la gente. Esto era en parte lo que Miller demostraba con su fotografía al revelar un mundo en el que era posible dejar la más inimaginable escena de horror para bañarse en un inocuo cuarto de baño. Al mismo tiempo, preguntaba si el barro con el que había ensuciado la alfombrilla de Hitler era el barro que en estos momentos manchaba el mundo entero; si ella, una mujer joven de aspecto «ario», cuyos ojos evitaban cuidadosamente la mirada de la cámara, era también responsable de que existieran figuras esqueléticas como las que había visto en Dachau.

Poco después de oír la noticia de la muerte de Hitler, Miller y Scherman visitaron la villa cuadrada de estuco de la amante del Führer, Eva Braun.

Miller se echó una siesta en la cama de Eva y la encontró cómoda, aunque le pareció macabro dormitar con la cabeza recostada en la almohada de un par de difuntos y alegrarse de su muerte. También en este caso Miller exploraba la experiencia sensual de ser Hitler. Tras yacer desnuda en su bañera, ahora experimentaba el olor de su almohada contra su rostro, los bultos de su colchón debajo de su cuerpo. En su bañera y en su cama estaba la prueba física de la banal normalidad de Hitler; Miller sabía como pocos podían saber que la aparente encarnación del mal también había tomado forma corporal. Saberlo era difícil y peligroso y Miller se dio cuenta de que le rechinaban los dientes y gruñía, llena de odio y desesperanza. Escribir sobre las escenas que presenciaba requería un esfuerzo más grande que fotografiarlas. Le costaba escribir incluso en circunstancias normales y ahora Scherman tenía que proveerla de tranquilidad, sexo y coñac cuando permanecía despierta hasta altas horas de la noche y pasaba grandes angustias para escribir sus artículos.

La guerra en Europa había terminado de hecho, pero los aliados aún esperaban que los alemanes se rindieran. El 3 de mayo Berlín ya había caído en poder de los rusos. El día anterior habían capitulado las fuerzas alemanas en Italia y todo el XXI Ejército alemán (unos ciento cincuenta mil hombres) se había rendido ante James Gavin en Ludwigslust, Alemania[86]. Al ocupar la ciudad, Gavin ordenó que todos los habitantes mayores de diez años vieran los repulsivos restos del cercano campo de Wöbellin. Luego obligó a las fuerzas vivas de Ludwigslust a enterrar a los muertos del campo de concentración en un parque situado enfrente del palacio principal, ante la mirada de todos los habitantes.

Lo que hizo Gavin en Ludwigslust fue típico. Ahora que se había revelado el comportamiento de los alemanes en los campos de concentración, parecía absurdo montar escuelas y clínicas para ellos. ¿Tenían realmente los alemanes derecho a la reconstrucción, incluso después de ser desnazificados? ¿Y era posible cambiar la mentalidad de una población capaz de hacer cosas como aquellas con semejante funcionalidad aparentemente tranquila? Demasiado ocupados, agotados y horrorizados para responder a estas preguntas, lo único que podían hacer los generales

aliados era exigir que los alemanes acudieran a compartir su confusión afrontando sus propias fechorías.

Desde Ludwigslust, Gavin escribió a Gellhorn para decirle que seguía echándola de menos y se preguntaba cuándo volverían a verse. Unos días antes había recibido un telegrama enviado por Gellhorn desde París, pero acababa de saber que ella estaba en Alemania. Gavin esperaba que fuese a buscarle, pero en realidad Gellhorn iba camino de Dachau, adonde llegó el 3 de mayo.

Un solo día en Dachau fue suficiente para que Gellhorn perdiera su recién descubierto entusiasmo por la vida. «No sabía qué pasaba, no me daba cuenta, no me enteraba, no me importaba, no lo comprendía», escribió, incrédula. Años después dijo que había perdido su juventud en Dachau y nunca pudo albergar esperanza de nuevo. «Es como si entrara en Dachau y cayera por un precipicio y sufriera una concusión de por vida, sin darme cuenta de ello». Los supervivientes del campo le daban miedo: esqueletos sentados al sol, tentándose el cuerpo en busca de piojos, que parecían no tener edad ni un rostro reconocible. «Ninguna expresión asoma a un rostro que es solo piel amarillenta y sin afeitar estirada sobre hueso». Hablando con un médico polaco que había pasado cinco años encerrado en Dachau, supo de los experimentos que se llevaban a cabo dentro de la prisión. Los científicos del campo habían matado a 600 personas para comprobar cuánto tiempo podían sobrevivir los pilotos que eran derribados y caían al mar, y con este fin dejaban a las víctimas sumergidas durante varias horas en grandes tanques de agua salada a ocho grados bajo cero. En un artículo publicado en junio, Gellhorn dijo a los lectores de *Collier's* que eran un poco culpables de las escenas que había visto; los norteamericanos habían tardado doce años en abrir las puertas de Dachau. «Fuimos ciegos e incrédulos y lentos, y jamás podemos volver a serlo[87]».

Gellhorn no fue a buscar a Gavin en Ludwigslust. No estaba preparada para la felicidad normal. En vez de ello, fue a Bergen-Belsen, donde vio excavadoras enterrando los cadáveres amontonados, y luego voló a París desde Ratisbona, en un avión C-47 que llevaba antiguos prisioneros de guerra norteamericanos. Mientras esperaban el avión, los pasajeros se sentaron a la sombra de las alas. Cuando les invitaron a embarcar, subieron

corriendo como si huyeran de un incendio. Gellhorn no miró por las ventanillas al alejarse de un país que en aquel momento deseaba dejar atrás para siempre.

El 7 de mayo los alemanes se rindieron por fin en una escuela de Reims. En el plano simbólico, la victoria de los aliados se vio menoscabada por el hecho de que se desconocía el paradero del cadáver de Hitler. Los periódicos anunciaron que una primera búsqueda en Berlín había sido infructuosa, de modo que los rusos seguían registrando la capital para dar con los restos. Existía una pequeña posibilidad de que el líder alemán hubiera escapado y esperase el momento de tratar de resucitar la Patria. En realidad, los rusos habían encontrado e identificado su cuerpo el 5 de mayo, pero guardaban el secreto sobre el suicidio de Hitler, en parte para dar pábulo al rumor de que el Führer estaba escondido en Baviera (territorio ocupado por los estadounidenses) y en parte para sustentar la propaganda de Stalin en el sentido de que los occidentales querían hacer un trato secreto con los nazis[88].

Inicialmente, los encargados de administrar las ciudades ocupadas eran las tropas que las habían tomado. Se habían instaurado varios gobiernos provisionales, generalmente encabezados por el *Bürgermeister*, es decir, el alcalde, a menos que se tratara de un nazi conocido. Los aliados imponían el toque de queda y confiscaban radios, armas y cámaras. Debido a que en esta fase la ocupación era tan arbitraria, la naturaleza del régimen ocupante variaba de forma radical de una ciudad a otra. Por regla general, los rusos y los franceses (que habían ido más allá de sus atribuciones al apoderarse de ciudades en todo el territorio de Baden) eran más propensos a castigar que los británicos y los norteamericanos, ya que habían sufrido más en su propio suelo[89]. Los cuatro aliados empezaron ahora a instaurar gobiernos de ocupación más en regla, si bien aún no se había llevado a cabo la asignación oficial y definitiva de las zonas de ocupación.

El 8 de mayo fue el llamado «VE Day», el día en que se celebró la victoria en Europa. Gellhorn lo pasó en un hotel de París llorando entre los brazos de un amigo francés y hablando de Dachau. Al día siguiente, Marlene Dietrich hizo su primera visita a un campo de concentración. Durante la contienda le habían llegado rumores de que su hermana Liesel

estaba en Belsen, aunque no era judía ni enemiga declarada de los nazis. El general Bradley dispuso que Dietrich viajase a Belsen en su avión del Ejército, pero la actriz no llegó a entrar en el campo. Hablando con el capitán del Ejército británico Arnold Horwell (subcomandante del campo liberado), Dietrich se enteró de que, en realidad, su hermana y su marido, Georg Willi, simplemente habían vivido en la ciudad de Belsen y colaborado estrechamente con los nazis que dirigían el campo de concentración. Georg Willi incluso se había encargado del cine de Belsen por cuenta de las SS. Horwell dijo a su esposa que los detalles sobre el campo que había dado a Dietrich bastaban para que se sintiera «casi asqueada». Liesel se había pasado la infancia siguiendo a su adorada hermana menor, y le daba tanto miedo hacerla enfadar que a menudo se equivocaba sencillamente por esforzarse demasiado en evitarlo. Ahora se había esforzado por complacer a unos superiores poco recomendables y Marlene nunca se lo perdonaría. Se aseguró de que Horwell hiciera todo lo posible para evitar que Liesel y su marido acabaran en la cárcel, pero luego desapareció de la vida de Liesel. En lo sucesivo negó haber tenido jamás una hermana[90].

Dietrich se distinguía de los primeros visitantes aliados de los campos tras su liberación en que echaba la culpa exclusivamente a los alemanes. Para Gellhorn y Miller, estar en el «bando del bien» no era suficiente. Si hasta entonces Alemania era un dilema para Europa y Estados Unidos, desde la apertura de los campos de concentración era también un dilema personal para ellos dos. Lo que se preguntaban ahora era cómo podían redimirse los horrores que habían visto. ¿Bastaría con enjuiciar y castigar a los nazis o el mundo entero seguiría siendo culpable de algún modo? Existía también la cuestión de lo que harían con todo su odio. Ninguna de las dos conseguía acostumbrarse a ver a comandantes aliados como Gavin ayudando a los impenitentes alemanes. Buscaban refugio en la tarea de escribir sus reportajes, y Miller decía una y otra vez a los lectores de *Vogue* que el campo de concentración de Dachau estaba cerca de la ciudad, lo suficiente para que no pudiese caber ninguna duda de que sus habitantes

sabían lo que sucedía en él. «La desviación de la línea férrea que llevaba al interior del campo pasa por delante de buen número de villas lujosas y el último tren de deportados muertos o semimuertos era tan largo que forzosamente las sobrepasaría»[91].

A finales de abril de 1945, George Orwell había escrito en *The Observer* que cuando circulaba en coche por las serpenteantes carreteras bordeadas de cerezos que cruzaban la campiña alemana se preguntaba una y otra vez: «¿Hasta qué punto los campesinos tan obviamente sencillos y amables que los domingos por la mañana van a la iglesia decentemente vestidos de negro pueden ser responsables de los horrores de los nazis?». A juicio de Orwell, la pregunta tenía dos respuestas posibles: los alemanes normales tal vez eran culpables o tal vez no lo eran. Martha Gellhorn opinaba que no podía haber duda alguna de su culpa colectiva. Ahora, en la orilla occidental del Rin con Gavin, se quejó desdeñosamente a los lectores de *Collier's* de que en Alemania nadie reconocía ser nazi. Quizá había algunos en el pueblo de al lado; aquella ciudad que quedaba a unos veinte kilómetros había sido un «verdadero caldo de cultivo» de nazismo; aquí todos habíamos estado ocupados escondiendo a judíos. Haciéndose eco sin darse cuenta de Erika Mann, Gellhorn sugería que le pusieran música, para que los alemanes pudiesen cantar un estribillo que dijera «¡Nunca hemos sido nazis!»[92].

A Gellhorn no le impresionó el espectáculo de una nación entera escurriendo el bulto y todavía menos la diferencia entre lo que ocurría de día y lo que ocurría de noche. Durante el día los norteamericanos eran la respuesta a las plegarias de los alemanes; al llegar la noche, los alemanes disparaban al azar contra los norteamericanos y pegaban fuego a las casas de los compatriotas que habían aceptado puestos en el Gobierno Militar. Unos meses antes, Gellhorn se había puesto furiosa al ver la magnitud de la destrucción que habían causado los aliados. Pero su experiencia en Dachau la había endurecido, de modo que no hacía caso a los alemanes que se quejaban de su propio sufrimiento bajo las bombas. «Nuestros soldados decían "Ellos se lo buscaron"» cuando contemplaban las ciudades en ruinas. Ahora Gellhorn pensaba lo mismo[93].

Empujada por la rabia, Gellhorn veía a todos los alemanes como una sola masa homogénea. No hacía distinciones de clase ni de ideas políticas, y olvidaba o pasaba por alto el hecho de que incluso había habido algunos supervivientes judíos protegiéndose de las bombas al lado de sus perseguidores. También veía la humildad de los alemanes ante sus vencedores más maniobrera de lo que podría haber sido. En el caso de muchos alemanes, lo que se manifestaba como adulación era fruto del miedo. Durante la guerra la propaganda nazi les había informado de que los británicos o los norteamericanos castrarían a todos los alemanes una vez vencidos y se apresurarían a poner en práctica el Plan Morgenthau, que transformaría Alemania en una granja gigantesca. Desconfiados y temerosos, además de hambrientos y a menudo enfermos, los habitantes de las ciudades bombardeadas poco podían hacer aparte de afirmar su conformidad y suplicar compasión a sus ocupantes.

En una emisión radiofónica dirigida a los alemanes desde Estados Unidos el 10 de mayo, Thomas Mann reiteró el mensaje de la culpa colectiva que proponían Miller y Gellhorn. Aunque el tono de Mann reflejaba más pena que ira —no hablaba con odio como Miller—, dijo que no le cabía ninguna duda de que sus antiguos compatriotas estaban implicados en la culpa de Alemania. Al igual que Miller y Gellhorn, Mann se tomaba el dilema de Alemania como un asunto personal; más personal, en su caso, porque, a diferencia de Dietrich, no se disociaba de los alemanes. Iniciando un debate que culminaría con *Doktor Faustus*, Mann lamentó que mientras sonaban las campanas de la victoria y se brindaba por ella, él y sus compatriotas tenían que agachar la cabeza a causa de la vergüenza. Se avergonzaba de que Alemania no se hubiese liberado del nacionalsocialismo: lograr la liberación con el sonido de las campanas y la música de Beethoven, en vez de esperar a que la liberasen desde fuera.

Por tratarse de la primera proclama de Mann después del cese de las hostilidades, esta alocución era muy importante. El filósofo exiliado Ludwig Marcuse calificaría más adelante a Mann de «káiser de todos los emigrantes alemanes, y en particular el jefe supremo de la tribu de los escritores», y añadiría que «de él se esperaba todo, se le atribuía el mérito de todo, se le hacía responsable de todo». Ganador del Premio Nobel y

autor de novelas eruditas que tenían mucho peso entre los intelectuales, tanto alemanes como norteamericanos, Mann era ahora el principal hombre de letras alemán en Estados Unidos e invitado de honor en la Casa Blanca[94].

Durante la guerra, Mann se había dirigido por radio a los alemanes para instarles a apartarse del nazismo. Ahora se dirigía más específicamente a los escritores y artistas alemanes que se habían quedado en Alemania. Los artistas alemanes tendían a referirse a sí mismos utilizando el término «emigrante interior», con el cual daban a entender que era posible permanecer físicamente presente en Alemania pero distanciarse mentalmente del mundo que los rodeaba y ausentarse ideológicamente. Mann era consciente de que los meses siguientes estarían dominados por un diálogo entre los emigrantes «exteriores» y los «interiores» en el cual los dos grupos asegurarían haber sufrido más y pecado menos que el otro. Mann quería impedirlo haciendo hincapié en las inevitables zonas grises en lo que se refería a la culpa y la atribución de la misma y reconociendo que si bien ahora era ciudadano norteamericano, compartía el peso de la culpa de sus antiguos compatriotas[95].

Mann tenía razón al contarse entre los culpables. Había decepcionado a su hermano, el novelista Heinrich Mann, con su propio militarismo durante la primera guerra mundial (celebró en su momento el hundimiento del trasatlántico británico *Lusitana* con 1200 pasajeros civiles a bordo) y también a sus hijos más politizados, Erika y Klaus, al no condenar públicamente a los nacionalsocialistas cuando su poder empezó a ser manifiesto. Aunque los había censurado cuando quedaron en segundo lugar en las elecciones de 1930 y había renunciado a su puesto en el comité ejecutivo de la Liga de Escritores Alemanes en 1933, se había mostrado reacio a una ruptura decisiva que hubiera dado pie a la prohibición de sus obras en Alemania.

En 1933 Thomas Mann y su esposa, Katia, siguieron a Erika y Klaus al exilio, temerosos de que sus vidas corrieran peligro debido a que Katia era judía y al radicalismo de sus hijos mayores. Pronto se reunieron con ellos sus otros cuatro hijos. Pero la capacidad de hablar con evasivas incluso sobre las cuestiones más sencillas formaba parte de la grandeza de Mann, al

igual que su determinación de reconocer ante sí mismo sus sentimientos más desagradables. En abril de 1933 escribió en su diario que empezaba a sospechar que «a pesar de todo, este proceso es uno de esos que tienen dos caras». Se preguntaba si, de hecho, «algo profundamente significativo y revolucionario» tenía lugar en aquellos momentos en Alemania y creía que, después de todo, no era «ninguna calamidad» que los judíos hubieran dejado de dominar el sistema jurídico. Este momento de antisemitismo no era característico en Mann, al que nunca había preocupado que su esposa fuera judía. Pero estaba dispuesto a considerar el asunto desde múltiples puntos de vista[96].

En mayo de 1933, Mann ya se había decidido lo suficiente como para comunicar a Albert Einstein que estaba convencido de que la «Revolución alemana» era «totalmente errónea y mala», pero a pesar de esta nueva convicción, siguió titubeando y se negó a dejar su editorial alemana e incluso habló en público contra la revista de los exiliados antinazis que dirigía su hijo Klaus, *Die Sammlung*. En parte fue debido a que creía que la lealtad de un gran escritor como él debía ir dirigida principalmente a la literatura. Después del *putsch* nazi de 1934 que ha pasado a la historia con el nombre de la Noche de los Cuchillos Largos, Mann escribió en su diario que le hubiera gustado que su corazón fuera más frío porque le permitiría sentirse menos turbado ante estos acontecimientos. «¿Qué me importa a mí la historia del mundo, probablemente debería pensar, con tal de que me deje seguir viviendo y trabajando?»[97].

Cuando Mann hizo finalmente una declaración política, no fue en nombre de los exiliados antifascistas, sino en defensa de su editor, que era judío y fue atacado por un periódico de los exiliados que lo tachó de protegido judío de Goebbels. Fue Erika quien provocó una ruptura más decisiva al insistir en que la historia del mundo sí importaba. Encontró inaceptable la protesta de su padre y le hizo saber que en lo sucesivo iba a resultarle difícil mirarle a la cara. Convencida de que era verdad que el editor judío había pactado problemáticamente con el régimen, Erika dijo a su padre que había llegado el momento de elegir entre su hija y su editor: «Esta época amistosa está predestinada a separar a las personas… ¿en cuántos casos ha sucedido ya? Tu relación con el doctor Bermann y su

editorial es indestructible; pareces dispuesto a sacrificarlo todo por ella. En ese caso si es para ti un sacrificio que yo, de forma lenta pero segura, me pierda para ti, entonces sencillamente no importa. Para mí es triste y terrible. Yo soy tu hija».

Thomas pidió a Erika que tuviera paciencia, pero ya no le quedaba ni un ápice. Intervino Katia redactando el borrador de una carta abierta a los periódicos y exigió a su marido que la terminara. Finalmente, en febrero de 1936, Thomas Mann habló claro en una carta abierta al periodista antisemita Eduard Korrodi en la que afirmaba que el antisemitismo alemán no iba dirigido únicamente contra los judíos, sino que iba dirigido «contra Europa y contra el propio gran germanismo» y contra los «fundamentos clásicos de la moral occidental». El nacionalsocialismo estaba creando «un ruinoso distanciamiento entre el país de Goethe y el resto del mundo»[98].

Ahora, después de años dirigiéndose por radio a los alemanes como norteamericano patriótico, Mann se había ganado el derecho de reprender a sus antiguos compatriotas por su necedad. Le preocupaba que continuasen creyendo en su superioridad militar y les instaba a ver que aquello era un mito. En un delicado acto de malabarismo, Mann regañaba a sus antiguos paisanos al mismo tiempo que no obviaba su propia culpa. Los alemanes (y se incluía a sí mismo en la primera persona del plural) necesitábamos «mejorar nuestra modestia» reconociendo la superior pericia militar de los aliados. La imposible tarea que Mann tenía ahora ante sí consistía en colaborar con los vencedores llegados de su país de adopción en sus esfuerzos por convencer a sus compatriotas de su culpa, sin rehuir su propia responsabilidad como escritor alemán[99].

Golo y Klaus Mann, hijos de Thomas, se habían alistado en el Ejército aliado cuya pericia militar elogiaba su padre, si bien hay que reconocer que se habían alistado en calidad de reporteros y no de combatientes. Desde el comienzo de la contienda, ambos habían estado comprometidos con ayudar a derrotar a los nazis físicamente además de intelectualmente. En mayo de 1940, Golo Mann había dejado en suspenso su carrera de historiador académico para servir como voluntario de la Cruz Roja en Francia. Cayó

prisionero casi inmediatamente y fue internado en un campo de concentración francés, aunque fue puesto en libertad después de tres meses gracias a la ayuda de los norteamericanos y se escapó cruzando los Pirineos hasta llegar a Lisboa y luego a Estados Unidos, acompañado por su tío Heinrich[100]. Al cabo de un año, cuando Estados Unidos ya estaba en guerra, Klaus Mann intentó alistarse en el Ejército. Tras ser rechazado en repetidas ocasiones por las autoridades militares, que tenían sus dudas sobre su salud y su orientación sexual, Klaus simuló cierto deseo heterosexual señalando el apetitoso busto de una muchacha que pasó por delante de la ventana y fue aceptado como soldado norteamericano en 1942.

Después de ser un *outsider* durante años, le encantó defender a su nueva patria. «Nosotros los refugiados alemanes […] ansiábamos aportar nuestro granito de arena a la lucha contra la Peste Parda», dijo más adelante; «me sentí feliz y orgulloso, por tanto, de ingresar en el Ejército de mi nuevo país, Estados Unidos de América». En 1943 Golo también logró alistarse, trabajó para la Oficina de Servicios Estratégicos en Washington y luego hizo de comentarista radiofónico para la división en lengua alemana de la American Broadcasting Station [Emisora de Radio Norteamericana] en Londres y posteriormente en Luxemburgo, donde se encargaba de informar a los alemanes del bombardeo de sus ciudades desde el otro lado de la frontera[101].

La unidad de Klaus Mann se hallaba en Europa desde la primavera de 1943 y ahora estaba destacada en Italia, donde trabajaba para la sección de Guerra Psicológica. El trabajo de Klaus consistía en informar sobre la guerra para *Stars and Stripes* y pronunciar discursos por medio de altavoces en los que instaba a los soldados alemanes en Italia a rendirse. «¿Queréis morir por una causa perdida?», les había preguntado en enero. «¿Por qué seguís echados en el suelo aquí, arriesgando vuestras vidas?». Había café y pan con mantequilla esperándoles en el campo de prisioneros de guerra de los norteamericanos. Pero aunque se disociaba de la necedad de los soldados alemanes, Klaus, al igual que su padre, había regresado mentalmente a su antigua patria durante los meses de su prolongada derrota. Durante su estancia en Italia, había recibido cartas esporádicas de Erika en las que esta describía sus aventuras en Aquisgrán, y ahora Klaus trataba

ansiosamente de persuadir a sus superiores de que también para él había llegado el momento de volver a Alemania[102].

Para Klaus Mann el deseo de regresar a Alemania estaba ligado a sus sentimientos de intimidad ambivalente con su padre y su hermana mayor. No le gustaba ni pizca que Erika viese las ruinas de su patria sin él. «Es una lástima eterna que no podamos explorar juntos las ciudades alemanas», se quejó. Quería regresar al país donde habían crecido, tanto para encontrar sentido a su propio pasado como para recuperar el vínculo con su hermana porque temía perderla[103].

Klaus y Erika habían estado tan unidos desde la infancia que a menudo los tomaban por mellizos o amantes. En realidad, Erika era un año mayor que el hermano al que llamaba afectuosamente «Eissi» y ambos se sentían atraídos más a menudo por personas de su propio sexo. A pesar de ello, su relación presentaba características propias de una relación conyugal. De niños, guardaban las distancias con sus cuatro hermanos y hermanas menores, así como con sus compañeros de escuela, y estaban inmersos en un mundo de fantasía que proliferaba de manera incesante. A los extraños les llamaban la atención la exclusividad de su inteligencia intransigente y su androginia. Erika era una niña poco femenina, de cabellos negros y desaliñados; Klaus tenía un rostro bonito y afeminado y una melena rubia y rizada que le llegaba hasta los hombros.

Cuando les pareció que era el momento de dejar la burguesa Múnich por la bohemia Berlín, se fueron juntos; Klaus tenía entonces diecisiete años y Erika, dieciocho. Es más, se enamoraron al mismo tiempo y crearon un cuarteto incestuoso que se mantuvo unido principalmente por el fuerte vínculo entre los dos hermanos. A sus dieciocho años, Klaus se declaró a Pamela Wedekind (hija de Frank Wedekind, conocido y escandaloso dramaturgo), que a la sazón era la amante de Erika[104]. Klaus escribió su obra de 1924 *Anja und Esther* para su hermana y su prometida y exploró en ella las relaciones de «un neurótico cuarteto de cuatro chicos y chicas» que están «locamente enamorados unos de otros, de la manera más trágica y confusa». Dos años más tarde la estrella ascendente Gustaf Gründgens invitó a Klaus a montar la obra en Hamburgo y sugirió que él y Klaus encarnasen a los dos chicos[105].

Gründgens era guapo, desaseado y ambicioso. Los elevados orígenes de Klaus le impresionaban tanto como impresionaban a este el encanto y la confianza en sí mismo de su nuevo amigo. Los dos hombres se enamoraron y Gründgens declaró públicamente que Klaus era el poeta de la joven generación y pidió a Erika que se casara con él. Pamela no asistió a la boda de su amante y Erika y su marido pasaron la luna de miel en un hotel donde Erika y Pamela se habían alojado durante sus vacaciones un mes antes y esta se había hecho pasar por hombre. Gründgens apoyaba a Erika en su carrera de actriz, pero en su relación con Klaus la rivalidad empezaba a prevalecer sobre el amor; el linaje de Klaus se convirtió en un problema al eclipsar el estrellato del propio Gründgens. Cuando *Anja und Esther* se estrenó en Hamburgo, la revista más popular de Alemania, *Die Berliner Illustrierte Zeitung*, publicó un artículo sobre el cuarteto que hablaba principalmente de la ilustre estirpe de los Mann y los Wedekind y eliminó a Gründgens de la fotografía de la portada. No tuvo nada de extraño que tanto la aventura amorosa como el matrimonio terminaran antes de que transcurriesen tres años, si bien Klaus continuó sintiéndose irritado y obsesionado con Gründgens y utilizaría a su examante como modelo de un actor arribista que vende su alma al diablo fascista en su novela de 1936 *Mefisto*[106].

El compromiso de Klaus y Erika con la vida bohemia fue en parte una reacción contra sus padres porque, a su modo de ver, no habían cumplido la promesa de su juventud radical. En 1901, a la edad de veintinueve años, Thomas Mann había escandalizado a la familia con su retrato crítico del mundo burgués de su infancia en *Los Buddenbrook*. En 1903, Katia Pringsheim había sido la primera mujer en matricularse en la Universidad de Múnich. Poco después, conoció a Thomas, que se sintió atraído inicialmente por la altanera negativa de la joven a presentar su billete en un tranvía. Pero Klaus y Erika opinaban que sus padres habían sucumbido ante la respetabilidad al casarse. Katia abandonó los estudios para convertirse en la callada esposa de un gran hombre y Thomas continuó sintiéndose realizado solo en parte en lo que se refería a la sexualidad, pues sabía que era principalmente homosexual. Erika y Klaus estaban decididos a evitar las

tristes concesiones que habían hecho sus padres, aunque ambos experimentarían siempre el impulso de buscar la aprobación de Thomas.

Ni Klaus ni Erika volvieron a sentirse obligados a casarse con el amante del otro, pero en 1935, cuando Erika necesitó casarse con un inglés para obtener un pasaporte británico, recurrió a un homosexual. Conoció al poeta británico W.H. Auden por mediación de su colaborador, el novelista Christopher Isherwood, con el que había trabado amistad en Amsterdam. Le preocupaba que pronto revocasen su ciudadanía alemana y pidió a Isherwood que se casara con ella. Isherwood tenía horror al matrimonio y le preocupaba, a su vez, la seguridad del alemán que era su amante, de modo que envió un telegrama a Londres en el que pedía a Auden que fuera él quien se casara con ella. Erika Mann y Wystan Auden contrajeron matrimonio en junio de 1935 y Erika se presentó luciendo un pantalón de hombre y una chaqueta hechos a la medida; este fue su segundo traje de novia.

Erika dejó claro con su atuendo que, al igual que Klaus, seguía formando parte de un mundo bohemio de *outsiders* del que quedaban excluidos sus padres y su respetable círculo literario. Sin embargo, el lazo entre los hermanos empezaba a aflojarse, lo cual resultaba doloroso para ambos. Erika se sentía cada vez más alejada de su hermano debido a la dependencia de este de las drogas, toda vez que era evidente que sus experimentos químicos de los años veinte le habían convertido en adicto a una combinación rotatoria de morfina, cocaína y heroína. «No tomes más "atún" [heroína]», ordenó Erika a Klaus en una carta de 1937. «¡Es malo para la salud! ¡Es caro! ¡Es peligroso! ¿No te das cuenta?». En la misma carta reconocía la creciente distancia que había entre ellos y decía que «estamos demasiado separados el uno del otro y eso me roe las entrañas»[107].

Erika y Klaus, no obstante, continuaron dando conferencias juntos a finales de la década de 1930 y fueron coautores de dos libros sobre Alemania y los alemanes. En *The Other Germany* [La otra Alemania] (1940) analizaban el nazismo como enfermedad alemana y sugerían que estaba «hondamente arraigado en el carácter y la psique de la nación herida», al mismo tiempo que suplicaban que se reconociera a la Otra

Alemania, el país ilustrado que había producido grandes obras de la música, la filosofía y la literatura. Pero el abismo entre los dos hermanos fue en aumento mientras cada uno de ellos hacía la guerra por su cuenta. Erika se trasladó a Londres en el verano de 1940 para trabajar de corresponsal de la BBC, convencida de la necesidad de «dejar atrás mi hermoso, agradable modo de vida norteamericano» y entrar en una zona de guerra. Klaus, que la echaba de menos desesperadamente, optó por no seguirla y, en vez de ello, fundar otra revista literaria, *Decision*, cuyo primer número salió en 1941 con un artículo de fondo en el que él defendía su derecho a fundar una revista de esta clase en un momento tan peligroso. Los nazis habían puesto la cultura misma en peligro. Lo que se necesitaba para combatirlos era «un nuevo foro para el espíritu creativo… *ahora*, precisamente en este momento de decisiones fatídicas»[108].

A Klaus le parecía esencial que su revista se publicara en Estados Unidos. El país que Erika había considerado irresponsablemente hermoso y agradable era para Klaus «el último refugio de la libertad de pensamiento y de expresión». El debate venía de lejos. Eran las líneas de batalla que habían separado a Martha Gellhorn y Ernest Hemingway y que ahora dividían a los artistas británicos que se habían ido a Estados Unidos —su cuñado W.H. Auden, Christopher Isherwood, Benjamin Britten— de los amigos que habían dejado en Londres[109].

Klaus abandonó pronto su propia postura. A diferencia de Auden e Isherwood, no era pacifista. Poco después de empezar la guerra, había dicho a Isherwood que aunque no podía imaginarse a sí mismo matando a alguien, estaba convencido de que si no se frenaba a los nazis, la civilización misma sería destruida. En un debate radiofónico de 1941 había discutido con Auden y abogado por el activismo entre los artistas, mientras que Auden sostenía que poetas y escritores debían abstenerse de adoptar una postura política. Al alistarse en el Ejército estadounidense, fue más lejos que su hermana y se comprometió con el esfuerzo bélico. Ahora estaba metido en la guerra todavía más que ella, pero el distanciamiento entre los dos siguió aumentando a medida que sus experiencias bélicas divergían y las cartas se extraviaban o no llegaban a escribirse[110].

La distancia entre los hermanos se reflejaba en la elección de amantes por parte de Erika. Desde que emigró a Estados Unidos en 1936, se había vuelto principalmente heterosexual y mantenía a sus amantes masculinos apartados de Klaus. En 1941 se había enamorado del director de orquesta y compositor alemán Bruno Walter, que tenía sesenta y cinco años y se parecía a Thomas Mann más que Klaus por su dignidad alemana del viejo mundo; de hecho, Erika le conocía desde la infancia porque era amigo de su padre y padre de su amiga Lotte. Por primera vez estaba enamorada como es debido de un hombre y la cosa iba en serio, por parte de ella aunque no de Walter, si bien la intensidad de la relación menguó al iniciar Erika simultáneamente una aventura amorosa con la corresponsal de guerra norteamericana Betty Knox.

Además de buscarse un amante paternal, Erika reforzaba los lazos con su padre. Sus años de rebelión habían terminado y estaba dispuesta a ser la leal hija preferida que Thomas Mann necesitaba. Poco después de irse a Estados Unidos, Erika había dejado de burlarse de los nazis por medio de sus espectáculos de *cabaret* y, en su lugar, había empezado a criticarlos en sus conferencias. Thomas alabó su decisión y le dijo en una carta: «Hablas en mi lugar como hija y discípula intelectual mía». Era un honor que Erika codiciaba cada vez más. Tras marcharse de Alemania y regresar a Los Ángeles en enero de 1945, anheló volver a Europa, pero se sintió obligada a quedarse porque la salud de su padre no era buena y Erika deseaba celebrar su septuagésimo cumpleaños con él en junio[111].

Debido en parte a su conflicto de lealtades, Erika no escribía a Klaus con tanta frecuencia como este hubiera deseado. Las relaciones entre ellos se hicieron más tensas cuando Klaus se ofendió por el silencio de Erika y esta se molestó por que su hermano encontrase distanciador el silencio. «Deberías tener en cuenta que soy físicamente incapaz de sentirme ofendida por lo que tú hagas o digas», dijo Erika a su hermano en febrero, dolida de que Klaus pudiera considerar posible que ella le castigara no escribiéndole. Dirigiéndose a él con las palabras «pequeño y viejo cónyuge», insistió en que de no ser por su lealtad al padre de ambos, volvería a Europa y a su hermano tan pronto como fuera posible. «Huelga decir que mi corazón se siente dolido e irritado incluso ahora y quiere estar donde “el otrora

poderoso” se rinde y “los otrora arrogantes” (los alemanes) siguen siendo tan arrogantes como siempre», dijo a su hermano el día en que se celebraba la victoria en Europa y en que Klaus se fue finalmente a Múnich con el propósito de volver a visitar su antiguo domicilio familiar[112].

Klaus había persuadido a sus superiores para que le mandasen a Alemania con la misión de informar sobre las condiciones en la zona estadounidense. Ahora, mientras la alocución de su padre llegaba por radio a toda la nación, Klaus anduvo a través de las ruinas de la ciudad hasta llegar a la casa de la Poschinger Strasse donde él, Erika y el resto de sus hermanos habían crecido. En una alocución radiofónica titulada «An American Soldier Revisiting his Former Homeland». [Un soldado norteamericano vuelve a visitar su antigua patria], Klaus Mann describiría más adelante la extraña sensación que había experimentado al andar por calles que en otro tiempo le eran conocidas y que habían quedado reducidas a ruinas y escombros. Al haber desaparecido los edificios que le hubieran servido para orientarse, le resultó casi imposible ir del centro de la ciudad a la casa de su familia. Durante el último año de la guerra, los fuertes bombardeos habían destruido tres cuartas partes del viejo centro de la ciudad. Noventa y dos edificios culturales y religiosos habían sido arrasados por las bombas; otros 182 habían sufrido desperfectos, entre ellos la catedral, el antiguo ayuntamiento y el Teatro Nacional[113].

La casa de los Mann era una cáscara vacía, con el interior calcinado, el techo destruido y la escalera hecha pedazos. Pero Klaus se llevó una sorpresa al ver que había una chica en el balcón que quedaba enfrente de su antiguo dormitorio. Asumiendo el papel de vencedor, Klaus le preguntó en alemán con acento norteamericano qué hacía. La chica replicó que se había refugiado allí después de verse desalojada por los bombardeos y le invitó a subir utilizando una escalera improvisada. Resultó que durante la contienda las SS habían requisado el edificio para instalar en él un *Lebensborn*, un lugar donde muchachos y muchachas «de raza superior» tenían relaciones sexuales para propagar la raza alemana. «No lo hacían por gusto», aseguró

la joven a Klaus con toda seriedad. «Muchos bebés estupendos fueron engendrados y nacieron en esta casa…»[114].

Durante toda la guerra, Klaus Mann había creído que «cuando el dictador haya desaparecido —y solo entonces—, volverá a ser posible […] vivir en Alemania, sin miedo y sin vergüenza». Ahora le entristecía ver que no era así. En un artículo publicado en *Stars and Stripes* se quejó de que la sacudida de la derrota no había servido para que los alemanes vieran la luz: «El pueblo alemán no muestra ningún indicio de tener sentido de responsabilidad, mucho menos sentido de culpa». Visitó a algunos artistas alemanes, a su antiguo amigo el actor Emil Jannings (coprotagonista con Marlene Dietrich de *El Ángel Azul*, la popularísima película que en 1930 dirigió Josef von Sternberg y cuyo guión escribió Carl Zuckmayer a partir de una novela de Heinrich Mann) y al compositor Richard Strauss, y salió con la certeza de que ambos eran nazis impenitentes. Strauss se quejó únicamente del deplorable y parcial gusto de Hitler en materia de música: «Casi nunca iba a oír mis óperas»[115].

Al igual que su padre, Klaus estaba convencido de que el conflicto lo había conducido el conjunto del pueblo alemán. Y a veces también se incluía a sí mismo entre los culpables. Al ver cómo su joven amante norteamericano Thomas Quinn Curtis («Tomski») partía vestido con el uniforme de la Guardia Nacional con destino a un campamento de instrucción durante la guerra, Klaus había tenido la sensación de que, como alemán, era responsable de la pérdida de vidas jóvenes. «No quiero justificarme; muy al contrario, quiero hacer hincapié en la parte de culpa y responsabilidad que me corresponde», escribió a la sazón en el borrador de una carta a Tomski. Ahora la decepción que le había causado la nación alemana fue acompañada de la tristeza que le producía regresar a Alemania sin su hermana. El 16 de mayo de 1945 envió a su padre un informe largo sobre su viaje de vuelta a casa, dirigido también a Erika. Dijo a su «Mago-Papá» que cometería un grave error si regresaba a Alemania para desempeñar algún papel político allí: «Aquí las condiciones son demasiado lamentables. Todos tus esfuerzos por mejorarlas serían completamente inútiles. Al final te echarían la culpa del merecido e inevitable sufrimiento del país. Lo más probable es que te asesinasen». Era evidente que se

necesitarían decenios para reconstruir las ciudades alemanas y que la rehabilitación espiritual de la nación «moralmente mutilada, impedida» tardaría aún más[116].

Dos semanas más tarde Thomas Mann dio una conferencia en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos titulada «Germany and the Germans» [Alemania y los alemanes]. En ella siguió el ejemplo de su hijo y recalcó su recién adquirida ciudadanía norteamericana al declarar que se dirigía a sus oyentes como norteamericano y que como norteamericano era ciudadano del mundo. Compartía la preocupación del mundo por Alemania y pensaba que «El horrible destino de Alemania […] despierta nuestro interés, aunque este interés carezca de compasión». Al mismo tiempo se mostró más explícito de lo que había sido en sus alocuciones radiofónicas a los alemanes y afirmó que seguía siendo alemán a pesar de su nuevo pasaporte y que no podía desentenderse de la suerte que corriera su nación. Sería poco honrado presentarse como «la Alemania buena» en contraste con la Alemania perversa y culpable de la otra orilla del océano, con la cual no tenía nada en común. Le habían educado en el cosmopolitismo provinciano del viejo mundo alemán; había sentido en sí mismo el potencial de fanatismo religioso que ello entrañaba.

Mann desarrolló los argumentos que Klaus y Erika Mann habían propuesto en *The Other Germany* y dijo que veía el nazismo como una psicosis peculiarmente alemana. Incluso apuntó que existía una unión secreta entre el espíritu alemán y lo demoniaco. Tanto el Fausto de Goethe como el diablo que lo seducía podían verse como figuras fundamentalmente alemanas; Goethe, al igual que Mann, diagnosticaba lo demoniaco en el alma alemana. Ahora Alemania había hecho un pacto fáustico con el diablo. El ansia alemana de libertad equivalía siempre a la esclavización interior porque comportaba un ataque a la libertad ajena.

En el relato un tanto selectivo de Mann, la introversión del romanticismo alemán, con su ternura, su pasión y su ensueño, había dado por resultado tanto el pangermanismo de Bismarck como la megalomanía hitleriana impulsada por la muerte[117]. El Werther goethiano, llamando «con mano fría, firme» a los «broncíneos portales de la Muerte», o Tristán e Isolda, a quienes Wagner presenta soñando juntos con una «*sehnend*

verlangter Liebestod» (anhelada, ansiada muerte en el amor) y deseando la muerte como «infinito reino de sueños extáticos», fueron los antepasados de los héroes guerreros que creó Hitler**[118]**. Del mismo modo, los románticos alemanes habían compartido la visión hitleriana de una identidad alemana *völkish* [del pueblo] basada en la sangre del pueblo y el suelo. Para Mann no había «dos Alemanias, una buena y otra mala, sino una sola, cuyos mejores hijos se convertían en malvados por obra de la astucia diabólica». La Alemania perversa era la Alemania buena sumida en la culpa y las ruinas**[119]**.

Sin darse cuenta, Mann se hacía eco de los psicólogos norteamericanos de la conferencia de 1944. Según el informe que Henry Dicks escribió sobre esta, los delegados veían el nazismo como una expresión de ideales que prevalecían desde hacía mucho tiempo en Alemania. Pero a Mann le interesaban de modo específico los artistas alemanes, y la Alemania que él describía era un país cuyos escritores y artistas eran todavía más culpables que los demás ciudadanos porque se habían colocado a sí mismos y su arte por encima de la política y el resto de la nación los había animado a hacerlo, con lo que, de hecho, les había concedido inmunidad política.

En *The Other Germany*, Klaus y Erika Mann explicaban a sus lectores norteamericanos que a los alemanes les encantaba recalcar la diferencia entre su concepto de la *Kultur* y el concepto occidental y más superficial de la *Zivilisation*. Aunque en el libro no hablaban de ello, tanto la tardanza de su padre en enfrentarse al nazismo como sus inclinaciones nacionalistas, más problemáticas, eran fruto de esta división. En su obra *Reflexiones de un apolítico*, publicada al año de empezar la primera guerra mundial, Thomas Mann había jurado patrióticamente lealtad al esfuerzo bélico alemán aduciendo que la guerra suponía un conflicto entre la *Kultur* alemana y la *Zivilisation* del resto de Europa. Quería que Europa se reorganizara alrededor de la *Kultur* alemana, que, a su juicio, representaba el espíritu «del progreso, la revolución, la modernidad, la juventud y la originalidad». En 1919 vio con pesar la victoria británica y estadounidense como la compleción de «la civilización, la racionalización, la pragmatización de Occidente que es el destino de toda cultura que envejece»**[120]**.

En el caso de Mann estos sentimientos no eran puramente nacionalistas. Albergaba la esperanza de que la *Kultur* alemana pudiera utilizarse para crear una Europa más unificada. Pero es fácil ver cómo otros podrían hacer uso de este argumento con fines nacionalistas. También es fácil ver cómo la exaltación alemana de la *Kultur* creó una sociedad en la cual los artistas podían distanciarse de la política y, por tanto, evitar hablar claro contra el régimen. En el siglo XVIII y principios del XIX esto se debía en parte a que Alemania era fundamentalmente una *Kulturnation* más que un Estado político: un conjunto de entidades políticas distintas que tenían una lengua y una cultura en común. Pero incluso después de su unificación en 1871, Alemania necesitaba que sus artistas le proporcionasen su identidad nacional y esos artistas se distanciaban con frecuencia de la política, en parte porque los escritores que se atrevían a enfrentarse a los censores terminaban en la cárcel o en el exilio[121]. Esto cambió durante la República de Weimar, cuando el nuevo clima de libertad política hizo que entre los artistas alemanes surgiera un nuevo compromiso político de izquierdas, especialmente en Berlín, donde coincidió con un momento de experimentación sexual y artística. Cuando Hitler subió al poder, la *Kultur* y la *Zivilisation* ya estaban entrelazadas de forma inextricable, si bien muchos intelectuales alemanes tardaron algunos años en percatarse de ello.

Cuando Mann abogaba por la supremacía de la cultura alemana durante la primera guerra mundial, lo que hacía era abogar por que la cultura y la política continuaran estando separadas. Cuando habló claramente contra los nazis en 1936, ya era consciente de que esto había resultado imposible. Incluso durante la República de Weimar, Mann se había dado cuenta de la necesidad de que los artistas alemanes hicieran todo lo posible para apoyar la democracia en Alemania[122]. Bajo el nacionalsocialismo, el concepto alemán de la cultura como arte mayor se había hecho insostenible al apropiarse Hitler del arte para sus concentraciones de masas[123]. La *Kunstpolitik* [política artística] de Hitler y Goebbels ponía el arte al servicio de la política y la política al servicio del arte. Cuando Hitler asistió a una representación de *Parsifal*, de Wagner, antes de entrar en guerra, dio a entender que esta era la continuación del arte con otros medios. Si Mann había tardado algunos años en reconocer esto públicamente, gran número de

contemporáneos suyos tardaron mucho más. Durante los cuatro años siguientes, el dilema de Thomas y Klaus Mann iba a ser el de si podrían separar su destino del de sus compatriotas malvados; si la redención era posible para Alemania y qué podían hacer ellos, como escritores, para que lo fuera; si transformarse en norteamericanos era suficiente para librarse de la culpa y la desesperación.

Al igual que Mann, el gobierno de Estados Unidos opinaba que solo había una Alemania, si bien las características que le atribuían los funcionarios norteamericanos tendían a ser más prosaicas. El 21 de mayo de 1945 se publicó la «Directive to the Commander in Chief of the US Occupation Forces» [Directriz para el comandante en jefe de las fuerzas de ocupación estadounidenses], llamada JCS 1067, que sería la base de la política que debía seguirse en la zona norteamericana. El documento condenaba la «fanática» y «despiadada» megalomanía alemana y afirmaba, en términos que recordaban a los de Mann, que los alemanes no podrían «librarse de la responsabilidad de lo que han atraído sobre sí». Por consiguiente, Alemania no era ocupada con el propósito de liberarla, sino como «nación enemiga derrotada». Se prohibió a los soldados confraternizar con los alemanes y se les ordenó que se concentraran en la tarea de desnazificar y desmilitarizar Alemania. Se prohibió todo tipo de actividad política y debían cerrarse todas las escuelas que existían. Se permitió la libertad de expresión, de prensa y de culto, aunque todos los periódicos debían contar con la autorización de los aliados[124].

En las instrucciones que recibían los empleados británicos y estadounidenses de la Control Commission for Germany [Comisión de Control para Alemania] quedaba claro que se les enviaba a Alemania como ocupantes enemigos y no como liberadores. En marzo de 1945 el Armed Forces Radio Service [Servicio Radiofónico de las Fuerzas Armadas] informó a los soldados norteamericanos de que después de «una buena pelea limpia» podías estrechar la mano del adversario, pero esta no había sido una buena pelea limpia. No debían incurrir en el error de pensar «Ah, bueno, los alemanes son humanos» porque el asesino y el caníbal también

eran humanos, pero eso no significaba que fuesen humanitarios. Al cabo de un mes, una película educativa norteamericana titulada *Your Job in Germany* [Tu trabajo en Alemania] decía a los reclutas que si bien verían algunos «paisajes preciosos», esos paisajes estaban en «territorio enemigo»: «No se os envía a Alemania en calidad de educadores. Sois soldados en guardia […]. Todo alemán es una fuente potencial de complicaciones […]. Los alemanes no son nuestros amigos […]. No lamentan haber causado la guerra, solo lamentan haberla perdido».

A los británicos que llegaban a Alemania se les proporcionaba un folleto titulado «The German Character» [El carácter alemán] que, al igual que Thomas Mann, se mostraba disconforme con la distinción entre alemanes «buenos» y alemanes «malos»: «Hay solo elementos buenos y elementos malos en el carácter alemán, y estos últimos son los que suelen predominar». Los alemanes ensalzaban la muerte en vez de la vida y eran sensibleros, suicidas y sádicos. El folleto concluía con una lista de lo que debía hacerse y lo que debía evitarse: dad órdenes, sed firmes, impedid que los alemanes se salgan del lugar que les corresponde y mostrad una actitud distante, fría y correcta; no intentéis ser amables («se interpretará como señal de debilidad»), mostrad aversión a otra guerra («los británicos deben estar preparados para hacer la guerra de nuevo si Alemania no aprende la lección») o incluso mostrad odio («los alemanes se sentirán halagados»[125]).

La condición de enemigos que tenían los alemanes se formalizó por medio de la regla contraria a la confraternización que impusieron los gobiernos británico y estadounidense. Desde el primer momento de su entrada en Alemania, las tropas aliadas tenían prohibido alternar con los alemanes. Cuando los norteamericanos llegaron a Frankfurt les impidieron incluso hablar con los 106 judíos que quedaban en la ciudad. Esta política fue muy criticada tanto por los alemanes como por los observadores aliados y parecía contradecir el deseo de reeducar a los alemanes para liberarlos de sus tendencias supuestamente sensibleras, suicidas y sádicas. Un artículo sin firma que el semanario británico *New Statesman* publicó en abril de 1945 se quejaba de que era imposible reeducar a un pueblo sin crear primero un terreno en común: «La derrota y la ocupación les dan su lección

material. Ahora debe seguir la lección espiritual». En mayo el representante de la División de Guerra Psicológica del SHAEF, Richard Crossman, se quejó de que debido a las órdenes de no confraternización los británicos no podían organizar nada. Los alemanes se llevaron una decepción al ver que los aliados parecían no tener ningún interés en hacerles llegar la influencia del mundo exterior por la que muchos de ellos suspiraban desde hacía años[126].

No había ninguna referencia a la cultura en la JCS 1067 y esto concordaba con la prohibición de confraternizar. El 3 de mayo, *The New York Times* había informado de una directriz de Washington que disponía que Alemania fuera reeducada con un «programa muy austero», totalmente carente de diversiones durante un periodo de por lo menos seis meses después de que cesara su resistencia. «No vamos a tratar de hacerles la vida agradable a los alemanes», había anunciado el director de Operaciones Europeas de la Oficina de Información sobre la Guerra. Aunque varios departamentos habían hablado de emplear el cine como medio de reeducación, la JCS 1067 omitió deliberadamente toda mención del cine, el teatro y la literatura y se dejó que cada departamento decidiera su política cultural[127].

Por lo que a la directriz de ocupación JCS 1067 se refería, la reconstrucción de Alemania era una tarea práctica, aunque en parte intelectual. ¿Podrían aprender los alemanes a renunciar a las armas y dejar de aterrorizar al mundo? Thomas Mann opinaba que era una tarea más metafísica que llevaba aparejada la purga del alma alemana. ¿Podrían aprender los alemanes a renunciar a los peligrosos placeres de lo sublime? Para muchos de los intelectuales anglo-norteamericanos que estaban decididos a ir a Alemania en el verano de 1945, la respuesta al dilema alemán residía en lograr que el espíritu de Mann fuera compatible con el de la JCS 1067. Mann podía tener razón al decir que los elementos buenos y malos del carácter alemán eran inseparables, pero en términos prácticos era crucial separar a los nazis de sus víctimas. Esto supondría rellenar muchos formularios y mucha burocracia.

Segunda parte

Ruinas y reconstrucción

Mayo-diciembre de 1945

4

«Garantizado el caos total»

Ocupación: mayo-agosto de 1945

Mientras que en el otoño de 1944 Gellhorn, Hemingway, Miller y Dietrich pensaban ir a Alemania principalmente como espectadores, deseosos de estar en el centro de la guerra y ver el país del que emanaba la maldad nazi, Stephen Spender, W.H. Auden, Billy Wilder, Humphrey Jennings y Goronwy Rees, entre otros escritores y cineastas, llegaron a Alemania en el verano de 1945 con la intención de ayudar a rehabilitar el país de una forma u otra. Durante una entrevista con la Junta de Selección Conjunta de la Comisión de Control en Londres el invierno anterior, Spender había comentado que por ser un poeta británico que había vivido en Alemania durante la década de 1930 podía ser útil y ayudar a localizar y dirigir cualquier movimiento literario y cultural nuevo que surgiera al finalizar la guerra. «¿Cree usted que después de los nazis pueda realmente surgir algo así?», preguntó, incrédulo, el entrevistador. Spender contestó que sí, que estaba seguro de ello, y que hacerlo posible era tan crucial como el resto del programa de reconstrucción de los aliados. Al principio, Spender fue rechazado por la Junta, pero se pasó la primavera de 1945 tratando de persuadirla para que lo mandase a Alemania, convencido de que se necesitaría gente como él, gente que entendiese la lengua y la cultura del país, para influir en la transformación de la atormentada psique alemana que había descrito Thomas Mann[128].

En junio, John Lehmann, amigo de Spender, publicaría un artículo de fondo en su revista *Daylight* en el que declaraba que si Gran Bretaña tenía una «misión política de reconstrucción y restauración» en la Europa en

ruinas, también tenía «una misión cultural no menos importante». A su modo de ver, a Europa debía salvarla «un humanismo *evolutivo*», fruto de siglos de cultura civilizadora. Era un punto de vista que Spender compartía en líneas generales, aunque opinaba que el humanismo evolutivo ya estaba presente en la cultura alemana. Pensaba que la tarea del poeta británico en Alemania era recordar tanto a los británicos como a los alemanes las raíces culturales que tenían en común. En ello pensaba cuando, durante la contienda, escribió unos artículos sobre Hölderlin y Goethe en los que afirmaba que los británicos eran capaces de reconocer la grandeza literaria de la nación contra la que luchaban, pese a las barreras de antagonismo que Orwell había descrito en su columna de *Tribune*. A diferencia de Mann, Spender aún creía que era posible que existiera el alemán «bueno» y ahora deseaba trabar conocimiento con los escritores alemanes a los que respetaba, recordarles la herencia humanística que tenían en común y alentarles a volver a escribir. Luego persuadiría a las autoridades aliadas para que publicasen sus libros y fomentaría así un nuevo espíritu de tolerancia e individualismo entre los alemanes[129].

La visión que tenía Spender del poder transformador del arte y del artista como embajador cultural era idealista. Pero su creencia más general de que los intelectuales británicos y norteamericanos debían ir a Alemania y hablar con la gente era compartida por muchos. El 20 de mayo el crítico teatral alemán Curt Riess publicó un artículo en *The New York Times* que fue como una llamada a las armas para los intelectuales norteamericanos interesados por Alemania. Al igual que su amigo Klaus Mann, Riess había emigrado a Estados Unidos en los años treinta y durante el conflicto había sido corresponsal de guerra en el Ejército norteamericano. El día de la victoria en Europa se encontraba en Berchtesgaden, donde Hitler tenía su cuartel general en el sur, y luego se fue a explorar Múnich con Klaus Mann. Riess se sentía tan impotente ante la hipocresía alemana como Gellhorn, Miller y los Mann, y describió irónicamente en su artículo cómo después de tres semanas en Alemania sentía «el mayor respeto por Hitler, que evidentemente gobernó este país durante trece años a pesar de la furiosa oposición, o al menos la callada desaprobación, de la totalidad de sus más de setenta millones de habitantes». Le irritaba la arrogancia de los hombres

de negocios alemanes que le decían que el mundo tenía que hacer algo por Alemania, con lo que daban a entender que en un mundo sin Alemania no valdría la pena vivir. Al modo de ver de Riess, los norteamericanos tendrían que librar una batalla interminable por la reeducación[130].

Riess puso en entredicho la directriz estadounidense sobre austeridad cultural cuando dijo que la reeducación solo se lograría rehabilitando cauces culturales y convenciendo a los alemanes de que los periódicos, la literatura y el teatro no eran meros vehículos para la propaganda como en la época nazi. Para ello, era necesario que los gobiernos aliados enviaran a intelectuales que comprendiesen a los alemanes y estuvieran autorizados a hablar con los nativos. En realidad, el gobierno norteamericano, aunque no el británico, ya se ocupaba de ello, un poco sin querer. Pero en vez de enviarlos a Alemania en calidad de expertos culturales, muchos de los primeros intelectuales que el gobierno de Estados Unidos eligió para esta misión formaban parte del US Strategic Bombing Survey [Estudio del Bombardeo Estratégico estadounidense], que mandó a más de mil expertos militares y civiles (los llamados «*Ussbusters*») a examinar los efectos de los bombardeos en Alemania y Japón.

A comienzos de 1945, W.H. Auden había ofrecido sus servicios al gobierno de Washington para colaborar en la rehabilitación de Alemania. Auden, al igual que Spender, había sido un enamorado de Alemania antes de que los nazis subieran al poder. De hecho, fue Auden quien despertó en Spender el interés por Alemania. En sus tiempos de estudiante en Oxford, Auden se había nombrado a sí mismo líder de un círculo de escritores jóvenes, brillantes y homosexuales. A Spender —alto, desgarbado, de rostro colorado, inocente— le asignó el papel de discípulo, un discípulo que andaba torpemente detrás del poeta, más seguro de sí mismo. Fue natural que después de fracasar en su intento de licenciarse en Oxford, Spender se fuera tras Auden a Alemania, donde estudió psicoanálisis y sexología con su amigo, sacó el máximo partido del ambiente de promiscuidad que imperaba en Berlín y se enamoró de chicos alemanes guapos y que cobraban por sus servicios.

Desde entonces Spender se había liberado en parte de la influencia de Auden. Había dejado a los jóvenes guapos, al menos en público, por

mujeres jóvenes y respetables y se había casado con la escritora Inez Pearn y luego con la pianista Natasha Litvin. Después de que Auden se fuera a Estados Unidos, Spender había consolidado su posición independiente en el mundillo literario de Londres, y publicado conjuntamente con Cyril Connolly la influyente revista *Horizon* durante la guerra. Fue típico, sin embargo, que Auden llegara una vez más a Alemania antes que Spender, pese a que había empezado a dar pasos para ello algunos meses más tarde. Tras recibir sus papeles de *Ussbuster* con notable prontitud, partió de Estados Unidos a finales de abril e hizo escala en Londres para alardear de uniforme y acento norteamericanos: «Querido, soy el primer poeta importante en cruzar el Atlántico volando», anunció a Spender[131].

Auden llegó a Frankfurt en avión justo antes de que terminara la guerra. Cuando el aparato aterrizó los pasajeros pudieron ver las hileras de casas destruidas por el fuego y los fragmentos de mobiliario que había dentro de ellas[132]. Anduvo a través de las ruinas con su habitual sensación de tener derecho a todo. Se agenció los servicios personales de un chef joven y rubio llamado Hans y adaptó su uniforme quitando el forro del casco y calzando zapatillas de felpa en lugar de zapatos. Descubrió un cargamento de vino del Rin y todas las noches se iba a la cama con por lo menos una botella llena. La unidad de Auden inició su tarea en Darmstadt, en la región del Rin y el Meno, y el 29 de mayo ya recorría Baviera interrogando a los civiles que encontraba a su paso. Fiel a su estilo, Auden se nombró a sí mismo líder del equipo y se hacía llamar «jefe de investigación». En Kempten encontró a Lincoln Kirstein, empresario de *ballet* norteamericano y amigo suyo de Nueva York, que estaba ahora en Alemania con la sección de Monuments, Fine Arts and Archives Section [Sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos] tratando de localizar y proteger grandes obras de arte. Kirsten quedó impresionado al echar un vistazo al interior del *jeep* de Auden y ver que había adquirido una olla, un colchón, una caja de libros, una lámpara, un fonógrafo con discos, una caja de vino y un plato decorativo con el perfil de Wagner.

A diferencia de Spender, no parece que Auden tuviera una visión definida de lo que quería hacer en Alemania. Aunque daba vueltas a la idea de escribir un libro sobre sus experiencias, no se veía a sí mismo como un

poeta hablando con poetas o como encargado de la redención del alma alemana. Al igual que su cuñado Klaus Mann, Auden veía con horror la pomposidad egoísta de los alemanes más prósperos, sin embargo, se sentía más afectado que Mann, Gellhorn o Miller por la devastación de las ciudades alemanas. Quienes más pena le daban eran los supervivientes de los campos de concentración, que, según dijo, susurraban como gnomos; envió un telegrama a casa en el que pedía dinero para ayudar a una mujer que había estado en Dachau. Pero esto no le impedía sentir lástima de los denominados alemanes arios. Durante la contienda Auden se había comprometido gradualmente con el pacifismo. Su decisión de trasladarse a Estados Unidos fue motivada en parte por el deseo de distanciarse de la política, pues su activismo político de izquierdas en los años treinta había dado paso a la religión. Aunque ayudaba a sus amigos alemanes exiliados a producir obras cuyo objetivo era persuadir a Estados Unidos de que entrase en la guerra, nunca estuvo convencido de que defenderse luchando fuera la respuesta apropiada. «Desde luego, que ganen los chinos o que ganen los japoneses tiene su importancia», escribió en su cuaderno en el verano de 1939, refiriéndose a la guerra sino-japonesa, «pero incluso si pierden los chinos, o los oprimidos son aplastados, ello no significa el fin del progreso, solo que su avance es más lento […] si hubiera podido evitarse la guerra, sería mejor aún[133]».

Durante el conflicto, la lectura de las noticias sobre el bombardeo de ciudades alemanas había deprimido a Auden. Mayor fue su angustia al ver ahora los efectos de las bombas. En Darmstadt se alojaba en una casa que pertenecía a un matrimonio nazi que había dejado a sus hijos con los abuelos. Aquí le tocó la tarea de informar al matrimonio de que los abuelos se habían suicidado después de dar muerte a sus hijos. Según los informes de los *Ussbusters*, Darmstadt había sido destruida en un 92 por ciento en un bombardeo que duró cincuenta y un minutos en septiembre de 1944. El amigo y colega de Auden, James Stern, describió esta ciudad rosada, construida con la piedra arenisca roja de la región, diciendo que ahora parecía un mar embravecido: «Un tempestuoso océano de escombros rosados con paredes recortadas y perforadas que surgían entre las grandes olas». La gente del lugar hablaba de «la pesadilla» al referirse al bombardeo

de septiembre; un momento que nunca podrían olvidar pero que tampoco podrían describir nunca[134].

Auden y James Stern eran analistas de la «Morale Division» [División Encargada de la Moral] y su trabajo consistía en interrogar a la población civil sobre sus experiencias del bombardeo y sus secuelas. Stern compartía la opinión de Auden de que a los alemanes se les debía tratar con compasión. Comprendía el temor que les infundían sus ocupantes. Uno de los entrevistados le dijo que había dado por seguro que después de la guerra los norteamericanos convertirían a todos los alemanes en esclavos y los mandarían a Estados Unidos. «Oíamos decir que no nos permitirían salir a la calle, que nos violarían los negros, que nos separarían de nuestros maridos y que deportarían a nuestros hijos», le dijo una mujer. Algunos aspectos de la ocupación no habían hecho más que confirmar estos temores: debido a la regla que prohibía la confraternización, a los ocupantes les resultaba imposible demostrar que eran gente razonable. Así que Stern se daba cuenta de que los alemanes estaban asustados y que no eran sinceros cuando expresaban gratitud a sus ocupantes y decían que no albergaban ningún rastro de lealtad a los nazis[135].

Y también se daba cuenta de que la aparente falta de sentimiento de culpa de los alemanes era al mismo tiempo la manifestación de su desconcierto. Al ver a un grupo que contemplaba unos carteles inmensos en los que aparecían niños y bebés muertos y tumbados boca arriba en el suelo, con un pie de foto que preguntaba «¿Quién es el culpable?», Stern trató de imaginar qué pensaban cuando volvían la espalda y se iban «sin decir nada, con cara inexpresiva». Sacó la conclusión de que todavía estaban aturdidos por los bombardeos, el miedo y la derrota; que tras años de mentiras y propaganda seguían sin saber lo que había ocurrido; que el sentimiento de culpa era «tan colosal que sencillamente no pueden afrontarlo, y mucho menos expresarlo». Y, por consiguiente, era capaz de comprenderles y él mismo empezaba a sentirse un poco culpable por exacerbar su dolor interrogándoles. «¿Qué dices tú, tú, maldito encuestador de Gallup, tú?», se preguntaba Stern cuando al otro lado de la mesa no había más que «un ser desamparado sin nada por lo que vivir, y sin valor para quitarse la vida porque mientras el corazón siga latiendo la vida es algo precioso[136]».

Tanto Stern como Auden procuraban ver las diferencias entre los diversos grupos de alemanes. Percibir la compleja gama de reacciones de los alemanes ante la derrota les costaba menos que a Gellhorn y Miller, o incluso Erika y Klaus Mann. Comprendían que tal vez era razonable esperar que los intelectuales se resistieran a Hitler a comienzos de la década de 1930, pero que resistirse había sido más difícil para los alemanes de clase trabajadora que acababan de salir de una década dominada por la pobreza, la hiperinflación y el hambre resultantes de las condiciones punitivas del Tratado de Versalles. Puede que Thomas Mann estuviera en lo cierto al afirmar que había en los alemanes unas características que los hicieron insólitamente receptivos ante Hitler (Stern se encontró con que muchos entrevistados mostraban una mezcla de compasión de sí mismos y sentimentalismo que él había aprendido a identificar con la crueldad), pero tampoco cabía duda de que las condiciones de vida que existían entonces hicieron que la subida de Hitler al poder fuera mucho más factible de lo que hubiera sido en otros tiempos[137].

Aunque Erika Mann se sentía justificada al pensar que sus compatriotas deberían haber opuesto más resistencia a Hitler a principios de los años treinta, lo que se podía esperar de ellos en los cuarenta tenía un límite. No todo el mundo podía exiliarse y, de todas formas, esta era una posibilidad cada vez menos práctica. Y después de que empezara la guerra, hasta un acto de resistencia tan pequeño como ocultar a un amigo judío era peligrosísimo. En 1944 ya era frecuente ver alemanes y soldados enemigos colgados en los faroles de las calles: la posibilidad de resistirse eficazmente a Hitler se había vuelto insostenible. Y, a pesar de ello, algunas personas continuaron resistiéndose, sin tener en cuenta los peligros. En un intento de convencer a las autoridades aliadas de que no todos los alemanes eran despreciables nazis, Auden y Stern obtuvieron declaraciones de estudiantes que en 1943 habían participado en un gran levantamiento contra los nazis en Múnich, así como del economista y filósofo alemán Alfred Weber y del político liberal Emil Henk, que había intervenido en los acontecimientos que culminaron con el atentado contra Hitler en julio de 1944[138].

Auden escribió a la esposa de Stern, Tania, que era alemana, y le dijo que si bien su trabajo era interesante, había pasado gran parte del tiempo

llorando. «La gente […] está increíblemente triste». Dijo a otro amigo que sentía vergüenza al ver la palabra «moral» en el nombre de la Morale Division: «Es una muestra de incultura y absurda. ¿Cómo puede uno aprender algo sobre la moral cuando sus actos están más allá de cualquier clase de moralidad? *Morale* con una "e" final es una bobada psicosociológica. Lo que quieren decir, pero no dicen, es a cuánta gente matamos y cuántos edificios destruimos con aquellos infames bombardeos». En una entrevista inédita para la revista *Time* Auden describía con desprecio cómo habían preguntado a la gente si le importaba que la bombardeasen. «Entrábamos en una ciudad reducida a ruinas y preguntábamos si había resultado alcanzada. No recibíamos ninguna respuesta que no esperásemos[139]».

El 5 de junio de 1945 los cuatro gobernadores militares de Alemania —Eisenhower, Montgomery, Gueorgui Zhúkov y Jean-Marie de Lattre de Tassigny— firmaron la «Declaración de Derrota y Asunción de Soberanía» en Berlín. Después de que los alemanes cedieran oficialmente su soberanía, entraron en vigor las zonas trazadas en Yalta. La zona británica se hallaba en el noroeste de Alemania e incluía las tierras de labranza en gran parte desocupadas de Schleswig-Holstein, las regiones industriales y agrícolas de la Baja Sajonia y la región industrial de Renania y el Ruhr. De las cuatro zonas, era la que había resultado más dañada por los bombardeos, que habían destruido el 22 por ciento de las viviendas y causado daños en el 35 por ciento. La zona estadounidense abarcaba 106 190 km^2 del sudeste y el centro de Alemania, incluida la totalidad de Baviera. Las ciudades principales (Múnich, Frankfurt, Nuremberg, Stuttgart, Mannheim y Karlsruhe) habían sido blanco de fuertes bombardeos, pero los distritos rurales habían salido relativamente indemnes. La zona rusa comprendía el nordeste de Alemania, con Berlín en el centro, mientras que a los franceses se les daría un pequeño rincón del sudoeste que se formó con partes de las zonas británica y estadounidense a finales de julio[140].

La rendición incondicional no tenía precedentes; aquel día Alemania cedió poderes que el derecho internacional no contemplaba y entregó la

soberanía a los aliados en lo que vino a ser una anexión. Alemania había pasado a ser una colonia gobernada conjuntamente por Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética. Los británicos en particular estaban acostumbrados a gobernar colonias y desde el principio los funcionarios de Londres que planearon la ocupación vieron esta en términos claramente coloniales. La Comisión de Control para Alemania informó a su personal de que Alemania debía ser reeducada por medio de la democracia y que la democracia británica era «la más fuerte del mundo: es en suelo británico donde mejor florece, pero la exportamos y, si se cuida con esmero, crece y florece en diversas tierras»**[141]**.

El aspecto colonial de la ocupación parecía especialmente evidente en la reglamentación contra la confraternización, que resultaba cada vez más cómica. El 7 de junio, *Stars and Stripes* informó de que se habían creado puestos profilácticos en la zona estadounidense, aunque no se consideraba una relajación de las reglas que prohibían la confraternización. El portavoz médico oficial hizo público un mensaje que era un tanto confuso: «El Ejército recomienda encarecidamente la continencia, a sabiendas de que algunos soldados probablemente tendrán relaciones promiscuas con mujeres. Dentro de Alemania el Ejército ordena la no confraternización. Pero las probabilidades siguen existiendo. Así pues, puestos profilácticos». Y la absurdidad de las reglas contra la confraternización se hizo todavía más evidente cuando el famoso Circo de Hamburgo volvió a abrir sus puertas el 12 de junio. El circo se reabrió para el Ejército británico y los alemanes tenían prohibido asistir a sus funciones. Los artistas solían ser personas desplazadas procedentes de Rusia, Checoslovaquia y Polonia. Aunque los organizadores tenían grandes deseos de contratar a algunas viejas glorias del circo alemán, el reglamento vigente prohibía a los soldados británicos aplaudir a alemanes. Sin embargo, tras un breve debate, se consideró que los animales alemanes eran aceptables; caballos amaestrados, osos pardos y leones que habían pasado hambre durante años volvieron a ser alimentados como es debido**[142]**.

Los soldados británicos destacados en Hamburgo que deseaban distraerse con algún arte más intelectual también podían ir al teatro, donde no había ningún peligro de contaminación anglo-alemana. A finales de

mayo, Sybil Thorndike, Laurence Olivier, Ralph Richardson y otros 62 miembros de la compañía del teatro Old Vic habían llegado de Londres bajo los auspicios de la Entertainments National Services Association [Asociación de Espectáculo para las Fuerzas Armadas]. Representaron *Peer Gynt, Las armas y el hombre* y *Ricardo III* en Hamburgo y Lübeck, y en el campo de concentración de Bergen-Belsen, con gran éxito de público. A todos ellos les fue conferida la graduación honoraria de teniente y debían vestir uniforme fuera del escenario.

Los actores experimentaron la habitual ambivalencia de los ingleses y los norteamericanos al ver las ruinas de Alemania. Al entrar en espacio aéreo alemán, el piloto sobrevoló Essen a poca altura para que pudiesen ver los daños y Sybil Thorndike rompió a llorar. Había leído sobre el bombardeo de Essen y Hamburgo en el periódico durante la guerra, pero sufrió una fuerte impresión al ver las secuelas de la campaña aérea. El centro de Hamburgo había sido arrasado en un ataque aéreo de ocho días cuyo nombre en clave, Operación Gomorra, había resultado horriblemente apropiado. Solo durante la noche del 27 al 28 de junio, alrededor de treinta kilómetros cuadrados fueron reducidos a escombros y 18 474 personas murieron en la tempestad de fuego que desencadenaron 729 bombarderos pesados. Al finalizar la guerra habían muerto 43 000 personas, 900 000 habían sido evacuadas y el 61 por ciento de casas y pisos había sido destruido. Gran parte de la ciudad era ahora un yermo desolado. Al recorrer el centro, Thorndike se preguntó dónde vivía la gente. «Me he quedado sencillamente boquiabierta», dijo a su marido; «pienso que los ingleses deberían verlo… y la insensatez y la devastación de la guerra y el odio que engendra». Un día hicieron una escapada al campo, acompañados por un oficial del Ejército. Al ver pasar un agricultor en un carro tirado por dos caballos y cargado de heno, Thorndike dijo: «Es tan hermoso, para esto hemos hecho la guerra, una vida libre y decente y abierta como esta […] debemos preservarla». Más tarde se disgustó al recibir la visita de un agente de seguridad que le dijo que no estaba bien que la oyeran hablar del enemigo en términos tan favorables[143].

Thorndike hablaba bien el alemán y lamentaba no poder hablar con ninguna de las personas a las que veía. Al cabo de unos días, decidió correr

el riesgo de que la enviaran de vuelta a Inglaterra por saltarse la prohibición de confraternizar y empezó a hablar con los tenderos, las camareras de habitación y los trabajadores agrícolas. «Pienso que esto es en algún sentido una señal de amigabilidad», escribió, «o, mejor dicho, un deseo de paz». Pero su amigabilidad disminuyó cuando visitaron el campo de concentración de Bergen-Belsen, donde el jefe del equipo médico de la Cruz Roja había preguntado si querían dar una función de tarde para el personal. En el campo había aún 40 000 presos, además de 10 000 cadáveres pudriéndose al sol. Thornidke visitó el hospital infantil y se horrorizó al ver las figuras esqueléticas. Habló con una mujer que había visto matar a tiros a su marido y a una hija y ahora veía morir a la hija que le quedaba, «un pobre niñita que parecía un fantasma con la cabeza rapada». Después de visitar las instalaciones, los actores fueron incapaces de almorzar, pero se las arreglaron para representar *Las armas y el hombre* en el inmenso cine donde la hermana de Marlene Dietrich y su marido se habían ganado el sustento distrayendo a los comandantes del campo durante la guerra. «Me encontraba envuelta por una neblina, una neblina asquerosa y maloliente», escribió Thorndike. «No olvidaré esto en toda mi vida. Oh, la guerra convierte a las personas en monstruos… aunque a veces hay un poco de heroísmo, ¿no es cierto? Nunca superaré lo de hoy…, nunca[144]».

Cuando volvieron a Hamburgo, se unió a la compañía el escritor y pintor Mervyn Peake, que estaba en Alemania en calidad de pintor de guerra con el periodista Tom Pocock. Al igual que Thorndike, Peake se horrorizó al ver la difícil situación de los civiles alemanes y luego sintió asco al visitar Belsen, donde dibujó las figuras esqueléticas que morían ante sus ojos y escribió un poema sobre una mujer tuberculosa a la que vio en el hospital. En el poema, Peake pregunta cómo, al ver a la mujer en «su penúltima hora», pudo sentir el deseo de pintarla, «sus miembros como tuberías, su cabeza un cráneo de loza». Si sus ojos instruidos pueden ver el fantasma de un gran cuadro en el cuerpo de una moribunda, entonces, ¿dónde está la compasión? El poeta se siente horrorizado ante su propia vacuidad emocional y jura recordar el momento con todo su horror:

Su agonía me atraviesa: soy cristal

que el dolor no encuentra asidero
salvo un momento en que el labio trémulo
y la tos más débil que el ala rota
que, agitándose, expulsa la vida de un pajarillo
¿me atrapó como en una pesadilla? […]
Aquellas toses fueron sus últimas palabras. No tenían peso
solo que a través de ellas se expresó
la desolación de la Tierra en el lecho ajeno.
aunque yo sea cristal, no será traicionada,
aquella última tos débil de su cabecita temblorosa[145].

A diferencia de la mayoría de los escritores y artistas que estuvieron en Alemania aquel verano, Peake había llegado con una idea clara de su misión; había tenido la sensación de que de algún modo podía reducir el antagonismo humano ilustrando las imágenes de la guerra. En su opinión, este era el papel del escritor o del pintor en tiempos de crisis. Escribió a su esposa desde París cuando iba camino de Alemania y le dijo que no olvidaría «las razones que me movieron a tratar de ir adonde la gente sufre. Te echaré de menos desesperadamente, pero estaré orgulloso de hacer algo en lo que ambos creemos». Al llegar a su destino, encontró en el espectáculo de la Alemania en ruinas una versión de su propio estilo grotesco; allí estaban las formas de su imaginación dotadas de forma arquitectónica y humana. Sin embargo, ya no estaba seguro de que dibujarlas contribuyera mucho a salvar a la humanidad y fue un alivio unirse a la compañía del Old Vic en Hamburgo y descansar en el mundo del teatro, con el que estaba más familiarizado. Peake dibujó a Olivier con el disfraz y la nariz postiza que usaba para encarnar a Ricardo III y asistió a las fiestas que daban los del teatro. A pesar de ello, su esposa pensó que parecía haber experimentado un cambio espectacular cuando se fue de Alemania y volvió a casa en julio. «Se le veía más callado, más encerrado en sí mismo, como si hubiera perdido, durante aquel mes en Alemania, la confianza en la vida misma[146]».

Estas visitas a Bergen-Belsen contribuyeron en cierta medida a que Thorndike y Peake se convencieran de la validez de la política de no

confraternización. Si la mayoría de los alemanes habían sido cómplices de los campos de concentración —si el mero hecho de no protestar ya era un acto culposo—, entonces no se les podía tratar como a amigos. Pero seguía existiendo el problema de que los alemanes no podían continuar siendo el enemigo indefinidamente y que solo se les podía reeducar si había interacción. El 12 de junio se cambió la ley y a partir de aquel día los soldados británicos y estadounidenses pudieron hablar y jugar con los niños. Los norteamericanos estaban ahora menos comprometidos que los británicos con la regla de no confraternización y parecía probable que fuese derogada en el plazo de unos meses. Pero si no se comportaban de forma inamistosa con los alemanes, ¿cómo iban a convencerles de su culpa? Este es el interrogante con que se encontró el cineasta Billy Wilder al llegar a Alemania en junio, enviado por Estados Unidos para que se encargase del cine en la zona norteamericana.

Judío austriaco-polaco, Wilder había triunfado como cineasta en Berlín antes de emigrar a Estados Unidos tras la subida de los nazis al poder en 1933. Cuando llegó a Nueva York, Wilder tenía veintinueve años y no hablaba ni una palabra de inglés, pero siempre había sido impertinente e ingenioso y consiguió que los amigos le diesen trabajo en la industria del cine. Al igual que en Berlín, alcanzó el éxito rápidamente y en 1945 ya era evidente que tenía muchas probabilidades de que el gobierno le enviara a Alemania para que colaborase en la reconstrucción de su industria cinematográfica y determinara cómo debía utilizarse el cine como vehículo de la propaganda democrática. Wilder estaba furioso tanto con los austríacos como con los alemanes, de cuyo antisemitismo siempre había sido consciente, y quería tener poco que ver con ellos, pero deseaba vivamente averiguar el paradero de su madre y su abuela, si bien sospechaba que habían muerto en los campos de concentración. En mayo viajó a Londres en calidad de jefe de producción para la sección de control del cine, el teatro y la música de la División de Guerra Psicológica. Al principio su cometido era aconsejar sobre el tipo de películas que debían

producirse en Gran Bretaña para consumo de los alemanes durante la posguerra.

En aquel momento se estaba preparando en Londres un documental sobre los campos de concentración con el objeto de dejar constancia de las atrocidades perpetradas por los alemanes y convencerles de su culpa. En febrero, Sidney Bernstein, jefe de la Film Section, Liberated Areas [Sección de Cine, Regiones Liberadas], de la División de Guerra Psicológica, había dicho al general McClure que las autoridades soviéticas se disponían a hacer una película con metraje rodado en los campos de concentración y que pensaba que los aliados occidentales deberían hacer lo mismo. McClure se mostró reacio porque creía que las películas que se exhibieran en Alemania debían enseñar «el modo de vida en los países democráticos» en vez de imágenes filmadas durante el conflicto. Bernstein empezó a ver películas rodadas por los norteamericanos que liberaron los primeros campos de concentración y luego, el 22 de abril, visitó Bergen-Belsen para grabar entrevistas con funcionarios británicos, así como con alemanes de las SS, porque quería presentar pruebas definitivas de las atrocidades alemanas. Persuadió a McClure para que le permitiese hacer un documental de largo metraje que sería una coproducción anglo-norteamericana y tendría por finalidad convencer a los alemanes de que renunciasen al nacionalsocialismo y, «al recordarle al pueblo alemán su pasada aquiescencia en la perpetración de semejantes crímenes, hacer que tomara conciencia de que no puede eludir la responsabilidad que le corresponde y, de este modo, fomentar la aceptación por parte de los alemanes de la justicia de las medidas de ocupación de los aliados»[147].

Cuando Wilder llegó a Londres, la película ya estaba en fase de producción. Alfred Hitchcock aconsejaba sobre la versión definitiva con los montadores Stewart McAllister y Peter Tanner. La tarea de Wilder consistía en pasarse horas y horas viendo filmaciones realizadas en los campos de concentración y ayudar a seleccionar escenas para la película. Mientras veía imágenes horribles de crematorios, montones de cenizas y pantallas de lámpara hechas con piel humana, se preguntaba, angustiado, si podría reconocer a su madre o a su abuela entre los montones de cadáveres esqueléticos. Años después, cuando le preguntaron sobre lo que había visto,

Wilder recordaba una escena en particular: «Había un campo entero, todo un paisaje de cadáveres. Y al lado de uno de los cadáveres estaba sentado un moribundo. Es el único que se mueve en esta totalidad de muerte y mira apáticamente a la cámara. Luego se vuelve, trata de levantarse y cae al suelo, muerto. Centenares de cuerpos, y la mirada de este moribundo. Demoledor»[148].

A mediados de junio, Wilder fue enviado a Alemania, pasando por París. Al principio se instaló en Bad Homburg, la ciudad balnearia cercana a Frankfurt donde la División de Guerra Psicológica de McClure tenía su cuartel general. Secciones de las fuerzas de ocupación, tanto británicas como norteamericanas, tenían su cuartel general en ciudades balnearias que constituían extraños refugios de *Gemütlichkeit* (comodidad) alemana satisfecha de sí misma en medio de las ruinas. El cuartel general de Bad Homburg era más militar que su equivalente británico en Bad Oeynhausen, Westfalia. La División de Guerra Psicológica se había instalado en un recinto rodeado de alambre de púas que anteriormente había sido un centro de formación de trabajadores de los ferrocarriles alemanes. Incluía 25 casas, un auditorio espacioso, un comedor con bar y una cocina. Wilder estaba bajo las órdenes de McClure y trabajaba estrechamente con su ayudante, un coronel norteamericano llamado William Paley que se encargaba de las operaciones. Wilder trabó amistad con Paley y también con su asistente, Davidson Taylor, que llevaba la sección de control del cine, el teatro y la música. Wilder y Paley se las arreglaban para preparar cenas muy cuidadas en la cocina de Paley utilizando una tostadora rota a modo de barbacoa y los ingredientes que Wilder obtenía de los campesinos alemanes a cambio de cigarrillos. A Wilder le gustaba especialmente la sencillez de esta camaradería masculina porque acababa de vivir un periodo de donjuanismo insólitamente complicado en Los Ángeles, donde su matrimonio corría peligro, pues mantenía relaciones simultáneamente con dos actrices, Doris Dowling, de veintiún años, y Audrey Young, de veintidós.

Paley y Taylor estaban tan hartos de la lentitud con que avanzaba la producción de la película de Bernstein en Londres que decidieron hacer su propio documental sobre los campos de concentración en Bad Homburg. El cineasta ruso Sergéi Nalbandov ya había reunido parte del metraje y ahora

Taylor pidió a Wilder que se encargara del proyecto y preparase el guión; luego supervisaría el montaje de la cinta en Alemania. Wilder empezó a trabajar en ello, pero mientras tanto, McClure decidió llevar a cabo un preestreno de prueba de un documental de dos bobinas que había llegado de Londres y se titulaba *KZ (Konzentrationslager)* [Campo de concentración]. El público alemán tenía vedada oficialmente la entrada en los cines hasta julio, pero el Ejército seleccionó varias salas y las abrió al tiempo que anunciaba una serie de películas, entre ellas una que llevaba el inocuo título de *Welt im Film n.º 2* [El mundo en película n.º 2], que en realidad era el documental *KZ* disfrazado de noticiario.

Wilder y Taylor asistieron a una de estas proyecciones en el cine Lichtspiele de Erlangen el 25 de junio. Entre las otras películas anunciadas estaban *Duke Ellington and Orchestra* y Cowboy. Según el informe de Wilder y Taylor, cuando el título *KZ* apareció en la pantalla todos los espectadores soltaron gritos sofocados. Durante toda la proyección se oyeron expresiones de indignación y horror, aunque no está claro si fue porque al público no le gustó que le hubieran engañado para que viera la película o porque las atrocidades fueron una revelación. El informe añadía: «Cuando el título "Buchenwald" salió en la pantalla todo el público pronunció la palabra casi al unísono. El ambiente fue electrizante durante toda la proyección y una palpable sensación de incredulidad recorrió la sala entera cuando el narrador dijo que la esposa del comandante de Buchenwald había hecho pantallas para lámpara con piel humana tatuada. Nosotros tenemos filmaciones en las que se ve esta colección de tatuajes y no sabemos por qué no se utilizaron»[149].

Al terminar el documental, tres mujeres abandonaron la sala con cara de encontrarse mal, pero los demás espectadores se quedaron a ver la película del Oeste que estaba anunciada y se llevaron un chasco cuando les dijeron que, de hecho, la sesión había terminado. Al parecer, a Wilder y Taylor les sorprendió que alguien tuviera ganas de ver una película de *cowboys* después de enterarse del asunto de las pantallas de piel humana. Pero era la primera proyección a la que asistían los alemanes desde que Joseph Goebbels, ministro de Instrucción Pública y Propaganda del Reich, cerró los cines en 1944. Ya habían quedado anonadados al ver las fotos tomadas

en campos de concentración en los carteles y tableros de anuncios que habían instalado los aliados. Y estaban hambrientos, sin techo y agotados tras años de guerra y meses de ocupación. El verano anterior James Stern había dicho que la culpa de los alemanes era «tan colosal que sencillamente no pueden afrontarla, y mucho menos expresarla». Cabe que lo que a Wilder le pareció insensibilidad no fuera más que una mezcla de horror y desconcierto; una sensación de impotencia y culpa que traía consigo un deseo desesperado de escapismo[150].

El escepticismo del público ante parte de las imágenes del documental convenció a Taylor de la urgente necesidad de hacer una película más larga y más verificable, de modo que siguió intentando persuadir a sus superiores de que Wilder debería hacer una. Wilder deseaba mucho hacerla. En lo que a él se refería, su papel como cineasta en Alemania era convencer al público alemán de su culpa. Estaba demasiado furioso para que le interesase hacer posible el tipo de tolerancia mutua que pedían Spender o Auden. Pero no estaba nada claro que fueran a darle permiso. Tanto a Taylor como a Wilder les parecía absurdo que los norteamericanos hubieran enviado a su cineasta más famoso a Alemania sin antes haberse formado una idea clara de lo que debía hacer allí. McClure daba la impresión de no estar especialmente convencido de que Wilder debía hacer películas.

Esta indecisión y esta ineficiencia eran típicas de ambas burocracias, la norteamericana y la británica. Las dificultades nacían en parte del hecho de que en sus respectivos países no estaba claro quién debía encargarse de qué. En Estados Unidos, tanto el Departamento de Estado como el Departamento de Guerra creían tener derecho a determinar los asuntos en Alemania. En Gran Bretaña, la dirección de la ocupación había pasado del Ministerio de la Guerra al Ministerio de Asuntos Exteriores y luego otra vez al primero. Ambas burocracias eran excesivas y la británica en particular tenía demasiados empleados que carecían de una idea clara sobre cuál era exactamente su cometido. La Comisión de Control para Alemania ya se había ganado los apodos de «los Granaderos de Charlie Chaplin» y «Garantizado el Caos Total» entre los soldados de un ejército que hay que reconocer que no era imparcial. Al regresar de Alemania en junio, Richard Crossman se quejó de que los funcionarios del Gobierno Militar británico

trataban de poner en práctica incontables normas detalladas sin tener idea de la política general: «Ni uno solo de las docenas de funcionarios con los que hablé tiene la menor idea de cuál se quiere que sea el resultado final de todo ello. ¿Debe Alemania ser desmembrada? ¿Debe haber un gobierno central alemán o el Gobierno Militar debe ocupar su lugar? ¿Qué fuerzas deberían reemplazar el nazismo y el militarismo en Alemania? ¿Habrá coordinación entre las cuatro potencias ocupantes y, en tal caso, de qué forma?»[151].

Parte del problema, al menos para las divisiones encargadas de las artes, era que seguía sin estar clara la política exacta de los aliados occidentales relacionada con la cultura. Existía aún la impresión generalizada de que no estaría bien dedicar tiempo o dinero a distraer a un país con el que todavía estaban en guerra. La Comisión de Control británica se veía frenada por un gobierno que quería evitar a toda costa irritar a una población cansada de la guerra si daba la impresión de que trataba a los alemanes poco rigurosamente. El 6 de julio, el gobierno conservador de Churchill fue reemplazado por el Partido Laborista de Clement Attlee tras una victoria electoral aplastante que se había obtenido gracias a las promesas de este de instaurar un Estado de bienestar. Después de prometer a los británicos escuelas y asistencia médica gratuitas, así como la mejora del nivel de vida, iba a resultar difícil justificar el desvío de alimentos británicos a Alemania, y aún más difícil justificar que se apoyara el resurgir de la cultura alemana.

En este sentido, la zona soviética se adelantó mucho a la británica y a la norteamericana, liberada culturalmente por la actitud muy diferente que adoptaron los soviéticos ante la desnazificación. Para los ocupantes rusos, la desnazificación no tenía que ver con la mentalidad de los individuos, sino con la estructura de la sociedad. Creían que una vez el capitalismo hubiese sido sustituido por el comunismo, la amenaza del fascismo alemán sería eliminada. En consecuencia, podían ser más indulgentes con los individuos alemanes que los aliados occidentales, que seguían un rumbo de rehabilitación individual que hacía necesario un periodo de culpa alemana.

En calidad de jefe del Departamento Político de la Administración Militar Soviética, el general de división Sergéi Tulpanov tenía a su cargo tanto la cultura como la política en la zona soviética y estaba convencido de

que las dos cosas eran inextricables. Por medio de la cultura los rusos podían persuadir al mundo de que la patria de Pushkin y Tolstói era un país civilizado (y que los excesos cometidos por los soldados rusos eran meros accidentes causados por la guerra) y convertir a los alemanes a la causa comunista. El ayudante de Tulpanov, el mayor Alexander Dymschitz, era un hombre sin prejuicios y liberal que sabía mucho más sobre la historia y la literatura alemanas que la mayoría de los funcionarios británicos y norteamericanos[152].

Desde el comienzo de la ocupación, los rusos decidieron que la cultura en Alemania sería muy diferente de la cultura en la Unión Soviética. El político comunista alemán Anton Ackermann había dado a conocer poco antes un manifiesto en el que decía que era necesario organizar la cultura alemana de acuerdo con amplios principios democráticos y antifascistas en vez de seguir las líneas, más estrictas, de la cultura comunista en Moscú, donde vivía exiliado. Se podía fomentar el arte burgués y se podía tolerar la sátira. Más adelante Tulpanov dijo que a Alemania se le dio su relativa libertad cultural porque a la sazón se encontraba en un estado parecido al periodo *Sturm und Drang* de la Unión Soviética en los años veinte; los alemanes todavía no estaban preparados para la cultura estalinista[153]. Así pues, los rusos dieron a los alemanes relativa libertad para resucitar los estudios cinematográficos y las imprentas en su zona y emprendieron la tarea de revitalizar el panorama musical y teatral. Transcurriría algún tiempo antes de que los aliados occidentales alcanzaran el mismo nivel.

Mientras Wilder aguardaba el momento de averiguar exactamente qué se esperaba de él, Auden también fue destinado a Bad Homburg. El estudio sobre los bombardeos estaba casi terminado e iban a enviarle a casa antes de lo previsto. Como era de prever, la presentación de sus informes duró varias semanas más de lo necesario, pero su estancia en Bad Homburg se animó con la llegada de otro *Ussbuster* expatriado, el compositor Nicolas Nabokov. Aristócrata ruso de nacimiento (y primo del escritor Vladímir Nabokov), Nicolas Nabokov se había ido de Rusia después de la Revolución y en los años veinte había llevado una vida feliz de expatriado

culto en Berlín y París antes de emigrar a Estados Unidos tras la subida de Hitler al poder. Convertido ahora en ciudadano norteamericano, Nabokov aunaba el encanto europeo del Viejo Mundo con el desparpajo y los medios del Nuevo Mundo. Estaba destinado a triunfar en la Alemania de la posguerra, aunque sus meses de Ussbuster habían sido descorazonadores.

Las primeras impresiones que tuvo Nabokov de Bad Homburg fueron desfavorables. Llegó a las tres de una fría madrugada de verano, echó un vistazo al comedor y lo encontró lleno de desperdicios. El suelo estaba cubierto de latas de cerveza vacías, botellas de ginebra y de *whisky*, cristales rotos y servilletas de papel sucias. No encontró café ni ginebra, así que extendió su saco de dormir sobre el mostrador del bar y se durmió. Al despertar, vio un rostro inclinado sobre él que le decía: «¡Toma! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué haces tú en este lugar?».

Bien afeitado y recién lavado, Auden quería desayunar y le irritó encontrarse con que el comedor todavía estaba sucio y ocupado por Ussbusters dormidos. No obstante, se alegró de ver a su amigo. Nabokov y Auden pasaron el siguiente par de semanas paseando por los bosques de pinos y bebiendo en la terraza mientras hablaban de Stravinski, Goethe y Kierkegaard. Ambos hacían todo lo posible por evitar a sus colegas, los *Ussbusters*.

«La mayoría de ellos son unos pelmazos, querido», se quejó Auden a Nabokov el primer día de la estancia de este en Bad Homburg. «No tienen *ninguna* idea o tienen ideas *erróneas* sobre todo y pertenecen al mundo que ni a ti ni a mí nos puede gustar ni podemos condonar». Auden no aguantaba las sesiones de presentación de informes a las que estaban obligados a asistir y que, a su modo de ver, consistían principalmente en falaz palabrería sociopolítica. «Todo esto es *perder el tiempo*, querido. Pero es mejor que siga así. No es asunto nuestro».

A pesar de su despreocupación, Auden seguía sintiéndose turbado por la destrucción que había visto en las ciudades alemanas, incapaz de comprender cómo podía perdonarse la devastación a tamaña escala: «¿Está justificado que respondamos a *sus* asesinatos en masa con *nuestros* asesinatos en masa? A mí me parece aterrador, ¿no estás de acuerdo?»[154].

Cuando en agosto llegó el final de la estancia de Auden, el verano parecía haber terminado y una neblina gris envolvía continuamente el recinto. La noche anterior a la partida de Auden, él y Nabokov estaban sentados en una habitación vacía contigua al bar con un surtido privado de ginebra y *whisky* que habían traído de sus respectivas habitaciones. Auden preguntó a Nabokov si pensaba quedarse en Alemania y Nabokov pidió consejo a su amigo. Nabokov había huido de la Rusia comunista para trasladarse a Estados Unidos y ahora le preocupaba que los norteamericanos subestimasen la brutalidad de las condiciones de vida en la Unión Soviética. Le preocupaba especialmente y con razón la suerte de las personas de nacionalidad rusa que los nazis habían desplazado a Alemania y que ahora eran enviadas de vuelta a la Unión Soviética. Al visitar campos de personas desplazadas en Hannover y Hamburgo, se había visto asediado por gente que le entregaba papeles escritos en caracteres cirílicos que indicaban que el portador tenía un amigo en Chicago o Nueva York. Empezaba a preguntarse si debía permanecer en Alemania como antiestalinista y ofrecer sus servicios a la División de Guerra Psicológica.

Auden dijo que no podía responder porque ya era muy tarde y sugirió que tomaran café a las seis y media de la mañana siguiente, antes de que Auden se fuera. Nabokov llegó a la habitación donde se servía el desayuno poco después de la hora convenida y recibió una regañina por haberse retrasado ocho minutos. Permanecieron sentados en silencio y bebiendo su café institucional mientras Auden, con cara de mal humor, volvía a ocuparse del crucigrama que trataba de resolver. Al cabo de un rato, Auden consultó su reloj y se quejó de que faltaban seis minutos para la hora de irse y no veía el autobús.

«A propósito de tu pregunta, Nicky», dijo Auden en tono impersonal. «Mi respuesta es ni sí ni no, o, mejor dicho, ni te quedes ni te vayas…, es asunto tuyo y de nadie más. Lo siento, Nicky, eres tú quien debe decidirlo. Nadie puede hacerlo por ti. Sería impropio y un error». Hizo una pausa para sonreír a su amigo: «Pero si acabas yendo a Berlín, quizá vaya a verte allí. ¿Podré?»[155].

Llegó el autobús, Auden se levantó para irse y soltó a su amigo una última homilía: «En cuanto a la sustancia de tu pregunta, ¡es en verdad

horrible y monstruoso! ¡Es una barbaridad enviar a gente de vuelta al infierno sin ni siquiera pedir su consentimiento! Pero lo que los seres humanos se hacen unos a otros acostumbra ser sucio […] y un pecado contra las leyes de Dios. Nicky, hagas lo que hagas, cuídate […] y ponme cuatro letras»[156].

Auden no visitó a Nabokov en Berlín tras regresar a Estados Unidos. Tampoco escribió el libro que había pensado escribir sobre Alemania. Después de atravesar el Atlántico, había perdido todo interés en pontificar en calidad de intelectual público, de manera que no iba a escribir ningún ensayo sobre el estado de Alemania o de Europa. Y tardó cuatro años en encontrar en las ruinas de Alemania material para escribir poesía.

En 1949 Auden volvió imaginativamente al alambre de púas y los edificios dañados e intentó encontrar un modo personal de redención. Su poema «Memorial for the City» empieza desde la perspectiva de «los ojos del cuervo y el ojo de la cámara» con que Auden y su unidad del Estudio del Bombardeo Estratégico estadounidense habían sido requeridos para inspeccionar los daños causados por las bombas en Alemania. Ahora estos ojos mentirosos recorren las ciudades del mundo, desde los tiempos de Homero hasta el presente, y se posan brevemente en un lugar al otro lado de la plaza entre tribunales de justicia destruidos por el fuego y la jefatura de policía, donde el alambre de púas pasa por delante de la catedral «demasiado dañada para repararla», alrededor del Grand Hotel «remendado para alojar a reporteros», cerca de las «casetas de algún Comité de Emergencia», y atraviesa «la ciudad abolida». Este es el mundo conocido de Frankfurt o Darmstadt, evocado con toda su especificidad. Pero es también el mundo de la pesadilla poética porque:

> A través de nuestro dormir
> corre también el alambre de púas: Nos pone la zancadilla para que caigamos[…]
> Sigue creciendo desde la cabeza de la bruja.

Auden empleó los solares arrasados por las bombas durante la contienda para preguntar por qué construimos ciudades si luego las aniquilamos y

dedicamos nuestro ingenio creativo a fabricar instrumentos de destrucción. Pero escribía con una objetividad que era posible gracias al tiempo y la distancia; con una objetividad que, al parecer, necesitaba antes de escribir sobre las ruinas. Por tanto, yuxtapuso esta historia reciente y la historia de la cristiandad y buscó la redención por medio de la fe cristiana que había abrazado diez años antes:

> Mientras enterramos a nuestros muertos
> sabemos sin saber que hay una razón para lo que soportamos,
> que nuestro dolor no es una deserción, que no debemos tener lástima
> ni de nosotros mismos ni de nuestra ciudad;
> atrapen a quien atrapen los reflectores, bramen lo que bramen los altavoces,
> no debemos desesperar[157].

Poco antes de que Auden partiera de Bad Homburg con destino a Londres, Spender llegó al cuartel general británico en Bad Oeynhausen. Llevaba dos meses de retraso respecto a su amigo pero había llegado por fin, y estaba decidido a ser tan útil como fuera posible, aunque lamentaba haber tenido que separarse de su hijo Matthew, que había nacido en marzo. Su misión consistía en investigar el clima intelectual de las universidades alemanas en Renania. Era una tarea apropiada para él que le permitía reunirse con algunos de los alemanes a los que había conocido antes de la guerra, si bien sus superiores dejaron claro que le habían enviado porque era un intelectual que hablaba alemán y no por ser un poeta. Debía ocuparse de la educación y no de la literatura.

En el informe de su viaje que posteriormente se publicó con el título de *European Witness* Spender decía que Bad Oeynhausen era «una ciudad balnearia grande y laberíntica, decimonónica, llena de villas feas». Los arquitectos habían rodeado cada una de las villas con una falda y un corpiño de árboles ondeantes, de tal manera que hoy hacían ostentación de su recato del siglo pasado como emperifolladas mujeres de mediana edad. Las villas estaban dotadas absurdamente de torres y cúpulas ornamentadas. Esta

ciudad balnearia cómoda y presuntuosa aparecía ahora llena de señales del Ejército y de soldados británicos que calzaban gruesas botas e iban apresuradamente de un lado a otro. Sus platos de campaña y su burocracia daban una nota antirromántica sobre un fondo que debería haber estado lleno de pastores[158].

Spender fue puesto al corriente de sus obligaciones por un antiguo profesor de Oxford que ahora era brigadier del Ejército. Su principal misión era entrevistar a intelectuales alemanes. Esto quería decir que estaba exento de las reglas que prohibían la confraternización, si bien estas habían sido relajadas una vez más y los aliados podían confraternizar con alemanes en lugares públicos. Spender tenía muchísimas ganas de empezar inmediatamente, pero tuvo que aguardar en Bad Oeynhausen hasta que encontraran transporte para él. Durante su estancia se tropezó con Goronwy Rees, escritor y célebre canalla de Londres con el que había colaborado una vez en una traducción de la obra teatral de Büchner *La muerte de Danton*. Rees encontraba Bad Oeynhausen aún más siniestro de lo que le parecía a Spender. Opinaba que el ambiente presuntuoso y estirado hacía pensar que el clima opresivo de la Alemania de Bismarck seguía intacto. Y tenía la sensación de que la irrealidad de la ciudad balnearia era nociva para los ocupantes. «Venía a ser como si los alemanes, tras conquistar Gran Bretaña, hubieran decidido gobernarla desde Llandrindod Wells». Pero como principal agente de inteligencia de William Strang, el asesor político del comandante en jefe, Rees tenía ahora su residencia en otro cuartel general en Lübeck, adonde llevó a Spender a pasar la noche[159].

Rees habló a Spender de la destrucción que había visto en el Ruhr, donde arcos y vigas de metal se proyectaban de forma estrambótica hacia el cielo y las ciudades muertas no podían proporcionar alimentos, agua, cobijo ni calefacción […] capaces solo de sustentar la vida de las ratas. Durante los días siguientes Spender avanzó lentamente hacia Colonia y pasó junto a solares arrasados por las bombas y puentes destruidos a bordo de un coche que se averió repetidas veces durante el viaje. Al llegar a Colonia el 11 de junio, Spender vio las ruinas que meses antes habían visto Miller y Orwell y comprendió por primera vez lo que era la destrucción total. Su primera impresión fue que no quedaba una sola casa en pie. Las paredes no eran

más que tenues máscaras colocadas delante de la hueca y pútrida vacuidad de los interiores destruidos[160].

Diez años antes Spender había estado en Colonia cuando la ciudad era el corazón de Renania, con un gran centro comercial y calles llenas de animación, restaurantes, teatros y cines. Hacía falta un gran esfuerzo de imaginación para yuxtaponer la Colonia que él recordaba y la ciudad-cadáver putrefacta que veía; no podía creer que los miles de personas que andaban con dificultad por las calles ennegrecidas fuesen las mismas multitudes que miraban los escaparates de las tiendas o hacían señas a los taxis unos años antes. Solo la catedral recordaba al espectador que Colonia había sido una gran ciudad. Spender estaba seguro de que la devastación era demasiado grande para que alguna vez llegara a curarse. Mientras que en Londres la vida humana que había a su alrededor llenaba los huecos y las heridas que habían dejado los bombardeos, aquí los habitantes se convertían en parásitos que chupaban el cuerpo de un animal muerto mientras removían la basura en busca de comida.

En la crónica publicada de su visita a Colonia, Spender describía la destrucción y señalaba que era grave en más de un sentido:

> Es una culminación del esfuerzo deliberado, un logro de nuestra civilización, el resultado más impresionante de la cooperación entre naciones en el siglo XX. Es la forma que ha creado nuestro siglo del mismo modo que la catedral gótica es la forma que creó la Edad Media. Todo se ha detenido aquí, aquella fusión del pasado con el presente, integrada en la arquitectura […] han matado aquella vida larga y gigantesca de una ciudad […]. La destrucción de la ciudad misma, con todo su pasado así como su presente, es como un reproche a la gente que continúa viviendo allí. Los sermones que hay en las piedras de Alemania predican el nihilismo.

Todos los visitantes de la Alemania derrotada tenían que afrontar el visible sinsentido de la ruina absoluta. Gellhorn y Miller se habían refugiado en la ira; Auden había enmudecido a causa de la desesperanza. Spender llevó a cabo aquí la magistral proeza de localizar el sentido específicamente en el sinsentido. Estos escombros absurdos eran dignos de ser el logro arquitectónico de los tiempos de Spender[161].

Tras observar las ruinas, la siguiente tarea de Spender consistió en entrevistar a los habitantes y ver si era posible encontrar algo que los redimiese del nihilismo que los rodeaba. Además de buscar a intelectuales, entrevistó a gente que encontraba a su paso. Poco después de empezar,

habló con seis personas desplazadas a las que encontró sentadas en un banco contemplando con expresión aburrida el Rin. Al principio pensó que eran prisioneros de guerra alemanes que volvían a casa. Se enfadaron al ver que les había tomado por «cerdos alemanes» y proclamaron que eran polacos, que habían perdido a todos sus parientes cuando los alemanes incendiaron sus ciudades y colgaron a la gente de los árboles. Desdeñaban la sensibilidad con que los británicos trataban ahora a los alemanes: «Ustedes calculan las raciones que deben recibir, como si los cuidasen en un hospital». Spender se asustó al ver su apatía y también le asustó cierto tono de amenaza que parecía haber en su desesperanza. Los incendios que habían arrasado las ciudades de Europa seguían ardiendo sin llama en la mente de los hombres[162].

El primer alemán al que Spender buscó activamente fue el crítico literario Ernst Robert Curtius, su antiguo maestro y mentor. Cuando entrevistó a Curtius un par de semanas antes, Klaus Mann se había alarmado al encontrarle «igual que siempre», arrogante y despreciativo cuando hablaba de los «norteamericanos barbáricos» que ocupaban Alemania. Spender estaba más dispuesto a ser comprensivo con el anciano, cuya seguridad le había tenido muy preocupado durante buena parte de la guerra; de hecho, fue en parte pensando en Curtius por lo que a Spender se le había ocurrido por primera vez la idea de ir a Alemania. En su «September Journal» [Diario de septiembre] de 1939, Spender había recordado su primera conversación con Curtius en una cervecería de Baden. Spender se había comportado con Curtius con la misma torpeza afable que había mostrado al tratar con Auden, y había hablado de forma constante e indiscreta de su vida en Hamburgo. Curtius rio; aparentemente se reía del joven además de con él, lo que llevó a Spender a reflexionar que «porque veía mucho más allá de mí y al mismo tiempo me amaba, a él le debo más que a cualquier otra persona». La pareja paseaba por la Selva Negra, nadaba, hablaba de literatura y bebía cerveza por la tarde[163].

En su amistad había una carga erótica. Los dos hombres leían juntos poemas carnales en una antología griega y Curtius pidió a Spender detalles pornográficos de sus encuentros con chicos en Hamburgo. Pero era ante todo una relación intelectual. Cuando Spender se fue de Oxford sin haber

sacado ningún título, se sentía decepcionado porque sus tutores parecían tener poco que enseñarle. Ahora había conocido por fin a alguien que parecía no perder nunca de vista la relación directa que existía entre la literatura y el vivir y que hacía que Spender se sintiera capaz de entender la literatura que leían y utilizarla para vivir mejor. Por medio de Curtius, Spender estableció contacto con la Alemania de Goethe, Hölderlin y Schiller; un país que, empleando términos nietzscheanos, describió como «una Alemania apolínea, una Alemania del sol y no la Alemania de Hitler, que despierta de una atonía tórpida para caer en un frenesí de palabras y actos». También aprendió de Curtius a comprender una tradición conexa y continua de la literatura europea que se extendía desde los griegos y los romanos hasta la Edad Media y de allí hasta el presente y hacía que fuera imposible separar culturalmente una nación de otra[164].

También fue en parte pensando en Curtius por lo que Spender había escrito sus artículos sobre Hölderlin y Goethe durante la guerra. Ahora tanto Spender como Curtius estaban casados (Curtius con una exalumna) y ambos habían soportado cinco años de guerra brutal. Spender se sintió aliviado al saber que aunque la mitad de Bonn había resultado destruida, el piso de Curtius en una planta baja estaba en una zona casi intacta de la ciudad. Curtius se conmovió al ver a Spender y le hizo pasar a su biblioteca, una habitación casi sin muebles y sin alfombras en la que había pocos libros, donde su esposa, Ilse, les sirvió una comida a base de col y patatas.

Curtius era uno de los pocos intelectuales alemanes por los que Spender sentía respeto que se habían quedado en Alemania durante todo el régimen de Hitler. Ahora Spender intentaba entender qué significaba aquello. Después de 1933 se había preguntado por qué su mentor no se iba de Alemania y había sacado la conclusión de que era debido a que Curtius se sentía demasiado enraizado en la Alemania de Goethe para imaginar la vida en otra parte. Al principio, el piso de Curtius había sido un centro al que la gente acudía para criticar al régimen nazi, generalmente desde el punto de vista católico. Los nazis le hacían la vida imposible y Spender suponía que finalmente Curtius había transigido de un modo u otro para evitar la cárcel. Se llevó una decepción al comprobar que Curtius compartía la tendencia general a despreciar a los alemanes colectivamente sin incluirse a sí mismo

en su vergüenza. Curtius no era un Thomas Mann viendo en su propio pasado romántico alemán el germen del nazismo. En vez de ello, dijo alegremente a Spender que casi no quedaba vida intelectual en toda Alemania y que a los intelectuales alemanes les hubiera resultado imposible oponer resistencia colectiva a Hitler: «Parecíais esperar que plantáramos cara o saliéramos a la calle y dijéramos que nos oponíamos a la guerra y al Partido. Pero ¿qué efecto hubierais tenido eso excepto nuestra propia destrucción? Desde luego, no hubiese detenido la guerra. No éramos nosotros, los que estábamos en Alemania, sino vosotros, las democracias, los ingleses, los franceses y los norteamericanos, los que hubieran podido evitar la guerra cuando la ocupación de Renania. ¿Qué teníamos que pensar cuando dejasteis que Hitler la ocupara?»[165].

Había mucha verdad en estas palabras. Por supuesto, había cierta hipocresía en la indignación de los aliados ante los campos de concentración, dado que Gran Bretaña y luego Estados Unidos declararon la guerra a Alemania en respuesta a su agresión imperialista y no al flagrante desprecio de los derechos humanos por parte de los nazis. Incluso ahora muchos líderes aliados hacían más hincapié en el militarismo prusiano de los alemanes que en la persecución de los judíos y no hacían todo lo que hubiesen podido hacer por las víctimas judías de Hitler[166]. Y Curtius estaba en lo cierto al afirmar que incluso en lo que se refería a la agresión imperialista, los aliados habían dado mucha libertad de acción. Probablemente también tenía razón al decir que, para la mayoría de los intelectuales, el resultado de una resistencia activa hubiera consistido en conciencias limpias pero cuerpos muertos. Sin embargo, más que decepcionado por el hecho de que intelectuales como Curtius no se hubieran resistido, le preocupaba el hecho de que no pareciesen más apurados ahora. Le entristecían, además, las críticas indiscriminadas de la ocupación que expresaban los Curtius y otros intelectuales.

La gente de Bonn se quejaba de la excesiva tardanza de los norteamericanos en liberar Renania, especialmente Bonn, y quitaba importancia a la ofensiva alemana en la batalla de las Ardenas aduciendo que habían sido cuatro tiros disparados por hombres asustados de las SS. «Nos hacemos cargo de que la civilización norteamericana es poco belicosa

y que los norteamericanos no quieren cultivar las virtudes castrenses», dijo un profesor alemán con aire condescendiente, «pero ustedes no tienen idea de lo difícil que es ser vencidos por un pueblo que es incapaz de luchar. Todo sucede tan despacio[167]».

Poco a poco Spender fue sintiéndose agotado ante la magnitud de la ignorancia de ambos bandos. Ni siquiera la elite culta alemana parecía dispuesta a reconocer su culpabilidad, a la vez que muchos de los militares británicos con los que habló parecían ignorar todo lo referente al nazismo y sus males. Varios de ellos le dijeron que simpatizaban con los nazis porque eran tipos que defendían su país, mientras que los refugiados eran ratas que lo habían traicionado.

Ya resultaba obvio que el proceso de desnazificación era absurdamente injusto. Millones de alemanes habían recibido *Fragebogen* (cuestionarios) con 133 preguntas distribuidas en 12 páginas que, según el novelista sueco Stig Dagerman, que visitó Alemania, eran «una especie de equivalente ideológico de la declaración de la renta». El objeto de estos cuestionarios era determinar la relación de quien los rellenaba con el nazismo y el militarismo, pero también hacían preguntas sobre si los bombardeos habían afectado su salud y sobre las aguas residuales, la electricidad y los desagües de sus viviendas[168]. Muchos alemanes se indignaron con razón al recibir los formularios. Los nombres de quienes los recibieron se habían escogido al azar y de una manera un tanto absurda. Algunos cuestionarios se enviaron a alemanes que habían estado encerrados en campos de concentración y otros se mandaron a antiguos miembros de la jerarquía nazi, entre ellos la esposa de Hermann Göring, Emmy Sonnemann, que rellenó el suyo en la prisión de Straubing mientras su marido esperaba el momento de comparecer en un juicio. Y a muchos funcionarios aliados los resultados de los *Fragebogen* les parecieron casi inútiles. Los norteamericanos encargados de conceder permisos para publicar periódicos hicieron caso omiso de los cuestionarios y en su lugar optaron por emborrachar a los posibles solicitantes, porque creían que las

conversaciones bajo los efectos del alcohol eran más reveladoras que marcar casillas estando sobrio[169].

Al tratar de entender el caos tragicómico que le rodeaba, Spender experimentó una sensación de náusea que era tanto física como mental. Empezó con un sentimiento de añoranza aguda. Echado en la cama, leía libros franceses que le consolaban porque se habían escrito en un mundo donde planes, pensamientos y relaciones podían crecer. Spender pensaba que en Alemania era imposible crear un ambiente de libertad en el cual el bien pudiera arraigar y prosperar. Los alemanes se habían privado a sí mismos y al resto de Europa de libertad y con ello habían transformado su país en una prisión en ruinas donde los aliados hacían de carceleros a regañadientes.

En agosto Spender se retiró a París, donde analizó su náusea y sacó la conclusión de que los europeos se encontraban ante una disyuntiva. A estas alturas estaban familiarizados con un tipo de destrucción que nunca habían previsto. Era fácil imaginar cualquier ciudad de Europa pulverizada, reducida a un desierto de cascotes. La destrucción se había convertido en un concepto que ejercía una extraña fascinación y la gente tenía que decidir de forma colectiva entre abrazarlo o resistirse a él. A juicio de Spender, era esencial que naciese una nueva pauta de sociedad mundial concebida para garantizar la paz. Se le daría forma de acuerdo con las necesidades de la futura unidad del mundo en lugar de a tenor de los intereses existentes. Las ruinas de Alemania eran testimonio de la necesidad de una Europa unida: «Detrás de Londres, París, Praga, Atenas, están aquellas sombras, aquellos fantasmas, las ciudades destruidas de Alemania que son también parte del alma de Europa que se ha sumido visiblemente en el caos y la desintegración. Su ruina no es solo su ruina, es también la peste, la epidemia de desesperanza que se propaga y ya está profundamente arraigada en Europa, el negro presagio del abismo que ya existe en nosotros, el abismo que todavía podemos rechazar»[170].

Contrariado tanto por los británicos como por los alemanes, Spender ya no era tan optimista respecto a que le resultara posible conciliar el espíritu de la JCS 1067 con el espíritu de Thomas Mann. Al igual que Auden y Wilder, descartaba la posibilidad de ejercer algún efecto en Alemania. En su

lugar, buscaba un ideal más elevado en una visión de unidad europea. Este ideal se inspiraba en parte en los de Curtius antes de la guerra, aunque había perdido un poco de fe en Curtius como ser humano[171]. A partir de ahora, Spender estaría menos interesado en resucitar la cultura en Alemania que en intentar producir una visión cultural compartida para Europa.

5

«Berlín hierve bajo el sofocante calor del verano»

Berlín: julio-octubre de 1945

El 2 de julio de 1945 Berlín se abrió oficialmente a los aliados occidentales. Desde la caída de la ciudad en poder de los rusos en mayo, a muy pocos soldados británicos o norteamericanos se les había permitido entrar en ella. A un grupo de reconocimiento norteamericano integrado por 500 hombres se le había prohibido la entrada el 17 de junio alegando que los aliados occidentales aún no se habían replegado a las líneas de demarcación acordadas en Yalta. El puñado de periodistas occidentales que consiguieron entrar en Berlín informaron de lo extraño que resultaba ver las calles de la capital alemana llenas de señales rusas y rostros eslavos; hasta se sincronizaban los relojes con la hora de Moscú. También les llamó la atención la insólita verticalidad de las ruinas. En algunas partes del centro de la ciudad se sucedían las calles de fachadas fantasmales que desafiaban la ley de la gravedad con su negativa a desmoronarse.

Empezaban a llegar unidades avanzadas de las fuerzas de ocupación para montar los sistemas de comunicación y preparar la llegada del resto de las tropas. Los alojamientos escaseaban, de modo que acamparon en el Grünewald, el bosque situado al sudoeste de Berlín. Al día siguiente una columna de 60 *jeeps* trajo las primeras tropas británicas, norteamericanas y francesas, así como a corresponsales extranjeros, que entraban en la ciudad que durante seis años de guerra y dos meses de ocupación habían esperado hacer suya. El 12 de julio empezó de forma oficial el gobierno cuatripartito de Berlín. Los tres comandantes se turnarían para gobernar la ciudad durante quince días y los aliados occidentales se encargarían de importar

provisiones a través de la zona soviética para alimentar a los habitantes de sus respectivos sectores.

Debido en parte a que la ciudad había estado cerrada durante tanto tiempo, la entrada en Berlín causó tanta agitación como el cruce de la Línea Sigfrido y la entrada de las tropas aliadas en Alemania en las postrimerías de la guerra. Rodeados de comodidad en sus cuarteles generales en las ciudades balnearias de Alemania, o en medio de la decrépita opulencia en el Ritz de París, soldados, funcionarios y periodistas británicos y norteamericanos esperaban con impaciencia que los enviasen a la antigua capital del Reich. Y lo que encontraron no les decepcionó. En las calles todavía se alineaban los cadáveres, las ruinas apestaban, pero uno tras otro los clubes nocturnos y los bares volvieron a abrir sus puertas; incluso hecha pedazos, Berlín conservaba la pasión y la animación de su pasado hedonista. La ciudad se convirtió para sus conquistadores en un *cocktail party* que duraría todo el verano y que se celebraba sobre el fondo de un depósito de cadáveres sobrecalentado.

Erika Mann iba en uno de los *jeeps* que entraron en Berlín el 3 de julio. Había regresado a Alemania en junio, directamente a Múnich, donde reclamó la casa de la familia. A diferencia de Klaus, Erika seguía firmemente decidida a no dejarse llevar por el sentimentalismo mientras visitaba la ciudad perdida de su infancia y no se acercó a lo que quedaba de la Poschinger Strasse. Esto resultaba más difícil en Berlín, y en uno de sus artículos dijo que la ciudad era «uno de los lugares más irreales que quepa imaginar». Allí vio ruinas en una escala aún mayor que las que había visto en Aquisgrán o en Múnich. El centro de la ciudad parecía «una especie de paisaje lunar…, un mar de devastación, sin orillas e infinito». Y el ingenio de los habitantes hacía que el paisaje fuera todavía más irreal. Hombres bien vestidos escalaban, portafolio en mano, las montañas de escombros en busca de artículos que pudieran venderse en el mercado negro; muchachas alemanas en bicicleta sonreían y flirteaban con los soldados norteamericanos; en un gran edificio de pisos encontró a alguien que tocaba una marcha prusiana en un piano milagrosamente intacto. Erika se enfadó una vez más ante la ausencia de un sentimiento obvio de culpa. Aquellos hombres y mujeres que se movían rápidamente y hablaban en voz muy alta

parecían no tener la menor idea de que habían privado a Erika de su hogar[172].

La llegada de Erika Mann fue seguida de cerca por la aparición del novelista alemán Peter de Mendelssohn, que ahora era un ciudadano británico que vestía uniforme militar y había sido nombrado encargado de prensa por los aliados occidentales. Al principio había trabajado para los norteamericanos; su tarea consistía en investigar a los periodistas que permanecían en Berlín y autorizar la publicación de un periódico en su zona. El 15 de julio De Mendelssohn escribió a su esposa, la novelista austríaca Hilde Spiel (que esperaba con los hijos de la pareja en su domicilio de Wimbledon), y le habló de sus primeras impresiones de la ciudad donde había vivido en otro tiempo: «Berlín hierve bajo el sofocante calor del verano y el hedor que surge de los canales y los brazos de río en las zonas deprimidas de la ciudad, repletos todavía de miles de cadáveres humanos en descomposición, hace que uno se sienta realmente enfermo […]. Dentro de pocos días esta ciudad será un pozo negro. De nuevo, como pasa con la mayoría de las cosas en Berlín, uno solo puede decir: nunca ha habido nada parecido en ninguna otra parte»[173].

De Mendelssohn y Spiel habían pasado la guerra en Londres ahorrando peniques y esquivando bombas. Escritores de éxito en Berlín y Viena durante los años treinta, tuvieron que empezar otra vez desde cero y escribir en una nueva lengua y en un nuevo país y luchar por alcanzar la fama en el exilio. Al principio De Mendelssohn se había mostrado reacio a volver a Alemania, sin ningún deseo de ir a reformar a aquella «banda de ladrones y asesinos y criminales abyectos» que seguían allí. Pero ahora se deleitaba con el lujo y el poder que antes no tenía. Tanto De Mendelssohn como Erika Mann estaban instalados con otros funcionarios británicos y norteamericanos en el barrio periférico de Zehlendorf, en el sudoeste, que había salido relativamente bien parado de los bombardeos. Aquí el aire era limpio y los abedules se mecían suavemente bajo la brisa veraniega. Había puertas de dos hojas que daban a la terraza y bebidas en la mesa de centro y costaba creer que estaban a solo unos minutos de la peor destrucción que jamás había conocido el mundo[174].

De Mendelssohn sacaba el máximo partido de la cultura que había empezado a resucitar a los pocos días de la caída de Berlín. En la década de 1920 Berlín había sido una de las capitales creativas de Europa; una ciudad donde podían florecer nuevas ideas intelectuales y artísticas y alzar el vuelo nuevas formas artísticas como el *cabaret* y el cine. Era la patria del expresionismo alemán (creado en parte por inmigrantes rusos que trajeron el arte y el teatro soviéticos a la ciudad) y del arte moderno. Era natural que Billy Wilder abandonara Austria para trasladarse a Berlín; que Klaus y Erika Mann hicieran lo propio desde Múnich, en busca de la ciudad que Klaus llamaba «Sodoma y Gomorra en tempo prusiano»; que W.H. Auden, Christopher Isherwood y Stephen Spender se mudaran a ella desde Londres, seducidos por su ambiente de innovación artística y libertad sexual. Si iba a producirse un renacimiento cultural en la Alemania de la posguerra para combatir los años de represión nazi, parecía inevitable que el escenario fuese Berlín[175].

El 12 de mayo se había levantado la prohibición de cine y teatro que Goebbels impuso a Alemania y al cabo de unos días el bajo-barítono alemán Michael Bohnen se encontró ante los restos de lo que otrora había sido el Theater des Westens en Charlottenberg. Las paredes exteriores seguían en pie, pero del tejado no quedaba ni rastro; el fuego había destruido el escenario y la platea era ahora un montón de escombros; el gallinero estaba lleno de cadáveres. Bohen anduvo arriba y abajo enfrente de las ruinas, meneando la cabeza. Un par de horas más tarde se dio cuenta de que ya no estaba solo. A su lado se encontraban dos antiguos tramoyistas y una corista. Luego aparecieron tres músicos que anunciaron que habían oído rumores de que el teatro iba a reabrir sus puertas.

De momento no había prensa ni correo en la ciudad, pero, a pesar de ello, cantantes, pintores, tramoyistas, apuntadores y maestros de baile no tardaron en enterarse de que el teatro volvería a abrir. Se presentaron en el esqueleto del edificio y comenzaron a quitar los escombros con las manos, a enterrar los cadáveres y a improvisar un tejado. Después de que empezaran los trabajos de renovación, Bohnen, sentado en un rincón, escuchaba a los cantantes y músicos que aspiraban a trabajar con él y examinaba los bosquejos que le mostraban los escenógrafos. Comenzó a contratar a gente

aunque no tenía dinero para pagarla y, cumpliendo las órdenes de desnazificación, rechazó a setenta y cinco buenos cantantes y músicos que habían sido miembros del Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes (NSDAP). Se trajeron butacas de otros teatros destruidos; se confeccionó un telón con retazos de tela vieja. El 15 de junio, solo un mes después de que empezaran las reparaciones, el teatro volvió a abrir con un nombre nuevo: Städtische Oper (Teatro Municipal de la Ópera). Desde el principio se agotaron las localidades para todas las funciones, a las que asistían tanto alemanes como rusos. Al menos aquí no había ninguna de las preocupaciones sobre la confraternización que acosaron a los británicos cuando reabrieron el circo de Hamburgo.

Fue el primero de los numerosos teatros que se reabrieron en Berlín durante los primeros meses que siguieron a la contienda. Todos los días el periódico autorizado por los soviéticos, el *Berliner Zeitung*, publicaba una lista de las funciones y pruebas que tendrían lugar en toda la ciudad. Hasta cierto punto, dedicar tanta energía a resucitar teatros cuando a su alrededor moría de hambre tanta gente parecía una locura, o al menos lo hubiese parecido en otra parte. Pero aquí tenía sentido, aunque fuese solo porque este era el espíritu del viejo Berlín. El teatro ofrecía a los artistas y los espectadores entusiastas que pasaban hambre entre las ruinas el medio de seguir adelante en una ciudad a la que, de no ser por ello, hubiera sido fácil dar por muerta.

El 13 de julio, Peter de Mendelssohn vio *Der Parasit* [El parásito], de Schiller, en una puesta en escena en el Deutsches Theater, en el sector soviético, que le pareció excelente. Era la noche del estreno y se trataba de una función especial con todas las localidades reservadas para las «víctimas del fascismo»[176]. Dijo a su esposa que el teatro se encontraba en un barrio totalmente destruido por las bombas, a poca distancia de la Friedrichstrasse, pese a lo cual no había sufrido daños: «A diestra y siniestra no hay más que ruinas. El teatro no muestra ni un rasguño, en el interior no se ve ni una mancha en las butacas de terciopelo y peluche de color rojo intenso, ni una mancha en el techo blanco y dorado, no ha caído ni se ha roto ninguna de las lágrimas de cristal de las preciosas y antiguas lámparas de brazos. Fue una velada memorable»[177].

Por desgracia, *El parásito* fue retirada al cabo de dos semanas. La obra terminaba con las palabras «¡Justicia! ¡Solo la ves en el escenario!». Al oírlas, los desilusionados berlineses tendían a aplaudir con demasiado entusiasmo, descontentos con la injusticia de la ocupación. Las autoridades se indignaron y ordenaron que no siguiera representándose. Pero por cada puesta en escena que dejaba de estar en cartel, había cinco esperando ocupar su lugar mientras continuaba el extraño frenesí cultural[178].

De Mendelssohn comprobó que era fácil sucumbir a la energía creativa que inflamaba la ciudad y se preguntó si era malo hacerlo. Admiraba los intentos de renovación cultural que hacían los alemanes, pero, al igual que Spender, veía con escepticismo la certeza de los intelectuales de que habían salido ilesos del nazismo y, por tanto, podían continuar como si no hubiera pasado nada. Coincidió con varios miembros de la intelectualidad berlinesa en una fiesta y le asombró que preguntaran con toda naturalidad por escritores alemanes exiliados como Carl Zuckmayer y Thomas Mann, dando por sentado que la vida que de alguna forma se había preservado para ellos también había continuado para los escritores del exilio. Se preguntó si se trataba de vanidad, de ilusión o de que no comprendían lo que aquellos años habían significado para el resto del mundo. Pero se daba cuenta de que de poco servía censurar a los alemanes por su ignorancia. A medida que avanzaba la fiesta, empezó a pensar que los rusos, los norteamericanos y los alemanes tenían en común la creencia instintiva de que tal vez lo mejor era sencillamente dejar las cosas como estaban: «No ahondar más en el asunto de la culpa, la inocencia y la responsabilidad, el conocimiento y la ignorancia al menos en este nivel de gente culta y civilizada […] tal vez convendría llegar a un acuerdo tácito y no tocar esta compleja cuestión, no despertar al león dormido»[179].

Habían sucumbido a los encantos de los berlineses y de su extraña ciudad en ruinas. Los aliados podían haber derrotado a los alemanes en la guerra, pero parecía que los alemanes estaban preparados para desafiar a los aliados en la paz.

La administración del sector estadounidense de Berlín corrió inicialmente a cargo del I Ejército Aerotransportado de Floyd Lavinius Parks, pero el 5 de agosto de 1945 la 82.ª División Aerotransportada de James Gavin recibió la orden de reemplazarlo. Gavin llegó el 25 de julio, después de disfrutar de unos días de permiso con Gellhorn en Estados Unidos, y dedicó su tiempo a reconocer la ciudad. Al regresar a Europa, le había parecido «maravilloso estar metido en harina de nuevo» e informó con orgullo a Gellhorn de que «zumbaba a toda velocidad». Pero se lo pasaba mejor cuando ella le acompañaba, y el día 1 de agosto le suplicó que se reuniese con él: «Cariño, todo lo que hago y en todos los sitios adonde voy pienso en cómo será cuando estés aquí y qué te parecerá todo». Le preocupaba la fidelidad de Gellhorn; ninguno de los dos era especialmente monógamo por naturaleza, pero estaba decidido a que su relación no fuese pasajera[180].

Cuatro días después, la 82.ª se hizo cargo del sector y Gavin ocupó su puesto en la Kommandatura Aliada. Las tareas que le esperaban eran enormes. De los 245 000 edificios de la ciudad, 28 000 habían sido destruidos y 20 000 habían sufrido daños tan graves que era imposible reconstruirlos. Era la única ciudad de Alemania donde podías recorrer más de tres kilómetros sin encontrar una sola casa habitable. Había berlineses que vivían con cinco o seis personas en una sola habitación del sótano. Los rusos habían traído tifus y enfermedades venéreas, lo que significaba que el 10 por ciento de las 110 000 mujeres violadas en Berlín habían sido contagiadas de sífilis y gonorrea y ahora intentaban curarse estas enfermedades sin antibióticos. Erika Mann podía estar convencida de que los berlineses que se movían con rapidez y hablaban en voz muy alta gozaban de una prosperidad injusta, pero durante todo el mes de junio cada día centenares de berlineses morían de tifus y paratifus, cuyos portadores eran los piojos humanos. En un sermón pronunciado en Dahlem en el mes de julio, el teólogo antinazi Otto Dibelius se había quejado de que las cifras de mortalidad en Berlín aumentaban rápidamente. Antes de la guerra, cada día morían en la ciudad doscientas personas; durante la guerra, la cifra había subido hasta doscientas cincuenta; ahora era de alrededor de mil, pese a que el número de habitantes había disminuido. Los rusos se habían

esforzado por alimentar a los berlineses y en tres meses habían repartido 188 000 toneladas de alimentos, pero aún había escaseces crónicas. Morían niños por falta de leche, así que fue desastroso que los rusos reunieran las noventa vacas que quedaban en una granja de Dahlem y las enviasen a la Unión Soviética a finales de junio[181].

«Bien, la ciudad es nuestra, lo que queda de ella», dijo Gavin a Gellhorn. Había estado bebiendo Armagnac con el fotógrafo Robert Capa, amigo de Gellhorn, y por discreción había evitado en lo posible citar el nombre de esta. Ahora se preparaba para trabajar con los rusos, pese a la mala impresión que le causaban los excesivos actos de pillaje que habían cometido en el sector estadounidense: «Incluso arrancaron los teléfonos y los enviaron a Rusia, pero lo gracioso es que enviaron todas las guías telefónicas con ellos. Como niños. Creo que realmente se figuraban que las guías servirían en Rusia. Probablemente se pasan la mayor parte del tiempo marcando el número de la cancillería y preguntando por Adolf Hitler».

Los rusos no eran los únicos en extraer reparaciones de Alemania, pero no cabía duda de que saqueaban de modo más indiscriminado. Creían tener derecho a ser duros al final de una guerra que había causado la muerte a entre 23 y 26 millones de ciudadanos soviéticos. Esta cifra representaba uno de cada ocho habitantes y, comparada con ella, las 405 399 bajas mortales norteamericanas parecían pocas. A diferencia de los norteamericanos, los rusos habían sufrido la brutal invasión de su patria y durante el verano de 1941 habían huido ante el avance de los invasores alemanes; ahora querían vengarse[182].

Una de las primeras cosas que hizo Gavin en su nuevo cometido fue disponer lo necesario para que Marlene Dietrich pudiese hablar por teléfono con su madre, Josephine von Losch. Dietrich no había recibido noticias de su madre durante la guerra y le preocupaba la posibilidad de que la estuvieran persiguiendo porque su hija había desertado de Alemania o la hubieran alcanzado las bombas de los aliados. Los emisarios enviados por los generales Patton y Bradley a comienzos de julio, para que localizasen a Josephine, habían descubierto que, de hecho, seguía viva. Ahora Gavin dispuso que hablasen por teléfono y que la conversación se grabase para la

posteridad. Hablando en inglés para que la entendiesen los censores, Marlene aseguró a su madre que tanto ella como Liesel estaban bien:

—Mami, sufriste por mi causa. Perdóname.

—Sí, amor mío.

—Mami, cuídate.

—Sí. Adiós.

—Adiós, mami.

—Adiós, corazón. Adiós.

A continuación Gavin hizo gestiones para que se concediese a Dietrich un permiso de viaje y pudiera trasladarse a Berlín, y él mismo visitó a Josephine. AGRADABLE VISITA CON TU MADRE ESTÁ MUY BIEN LA 82.ª ESPERA CON ILUSIÓN VERTE PRONTO GENERAI GAVIN, decía el telegrama que le envió[183].

Se esperaba de Gavin que hiciera algunos cambios pequeños en su política en Berlín basándose en los resultados de otro encuentro de dos semanas entre los aliados que se había dado a conocer el 3 de agosto. Esta vez los británicos, los rusos y los norteamericanos (representados ahora por Truman, que había asumido la presidencia a raíz de la muerte de Roosevelt en abril) se habían reunido en Potsdam, al sudoeste de Berlín, para hablar una vez más de qué medidas debían tomarse para tener la seguridad de que «Alemania nunca más vuelva a amenazar a sus vecinos o la paz mundial». El documento resultante del encuentro insistía en que los aliados no tenían intención de destruir o esclavizar al pueblo alemán: «Es intención de los aliados que se dé al pueblo alemán la oportunidad de prepararse para reconstruir su vida sobre una base democrática y pacífica. Si sus propios esfuerzos se encaminan en todo momento a alcanzar este fin, podrán a su debido tiempo ocupar su lugar entre los pueblos libres y pacíficos del mundo».

Los objetivos principales de la ocupación eran, según el documento, el desarme, la desmilitarización, la desnazificación (que también suponía convencer a los alemanes de que «no pueden eludir la responsabilidad de lo que se han echado encima» y llevar a los criminales de guerra a juicio), la democratización (preparar el camino para la restauración de la democracia en Alemania) y la reeducación. No se hacía ninguna mención específica de

la cultura, pero el acuerdo abría el camino para que la desnazificación, la democratización y la reeducación se llevaran a cabo en parte utilizando medios culturales. Los vencedores también acordaron crear un Consejo de Ministros de Exteriores, integrado por los de Gran Bretaña, Estados Unidos, la Unión Soviética, Francia y China, que se reuniría periódicamente para negociar las condiciones de los tratados de paz con las potencias del Eje[184].

Los periódicos autorizados por los aliados en Alemania respondieron respetuosamente a los resultados de la Conferencia de Potsdam. «Se concede a los alemanes la posibilidad de reconstruir sus vidas sobre una base democrática y pacífica», proclamó el *Berliner Zeitung*. Pero los alemanes estaban generalmente demasiado preocupados por la supervivencia cotidiana para interesarse por estas cosas. Cuando la obra de Bertolt Brecht *La ópera de cuatro cuartos (Die Dreigroschenoper)*, estrenada en 1928, se presentó en el Hebbel Theater, en el sector norteamericano, una semana después, el público aplaudió a rabiar las famosas palabras de Brecht «Primero viene la comida, después la moral» (*«Erst kommt das Fressen, dann kommt die Moral»*), con la esperanza de que sus ocupantes aprendieran esta lección. A los berlineses les interesaban más los hechos que las palabras y les tranquilizó ver que su ciudad iba reconstruyéndose paulatinamente. El 14 de agosto ya se había reanudado el reparto de correspondencia, más de trescientos carteros berlineses habían vuelto al trabajo y 10 000 teléfonos funcionaban de nuevo. Poco a poco también comenzaron a funcionar los tranvías y 83 de ellos hacían un recorrido de más de treinta y cinco kilómetros[185].

Los días 6 y 9 de agosto de 1945 las dos primeras bombas atómicas de la historia fueron lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, respectivamente. Resultó obvio de inmediato que el mundo nunca volvería a ser el mismo. Fue el momento en que Estados Unidos perdió su resplandor como garante de la libertad a ojos de muchos exiliados alemanes que habían tomado con orgullo la nacionalidad norteamericana y también de muchos de sus propios ciudadanos. Klaus Mann se quejó de que su país de adopción no fuera a

«dejar de hacer el tonto con chismes devastadores antes de volar la totalidad de nuestro pequeño universo […] ¡No es que yo piense que sería una gran pérdida si nuestra tierra saltara en pedazos!». Fue en respuesta a la bomba atómica que George Orwell inventó la expresión «guerra fría» en un artículo para *Tribune* titulado «You and the Atomic Bomb» [Usted y la bomba atómica], en el que afirmaba que el mundo iba camino «no de un cataclismo general sino de una época tan horriblemente estable como los imperios esclavistas de la antigüedad». Orwell apuntaba proféticamente que la bomba atómica paralizaría el mundo al hacer que sus naciones más fuertes fuesen «irreductibles y al mismo tiempo estuvieran en permanente estado de "guerra fría"» con sus vecinos[186].

La posesión de la bomba atómica hizo que los norteamericanos se sintieran más seguros en Alemania. Ahora que los alemanes sabían que Estados Unidos disponía de esta arma nueva, no serían tan necios para arriesgarse a provocar otra guerra. Y si Alemania ya no era capaz de hacer la guerra, quizá era menos necesario cambiar laboriosamente todos los aspectos de la vida alemana. Quizá bastaría con dejar que los alemanes hiciesen lo que les apeteciera con sus propias patologías. El 7 de abril Eisenhower y Montgomery habían asegurado a los alemanes que los norteamericanos y los británicos estaban allí para ayudarles a reconstruir su vida sobre una base democrática. Montgomery les prometió que pronto serían libres de decidir su propio modo de vida, sometidos solo a las disposiciones relativas a la seguridad militar. Drew Middleton informó en *The New York Times* que se calculaba que la rehabilitación política de Alemania progresaría a un ritmo más rápido de lo que se había planeado en un principio. Estados Unidos comenzaría a reducir los efectivos militares en su zona e intentaría reinstaurar un gobierno central en Alemania.

El 15 de agosto Europa celebró el Día de la Victoria en Japón y James Gavin hizo balance del final de la contienda. Confesó a Martha Gellhorn que aunque aborrecía la brutalidad de la guerra, echaría de menos «la excitación, el compañerismo de hombres estupendos que me ha dado y la profunda apreciación de las cosas sencillas». En Estados Unidos le esperaba el tedio de un matrimonio que no iba bien y la vida en una base del Ejército. Era improbable que volviese a seducir a una mujer como Gellhorn. Criado

en un orfanato y adoptado luego por mineros del carbón, sus orígenes eran humildes; sus primeros empleos habían sido en un quiosco de prensa y una barbería. Era consciente de que de haberse conocido en Estados Unidos, no hubiera estado a la altura de Gellhorn y que, al volver a casa, una vez más se le definiría por su clase social en lugar de por su graduación militar[187].

Pero aunque la guerra había terminado, las tareas de Gavin eran más difíciles que nunca. Con sus efectivos disminuyendo gradualmente intentó acometer la imposible tarea de reconstruir Berlín. Dijo a Gellhorn que nunca había trabajado tanto con tan poca sensación de lograr algo: «Me siento como un niño pequeño que tratara de evitar que el agua se escapase de una presa en la que hay unos cien agujeros». Se daba cuenta de que la situación sería más difícil cuando llegara el invierno. No se había destinado carbón para los civiles de Berlín, así que estaba seguro de que la gente pasaría hambre y frío. Aún no se habían reparado los ferrocarriles y los puentes, por lo que resultaba muy difícil transportar alimentos a Berlín cruzando la zona rusa. «Cuando un tren sale de la zona estadounidense y entra en Rusia camino del sector estadounidense de Berlín bien podría haber salido de Cape Cod para adentrarse en el Atlántico». A veces los trenes tardaban cinco horas y a veces, cinco días. En estas circunstancias, notaba la ausencia de Gellhorn más que nunca. Gellhorn tenía previsto llegar a Londres en septiembre y Gavin estaba decidido a encontrar la manera de traerla a Berlín en calidad de corresponsal[188].

Mientras esperaba a Gellhorn, Gavin tuvo el gusto de atender a Billy Wilder, que llegó a la ciudad a principios de agosto con instrucciones de investigar los estudios de cine en la zona estadounidense y empezar a reactivar la industria cinematográfica alemana. Wilder se alojaba con la 82.ª División Aerotransportada y emprendió la tarea de conocer a los soldados y explorar la ciudad. Para él era como haber vuelto a casa, a diferencia de su llegada a Alemania. Veinte años antes se había enamorado de Berlín y había descubierto una manera de vivir que se ajustaba con exactitud a su propia personalidad frenéticamente activa. Ahora se encontró con que «parecía el fin del mundo»[189].

Pidió a su chófer que le llevase al cementerio donde estaba enterrado su padre, en el sector soviético. El cementerio judío se había convertido en un

campo de batalla en los últimos días del conflicto y ahora estaba lleno de lápidas destrozadas, árboles quemados y cadenas de tanque. Fueron recibidos por un rabino demacrado y un enterrador con una sola pierna que informaron a Wilder de que iba a ser difícil localizar la tumba de su padre. La rabia impotente que la difícil situación de los judíos despertaba en Wilder se exacerbó al oír la terrible historia del rabino, que seguía vivo porque había pasado varios años escondido en Berlín. Al aparecer los soldados soviéticos en abril, él y su esposa habían salido corriendo a darles la bienvenida, encantados de que por fin los liberasen, pero el rabino se vio obligado a contemplar cómo los vencedores violaban y mataban a su esposa.

A Wilder le daba lástima su ciudad, pero no compadecía a sus habitantes arios. Cuando un alemán les gritó «*arschloch*[190]» al bajar a gran velocidad por la Kurfürstendamm ordenó al chófer que se detuviera, se apeó, reprendió al alemán y le dijo que esperase mientras iba a buscar a las autoridades. Horas después, pasó otra vez por allí y se llevó una gran alegría al ver que el alemán seguía esperando en el mismo lugar[191].

Entre las excursiones a los sitios que había frecuentado en su juventud y los ratos que pasaba bebiendo con los soldados de Gavin, Wilder seguía sus instrucciones y visitaba los estudios de cine. Informó de que los estudios de la UFA en Babelsberg, en el sector estadounidense, se hallaban en buen estado, pero que, absurdamente, los de Tempelhof aparecían divididos en dos mitades por la línea de demarcación entre los sectores estadounidense y soviético: «Sin duda los señores que idearon esta línea de demarcación están capacitados para protagonizar un nuevo número de variedades: serrar un estudio vivo por la mitad». La palabra «vivo» no era apropiada porque se habían extirpado el corazón y los pulmones; los rusos se habían llevado todo lo utilizable a la Unión Soviética. Sin embargo, Wilder ya no era un empleado entusiasta de la División de Guerra Psicológica. Lo que más quería ahora era rodar en las ruinas de Berlín una película para la Paramount, su propia compañía de producción, enmarcada en las ruinas de Berlín[192].

«Encontré la ciudad loca, depravada, hambrienta, fascinante como escenario para una película», escribió en un informe a sus superiores el 16

de agosto. Le impresionó la rapidez con que los norteamericanos abrían los cines y exhibían sus documentales y los noticiarios que llevaban consigo una lección, un recordatorio y una advertencia. «Se ha hecho un buen trabajo, no cabe duda». Pero cuando pasase la novedad, sería cada vez más difícil dar la lección. Los alemanes no acudirían una semana tras otra a interpretar el papel de alumno culpable. Se lo pasarían bien viendo bonitas películas de Hollywood, por supuesto, pero el papel que estas películas podían desempeñar en su reeducación era muy pequeño: «Ahora bien, *si* hubiera una película entretenida con Rita Hayworth o Ingrid Bergman o Gary Cooper, en tecnicolor si así lo desean, y con una historia de amor —solo con una historia de amor muy especial, creada de forma inteligente para que nos ayudase a vender unos cuantos artículos ideológicos—, una película así nos proporcionaría un excelente artículo propagandístico: harían largas colas para comprarlo y, una vez comprado, no lo olvidarían. Por desgracia, una película así no existe aún. Debe hacerse. Yo quiero hacerla»[193].

La película que proponía Wilder era la sencilla historia de un soldado norteamericano y una *Frau* alemana cuyo marido había muerto en combate. Al principio la mujer alemana no tendría ningún aliciente para vivir; al final habría recuperado un poco de esperanza. Astutamente, Wilder citó a Eisenhower para reforzar su mensaje: «Démosles un poco de esperanza para que se rediman a ojos del mundo». El soldado no iba a ser un héroe patriotero: «Quiero que no esté demasiado seguro de para qué diablos ha servido todo esto». La película tocaría la confraternización, la añoranza y el mercado negro. Al final el chico no se llevaría a la chica; regresaría a casa con su división y la chica se quedaría en Alemania y vería la luz. Wilder había pasado tiempo en Berlín, había hablado con Gavin y sus soldados y había confraternizado con alemanes, desde profesores universitarios desalojados por las bombas hasta «putillas de tres cigarrillos» en los clubes nocturnos. Había estado a punto de vender su reloj de pulsera en el mercado negro a los pies del Reichstag y había adquirido los derechos de canciones de Friedrich Holländer, el compositor de las de *El Ángel Azul*. Estaba preparado para volver a casa y escribir el guión[194].

Parece mentira que hubieran transcurrido solo dos meses desde que Wilder se pasaba horas y horas viendo películas filmadas en campos de concentración, horrorizado e impotente ante aquellas escenas. Si la División de Guerra Psicológica le hubiese valorado más, tal vez aún habría hecho el documental sobre las atrocidades. Pero ante todo era cineasta y seguía siendo berlinés. No pensaba quedarse y enzarzarse en discusiones con la burocracia. Iba a volver a casa y hacer una comedia enmarcada en aquella ciudad «loca, depravada, hambrienta, fascinante». Es más, ya sabía quién quería que encarnase a la *Frau*. Intentaría persuadir a Marlene Dietrich para que aceptase el papel de puta nazi.

Aunque la estancia de Wilder en Berlín no había sido especialmente útil a la División de Guerra Psicológica, los empleados de la organización, que acababa de ser rebautizada con el nombre de Information Control Division [División de Control de la Información], seguían intentando reactivar la industria cinematográfica sin él[195]. En los tres meses transcurridos desde el final de la contienda, las autoridades de ocupación estadounidenses habían abandonado sus planes para un «programa muy austero» de reconstrucción, cada vez más conscientes de que necesitaban competir con los rusos en pos de popularidad e influencia. Tanto los británicos como los norteamericanos estaban comprometidos ahora con el uso de la cultura como parte de su iniciativa de reeducación, si bien aún no existía una política clara sobre cómo debía hacerse y había poco diálogo entre la División de Control de la Información y su equivalente británico, la British Information Services Control Branch [Sección de Control de los Servicios de Información] y los departamentos encargados de la educación o la desnazificación[196].

Los primeros cines que habían vuelto a abrir en Berlín estaban en el sector soviético, pero ahora también funcionaban veinte salas en el sector estadounidense. Asimismo, los alemanes empezaban a ir al teatro y a conciertos en todos los sectores. Los norteamericanos tendrían que trabajar mucho para ponerse a la altura del programa cultural soviético en Alemania. Especialmente en Berlín, los rusos habían aprovechado su

posición ventajosa para apropiarse de las instituciones culturales de la ciudad. Pocos días después de terminar la guerra se habían hecho cargo de la Reichskulturkammer (Cámara de Cultura del Reich) en Charlottenberg y creado un comité que debía verificar el estatus y las ideas políticas de los artistas e intelectuales berlineses utilizando para ello los archivos nazis que aún se guardaban en el edificio. Destacados escritores, poetas y actores fueron clasificados para recibir raciones de Clase II y sus necesidades dietéticas se pusieron en la misma categoría que las correspondientes a las *Trümmerfrauen*, solo un poco por debajo de las de los «obreros que hacen trabajos pesados y peligrosos». Presidido por el actor-director Paul Wegener, el edificio fue rebautizado con el nombre de Kammer der Kunstschaffenden (Cámara de los Trabajadores del Arte) y dotado de departamentos relacionados con la música, la literatura, el teatro y el cine. El 3 de julio los rusos habían nombrado al escritor comunista alemán Johannes Becher director de una nueva Kulturbund zur demokratischen Erneuerung Deutschlands (Alianza Cultural para la Renovación Democrática de Alemania). Becher había regresado a Berlín en junio tras doce años de exilio en la Unión Soviética. Escritor de éxito en Alemania antes de la subida de Hitler al poder, le encantó tener la oportunidad de participar en la dirección del mundo cultural de la posguerra[197].

En apariencia, tanto la Kammer como la Kulturbund eran vehículos para la cooperación entre zonas. La Kulturbund no fue oficialmente una iniciativa comunista y tenía el potencial necesario para crear consenso entre intelectuales liberales e intelectuales comunistas, especialmente si se tiene en cuenta que los rusos estaban dispuestos a permitir que el panorama artístico en su zona de ocupación en Alemania fuera más libre y más polémico que el que existía en la Unión Soviética. En este sentido, Becher era el hombre ideal para dirigir la Kulturbund, que él quería que fuese una organización que la intelectualidad de los cuatro sectores pudiera usar para aportar un modelo para la renovación del pueblo alemán sobre una base nueva y progresista. La Kulturbund se encontraba ahora alojada al lado de la Kammer en su edificio de la Schlüterstrasse y su sede en el sector británico le ofrecía la posibilidad de cruzar las líneas divisorias de esta manera.

Como socialista razonablemente liberal y escritor alemán que, a diferencia de Thomas Mann, celebraba una tradición alemana «buena» encarnada en el humanismo ilustrado de Goethe, Schiller y Lessing, Becher dotó a los artistas burgueses alemanes que habían transigido con el nazismo de la respetabilidad moral de la afiliación comunista al mismo tiempo que daba a los comunistas integridad artística afiliando al partido a los más grandes artistas e intelectuales de Alemania[198]. Contaba con apoyo generalizado entre la intelectualidad de todas las zonas, especialmente cuando fundó en Berlín un club para figuras culturales llamado Die Möwe (La Gaviota), que proporcionaba a los literatos berlineses comida no racionada y calor, y luego, en agosto, una editorial, la Aufbau Verlag, que publicó libros prohibidos durante la guerra o escritos en el exilio. Se convirtió rápidamente en el portero cultural al que podían dirigirse los exiliados que esperaban regresar a Alemania desde Estados Unidos, Gran Bretaña o la Unión Soviética.

Pero la popularidad de Becher entre la intelectualidad alemana fue tratada de manera ambivalente por los rusos. Su compromiso con la reactivación de Alemania por medio de «auténticos valores culturales alemanes» representados por el humanismo de la Ilustración y dotados de forma por los escritos de Goethe, Schiller y Lessing chocaba con la ortodoxia comunista. A Tulpanov le preocupaba que Becher proporcionase a la intelectualidad lo que esta quería en lugar de dirigirla y, por consiguiente, era reacio a darle carta blanca. Y también los británicos y los norteamericanos empezaban a desconfiar de Becher y también de la Kammer y la Kulturnbund, a las que encontraban demasiado parecidas a las organizaciones culturales nazis y demasiado vinculadas a los ideales soviéticos de la cultura. Parecía anómalo que estas organizaciones patrocinadas por los soviéticos actuaran en los sectores occidentales de la ciudad[199].

Había indicios de que iba a resultar difícil mantener la cooperación en la esfera cultural que existía entre el Este y Occidente. Debido a que los rusos se habían dado tanta prisa en reactivar la cultura en toda la ciudad y debido a que los teatros y otros lugares de cultura estaban distribuidos de forma desigual entre los sectores, los cuatro aliados sin excepción habían

empezado a organizar y apoyar actividades culturales en el territorio de los demás, lo cual creaba la necesidad de celebrar negociaciones complicadas. Al mismo tiempo, eran responsables en última instancia de todo lo que ocurría dentro de sus propios sectores. Esto hubiera sido bastante difícil si todos ellos hubiesen estado dispuestos a transigir, pero, de hecho, los planes políticos de Washington y Moscú ataban las manos de los funcionarios culturales, incluso de los más inclinados a la conciliación.

A principios de agosto los rusos clausuraron una puesta en escena de la obra del autor norteamericano Thornton Wilder *Our Town* [Nuestra ciudad] en el Deutsches Theater cuando llevaba solo dos días en cartel. La obra había sido presentada por un grupo de antiguos miembros de dicho teatro que habían pensado ingenuamente que los soviéticos iban a aceptar que una obra norteamericana se representara en su sector. Al cabo de unos días el crítico teatral Paul Rilla explicó en el *Berliner Zeitung* que la obra había mostrado un exceso de experimentación formal y una preocupación por «emociones privadas»: «¿Por qué no, en vez de ello, una forma dramática nueva y vigorosa y un contenido actual?». Nicolas Nabokov, al que los norteamericanos habían destinado a Berlín en calidad de encargado de la música, tenía que vérselas con la intransigencia de los gobiernos estadounidense y soviético. Cuando fue a ver *Madame Butterfly* en el sector soviético con un general norteamericano, este le pidió que le explicara el argumento de la ópera. Al enterarse de que trataba de un oficial norteamericano que dejaba embarazada a una joven japonesa y luego regresaba a su país para casarse con otra, el general se puso furioso. «¡Usted sabía que ellos iban a permitir que los *Krauts* se pusieran uniformes norteamericanos e interpretaran ese… insultante…, ese calumnioso disparate! ¡Y no hizo nada al respecto! ¿No protestó?»[200].

Nabokov empezaba a descubrir que los problemas de un gobierno cuatripartito se magnificaban en Berlín: «Berlín era solo más corrupta, más decadente, más degenerada que el resto de Alemania y su morbosidad ostentosa era más visible por tratarse de la sede del gobierno más debilitado del mundo: ineficaz, engorroso y absurdo». Le desanimaba verse atrapado entre la imposibilidad práctica de alojar y alimentar a orquestas (¿los trombonistas necesitaban realmente más calorías que los músicos que

tocaban instrumentos de cuerda?) y la imposibilidad política de mediar entre el Este y Occidente. Su papel en Alemania consistía en «crear buenas armas psicológicas y culturales con las cuales destruir el nazismo y fomentar el genuino deseo de una Alemania democrática». Una de sus tareas era localizar a los administradores soviéticos que se encargaban de la prensa, la radio, el cine, el teatro y la música en su sector y persuadirles para que instaurasen una Dirección Cuatripartita de Control de la Información de modo que en todos los sectores pudiera existir una política cultural clara. Ya contaba con que iba a ser difícil crear un organismo de esta clase, pero no había previsto que le costaría tanto sencillamente encontrar a los rusos con los que necesitaba tratar. Durante dos meses comió caviar con encantadores y taciturnos funcionarios soviéticos que no podían o no querían decirle nada sobre el nombre de los cargos o las atribuciones de sus colegas. Su tarea resultaba aún más difícil porque los rusos intentaban una y otra vez convencerle de que él era uno de ellos —«necesitamos compositores en Rusia», insistía Tulpanov— porque había nacido en Rusia, a pesar de que estaba allí específicamente como anticomunista[201].

La cooperación entre el Este y Occidente resultaba aún más difícil en lo que se refería a gobernar la ciudad de forma más general. A comienzos de septiembre le tocó a Gavin ejercer de jefe de toda la Kommandatura, lo cual, según dijo a Gellhorn, le hacía responsable de «887 000 *Krauts* muy hambrientos pero más bien dóciles». Su consumo de alimentos ascendía a 600 toneladas diarias, lo que significaba «una barbaridad de patatas» así como muchísimos trenes. En cuanto al combustible, el invierno se anunciaba desastroso. Gavin comprobó que la Kommandatura era cada vez más inoperante como medio de resolver estos problemas[202].

La Kommandatura se había edificado sobre una contradicción inherente. Debido a que todos los representantes de las cuatro potencias ocupantes tenían el derecho de veto y los franceses y los rusos en particular estaban decididos a ejercerlo, no había verdadera necesidad de trabajar juntos. En caso de desacuerdo prevalecerían sus propias políticas nacionales. Pero, por ineficaz que fuese, la Kommandatura, por el mero hecho de existir, obligaba a los aliados a dedicar horas a debates que no

llevaban a ninguna parte. Gavin perdió toda una mañana debatiendo los méritos relativos de la leche en polvo y la leche no deshidratada con los británicos, los franceses y los rusos[203].

Mientras luchaba con los intransigentes rusos y los hambrientos alemanes, Gavin se preguntaba cómo podía restablecerse el orden en una ciudad que a menudo parecía ingobernable. Al igual que Wilder, se veía inmerso en la enloquecida energía de la ciudad en ruinas, pero resultaba bastante menos divertido si la tenías a tu cargo. No obstante, estaba seguro de que todas las dificultades se desvanecerían si aparecía su amante. «Cariño, todo esto me importa un bledo si sé que vas a estar aquí», dijo a su «querida Marty». «Así que, por favor, date prisa[204]».

Gellhorn tardó demasiado. El 19 de septiembre Marlene Dietrich llegó a Berlín con el permiso de viaje que había obtenido gracias a Gavin. Llevaba meses deseando volver a ver a su general. Después de su último encuentro, Marlene había dicho a su hija, Maria, que no se habían acostado juntos porque lo que sentía por Gavin era «una chifladura de admiradora» más que pasión sexual y, quizá más decisivamente, porque él no se lo había pedido. Esta vez Gavin sucumbió más fácilmente. «He sacado la conclusión de que nunca habrá entre nosotros nada que supere la constancia que hay en nuestros corazones, y si no está ahí, no hay nada», había escrito a Gellhorn en julio. Pero no la había visto desde hacía casi tres meses y la imagen de la mujer ausente no tardó en ser desplazada por la presencia de una de las estrellas de cine más seductoras del mundo. Allí estaba Marlene Dietrich enfundada en un uniforme del Ejército, con su voz grave, divertida, llena de adoración. Los dos iniciaron rápidamente una aventura[205].

Dietrich, por su parte, tenía cada vez menos paciencia con el actor de cine Jean Gabin, que era su amante y con el que vivía en París. Era celoso y temperamental y la pareja se peleaba con frecuencia. Dietrich agradeció la oportunidad de escapar a Berlín, la ciudad donde había nacido y donde había empezado su carrera cantando en clubes nocturnos y seduciendo a los aficionados al cine con su interpretación de prosaica artista de *cabaret* en *El Ángel Azul*.

Dietrich se sintió afligida tanto por la magnitud de la destrucción como por el ruido continuo que armaban las autoridades norteamericanas, que

utilizaban dinamita para nivelar las ruinas. Su antigua casa en Schöneberg había quedado reducida a una fachada con un balcón que colgaba precariamente de ella. Después de ser bombardeada por primera vez, su madre se había pasado días buscando objetos de su pertenencia entre los escombros y había encontrado una máscara de bronce del rostro de Marlene todavía intacta. Pero Dietrich se alegró de oír otra vez el dialecto berlinés y de seguir gozando de popularidad entre los habitantes de la ciudad. «Los berlineses me quieren», dijo con orgullo a su exmarido Rudi, «me traen de todo, desde fotos hasta su ración de arenques». Había ido al teatro y se había encontrado con viejas amistades e incluso le había dado vueltas a la idea de resucitar su número de cantante lesbiana anterior a la guerra[206].

A los pocos días de su llegada, Dietrich empezó a dar dos funciones diarias para el Ejército y comprobó que seguía siendo tan popular como siempre entre los soldados. Aprovechó su primer día libre para hacer un viaje relámpago a Checoslovaquia en busca de los padres de Rudi. Tras un viaje de pesadilla le dijeron que ya no estaban en el campo de personas desplazadas que les habían asignado. Volvió a Berlín desanimada, pero se enteró de que los padres de Rudi habían ido andando hasta la casa de la madre de Marlene desde Checoslovaquia. Temblaban de miedo porque les habían informado de que no tenían derecho a las tarjetas de racionamiento y deberían irse a otro campo. Era una regla impuesta por Gavin, una medida rigurosa pero, al parecer, necesaria para evitar que se produjera una aglomeración de refugiados en Berlín y cundiese el hambre al llegar el invierno. Pero al día siguiente Gavin ya había encontrado tarjetas de racionamiento para personas que hacían trabajos pesados y las hizo llegar a los padres de Rudi con el fin de que pudieran quedarse.

El 2 de octubre Dietrich regresó en avión a París y horas después Martha Gellhorn llegó a Berlín. Entre la partida de una amante y la llegada de la otra, Gavin escribió una carta a Dietrich en la que celebraba los diez días que acababan de pasar juntos. «Te amo y pienso que deberías estar en un pedestal. Allí es donde quiero que estés, eso forma parte de mi amor por ti». Ya la echaba de menos y se quejó de que ahora había en su existencia un vacío que nadie ni nada podía llenar. «Hasta que vuelva a estar entre tus brazos me encontraré totalmente perdido». Ahora no tenía nada que esperar

con ilusión al mediodía, por la tarde, por la noche, en cualquier momento[207].

En realidad, Gavin podía esperar con ilusión el momento de estar entre los brazos de otra mujer hermosa. Cuando Gellhorn llegó aquel mismo día, le fue asignada una habitación cerca de la que ocupaba Gavin en el edificio donde se alojaban los mandos de la 82.ª División Aerotransportada con la excusa de que la periodista iba a escribir sobre las hazañas de la unidad para el *Saturday Evening* Post. La pareja reanudó su relación donde había quedado interrumpida en junio. Gavin enseñó Berlín a Gellhorn y le recordó que los cuerpos eran «algo maravilloso». Al día siguiente la llevó con él a supervisar la exhumación de cadáveres del metro, que estaba inundado. «Renuncio a los muertos desde Dachau», escribió ella en su diario; «la desolación…, mujeres trabajando entre los escombros. Las mujeres con el pelo teñido de amarillo y aquella piel alemana, cenicienta y gruesa […]. Hospital… 30 casos de hambre de 960 pacientes. Alemania debería ser una colonia…, nunca será una democracia. Pronostico guerra ruso-norteamericana […]. Estuvimos bailando nueve horas[208]».

Era el tipo de vida que a Gellhorn más le gustaba llevar. Podían afectarla los cadáveres y los pacientes famélicos, podían ponerla furiosa los antidemocráticos y aduladores alemanes, pero era capaz de pasarse nueve horas bailando con su amante en el continuo presente en suspenso de la guerra. Juntos vivieron intensamente una semana de éxtasis, enardecidos por la febril energía de la ciudad. «¿Qué haré cuando esta vida fácil, de compañerismo, se venga abajo?», preguntó en su diario el 10 de octubre. «Realmente no sirvo para ninguna otra cosa». Partió con destino a Londres al día siguiente y Gavin escribió a Dietrich, que estaba en París, y explicó su silencio alegando que había esperado a un visitante que pudiese entregar una carta personalmente en vez de confiar en el sistema de correos. Se sentía feliz escuchándola en los discos que ella le había dado. Ahora lamentaba que se hubiesen visto tan poco antes de que ella viajara a Berlín; había esperado demasiado antes de buscarla. «Eres una persona maravillosa Marlene, hermosa, preciosa, sin un ápice de egoísmo[209]». Gavin cortejaba a Dietrich empleando el lenguaje de las canciones que ella cantaba. «Estoy hecha para el amor de los pies a la cabeza», cantaba Marlene a su Jimmie

desde el gramófono del Ejército con el mismo acento berlinés que Gavin oía en la calle todos los días. Cuando cantaba esta canción en *El Ángel Azul* seducía a un estirado profesor que pronto demostraba ser incapaz de resistirse a sus encantos. Tampoco Gavin veía por qué debía resistirse a ellos.

En un momento de la película de Berlín que Billy Wilder, de vuelta en casa, estaba escribiendo, el militar que la protagoniza y que está inspirado en James Gavin explica (en tercera persona) por qué está demasiado ocupado retozando con su tentadora alemana para tomarse las cosas con más calma y agitar la bandera norteamericana:

> Durante la guerra no podía ir suficientemente rápido para vosotros. Desembarca en esa cabeza de playa, atraviesa esas trampas contra tanques y *Acelera, acelera. Más rápido*… a ciento sesenta kilómetros por hora, veinticuatro horas al día, cruzando ciudades en llamas y bajando por *Autobahnen* destruidas. Luego, un día, la guerra termina. ¿Y esperáis que pise esos frenos y se detenga así como así? Pues nadie puede detenerse así. A veces derrapas un buen trecho. A veces empiezas a dar vueltas y te estrellas contra una pared o un árbol y te cargas los guardabarros.

Al propio James Gavin le estaba resultando difícil frenar. Obligado a cargar con la responsabilidad de mantener viva toda una ciudad y deprimido ante la perspectiva de volver a casa, estaba decidido a aceptar la excitación que la guerra aún pudiera ofrecer, capaz solo de «zumbar a toda velocidad». Es posible que fuera demasiado rápido; que ni siquiera él pudiese mantener aventuras amorosas simultáneas con dos mujeres de ingenio agudo, piernas famosas y cabellos rubios y abundantes que se habían convertido en las niñas mimadas del Ejército norteamericano. Pero, desde luego, no iba a pisar los frenos y detenerse.

6

«Un dolor demasiado fuerte»

Invierno alemán, septiembre-diciembre de 1945

Después de irse de Berlín, Martha Gellhorn escribió a James Gavin para decirle que no le parecía que tuviesen un futuro juntos. «Queridísimo amor, queridísimo Jimmy y cariño», empezaba la carta. «No he pensado en nada más que en ti todos estos días». Desconfiaba de sí misma y temía la evolución del amor de los dos. Él se enamoraría más de ella; ella se enamoraría más de él; ella crearía en su mente una historia atractiva sobre él y le convertiría en varias personas que él no era. Ella confiaría en su historia, mientras que él sencillamente confiaría en ella, o en la versión de ella que existía en su mente. El amor era un juego de manos —«hecho con los espejos más bellos del mundo»—, pero lograba convencer de que pronto lucharían para mantenerlo en pie. A continuación vendría el matrimonio y destruiría la ilusión, como había ocurrido con Hemingway, y Gellhorn estaba segura de que no podría casarse con Gavin: «Sencillamente no podría ser una buena esposa de militar. Lo haría terriblemente mal, lo sé: es horrible darse cuenta de que dos personas solas no son un mundo ni siquiera una vida; vivimos en un mundo fijo, concreto (yo, en cambio, solo soy feliz si vivo en todos los mundos que existen y no obedezco las reglas de ninguno), y vivimos con incontables personas».

Era demasiado vieja y malcriada para sostener conversaciones de circunstancias con otras esposas de militar y James no tardaría en impacientarse con ella. Era importante tener esto en cuenta ahora, mientras eran felices juntos; mientras ella le amaba tanto que los días parecían «sueños borrosos» y ella vivía suspendida en el tiempo, esperando el

momento de verle otra vez. Se sentía deprimida ante la perspectiva de un futuro sin él y le preocupaba la posibilidad de que estuviese condenada a vivir sola porque parecía no tener un lugar en ninguna parte. «Tengo los pies fríos todas las noches sin ti y supongo que dentro de poco tendré frío en todo el cuerpo[210]».

Los pies del propio Gavin se enfriaban rápidamente bajo sus mantas del Ejército norteamericano. El otoño llegó pronto en 1945 y en septiembre ya se veía claramente que el invierno confirmaría los peores temores de los pesimistas. Ya el 23 de agosto Peter de Mendelssohn le había comentado a su esposa que empezaba el otoño y Berlín había dejado de oler; le inquietaba que el invierno fuese insoportable y ver que los alemanes no hacían suficientes preparativos para afrontarlo. La sanidad y el abastecimiento en las ciudades alemanas en ruinas empeoraban rápidamente. El agua estaba contaminada debido a la rotura de cañerías y el 80 por ciento de las aguas residuales de la zona británica no llegaban a las depuradoras. La tasa de tuberculosis correspondiente al conjunto de Alemania era el triple de la de antes de la derrota. De los cuarenta y cuatro hospitales del sector británico, todos menos uno habían sufrido graves daños, y el 15 de octubre *The New York Times* informó de una aterradora escasez de medicamentos en todo Berlín[211].

Al día siguiente se redujeron las raciones en la zona estadounidense y las calorías diarias (para los afortunados que recibían sus raciones completas) pasaron a ser 1345, cantidad a todas luces insuficiente. En la zona británica la cantidad diaria era todavía más baja. Durante el verano los británicos habían importado de Gran Bretaña 70 000 toneladas de trigo y 50 000 toneladas de patatas al mes; esto era insostenible y pronto resultaría casi imposible alimentar a la región del Ruhr, que antes importaba sus alimentos del este de Alemania. La cosecha de 1945 fue pobrísima; la de centeno y la de patatas fueron, respectivamente, un 44 y un 45 por ciento inferiores a las de 1943. Como consecuencia de la escasez oficial, la gente recurría cada vez con mayor frecuencia al mercado negro, donde los precios subieron rápidamente al aumentar la demanda. Se obtenía más dinero buscando colillas de cigarrillo entre las ruinas que trabajando en el desescombro. «¿Cómo puedo permitirme buscar trabajo? Tengo una familia

que mantener», decía un chiste que estaba en boga. Durante el invierno murieron 60 000 berlineses, de los cuales 167 se suicidaron. A los que luchaban por mantener viva a la población les parecía cada vez más absurdo pensar en términos de culpa[212].

A medida que los días fueron acortándose, hubo escasez de electricidad en toda Alemania. En Berlín solo había corriente durante unas cuantas horas diarias y la gente nunca sabía con exactitud cuándo vendría. Solo se encontraban velas en el mercado negro; las bombillas eran una rareza. En teoría, a cada familia berlinesa se le asignó un árbol para leña, pero era difícil vigilar que se respetaran las disposiciones de las autoridades y a finales de 1945 en todo el Tiergarten (el gran parque que atravesaba el centro de la ciudad) solo había tocones de árbol. A los visitantes les llamaba la atención la absurdidad de las pomposas estatuas de héroes alemanes ya fallecidos que se alzaban, desnudas, en un páramo de barro[213].

Berlín, que había parecido tan atractivo y vibrante aquel verano, resultaba ahora implacable y deprimente para los ocupantes británicos y norteamericanos, aun cuando vivían rodeados de relativo lujo en comparación con los nativos a los que debían ayudar. Peter de Mendelssohn había decidido pasar el invierno en Londres y volver a Berlín cuando llegara la primavera. A Curt Riess le resultaba ahora imposible permanecer más de una semana en Berlín y no sentirse deprimido. Cada diez días hacía una escapada a París o a Suiza, en busca de un clima más esperanzado. Al visitar la ciudad en noviembre, cuando se dirigía a Nuremberg para informar sobre los juicios, el novelista norteamericano John Dos Passos observó que Berlín era más deprimente que las otras ciudades destruidas. «Se había alcanzado allí ese punto de la desdicha de un pueblo derrotado en que las víctimas quedaban degradadas fuera del alcance de la compasión humana». Se desanimó al ver que los berlineses eran demasiado desdichados para despertar su compasión. Parecía que la compasión dependía de un proceso de identificación afectiva que dejaba de funcionar cuando el abismo entre el espectador y la víctima era demasiado grande. Dos Passos se preguntó si les había ocurrido lo mismo a los alemanes que habían visto con complacencia el sufrimiento de sus vecinos judíos[214].

Destacado ahora en Berlín, Goronwy Rees también encontraba deprimente la ciudad. Le apenaba de forma especial su propia casa en el Grünewald, donde la esposa e hija de su antiguo propietario, que eran alemanas, habían sido instaladas en el sótano para que atendieran sus necesidades. Ambas habían envejecido prematuramente, sus cabellos eran blancos y sucios y tenían una «expresión enloquecida» en los ojos. Y ambas dedicaban su tiempo a intentar mantener vivo el bebé de la hija, que día tras día yacía en una cuna a la sombra de los árboles del jardín, «totalmente quieto, totalmente callado, sin proferir jamás una exclamación de dolor o de placer»[215].

Rees daba al bebé sus raciones y contemplaba cómo las mujeres le daban leche y le untaban los labios con chocolate y esperaban alguna señal de que todavía era humano. Pero poco a poco el blanco de los ojos adquirió el mismo color amarillo enfermizo del rostro; el estómago se dilató e hinchó; no podía comer ni digerir. El bebé empezaba a parecer una efigie diminuta e inerte como las que se encuentran en las tumbas familiares de las iglesias rurales. Yacía quieto y sin sonreír mientras las dos mujeres ahuyentaban las moscas que se posaban en su cara. Durante la noche Rees veía en sueños la imagen de las dos mujeres inclinadas ansiosamente sobre la cuna del bebé moribundo, observándolo atentamente, como si supieran que cualquier momento podía ser el último. Y pensó que «parecía fútil y excesivamente irónico que cinco años de guerra terminaran para mí con esa escena en el jardín donde las dos mujeres enloquecidas por las bombas y su bebé presentaban una imagen tan perfecta de lo que realmente significa la victoria»[216].

Aquel bebé moribundo era uno de los miles de berlineses que tenían pocas probabilidades de seguir vivos al terminar el invierno. En el sector británico la mortalidad entre los niños menores de un año en diciembre de 1945 era de uno de cada cuatro, lo cual ocasionaba nuevas y devastadoras pérdidas para familias que ya habían sido desgarradas por la contienda. Al empeorar el abastecimiento y la asistencia sanitaria, los muy pequeños y los muy viejos corrían un riesgo especial. El 3 de noviembre la madre de Marlene Dietrich, Josephine von Losch, murió de un ataque al corazón en su habitación amueblada de Friedenau. Había soportado casi seis años de

guerra, pero estaba demasiado débil para resistir la ocupación, pese a que vivía rodeada de más comodidades que la mayoría de los berlineses. Dietrich estaba en París y pidió a James Gavin que se encargara del entierro de su madre. A Gavin le preocupaba ser una figura demasiado visible para supervisar la excavación de la sepultura de una alemana, así que delegó la tarea en su oficial de relaciones públicas, Barney Oldfield, que llevó a cuatro paracaidistas al cementerio Schöneberg de Berlín[217].

Oldfield recordó posteriormente que el cementerio parecía una película de Drácula: había tumbas abiertas por las explosiones y ataúdes en posición vertical de los cuales salía parte de los restos que contenían. Todo el lugar apestaba a muerte. Esperaron a que oscureciera para excavar la sepultura y luego, a las dos de la madrugada, fueron a la habitación de Josephine, metieron su cadáver en un féretro hecho con viejos pupitres alemanes y lo transportaron al cementerio en un camión del Ejército. Al cabo de unas horas llegó Dietrich, acompañada por Bill Walton (a la sazón jefe de la agencia de *Time* en Berlín, había trabado amistad con Dietrich en París) y tres plañideras profesionales. Dietrich lanzó un puñado de tierra sobre la tapa del féretro y luego Walton la condujo a otra parte. Oldfield esperó a que volviera a hacerse de noche para cubrir la sepultura por completo. No fue un entierro ceremonial, pero fue mucho más de lo que cualquier otro alemán recibió aquel año[218].

Dietrich había volado de París a Berlín en el mismo avión que Martha Gellhorn, que seguía preparando su artículo sobre la 82.ª División Aerotransportada. No parece que durante el viaje las dos mujeres llegaran a conocerse lo suficiente para cambiar impresiones sobre el amante que compartían. Pero una vez hubieron llegado a Berlín, a Gavin le resultó difícil tener a sus dos conquistas felices y separadas. Dietrich había contado con que su regreso a Berlín llevaría aparejada una reunión con su nuevo héroe uniformado. «¡Ay, ay, ay! ¡Menudo lío es mi vida!», había dicho a Rudi desde París en octubre. «Ojalá pudiera quedarme en el Ejército. En el Ejército todo es claro y fácil». Era más claro y más fácil cuando tenías a un general para ti misma, y se sintió desconcertada al ver que Gellhorn pasaba

a ser rápidamente la querida oficial de Gavin. Gellhorn, por su parte, había oído rumores sobre su amante y Dietrich, pero había dado por sentado que se trataba de un flirteo sin importancia y que Dietrich era una de las numerosas mujeres a las que impresionaba el *glamour* de astro de cine que poseía el general. Era cierto, pero esta vez la fan enamorada también era estrella de cine. Y había gente decidida a separar a Gavin y Gellhorn[219].

Durante su estancia en Berlín, Gellhorn pasaba muchas horas con Charles Collingwood, periodista radiofónico que era más gracioso y tenía más mundo que Gavin. Dietrich informó a Gavin de que su amante estaba más enamorada de Collingwood que de él y Gavin montó una escena de celos a Gellhorn. Furioso y perplejo, le dijo que iba a salir a dar un paseo y no volvió en toda la noche. Bill Walton, él mismo medio enamorado de la periodista y contento de romper la relación entre esta y el general, hizo saber a Gellhorn que Gavin se había ido directamente a ver a Dietrich y que ambos tenían una aventura desde el verano. Gellhorn se marchó a París, donde fue blanco de un bombardeo de cartas en las que el general daba explicaciones y a las que ella replicó con una andanada de furia atónita.

«Pobre James», empezó, «la primera vez que leí tu carta me puse tan furiosa que apenas podía respirar». Había pasado una semana angustiosa —«como quien se ha tragado una bayoneta»— y ahora le asombró que Gavin tuviese la desfachatez de culpar a Walton de la ruptura. Gavin afirmaba que la presencia de Gellhorn en el edificio donde residían los oficiales era la causa de sus problemas. Era absurdo que dijera esto después de lo felices que habían sido allí en octubre. Asimismo Gavin proporcionaba a Gellhorn un resumen de sus movimientos, lo que ella se tomó como un mero ejemplo de mala educación porque los hechos esenciales de la infidelidad del general seguían siendo los mismos. Lo que resultaba más humillante era que Gavin había sido quien al principio había exigido monogamia: «Te diré que puedes acostarte con quien te dé la gana, chicas que cantan y cabras incluidas, solo que no puedes obligarme a iniciar una carrera de absoluta y feroz fidelidad y esperar que me guste que me pongas en ridículo»[220].

Era en parte la indignación de un orgullo herido. Era humillante ser la última en enterarse de la infidelidad de su amante. Pero el arrebato de rabia

ocultaba un dolor lleno de desconcierto. Gellhorn podía creer que su relación no tenía futuro, pero continuaba tomándosela en serio. Había confiado a Gavin parte de sí misma y contaba con que trataría esa parte con cuidado. Si durante todo aquel tiempo Gavin había estado pensando en Dietrich, había despreciado el momento que él y Gellhorn estaban creando juntos. Y si no tenían aquel momento, entonces, ¿qué tenían, en un mundo de matrimonios rotos, edificios en ruinas y naciones en guerra? Gellhorn revelaba su dolor al mismo tiempo que su indignación. Había creído en Gavin como en Dios —«eras no solo mi amante sino, caramba, mi héroe»—, de modo que no había habido ninguna necesidad de engañarla cuando Gavin hubiese podido decirle cualquier verdad que quisiese. Nevaba en Berlín la noche en que la dejó. Gellhorn había contemplado las calles blancas desde la ventana y había visto el comienzo del invierno y la muerte. «Me quedé en aquella habitación llorando como realmente no creía que jamás pudiera o quisiera volver a llorar, durante dos horas; y todas las noches desde entonces he vuelto a sentir lo mismo, como un dolor demasiado fuerte». Afortunadamente, señaló de forma cortante, nada de todo ello importaba. Eran solo dos personas sin especial importancia y tenían mucho trabajo. Estaba «furiosamente enfadada» a causa de una campaña que se había puesto en marcha para salvar a los niños alemanes mientras en Holanda, Polonia y Grecia había niños que pasaban hambre. Estaba decidida a hacer constar su protesta contra cualquier forma de «sinvergonzonería» que viese[221].

El odio de Gellhorn a los alemanes había empezado durante la época en que estaba enfadada con Hemingway y, ahora que estaba furiosa con Gavin, iba a más. Hay aquí una falta de proporción: una cosa es conmoverse ante la difícil situación de los niños de Holanda y otra muy distinta sentirse «furiosamente enfadada» a causa de una campaña cuya finalidad era impedir que otro grupo de niños pasara hambre. Hasta los observadores más militaristas tendían a reconocer que a los niños alemanes no se les podía considerar responsables de la guerra. Si alguien era un sinvergüenza, ese alguien era Gavin, y la protesta de Gellhorn iba dirigida contra la falsedad de los hombres que predicaban confianza y vulnerabilidad y luego las traicionaban.

Gellhorn se instaló en la campiña francesa para escribir el artículo sobre la 82.ª División Aerotransportada que aún debía al *Saturday Evening* Post y describió su heroísmo apretando ferozmente los dientes. El artículo expresa admiración por Gavin y sus tropas, pero se niega a tomárselos demasiado en serio. Siempre que puede, Gellhorn señala cuánto placer ha obtenido la división de la guerra. En Sicilia abundaba el vino y las chicas eran bonitas; nadaban y comían bien. En Inglaterra se metían en muchas peleas en los *pubs*. Gavin mismo tiene su propio párrafo de alabanza ensordinada y aparece visto con los ojos de sus hombres, que le llaman «Slim Jim» [Jim el Delgado] o «General Jim». Le quieren porque es uno de ellos; es valiente y alegre en combate, siempre el primero en saltar del avión; lleva el casco ladeado, con chulería, y tiene un «encantador rostro irlandés». Es también, escribe Gellhorn con cierta amargura, sumamente afortunado[222].

El artículo termina con una nota de desolación que refleja la que sentía la propia Gellhorn: «Ahora que hay tiempo para pensar y recordar, comienza la sensación de soledad. Tantos muertos, y tantos que empezaron rectos y jóvenes y no volverán a tener un cuerpo entero. Cualquier hombre que haya vivido parte de aquellos 371 días de combate nunca será el mismo; puede que olvide lo que le cambió, pero el cambio está ahí».

Gellhorn no excusa del todo a Gavin aquí, pero es consciente de que se trata de un hombre al que la guerra ha moldeado, y se muestra más considerada que en la carta llena de furia que le había enviado desde París. «Slim Jim», con su casco ladeado y su perpetua buena suerte es el tipo de bucanero despreocupado capaz de caer en brazos de una sirena estrella de cine sin acabar de darse cuenta de su propia hipocresía. Un general que se ha pasado 371 días viendo cómo sus soldados rectos y jóvenes caían muertos o gravemente heridos es un hombre que se siente demasiado solo para dormir solo porque así lo desea[223].

El héroe de Wilder pregunta cómo pueden esperar de él que pise los frenos y se detenga. A veces derrapas o das vueltas y te estrellas contra una pared o un árbol y te cargas los guardabarros. Eso era justamente lo que había hecho el general de la vida real; sus guardabarros estaban abollados y él se tambaleaba a causa del choque. Localizó a Gellhorn en París y se acostaron una vez más. Gellhorn dijo más adelante que fue «más excitante

físicamente» que en cualquier ocasión anterior pero que parte de ella ya se había retirado. Su relación con Gavin ya no le parecía real. Había endurecido su corazón y ello la había vuelto mundana; ahora se encontraba más a gusto con hombres más corteses e irónicos como Collingwood o Walton[224].

Durante aquella visita o, de forma más galante, después de que Gellhorn partiera con destino a Londres, Gavin también fue a ver a Dietrich en París. Cenaron juntos y escucharon violines cíngaros y se permitieron el tipo de escena sensiblera y romántica que más gustaba a Dietrich. Al llegar a Estados Unidos para pasar las navidades, Gavin envió a Dietrich un telegrama en el que decía que suspiraba por ella y escribió a Gellhorn para decirle que formaba parte de él y de todo lo que hacía. Se sentía mal cuando pensaba en el daño que le había hecho en Berlín y nunca volvería a hacerlo. Nadie le había hecho sentirse tan intensamente enamorado; no sabía qué haría sin ella.

Aquel invierno, la crudeza del mundo de la posguerra se hacía cada vez más palpable en Alemania. Durante la guerra, cuando se pasaba rápidamente del terror del conflicto a la perfección idílica de los intervalos de paz, había sido fácil enamorarse. Gellhorn, Gavin y Dietrich podían saber que el amor era una ilusión, pero si los espejos mágicos eran suficientemente hermosos, no parecía tener importancia. Durante la primavera y el verano de 1945, cuando viajaban en *jeeps* en medio de las ruinas que habían conquistado y celebraban fiestas entre los escombros de Berlín, los titulares que publicaba la prensa durante la guerra podían continuar. Pero ahora estaba el hedor de los cadáveres en las ciudades bombardeadas y las escenas nauseabundas de los campos de concentración. ¿Qué clase de amor podía ser lo bastante idealista y confiado para seguir adelante en medio de todo aquello? Desde luego, ninguno de ellos estaba dotado de suficiente capacidad para la esperanza. El amor era para los tres un medio de combatir la soledad y una batalla difícil de ganar. Lo que les quedaba eran momentos románticos montados de antemano que dejaban un residuo emocional cada vez más pequeño. Era muy distinto del tipo de amor en el que hasta el momento más corriente está cargado de éxtasis y cada experiencia se percibe a medias con los ojos del otro. «Cariño, todo lo que

hago y en todos los sitios adonde voy pienso en cómo será cuando estés aquí y qué te parecerá todo», había escrito Gavin a Gellhorn en agosto. Esto ya no era verdad[225].

Cada uno de los participantes en este triángulo amoroso rutilante pero manchado dejó atrás Alemania aquella Navidad: Dietrich se fue a París y luego a Estados Unidos, Gavin regresó a Estados Unidos y Gellhorn se fue a Java y luego a Londres. Y para los tres, irse de Alemania fue una derrota. Alemania se había convertido en un dilema personal para cada uno de ellos; Gavin y Dietrich al menos estaban en condiciones de influir en la marcha del destino de la nación. Pero su esperanza con respecto a Alemania se había entrelazado con su esperanza relativa al amor. Y, debido a ello, las contradicciones y la ruina de la nación derrotada parecían ahora demasiado difíciles de vencer. La victoria había traído más soledad y menos esperanza que la guerra.

Después de abandonar Alemania, Gellhorn depositó su fe en la literatura en lugar de en el amor. Empezó a escribir una novela autobiográfica a modo de respuesta a sus experiencias en Alemania, un intento de llevar a cabo un lento y doloroso proceso de reconstrucción personal. Fue uno de los escritores y artistas que estuvieron en Alemania aquel invierno y buscaron la redención artística ante un sufrimiento que cada día parecía más irremediable. En diciembre, un artículo publicado en la *British Zone Review* proclamó que se harían esfuerzos «por cambiar de forma radical y duradera la mentalidad del laborioso, eficiente, inflamable, despiadado y belicoso pueblo alemán», y afirmaba que la regeneración espiritual de los alemanes sería «la mayor y más perdurable garantía de la paz de Europa que podríamos esperar conseguir». No cabía duda alguna sobre la veracidad de por lo menos la segunda parte de la declaración, pero a la mayoría de los emisarios culturales enviados desde Gran Bretaña y Estados Unidos empezaba a parecerles dudoso que pudieran desempeñar un papel activo en ello o, lo que era más fundamental, que la cultura pudiera emplearse para modificar la mentalidad de una nación. En vez de ello, su cometido parecía consistir en tratar de describir lo indescriptible, no

necesariamente, como Mervyn Peake había esperado al principio, con el fin de reducir el antagonismo humano mostrando las imágenes de la guerra, sino sencillamente para encontrar alguna clase de orden en el caos y la confusión que les rodeaban[226].

Cuando Peter de Mendelssohn se quejó aquel verano de que ya no tenían «un vocabulario para describir las ciudades bombardeadas», lo que había hecho en parte era retar a los escritores a que encontraran una nueva manera de escribir sobre la destrucción total. Era una tarea que varios escritores alemanes ya habían iniciado; el propio De Mendelssohn pronto traduciría al inglés la obra del escritor «emigrante interior» Hermann Kasack *Die Stadt hinter dem Strom* [La ciudad más allá del río], uno de los primeros ejemplos de la *Trümmerliteratur*, es decir, la literatura de escombros. Muchos escritores y cineastas británicos y norteamericanos que se encontraban en Alemania emprendieron ahora esta misma tarea y crearon obras de «literatura de escombros extranjera» y películas en las cuales las ruinas alemanas se ven parcial o totalmente desde la posición de los ocupantes y, por tanto, matizadas por cuestiones relacionadas con la culpa. Si enviar artistas a Alemania tuvo efectos positivos entre los vencedores, dichos efectos se manifestaron por medio de estos libros y películas y no de progresos inmediatos y obvios en la cultura alemana o cambios en la psique de los alemanes[227].

Tres artistas británicos se dedicaban a la creación literaria o cinematográfica en el invierno de 1945. Stephen Spender había regresado a Alemania en septiembre para un periodo de dos meses, esta vez con el fin de inspeccionar las bibliotecas alemanas que habían sido clausuradas en mayo, y escribió el libro que se publicaría con el título de *European Witness*, en el cual describía sus dos estancias en el país. El escritor Alan Ross fue destinado a la base naval de Wilhelmshaven aquel otoño (se había alistado en la Royal Navy en 1941) y escribió un primer volumen de poemas, *The Derelict Day* [El día abandonado y en ruinas] que fue su forma de responder a sus experiencias en Alemania. El cineasta Humphrey Jennings había sido enviado a Alemania, también para un periodo de dos meses, en septiembre de 1945 e hizo una película titulada *A Defeated People* para el Ministerio de Información, que quería convencer a los

británicos de que la ocupación aliada era necesaria y hasta el momento había sido un éxito.

En sus intentos de crear arte partiendo de los restos de una nación azotada por el hambre y el frío, Spender, Ross y Jennings buscaban símbolos de ruina y redención. Para Goronwy Rees, el bebé moribundo en su casa del Grünewald había pasado a representar un país devastado con muy poca esperanza y el concepto de «victoria» era absurdamente inoportuno. Aquel invierno, Spender, Ross y Jennings probaron un símbolo tras otro, deseosos de captar la desdicha simultánea de los alemanes y sus ocupantes y de las personas desplazadas y harapientas que seguían andando sin rumbo fijo por las *Autobahnen* o vivían sumidas en la pobreza obligada de los campos destinados a ellas.

Los poemas alemanes de Ross describen paisajes que ofrecen brevemente el consuelo de simbolizar la esperanza y la desesperanza de una nación, pero luego terminan sencillamente como escombros con todo su tedio. «German gun site» [Emplazamiento de artillería alemán] empieza con un sol de julio que «transmite un sentido a la muerte». Pero no queda claro en qué consiste ese sentido. El poema es en esencia una lista de imágenes deprimentes extraídas del emplazamiento de artillería: trenes destruidos, proyectiles «desechados como cigarrillos», puentes dañados, fotos de chicas desnudas clavadas en las paredes de barro. De modo parecido, en «Occupation» el poeta encuentra que «el llano e inalterable / paisaje se convierte en una trampa» para el espectador que quiere imbuirlo de sentido. El fracaso del propio poeta en su intento de encontrar significado en las imágenes se convierte en sintomático del fracaso de los ocupantes en su propósito de encontrar sentido en el país que gobiernan. De forma más deprimente, «Occupation troops» describe hombres que se han acostumbrado tanto al aspecto conocido de la muerte que «ya no se dan cuenta / del aire pútrido» en el que viven. Solo a veces, de noche, andando a ciegas con chicas bajo las frías estrellas, sienten un toque de compasión y «un sentido común de futilidad»[228].

Al visitar Berlín hacia el final de su estancia en Alemania y andar entre las ruinas de la ciudad a la que había amado en otro tiempo, Stephen Spender encontró en los restos del Reichstag y la Cancillería misterios que

debían resolverse, metonimias que era necesario descifrar. La Cancillería en particular parecía «llena aún de pistas, y casi de huellas de pies». Había habitaciones llenas de papeles; había aún sillas con el relleno arrancado en la principal sala de recibo de Hitler; la mesa de despacho de Hitler con su enorme tablero de mármol estaba en el jardín donde la habían tirado; había libros de arquitectura sobre la cama de Hitler. Spender se preguntó si eran estos libros los que proporcionarían más sentido. Durante sus últimos meses de vida el Führer había reanudado sus estudios de arquitectura. Quizá la clave del nazismo radicaba en que Hitler no había aprobado el examen para estudiar arquitectura en Viena. «El arquitecto que no construyó había convertido en arena los cimientos de todas las ciudades de Alemania[229]».

Las personas, al igual que los objetos, eran símbolos en potencia; especialmente las personas que ya no parecían humanas. Aquel verano, al visitar un campo de personas desplazadas, Spender había observado que colectivamente aquellas personas parecían animales humanos que se apretujaban en el zoo extranjero donde los habían metido. Ahora Ross las veía pulular por las calles de Hamburgo, rebuscando en la basura y empujando sus carretillas y cochecitos de niño a través de las ruinas y comprobó, como Dos Passos en Berlín, que existía un nivel de sufrimiento que era deshumanizante por su extremidad. En el poema de Ross «Displaced Persons» [Personas desplazadas], los sin techo buscan comida como animales. Parias en una tierra de nadie posbélica, son los «habitantes de un terreno muerto»: «Somos, sobre todo, un estorbo para nosotros mismos»[230].

La visión que Ross tenía de Alemania era irredenta. A la vista de estos poemas no es extraño que se sintiera aliviado cuando le enviaron de vuelta a Londres a finales de año. Pero si la suya fue una de las crónicas más deprimentes y más desesperanzadas de la Alemania de la posguerra escrita por un autor británico, ello fue en parte el resultado del medio que empleó. La poesía no requiere que el poeta sea práctico. Otro poeta, Stephen Spender, también pensaba a través de imágenes y podía ser igualmente desesperanzador. Pero estaba en Alemania para ser útil, y su libro fue en parte una obra de periodismo, más llena de esperanza cuanto más pragmática era. Al escribir su libro tras regresar a Londres, se dio cuenta de

que podía encontrar motivos para el optimismo entre las ruinas de Alemania. «Si podemos encontrar diez alemanes buenos, podemos salvar la vida espiritual de Alemania», aconsejó. Si los aliados lograban encontrar a diez alemanes que fueran respetados tanto por sus compatriotas como por el mundo exterior, entonces estos ciudadanos modélicos podían conducir a Alemania hacia Europa. Fue con este espíritu con el que Spender transformó los escombros en una figura de destrucción colectiva que, a su modo de ver, exigía un acto colectivo de creación relativamente esforzado que se manifestaría en la forja de una comunidad europea[231].

Humphrey Jennings también era decididamente optimista. Su papel en Alemania era propagandístico. Estaba allí para hacer una película que convenciese a los británicos de que los sacrificios que hacían por la ocupación merecían la pena. Su elección había sido un acierto porque era la persona más idónea para dicha tarea. Durante la contienda había trabajado para la Crown Film Unit [Unidad Cinematográfica de la Corona] en Londres y había hecho varias películas que recordaban a los británicos por qué luchaban —las playas azotadas por el viento, vulnerables, cubiertas de alambre de púas; los conciertos al mediodía en la National Gallery— empleando para ello montajes vanguardistas de sonidos e imágenes. Era lealmente británico y de temperamento optimista. A pesar de ello, su optimismo se tambaleó cuando, durante sus primeras semanas en Alemania, le pareció que todas las características que los británicos se esforzaban por cultivar las habían perdido los alemanes: «Exiliados, arrojados a las cámaras de gas, asustados, hasta que tienes una nación de casi zombis con todas las partes que configuran un ser humano pero en realidad sin alma».

Esta visión de los alemanes está presente en la película de Jennings, en la que se nos dice que los británicos se quedarán en Alemania hasta que se les den señales concretas de que la siguiente generación crecerá sensata y cristiana de nuevo. Sin embargo, en parte porque hacía una película de propaganda, en parte a causa de su propio idealismo, Jennings buscaba un símbolo de redención. Lo encontró en la figura del niño alemán[232].

Todas las personas que visitaron Alemania aquel invierno bregaron con la cuestión de los niños alemanes. Si bien eran demasiado jóvenes para haber perpetrado los males de los campos de exterminio, ¿eran lo bastante

inocentes para infundir esperanza en Alemania? ¿O habían sido adoctrinados hasta tal punto que era necesario reeducarlos? Estos años de derrota humillante, ¿iban a dejarlos sedientos de venganza, como le había ocurrido a Hitler después de la primera guerra mundial? Eran pocas las personas que pensaban, al igual que Gellhorn, que no debía hacerse el máximo esfuerzo por alimentar a los niños alemanes, dado que estaban contaminados por la enfermedad general de Alemania. La mayoría de la gente tendía a responder de forma más ambivalente. En un poema titulado «Hamburg: Day and Night» [Hamburgo: día y noche], Ross describía los niños descalzos que caminaban por la Steindamm de Hamburgo, holgazaneando y enseñando «igual que garrapatas sus extremidades sucias y desfiguradas». Esta imagen es demasiado deprimente para infundir esperanza, pero también es demasiado lastimosa para ser condenatoria[233].

Al igual que Gellhorn, inicialmente Jennings se mostró escéptico acerca de la inocencia de los niños alemanes. En Aquisgrán, poco después de su llegada, vio una masa compacta de colegiales vestidos de blanco que corrían en formación de estilo militar por las calles desiertas y cantaban *Lili Marlene* a voz en grito. Estos niños estaban demasiado regimentados para empezar una nueva forma de vida; habían heredado el sentido del orden de sus mayores. Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo, Jennings vio niños más alegres e individualistas jugando en la calle y concibió la esperanza de que los niños alemanes no fuesen tan diferentes de los niños británicos como se había temido. Su película termina con la imagen de unos niños alemanes bailando alegremente en corro. Esta imagen es doblemente prometedora porque se hace eco de una secuencia de *Listen to Britain* [Escuchad a Gran Bretaña], la película que Jennings había hecho durante la contienda, en la que los corros de niños simbolizan la naturaleza sustentadora del buen humor británico en tiempo de guerra. En *A Defeated People* los niños que bailan se convierten en una señal del espíritu juguetón latente en Alemania; el deber del Ejército británico consiste en quedarse y cultivar este potencial en medio de las ruinas. Para Jennings el arte había proporcionado un modo de redención tanto para él mismo como para Alemania. Identificar la figura del niño alemán le había dado la posibilidad de ver con menos desesperanza el mundo de la posguerra. También le había

permitido creer en la capacidad transformadora de su propio arte; creer en sí mismo como emisario cultural. Esta película iba a permitir a los británicos hacer que los alemanes fuesen menos «laboriosos, eficientes, inflamables, despiadados y belicosos», según las instrucciones publicadas en la *British Zone Review*[234].

El optimismo de Jennings irritó a Stephen Spender cuando en septiembre se tropezó con él en Düsseldorf. Le pareció demasiado seguro de sí mismo y lleno de entusiasmo y le enfurecieron «su nuez de Adán, sus grandes orejas, su cara de bobo y su expresión engreída, que resulta extraña en un hombre que ya peina canas». En lo que respectaba a Spender, lo último que necesitaban los británicos era una película que documentase las actividades del Gobierno Militar en Alemania. Al encontrar a Jennings otra vez en Hamburgo, Spender rechazó la afirmación del cineasta de que los militares hacían un trabajo estupendo. Según Jennings, los rumores sobre saqueos, violaciones y asesinatos perpetrados por los rusos en Berlín eran «enormemente exagerados» y la reconstrucción marchaba de maravilla: los teléfonos funcionaban; el tráfico fluía ordenadamente. «No puedo con las discusiones de esta clase», reflexionó Spender en *European Witness*, donde Jennings aparece disfrazado a medias con el despectivo nombre de «Boyman» [Chicohombre]. «Quizá exagero, pero la falta de vivienda que afecta a miles de personas, las ruinas, los refugiados, el dolor, el hambre me obsesionan, y como no llevo ningún cuadro estadístico en el cerebro, ni siquiera sé si exagero».

Remitiéndose al *Oberbürgermeister* de Berlín, Jennings dijo que no creía que miles de personas fueran a morir de hambre en Berlín aquel invierno. Reconoció que era posible que varios miles muriesen en los campos de personas desplazadas, pero, al parecer, no lo consideraba un factor que hiciera al caso. «Si él fuese alemán», se quejó sardónicamente Spender, «por las mismas razones estadísticas, es de suponer que Belsen no le parecería un factor que hiciera al caso[235]».

El desacuerdo entre Spender y Jennings era innecesariamente pueril. Jennings también se había conmovido ante el sufrimiento, aunque había optado por disimular ante Spender. Si se comparase la capacidad de sentir compasión de los dos hombres, el resultado estaría cerca del empate. Pero

para Spender lo más importante seguía siendo la relación de la humanidad de la posguerra con la destrucción, mientras que las preocupaciones de Jennings eran más limitadas y más inmediatas. Después de todo, el propio Spender se había dejado seducir por la Alemania de Weimar; había encontrado en los poetas alemanes una visión que parecía más cósmica y más profunda que lo que pudiera encontrar en Inglaterra. De resultas de ello, estaba dispuesto, al igual que Thomas Mann, a considerar que el dilema alemán estaba relacionado con el individuo y su país luchando contra el diablo en sus almas en lugar de con los británicos, que suministraban hilos de teléfono y señales de tráfico a los alemanes.

La visión dual que Spender tenía de Alemania como dilema a la vez político y espiritual se hace evidente en *European Witness*, que surgió de su artículo «Rhineland Journal» [Diario de Renania], publicado en *Horizon* poco después de sus viajes. Aquí, la preocupación práctica de Spender como periodista era abogar por la necesidad de una Europa unida y explicar urgentemente la peligrosidad y la gravedad de la destrucción a semejante escala. Pero el pasaje en el que calificaba la destrucción de «grave en más de un sentido» mostraba la visión del poeta además de la visión del intelectual público; cuando intentaba descifrar las metonimias de la Cancillería o el Reichstag, era un poeta en busca de una imagen. Al igual que Auden, el poeta Spender había sido reducido al silencio por las ruinas de Alemania, aunque había encontrado abundante material para la poesía en los solares arrasados por las bombas en Londres durante la guerra. Pero, a pesar de ello, *European Witness* es tanto obra de un poeta como de un periodista; un poeta demasiado asustado por las ciudades muertas para convertirlas en poemas, asustado por la manera en que los paisajes que le rodean pueden metamorfosearse en pesadillas[236].

Al final de *European Witness*, Spender cuenta que los nazis absorbieron no solo sus pensamientos cuando estaba despierto sino también sus sueños durante muchos años:

> Y en mis sueños, no me limitaba a odiarlos y alejarlos de mí. Discutía con ellos. Luchaba con sus espíritus y la escena en la que les conocía era una escena en la que corrían mi propia sangre y mis propias lágrimas. Las ciudades y el suelo de Alemania donde eran sacrificados no eran solo lugares de destrucción material. Eran altares en los que se había hecho un sacrificio solemne de acuerdo con un ritual en el que inevitablemente participaron todas las naciones. El

mundo entero había parecido oscurecido por sus tinieblas, y cuando se fueron del mundo, de sus cenizas surgió la amenaza de unas tinieblas aún mayores, unas tinieblas totales y eternas.

Para Spender, a pesar de su esperanza de una nueva Europa, las tinieblas seguían presentes. Se hallaban latentes en los rostros apáticos de las personas desplazadas que vagaban por toda Alemania y en los alemanes amargados que todavía solo lamentaban haber perdido la guerra. Estaban latentes también en las naciones que habían reducido Alemania a escombros. La pesadilla esperaba el momento de tragarse tanto a los alemanes como a sus ocupantes[237].

Aquel otoño, las diferencias entre Jennings y Spender encontraron eco en un debate que escritores alemanes que se habían quedado en su país sostuvieron en la prensa con el exiliado Thomas Mann. En agosto, el envejecido autor Walter von Molo había publicado una carta abierta dirigida a Mann en diversos periódicos alemanes autorizados por los norteamericanos, así como en periódicos de Estados Unidos e Inglaterra, en la que suplicaba a Mann que volviera y ayudase a reconstruir su patria e insistía en que escritores como él mismo se habían quedado sencillamente porque no tenían otro lugar adonde ir. Von Molo dijo que durante el conflicto Alemania había sido un «inmenso campo de concentración», con lo cual dio a entender que todos los alemanes eran víctimas y que el exilio era un privilegio. Aseguró a Mann que la *Kulturnation* seguía siendo distinta de la *Staatsnation* y representaba la verdadera Alemania: «En lo más profundo de su corazón, su gente, que ya lleva un tercio de siglo pasando hambre y sufriendo, no tiene nada que ver con las malas acciones y los crímenes, los vergonzosos horrores y mentiras, las aterradores aberraciones de los enfermos que, precisamente por esta razón, tanto pregonaron a los cuatro vientos su salud y su percepción».

Mann se puso furioso, como era de esperar. Von Molo afirmaba admirar a Mann, pero parecía no haber leído los textos de las alocuciones y discursos radiofónicos que este había pronunciado durante la posguerra antes de escribir la carta abierta. Era exactamente la forma fácil de negación de culpa que Mann deploraba. Si Mann, que se había exiliado, estaba

dispuesto a aceptar parte de la responsabilidad de los crímenes nazis, entonces, ¿cómo podía creer Von Molo que los que habían pactado con Hitler eran inocentes[238]?

Mann escribió una réplica a Von Molo titulada «Por qué no vuelvo a Alemania» [«Warum ich nicht nach Deutschland zurückgehe»] y la envió a la revista neoyorquina *Aufbau* [Reconstrucción] y a varios periódicos de Alemania. Empezaba diciendo que debería alegrarse de que Alemania quisiera que volviese, pero que no podía imaginar que un anciano con el corazón debilitado por el exilio pudiera hacer mucho para ayudar a los postrados ciudadanos alemanes. Era imposible borrar doce años de exilio; olvidar los años que había pasado errando de un país a otro, preocupándose por los pasaportes, mientras en sus oídos resonaban historias de barbarie vergonzosa en su patria distanciada, perdida.

Mann recordó a Von Molo, como Spender había recordado a Curtius, que si todos los intelectuales se hubieran alzado colectivamente contra el régimen, tal vez los acontecimientos hubiesen seguido otro rumbo. Pero los alemanes no se habían liberado a sí mismos. Mann se enorgullecía de ser ciudadano estadounidense con nietos de habla inglesa creciendo a su alrededor en Estados Unidos. Repitió sus argumentos anteriores: que no podía haber un alemán bueno y que el propio Mann se sentía identificado con «una Alemania que acabó sucumbiendo a la tentación e hizo un pacto con el diablo». Ahora, como persona manchada por la maldad alemana, las ruinas de Alemania le daban miedo: «Las ruinas de piedra y las ruinas humanas». Pero creía en el futuro de Alemania y esperaba que encontrase un nuevo modo de vida en sintonía con las tendencias y necesidades más íntimas de la nación. Detrás del aislamiento de Alemania siempre había estado su necesidad de amor. «Que Alemania renuncie a su vanagloria, su odio y su egoísmo, que encuentre de nuevo su amor, y será amada». Mientras tanto, soñaba con sentir el suelo del viejo continente bajo sus pies y algún día, «si Dios quiere», volvería a verla[239].

Antes de que se publicara la réplica de Mann, una declaración del novelista Frank Thiess siguió a la carta de Von Molo. Thiess aprobaba los puntos de vista de Von Molo y decía que «la emigración interior» era más sincera y patriótica que la emigración física. Con una retórica

inquietantemente fascista, Thiess afirmaba que los escritores alemanes necesitaban «espacio alemán, tierra alemana y el eco del pueblo alemán» y seguidamente aducía el deseo de crecimiento espiritual como explicación de por qué él mismo no había emigrado. Durante el Tercer Reich se había asegurado a sí mismo:

> Si sobrevivía […] a esta época horrible, habría ganado tanto para mi crecimiento espiritual y humano que saldría más rico en conocimiento y experiencia que si hubiese observado la tragedia alemana desde la galería y las butacas de platea de países extranjeros. No es lo mismo experimentar personalmente el incendio de mi hogar que verlo en el noticiario semanal, sentir hambre yo mismo que sencillamente leer cosas sobre el hambre en los periódicos […]. Creo que conservar tu personalidad aquí era más difícil que enviar mensajes al pueblo alemán desde allí […]. No esperamos ninguna recompensa por no haber abandonado Alemania.

La declaración de Thiess no fue aprobada por muchos otros escritores. Becher le informó furiosamente de que su carta era «poco apropiada por inoportuna, por su contenido y por su tono». Pero Mann, en su butaca de platea en California, se sintió impotente ante semejante ignorancia y ceguera. El 18 de septiembre se quejó en su diario de que la declaración de Thiess era «tendenciosa y provocadora» y de que los alemanes eran manifiestamente «*une race maudite*»[240].

A Mann le entristecía verse separado de los «emigrantes interiores». No siempre había visto la «emigración interior» como cobarde o problemática, como la veían Klaus y Erika. De hecho, había sido una de las primeras personas en utilizar la expresión, en privado, cuando en 1933 se calificó a sí mismo de «emigrante interior» en su diario. Diez años después la había utilizado públicamente en un discurso pronunciado en Washington en el cual declaró que su propio sufrimiento como exiliado era equiparable a la marginación a la que hacían frente los alemanes antinazis que se habían quedado en Alemania: «Créanme, para muchos que están allí, Alemania se ha vuelto sencillamente tan extranjera como lo es para nosotros; “una emigración interior” que se cuenta por millones espera allí el fin, justamente como lo esperamos nosotros».

Para Mann, si bien no podía haber una Alemania «buena» distinta de la Alemania mala, sí podía haber una *Kulturnation*; la Alemania de Goethe podía sobrevivir a la lucha política. Y tanto los emigrantes interiores como los exteriores podían mantener viva la *Kulturnation*. Esto concordaba con lo

que ahora decían Von Molo y Thiess. Pero, al igual que Spender, Mann opinaba que los «emigrantes interiores» deberían mostrarse menos pagados de su propia rectitud y más comprensivos con el sufrimiento de los exiliados. Era absurdo que Thiess fuese el leal defensor de la *Kulturnation* y Mann el desertor desleal[241].

La respuesta de Mann a Von Molo se publicó en Alemania el 10 de octubre de 1945. Sus argumentos no convencieron a los alemanes y muchas de las respuestas a su artículo se hicieron eco de Thiess. El 23 de octubre Edwin Redslob publicó un artículo en *Tagesspiegel* (periódico fundado por Peter de Mendelssohn en el sector estadounidense de Berlín) en el que equiparaba el sufrimiento de los alemanes durante la guerra y después de ella al sufrimiento de Cristo en la cruz. En diciembre el novelista Otto Flake afirmó en el *Badener Tageblatt* que, de hecho, Alemania había llevado a cabo una tarea heroica y altruista al demostrar los peligros del nihilismo al resto del mundo[242].

La respuesta de Mann a estos comentarios es sorprendente por su moderación. En una alocución radiofónica insistió en que la mejor manera en que podía ayudar a Alemania era desde California. Allí podía escribir artículos con el propósito de convencer a los numerosos fascistas que seguían en Alemania de que renunciasen a su megalomanía y persuadir a los norteamericanos para que no permitiesen que los niños alemanes pasaran hambre. Esto mejoró poco la situación. «Podemos reconciliarnos con el mundo entero, pero no con Thomas Mann», proclamó el periodista hamburgués Herbert Lestiboudois en enero. Odiar a Mann se había convertido en una actividad extrañamente placentera. Golo Mann, hijo de Thomas, vivía a la sazón en Alemania, donde dirigía una emisora de radio para los norteamericanos llamada Radio Frankfurt, e informó a los oyentes de Estados Unidos de que los alemanes estaban «profundamente satisfechos» con la correspondencia entre su padre y Von Molo: «Tener un supuesto motivo para la amargura, para la decepción, una oportunidad de atacar, de lamentar la caída de la grandeza moral… ¡Oh, qué bien se lo pasaban con eso!»[243].

Spender, Jennings, Mann y Von Molo, todos andaban buscando, de maneras muy diferentes, un camino que condujese a la redención de

Alemania y, por ende, del mundo. Esta era la misión de sus gobiernos también y, en lo que a ellos se refería, una manera de hacerlo consistía era llevar a los nazis a juicio. Era necesario que las figuras que durante toda la guerra habían aparecido en los sueños de Spender, que habían sacrificado su sangre y sus lágrimas, fuesen juzgadas y ahorcadas como expiación pública del pecado de la nación. En septiembre, los británicos procesaron a los comandantes de Bergen-Belsen en la pequeña y somnolienta población de Lüneberg, unos sesenta kilómetros al nordeste de Belsen. Según Jennings, era la única población de Alemania que no olía mal y que había salido casi intacta de los bombardeos. Durante los dos meses siguientes, los periodistas alemanes informaron obedientemente de los horrores que se revelaban en el banquillo de los acusados, agradecidos por tener un punto en el que centrar la culpa y ver esta como un hecho individual en vez de colectivo. Alan Ross asistió al juicio en octubre y escribió un poema en el que decía que los acusados ya habían iniciado la marcha hacia la muerte. «Los rostros ya no / muestran emoción, sino sensación de fracaso». La causa tenía sentido, pero ningún espíritu válido: «El crimen del mundo es absuelto en muertes / sin importancia»[244].

Mientras tanto, las potencias ocupantes preparaban un proceso de mayor envergadura. En noviembre los principales nazis se sentarían en el banquillo en Nuremberg. Presa de excitación, los periódicos alemanes publicaban listas de los jerarcas nazis que iban a ser juzgados y declarados culpables. La prensa reservaba espacios destacados para las listas de acusados, que iban acompañadas de fotografías de cada uno de ellos. Hay un preocupante tono nostálgico en estas noticias sobre los mismos hombres cuyas imágenes habían dominado los periódicos alemanes hacía solo seis meses. Si Alemania había hecho un pacto con el diablo, había recibido a cambio un periodo de libertad despreocupada. Tanto Mann como Spender tenían ahora la impresión de que los alemanes no comprendían que aquellos años de libertad se habían acabado. El diablo sencillamente exigía que se sacrificaran unas cuantas víctimas más.

Tercera parte

Juicio y hambre

1945-1946

7

«Los colgaréis de todos modos»

Nuremberg: noviembre de 1945-marzo de 1946

En noviembre de 1945 abogados, jueces y periodistas de todo el mundo convergieron en Nuremberg. Una década antes la ciudad había sido escenario de las concentraciones nazis que Leni Riefenstahl filmó triunfalmente. La pulcra ciudad medieval de Baviera se había envuelto en esvásticas. Decenas de miles de alemanes enfervorizados gritaron y se desmayaron mientras Adolf Hitler, Joseph Goebbels, Hermann Göring y Julius Streicher anunciaban el nacimiento de un mundo nuevo. Ahora Hitler y Goebbels habían muerto y Göring y Streicher estaban encerrados en celdas de unos cuatro metros en la cárcel de la ciudad, sin más mobiliario que una cama de hierro, una estera y una mesa y una silla de madera. Los bombardeos aéreos y la artillería habían reducido la ciudad a escombros y sus habitantes vivían en sótanos helados.

En agosto, Göring y Streicher habían sido trasladados a la cárcel de Nuremberg desde una prisión de Mondorf-les-Bains, pequeña ciudad de Luxemburgo donde cincuenta y dos jerarcas nazis se encontraban en poder de los norteamericanos. Justo antes del traslado, los prisioneros habían recibido la visita de Erika Mann, la única mujer a la que se permitió entrar en la cárcel que ellos habían construido en lo que antes era el Grand Hotel. Fue una aventura que esperaba desde hacía más de doce años, escribió Erika en un artículo para la revista *Liberty*. Durante una década aquellos hombres habían ejercido poder sobre su familia, habían prohibido que se publicasen sus libros y habían incluido sus nombres en la lista negra. Ahora formaban un grupo de prisioneros engañados, tristes y desaliñados que

tenían prohibido llevar corbata y cordones en los zapatos, aunque de vez en cuando a Göring se le permitía llevar sombrero de copa a las horas de comer. El régimen era espartano: las almohadas solo estaban permitidas a los prisioneros que enfermaban y la alimentación se limitaba a 1550 calorías diarias. A pesar de ello, las autoridades estaban decididas a mantener vivos a sus nazis más famosos. Las autoridades de la prisión habían informado a Erika de que cuando Göring sufrió un ataque al corazón de poca gravedad, fruto del susto ocasionado por una tempestad de truenos, al artífice de la guerra relámpago se le había proporcionado un colchón para la cama de campaña y se le había servido el desayuno en la cama.

Luego le enseñaron las celdas y la animaron a ver de cerca a los presos en su sala de estar, pero no la presentaron por su nombre. Hermann Göring, exmariscal de campo y comandante en jefe de la Luftwaffe, estaba en cama cuando Erika entró en su celda y se llevó una fuerte impresión al ver la disminución física de aquel hombre de cincuenta y dos años. El régimen de la prisión le había curado tanto de su drogadicción (a la paracodeína) como de su obesidad. Había perdido cerca de catorce kilos y su piel bronceada parecía colgar de la cara y del cuerpo. Erika supo después que Göring había lamentado no conocer la identidad de su visitante porque le hubiera gustado explicarse. Si él se hubiera encargado del caso Mann, lo habría llevado de otra forma, declaró. «Sin duda hubiera sido posible hacer que un alemán de la estatura de Thomas Mann se adaptara al Tercer Reich». Los demás se mostraron menos conciliadores. «*Du lieber Gott!*», exclamó Streicher, «y esa mujer ha estado en mi habitación[245]».

A finales de agosto, un convoy de ambulancias recorrió los cerca de quinientos kilómetros que separaban Mondorf-les-Bains de Nuremberg transportando a los presos más importantes a la cárcel donde esperarían el juicio. Las ventanillas estaban ennegrecidas para ocultar su identidad a las víctimas deseosas de vengarse o a los admiradores. Erika Mann siguió el mismo camino a comienzos de noviembre, excitada ante la perspectiva de presenciar la humillación final de aquellos hombres. Desde que había visitado a los presos en agosto, Erika se había sentido cada vez más débil. Se había movido constantemente durante cinco meses, sin permanecer nunca más de unos días en la misma dirección, pidiendo que la llevaran en

vehículos del Ejército o conduciendo su propio coche, cuya decrepitud iba en aumento. La energía nerviosa y farisaica que impulsaba sus viajes de una parte a otra del país empezaba a agotarse.

En agosto había dicho a su madre que estaba demasiado cansada para escribir cartas. Apenas tenía fuerzas para viajar, pero en septiembre se las arregló para visitar Roma, donde vio a Klaus por primera vez desde hacía tres años. Su visita no fue un éxito. Consciente de que sus días de reportero estaban contados, Klaus se afanaba en hacerse indispensable para el cineasta Roberto Rossellini, por lo que Erika tuvo que aguantar la presencia constante de miembros del equipo de rodaje de la película que se titularía *Roma, ciudad abierta (Roma, città aperta)*. La última noche por fin pudieron cenar solos y Klaus se pasó todo el rato reprendiendo a Erika por haberle abandonado en 1940. «*Podría* ser que el momento elegido no fuese el más acertado (quiero decir elegido por ti)», le escribió Erika después. «Quizá sí lo fue, sin embargo, y no merezco nada más que reproches[246]».

A finales de octubre, Erika ya había perdido la voz y tuvo que cancelar un lucrativo ciclo de conferencias en Estados Unidos. Decidida a escribir aunque no pudiese hablar, se quedó en Europa para trabajar de periodista. Cuando llegó a Nuremberg, ya había recuperado la voz, pero las privaciones de la vida militar le resultaban cada vez más pesadas. Los periodistas enviados a Nuremberg se alojaban en un palacio decorado con mal gusto y casi sin calefacción que había pertenecido a la familia Faber, fabricante de los lápices homónimos, y que la gente llamaba «Schloss Schrecklich» [el Palacio Espantoso], donde vivían en condiciones muy primarias. Abundaba la bebida, pero la mayor parte de la comida consistía en conservas. Los periodistas dormían en improvisados dormitorios de doce camas y se despertaban unos a otros al acostarse tras beber sin tasa hasta altas horas de la noche. Este régimen de vida no era muy propicio a la recuperación.

El juicio debía empezar el 20 de noviembre. El día 19, Erika Mann se encontró con John Dos Passos, que había llegado de Berlín. Dos Passos y Hemingway eran viejos amigos, aunque estaban un tanto distanciados; se habían formado en la misma tradición periodística y estaban decididos a ser testigos de la historia. Dos Passos ya había visto los cadáveres de varias

ciudades alemanas (en Frankfurt había encontrado que lo que tenía a su alrededor parecía una ciudad «tanto como un montón de huesos y un cráneo aplastado en las praderas parecen un ejemplar premiado de la raza bovina Hereford») y lo primero que hizo al llegar a Nuremberg fue buscar las ruinas de la «vieja ciudad de fabricantes de juguetes y *Meistersinger* [maestros cantores]»[247].

Se encontró con que el paisaje estaba dominado por los arcos aislados de las iglesias destruidas que descollaban precariamente entre los escombros. El día era soleado y frío y los montones de ruinas más altos se recortaban nítidamente sobre el cielo. En un espacio abierto en los escombros Dos Passos se tropezó con dos mujeres alemanas envueltas en gruesos abrigos y suéteres que hervían patatas en un fogón improvisado con una plancha de metal galvanizado. Les preguntó dónde vivían y las mujeres señalaron la entrada de hormigón de un refugio antiaéreo. La gente del lugar parecía más hostil a sus ocupantes que los nativos que Dos Passos había encontrado en otras partes de Alemania. Tuvo que agacharse para esquivar la lluvia de piedras que le arrojaron; en la pared había una esvástica recién dibujada con tiza. A los habitantes de Nuremberg no les gustaba ver su ciudad convertida una vez más en el escenario de una concentración simbólica de poder. Al fin y al cabo, los juicios no les beneficiarían más que las concentraciones de Hitler.

Dos Passos visitó el Palacio de Justicia, donde el tribunal iniciaría sus sesiones al día siguiente. Era un edificio de piedra arenisca de color rosa oscuro, distaba unos ochocientos metros de la ciudad vieja y en sus paredes se veían señales de bala y otros proyectiles. En el interior había prisioneros de guerra alemanes que, subidos a escaleras de mano, pintaban de nuevo las paredes. Fregonas alemanas con gruesas medias de punto y botas grandes limpiaban con estropajos los suelos de mármol. Los pasillos estaban abarrotados de eficientes visitantes aliados: secretarias norteamericanas cuyos tacones repiqueteaban alegremente al pasar; mujeres francesas con altos turbantes parisinos.

Mientras visitaba el palacio, Dos Passos vio de pronto a los presos nazis haciendo su gimnasia diaria. La cárcel donde ahora estaban encerrados los veintiún jefes nazis comunicaba con el Palacio de Justicia por medio de un

pasaje con cubierta de madera y el patio de ejercicio era visible desde las ventanas. Dos Passos no estaba suficientemente cerca para distinguir sus rostros y solo vio un grupo de presos vestidos con guerreras norteamericanas que caminaban con brío separados unos de otros por la misma distancia. «Es gracioso pensar que puede que a esos tíos los ahorquen dentro de un par de meses», dijo una voz a sus espaldas; «parecen gente del montón[248]».

Los nombres de varios de los acusados eran muy conocidos en Gran Bretaña y Estados Unidos. El principal entre ellos era Göring. Luego venían Joachim von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores; Streicher, el publicista del Partido Nazi; Albert Speer, arquitecto y ministro de Armamento y Producción de Guerra, y Rudolf Hess, que había sido segundo jefe del NSDAP antes de desertar y lanzarse en paracaídas sobre Escocia en 1941 y que ahora podía decirse que no estaba en condiciones de ser juzgado debido a su amnesia y su desequilibrio mental aparentemente totales. Otros como, por ejemplo, Hans Frank, gobernador general de Polonia, y Alfred Jodl, jefe del Departamento de Mandos y Operaciones, eran menos conocidos. Algunos habían sido seleccionados más como representantes de la agresividad nazi que por su propia criminalidad.

La elección de los nazis que debían ser juzgados había sido lenta y difícil para las cuatro potencias aliadas, como, de hecho, también lo había sido decidir si había que juzgarlos. Aunque cueste creerlo, hasta última hora Winston Churchill y muchos otros británicos habían argüido que los líderes nazis debían ser fusilados sin juicio previo, lo cual hubiera sido una medida política en vez del resultado de la actuación de la justicia. En opinión de Churchill y quienes pensaban como él (entre los que estaba el arzobispo de York), un juicio sería demasiado peligroso porque obligaría a formular leyes nuevas que la defensa podría refutar fácilmente. Fueron los norteamericanos y, de modo un tanto sorprendente, los rusos quienes insistieron en que se celebrara un juicio en toda regla. Los norteamericanos porque un juicio sería compatible con su Declaración de Derechos y los rusos porque tenían práctica en organizar grandes juicios y no les cabía

ninguna duda de cuál sería el resultado. Hasta comienzos de mayo de 1945 los británicos no accedieron a cooperar en un tribunal internacional, conscientes de que se encontrarían en una situación embarazosa si los demás aliados seguían adelante sin ellos.

Durante los meses que culminaron en la constitución del tribunal, los aliados habían debatido cuántos nazis debían sentarse en el banquillo. Cuando se proponía fusilar a los líderes nazis, Churchill tenía en mente entre cincuenta y cien individuos, pero era obvio que solo se podría juzgar en las condiciones adecuadas a un número menor de ellos. En junio de 1945 los aliados ya estaban de acuerdo en que algunos de los acusados desempeñarían papeles simbólicos: Julius Streicher representaría el antisemitismo y Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Principal de la Seguridad del Reich, simbolizaría el sistema de terror estatal. También deliberaron sobre cómo se llevaría a cabo exactamente el juicio. El principal arquitecto de la carta que formuló los principios del tribunal fue el fiscal jefe norteamericano, Robert Jackson, defensor acérrimo del imperio de la ley que estaba decidido a sentar un precedente para una nueva norma judicial internacional, a la vez que hacía uso del Pacto Kellogg-Briand de 1929, que proscribió la guerra, y de la Convención de Ginebra de 1929. La tarea de Jackson era dificilísima. Tenía que conciliar la tradición anglo-norteamericana de derecho consuetudinario con unas tradiciones muy diferentes de derecho civil como eran la de Francia y la de la Unión Soviética y confeccionar un pliego de cargos que luego ratificarían los asesores jurídicos británicos, franceses y soviéticos. Al final, el tribunal se fundamentó principalmente en los conceptos norteamericanos de la justicia; como en el caso del derecho consuetudinario, los acusados podrían defenderse a sí mismos de cargos formulados de manera clara.

Al redactar los cargos, Jackson y sus colaboradores tuvieron que buscar una forma de encausar a individuos simultáneamente por actos de terror concretos y por crear el sistema que los había producido. Pudo utilizar como base una lista de crímenes de guerra redactada en 1919, pero fue necesario adaptarla para que la agresión alemana, que se había planeado mucho tiempo antes, fuese considerada más criminal que los actos de guerra brutal que habían cometido los aliados y podían calificarse de

defensivos[249]. Jackson resolvió este problema inventando el cargo de conspiración. Los crímenes alemanes eran peores que los crímenes aliados porque desde 1933 los alemanes habían participado en una conspiración concertada cuyo objetivo era sojuzgar Europa. En julio Jackson ya había dividido la acusación en cuatro cargos: participación en un plan o conspiración en común para llevar a cabo un crimen contra la paz; planear, iniciar y hacer guerras de agresión y cometer otros crímenes contra la paz; crímenes de guerra; crímenes contra la humanidad. Los cargos se indicaron en líneas generales en el escrito de acusación que se hizo público el 18 de octubre de 1945 y se entregaron a los acusados al día siguiente.

El cargo más radical era el de «crímenes contra la humanidad». Si Nuremberg debía servir de medio de redención —para hacer del mundo un lugar mejor, más pacífico y humano—, lo haría principalmente valiéndose de este cargo. Por primera vez un gobierno era responsable ante un tribunal internacional no por sus actos contra otras naciones, sino contra su propio pueblo. De modo específico, los líderes alemanes serían juzgados por autorizar la tortura y el genocidio contra sus propios súbditos, en particular los adversarios políticos y los judíos, si bien la mención de los judíos se añadió luego como si fuera una ocurrencia tardía. De acuerdo con el artículo 6c de la carta de derechos, se les acusó de «asesinato, exterminio, esclavización, deportación y otros actos inhumanos cometidos contra cualquier población civil, antes de la guerra o durante ella, o persecuciones por motivos políticos, raciales o religiosos en la perpetración de cualquier crimen o en relación con él»[250].

Todos los que tuvieron que ver con la constitución del tribunal estaban convencidos de que este sería de crucial importancia para el conjunto de la ocupación. Existía la posibilidad de que el juicio persuadiera a los alemanes corrientes de su culpa y les proporcionara instrumentos de redención o por lo menos de reeducación. Al condenar oficialmente a los líderes nazis, los aliados dejarían claro cuáles eran los aspectos concretos de sus actos que consideraban criminales. Entonces se podría educar a los alemanes para que evitasen cometer los mismos crímenes en el futuro. Y no solo los alemanes, sino que la constatación de las consecuencias de la agresión disuadiría también a otras naciones belicistas. En junio Jackson había dicho a Truman

que el tribunal demostraría que una guerra de agresión era un crimen y que el derecho internacional moderno ya no aceptaría que quienes provocaban guerras participasen en asuntos legítimos. «Puede que las fuerzas de la ley se movilicen así a favor de la paz[251]».

Jackson y los otros tres fiscales jefe estaban ahora en Nuremberg. *Sir* Hartley Shawcross encabezaba el grupo británico y Roman Andreyevich Rudenko y François de Menthon estaban al frente de los grupos ruso y francés, respectivamente. Los jueces eran el norteamericano Francis Biddle (que había reemplazado a Robert Jackson como ministro de Justicia durante la guerra pero había sido destituido cuando Truman tomó posesión de su cargo), el británico *Sir* Geoffrey Lawrence (presidente del Tribunal de Apelación en Gran Bretaña), el francés Henri Donnedieu de Vabres y el general ruso Iona Nikitchenko (vicepresidente del Tribunal Supremo soviético y excatedrático de Derecho Penal).

Todos estos hombres ya encontraban claustrofóbica la vida en Nuremberg. A Biddle, que era un aristócrata de la Costa Este y antiguo amigo de Roosevelt, no le gustó tener que compartir una villa con su suplente, o ayudante, y en las cartas a su esposa se quejaba de que le habían hecho volver a la «vida de asociación estudiantil». También le había molestado que gran parte del mobiliario básico llegara después que ellos, que fuera imposible obtener huevos y leche frescos y que no hubiera bombillas que diesen luz suficiente para poder leer por la noche. Asimismo, el Ejército se mostraba poco comprensivo ante la situación de Biddle, ya que estaba nervioso a causa de un juicio que hacía necesario traer a más de seiscientos hombres para matar a solo veintiún nazis e irritado con los altos funcionarios que parecían no darse cuenta de que los recursos ya no daban más de sí y había soldados que vivían en tiendas de campaña cerca de allí. Por suerte, Biddle hizo amistad muy pronto con el suplente británico, Norman Birkett, hombre alto y anguloso que era conocido en Londres por ser uno de los grandes abogados procesalistas de su tiempo y al que se consideraba de manera general una de las mentes jurídicas más astutas entre las que se hallaban en Nuremberg. Biddle y Birkett compartían el amor a la literatura y las artes, aunque Biddle hacía mayor ostentación de sus credenciales culturales[252].

El 20 de noviembre de 1945 dieron comienzo las sesiones del tribunal. Era un día gélido y gris y Dos Passos encontró el edificio caliente y lujoso en contraste con el frío de fuera. No cabe duda de que lo mismo les hubiera sucedido a los famélicos habitantes de la ciudad de habérseles permitido presenciar los acontecimientos que, al parecer, en parte se habían organizado pensando en ellos. La sala era oscura, con paneles de madera en las paredes y gruesas cortinas de color verde botella y bordes de mármol en las paredes, que despedían el olor de la pintura que les habían aplicado el día antes. Como las sesiones iban a ser filmadas, las cortinas estaban echadas de forma permanente para impedir que entrase la luz diurna y la iluminación artificial no tardó en hacer que la sala resultase opresivamente calurosa y luminosa. Cuando entró Dos Passos, los presos ya estaban sentados en dos bancos, vigilados por policías militares norteamericanos con casco blanco. Eran los llamados «campanillas blancas», debido precisamente a dichos cascos. A Dos Passos le recordaron el equipo de baloncesto de algún instituto, con su inocencia ansiosa realzada por el contraste con los rostros cansados y llenos de arrugas de los acusados.

Dos Passos entró en el espacio reservado para la prensa, que estaba en el extremo opuesto de donde se encontraban los acusados, detrás de las mesas de los fiscales y enfrente de la tribuna destinada a los espectadores. Era la parte más cómoda de la sala, con asientos bien tapizados y más separación entre ellos de lo que era habitual. Llegaron otros reporteros, entre ellos Erika Mann, Peter de Mendelssohn, Janet Flanner y William Shirer. Destacados periodistas y escritores de todas las naciones aliadas habían ido a Europa por curiosidad o por obligación. Poco antes de que empezase el juicio, Erika Mann había animado a sus lectores norteamericanos a estar atentos a los acontecimientos de Nuremberg alegando que: «Es increíblemente importante para el futuro de la humanidad afirmar ante la mirada del mundo entero que hay ciertas leyes y derechos para todos los pueblos de la tierra y que todo aquel que transgreda estas normas deberá responder por ello». Mann y muchos de los periodistas creían que era muy importante que el mundo prestase atención al juicio para

que este proporcionase un modelo que sirviese para reeducar a Alemania y evitar futuras persecuciones y guerras[253].

La sesión inaugural del 20 de noviembre fue precedida por media hora de frenético barullo mientras los fotógrafos de prensa tomaban instantáneas de los acusados. Una vez empezara el juicio, solo podrían filmar las cámaras instaladas en cabinas insonorizadas. Los espectadores se pasaron la mañana con los ojos clavados en los presos, a los que muchos de ellos solo habían visto en película. A la mayoría de los periodistas les sorprendió el aspecto vulgar de aquellos hombres que durante años habían parecido ser la personificación del mal. Privados de los heroicos ángulos de cámara y los podios de las películas de Riefenstahl, así como de sus uniformes estrafalarios, se les veía viejos, cetrinos y pequeños. Dos Passos encontró que Göring tenía el aspecto de «globo agujereado» del hombre gordo que ha perdido mucho peso; la «cara de masilla» de Hess se había desmoronado y le había dejado con una nariz chupada y unos ojos hundidos; Von Ribbentrop, con gafas de sol, tenía la «expresión atrapada e inquieta del cajero de banco al que han pillado cometiendo un desfalco»; Streicher parecía la horrible caricatura de un «abuelo taimado». Seguidamente observó a los hombres de leyes y le impresionaron «la cara larga y santurrona» de Biddle, con su frente alta y su nariz delgada, y el «indescriptible aspecto» de los británicos, que parecían haber salido de un cuadro o un grabado de William Hogarth. Al igual que tantos aspectos del juicio, había resultado imposible estandarizar la indumentaria de los jueces. Todos excepto los rusos vestían toga (aunque sin peluca), mientras que los jueces soviéticos llevaban uniformes militares que parecían recalcar de forma poco apropiada su doble papel de asesores y vencedores[254].

Por fin empezó el juicio, pero el primer día se vio dominado por la lectura del acta de acusación, que era prolija y tediosa por repetitiva. Dos Passos pensó que los cargos individualizados empezaban a fundirse unos con otros. «Fusilamiento, privación de alimentos y tortura […] torturados y muertos […]. Fusilamiento, palizas y ahorcamiento […] fusilamiento, privación de alimentos y tortura». Su atención volvió a centrarse en los presos y escuchó la descripción de sus fechorías. Pensó que Göring tenía el rostro «mimado, amistoso, extravertido, astutamente satisfecho de sí

mismo» de un actor, un rostro que a veces mostraba la «expresión del niño travieso, del borracho arrepentido». A medida que fue avanzando la mañana, Göring adquirió una especie de *grandeur*, el aspecto de un «maestro de ceremonias». Al oír algunas de las revelaciones del acta de acusación, ocultó la cara entre las manos, sobre todo durante los pasajes que describían los campos de concentración, pero miró a su alrededor como si esperase una carcajada cuando los fiscales mencionaron los 87 millones de botellas de champán que había robado en Francia. Hess se pasó todo el rato leyendo excepto cuando, al mencionarse por primera vez el nombre de Hitler, se incorporó y sonrió como un maniaco. Por la tarde, Von Ribbentrop sufrió un desmayo y tuvieron que sacarlo de la sala y administrarle un sedante[255].

El segundo día empezó con las alegaciones de los acusados. Llamado a ser el primero en hacer uso de la palabra, Göring se puso a leer un discurso mecanografiado. «Antes de responder a la pregunta del tribunal sobre si soy culpable o no», empezó diciendo. Pero Lawrence le interrumpió inmediatamente y le informó de que debía declararse culpable o inocente, nada más. «Me declaro inocente en el sentido del acta de acusación», contestó Göring. La mayoría de las respuestas fueron uniformes, si bien Jodl añadió que «por lo que he hecho o tuve que hacer tengo la conciencia pura ante Dios, ante la historia y mi gente» y Hess se limitó a gritar «*Nein*», como correspondía a su papel de loco de la casa[256].

Después de las alegaciones vino el discurso con el que Robert Jackson dio comienzo al procesamiento por parte de los norteamericanos. Cada uno de los aliados había centrado su labor en un grupo de cargos y los norteamericanos se ocuparon del cargo de conspiración. Jackson interpretó el término libremente e irritó a los británicos al abarcar todo el sumario basándose en que la conspiración original se había transformado en el crimen de guerra de agresión. Valiéndose de citas de los numerosos documentos alemanes descubiertos por los aliados, Jackson describió la historia del Partido Nazi, la persecución de los judíos y los primeros experimentos de agresión. Luego hizo un resumen del trato dispensado a los prisioneros de guerra y a los civiles en los países ocupados, la creación de los campos de concentración y la planificación del genocidio. «El privilegio

de ser el primer juicio de la historia por crímenes contra la paz del mundo impone una grave responsabilidad», afirmó. «Los crímenes que queremos condenar y castigar han sido tan calculados, tan malignos y tan devastadores que la civilización no puede permitir que se repitan[257]».

Jackson mencionó el cargo de «crímenes contra la humanidad» y describió la conspiración de los líderes nazis cuyo objetivo era aniquilar a la raza judía: «Los crímenes más salvajes y numerosos que planificaron y cometieron los nazis fueron los que iban dirigidos contra los judíos […]. Es mi propósito demostrar la existencia de un plan y un designio con los cuales todos los nazis estaban fanáticamente comprometidos, aniquilar a todo el pueblo judío […] el propósito declarado era la destrucción del pueblo judío en conjunto […]. La conspiración o plan común para exterminar a los judíos fue… seguida metódica y concienzudamente […]. La historia no deja constancia de que jamás se haya perpetrado un crimen contra tantas víctimas o un crimen que se llevara a cabo con semejante crueldad calculada».

Según Jackson, el sentido común de la humanidad exigía que la ley no se limitara a castigar a la «gente de poca monta» por actos de esta índole. Debía aplicarse a los hombres que tomaron posesión de mucho poder y lo utilizaron para desatar el mal. Esta fue otra de las innovaciones radicales del juicio: hacer que fuera posible castigar a líderes que no habían manchado de sangre sus propias manos pero que, a pesar de ello, tenían sangre en las manos. El concepto de Jackson era de culpa conspirativa en lugar de colectiva. También el pueblo alemán, dijo, tenía «cuentas que saldar con estos acusados»; habían engañado y sojuzgado a sus propios ciudadanos[258].

La sala quedó impresionada tanto por la serenidad y el fervor retórico de Jackson como por la amplitud de las pruebas reunidas. «A los acusados nazis los van a condenar sus propias palabras, sus propios documentos, sus propias canalladas», comentó el periodista norteamericano William Shirer. «Los muy idiotas lo pusieron todo por escrito». Shirer no se sintió especialmente cautivado por el discurso de Jackson; encontró que este era demasiado lento y lo descartó diciéndose que no era «ningún Cicerón». A Dos Passos le gustó mucho más: «Dudo que haya en la sala algún hombre o

alguna mujer que no tenga la sensación de que se han pronunciado grandes y valerosas palabras», escribió en su diario. «Los norteamericanos nos sentimos un poquito orgullosos porque quien las ha pronunciado es un compatriota nuestro». En una carta a su esposa escribió que Jackson había representado a Estados Unidos como a él le gustaba verlo representado: «Razonable, práctico y lleno de una especie de dignidad hogareña». De nuevo se había pasado el día observando a los acusados y esta vez le pareció verlos más inquietos. «Cuando el fiscal llega a los crímenes contra los judíos, ponen cara de angustia y prestan la máxima atención». Parecían encogerse y estremecerse cuando el fiscal citaba sus propias palabras, sacadas de sus diarios secretos; Göring salió de la sala con pasos vacilantes[259].

Dos Passos se fue de Nuremberg dos días después y los periodistas que se quedaron, Mann y De Mendelssohn entre ellos, observaron cómo los argumentos de la acusación resultaban cada vez más tediosos. La atención se centraba ahora en la jerarquía del Partido Nazi y en el control que había ejercido sobre el aparato del Estado. Algunos corresponsales empezaron a saltarse sesiones, pero De Mendelssohn había decidido asistir a todas. «Me embarga la sensación de que nunca volveré a ver nada parecido», dijo a su esposa. «Esto es absolutamente histórico […] uno sencillamente no puede perderse un solo momento[260]».

Tanto De Mendelssohn como Mann se encontraban presentes cuando el ritmo del drama se aceleró súbitamente el 26 de noviembre. Se proyectó en la sala un documental soviético rodado en un campo de exterminio. Como en la película que Billy Wilder montó durante el verano, salían ríos de cadáveres que excavadoras gigantescas esparcían como maníacos, pantallas para lámpara hechas con piel humana y montañas de huesos apilados delante de los crematorios. Los periodistas observaron las reacciones de los acusados. Göring contempló las imágenes con estudiada tranquilidad en todo momento, pero no pudo evitar secarse frenéticamente el sudor de las palmas al final; Von Ribbentrop intentó taparse la cara con las manos, pero entreabrió los dedos y siguió mirando la pantalla; Wilhelm Keitel tenía los ojos enrojecidos y se los frotó con el pañuelo.

Al finalizar la proyección los jueces salieron de la sala en fila. Un periodista preguntó: «¿Por qué no podemos fusilar a estos cerdos ahora mismo?». Los acusados continuaron sentados en el banquillo y Hess empezó a decir: «No me lo creo», pero Göring le hizo callar. Aquella noche, cuando el psiquiatra aliado le visitó en su celda, Göring se quejó de que la película había producido un cambio en las simpatías de los espectadores justamente cuando muchos de ellos estaban de su parte. La mayoría de los demás presos negaron haber tenido conocimiento de los detalles de los campos. Hess, que seguía alegando amnesia (si bien al cabo de unos días reconocería que su pérdida de memoria había sido simulada), felicitó a los aliados por haber mejorado el drama en la sala del tribunal. «Por fin hay aquí algo interesante. Hasta ahora me he aburrido como una ostra. Ya no se me permite entrar un libro en la sala. ¡Lo de hoy ha sido algo digno de verse!»[261].

Erika Mann entrevistó a los abogados defensores y se burló de la cobardía que reflejaban sus argumentos. Ahora resultaba, escribió mordazmente, que todos los acusados eran de categoría intermedia: «Al igual que el resto de sus compatriotas, no han hecho nada, no han visto nada y no saben nada. Todos exclaman "¡Horrible, horrible, horrible!", pero, por lo que respecta a ellos, los responsables no están en la sala del tribunal».

Estos abogados estaban en una situación difícil; eran abogados alemanes que habían sido nombrados a última hora y no estaban tranquilos porque eran conscientes de que la culpa de sus clientes se extendía a la mayor parte de sus compatriotas. Habían empezado por poner en duda la legalidad del tribunal y la neutralidad de los jueces, pero estos argumentos se hacían menos sostenibles a medida que iban presentándose más y más pruebas concluyentes. Aquella tarde Erika Mann oyó declarar a un abogado: «Cuanto antes ahorquen a mi cliente, mejor». Le pareció que el abogado de Von Ribbentrop estaba más pálido que antes. «Me siento cada vez más como un acusado suplente», se quejó, «sentado como un escudo enfrente de estos hombres. Pero, como alemán, yo también tengo que pagar, aunque hace diez días aún no sabía qué alto era el precio[262]».

Al empezar diciembre y cubrirse Nuremberg de nieve, disminuyó el interés que la marcha del proceso despertaba tanto en el público anglo-norteamericano como en el alemán. Con el fin de animar sus reportajes, el periódico londinense *Evening Standard* envió al caricaturista de la casa, David Low, para que observase la sala del tribunal. Para Low fue principalmente un espectáculo visual: Frick era marrón sucio y *Funk*, verde claro. Al igual que a Dos Passos, los acusados le parecieron curiosamente normales y curiosamente pequeños. Se sintió fascinado por Göring, que agitaba las manos, se acariciaba la boca y se daba palmadas en el pelo de una manera que parecía calculada para transmitir expresión sin palabras. Low disfrutaba trasladando todo esto al papel aunque tuvo que interrumpir su trabajo cuando Göring se volvió hacia él y clavó sus ojos en los del caricaturista: «Al cabo de unos veinte segundos de fulminarnos mutuamente con la mirada caí en la cuenta de que intentaba desconcertarme. ¡La vanidad infantil del intento! ¡Qué estupidez! (A propósito, gané yo)»[263].

Los periódicos que patrocinaban los aliados continuaron proporcionando obedientemente noticias sobre el juicio, pero la mayoría de sus lectores tenían toda su atención puesta en las cosas relacionadas con la supervivencia. «*Deutschland, Deutschland ohne alles*»[264], empezaba una parodia del himno nacional que circulaba a la sazón, «*ohne Butter, ohne Fett*» (sin mantequilla, sin grasa). Los niveles de hambre eran ahora peligrosamente altos en toda Alemania. Debido en parte a ello, Peter de Mendelssohn se encontró con que los alemanes con los que hablaba adoptaban una actitud de «indiferencia despectiva» ante el juicio. Eran incapaces de ver por qué los vencedores sencillamente no ahorcaban a los veinte hombres inmediatamente, como hubiese hecho Hitler. «¿El juicio?», dijo un hombre a William Shirer, que había salido a visitar las ruinas cubiertas de nieve con la intención de entrevistar a los cavernícolas que vivían debajo de ellas. «*Ja*… ¡Propaganda! Los colgaréis de todos modos. Así que montáis un juicio con fines propagandísticos. ¿Por qué íbamos a prestarle atención? Tenemos frío, tenemos hambre». Un hombre que en otro tiempo había sido un distinguido ingeniero dijo en tono de queja que Göring había hecho muy bien en crear su fuerza aérea y que si lo hubiese hecho mejor, Nuremberg no estaría en ruinas[265].

El 19 de diciembre Erika Mann habló por radio para informar al pueblo alemán de la importancia del proceso. Insistió en que si bien el juicio no era sensacional, resultaba aún más eficaz por su sencilla meticulosidad:

> Su finalidad no es ofrecer sensación o diversión para el presente, sino más bien edificación para el futuro, hacer que las generaciones venideras aprendan de la historia. Y hay un valor educativo en la forma pedante en que una enorme cantidad de información se presenta de manera muy mesurada y nada dramática. Creo que esto es una gran ventaja pensando en la historia.

Pero no surtió mucho efecto en sus oyentes, que continuaron quejándose de que se trataba de un juicio con fines propagandísticos además de un gasto innecesario. Y a los detractores del juicio les hizo gracia que las sesiones fueran no solo tediosas, sino a menudo caóticas. Los fiscales norteamericanos no habían dedicado suficientes esfuerzos a pulir y acortar sus discursos o a decidir de forma precisa la pertinencia de sus pruebas. Cierto día el capitán Sam Harris empezó un discurso sobre la germanización de los territorios ocupados declarando que «no me habían temblado tanto las piernas desde que le pedí a mi maravillosa mujercita que se casara conmigo». Francis Biddle escribió «¡Por Dios!» en su cuaderno de notas, irritado porque un abogado norteamericano había avergonzado a la profesión delante de los británicos[266].

Contemplando la sala desde el estrado de los jueces, Biddle y Lawrence interrumpían frecuentemente a los fiscales para exigirles secamente claridad y pertinencia. La tensión que existía entre Biddle y Jackson se hizo cada vez más evidente en las sesiones. Durante años Biddle había estado bajo las órdenes de Jackson en Estados Unidos, le había sucedido en el cargo de fiscal jefe después de que Jackson fuera ascendido al de fiscal general en 1940 y luego, una vez más, en el puesto de fiscal general que Jackson dejó vacante. Ahora, en calidad de juez, su categoría era superior a la de Jackson y disfrutaba haciendo que aquello quedara en evidencia. También se creía superior a los demás jueces, aunque en realidad era Lawrence quien estaba al cargo del juicio. «Lawrence depende de mí para todo y yo llevaré la voz cantante», había escrito en su cuaderno de notas después de nombrar a regañadientes presidente a Lawrence. Los británicos desconfiaban de la arrogancia absoluta y, al igual que muchos periodistas, criticaban a Biddle en privado. Erika Mann comunicó con orgullo a su padre que se había

ganado la aprobación de los periodistas por inventar la frase «demasiado *biddle* y demasiado tarde»[267].[268]

Estas rivalidades y tensiones personales se veían exacerbadas por la añoranza y la soledad de casi todos los que estaban en Nuremberg. Los jueces en particular se encontraban aislados, separados de sus compatriotas y de los nativos por la alta seguridad de sus automóviles blindados. Les parecía impropio alternar con los fiscales y, por consiguiente, permanecían recluidos en sus villas, donde recibían la visita de personas muy importantes enviadas desde sus países, cuyas reacciones ante el drama que se representaba en la sala del tribunal eran previsibles. La monotonía era rota de vez en cuando por una invitación a alguna fiesta organizada por los rusos. Después de una de estas fiestas, el suplente soviético Alexander Volchkov acompañó en coche a Biddle a su villa. Al llegar, el norteamericano se llevó una sorpresa cuando el ruso le abrazó como un «osezno afectuoso» antes de subir de nuevo al coche y ponerse a cantar[269].

A diferencia de los jueces, los periodistas y los funcionarios de menor categoría podían aliviar su soledad en el Grand Hotel, que era un faro de luz en una ciudad en la que existía la obligación de apagar o tapar todas las luces durante la noche. En otro tiempo el Grand Hotel había sido el establecimiento en el que se alojaba la gente importante que llegaban del extranjero durante las concentraciones nazis; ahora lo llenaban los conquistadores aliados, que bebían rodeados del mobiliario, las cortinas de felpa roja y el mármol artificial del vestíbulo y bailaban Jitterbug[270] en la Marble Room. Cantantes, bailarines, acróbatas y enanos mal alimentados y luciendo sus mejores (y sucias) galas entretenían allí a los vencedores cautivos.

El 20 de diciembre el tribunal levantó las sesiones. Erika Mann pasó la Navidad en Zúrich con un grupo incestuoso integrado por su hermano Klaus y dos mujeres, Betty Knox y Therese Giehse, amante y examante, respectivamente, de la propia Erika. Fue un feliz reencuentro tanto para las amantes como para los hermanos, pero la salud de Erika seguía empeorando. El día de Año Nuevo, después de aplazar el momento durante todo el invierno, se rindió finalmente a la enfermedad e ingresó en un hospital. Al parecer, no se trataba de un virus determinado, sino de un

colapso físico general. En una carta a Lotte Walter afirmó que había caído enferma de una combinación más bien inverosímil de paperas, envenenamiento, glosopeda y una tos insólitamente fuerte. Se recuperó en un balneario de Arosa, donde se sentía aislada de la vida en California y especialmente de Bruno Walter, por quien suspiraba a pesar de la presencia de Betty Knox. En la carta a Lotte, Erika ordenaba a esta y a su padre que se consideraran abrazados y suplicaba a ambos que se apresuraran a escribirle. «Quiero saberlo todo…, lo que hacéis y lo que no hacéis, dirigís, pensáis. Leéis, habláis y queréis decir», exigió, y agregó que le gustaría que la tranquilizasen diciéndole que ellos también pensaban en ella con afecto. Resultaba difícil escribir a un amante por medio de su hija; la pintoresca lista de dolencias físicas tenía que servirle de declaración de necesidad[271].

Francis Biddle pasó una Navidad relativamente sana en Inglaterra, en casa de Norman Birkett, donde los dos hombres ocupaban las veladas leyendo poesía y escuchando discos de gramófono. A principios de enero el tribunal volvió a reunirse y las siguientes semanas se dedicaron a escuchar el conjunto de acusaciones que alegaron los fiscales británicos y se centraron en los argumentos contra los acusados individuales. Ahora había alemanes al lado de los aliados en la tribuna de los espectadores. Después de las vacaciones de Navidad, uno de los abogados defensores se había quejado porque, según dijo, a su familia le parecía que el proceso era algo que «tenía lugar en la luna» y había sugerido que se asignaran plazas a los alemanes, si bien no fueron muchos los que aceptaron el ofrecimiento[272].

La mayoría de los alemanes continuaban sintiéndose distanciados del juicio, aunque se retransmitía por radio dos veces al día. Las autoridades estadounidenses calcularon que la prensa de su zona dedicaba el 19 por ciento de sus columnas a informar de las sesiones del juicio, pero tanto en la zona estadounidense como en la británica había solo un periódico por cada cinco habitantes y, de todos modos, después de doce años de noticias poco dignas de confianza los alemanes tenían escasa fe en la prensa. Conscientes del limitado efecto inmediato del juicio, los aliados siguieron buscando otras maneras de inducir a los alemanes a hacer frente a su culpabilidad. Hacia finales de enero el documental estadounidense sobre los campos de concentración quedó listo para ser exhibido en su zona. Estrenado con el

título de *Die Todesmühlen* [Los molinos de la muerte], era una versión de veintidós minutos de la película y no incluía las modificaciones hechas por Billy Wilder.

Además de mostrar las horribles condiciones de los campos, la película recordaba a los espectadores que era muy difícil que los alemanes corrientes no estuvieran enterados de su existencia. Habían vivido cerca de ellos, oído los gritos de las víctimas y olido el hedor de sus cadáveres; habían comido productos abonados con huesos humanos y llevado pelucas hechas con cabellos humanos. La película hacía hincapié en la repugnante eficiencia de los campos —la muerte fabricada en serie— y mostraba a hombres, mujeres y niños supervivientes a los que años de cautiverio humillante habían transformado en «seres que parecían animales». La secuencia final superponía imágenes de fosas comunes e imágenes filmadas por Riefenstahl en las concentraciones de Nuremberg. Un imaginario espectador alemán comentaba: «Sí, lo recuerdo…, en la asamblea del partido en Nuremberg grité "*Heil!*", luego, cuando la Gestapo se llevó a mi vecino, pensé: "¿A mí qué me importa?"».

En algunas partes de Baviera era obligatorio asistir a una proyección de *Die Todesmühlen* para obtener las cartillas de racionamiento, aunque la División de Control de la Información veía con escepticismo esta asistencia forzosa. Pero tras un mes de proyecciones, solo el 12 por ciento de los bávaros que respondieron a una encuesta habían visto la película, lo cual no es extraño porque solo el 35 por ciento de los bávaros iba al cine alguna vez. Estaba claro que no había una manera fácil de convencer a una nación hambrienta de sus crímenes, aunque los abogados seguían intentándolo en Nuremberg. El 17 de enero de 1946 llegó el turno de los fiscales franceses y su jefe, François de Menthon, pronunció un discurso para dar comienzo al mismo. El discurso comprendía una descripción admirablemente serena de la ocupación de Francia por los alemanes y un análisis de la culpa alemana. Ahora que Jackson y Shawcross habían hecho una exposición detallada de los crímenes cometidos por los nazis, De Menthon se proponía explicar cómo habían sucedido. Quería, en concreto, describir cómo toda «la criminalidad organizada y vasta» nació de lo que De Menthon denominó

«un crimen contra el espíritu»: «Este pecado contra el espíritu es el pecado original del nacionalsocialismo, del cual nacen todos los crímenes»[273].

Hasta ese momento nunca se había dado a entender en la sala que toda la nación alemana era culpable. Jackson no había olvidado decir implícitamente en su discurso que los propios alemanes corrientes podían ser víctimas de la conspiración nazi. Ahora De Menthon insinuaba que durante años el nazismo había «intoxicado» a toda la nación alemana: «Algunas de sus aspiraciones eternas y profundamente arraigadas encontraron monstruosa expresión bajo este régimen; su entera responsabilidad tiene que ver en ello, no solo por su aceptación general sino por la participación efectiva de gran número de ellos en los crímenes cometidos». El pecado principal de los alemanes había sido la importancia que concedían a los orígenes raciales, convencidos de que «el hombre, de por sí, no vale nada excepto cuando es útil a la raza alemana». Este era el principio que había detrás de todos los crímenes nazis[274].

Al igual que Erika Mann, De Menthon veía el juicio como el primer paso hacia la reeducación de los alemanes. La condenación de la Alemania nazi por parte del tribunal constituiría una primera lección al pueblo alemán y permitiría que comenzase el proceso de desnazificación espiritual. Al igual que Thomas Mann, De Menthon dio a entender que Alemania había errado el camino y entrado en el reino, no solo de la infamia, sino del infierno. El «pecado original» del nazismo había sido explotar «uno de los aspectos más profundos y más trágicos del alma alemana»; después de arrastrar a los alemanes hacia el diabolismo, los nazis habían utilizado los inventos de la ciencia contemporánea en su intento de sumir al mundo «en una barbarie diabólica». Aquella primavera Mann se había quejado de que lo mejor de Alemania se había convertido en maldad por obra de la «astucia diabólica». Ahora el fiscal francés daba a entender que el tribunal de Nuremberg podía juzgar la corrupción del alma alemana[275].

El discurso de François de Menthon fue elogiado por los jueces y —lo que es más sorprendente— por los presos. A Biddle le pareció el más interesante y más conmovedor de los discursos de los fiscales, aunque no puede decirse que fuera imparcial cuando lo comparó con el de Jackson. Más adelante, al escribir su autobiografía, Biddle alabó a De Menthon por

tratar de distinguir y comprender «el alma alemana dentro de la negra nube de los actos de los alemanes», y por hablar de estos «como miembros de un grupo al cual pertenecían todos los seres humanos». El mismo día del discurso, Hans Frank, el exgobernador general de Polonia y el único acusado que se arrepintió públicamente, alabó a De Menthon por pronunciar un discurso estimulante. «Eso se parece más a la mentalidad europea. Será un placer discutir con ese hombre[276]».

Tal vez a Frank le gustó que De Menthon se abstuviera en su discurso de hablar de «crímenes contra la humanidad» y, en vez de ello, se centrara en «crímenes contra la paz». No había hecho ninguna referencia a la deportación o el asesinato de los judíos y había aludido solo al daño causado a «sus derechos como personas y a su dignidad humana». Esto reflejaba una tendencia muy extendida entre los aliados a olvidar la especificidad racial de las víctimas de Hitler. En Nuremberg, a los comentarios iniciales de Jackson sobre la aniquilación de los judíos los había seguido una acusación centrada principalmente en los crímenes de guerra nazis en vez de en el genocidio perpetrado contra los judíos. De modo parecido, *Die Todesmühlen* no mencionaba en absoluto la muerte de seis millones de judíos. De las víctimas de los campos se decía que pertenecían a «todas las confesiones religiosas, todas las creencias políticas, condenadas por Hitler porque eran antinazis». En los noticiarios que se proyectaban en los cines británicos generalmente no se decía que los seres esqueléticos de Bergen-Belsen que aparecían en la pantalla eran judíos. Pasarían otros diez años antes de que los europeos mirasen cara a cara a sus muertos judíos[277].

El discurso del fiscal francés provocó nuevas especulaciones sobre a quién se juzgaba exactamente en Nuremberg. Tres días después, Birkett sugirió en una carta que se estaban celebrando dos juicios simultáneos: «El juicio a los acusados que se sentaban en el banquillo y el juicio más grande a toda una nación y su forma de pensar». El tribunal se había convertido en un *locus* para el debate sobre la culpa colectiva que venía celebrándose en la prensa alemana desde el final de la guerra. Cuando Erika Mann se quejó

de la «falta total de sentido de culpa colectiva» que mostraban los policías alemanes, y cuando Ernst Robert Curtius dijo a Stephen Spender que todos los alemanes eran culpables y no lograrían nada sin un arrepentimiento general, representaban una corriente de opinión más amplia[278].

Las razones por las cuales la culpa colectiva se refería más a los alemanes que a los ciudadanos de otros regímenes totalitarios eran obvias. Hitler había insistido siempre en que él representaba la voluntad del pueblo; era evidente que el sistema de campos de concentración había requerido la cooperación de centenares de miles de alemanes; no había habido protestas a gran escala por parte de los intelectuales ni de las masas. A los exiliados les resultaba más fácil que a los «emigrantes interiores» mantener esta postura sin considerarse responsables también, y muchos alemanes dentro y fuera de Alemania opinaban, al igual que Thomas Mann, que nadie podía librarse de ser juzgado e instaban al arrepentimiento total. «Nos hacen responsables, pero nosotros no queremos que nos hagan responsables», se quejó el pastor Niemöller, sacerdote influyente que había sido internado en Dachau. «Y al negarnos a que nos hagan responsables, nos privamos a nosotros mismos de la posibilidad de volver a ser libres[279]».

Dos de las descripciones más meditadas de la culpa colectiva fueron obra de la filósofa exiliada Hannah Arendt (que ahora residía en Estados Unidos) y de su antiguo maestro Karl Jaspers, que había permanecido en Alemania durante todo el Tercer Reich, si bien, a diferencia de Curtius, no había podido ejercer como docente debido a sus conflictivos puntos de vista y a que su esposa era judía. Hannah Arendt, que también era judía, había abandonado precipitadamente Alemania en 1933 y se había instalado en París. Había perdido la nacionalidad alemana en 1937 y había sido internada en un campo de concentración en Francia en 1940 por ser una «extranjera enemiga». En 1941 consiguió fugarse del campo de concentración y emigrar a Estados Unidos con su madre y su marido, el filósofo y poeta marxista alemán Heinrich Blücher. En Estados Unidos había adquirido rápidamente prestigio como filósofa, intelectual y figura pública, y en 1944 se convirtió en directora de investigación de la Commission of European Jewish Cultural Reconstruction [Comisión de Reconstrucción Cultural Judía de Europa]. Al acercarse el final de la guerra,

Arendt creyó que tenía la obligación de emitir un juicio crítico sobre la culpa de los alemanes. Se sentía traicionada por sus antiguos compatriotas y especialmente por su exmaestro y amante Martin Heidegger, que, al menos hasta 1934, había mostrado sin disimulo su entusiasmo por el nazismo y había sido miembro del Partido Nazi hasta la desaparición de este. «No puedo por menos de considerar a Heidegger un asesino en potencia», diría con tristeza Arendt el año siguiente[280].

En un escrito titulado «Organised Guilt and Universal Responsibility» [Culpa organizada y responsabilidad universal], que se publicó en Estados Unidos en enero de 1945 y en Alemania en 1946, Arendt recordaba a sus lectores que una de las tesis fundamentales del nazismo era que no había ninguna diferencia entre nazis y alemanes. Así lo había puesto de manifiesto una orden general en virtud de la cual todos los soldados quedaban subordinados al partido y que obligaba a los miembros de la Wehrmacht a participar en los asesinatos en masa que se perpetraban en los campos de concentración. Los nazis habían permitido que esto trascendiera porque querían que los aliados abandonaran la distinción entre alemanes y nazis para que, en caso de derrota, las potencias victoriosas no pudiesen distinguirlos. Al modo de ver de Arendt, las líneas que separaban a los alemanes buenos de los alemanes malos se habían vuelto tan borrosas que «lo único que nos permite identificar a un antinazi es que los nazis lo hayan ahorcado». La política totalitaria había hecho que en Alemania la existencia de cada individuo dependiese de cometer crímenes o ser cómplice en ellos[281].

Era un análisis principalmente político, pero Arendt fue más lejos al sugerir que, desde el punto de vista filosófico, no solo todos los alemanes sino también todos sus contemporáneos estaban implicados en la maldad nazi. Quien siguiera distinguiendo entre alemanes «buenos» y «malos» no percibía la magnitud de la catástrofe. Lo difícil no era separar los buenos de los malos, sino decidir cómo debía comportarse el resto del mundo al tratar con una gente para la cual se habían borrado las líneas divisorias entre los culpables y los inocentes. Arendt creía que la reacción más decente era avergonzarse y retroceder; no avergonzarse de ser alemán, sino avergonzarse de ser humano, cuando los seres humanos eran capaces de

semejantes acciones. «Porque el concepto de humanidad, una vez purgado de todo sentimentalismo, tiene una consecuencia muy seria, a saber: que, de una forma u otra, todos los hombres deben asumir la responsabilidad de todos los crímenes cometidos por los hombres y que todas las naciones comparten la carga del mal cometido por todas las demás. Avergonzarse de ser miembro de la raza humana es la expresión puramente individual y todavía no política de esta percepción». A los supervivientes les quedó la necesidad de crear un sentido personal de vergüenza como expresión de la repugnancia que les producía el mal. Necesitaban también forjar un ideario político que fomentase la conciencia colectiva de la capacidad del hombre para hacer el mal[282].

Cuando escribió este ensayo, Arendt llevaba años sin tener ningún contacto con nadie en Alemania. A terminar la contienda, empezó a reanudar amistades perdidas, en especial con Karl Jaspers, al que ahora enviaba regularmente paquetes con alimentos. Al escribirle para darle las gracias, Jaspers señaló que su tarea consistía en reconstruir el orden a partir del caos. Se declaró «optimista, siempre y cuando la historia del mundo no dé un vuelco y nos destruya», aunque resultaba imposible dedicar mucho tiempo a pensar en medio de todas las tareas cotidianas[283].

En Alemania, Jaspers se dedicaba a pensar en las mismas cuestiones que Arendt. Cerca del final de la guerra había declarado en su diario que «quien sobreviva debe decidirse por una tarea a la que se dedicará durante el resto de su vida». La suya consistía en reconstruir la vida intelectual en Alemania y para ello necesitaba determinar qué tenía que hacer para arrancar esperanza de la derrota culpable. En agosto de 1945 mostró el tipo de vergüenza que describió Arendt en una conferencia cuyo objeto era celebrar la reapertura de la facultad de medicina de la Universidad de Heidelberg, donde Jaspers había vuelto a trabajar:

> Los supervivientes no estuvimos buscando la muerte. No salimos a la calle cuando se llevaron a nuestros amigos judíos, ni gritamos hasta que nos destruyeron a nosotros también. Preferimos seguir vivos con el pretexto débil, aunque justificado, de que, de todos modos, nuestra muerte no hubiera servido para nada. Que vivamos es culpa nuestra. Lo reconocemos ante Dios, un hecho que nos humilla profundamente.

A diferencia de Curtius, Jaspers estaba decidido a incluirse entre los alemanes culpables, si bien resultaba inevitablemente difícil dar con el justo medio entre recriminarse a uno mismo y el análisis. Y sus opiniones le habían granjeado el respeto de los ocupantes. Su exalumno Golo Mann había llegado unos días antes, contento de reunirse con su maestro, al que encontró «muy pálido, delgado y viejo». Mann dijo a un amigo que Jaspers era una de las pocas personas de Alemania que no se habían convertido en «extranjeros raros y poco atractivos» para él, y añadió que los oficiales norteamericanos visitaban con frecuencia al profesor de filosofía y le pedían que les explicara Alemania[284].

Jaspers se conmovió al leer el ensayo de Arendt en diciembre y dijo a la autora que le había hecho sentir que estaba «respirando el aire que tanto anhelo: franqueza y justicia y un amor oculto que apenas se permite la expresión por medio del lenguaje». Persuadió al director de *Die Wandlung* (revista nueva que Jaspers había fundado con tres colegas) para que tradujese el ensayo al alemán y lo publicase en abril de 1946. El ensayo de Arendt dio lugar en parte a los pensamientos que culminaron en una serie de conferencias en el invierno de 1945-1946 que Jaspers publicaría con el título de *Die Schuldfrage* [La cuestión de la culpa alemana] en 1946. Aquí distinguía entre culpa criminal, política, moral y metafísica, y sugería que la culpa política era colectiva (era el tipo de culpa que a la sazón se juzgaba en Nuremberg) mientras que la culpa metafísica era universal (y conducía a la vergüenza que describiera Arendt[285]).

Arendt se mostró escéptica ante las opiniones de Jaspers. En agosto de 1946 se le quejó de que su definición de la política nazi como crimen («culpa criminal») parecía insuficiente. «Los crímenes nazis, me parece a mí, destruyen los límites del derecho, y eso es justamente lo que los hace monstruosos. Para estos crímenes, ningún castigo es suficientemente riguroso». En opinión de Jaspers, la respuesta de Arendt conllevaba el peligro de elevar la culpa de los nazis por encima de lo criminal y, por consiguiente, dotarla de «grandeza» perdiendo de vista su banalidad. Veía los procesos de Nuremberg con mejores ojos que Arendt. En el ensayo de enero de 1945 Arendt había afirmado explícitamente que «no nos ayudarán ni una definición de los responsables ni el castigo de los “criminales de

guerra”». El mal debían combatirlo personas «llenas de auténtico temor a la ineludible culpa de la raza humana». En la carta de agosto de 1946 se quejó a Jaspers de que aunque los aliados ahorcaran a Göring, sería del todo insuficiente. La culpa de los líderes nazis rebasaba y rompía todos los regímenes jurídicos, de ahí la petulancia que mostraban en el banquillo[286].

Tanto si se veía como algo que aquejaba a los alemanes como si se creía que era algo que afectaba a toda la humanidad, la culpa no proporcionaba un buen modelo práctico para la vida. Por tanto, no es extraño que los que se preocupaban políticamente por la realidad de la Alemania de la posguerra tendieran a rechazar el concepto de culpa colectiva y a tener en cuenta la posibilidad de que existiera el alemán bueno, toda vez que necesitaban que quedasen algunas personas que gobernaran Alemania. A pesar de ello, seguían insistiendo en que era necesario un reconocimiento general de la responsabilidad, aunque fuera solo como primer paso hacia la reeducación.

La retórica de los aliados, tanto los occidentales como los del Este, puso de manifiesto las contradicciones de estas posturas simultáneas. Como comunista recién llegado de la Unión Soviética, Johannes Becher era en cierto modo afín a la postura soviética en el sentido de que los alemanes eran las primeras víctimas de Hitler (opinión que también postulaba públicamente Bertolt Brecht) y que necesitaban más una reforma de la sociedad que una reforma del individuo. En el primer número de su revista *Aufbau*, publicado en enero de 1946, Becher alabó al tribunal de Nuremberg por procesar a los líderes nazis y declaró: «Damos testimonio de los monstruosos crímenes cometidos por los criminales de guerra nazis contra nosotros, el pueblo alemán». Becher afirmó no solo que todos los soldados que habían muerto fueron víctimas del engaño político perpetrado por los nazis, sino también que «lo que se hizo a los judíos se nos hizo a *nosotros*», aunque añadió que era necesario que Nuremberg fuera «acompañado de un juicio *interior* al que todos los alemanes debían someterse a sí mismos» y que probablemente se encontrarían con que nadie estaba libre de culpa. Al hablar de sus compatriotas con visitantes extranjeros, sin embargo, Becher se mostraba más desdeñoso. Entrevistado por William Shirer, Becher se quejó de la falta de culpa entre los supervivientes y afirmó que la «falta de

vida del alma alemana» era mucho peor que las ruinas físicas de las ciudades bombardeadas. Le había causado una fuerte impresión ver que muchos alemanes lamentaban más «la pérdida de sus pisitos y sus horribles muebles» que la pérdida de vidas humanas. En su opinión, la necesidad de calentarse y cobijarse no autorizaba al pueblo alemán a tener «almas muertas y mentes imbéciles y ni el menor deseo de reparar sus espantosos crímenes»[287].

Estas contradicciones también se hallaban presentes en la retórica y la política de las fuerzas de ocupación. En teoría, todos los aliados tenían en cuenta la posibilidad de que existiese el alemán bueno. Hasta Morgenthau y Vansittart veían a los alemanes como gente que mostraba comunalmente el vicio del militarismo rabioso en lugar de considerarlos colectivamente culpables en un sentido más metafísico. Pero a medida que las fuerzas aliadas liberaban un campo de concentración tras otro y examinaban los horrores sistemáticos perpetrados por los alemanes, crearon una retórica que daba a entender la existencia de una culpa colectiva. «*Diese Schandtaten — Eure Schuld!*». [Estas atrocidades — ¡culpa vuestra!], proclamaban los carteles que mostraban imágenes de los campos de concentración a los habitantes de las poblaciones que lindaban con ellos. En la edición definitiva de *Die Todesmühlen* la palabra «nazis» había sido sustituida por «alemanes» en el comentario que subrayaba la responsabilidad y la culpa de todos los alemanes. No tiene nada de extraño que como mínimo uno de los fiscales de Nuremberg procesara a toda la nación alemana junto con sus líderes.

8

«¡Dejad vivir a Alemania!»

Luchando por la paz: marzo-mayo de 1946

La exposición de las acusaciones alegadas por los fiscales en Nuremberg terminó por fin el 7 de marzo de 1946, setenta y tres días después de su inicio. Tras cinco largos meses de invierno, las temperaturas empezaban a ser más benignas, pero la mayoría de los alemanes estaban débiles a causa del frío y del hambre y el abastecimiento no daba señales de mejorar. A finales de marzo las raciones habían disminuido hasta quedar en 1275 calorías en la zona estadounidense y 1043 en la británica. El escritor Ernst Jünger se quejó de que eran la mitad de lo que habían sido un año antes. «Esto es una sentencia de muerte para muchos que hasta ahora han tenido que hacer grandes esfuerzos solo para ir tirando, sobre todo niños, ancianos y refugiados[288]».

En Gran Bretaña y Estados Unidos, el gobierno y el público veían con creciente temor que la situación en Alemania continuaba siendo desesperada. A comienzos de enero, John Dos Passos había publicado en la revista *Life* un artículo titulado «Americans are Losing the Victory in Europe» [Los norteamericanos están perdiendo la victoria en Europa] en el que hablaba de «una de esas experiencias que te hacen pensar». Se refería a verse convertido en el blanco de las miradas acusatorias de los europeos que pensaban que los norteamericanos habían contribuido a barrer el hitlerismo, pero que habían infligido un remedio que era peor que la enfermedad. Los norteamericanos les decepcionaban por su manera de llevar el asunto de las personas desplazadas y el de los mercados negros y por su «torpe timidez» al tratar con los rusos. Al cabo de unos días, el ex

primer ministro Winston Churchill advirtió a la Cámara de los Comunes que Gran Bretaña no podía permitir que el caos y el sufrimiento continuasen indefinidamente en su zona de Alemania: «La idea de mantener a millones de personas esperando sin hacer nada en un estado infrahumano situado entre la tierra y el infierno, hasta que acaben reducidas a la condición de esclavos o abracen el comunismo, no hará más que generar como mínimo una plaga moral y probablemente una guerra real […]. ¡Dejad vivir a Alemania!»[289].

Churchill tenía presente la situación de Alemania cuando el 5 de marzo pronunció un discurso en Fulton, Missouri, y anunció que «de Szczecin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, un telón de acero ha descendido de una parte a otra del continente». Condenó no solo la instauración de gobiernos totalitarios en Europa oriental y la Unión Soviética, sino también las «enormes e injustas usurpaciones que a costa de Alemania» llevaba a cabo el gobierno polaco dominado por los rusos. «Ciertamente no es esta la Europa liberada por cuya construcción combatimos», se quejó; «y tampoco es una Europa que contenga los elementos esenciales de la paz permanente[290]».

En Nuremberg, los acusados se alegraron muchísimo al leer las noticias relativas al discurso de Churchill justo cuando estaba a punto de terminar la exposición de las acusaciones. Inmediatamente concibieron la esperanza de que la ruptura entre los aliados occidentales y la Unión Soviética se acentuara y los británicos y norteamericanos reconocieran a los antiguos líderes nazis como camaradas. Albert Speer recordaría más adelante cómo se apoderó de ellos «una excitación tremenda». Hess dejó de hacerse el amnésico y recordó a los demás que con frecuencia había predicho un gran punto de inflexión que acortaría el juicio, tras lo cual serían rehabilitados. En consecuencia, estaban relativamente animados cuando el 8 de marzo llegó el turno de la defensa. Y la sala del tribunal volvió a llenarse de espectadores que compartían el buen humor de los acusados y albergaban la esperanza de que el tribunal estuviera a punto de recuperar la teatralidad ahora que los nazis mismos iban a sentarse en el banquillo de los testigos[291].

La pintora británica Laura Knight había llegado a Nuremberg en enero y disfrutó contemplando cómo Göring iniciaba su actuación el 13 de marzo. Knight había sido nombrada pintora oficial británica para el juicio; su trabajo se expondría en la Royal Academy de Londres el verano de aquel mismo año. Mujer enérgica de sesenta y ocho años de edad, estaba habituada a encontrarse cerca de donde pasaban las cosas; en la década de 1920 había viajado con un circo y, además de dibujar y pintar a los artistas, había aprendido a hacer acrobacias. Durante la guerra había estado ocupada como artista del War Artists' Advisory Committee [Comité Asesor de los Artistas de Guerra] levantando la moral con sus cuadros de trabajadores fabriles y combatientes. A su llegada a Nuremberg no le había gustado la vista que se divisaba desde la tribuna de espectadores y se alegró de que le asignaran un palco vacío destinado a radiofonistas que quedaba directamente encima del banquillo de los acusados. Allí, entre dibujo y dibujo, de vez en cuando se envolvía en una gran manta de lana de las Shetland que había traído consigo y se dormía. Al igual que para David Low, para Knight el juicio era principalmente un espectáculo visual. La piel rosada y blanca de Göring contrastaba con la palidez verde de Hess; los cascos blancos de los «campanillas blancas» y las numerosas hojas de papel esparcidas por la sala parecían una nevada. Knight tenía que recordarse a sí misma que el drama que se interpretaba ante ella no era una obra de teatro: «Que al bajar el telón el elenco que se sienta en el banquillo no lo deja todo a un lado, se va derecho al camerino y se quita el maquillaje»[292].

Ahora, sin embargo, estaba atenta a los detalles de lo que ocurría en el banquillo. Göring prestó declaración durante doce horas con muy pocas interrupciones por parte de los jueces. Se mostró inteligente y enérgico en todo momento y utilizó su turno en el banquillo de los testigos para demostrar su heroísmo en lugar de probar su inocencia. Para ello tenía que hacerles el juego a sus acusadores. Reconoció con orgullo que había destruido la oposición al nazismo, que había aplastado «supuestas libertades», organizado mercados negros en países ocupados y ayudado a eliminar judíos de la esfera pública. Pero con ello se ganó el respeto de sus oyentes y lanzó algunas pullas feroces contra los aliados. Cuando le preguntaron si los alemanes habían cometido pillajes en Rusia, respondió

que sí, pero que al menos ellos no habían «desmontado toda la economía rusa para llevársela» como habían hecho los rusos con la alemana; al preguntarle si Hitler era el jefe de Estado, del gobierno y de las fuerzas armadas, replicó que por supuesto, «siguiendo el ejemplo de Estados Unidos»[293].

El interrogatorio de Jackson fue un triunfo para Göring. Cuando las preguntas eran demasiado generales, este, con aire condescendiente, las subdividía en secciones específicas. En un momento dado Jackson presentó un documento que supuestamente describía la «liberación de Renania» y resultó estar relacionado con la «limpieza del Rin». Avergonzado, Jackson contestó que al menos el documento mostraba una planificación «que debía ocultarse por completo a las potencias extranjeras», a lo cual Göring respondió diestramente: «Que yo recuerde, nunca he podido leer de antemano la publicación de los preparativos de movilización de Estados Unidos». Como siempre, Biddle disfrutó viendo el malestar de su compatriota. Cuando el fiscal suplente británico David Maxwell-Fyfe se hizo cargo del interrogatorio el 20 de marzo, Biddle dijo a su esposa que Jackson estaba «sentado al lado, infeliz y vencido, con sensación de fracaso». Con el interrogatorio de Maxwell-Fyfe, que fue más incisivo, Göring se mostró menos satisfecho de sí mismo. Ahora parecía más bien un bravucón pueril después de descubrirse que detrás de su fanfarronería se ocultaba el miedo[294].

Knight se encontró con que las conversaciones en el bar del Grand Hotel giraban todas las noches en torno a Göring. «¿Qué os pareció la respuesta de Göring?», preguntaba la gente. «¡Parece el tipo de persona con la que te gustaría pasar una velada!», comentaban otros. Knight examinó su físico, al prepararse para pintar a los acusados. Se fijó en que la cabeza y la cara eran grandes, que no tenía cuello, que el cuerpo era enorme y las piernas y los brazos, cortos. El uniforme de color gris claro de mariscal del Reich le quedaba muy holgado, señal de que había perdido mucho peso. Al igual que a muchas otras personas presentes en la sala, le impresionó su magnetismo. «Qué bien para la humanidad podría haber sido de haberse inclinado por algo que no fuera el mal», escribió en su diario. Knight se sintió conmovida por las pequeñas luchas humanas que tenían lugar en

aquellos hombres que pronto serían condenados a muerte. Desde hacía algún tiempo Hess se negaba a comer, deseoso, al parecer, de morir mártir. Era el único preso que no se traía un tentempié para el descanso de las once, y en una ocasión Göring partió por la mitad su propia galleta, que era grande, e intentó en vano que comiera un poco de ella[295].

La *suite* de Knight en el Grand Hotel se había construido para Hitler. La cama era la más cómoda de todas las camas en las que había dormido en su vida, con una inmensa almohada de plumón y un enorme edredón (Knight, que procedía de un mundo de mantas, dijo con admiración que era una «almohada de plumón todavía más enorme sobre mi cuerpo»). A veces se preguntaba si Hitler había reclinado la cabeza, «tan incómoda con la corona mal ajustada», en su almohada. Al igual que Lee Miller, se ponía nerviosa a la vez que se sentía fascinada al entrar en el mundo sensual del hombre responsable de la devastación que veía con sus propios ojos y de la que oía hablar todos los días. Le parecía extraño dormir tan bien con la cabeza sobre la almohada de Hitler cada noche, «después de pasar el día escuchando los horrores provocados por su descenso del idealismo de sus comienzos a aquella ambición desmesurada»[296].

Knight pasaba las veladas con el mayor canadiense Peter Casson, de la Junta de Crímenes de Guerra británica, encargado de atender a los visitantes británicos importantes. Juntos visitaban las ruinas de Nuremberg y contemplaban los montones de escombros debajo de los cuales se habían construido «hogares». Entraron en un edificio que parecía una casa de muñecas con la fachada abierta de par en par. Únicamente el tercer piso estaba casi intacto y allí encontró Knight una cama y un bebé en una cuna colocada peligrosamente cerca de la fachada abierta del edificio. Un hombre y una mujer comían sobras y Knight se sintió culpable al compararlas con los alimentos exquisitos que consumía todas las noches. El contraste entre los dos mundos hacía que la frenética vida social de los aliados resultara irreal, debido en no poca medida a que nadie podía olvidar el juicio del que trataban de escapar. Una noche cenaron en la villa de Lawrence, donde hablaron brevemente de Picasso, pero se encontraron con que la conversación volvía una y otra vez a la sala del tribunal. «Estamos sentados al lado de la muerte, de la muerte de millones de personas,

dondequiera que estemos», escribió Knight en su diario. Le impresionó que Norman Birkett se compadeciera de los acusados, a los que parecía incapaz de olvidar[297].

A veces Knight y Casson asistían al espectáculo que daban todas las noches en el Grand Hotel y a Knight le parecía que lo montaban para evitar que los visitantes sufrieran una crisis nerviosa. Más avanzado el verano, el funcionario e historiador John Wheeler-Bennett llegó a Nuremberg para ayudar a los fiscales y se horrorizó al ver el contraste entre la opulencia del hotel y la penuria de los alemanes que literalmente aplastaban la nariz contra los cristales rajados para ver a los ocupantes. «En el interior, nosotros, los vencedores que en ese momento procesábamos a sus líderes, nos divertíamos de una manera ciertamente vulgar y prácticamente insensible». Knight pasaba de criticar la vulgaridad a abrazarla. Una noche llevó a un joven militar canadiense llamado Edward Clare a cenar en el Grand Hotel y luego desapareció tras decir que tenía que hablar con unas personas. Clare se retiró al bar, donde de repente oyó un redoble de tambor y vio que habían despejado rápidamente la pista de baile. Iluminada por un solo foco, Knight apareció en medio de la pista; sin mediar ninguna introducción, hizo ágilmente una voltereta hacia atrás. Salió de la pista, las luces volvieron a encenderse y el baile empezó de nuevo. Knight dijo a Clare que un viejo amigo había apostado con ella a que ya no podría hacer la voltereta que en otro tiempo le salía tan bien[298].

En otra ocasión, durante un espectáculo de *cabaret* se rompió la cuerda floja y Casson corrió a ayudar a la funámbula, que había aterrizado en la pista. Resultó que la chica conocía a Knight y era la prometida de un caballista que montaba sin silla y con cuya *troupe* la pintora había viajado por Inglaterra años atrás. Casson y Knight fueron en un *jeep* militar a pasar una velada con la gente del circo. Durante unas horas bailaron, comieron pasteles y bebieron vino blanco mientras sus nuevos amigos hacían acrobacias sobre la alfombra delante de la chimenea y tocaban la guitarra. Parecía que por fin se habían escapado de la presencia de la muerte.

Los dibujos de Knight estaban casi terminados. Los enseñó al novelista Evelyn Waugh, que llegó a Nuremberg el 31 de marzo. Había una serie de apuntes para un cuadro de los acusados en el banquillo y una colección de

dibujos de jueces y abogados británicos. Había empezado a pintar un cuadro en el que los presos aparecían sentados en el banquillo sobre un fondo de cadáveres y edificios en llamas. Durante su encuentro con Waugh, Knight le preguntó repetidas veces: «No le parecen una ilustración , ¿verdad?». Waugh intentó decirle que le gustaba la «ilustración», pero pensó que «era evidente que los gustos de la pobre chica habían sido pervertidos por Roger Fry»[299].

De hecho, el cuadro no es mera ilustración. Knight imprimió en él una visión muy personal. El lienzo aparece dominado por construcciones de líneas y colores que tal vez hubiesen merecido la aprobación de Roger Fry: las líneas severas de los bancos, todas ellas apuntando hacia arriba, hacia la destrucción; la nevada de cascos y papeles blancos imitando las líneas, más rectas, de los asientos. La perspectiva del cuadro es la vista aérea desde el palco de Knight y hace que los acusados y sus abogados defensores se vean extrañamente pequeños y oscuros y permiten que los edificios en llamas de arriba den la impresión de estar a punto de elevarse y subsumir las figuras que hay en primer término y que son más luminosas. Los acusados mismos son tan corrientes como parecen en las caricaturas de Low: leyendo y escribiendo, las piernas cruzadas o abiertas, Walther *Funk* con la cabeza entre las manos. Sin embargo, sobre el fondo de horror apocalíptico los hombres parecen más terribles y quizá también más dignos de lástima por ser tan normales.

Knight había pintado el cuadro con el propósito de transmitir «la sensación que no soy yo la única en experimentar, sino que aquí experimenta todo el mundo» y que le resultaba difícil describir como no fuera diciendo que contenía un grado significativo de lástima: «Lástima, tal vez, al ver que el ser humano es capaz de caer tan bajo como han caído algunos de estos pobres seres». Esta lástima parece infundir el cuadro y permite a su autora dotar a cada uno de los acusados de individualidad. Pero al mismo tiempo Knight nos recuerda la devastación que estos hombres normales han causado. Los edificios en llamas y el mar de huesos parecen desbordar los límites de la sala del tribunal y a la vez invadirla; los acusados son más aterradores porque pueden parecer vulgares pese a causar tanta destrucción[300].

Knight juzga con benevolencia, contempla los crímenes de los acusados de frente al mismo tiempo que también recuerda su humanidad. Pero quizá hace también alusión al posible significado del juicio utilizando para ello la composición. Podría decirse que colocando la ciudad incendiada en la parte superior del cuadro, en vez de en la parte inferior, deja al espectador con la sensación de que los acusados y sus abogados son intrusos en la ciudad. Es una ciudad en la cual algunos edificios siguen en pie. Con sus torres de color pastel, es más una visión de ruinas románticas que de ruinas arrasadas. Tal vez el acto de justicia que se presenta en primer término se desbordará hacia arriba, penetrará en la ciudad y señalará el camino para avanzar hacia la reconstrucción[301].

El encuentro de Evelyn Waugh con Laura Knight tuvo lugar durante una visita de tres días que hizo a Nuremberg en calidad de invitado ilustre. El novelista se alegró de tener la oportunidad de escapar del «maldito suelo» de la Inglaterra laborista de la posguerra, pero no se tomó las cosas muy en serio. Al igual que a Knight, le llamó la atención la anomalía que representaba que el hotel de lujo y los tribunales de justicia presidieran hectáreas de escombros que hedían a cadáver, pero, a diferencia de ella, le pareció un «espectáculo surrealista». Para Waugh el juicio guardaba un parecido cómico con el aula. Göring tenía el atractivo matronil de Tito; Von Ribbentrop, sentado ahora en el banquillo de los testigos, era como un desaseado maestro de escuela al que están tomando el pelo: «Sabe que no se sabe la lección y sabe que los chicos lo saben. Acaba de salirle mal la suma en la pizarra y le están increpando. Ha perdido el empleo, pero alberga la patética esperanza de que si consigue aguantar hasta que termine el trimestre, puede que le den referencias y encuentre trabajo en una escuela peor. Miente de forma bastante instintiva y sin motivo sobre asuntos bastante importantes». A Waugh le gustaba comer con Lawrence, al que encontraba «un hombre muy agradable interesado por la cría de ganado», y regresó a Inglaterra menos seguro que antes de que los juicios eran una «farsa imprudente»[302].

La impresión de Waugh de que en Gran Bretaña todo el mundo desdeñaba los juicios no era totalmente fiel a la realidad, pero era cierto que se tomaban menos en serio. Justo antes de que comenzaran las sesiones,

George Orwell había publicado un texto titulado «Revenge is Sour» [La venganza es agria] en el que se quejaba en el sentido de que la idea de venganza y castigo era «una quimera pueril». Tan pronto como dejabas de ser impotente, el deseo de venganza se evaporaba y se volvía patético y repugnante. En opinión de Orwell (y le motivaban, por supuesto, sus propias experiencias en Alemania), esto era lo que sucedía ahora en Gran Bretaña. «Si en alguna medida el gran público de este país es responsable del monstruoso acuerdo de paz que se está imponiendo a Alemania, se debe a no haber previsto que castigar a un enemigo no produce satisfacción alguna». Orwell estaba seguro de que el hombre de la calle británico no sabía de qué crímenes se acusaba a Göring o a Von Ribbentrop. Esto se debía a que el castigo de estos monstruos resultaba menos atractivo ahora que era posible y también a que encerrados bajo llave casi habían dejado de ser monstruos[303].

El argumento de Orwell era un tanto espurio. La venganza no era el objetivo principal de los aliados y Orwell no ofrecía otra opción; al igual que Arendt, había convertido los juicios en un asunto metafísico en vez de práctico. Pero Orwell opinaba que alimentar a los alemanes que pasaban hambre era más importante que castigar a los nazis derrotados. A principios de 1946 empezó a apoyar públicamente una campaña nueva, «Save Europe Now» [Salvad a Europa Ahora] que había comenzado en Gran Bretaña y tenía por objetivo lograr que se incrementara el suministro de alimentos a Europa. El movimiento lo había iniciado en septiembre Victor Gollancz, que era un frenético partidario de causas impopulares y había decidido concentrar su energía en Alemania. A comienzos de la década de 1930, Gollancz y el Left Book Club [Club del Libro de Izquierdas] que fundara en 1936 se habían concentrado en apoyar el comunismo. Desilusionado con el Partido Comunista en 1938, había decidido que su misión era revelar la realidad que se ocultaba detrás de la propaganda de dicho partido al mismo tiempo que pregonaba las virtudes de la Unión Soviética y abogaba por una alianza anglo-rusa. Desde 1940 venía luchando contra las afirmaciones de Vansittart sobre el militarismo colectivo de los alemanes a la vez que llevaba a cabo una campaña a favor de los judíos europeos.

Las ideas políticas de Gollancz siempre fueron personales y en la compasión que sentía por los judíos en su difícil situación había un sentimiento de culpa porque en su adolescencia había rechazado su propia ascendencia judía. Disconforme con las mezquinas limitaciones del judaísmo ortodoxo, había aceptado las enseñanzas del cristianismo y despreciado a los judíos con los que tenía trato en Londres (aunque él mismo se casó con una judía) hasta que en 1942 se percató de la magnitud de la amenaza que el nazismo representaba para los judíos y empezó a hacer campaña contra el antisemitismo. Se obligó a sí mismo a conservar la pasión por la causa dedicando media hora antes de cada conferencia a «sentirse» en la situación de las personas internadas en Dachau o Buchenwald: «Una noche me gaseaban en una cámara de gas, la noche siguiente ayudaba a los demás a cavar nuestra propia fosa común y luego esperaba el tableteo de una ametralladora». Este proceso extrañamente obsesivo y masoquista acabó provocando una crisis nerviosa en junio de 1945. Pasó tres semanas sin dormir y aparecieron varios síntomas físicos en su cuerpo. Pero se recuperó lo suficiente para escribir folletos a favor del sionismo en las últimas etapas de la guerra, para luchar contra los conservadores tras las elecciones generales de julio y para poner en marcha, en la primavera de 1945, una campaña a favor de los alemanes que pasaban hambre[304].

En un folleto titulado «What Buchenwald Really Means» [Lo que Buchenwald significa realmente], escrito en abril de 1945, Gollancz explicó que no todos los alemanes eran culpables de las atrocidades que se habían descubierto en Buchenwald. Centenares de miles de personas heroicas que no eran judías habían sido perseguidas por oponer resistencia al nazismo y millones de alemanes lo habían aceptado a causa del terror ejercido sobre ellos. Al modo de ver de Gollancz, la teoría de la culpa colectiva era una barbaridad. Ezequiel había hablado contra ella en el Antiguo Testamento («el hijo no llevará el pecado del padre»); Cristo había insistido en que cada hombre cargara con la responsabilidad de su propia alma. Convencido de que el gobierno laborista de Attlee no estaba dispuesto a restringir las raciones en Gran Bretaña con el fin de poder enviar más alimentos a Alemania, en septiembre de 1945 Gollancz hizo un llamamiento por escrito

a una serie de periódicos que firmaron varias figuras prestigiosas, entre ellas el obispo pacifista George Bell, la diputada Eleanor Rathbone y el filósofo Bertrand Russell. Describió las condiciones que había en Berlín y la situación de los alemanes desplazados que recorrían el país sin rumbo fijo, e insistió en que «si llamamos la atención sobre esta inmensa tragedia no es, por supuesto, porque no nos demos cuenta de los graves sufrimientos que padecen nuestros aliados», sino porque veían el problema europeo como un problema comunal. Albergaba la esperanza de que la mayoría del pueblo británico se mostraría dispuesta a sacrificar parte de sus propias raciones en beneficio de los alemanes y pedía que quienes estuvieran dispuestos a hacerlo enviasen una postal a «Salvad a Europa Ahora»[305].

Un opúsculo de «Salvad a Europa Ahora» fechado en enero de 1946 incluía un extracto de un artículo que Peter de Mendelssohn había publicado en *The Observer* el mes anterior y que describía el negro y siniestro estado de ánimo que imperaba en Alemania: «Con la súbita llegada del frío glacial del invierno, se han endurecido las mentes y los temperamentos». Muchos políticos temían apoyar la campaña, preocupados por la posibilidad de que la gente pensara que quitaban alimentos a las amas de casa británicas para dar de comer a criminales de guerra alemanes. Pero cada vez eran más las personas que en Gran Bretaña compartían el parecer de Churchill de que una Alemania azotada por el hambre sería no solo un desastre humano, sino también una peligrosa plaga moral. Así pensaban alrededor de cien mil personas que en la primavera de 1946 ya habían enviado postales a «Salvad a Europa Ahora». También era el punto de vista que Humphrey Jennings proponía en *A Defeated People*, que se estrenó en marzo y fue elogiada en el *Daily Telegraph* por mostrar la vida en la zona británica con comprensiva mesura: «El tono está agradablemente libre de triunfalismo, y haría falta una raza mucho más vengativa que la nuestra para no sentir compasión al ver mujeres cocinando en medio de las ruinas y multitudes examinando enormes tableros llenos de nombres de personas desaparecidas». La película de Jennings mostraba la compasión que también se hacía evidente en la exposición «Germany Under Control» [Alemania bajo control] que se preparaba en aquellos momentos para inaugurarla en Londres en el verano con el propósito de convencer al

público británico de la necesidad de seguir costeando la ocupación de Alemania[306].

La película y la exposición eran necesarias. Muchos británicos refunfuñaron cuando el ministro de Hacienda anunció en abril que el coste de la ocupación de Alemania durante el próximo año ascendería a 80 millones de libras. Pero los mensajes que recibía el público eran diversos. El 4 de abril de 1946 el ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, firmó un certificado que declaraba que «Su Majestad continúa en estado de guerra con Alemania». A preguntas de un sorprendido asesor jurídico de la Comisión de Control, Bevin respondió que «no habiendo hecho las potencias aliadas ningún tratado de paz o declaración que pusiera fin al estado de guerra con Alemania, Su Majestad todavía se encontraba en estado de guerra con Alemania, aunque, en conformidad con lo que se estipula en la declaración de rendición, todas las hostilidades activas han cesado»[307].

Esto puso a la Comisión de Control en una posición extraña: aparentemente los aliados eran la suprema autoridad gobernante en un país con el que, rigurosamente hablando, estaban en guerra. Gollancz siguió haciendo campaña a favor de Alemania e instó de manera especial a que se permitiera a los británicos enviar a título personal paquetes de alimentos para ayudar a los alemanes y a que se introdujera el racionamiento del pan en Gran Bretaña. El diputado laborista John Strachey, que en mayo fue nombrado ministro de Abastos, se mostró en principio de acuerdo en lo que se refería a enviar paquetes de alimentos, pero encontró oposición en el seno del gabinete.

Los norteamericanos estaban en general más dispuestos que los británicos a financiar la ocupación de Alemania. Estados Unidos no había sufrido la guerra en su propio suelo; su economía era más estable que la de Gran Bretaña. Y en Estados Unidos era más acuciante el temor a que la debilidad de Alemania redundase en beneficio de la Unión Soviética. Era este temor lo que motivaba al secretario de Estado norteamericano, James Byrnes, cuando en abril se reunió en París el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores que se había creado en Potsdam. Byrnes hizo hincapié en que los aliados debían dejar de despojar a Alemania de sus activos y, en

vez de ello, utilizar los recursos alemanes en beneficio del conjunto del país. El general Lucius D. Clay, gobernador militar de la zona estadounidense, suspendió inmediatamente todos los embargos en concepto de reparaciones en su zona, pero ninguno de los demás gobernadores siguió su ejemplo. Bevin dijo a Clay que los británicos no podían emular abiertamente a los norteamericanos porque no querían dar la impresión de que actuaban en connivencia con ellos contra los rusos. En realidad, muchos funcionarios británicos todavía no estaban preparados para suspender las reparaciones; aún quedaban astilleros y arsenales que debían destruirse para evitar que Alemania continuara siendo una competidora problemática en este terreno.

Con la cuestión del futuro de Alemania convertida ahora en objeto de debate apremiante, muchas figuras británicas influyentes tenían vivos deseos de viajar a Alemania para examinar la situación por sí mismas. El escritor y exdiputado Harold Nicolson (marido de la novelista Vita Sackville-West) llegó a Nuremberg el 30 de abril, justo cuando se iniciaba la defensa de Hjalmar Schacht, ministro de Economía de Hitler. Nicolson se tomó el juicio más en serio que Waugh, sin bien le daba reparo la perspectiva de observar cómodamente a unos hombres «atrapados como ratas en una ratonera». Como consejero de la embajada británica en Berlín en la década de 1920, Nicolson había conocido personalmente a algunos de los jerarcas nazis. Aunque Von Ribbentrop no le había caído bien, lamentó verle humillado, mientras que Schacht había sido amigo personal suyo. Ahora, al igual que a muchos otros visitantes, el aspecto desaliñado de los acusados le causó una fuerte impresión: «Parecen que hayan viajado tres noches consecutivas en un vagón de tercera»[308].

Alojado en la villa de Birkett, Nicolson comía trucha para desayunar. Durante la tarde de su segundo día en Nuremberg deambuló entre las ruinas y las encontró melladas como la vieja quijada de un camello en el desierto. Nicolson se daba cuenta de que los habitantes de la ciudad le echaban miradas hostiles y pensó que, de haber sido uno de ellos, no hubiera sentido «nada más que odio eterno a los que habían destruido mi preciosa ciudad». Durante una cena con Biddle («un norteamericano agradable, de tipo social») se enteró de que Birkett y Biddle tenían esperanzas de que

escribiese un libro sobre el juicio. A Nicolson no le apetecía hacerlo, pero sí escribió un artículo que se publicó en *The Spectator* en mayo y en el que declaraba que sus ideas preconcebidas acerca de este «asombroso juicio» habían resultado incorrectas. Se había formado una idea falsa del ambiente y subestimado los silencios. No había adivinado que el elemento más impresionante de la sala del tribunal sería la sensación de serenidad que la dominaba. Había creído encontrar un juicio punitivo y, en vez de ello, había resultado que lo que tenía lugar en la sala era «la serena apreciación y afirmación de profundos valores humanos». Y estaba convencido de que el juicio era valioso porque sentaría un precedente judicial y dejaría constancia de la historia del nacionalsocialismo: «En la sala del tribunal de Nuremberg sucede algo más importante que el procesamiento de unos cuantos prisioneros capturados. Lo inhumano se confronta con lo humanitario, la crueldad con la equidad, la ilegalidad con la justicia paciente y la barbarie con la civilización»[309].

El artículo de Nicolson fue uno de los asuntos que se tocaron en un debate sobre la eficacia de la intervención británica en Alemania. *The New Statesman* publicó en junio una carta de Evelyn Waugh que deploraba «la política consistente en hacer que los alemanes pasen hambre» y la prohibición del envío de paquetes de alimentos. A Waugh no le gustaba Gollancz, al que veía como un socialista hipócrita que había contribuido a crear un gobierno que, al nacionalizar la conciencia, había hecho que la caridad privada fuera imposible, pero apoyaba la campaña de «Salvad a Europa Ahora», impulsado por las escenas que había presenciado en Nuremberg. Aquel mes voces opuestas pidieron en la prensa y el Parlamento que se prestara más o menos ayuda a la nación derrotada, mientras en Alemania los británicos cumplían órdenes y en junio y julio destruían una serie de astilleros y arsenales en Hamburgo. Alarmados, los habitantes de la ciudad se quejaron diciendo que esto significaba que finalmente se ponía en práctica el Plan Morgenthau[310].

Sin embargo, el desmantelamiento ya no era habitual. Después de la reunión celebrada en París en primavera, los británicos y los norteamericanos coincidían en pensar que debían unirse para proteger económicamente a Alemania de la influencia soviética. En julio, James

Byrnes ofreció la fusión de la zona estadounidense con cualquier otra zona con fines económicos. Su ofrecimiento fue aceptado con prontitud por Gran Bretaña, aunque estaba por ver qué resultados tendría. Días antes se había introducido el racionamiento del pan en Gran Bretaña. Gollancz y sus partidarios estaban encantados, pero gran parte del pueblo británico se preguntaba con rabia exactamente qué había ganado haciendo la guerra y *The Daily* Mail informaba de que el racionamiento del pan era «la medida más odiada que nunca se haya presentado al pueblo de este país». Los políticos británicos eran conscientes de que podían unirse a los norteamericanos solo si la más rica de las dos naciones estaba dispuesta a pagar la mayoría de los costes[311].

Mientras Gollancz hacía campaña para que el público británico fuese más comprensivo con Alemania, Erika y Klaus Mann instaban a sus lectores a continuar juzgando a los alemanes con dureza. Erika había vuelto al juicio de Nuremberg en marzo, esta vez con un diagnóstico de pleuresía. Seguían exasperándole los alemanes en general y le indignaba de manera especial la indulgencia con que se trataba a las figuras de la cultura alemana que habían colaborado con los nazis pero a las que ahora había que desnazificar rápidamente porque se las consideraba útiles.

A mediados de febrero los rusos habían pedido al director de orquesta Wilhelm Furtwängler que volviese a Alemania y ocupara de nuevo su antiguo puesto en la Filarmónica de Berlín. «Berlín llama a Wilhelm Furtwängler», proclamaba el titular del *Berliner Zeitung*, periódico controlado por los soviéticos. «Todos los que queremos edificar la nueva y democrática Alemania con espíritu de humanidad necesitamos el elevado símbolo de perfección artística […] por esto nosotros, por esto Alemania necesita al artista Wilhelm Furtwängler». Los alemanes exiliados en Estados Unidos, incluido Thomas Mann, protestaron inmediatamente por esta jugada y fueron apoyados por las autoridades de ocupación norteamericanas[312].

Durante el Tercer Reich, Furtwängler había hablado a favor de músicos judíos que, como Bruno Walter, tuvieron que irse de Alemania o se habían negado a afiliarse al Partido Nazi o a hacer el saludo nazi. Sin embargo, había ostentado el título de consejero del Estado prusiano en el Tercer Reich

(título fundamentalmente honorario) y dirigido para Hitler durante toda la permanencia de este en el poder. Había ofrecido un concierto a las Juventudes Hitlerianas en el que dirigió *Los maestros cantores de Nuremberg*, de Richard Wagner, la noche anterior a la concentración nazi de 1938, y en marzo de 1944 había dado un concierto en Praga con motivo del quinto aniversario de la ocupación de Bohemia y Moravia. Con el fin de poder dirigir en la Filarmónica, que quedaba en el sector estadounidense, Furtwängler necesitaba recibir un certificado de desnazificación (*Persilschein*) en Viena, Wiesbaden y Berlín. Los norteamericanos de Wiesbaden se mostraron reacios a exonerarlo y quedó claro que transcurriría algún tiempo antes de que pudiera resolverse el caso. A pesar de ello, llegó a Berlín en un avión ruso el 10 de marzo y fue recibido con gran ceremonia por Becher, que estaba dispuesto a creer que por lo menos se encontraba ante un alemán cuya alma estaba viva y le llevó a su antiguo piso en la faisanería del palacio de Sans-Souci de Potsdam.

Erika Mann se indignó a causa del asunto Furtwängler y también se puso furiosa por la aceptación que encontraban los «emigrantes interiores» que venían pidiendo el retorno de su padre. En la carta que escribió a Lotte Walter en enero criticaba que se adulara a «un poeta nuevo, un tío llamado Bergengruen», que había llegado al extremo de equiparar Alemania a Cristo. El poeta y novelista católico Werner Bergengruen era uno de los numerosos escritores que encuadraban la situación de Alemania en un apocalíptico marco cristiano en el cual la culpa específica quedaba inmersa en un sentido más general del pecado original del hombre. Aquel mismo año Erika Mann escribiría un artículo en el que rechazaba el término «emigración interior» por considerarlo un «pase gratuito». Los autores no tenían que probar que habían hablado contra los nazis, pero podían reivindicar la condición de emigrante espiritual[313].

A comienzos de mayo, Erika tuvo que volver a California para cuidar a su padre, al que iban a operar de cáncer de pulmón. Sus días de mariposeo por Europa habían terminado; a partir de ahora se quedaría en casa, sería la fiel ayudante de Thomas Mann y dejaría que Klaus siguiera luchando solo por recuperar una posición en Alemania. Agotada y desilusionada, Erika no lamentó tener que irse. Advirtió a sus padres que verían a «una señora

meditabunda, de cabellos blancos, a la que se le nota la tensión de la derrota en la victoria». Para Erika, al igual que para muchos de los vencedores de Alemania, el sabor de la victoria era cada vez más amargo debido a la intransigencia de los alemanes y también a que su fe en los norteamericanos flaqueaba progresivamente. Un par de meses antes había advertido a su padre que no viajase a Europa porque Alemania se lo «tragaría» y era un lugar «horrendo» aunque fuera solo para visitarlo. «Es triste, pobre, desmoralizada, corrupta y deprimente»; si se presentaba allí, sería utilizado «por los rusos contra los yanquis y por los franceses contra los Tommies»[314], y volvería a casa dolido y enfadado[315].

Al llegar a Los Ángeles, Erika escribió una serie de artículos en los que fustigaba a los alemanes y a sus vencedores y afirmaba incorrectamente que lo que se decía sobre una Alemania que pasaba hambre era propaganda y nada más. «Mientras que el resto de Europa, también Inglaterra, ha pasado hambre durante los seis últimos años, hasta ahora no han empezado los alemanes a sentir los efectos de la grave escasez de alimentos». Esta afirmación era patentemente falsa: los datos relativos a las calorías bastaban como testimonio de la situación desesperada de Alemania. Pero, al parecer, Erika creía sinceramente que los alemanes pasaban menos hambre de lo que decían y estaba convencida de que la autocompasión y el negativismo los hacían indignos de toda compasión. Dejó claro en sus artículos que ya no le quedaba mucha esperanza de que la reeducación de Alemania fuera posible; los alemanes parecían esperar únicamente una guerra entre los norteamericanos y los rusos. Y Erika se contaba entre los numerosos comentaristas que estaban preocupados porque una tercera guerra mundial parecía cada vez más probable, debido en parte a las agresivas pretensiones de superioridad moral de los norteamericanos[316].

En Italia, Klaus Mann se sentía inquieto al ver que su familia se estaba reagrupando en California sin él. Nadie le había suplicado que volviera y cuidara a su padre en su lecho de enfermo. En realidad, se enteró del buen resultado de la operación por un telegrama del editor de su padre y porque *Time* publicó una nota que decía que el gran hombre «descansaba cómodamente». «No sé qué le aqueja o le aquejaba en concreto y hasta qué punto él mismo está enterado de ello a estas alturas», se quejó Klaus a su

madre, ya que no estaba seguro de cómo escribir al enfermo. «Hazle llegar mis “afectos y enhorabuenas”[317]».

Klaus estaba preocupado porque su papel era cada vez más limitado, tanto en la familia como en la Europa de la posguerra. En su autobiografía, publicada en 1942, había manifestado explícitamente su esperanza de que después de la contienda hubiera un mundo «en el que personas como nosotros pudieran vivir, trabajar por él». Tenía la certeza de que un mundo creado por los victoriosos aliados «aceptaría y necesitaría» los servicios de hombres como él: «versados en varios idiomas y tradiciones, intermediarios experimentados […] precursores y agentes de la civilización supranacional que había que construir». Klaus imaginaba su posición en Alemania en términos similares a los de Stephen Spender, con la esperanza de que, como ciudadano norteamericano conocedor de la cultura alemana estaría en un lugar ideal para contribuir primero a la desnazificación y la reeducación y luego a la creación en Alemania de un ambiente cultural nuevo, abierto al mundo y europeo. Estas esperanzas se habían visto frustradas ahora, de forma más dramática en el caso de Klaus Mann que en el de Spender porque Klaus había depositado mayor número de ellas tanto en Alemania como en su papel allí. Y en el terreno artístico tenía muy poco en perspectiva. Una vez terminada su colaboración con Rossellini, había intentado poner en marcha sucesivos proyectos de películas, libros y revistas sin ningún resultado[318].

Aplicó su decepción resentida a una serie de artículos sobre Gustaf Gründgens, que volvió a los escenarios en mayo como protagonista de *The* Snob [El esnob], de Carl Sternheim, en el Deutsches Theater. Desde que había dejado de relacionarse con los Mann dos décadas antes, Gründgens había sido el actor teatral favorito tanto de la República de Weimar como del Tercer Reich. Su afortunada interpretación de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe en 1932 había inducido a Göring a nombrarle *Intendant* (director artístico) del Teatro Nacional, en parte para que Gründgens pudiese dirigir a Emmy Sonnemann, a la sazón amante del jerarca nazi, en su incipiente carrera de actriz. Al terminar la guerra, Gründgens fue detenido y encarcelado por las autoridades soviéticas, pero los nueve meses que pasó encerrado fueron un periodo relativamente privilegiado, toda vez que le

dieron permiso para dirigir un teatro improvisado en la prisión. Los rusos se habían dado cuenta de que sus habilidades podían aprovecharse mejor en el escenario público y lo transportaron directamente de la prisión al Deutsches Theater, donde iba a interpretar un papel nuevo.

The snob se estrenó el 3 de mayo con gran éxito de público y crítica. Hubo cinco minutos de aplausos antes de que Gründgens pudiese recitar siquiera las primeras frases y, al finalizar la representación, el escenario se llenó de flores. El crítico Walter Karsch atribuyó los aplausos tanto al éxito de la interpretación como a que el público estaba agradecido a Gründgens por crear una isla de serenidad artística fuera de la turbulencia política del Tercer Reich. Klaus Mann consiguió una entrada en el mercado negro y vio la obra en junio. En un artículo satírico titulado «Art and Politics», Mann se quejó de que si ahora el público podía ponerse en pie y ovacionar a Gründgens en un teatro de Berlín, los alemanes también deberían dar la bienvenida a Emmy Sonnemann si volvía a los escenarios. De hecho, «quizá alguien que fue gaseado en Auschwitz dejó alguna pieza teatral con la cual la estimada señora podría hacer su segundo debut. La buena mujer sin duda no sabía nada de Auschwitz… y, además, ¿qué tiene que ver el arte con la política?»[319].

Este artículo no fue solo un golpe personal a un examante, fue también una crítica a la separación de la cultura y la política en Alemania. «Canción política…, ¡canción inmunda!», empieza; «viejo refrán alemán…, viejo error alemán […] ¡como si el arte pudiese existir fuera del contexto social… independiente e inactivo, flotando en un vacío!». Aun en el caso de que el arte pudiese permanecer estéticamente puro, el artista no podría evitar formar parte de su tiempo: un ser humano y ciudadano obligado a obedecer las mismas leyes que sus contemporáneos menos dotados para el arte. Por consiguiente, no se le podría permitir que se librara de ser castigado por colaborar con gángsteres políticos. «¿Tienen los genios permiso de bufón?».

Klaus Mann distinguía a continuación entre diferentes clases de artistas y decía que los escritores que habían pactado con el nazismo debían recibir el mayor castigo, dado que la «cultura moral» constituía una de sus obligaciones profesionales. Los músicos planteaban un caso más complejo

porque su música seguía siendo relativamente apolítica. Durante la contienda Bruno Walter había dirigido obras de Strauss en Nueva York porque, según decía, aunque nunca volvería a estrechar la mano del compositor, no deseaba privar al público norteamericano de su música. Mann sugirió a regañadientes que podía interpretarse la música de Strauss pero que no debía invitarse al compositor al estreno. Fue más duro en el caso de Furtwängler e insistió en que, dada su condición de consejero de Estado, su participación en la política nazi había sido muy grande. «No puedes tener a tu cargo la propaganda cultural más eficaz para un régimen imperialista sin ser consciente del carácter de tu puesto». Terminaba reconociendo de mala gana que no todos los escritores, actores o músicos pudieron emigrar —«y el campo de concentración no era del gusto de todo el mundo, lo cual es comprensible»— al mismo tiempo que sostenía que una cultura reconstruida por simpatizantes de los nazis era mejor que siguiese enterrada[320].

En su discurso del verano anterior «Germany and the Germans», Thomas Mann había abordado la cuestión de si se debía criticar a los artistas alemanes por intentar situarse por encima de las realidades políticas de su época. Klaus respondió ahora a ello con facilidad. Pero fue poco sincero al rechazar toda idea de «emigración interior» y al no conceder peso alguno a una tradición intelectual alemana que había creado una cultura artística de «introversión» que hacía que el concepto de emigración interior fuese mucho más factible de lo que hubiera sido en Gran Bretaña o Estados Unidos: el legado tanto del periodo tardío del romanticismo alemán como de un régimen político represivo del siglo XIX que envió a muchos de sus artistas políticamente comprometidos a la cárcel o al exilio. Durante estos años de la posguerra Klaus nunca puso públicamente en entredicho la postura de su padre, pero, como bien sabía su hijo, Thomas había solicitado la renovación de su pasaporte alemán en abril de 1934 porque, si bien desaprobaba el nazismo, creía que era posible vivir tranquilamente bajo una dictadura.

En la autobiografía que escribió durante la guerra Klaus se había confesado culpable de la locura juvenil del apoliticismo. Durante muchos años, al igual que la mayoría de los artistas de su tiempo, había pensado que

la política era «vacía y deprimente» y se había negado a preocuparse por ella. Había cambiado de opinión de forma rápida y vehemente, pero ¿podía culpar a sus antiguos amigos de no haber hecho lo mismo? Parece ser que podía hacerlo y lo hizo. Seguidamente escribió un artículo titulado «Berlin's Darling» [El niño mimado de Berlín], que era a la vez una explosión del odio acumulado durante años y una tardía carta de amor a Gründgens. Empleando un fingido tono desenfadado, cuenta cuán locamente enamorado estaba el «alegre Reichsmarschall» de la actriz «deliciosamente demoniaca»; cómo el «gordo protector» nombró a su nueva protegida «infatigable e ingenioso *maître de plaisir* de la Gran Alemania». Pero el retrato de Gründgens en su juventud es casi lírico. Mann describe el «guapo, inteligente, glamuroso, elegante» joven actor al que había amado en otro tiempo y el «encanto despreocupado, iridiscente» que otrora encontrase tan seductor. Después de trazar en líneas generales las diversas encarnaciones escandalosamente afortunadas de Gründgens, Mann analiza la reacción de este a la ovación con la que era recibido todas las noches: «¿Se sentía conmovido o avergonzado? Si era así, no se le notaba; sencillamente se quedaba quieto y sonreía…, tan atractivo como siempre, con corbata blanca, tez rosada, tupé rubio y todo: el ídolo indestructible del Berlín prenazi, nazi y posnazi»[321].

Cualquiera que fuese el resultado del juicio de Nuremberg, tanto Erika como Klaus Mann creían ahora que los valores morales de Alemania seguirían siendo los mismos. A Erika le parecía escandaloso que Göring cautivara desde el banquillo a una sala llena de espectadores todos los días. Klaus encontraba todavía más absurdo que el antiguo protegido de Göring encandilase al público del teatro todas las noches. Y era doblemente exasperante comprobar que también él encontraba a su antiguo amante «tan atractivo como siempre». Día tras día algunos de los mejores cerebros jurídicos del mundo se sentaban en la sala del tribunal de Nuremberg y discutían a causa de tortuosas cuestiones de legalidad. Las sesiones todavía se retransmitían por radio y los periódicos de toda Alemania informaban obedientemente de las decisiones del tribunal. Pero mientras De Menthon hablaba de culpa colectiva y la sala se estremecía al oír las descripciones de los campos de concentración, antiguos nazis resilientes intentaban ganarse

el favor de sus vencedores y las oportunidades de la breve hora cero que siguió a la guerra parecían ir camino de perderse[322].

9

«Que este juicio no termine nunca»

Aburrimiento: mayo-agosto de 1946

El juicio continuó, llegó el verano y en la sala del tribunal predominaba el aburrimiento. Tras el revuelo que había causado Göring en el banquillo de los testigos, los prolongados interrogatorios a los nazis de menor importancia y sus testigos pronto empezaron a parecer tediosos. El 23 de mayo Birkett refunfuñó que cuando pensaba en la «absoluta inutilidad de los montones de papeles y miles de palabras y en que la vida se nos escapa», se desesperaba por la escandalosa pérdida de tiempo. Fuera de Nuremberg, otros nazis ya habían sido procesados en diversos juicios de menor envergadura por crímenes de guerra que habían durado únicamente unas semanas; los estadounidenses ya habían empezado a juzgar a los líderes japoneses y era obvio que también estos procesos serían mucho más rápidos[323].

Al cabo de unos días, el juez soviético Nikitchenko envió a los otros jueces un memorándum en el que se quejaba de que el juicio se prolongaba de manera injustificable y que la claridad se había perdido por completo. Pero ni Birkett ni Biddle pensaban que fuera posible acelerar el proceso sin que se perdiera la sensación preponderante de equidad. Se distraían escribiendo y leyendo poesías jocosas que a veces se dirigían el uno al otro:

> Birkett a Biddle tras una larga y aburrida tarde
> a las cuatro y media se me cayó el alma a los pies
> mi mente un trance total es:
> mas ¡oh! El gozo que es pensar
> en las siete y media con Francis.

Se sentían agradecidos porque al menos el tiempo iba mejorando. Aquel año la primavera llegó repentinamente a Nuremberg y se transformó en verano. Las *Autobahnen* aparecían ahora bordeadas de espesa retama y una alfombra de azafrán se extendía a lo largo del río. Más adelante Biddle describió cómo «mil años se asentaron en el valle del viejo río y había tiempo para estirarse de nuevo al calor del antiguo sol veraniego»[324].

Después de que los acusados abandonaran el banquillo de los testigos en junio, el tribunal procedió a considerar cuestiones importantes pero escasamente fascinantes sobre la validez y las posibles interpretaciones de la ley. Julio estuvo dominado por el resumen de la defensa; había veintidós abogados defensores y duró veintiún días. Los jueces estaban decididos a dar a la defensa una vista imparcial y, por consiguiente, no pusieron en duda la pertinencia de discursos que divagaron sobre la literatura y la historia universales antes de abordar los asuntos que ocupaban al tribunal.

Diecinueve días después de que empezaran los discursos de la defensa, la novelista Rebecca West llegó procedente de Inglaterra. West había sido llamada a Alemania por Hartley Shawcross, el fiscal británico, porque, tras la negativa de Harold Nicolson, los jueces británicos querían que la novelista escribiese un libro sobre el juicio. Fue el típico viaje improvisado: a última hora de la tarde del 22 de julio fue informada de que debía presentarse en Berkeley Square, Londres, antes de las ocho de la mañana siguiente. West se ocupó de buscar transporte mientras su secretaria se encargaba de preparar el equipaje. Al llegar a Londres se encontró con que no llevaba ninguna muda de ropa interior y, en su lugar, el equipaje contenía una bolsa de agua caliente y un sombrero de paja de alas anchas que solía ponerse cuando iba a ver la regata de Henley.

West viajó con Shawcross (al que consideraba un genio de la abogacía pero demasiado provinciano para triunfar en política) y Maxwell-Fyfe («el Churchill de la siguiente generación»). El viaje fue caótico. Tuvieron que esperar dos horas en el aeropuerto porque ningún coche del Ejército había pasado a recoger a la otra mitad del grupo. Cuando llegaron a Nuremberg no les esperaba ningún medio de transporte, y cuando finalmente alcanzaron el Palacio de Justicia resultó que Shawcross carecía de pase[325].

Al entrar en el edificio, West se encontró en una «ciudadela del aburrimiento». Era obvio que los jueces «tenían que recurrir a toda su fuerza de voluntad para arrastrar las actuaciones por encima del umbral de la conciencia»; los abogados y sus secretarios daban la impresión de haberse desplomado sobre sus asientos y los vigilantes de casco blanco tenían el rostro abotargado a causa del tedio. Todos querían irse de Nuremberg cuanto antes, del mismo modo que el paciente del dentista desea levantarse del sillón cuando se encuentra bajo la fresa dental[326].

West no estaba dispuesta a aburrirse. Había venido a Alemania en busca de aventuras. Al igual que Evelyn Waugh, encontraba desmoralizadora la austeridad de la Inglaterra posbélica, a pesar de los paquetes de alimentos que sus editores del *New Yorker* le enviaban con regularidad. Y la monotonía de su entorno se reflejaba en un sentimiento más personal de tristeza. Diez años antes su marido, Henry Andrews, había dejado de desearla; a sus cincuenta y tres años, West se encontraba inmersa en un matrimonio célibe. Esto resultaba aún más mortificante porque West era una mujer que, un poco a regañadientes, había forjado su identidad mediante el sexo.

West, cuyo nombre verdadero era Cicily Fairfield, había nacido en 1892 y a los veinte años había tomado su nombre de un personaje de *La casa de Rosmer*, de Ibsen. «Vive, trabaja, actúa», dice la heroína del escritor noruego; «no te quedes ahí sentada pensando». Cuando cumplió veintiún años West ya era famosa por sus despiadadas críticas literarias y por sus ojos negros, preocupados. Además, esperaba un hijo de uno de los novelistas más famosos de la época, H.G. Wells. Deseando evitar a toda costa un escándalo, Wells escondió a West en Southend. «Jaguar» visitaba ahora a su «Pantera» siempre que podía, aunque después de que naciera el bebé, a Wells le irritaba que West tuviera menos tiempo para cuidarlo a él[327].

Al dar a luz un hijo ilegítimo sin avergonzarse de ello, West se convirtió sin darse cuenta en una de las primeras mujeres que proclamaron públicamente la necesidad femenina de tener relaciones sexuales. Debido tanto a su situación doméstica como a la estridencia de sus escritos, adquirió una sensualidad pública que, al parecer, hacía de ella una figura

que asustaba a los hombres. Después del final de su relación con Wells en 1922, West tuvo una serie de amoríos breves con hombres que iban tras ella pero la rechazaban cuando sucumbía a sus pretensiones (Charlie Chaplin y Max Beaverbrook entre ellos). Así pues, se alegró de escapar tanto de la humillación como de la precariedad de su situación de madre soltera casándose con Henry Andrews en 1930. Andrews era banquero y podía recitar los horarios de cualquier ferrocarril de Europa, incluso los de países que nunca había visitado; era formal, sumamente cariñoso y, al parecer, ansiaba cuidar a West. «Mi marido puede hacer todo lo que yo puedo hacer mejor que yo», dijo en cierta ocasión West, un tanto ansiosamente.

El matrimonio dio a West confianza como figura pública. Se hizo célebre como periodista de investigación y produjo una serie de libros cuya culminación fue la magistral crónica de Yugoslavia en la década de 1930 titulada *Cordero negro, halcón gris*. Combatió el fascismo y luego el comunismo. Pero Andrews no era tan fuerte ni tan devoto como West había esperado y, al cabo de siete años, resultó que, a su modo de ver, las relaciones sexuales eran una actividad más apropiada para secretarias que para esposas. A medida que fue haciéndose menos afectuoso también se volvió más inconstante; era olvidadizo, irascible y caótico. A West le costaba cada vez más trabajar, atosigada por los arrebatos de ira de su marido y por la dificultad de mantener el orden en su hogar, una casa de labranza en Ibstone, Buckinghamshire[328].

West esperaba que su estancia en Nuremberg la distrajese de la decepción y el agotamiento que ahora caracterizaban sus días en casa con su marido. No preveía sentir una simpatía conflictiva por los alemanes. Durante una visita a Alemania en los años treinta, había preguntado a su hermana por qué los británicos no habían pasado a cuchillo a todos los hombres, mujeres y niños de esa «nación abominable» en 1919: «Me rechinan los dientes cuando pienso en la misericordia y la caridad insensatas del Tratado de Versalles». Los alemanes le parecían «un gran hatajo de necios ruidosos y pesados» y pensaba que las mujeres en particular carecían tanto de pretensiones intelectuales como de habilidades domésticas. Pero sus puntos de vista no eran siempre tan extremistas. Más adelante recordó que «siempre había sabido distinguir entre los nazis y los

alemanes decentes»; ella y su marido hicieron todo lo que pudieron para ayudar a los parientes alemanes de Andrews durante la guerra, también a los que se quedaron en Alemania. En sus momentos de mayor generosidad, esperaba que el tribunal distinguiera entre alemanes y nazis y proporcionase al mundo un camino por el que avanzar[329].

Al observar a los habitantes de la «ciudadela del aburrimiento», West pensó que los acusados parecían personajes históricos sacados de un cuadro malo. Los envolvía un presagio de muerte. Los jueces, en cambio, eran majestuosos. West había conocido a Biddle en Estados Unidos en la década de 1920 y había vuelto a verlo en 1935, cuando ella informaba sobre el New Deal. Ahora le impresionó su porte aristocrático. Encontró a Lawrence digno y eficiente; su padre había sido Lord Chief Justice (presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra) y él parecía aportar a las actuaciones la calidad que la segunda generación de una familia de actores de teatro aporta a Shakespeare.

Dos días después de su llegada, West se volvió a encontrar con Biddle en una cena. Siempre había sido consciente de que le atraía y le hizo ilusión verle ahora, en un contexto más extraño y más libre. Le dijo que estaba haciendo un reportaje para el *New Yorker* y que le preocupaba no haber visto lo suficiente del trasfondo del juicio. Biddle declaró inmediatamente que el *New Yorker* era una de las pocas cosas que habían impedido que se volviera loco en Nuremberg y la invitó a alojarse en su villa. Al día siguiente la llamó cuando West se encontraba en la tribuna destinada al público y la llevó a la Villa Conradti, a la que se había trasladado después de persuadir a las autoridades la primavera anterior. Utilizada al principio como residencia de personas importantes, era una villa grande, estaba llena de pesados muebles de madera de la época de Bismarck y rodeada de varias hectáreas de jardines adornados con pinos, un parque y un lago.

Biddle dijo a West que desde su último encuentro él y su esposa, Katherine, habían leído en voz alta sus libros al caer la noche. Le apenó observar que West no parecía cuidar su aspecto. «Podrías estar tan maravillosa como siempre». West musitó tímidamente que se estaba haciendo vieja. Biddle le contestó que no era verdad y la llevó a una peluquería. Fue un galanteo extraño, pero salió bien. Durante diez días

fueron amantes. West se sentía rejuvenecida y feliz, a pesar de un ataque de gastroenteritis y la batalla cotidiana con la única ropa interior que había traído y que lavaba como podía en el baño. Lavaba un día el sujetador y otro las bragas, de modo que todos los días entraba en la solemne sala del tribunal sin una de las dos prendas[330].

La autoridad erudita de Biddle impresionaba a West. «¿No es curioso que el único aristócrata que hay entre los jueces sea norteamericano?», comentó en presencia de Biddle. Se irritó cuando Biddle le contó que su esposa, Katherine, se había negado a tener relaciones sexuales con él durante dieciocho meses después del nacimiento de su segundo hijo, supuestamente porque quería castigarle por el dolor del parto. Ahora, sin embargo, Katherine se encontraba a buen recaudo en Estados Unidos, y era West quien acompañaba a Biddle a almuerzos, cenas y fiestas. En los raros momentos libres que dejaban las sesiones del tribunal, se escapaban de Nuremberg para dar paseos por los bosques, explorar los pueblos de los alrededores, merendar a orillas del río y estirarse al calor del «antiguo sol veraniego» de Biddle. Probablemente la mayoría de la gente que los rodeaba estaba al corriente de su relación, pero no era un caso raro. Uno de los colegas de Biddle diría más adelante que el ambiente de Nuremberg era «relajado, tolerante y libertino». De hecho, la carga de sexualidad que se notaba en él se veía estimulada por los cuadros eróticos colgados enfrente de las camas en los dormitorios principales de todas las villas. «Al parecer, los alemanes necesitan que les pongan un poste indicador hasta en el camino más recto», dijo West a su editor del *New Yorker*[331].

El día en que West se instaló en la villa de Biddle, los fiscales iniciaron sus alegatos finales. Jackson, que fue el primero en tomar la palabra, presentó el cargo de conspiración y arguyó que era imposible que crímenes de semejante magnitud ocurrieran de forma espontánea, como afirmaban los acusados. Impresionó al público retratando a cada uno de los acusados con una sola frase. Göring, dijo, era «mitad militarista, mitad gángster. Tiene un dedo regordete metido en todas partes»; Von Ribbentrop era «un vendedor de engaños». Insistió en que los propios acusados eran plenamente conscientes de su culpa. «Si dijeras de estos hombres que no son culpables, sería tan cierto como decir que no había habido ninguna

guerra, no había habido ninguna matanza, no ha habido ningún crimen». A West el discurso le pareció «una obra maestra, exquisitamente apropiado para la acusación». Pensó que la alusión a los dedos de Göring tenía especial pertinencia: «La sala del tribunal no es pequeña, pero los dedos de Göring la llenan por completo. Sus manos blancas, suaves y esponjosas no paran de alisar sus cabellos, que son curiosamente abundantes, o de tapar su bocaza […] o de tejer insolentes gestos de inocencia en el aire»[332].

Shawcross, impresionante por su claridad, relevó a Jackson por la tarde y pidió la pena de muerte para todos los acusados. Al día siguiente Shawcross continuó su intervención, hizo una insólita referencia a los crímenes nazis contra los judíos y formuló el cargo explícito de «crímenes contra la humanidad». Citó las órdenes nazis para la Solución Final, que debían conducir al exterminio de toda la raza judía, y afirmó que: «Hay un grupo al cual el método de aniquilamiento le fue aplicado a una escala tan inmensa que es mi obligación remitirme por separado a los testimonios. Me refiero al exterminio de los judíos. Aunque estos hombres no hubieran cometido ningún otro crimen, bastaría este, en el cual todos ellos estuvieron implicados. No se encuentra en la historia nada parecido a estos horrores».

A continuación, Shawcross citó a Goethe, que había profetizado que un día el destino castigaría a los alemanes «por traicionarse a sí mismos y no querer ser lo que son. Es una pena que no conozcan el encanto de la verdad, que la niebla, el humo y la inmoderación desmandada les sean tan caros, patético que se sometan ingenuamente a cualquier sinvergüenza enloquecido que apele a sus instintos más bajos, que les confirme en sus vicios y les enseñe a concebir el nacionalismo como aislamiento y brutalidad». Goethe había hablado proféticamente; los «sinvergüenzas enloquecidos» que estaban sentados en el banquillo habían hecho precisamente todas esas cosas y ahora la esperanza de una futura cooperación internacional dependía de que estos culpables recibieran el merecido castigo[333].

Shawcross debería haber comprobado sus fuentes con mayor detenimiento. A los pocos días, la prensa comentó que estas palabras no eran en realidad de Goethe, sino que Thomas Mann se las había atribuido en su novela de 1939 *Carlota en Weimar*. De haberse encontrado todavía en

Nuremberg, Erika Mann hubiese podido dar a los abogados británicos lecciones de literatura alemana. En vez de ello, el Foreign Office envió un cable a Washington en el que pedía a la embajada británica que se pusiera en comunicación con Thomas Mann, que estaba en California, y averiguase la fuente de la cita. Divertido y halagado, Mann contestó que «las palabras citadas no aparecen literalmente en los escritos o las conversaciones de Goethe», sino que se escribieron con su espíritu: «Aunque nunca las pronunció, bien pudiera haberlo hecho». Era apropiado que se citase indirectamente a Mann en el juicio; en aquellos momentos estaba escribiendo *Doktor Faustus* en California y acusando a sus compatriotas con tanta contundencia como los fiscales de Nuremberg[334].

El 6 de agosto, Rebecca West regresó a su casa en Ibstone. Biddle escribió a su esposa y le dijo que echaba de menos a su nueva compañera, que había sido una «muchacha alegre y divertida». West estaba contenta de su propia renovación, pero también entristecida por el redescubrimiento de la encarnación. «Tengo cincuenta y tres años y bien podía subir las persianas», escribió a su amiga Emanie Arling. «Lo había hecho, pero él me hizo bajarlas». El hogar al que había regresado parecía aburrido y monótono. Su tristeza aumentó a causa de la muerte de H.G. Wells el 13 de agosto. Wells había sido uno de los dos hombres más importantes en la vida de West. Con él había perdido la virginidad, había tenido un hijo suyo y le había amado durante los veinte años que duró su relación. Podría decirse que Wells la había descubierto y también la había formado. No siempre había estado suficientemente por ella; fue el primero de muchos amantes que la habían perseguido de forma apremiante y luego habían huido al sucumbir ella, asustados por la intensidad de su amor. Pero Wells había sabido reconocer que era una mujer apasionada, brillante y única. «Nunca había conocido a nadie como ella y dudo que hubiese alguien como ella antes», escribió en cierta ocasión Wells. West se encontró ahora con que el turbulento pasado de los dos adquiría la forma de un relato que había leído en un libro; lo que quedaba era el afecto de West:

> El querido HG era un demonio, me arruinó la vida, me hizo pasar hambre, fue una fuente inagotable de amor y amistad para mí durante treinta y cuatro años, no deberíamos habernos conocido nunca, fui la única persona a la que quiso ver hasta el final, me siento desolada porque se ha ido[335].

Al revivir ahora aquellos años, West puso a Wells al lado de su nuevo amante en su pensamiento. Ambos eran esencialmente leales a esposas de cuyo consuelo cotidiano dependían y al mismo tiempo deseaban apasionadamente a West. Katherine parecía tan tolerante como la esposa de Wells, Jane, y West se ponía furiosa al pensar la indulgencia con la que Biddle había tratado la negativa de su esposa a tener relaciones sexuales con él. Resultaba aún más mortificante que la propia West acabara teniendo un marido que le daba lealtad sin deseo. En realidad, se había convertido en una de las esposas legítimas pero traicionadas a las que despreciaba, al mismo tiempo que también seguía siendo la amante que no tenía nada. Se preguntaba si el hecho de que su marido la rechazara como mujer había contribuido a destruir su vida más que verse rechazada por Wells como posible esposa. «Oh, Dios, ¡qué mundo!», suspiraba mientras andaba de un lado a otro de su casa, pensando en Nuremberg y deteniéndose de vez en cuando para exclamar «¡Francis!»[336].

Mientras tanto Biddle le escribía cartas cariñosas en las que decía que la ausencia de West rondaba por su villa. Intentaba oírla reír, pero ya no recordaba su forma de decir «¡delicioso, Francis, delicioso!». La echaba de menos, la deseaba y se daba cuenta de que había sido un placer tener una relación con una mujer a la que le gustaba hacer exactamente lo que él deseaba pero sin rendirse nunca del todo. Entre una sesión del tribunal y la siguiente escribía una memoria de su amor. Biddle instó a West a volver a Nuremberg y le aseguró que sus sentimientos por ella iban en aumento y no eran una mera manifestación de nervios. Soñaba continuamente que West aparecía ante él con los pies descalzos. También las cartas de West eran directas y apasionadas: «Vengo a desayunar, llena de ti, en mi cuerpo y tus estrellas en mis ojos», escribió, y añadió que podía estar «en cualquier parte en la que cualquiera que quisiese verme quisiera que yo estuviese»[337].

West envió a Biddle el reportaje que había escrito para el *New Yorker* y le pidió que lo comentase. «Me parece buenísimo», respondió. «Ahonda

mucho; capta la cualidad y lo esencial, dice cosas buenas inevitablemente». Mientras redactaba el reportaje, West había dicho a Emanie Arling que le resultaba imposible formular algo que no la delatase. «No quiero escribir nada. Quiero vivir y lo he dejado demasiado tiempo».

En efecto, el artículo delataba a West, de manera oblicua y brillante. Su descripción de los jueces empezaba por Biddle, al que presentaba como «un cisne inteligentísimo que de vez en cuando inclina el cuello para comulgar con un ave acuática más pequeña», Lawrence. West dice que el juicio crea un clima en el que el amor puede florecer en medio del tedio. «Sin duda la vida del corazón se vive en Nuremberg tan bien como en cualquier otra parte», afirma insinceramente antes de decir que «una imagen de Eros» anda por los pasillos del Palacio de Justicia. Es un perro jaspeado, negro y blanco, que espera a su amo en una postura de «viudez inconsolable»; cuando su amado vuelve el perro se lanza sobre él y repite con sus orejas y su cola versos de Eurípides: «Oh, Amor, Amor, tú, que desde tus ojos difundes anhelo y en el alma dulce gracia induces»[338].

West explicó a su editor que había introducido el perro porque no se le ocurrió ninguna otra manera de expresar educadamente el estado emocional de Nuremberg. En su carta añadía que, de hecho, en Nuremberg todo el mundo estaba «o enamorado de alguien que no se encuentra allí o enamorado de alguien que se encuentra allí pero tiene dificultades para hacer algo al respecto por motivos relacionados con el alojamiento». Biddle había dicho a West que se preguntaba si «el perro quedaba un poco fuera de tu marco, aunque condujese al pasillo del sexo. Tú sabrías si era así». Le conmovió más una referencia más sutil al tiempo que habían pasado juntos. West termina el artículo describiendo el paisaje por el que ella y su amante paseaban y se besaban. Lo presenta como un paisaje de belleza desconcertante y sugiere que es una especie de protesta de inocencia en nombre de todo el pueblo alemán: «Donde los pinos surgen del suave y rojizo lecho de fragante pinocha y las libélulas trazan dibujos iridiscentes por encima del vaporoso y verde arroyo de las truchas y el hijito rubio del molinero juega con el gatito gris entre las reinas de los prados (o ulmarias) al borde de la alberca del molino, sin duda no puede haber mal alguno». Eran los campos y los bosques donde Biddle todavía paseaba diariamente,

imaginaba que West estaba a su lado y recordaba los tiempos que habían pasado juntos. «Las libélulas me cortaron la respiración», dijo a West[339].

Donde el artículo de West resulta tal vez más convincente es en la descripción de los acusados, que aparecen en él con unos atributos físicos que los hacen más humanos y al mismo tiempo más aterradores que en reportajes previos. Evoca la monotonía que Laura Knight plasmó en su cuadro: no son «ni morenos ni rubios», no hay «ninguna delgadez que no se afloje y ninguna gordura que no parezca algo más que hinchamiento con algún gas tenue». Ve a Streicher como un «viejo verde de los que causan problemas en los parques»; Speer es agradable, pero hay en su rostro moreno y anguloso algo que hace pensar en un babuino y parece explicar que se olvidara de sí mismo y pusiera su arte al servicio de los nazis. Göring es la figura más vívida del artículo y aparece como un personaje mucho más lleno de colorido que la figura espantosamente fúnebre del cuadro de Knight. Su característica principal, a juicio de West, es la blandura. Su indumentaria excesivamente holgada le da un aire de preñez; la piel áspera, brillante, de un actor que lleva décadas usando maquillaje se combina con las profundas arrugas del drogadicto para darle una cabeza de muñeco de ventrílocuo. Debido a que durante años el público ha oído hablar tanto de las aventuras amorosas de Göring, su apariencia parece hacer «una alusión intencionada pero oscura a la sexualidad». Pero no da la impresión de ser mujeriego ni homosexual; en vez de ello, parece más bien una *madame* de burdel. Y sus labios anchos e inexpresivos a veces se relamen para expresar un risueño apetito: «Si le dieran la oportunidad, saldría del Palacio de Justicia, volvería a hacerse cargo de Alemania y la transformaría en un escenario en el que se representaría su fantasía suprema, que es tan fuerte que llena de imágenes el aire que le rodea, tan furiosamente privada que esas imágenes rebasan la capacidad de interpretarlas de quienes las ven».

El reportaje de West, al igual que el cuadro de Knight, da testimonio de un momento de transición. Los acusados han perdido toda autoridad, han dejado de ser monstruos ahora que están encerrados bajo llave. Fue una coyuntura peculiar en la historia del nazismo. Lee Miller podía bañarse en la bañera de Hitler; Göring podía tratar de persuadir a Hess para que

compartiese su galleta durante el juicio. La mayoría de las crónicas de este periodo reflejan lo extraño que resultaba ver la flaqueza humana de los antiguos líderes. Sin embargo, el horror de los campos de concentración ya era casi mitológico por sus horripilantes detalles, lo cual significaba que los nazis se hallaban en vías de dejar de ser políticos humanos para transformarse en figuras malvadas de cuento de hadas. Mientras tomaba notas sobre sus características físicas, West era consciente de que estos hombres pronto pasarían a ser nombres históricos. Y le parecía que se estaban retirando visiblemente del campo de la existencia, ya no rogaban por su vida, sino solo por que las actuaciones de Nuremberg continuaran con todo su tedio: «Que este juicio no termine nunca, que continúe por siempre jamás, sin fin».

10

«La ley intenta ir al mismo paso que la vida»

Juicio: septiembre-octubre de 1946

El juicio, de hecho, no duró eternamente, si bien a muchos espectadores les pareció que tal vez sería así. El 31 de agosto de 1946 el tribunal suspendió las sesiones durante tres semanas con el fin de que los jueces tuvieran tiempo de tomar sus decisiones. Desde el primer momento fue obvio que la tarea distaría mucho de ser fácil, principalmente porque los franceses deseaban que el término «conspiración» se eliminara de la sentencia definitiva y los rusos, que estaban más interesados en la venganza que en la justicia, pensaban que no se debía absolver a ninguno de los acusados.

Estaba previsto que los jueces emitieran su fallo antes del 23 de septiembre, pero el día 17 decidieron aplazarlo una semana. Aunque los cuatro jueces siguieron en gran parte mostrándose intransigentes en sus opiniones, ocasionalmente hicieron pequeñas concesiones. Biddle había empezado pidiendo la pena de muerte para Speer, pero ahora cambió de parecer y estuvo de acuerdo en que se le condenara a veinte años de cárcel. A finales de septiembre los jueces ya tenían sus veredictos de todos los acusados excepto Franz von Papen (embajador en Austria durante el *Anschluss*), Hans Fritzsche (director general del Ministerio de Instrucción Pública y Propaganda) y Schacht. Los británicos, los norteamericanos y los franceses coincidían en que los tres debían ser absueltos porque sus crímenes eran de índole nacional en lugar de internacional y, por consiguiente, no entraban en la jurisdicción del tribunal y era imposible probar su culpa fuera de toda duda razonable. El 29 de septiembre

Nikitchenko confesó a Biddle que Moscú le había ordenado que disintiera públicamente de estos veredictos. Tras nuevos debates, Lawrence accedió a hacer referencia a la oposición de los soviéticos en su resumen final.

Rebecca West volvía a estar en Nuremberg, adonde había llegado el 26 de septiembre. Biddle había tratado de organizar su regreso durante los dos meses anteriores. Al principio no sabía con certeza si su esposa, Katherine, pensaba acompañarle, pero, de todos modos, quería que West viniera y se alojara en la Villa Conradti como invitada de los dos. La idea no gustaba a West; ya había interpretado el papel de supuesta amiga de la familia durante su relación con Wells. Además, las complicadas precauciones que tomó Biddle para evitar que les descubriesen se le antojaban tediosas e insultantes. West tenía instrucciones de escribir cartas complementarias, corteses y amistosas a su amante para que este tuviera algo que mostrar a su esposa a modo de subterfugio y Biddle ideó un código complejo para sus telegramas. Era difícil no ver esta prudencia como una forma de rechazo. No la quería hasta el extremo de arriesgarse. Se pelearon a causa de ello y Biddle intentó tranquilizarla diciéndole que la amaba. «Me parece que complicamos las cosas», le dijo, aunque sin duda la complicación era en gran parte cosa de Biddle; «nuestra relación es tan sencilla… y tan dulce». De forma más conmovedora, le habló de la vida compartida que imaginaba y que aún no habían vivido —«nunca, excepto una vez, hemos escuchado música juntos, ni paseado por una playa sin fin, ni hemos visto ponerse el sol sobre el desierto pintado, ni Nueva York de noche, ni leído en voz alta, ni paseado en batea por el Támesis, ni bailado, ni intentado pelearnos»—, y escribió con tristeza que su vida era más limitada cuando ella estaba ausente. «Una vez te dije que abrías nuevas perspectivas. No quiero que estas perspectivas desaparezcan. No quiero volver a una vida más pequeña[340]».

Resultó que Katherine pensaba quedarse en Estados Unidos y que West podía reunirse con Biddle como amante. West partió el 24 de septiembre al amanecer y se encontró con que el transporte a Nuremberg era, como de costumbre, ineficiente. Esta vez un avión la llevó a ella y a Joseph Laitin, un corresponsal norteamericano adscrito a Reuters, a Berlín, donde les dijeron que tendrían que volver a Londres porque las autoridades británicas

no tenían ni idea de cómo enviarles a Nuremberg. West era experta en desobedecer órdenes; requisó un coche que habían enviado a recoger a otro corresponsal y ordenó que les llevara al campamento de prensa aliado de la Kufürstendamm. Una vez allí, reservó una plaza en un avión que iba de Berlín a Nuremberg y luego salió a inspeccionar la ciudad.

Al igual que a visitantes anteriores, le llamó la atención la diferencia entre las ruinas de Berlín y las que había visto en Nuremberg. En lugar de escombros arrasados, había «kilómetros y kilómetros de casas purgadas que el viento y la lluvia limpiaban». Los habitantes no le inspiraron más compasión que cuando, al visitar Berlín en la década de 1930, se había quejado a su marido de que no se veía «ni una sonrisa en ninguna parte». En su artículo sobre el viaje para el *New Yorker*, West escribió que no podía llorar por los berlineses porque ellos mismos eran los responsables de la situación en que se encontraban. En su lugar, lloró por las estatuas, de las que no cabía esperar que supieran cuándo debían guarecerse de la lluvia, ni siquiera cuando la lluvia se transformaba en sangre. Había admirado las estatuas cuando se alzaban orgullosamente y contemplaban el Tiergarten en los años treinta. Ahora se hallaban rodeadas de barro yermo en lugar de árboles y las mujeres llevaban nombres y direcciones de soldados rusos garabateados sobre el vientre; la emperatriz Victoria había perdido el velo, el sombrero y la cabeza de mármol[341].

Cuando por fin llegó a Nuremberg, West se fue directamente a la Villa Conradti, donde la esperaba Biddle. Al notar que se sentía inesperadamente tímida en presencia de Biddle, West se dijo que era debido al cansancio. Transcurrieron unos días a la espera de que los jueces decidieran sus veredictos; por las noches había la habitual ronda de cenas. El domingo 29 de septiembre, víspera de la sentencia definitiva, West, Biddle y dos colegas pasaron el día en Bamberg, bonita ciudad con catedral, y merendaron en la ladera de una colina[342].

West trabajaba ahora para el *New Yorker* y también para el *Daily Telegraph* de Londres. En un artículo que publicó este diario para situar la escena del juicio antes de que se reanudara, escribió que la sentencia que estaba a punto de dictarse tenía que probar que los vencedores eran capaces de superar las normales limitaciones humanas y juzgar con imparcialidad a

los enemigos derrotados. Si lo conseguían, la sentencia advertiría a futuros belicistas que la ley podía perseguirles hasta después de restaurarse la paz. El fallo del tribunal era en potencia «uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la civilización»[343].

Dijo a los lectores del *New Yorker* que había vuelto a Nuremberg porque era «necesario, realmente necesario, que gran número de personas importantes […] fueran a Nuremberg y escuchasen la lectura de la sentencia». A la opinión pública británica le había «dado por decir bobadas sobre el asunto» y, por tanto, hacía falta que las personas influyentes «dijeran cosas juiciosas sobre él». Por supuesto, West fue uno de los centenares de visitantes que invadieron Nuremberg e hicieron que fuese una vez más una ciudad internacional llena de movimiento. La mayoría eran políticos y funcionarios, pero entre los demás periodistas influyentes se encontraba Martha Gellhorn, que volvía a Alemania por primera vez desde hacía casi un año[344].

Tras abandonar Alemania el invierno anterior, Gellhorn había deambulado por Inglaterra, España, Portugal, Java y Estados Unidos. Se distraía de la soledad escribiendo una novela, llevando una frenética vida social, visitando zonas de guerra y decorando una casita que había comprado en Londres. Había escrito de forma intermitente a James Gavin, que ahora estaba en su base militar de Fort Bragg, Carolina del Norte, y echaba desesperadamente de menos la excitación de la guerra. Se habían visto brevemente en mayo, pero la visita fue la coda de una relación que había terminado en Berlín. Gellhorn ya no hacía promesas y Gavin continuaba escribiendo y viendo a Marlene Dietrich con igual frecuencia, aunque sus cartas todavía eran insistentes y apasionadas.

Pasarían algunos años antes de que Gellhorn se enamorara de nuevo. Ahora le interesaba más la literatura que el amor; confiaba más en la escritura que en los hombres. Su novela alemana, titulada provisionalmente *Point of No Return*, expresaba su desilusión tanto por la guerra como por el amor. Al escribir el libro, en cierto sentido nunca se había marchado de Alemania. Durante el juicio de Nuremberg había estado ocupada formándose su propia opinión sobre los nazis y sobre los soldados que los

habían combatido. Ahora deseaba volver para presenciar también el juicio público.

La última etapa del juicio comenzó el lunes 30 de septiembre de 1946. West desayunó temprano y fue en coche con Biddle al Palacio de Justicia. Era un día claro y soleado que West calificó en el *Daily Telegraph* de «uno de esos días de otoño que son pesados y dorados con el paso del año y, pese a ello, son frescos como si el mundo fuera algo nuevo, algo que hubieran hecho al amanecer de ese día». Al cruzar Nuremberg, vieron que había más tanques que de costumbre, pero los alemanes caminaban mirando el suelo, sin mostrar ningún interés por los acontecimientos que tenían lugar en la sala del tribunal. En el Palacio de Justicia se habían incrementado las medidas de seguridad y las periodistas tenían que depositar el bolso en el guardarropa y llevar luego la estilográfica y el cuaderno de notas en la mano, aunque West (que ahora disponía de toda la ropa interior que necesitaba) consiguió esconder los suyos en las medias[345].

Sir Geoffrey Lawrence inició la sesión de la mañana con un resumen de la labor del tribunal y sus escritos de acusación. Mientras observaba al juez británico, Gellhorn pensó que parecía cansado y viejo, pero que «su voz era un símbolo de lo que todas las personas civilizadas desean y quieren decir cuando hablan de justicia: algo sereno y sin temor y más fuerte que el tiempo». A continuación Lawrence y Birkett volvieron a enumerar los crímenes de los nazis. Durante la pausa de dos horas para almorzar, Gellhorn anduvo sin rumbo fijo entre las ruinas de Nuremberg. Una vez más le impresionó la magnitud de la destrucción que encontró. Calificaría la ciudad bombardeada de «inmenso vertedero de basura» en *Point of No Return*, donde describe el bombardeo de la ciudad con la perspectiva desenfadada del soldado avezado: «Las bombas que usábamos no tenían nada de pequeñas ni sucias. Era como si la fuerza aérea tuviese un servicio regular de autobuses en Nuremberg; el ruido de los aviones era tan constante que dejabas de oírlo»[346].

Biddle dio comienzo a la sesión de la tarde con una recapitulación de las violaciones de los tratados internacionales por parte de los alemanes y

luego hizo un resumen de la interpretación que hacía el tribunal del primer cargo del «Plan común o conspiración». Gellhorn se fijó en que Biddle hablaba sin mirar a los acusados, evitando así que sus ojos se cruzaran con los de los procesados. Era la primera vez que Gellhorn asistía a una sesión del tribunal y le llamó la atención la atmósfera de desvaído agotamiento, paciencia y determinación que imperaba en la sala. Al igual que todos los corresponsales que la habían precedido, observó a los acusados, aunque se sintió menos cautivada que ellos por Göring, que se mostraba menos animado a medida que se acercaba el momento de dictar sentencia. «Göring tiene los pulgares más feos que he visto en mi vida…, posiblemente también la boca más fea», escribió Gellhorn en su cuaderno de notas. La sonrisa de Göring aparecía disociada del resto de su cara y hacía pensar que no era más que un hábito que habían adquirido sus labios. El aire acondicionado funcionaba a tope y Gellhorn estaba permanentemente helada, lo cual parecía estar en consonancia con el tono de los jueces: «Es un tribunal frío…, ninguna piedad es posible». Pero Gellhorn no quería ni esperaba piedad. A la ausencia de piedad de los propios nazis solo se podía responder con frialdad[347].

Aquella noche, West y Biddle cenaron con abogados y dignatarios que estaban de visita mientras Gellhorn y un grupo de corresponsales que se alojaban en el castillo de Faber iban en coche al campo en busca de una taberna de pueblo para cenar en ella. Fueron a Anspach, donde hablaron con un chico del lugar que había sido soldado desde los dieciséis años. La conversación exacerbó la inquina antialemana de Gellhorn. El chico afirmó que las historias sobre los campos de concentración eran exageraciones propagandísticas; había visto gente que volvía de ellos gorda y bronceada. Sostuvo que la guerra había sido esencial porque Gran Bretaña les hubiese atacado y que las matanzas de judíos habían sido meramente un «error».

El primero de octubre fue el último día del juicio de Nuremberg. La mañana se presentó con niebla, lo cual hizo que las torres y paredes destruidas de la ciudad vieja parecieran todavía más que nunca el escenario de un inquietante cuento de hadas. La jornada empezó con la lectura por parte del tribunal de las sentencias de cada uno de los acusados. Era lo que los espectadores habían venido a oír y Lawrence estuvo a la altura de las

circunstancias al leer de forma lenta y clara el documento inculpatorio de Göring y empezar con ello la sesión. Göring fue declarado culpable de los cuatro cargos por los que se le había procesado y Lawrence afirmó que Göring era «a menudo, de hecho, casi siempre, la fuerza motriz, sin nadie delante de él excepto su líder». A continuación, los cuatro jueces se turnaron para dictar la sentencia de cada uno de los acusados. Resultaba obvio, al oír el veredicto, quién sería ahorcado y quién recibiría una pena menos severa (a varios se les procesaba solo por dos o tres cargos). Sin embargo, los acusados tendrían que esperar hasta la tarde para conocer su destino[348].

A las 14:50, después del almuerzo, se reanudó la sesión. La iluminación de la sala era tenue ahora; los acusados entraron por la puerta de un panel instalado detrás del banquillo y avanzaron de uno en uno para oír la sentencia. Göring fue el primero: a West le pareció ver en él la expresión de sorpresa de un hombre en pijama que abre la puerta de su habitación en el hotel pensando que es la del cuarto de baño y se encuentra en el pasillo. Justo cuando Lawrence comenzó a leer la sentencia, resultó que los auriculares de Göring no funcionaban. Hubo mucho revuelo mientras se buscaban otros para reemplazarlos y luego todos los ojos se volvieron hacia Göring mientras Lawrence leía en voz alta: «Acusado Hermann Wilhelm Göring, por los cargos de los que ha sido declarado culpable, el Tribunal Militar Internacional lo condena a morir en la horca».

Göring dejó caer sus auriculares y salió de la sala dejando a sus antiguos compañeros de conspiración a la espera de oír sus sentencias. Once de los acusados fueron condenados a muerte; siete, entre ellos Hess y Speer, recibieron penas de cárcel, y Von Papen, Fritzsche y Schacht fueron absueltos. La sesión de la tarde duró cuarenta y siete minutos y, según Gellhorn, dejó «una sensación de vacío y aturdimiento en la sala». Los jueces salieron en fila; el juicio había terminado. Por fin se había hecho justicia, aunque Gellhorn encontró que la justicia misma ahora, de repente, parecía muy pequeña[349].

El veredicto decepcionó a las personas que estaban presentes en la sala, lo cual era inevitable porque ningún castigo podía estar a la altura de los crímenes mismos. Sin embargo, las consecuencias para el derecho

internacional fueron trascendentales. De los veintiún acusados, quince fueron declarados culpables de cometer «crímenes contra la humanidad» y todos ellos fueron condenados a muerte o a la cárcel. Los mejores cerebros jurídicos del mundo coincidieron en que existían pruebas fehacientes de que se habían cometido crímenes contra la humanidad tal como se definían en la Declaración de Derechos y en que dichos crímenes podían ser castigados de acuerdo con la ley. Esto sentó el principio por el cual la ley amparaba el ejercicio de los derechos humanos y las naciones civilizadas del mundo tenían la obligación de llevar ante la justicia a los agentes del Estado que autorizasen la tortura y el genocidio de sus propios ciudadanos y los de otros estados[350]. Las consecuencias para Alemania también fueron importantes. Al castigar a los líderes nazis y dejar claro por qué se les castigaba, los aliados habían demostrado exactamente por qué los alemanes necesitaban sentir remordimiento por sus crímenes y cómo se les requería a cambiar. El juicio había sido un ejercicio de retrospección cuyo objetivo era hacer que mirar hacia el futuro fuese posible. A los cuatro aliados les resultaría ahora más fácil ver a los alemanes como súbditos en lugar de como prisioneros.

Los artículos de West para el *Daily Telegraph* sobre las últimas etapas del juicio se publicaron inmediatamente, los días 1 y 2 de octubre. Escribió con entusiasmo sobre las futuras consecuencias del juicio y sobre los jueces. Presentó a Biddle como «producto reconocible de la Costa Este, la estirpe que nos dio tantos norteamericanos como Henry James y William James, que hizo que la sutileza inglesa saliera al exterior y le dio el apoyo de un nuevo vigor». Al describir a cada uno de los acusados, West encontró que no había ni un solo cobarde entre ellos. A Göring se le había concedido una gracia y, debido en parte a la avería de los auriculares, al final no había parecido «el más malvado de los hombres» sino sencillamente un hombre que soportaba con bravura la carga del miedo. Censuró a todos los que en Inglaterra criticaban al tribunal y sugerían que había utilizado la ley según su conveniencia. «No pasemos por alto nuestros propios logros. La ley intenta ir al mismo paso que la vida. Nunca lo consigue del todo, pero nunca va muy rezagada[351]».

Los periódicos alemanes también se mostraron respetuosos al informar del juicio. «Los jueces han hablado…, el mundo da un suspiro de alivio», decía el pie de un chiste en el *Telegraf*, periódico autorizado por los británicos, en el que se veía a Sigfrido de pie junto a un dragón muerto que tenía esvásticas en lugar de dientes. Al reportero del *Telegraf* Arno Scholz le impresionó que los aliados decidieran absolver a algunos de los acusados, pero comprobó que, sin embargo, los alemanes tenían una opinión diferente de estos hombres «que los habían conducido por un mar de sufrimiento y lágrimas hacia el caos». Scholz sugirió que los alemanes pidieran que se les permitiese juzgar a estos hombres ellos mismos, como también propuso el reportero del *Tagesspiegel*, periódico que se editaba con permiso de los estadounidenses[352].

Para los alemanes, así como para los británicos y los norteamericanos, la disconformidad de los soviéticos fue una señal preocupante de que el juicio no había sido un éxito total. Cuando informó del veredicto, Gellhorn se mostró optimista y dijo que al demostrar que «hombres de cuatro naciones podían trabajar pacientemente juntos para estigmatizar el mal y reafirmar el poder y la bondad de la ley honrada», el juicio había sentado un precedente para la cooperación futura. Pero West apuntó en su artículo del *Daily Telegraph* que la objeción soviética daba la impresión de que los rusos habían esperado «utilizar el juicio como instrumento de venganza y no como proceso de purificación legal de la situación internacional». Y a los aliados occidentales seguía preocupándoles que la presencia misma de los rusos desacreditase el juicio, si se tenían en cuenta los grandes procesos celebrados en la Rusia soviética durante la década de 1930 y que los rusos habían cometido muchos crímenes del mismo tipo que los perpetrados por los alemanes durante la guerra y habían ejecutado a alrededor de veintidós mil polacos entre personas internadas y prisioneros en 1940[353].

Una vez finalizado el juicio, a quienes habían pasado once meses en la sala del tribunal de Nuremberg no les quedaba nada que hacer excepto regresar a casa y readaptarse al mundo de la posguerra. Biddle y algunos de sus colegas retrasaron la partida y fueron a pasar un par de días en Praga. West fue con ellos. Pasearon por puentes famosos, contemplaron torres, chapiteles y canales navegables y asistieron a una proyección de la película

de David Lean *Breve encuentro (Brief Encounter)*, que acababa de estrenarse en Europa. A West le hizo gracia ver que la película no tenía mucho éxito en Checoslovaquia. «La renunciación sexual por motivos ajenos a la religión no es un tema que la Europa central comprenda». Al terminar la película, los espectadores checos preguntaron «con cierta emoción» si era realmente cierto que en Inglaterra las cantinas de las estaciones de tren eran el único sitio donde los amantes podían encontrarse. Ni siquiera en Praga pudieron los jueces de Nuremberg escapar por completo del juicio. En un momento dado de la película, Biddle se durmió; al despertar, señaló a un personaje secundario que aparecía en la pantalla y dijo: «Dios mío, ese hombre es clavado a Göring»; había vuelto en sueños a la sala del tribunal[354].

Al día siguiente Biddle cayó enfermo de gripe, pero él y West consiguieron pasar la tarde juntos a solas, paseando por la ciudad y contemplando las iglesias. Fue un paréntesis breve. Las exigencias de la vida corriente pesaban sobre ellos y había llegado la hora de regresar a casa, cada uno a la suya. El 4 de octubre volvieron a Nuremberg y cenaron solos en la Villa Conradti. West llevaba su mejor vestido; Biddle, ansioso como siempre, temía que su presencia a solas en la villa diera pábulo a chismorreos. Por la mañana regresaron juntos en avión a Londres. West creía que su marido la estaría esperando, pero Henry no había recibido su telegrama, así que Biddle la llevó en coche a su domicilio de Ibstone. El viaje fue triste porque los dos sabían que la separación era inminente.

West encontró el regreso aún más decepcionante que la vez anterior. «La vuelta a casa, una decepción absoluta», escribió en su diario aquella noche. Se quejó a su agente literario de que Henry estaba «más raro cada día» y se metía de forma más destructiva en los asuntos domésticos. Biddle fue a visitarla un día, pero sus cartas eran cada vez menos frecuentes y a finales de octubre ya habían cesado por completo. «Katherine le ha pescado», anunció West en su diario[355].

Los acontecimientos del mundo exterior parecían confirmar la desesperanza de West. El 16 de octubre de 1946 oyó decir que Göring había

conseguido suicidarse. Tres días antes había llegado a Nuremberg el material necesario para las ejecuciones; el 14 de octubre se empezó a montar el patíbulo y los presos oyeron desde el gimnasio el ruido de los martillos. Göring había pedido que le fusilaran como militar en vez de ahorcarle como criminal, pero el tribunal denegó su solicitud. El día 15 se quitó la vida con una ampolla de cianuro que no se sabe cómo había logrado ocultar a los guardias. Al día siguiente los diez condenados restantes fueron ejecutados. El verdugo chapuceó al ejecutar a Von Ribbentrop, que era el primero de la línea, y dejó que la soga estrangulara al antiguo ministro de Asuntos Exteriores durante veinte minutos antes de morir.

Los periodistas de todo el mundo se horrorizaron al enterarse del suicidio de Göring. En Estados Unidos, Erika Mann, vestida con un pijama blanco, fue entrevistada en su habitación de un hotel de Spokane, adonde había ido para dar una serie de conferencias. Dijo al periódico local que se había puesto «furiosa» al saber que Göring había conseguido matarse tan fácilmente. «No le envidio su bonito suicidio en lugar de la muerte en la horca, pero es realmente escandaloso que haya sucedido». A Mann le preocupaba que los alemanes pensaran ahora que las autoridades habían permitido deliberadamente que Göring se quitara la vida. Rebecca West cablegrafió inmediatamente diez mil palabras que debían añadirse al final del artículo que ya había enviado al *New Yorker*. Describió cómo una docena de emociones la habían sorprendido por su fuerza. Le daba rabia que el «enorme payaso» se las hubiera arreglado para derramar «el vino de la humillación que habíamos querido que bebiese». Le decepcionaba ver que después de todas las absurdas medidas de seguridad que habían rodeado el juicio, de un modo u otro había manado el cianuro. Y le preocupaba la posibilidad de que el extraño momento final de triunfo de Göring condujese a un resurgimiento del nazismo. Pero también sentía «una vaga alegría visceral», se alegraba de que la bestia cogida en la trampa hubiese sorprendido a sus captores con un último acto de resistencia[356].

Si West todavía hubiera estado con Biddle, hubiesen podido reír juntos con el suicidio de Göring. Pero, tal como estaban las cosas, lo noticia confirmó su descontento con el mundo. Se sentía infeliz y aburrida y, como

siempre, buscó refugio en la enfermedad. Al igual que Erika Mann, West somatizaba con frecuencia. En 1941 había escrito que el cuerpo que pide ayuda «hace la petición con toda la fuerza posible»; «las señales externas y visibles dan a quienes las ven una impresión exagerada de lo que sufre la persona que está enferma o asustada». Durante toda su relación con Wells había respondido a las crisis emocionales con peligrosas y violentas enfermedades físicas que corrían parejas con las del propio Wells, y en cierta ocasión había quedado completamente sorda durante un mes. Ahora había enfermado con síntomas que, según describió en su diario, correspondían a una infección de las encías, neuritis tóxica del brazo y el hombro izquierdos y fiebre alta[357].

El 11 de noviembre West recibió finalmente una carta de Biddle en la que este elogiaba a Katherine por su dulzura y su valor y decía que no quería hacer daño a su esposa. West, todavía muy enferma, se indignó y le ordenó que nunca volviese a escribirle. «Todos los hombres son una porquería», se quejó a Emanie Arling con una capacidad de resistencia acopiada con esfuerzo. «No te preocupes por culpa de Francis B. Estoy condenada a no tener suerte. Sencillamente olvidaré el asunto y seguiré con mi trabajo». Biddle era uno más entre los hombres que la habían perseguido vehementemente y habían desaparecido cuando ella sucumbió. Le quedó la sensación de que no estaba destinada a conocer el amor mutuo. Una vez más su sexualidad pública la había expuesto al rechazo, a que la viesen como castradora y a que nadie hiciera caso de su propia vulnerabilidad[358].

En *Cordero negro, halcón gris*, West había escrito que «solo una parte de nosotros es sensata». Las personas solo en parte amaban el placer y la felicidad, querían vivir hasta superar los noventa años y morir en paz en una casa que ellas habían construido. «La otra mitad de nosotros está casi loca». Esa mitad loca amaba el dolor y la desesperanza y quería morir en una catástrofe «que haga que la vida vuelva a sus comienzos y no deje nada de nuestra casa salvo cimientos ennegrecidos». West había visto las consecuencias globales de este anhelo de destrucción en las ruinas ennegrecidas de Nuremberg y Berlín. Ahora era consciente, como lo había sido tan a menudo antes, de las consecuencias personales de esta división. Había anhelado el placer y la felicidad como Biddle, al parecer, los había

anhelado con ella, pero juntos habían creado una catástrofe que la había postrado en cama con fiebre, el brazo y las encías hinchados y estremecidos de dolor[359].

Cuando tuvo fuerzas suficientes para escribir, West volvió a los juicios de Nuremberg y refundió sus artículos en un ensayo más largo titulado «Greenhouse with Cyclamens» con la intención de incluirlo en un libro que llevaría el título de *El significado de la traición*. Shawcross había invitado a West a Nuremberg en primer lugar como cronista oficial, pero, desde luego, este no era el libro que querían que escribiese. El título del ensayo procede de un invernadero que hay en el recinto del castillo de Faber, donde West se había alojado brevemente con los demás corresponsales antes de que Biddle la llamase a su villa. Cuenta cómo un dorado atardecer de otoño paseaba por el jardín y encontró abierta la puerta del invernadero. En el interior había una hilera tras otra de lirios, prímulas y ciclámenes en flor, todos creciendo, sanos y llenos de color. West se sintió impresionada por la absurdidad del espectáculo. Estaba en un país donde el comercio se había venido abajo; una ciudad donde era imposible comprar siquiera zapatos, ollas o mantas. Pero allí se encontraba un invernadero que había continuado cultivando flores a pesar de las normas de Hitler y ahora contravenía también las normas de los aliados[360]. Era un negocio próspero llevado únicamente por un hombre con una sola pierna y una niña de doce años. Y al hablar con el hombre (que había combatido en el frente oriental), West encontró en él un símbolo de un tipo de enloquecida laboriosidad alemana que le hacía anhelar solamente más trabajo en lugar de placer. Más que cualquier otra cosa, el hombre quería que el juicio continuase tanto tiempo como fuera posible porque quería continuar cultivando y vendiendo sus flores.

Era West en plena forma, abordando un acontecimiento público desde un ángulo oblicuo y personal que le permitía captar asuntos mundiales con una especificidad peculiarmente vívida. Y todo el ensayo fue alimentado por la rabia y la decepción que le había provocado Biddle. «Solo he podido escribir con el lado izquierdo de la mente», escribiría West a A.L. Rowse en 1947, «el lado derecho ha estado siempre ocupado en algo que tenía que ver con las relaciones personales». Pero West creía que el poder del lado

izquierdo procedía del «conocimiento de lo que hacía el lado derecho». La fuerza de «Greenhouse with Cyclamens» surge de su pasión personal; del sentido que da West a la relación entre la traición privada y la traición pública[361].

West se mostraba en este ensayo más indignada que en su anterior artículo sobre el sistema que había permitido que Göring se suicidara y que Von Ribbentrop se asfixiara lentamente hasta morir. Afirmó que a Göring no se le debería haber dado la oportunidad de utilizar su valor para debilitar el horror público ante sus crímenes. Los nazis habían «cubierto la historia de crueldad, que es un producto de desecho de la naturaleza moral del hombre, del mismo modo que maniacos más modestos se cubren el cuerpo y la ropa con sus excrementos»; era injusto que a este nazi de todos los nazis se le hubiera permitido ocultar su carácter maniaco. Göring es el traidor definitivo. West, al igual que tantos espectadores, siempre se había sentido fascinada de forma inquietante por él. Ahora que se encontraba lejos del tedio cautivador de la sala del tribunal, estaba furiosa porque Göring había seducido impunemente a sus espectadores. West se quejó también de que el tribunal hubiera emprendido la tarea de ahorcar a diez hombres sin tomarse la molestia de buscar antes información suficiente sobre métodos eficaces y rápidos de ahorcar. Se había hecho justicia, pero los informes sobre la muerte lenta de Von Ribbentrop no eran tan distintos de los testimonios relativos a las atrocidades nazis que habían llevado a estos hombres al patíbulo. Había tipos de hedor, según West, que «ni el nombre de la justicia o la razón o el bien común ni otras palabras bonitas pueden transformar en dulzura»[362].

Si el conjunto del juicio hedía al examinarlo de forma retrospectiva, lo mismo ocurría en el caso de los idilios de Nuremberg. La breve mención de *eros* en el artículo de West para el *New Yorker* se convirtió en el ensayo en una disquisición mucho más larga sobre el amor. West afirmaba ahora que todos los norteamericanos que se encontraban en Nuremberg estaban enamorados. Los hombres habían rebasado la mediana edad, se hallaban lejos de sus esposas y se sentían espiritualmente hartos a causa de un exceso de guerra y exilio: por supuesto, andaban en busca de consuelo en las mujeres. Ahora que su propia aventura amorosa había terminado, West

pensaba que todos los enredos de Nuremberg estaban condenados a la transitoriedad. «Al deseo de abrazar se sumaba el deseo de ser consolado y de consolar; y las delicias de la satisfacción del deseo eran desgarradoras, igual que la primavera y la puesta de sol y la ola que se rompe, porque no podían durar[363]».

Mirando atrás, West pensó que los numerosos amantes de Nuremberg habían albergado la esperanza, al igual que los acusados, de que los veredictos se aplazaran eternamente. Estaban tristes porque eran conscientes de que una vez se tomara una decisión sobre la vida de Göring y Von Ribbentrop, «se daría muerte a mucha felicidad que podría haber sido inmortal». La muerte de su propia aventura adquiere una curiosa grandeza que nace de su sincronismo con la muerte de los acusados. Pero esto es una retórica del destino y West no perdona a Biddle tan fácilmente. Estos amores pasajeros, escribe, a menudo eran nobles, pero había algunos que no querían que lo fueran: «Eran hombres que decían: "Eres una buena chica, pero, por supuesto, es a mi esposa a quien realmente amo", cuando estas palabras eran superficiales, teniendo en cuenta la difícil situación de quien las pronunciaba y la ayuda que se le había prestado». De hecho, habían sido las palabras de Biddle, como antes las de Wells. West estaba furiosa porque no había recibido reconocimiento del consuelo que había dado[364].

Al parecer, Gellhorn y West no se encontraron en Nuremberg. De haber sido así, tal vez hubieran tenido mucho que decirse sobre la traición y la debilidad tanto de los hombres como de los alemanes. Incluso hubieran podido comparar sus experiencias del mismo hombre, H.G. Wells, si bien Gellhorn siempre negó haber tenido una aventura con Wells, como afirmaba este. Años después, Gellhorn se sentiría fascinada por Rebecca West, consciente de que en sus vidas había una similitud que quizá no había resultado evidente en su momento. Ahora, sin embargo, Gellhorn, al igual que West, estaba ocupada con un acto de venganza literaria y personal.

Inmediatamente después de terminar el juicio, Gellhorn escribió un artículo para *Collier's* en el que informaba de los acontecimientos. Reconocía los logros del juicio, pero también insistía en que no se podía

echar la culpa simplemente a estos veintiún hombres. Refiriéndose al cargo de «crímenes contra la paz», Gellhorn recordaba a sus lectores que la guerra misma es el principal crimen contra la paz: «La guerra es los bombarderos plateados, con los jóvenes que van en ellos, que nunca quisieron matar a nadie, que vuelan bajo el sol matutino sobre Alemania y no regresan. La guerra es el barco que se hunde y los marineros que se ahogan en un mar en llamas camino de Murmansk… La guerra es las listas de bajas y ruinas bombardeadas y refugiados, asustados y sin hogar y muertos de cansancio en las carreteras. La guerra es todo lo que recuerdan ustedes de aquellos largos y feos años. Y su legado es lo que tenemos ahora, este mundo herido y atormentado que de alguna forma debemos restaurar».

Antes de que pudiera hacer algún intento de restaurar su propia vida, Gellhorn tenía que escribir sobre los largos, desagradables años. *Point of No Return* es un catálogo de los horrores de la guerra: los jóvenes que nunca quisieron matar a nadie; los asustados, sin hogar y cansados; el mundo herido y atormentado que había quedado[365].

Gellhorn dijo más adelante que había escrito esta novela para librarse de Dachau: «Para exorcizar las cosas con las que no podía vivir». La habían educado en «una buena y dura escuela cuya regla básica es: Manos a la obra. Como sea». Escribir era su manera de hacerlo. La novela cuenta la historia de dos militares, John Dawson Smithers, teniente coronel de la 20.ª División de Infantería, y su chófer, Jacob Levy, judío secular que parece sencillamente un norteamericano normal y corriente, excepcionalmente bien parecido. Al empezar la novela los dos están en la frontera de Alemania. Después de semanas de peligros y sufrimientos en el bosque de Hürtgen, su unidad es enviada a descansar y recuperarse en la ciudad de Luxemburgo, donde ambos hombres van inmediatamente en busca de relaciones sexuales. Smithers encuentra a una trabajadora de la Cruz Roja norteamericana que se llama Dorothy Brock y tiene una relación pasajera con ella; Levy encuentra a una camarera local que se llama Kathe, «joven y baja y sin pintar» y se enamora de ella, aunque se comunican solo por medio de las escasas palabras francesas que Levy ha aprendido de un diccionario. Kathe le llama «Jawn» porque, en un momento de pánico,

Levy se presenta como John Dawson Smithers, lo cual supone negar su propia condición de judío[366].

La aventura de Smithers es en gran parte insatisfactoria: Dotty sucumbe con demasiada facilidad, preocupada únicamente por cumplir con su deber para con otro héroe que lleva tiempo sin tener relaciones sexuales. La de Levy es mucho más feliz, si bien Kathe es virgen y tiene pánico a las relaciones sexuales. En su primer encuentro se acuesta sin quitarse la combinación; en el siguiente anima a Levy a penetrarla y el resultado es asco y dolor físico; poco a poco aprende a tolerar las relaciones sexuales y a disfrutar de la intimidad que proporcionan. Ambas relaciones se ven interrumpidas cuando los hombres reciben la orden de volver al frente. Levy hace una proposición de matrimonio a Kathe en una carta que envía a Dorothy Brock y pasa gran parte de su tiempo imaginando diálogos con la versión de Kathe que ha creado en su mente. Pero cuando la guerra termina visita Dachau, casi por casualidad, y queda destrozado por el espectáculo. Al salir del campo, ve a un grupo de mujeres alemanas riendo en una esquina. Indignado al verlas tan contentas a pesar de ser cómplices de las atrocidades, Levy lanza el *jeep* contra el grupo, mata a las mujeres y sus propias facciones quedan desfiguradas. En el hospital, Levy se niega a fingir que no quería hacerles daño. Cree que debe sacrificar su propia felicidad con el fin de obligar al mundo a hacer frente a su culpa por no haber visto lo que sucedía en Alemania[367].

Se trata de una novela sobre la guerra. Gellhorn fundió sus propias experiencias bélicas con las de Hemingway y las de Gavin. No estaba familiarizada con la vida de la infantería y, aunque luego lo negaría, se inspiró en el mundo de las hazañas de Hemingway publicadas en *Collier's*. También utilizó las historias que contaba Gavin sobre la vida en el bosque de Hürtgen. Cuando le escribió en enero para pedirle detalles, Gavin contestó que aquel «condenado» lugar con sus montañas escarpadas, sus bosques espesos y oscuros, sus inesperados torrentes y campos de minas era «un enorme abismo devorador de hombres» y dijo que lo mejor era hablar de ello en la cama. Las montañas, los bosques y los torrentes salieron en la novela, como salió también el argot del Ejército que Gellhorn había oído cuando estaba en la 82.ª División Aerotransportada. Pero en su crónica

transforma el bosque en una especie de experiencia difícil que los cambia a todos de maneras que ellos son incapaces de reconocer en aquel momento. Presenta a Smithers como un caso único porque se niega «a ceder ante el bosque» mientras empuja implacablemente a los soldados hacia delante. Pero por la noche yace en la oscuridad sin poder dormir, pasa tanto frío como sus hombres y deja de simular: «Por la noche podía llorar por su amado batallón. Que en cualquier combate tenían que morir hombres era algo sabido y no había que lamentarlo. Pero un hombre tenía derecho a morir por algo; el valor de la muerte se medía por kilómetros. ¿Quién es el culpable?, se preguntaba el teniente coronel Smithers, y esperaba que el culpable fuese el bosque». Gellhorn no estuvo con Gavin durante el tiempo que este pasó en Hürtgen. Al recrearlo imaginativamente ahora, se preguntaba cómo le habría cambiado, al mismo tiempo que se preguntaba cómo sus propias experiencias bélicas la habían cambiado a ella[368].

Es también una novela sobre los hombres. En mayo Gellhorn había dicho a Eleanor Roosevelt que se había encontrado «lanzada a escribir sobre los hombres como si fuera uno de ellos». Tras leer parte de la novela, su editor en Scribner’s le había dicho que nunca hubiese adivinado que era obra de una mujer. Más adelante Gellhorn declaró que había escrito la novela como hombre, «siendo hombre de manera constante en mi mente». Se encontró con que sus sueños eran los de Jacob Levy en lugar de ser sus propios sueños. La capacidad de identificarse con los hombres, en la guerra y en las cuestiones sexuales, era un don que había recibido de Gavin. De hecho, escribió a este para poner a prueba sus ideas sobre la sexualidad así como sobre la guerra. ¿Estaría dispuesto, preguntó, a arrebatarle la virginidad a una chica inocente pero complaciente si esa chica le gustaba y Gavin veía que ella ignoraba lo que estaba ofreciendo? Gavin repuso que si la chica era tan buena como decía Gellhorn, quizá se limitaría a abrazarla, pero que tendría que gustarle mucho para hacer eso «porque si un soldado realmente lo quiere, y si estaba en Hürtgen lo quiere casi más que el hálito de la vida al día siguiente o la seguridad de tenerlo, entonces se la quitará. Y la virginidad tiene un encanto en sí misma». No obstante, podía imaginar ocasiones en las que se contendría y dio su veredicto «aprobatorio» a la descripción del «proceder masculino razonable» que hizo Gellhorn[369].

Las enseñanzas de Gavin sobre sexualidad masculina pasaron a formar parte del personaje de Jacob Levy, pero la encarnación más vívida del propio Gavin en la novela es Smithers. Más joven que Gavin, Smithers es solo un teniente coronel, pero, al igual que Gavin, ya es un héroe al que admiran los hombres por cuyo bienestar se preocupa casi tanto como por el suyo propio. Smithers, al igual que Gavin, se encuentra con que la guerra le ha permitido trascender las diferencias de clase, que puede llevarse a la cama a un tipo de chica mucho mejor de lo que antes hubiese podido imaginar siquiera. Le aterra la idea de que después de la contienda su vida vuelva a ser vulgar y solitaria: «Lo he tenido todo, pensó, ahora soy alguien. No puedo, no puedo [volver atrás] […] al final, no pertenecía a ninguna parte»[370].

Dorothy Brock, la amante de Smithers, es atractiva, valiente y práctica en lo que se refiere a la sexualidad. Decepciona a Smithers cuando se desnuda metódicamente y se acuesta con él en su primer encuentro: «Con Dotty, tenías la impresión de que la línea formaba a la derecha». No se permite ninguna emoción y solo una vez se derrumba y confiesa a Smithers que no puede soportar la posibilidad de una pérdida: «Mi padre es demasiado viejo; no tengo ningún hermano, ni marido, ni prometido, ni un hombre del que esté enamorada […]. Lo único que quiero es no tener nada». Si Brock es un autorretrato de Gellhorn, entonces es un autorretrato cruel. Brock tiene mucha menos interioridad que otros personajes del libro. No puede permitirse mirar dentro de sí misma porque, si lo hace, volverá a derrumbarse; en vez de ello, corre de un lado a otro para no tener que hacer frente a sus propios temores. Esta es Gellhorn como tal vez la veían sus críticos más severos: altiva, ufana, demasiado consciente de su propia belleza para ser vulnerable. Las relaciones sexuales entre Smithers y Dorothy nunca son apasionadas. Es como si Gellhorn no pudiera permitir que sean el acto agradable y hermoso que en otro tiempo fueron las suyas con Gavin porque no puede permitirse el remordimiento que ello entrañaría; en vez de ello, se refugia en reescribir la relación entre ellos vista a través de una lente insensible. Traspone la versión de sí misma después de Dachau a la relación con Gavin y la condena al fracaso retrospectivamente, dando a

entender con ello que siempre estuvo hastiada del mundo y nunca fue inocente ni tuvo esperanza[371].

Si la interioridad de la propia Gellhorn, una interioridad más frágil, está presente en el libro, es en el personaje de Levy, pero no en su relación sexual, sino en su experiencia en Dachau. Antes de visitar el campo Levy no comprende, en primer lugar, por qué Estados Unidos participa en la guerra, ni por qué los judíos no «se largaron de esta asquerosa Europa hace mucho tiempo». En Dachau, pasea por el pueblecito de casas con tejados puntiagudos, con «todos los *Krauts* chismorreando al sol ante la puerta de entrada de su casa», y piensa que el lugar no puede ser tan malo como dicen. Pero al cruzar las puertas del campo se topa inmediatamente con el hedor de la putrefacción. Ve a los prisioneros calvos y cubiertos de piojos andando despacio, sin rumbo fijo, los ojos mirando al frente «demasiado grandes, negros y vacíos», y se encuentra paralizado por el miedo.

Levy visita el campo guiado por un médico que le cuenta las mismas historias que contaron a Gellhorn en Dachau; historias de experimentos con seres humanos, de cadáveres amontonados en trenes, historias relatadas por un hombre que ha aprendido a observarlo todo con aterrador desapasionamiento y que vive meramente porque vivir es un hábito. Al salir del campo, Levy siente que no tiene ninguna otra vida y ningún otro conocimiento: «Sabía que no podría vivir en ninguna parte ahora porque en su mente, furtivamente, no había nada salvo horror». Más que cualquier otra cosa, le impresiona la magnitud de su propia ignorancia deliberada. «Nunca lo supe; pensaba que aquellos malditos *Krauts* tenían que luchar igual que nosotros y pensaba que estos civiles y arteros *Krauts* eran tontos y bastante cobardes encima». Está furioso consigo mismo por negar su propia condición de judío; por luchar en la guerra sin identificarse con las víctimas de Hitler. Y está furioso con los alemanes que han sacado el oro de los empastes dentales de los judíos muertos y se han cruzado de brazos mientras veían morir a miles de sus compatriotas. Al ver el grupo de mujeres gordas y sonrosadas riendo en plena calle, tiene la sensación de resbalar. Le cuesta respirar; pone el puño sobre la bocina y pisa el acelerador hasta que toca el suelo[372].

Gellhorn nunca quita importancia al inútil acto de venganza de Levy. Puede que su protesta acabe significando muy poco, pero tiene claro que es lo único que podía hacer en aquel momento. Tampoco ella había protestado por los campos de concentración durante la guerra; tampoco ella se había fijado en la difícil situación de los judíos hasta ver sus cadáveres amontonados. Es como si esto fuera lo que debería haber hecho, de haber tenido un *jeep* a su disposición. En realidad, su propia vida había cambiado de forma casi tan radical como la de Levy; al igual que él, perdió la esperanza y le molestaba que, a diferencia de él, al final siguiese físicamente intacta. Gellhorn sí quita importancia a la relación de Levy con Kathe.

Justo antes de ir a Nuremberg, Gellhorn escribió a su amigo Campbell Beckett y le dijo que ya no sabía qué era el amor, o «dónde empieza y termina la sexualidad, y el amor (para mí siempre una operación hecha con los espejos más grandes y más ornamentados del mundo) se hace realidad y no es un invento mío, invento de la necesidad y la soledad y del terrible aburrimiento de cuidar de una misma». La ilusión que había invertido en Hemingway había dado «tan pocos beneficios» que ahora estaba asustada y llena de dudas. Cuando usó por primera vez la metáfora de los espejos en la carta que escribió a Gavin un año antes todavía albergaba la esperanza de que la ilusión durase. Ahora ya no podía creer que fuera así e hizo que en la novela Levy inventase a Kathe. Esta clase de felicidad inocente solo es posible cuando no habláis la misma lengua y cuando ni siquiera conocéis vuestros respectivos nombres verdaderos. De modo parecido, la mayor felicidad de Smithers surge cuando inventa una imagen de Dorothy en su ausencia, «una chica morena que sabía cómo era esta guerra y nunca sería una desconocida», e inevitablemente sufrirá una decepción cuando vuelvan a verse[373].

A diferencia de West, Gellhorn ya no estaba furiosa con los hombres. En su lugar, presentaba el amor como una baja de la paz. Ninguno de los personajes del libro tiene la culpa de que la ilusión del amor no pueda durar. La culpa es del mundo herido y atormentado y de los alemanes que lo han creado. «Estabas allí sentada y los observabas y sentías dentro de ti una indignación tan grande que te asfixiaba», escribió Gellhorn en su artículo

sobre Nuremberg, refiriéndose a los acusados nazis en la sala del tribunal. Los alemanes de su novela son o bien pasivos en la derrota, con su piel «gris y gruesa» y sus rostros sin curiosidad, o engañados y suicidas en su resistencia («estos malditos *Krauts* habían sacado la conclusión de que morir era una buena idea y se proponían llevarse por delante a tantos norteamericanos como fuera posible»), o desagradablemente impertérritos en sus bolsas de prosperidad, como las mujeres que ríen y mueren atropelladas por Levy. Juntos, han destruido el mundo. Es más, los norteamericanos han colaborado al permitir que la guerra los hiera espiritual y físicamente. «Esta es la paz más decepcionante que he visto en mi vida», comenta el soldado de primera Bert Hammer a los pocos minutos de la declaración de la victoria[374].

Para Gellhorn, al igual que para Hannah Arendt, la culpa era colectiva en el sentido de que era endémica. Fuera de Nuremberg, no se podía absolver a nadie; a diferencia de los nazis que fueron ahorcados en octubre, la mayoría de la gente tenía que vivir con su vergüenza. En una ciudad de Alemania se había hecho una especie de justicia del mejor modo posible. Pero, a pesar de aquel pequeño y esperanzado enclave de castigo legal, el mundo seguía estando herido y atormentado y nunca podría volver a ser el mismo.

Cuarta parte

Tensión y renacimiento

1946-1948

11

«Su sufrimiento y a menudo su valentía te hacen quererlos»

Guerra fría: octubre de 1946-octubre de 1947

En el otoño de 1946 llegaron a Alemania, procedentes de Inglaterra y Estados Unidos, dos hombres que estaban convencidos de que este mundo herido y atormentado podía ser redimido por el amor. La campaña de Victor Gollancz «Salvad a Europa Ahora» florecía y Gollancz tenía grandes deseos de ver con sus propios ojos la difícil situación de los alemanes que pasaban hambre. Quería utilizar sus experiencias en Alemania para persuadir a los políticos y el público británicos de que debían tratar con compasión a su antiguo enemigo. El dramaturgo alemán Carl Zuckmayer se había pasado la guerra escribiendo una obra sobre la Alemania nazi, encerrado con su familia en una granja de Nueva Inglaterra. Ahora deseaba ayudar a sus excompatriotas haciendo de emisario conciliador entre sus dos naciones.

Era la primera vez que Gollancz viajaba sin su esposa, Ruth, que se ocupaba de su comodidad y de aliviar su ansiedad. Aunque habían pasado tres años desde su crisis nerviosa, el estado físico de Gollancz aún era frágil. A pesar de ello, se imponía a sí mismo jornadas de diecinueve horas y se despertaba a las cinco de la mañana para hacer anotaciones sobre el día anterior. En ausencia de Ruth le sostenían su frenética energía y su amor fervoroso a los vilipendiados. El 5 de octubre, poco después de su llegada, escribió desde Nuremberg una carta a casa en la que describía que incluso cuando acababa de oír los detalles más desagradables de los horrores revelados en el juicio sentía que le embargaba el amor a los alemanes en

general, «sencillamente porque son despreciados y rechazados». Parece que si no hubieran hecho tanto daño, no les hubiese compadecido tanto. Sin saber cómo, toda su revulsión durante los meses en que se había imaginado que era uno de los presos de Dachau le había preparado para esta ocasión[375].

Gollancz fue de Nuremberg a Kiel y luego a Hamburgo. Al cabo de un año de reconstrucción, Hamburgo iba recuperando paulatinamente el orden. En las calles donde aún era posible vivir, se había retirado gran parte de los escombros y se veían ladrillos reutilizables apilados pulcramente junto a las paredes. La gente había improvisado habitáculos en antiguos búnkeres, refugios contra bombardeos aéreos y sótanos y en las esquinas que seguían intactas habían surgido diminutos comercios que se anunciaban por medio de rótulos instalados en las ruinas semicubiertas de hierba. Pero aún había cadáveres ocultos entre los escombros. Muchos de los rótulos que surgían de las ruinas indicaban la presencia de tiendas inexistentes, y lo único que hacían era señalar las sepulturas de la vida que la ciudad había perdido. Los sótanos donde vivía gente eran pequeños y húmedos y la mayoría de sus habitantes se dedicaban a buscar alimentos y caminaban muchos kilómetros para conseguir patatas. El novelista sueco Stig Dagerman, que visitó Hamburgo al mismo tiempo que Gollancz, comprobó que aún podía coger un tren que viajaba a velocidad normal durante quince minutos a través de uno de los sectores que antes estaban entre los más densamente poblados de la ciudad sin ver ni un solo ser humano, ni un edificio aprovechable. A Dagerman le pareció un paisaje «más monótono que el desierto, más agreste que la cumbre de una montaña y tan inverosímil como una pesadilla». La vista que se divisaba desde el tren parecía «un inmenso vertedero de fachadas destruidas, paredes de casas cuyas ventanas vacías son como ojos muy abiertos que contemplan el tren desde lo alto»[376].

Gollancz estaba mejor informado que la mayoría de los visitantes sobre las terribles circunstancias en que se encontraba Alemania, pero, aun así, su encuentro con esta ciudad le causó una impresión muy fuerte. En aquel momento cien mil personas padecían de edemas carenciales. En la zona británica las raciones destinadas a los alemanes habían sido aumentadas recientemente hasta alcanzar las 1550 calorías diarias, pero con frecuencia

era imposible encontrar los artículos necesarios para llegar a esta cifra (pan, cereales, leche y verduras), por lo que miles de personas vivían con solo 400-1000 calorías (y Gollancz se apresuró a señalar que 400 era la mitad de la cifra correspondiente a Bergen-Belsen). Visitó un búnker sin luz diurna ni aire donde se instruía a ochocientos niños sin alimentos ni materiales. En los hospitales no había suficiente penicilina y los casos de tuberculosis se habían multiplicado por diez. Las madres que salían del hospital tras dar a luz no tenían paños para envolver al recién nacido ni leche en sus pechos resecos.

Las condiciones de las personas desplazadas eran especialmente lamentables. «Es absolutamente imposible describir su sufrimiento», dijo Gollancz a su esposa, aunque él intentaba encontrar la manera de hacerlo. Al visitar un barco donde doscientas personas desplazadas vivían desde hacía seis meses, no pudo reprimir el llanto. No disponía de tiempo para hacer un estudio exhaustivo de los campos para personas desplazadas, pero era consciente de que los aliados volvían a utilizar la totalidad de lo que antes eran campos de concentración porque necesitaban alojar tanto a las personas desplazadas como a los prisioneros de guerra. La mayoría de los 50 000 judíos que quedaban en Alemania al finalizar la contienda aún estaban segregados en campos de concentración. En un informe de 1945 al presidente Truman, Earl G. Harrison (decano de la facultad de derecho de la Universidad de Pensilvania) se había quejado de que los norteamericanos trataban ahora a los judíos de forma muy parecida a como los habían tratado los nazis. Muchas personas desplazadas de raza judía seguían vistiendo el uniforme del campo de concentración —una especie de pijama de rayas horrible— porque no tenían nada más que ponerse, a la vez que otras se veían obligadas a llevar el uniforme de las SS alemanas[377].

Más recientemente, en agosto de 1947, el diputado británico Norman Hulbert había protestado en el Parlamento por el número de alemanes que seguían alojados en campos de concentración, y había afirmado que «campos de concentración es la única forma apropiada que existe para referirse a estas instituciones». Miles de prisioneros de guerra alemanes condenados sin juicio previo eran vigilados por guardianes que habían pertenecido a unidades militares nazis. Es más, muchas de estas personas

eran niños al estallar la guerra y demasiado jóvenes para haber votado en 1933. No cabía duda de que ninguna teoría sobre la culpa colectiva podía llegar tan lejos[378].

Al inspeccionar las ruinas de Alemania, Dagerman encontraba absurda la tendencia de los periodistas a descartar la desesperación a semejante escala calificándola de «indescriptible»: «Si uno quiere describirlas, pueden describirse perfectamente». Gollancz pensaba lo mismo. En lo que a él se refería, el papel del escritor consistía en documentar el sufrimiento no, como decía Mervyn Peake, para evitar futuras guerras, sino para cambiar la opinión pública en casa y efectuar cambios prácticos en el presente. Empezó inmediatamente a escribir cartas a la prensa británica en las que se quejaba de la situación que existía en la zona británica. En una de ellas, fechada en Düsseldorf el 30 de octubre, dijo al director del *Times* que las condiciones en que vivían millones de personas eran horrorosamente «miserables». Hizo una descripción detallada de un hombre famélico ingresado en un hospital de Hamburgo cuyo hinchado escroto casi llegaba hasta el suelo, así como de las feas manchas que aparecían en la piel de los niños y representaban «los estigmas de la malnutrición»[379].

El periódico recibió una avalancha de cartas que contradecían las estadísticas de Gollancz y le recordaban el sufrimiento que los nazis habían infligido a los judíos. El 12 de noviembre Gollancz contestó que la más horrible de sus experiencias había sido una visita al campo de Bergen-Belsen, donde había visto los tatuajes en los brazos de los judíos supervivientes:

> No es probable que alguna vez llegue a olvidar la maldad incalificable de la que fueron culpables los nazis. Pero cuando veo los cuerpos hinchados y los esqueletos vivientes en los hospitales de aquí y de otras partes; cuando miro los miserables «zapatos» de los niños y las niñas en las escuelas y me entero de que han venido a clase sin haber desayunado siquiera un mendrugo de pan seco; cuando bajo a un sótano de una sola habitación donde una madre lucha, y lucha valerosamente, por hacer cuanto puede por un marido y cuatro o cinco hijos…, entonces no pienso en alemanes, sino en hombres y mujeres.

Gollancz advirtió, como otros visitantes habían hecho antes que él, que no se trataba simplemente de una preocupación humanitaria; se trataba también de si la ocupación podría resistir la hostilidad de los alemanes. Al enterarse de que el gobierno de Londres había anunciado que durante las

navidades los súbditos británicos dispondrían de raciones extra de carne y azúcar importados especialmente, se quejó de que esto provocaría gran malestar en los hogares donde las personas subsistían con 400 calorías. El prestigio británico estaba cerca de su punto más bajo, dijo a los lectores del *News Chronicle*; se estaba envenenando y renazificando a la juventud. «Prácticamente hemos perdido la paz… y me temo que con esto me quedo corto[380]».

La visita de Gollancz coincidió con uno de los peores inviernos desde hacía casi cien años. Como no estaba preparado para el frío, él mismo pilló la gripe, aunque siguió trabajando como si nada. A su alrededor, tanto las fuerzas de ocupación como los alemanes estaban aterrados porque veían que Alemania no tenía ni combustible ni alimentos para hacer frente a semejantes condiciones climatológicas durante mucho tiempo. En noviembre, las locomotoras de todas las líneas de ferrocarril del país ya se encontraban fuera de servicio por culpa de los daños ocasionados por las heladas; el consumo de carbón se redujo a una quinta parte de sus niveles normales. Por si fuera poco, utilizar los árboles que quedaban como combustible era difícil debido a la falta de técnicos forestales. La silvicultura había sido una de las actividades favoritas de los nazis y el 92 por ciento de la industria había sido saqueado a raíz de las medidas de desnazificación. Ciudades de todo el país no tardaron en verse sumidas en la oscuridad e incluso los ocupantes se encontraban con que no podían hacer su trabajo porque la tinta se congelaba en los tinteros y las tazas de té se helaban sobre los escritorios.

Gollancz regresó a Londres a mediados de noviembre de 1946 al mismo tiempo que Carl Zuckmayer llegaba a Alemania después de siete años de ausencia. Más adelante, Zuckmayer diría que el exilio era «el viaje sin retorno». Cualquiera que se fuese soñando con que algún día volvería a casa estaba perdido. El viajero podía regresar, pero el lugar que encontraba ya no era el mismo que había dejado; él mismo ya no era la persona que había sido antes. Esta era una verdad que Zuckmayer experimentó dolorosamente ahora, al volver a entrar en el país al que en otro tiempo no había prestado

la debida atención. Su avión tenía previsto aterrizar en Berlín, pero la tarde estaba nublada y se vieron envueltos por la niebla y la lluvia. En vez de ello, el aparato tomó tierra en Frankfurt, donde Zuckmayer estuvo paseando entre las ruinas de la ciudad vieja con la sensación de encontrarse en una pesadilla de la que no podía despertar[381].

Zuckmayer ya no conocía a nadie en Frankfurt, la primera gran ciudad que había visto de niño. No tenía ni una sola dirección que visitar y no podía saber con certeza si alguno de sus conocidos de antaño seguía vivo. Los teatros habían sido destruidos; los escombros crujían fríamente bajo sus pies; la niebla envolvía las ruinas con una luz pálida, fantasmal. «Así lo quisimos, así ha terminado», comentó un transeúnte. Sin embargo, había en Frankfurt gente que conocía a Zuckmayer y deseaba hacer que su retorno fuese menos alienante. Al inscribirse en un hotel requisado por el Ejército estadounidense, el macilento recepcionista le preguntó si era el mismo Zuckmayer que había escrito *La viña alegre*. «Oh, qué placer que haya vuelto», dijo. «¿Sabe qué? Tendrá una toalla blanca en su habitación. Verá usted, hoy día nunca ponemos toallas blancas porque los soldados se las quedan. Pero usted tendrá una y, además, dos almohadas[382]».

A partir de este momento, Zuckmayer pudo ver lo mejor que había en sus antiguos compatriotas y conservar la esperanza de que los alemanes serían capaces de redimirse. Al igual que Gollancz, estaba convencido de que a los alemanes se les debía tratar con amabilidad, si bien en su caso ese convencimiento era debido a que seguía teniendo fe en la bondad fundamental del género humano. En su segundo día en Alemania, Zuckmayer viajó a Berlín en un tren militar y sintió lástima de la ciudad y sus habitantes. Pasó por el pelado Tiergarten y luego inspeccionó las casas en ruinas, cuyos moradores se agrupaban alrededor de estufas que iban apagándose lentamente. Al principio, le pareció que la casa donde había vivido en otro tiempo y donde había nacido su hija seguía igual, pero, al acercarse a ella, se dio cuenta de que ahora era solo una fachada: una pared delgada cuyas ventanas hendidas daban a la nada.

A medida que el invierno fue recrudeciéndose, Zuckmayer sintió el mismo horror que Gollancz ante las privaciones. No había ninguna esperanza para los ancianos o los niños que caían enfermos. Visitó al editor

Peter Suhrkamp, hombre valiente que había sido encarcelado por los nazis, y se encontró con que vivía en una casa helada y no recibía ninguna clase de asistencia médica aunque estaba enfermo de pleuresía y neumonía. Suhrkamp estaba en cama, los ojos hundidos y la cara pálida, con montones de manuscritos sobre las mantas, tratando de reactivar su editorial y alimentándose únicamente de sopa de patatas caliente.

Zuckmayer se enorgullecía de ser ciudadano norteamericano, pero seguía identificándose con los alemanes mucho más que Thomas Mann o Billy Wilder, debido tal vez a que nunca había confraternizado realmente con intelectuales norteamericanos. En 1939 había cruzado el océano con su esposa y su hija y, al igual que tantas otras figuras de la cultura alemana, había intentado triunfar en Hollywood. La vida en esta cara y alcoholizada «antesala del infierno», donde todo el mundo tenía que fingir que era rico y feliz, le había parecido detestable. En vez de ello, logró alquilar una granja en Vermont y se pasó cinco años cortando madera y ordeñando vacas, contento de ser un hombre libre. Durante este periodo se indispuso con otros refugiados al empecinarse en creer que existía una «Alemania buena»[383].

Al principio, Zuckmayer se había sentido demasiado entumecido y agotado para escribir, pero un día, al apartar de una patada una piedra suelta en su terreno, oyó un gorgoteo que parecía «un llanto, una llamada, brotó un manantial». Al refrescarse el rostro con el agua del manantial, sintió que se aflojaba un nudo que llevaba dentro y que empezaría otra obra de teatro. Durante los tres años siguientes escribió *El general del diablo*. Era una obra sobre la Alemania en guerra, escrita en alemán en medio de la seguridad que le ofrecía un paisaje que, curiosamente, le recordaba los bosques de Viena y las montañas de Salzburgo. Su obra es en parte un intento de ver la humanidad de alemanes que habían cometido el error de alistarse para servir a los nazis; era una humanidad en la que Zuckmayer persistía en creer[384].

Al terminar el conflicto, Zuckmayer había sentido nostalgia de su país natal así como grandes deseos de ver a su padre, que tenía ochenta y dos años y estaba gravemente enfermo. Agradecía a los norteamericanos que le hubiesen concedido la ciudadanía y protegido durante tanto tiempo y tenía

la esperanza de que si visitaba Alemania como norteamericano, podría contribuir a la reconciliación de las dos naciones a las que pertenecía. Al igual que Stephen Spender en 1945, Zuckmayer esperaba explicar los alemanes a los norteamericanos y viceversa. Pensaba que, como escritor, estaba especialmente bien situado para ello y creía que era posible enseñar valores humanísticos por medio del arte y, de hecho, confiaba en que los alemanes llegarían a comprenderse mejor a sí mismos gracias a la obra sobre la guerra que acababa de escribir. Tras solicitar y serle concedido el ingreso en el Consejo de Control, le encomendaron la tarea de inspeccionar la zona estadounidense e informar sobre las condiciones y requisitos de la reconstrucción, centrándose en el teatro y el cine. Esperaba que su cometido le permitiera «tender puentes sobre abismos, suavizar antagonismos y apaciguar mentes»[385].

En este sentido, Zuckmayer era uno de varios alemanes que estaban a sueldo de las autoridades norteamericanas y querían reeducar a sus compatriotas por medio de su propia *Kultur*. Esta era la misión de *Die Neue Zeitung*, periódico patrocinado por los norteamericanos y dirigido por Hans Habe, novelista alemán nacido en Hungría y viejo rival de Peter de Mendelssohn, con Erich Kästner, que escribía libros para niños, en el puesto de director cultural. Al igual que Spender, tanto Habe como Kästner opinaban que los alemanes podían en parte aprender a ser democráticos mediante la apreciación de su propio gran arte, lo cual chocaba con el punto de vista que en 1945 tenían las autoridades aliadas, a saber: que la cultura alemana era en parte responsable de la ascensión del nazismo.

A ojos de muchos funcionarios norteamericanos, la importancia que Habe y Kästner daban a la cultura alemana resultaba problemática en una publicación producida por las autoridades norteamericanas con el propósito de fomentar el respeto por el estilo de vida norteamericano. En abril de 1946 un burócrata se había quejado al general McClure de que *Die Neue Zeitung*, «con su insistencia en interpretar y proyectar la vida y la cultura alemanas, al mismo tiempo que Estados Unidos recibe adarmes de atención, ha tocado involuntariamente la melodía propagandística de Goebbels: "Los norteamericanos son unos bárbaros hambrientos de dinero sin ninguna vida cultural propia"». Pero, dado el hincapié de los norteamericanos en la

libertad de palabra, y siendo ellos quienes habían nombrado a los directores del periódico, era muy poco lo que podían hacer al respecto, y el éxito de la publicación les hacía reacios a efectuar cambios radicales de personal. El mismo Kästner, que era el responsable del contenido germanocéntrico de las páginas dedicadas a la cultura, insistía una y otra vez en que promovía la causa de los ocupantes norteamericanos enseñando a los alemanes a ser más tolerantes y, por ende, democráticos en la apreciación de su propia cultura. En enero de aquel año, al visitar una exposición de arte abstracto en Augsburgo, había oído a unos estudiantes que gritaban «¡Qué porquería!» ante los cuadros, y otros incluso decían que «a estos artistas habría que liquidarlos» o llevarlos a un campo de concentración. Kästner se quejó de que, si bien el arte volvía a ser libre, aquellos hijos de la década de 1930 continuaban escupiendo «tal como han aprendido, sobre todo lo que no entienden». La obligación de su periódico era enseñar tolerancia artística, como primer paso hacia la reeducación de los alemanes[386].

Esta era la opinión de Zuckmayer también y, al igual que tantos visitantes que le habían precedido, le impresionó ver que la cultura florecía en las ruinas de Berlín. Asistió a una representación de *The Skin of Our Teeth* [La piel de nuestros dientes], de Thornton Wilder, en el Hebbel Theater y comprendió por qué se había convertido en la obra de teatro más popular en la Alemania de la posguerra. La obra de Wilder cuenta cómo en el siglo XX el estado de Nueva Jersey hace frente a un muro de hielo que amenaza con extinguirlo y que trae consigo la presencia inquietante de figuras de la Antigüedad, Homero y Moisés entre ellas. Zuckmayer había disfrutado de ella en Nueva York, en una representación para estetas de la buena sociedad, pero comprobó que la obra tenía más fuerza cuando tanto los espectadores como los personajes habían sobrevivido a la edad de hielo por un pelo[387]. Este público aún podía sentir «el estremecimiento de la amenaza» que Wilder esperaba producir; el título alemán de la obra, *Wir sind noch einmal davon gekommen* [Hemos salido del trance una vez más], parecía especialmente indicado para las ciudades bombardeadas[388].

Menos impresionó a Zuckmayer el estado de la industria cinematográfica, aunque veía con esperanza las perspectivas del antiguo productor alemán Erich Pommer, a quien los norteamericanos habían

enviado a su zona aquel verano para que se encargase del cine en ella. En otro tiempo jefe de Billy Wilder, Pommer había sido un gran magnate del cine durante la República de Weimar y los escritores y cineastas berlineses celebraron ahora su llegada como si se tratara del retorno de un mesías. «Cuando viene Pommer es el momento de que te arremangues», anunció Erich Kästner. Pommer estaba decidido a que el cine alemán de la posguerra se definiese por una «rica tradición de pobreza e ingenio» y «ofreciera la imagen no deformada de gente de nuestro tiempo»; también estaba decidido a permitir que los alemanes hicieran películas en la zona estadounidense tan pronto como fuera posible[389].

Todo esto revestía especial urgencia porque los rusos seguían llevando mucha delantera en la producción de películas en su zona. En octubre se había estrenado con gran éxito el largometraje patrocinado por los rusos *Die Mörder sind unter uns* [Los asesinos están entre nosotros]. Dirigida por Wolfgang Staudte, era una película realista que exploraba la vergüenza existencial de un médico que no consigue librarse de sus experiencias en la guerra, enmarcada en las ruinas de las ciudades bombardeadas y valiente por sugerir que los crímenes de guerra continúan siendo crímenes en tiempos de paz. La edición berlinesa del *Neues Deutschland* la elogió por afrontar las verdades desagradables de la Alemania de la posguerra: «¿quién negaría que los grandes montones de ruinas son nuestro propio espectáculo?». Los aliados occidentales se sentían avergonzados al ver que los rusos les llevaban tanta delantera en la tarea de reactivar el cine alemán, especialmente porque Staudte había solicitado primero permiso en la zona estadounidense y le habían dicho que durante los cinco años siguientes solo los norteamericanos podrían hacer películas en Alemania. También los británicos llevaban mucha ventaja a los norteamericanos en este campo, si bien la primera película británica, *Tell the Truth (Sag die Wahrheit)* [Cuenta la verdad], que se estrenó en diciembre de 1946, parecía un retrato problemáticamente moderado de la vida de la clase media alemana antes de la guerra, un retrato doblemente dudoso porque parte del rodaje se había llevado a cabo durante la contienda y las autoridades británicas lo reanudaron y utilizaron algunos de los mismos intérpretes y técnicos[390].

Zuckmayer sopesó la posibilidad de hacer él mismo un documental sobre los juicios de Nuremberg, pero estos parecían perder importancia a medida que avanzaba el invierno. Nadie tenía tiempo para convertir a Göring en un mártir, como habían temido Rebecca West y Erika Mann; todo el mundo estaba demasiado ocupado en luchar por sobrevivir. Tanto Zuckmayer como Gollancz encontraban la desnazificación cada vez más ridícula. Parecía cosa de locos que los alemanes corrientes hubieran pasado meses rellenando formularios absurdos cuando era posible absolver a nazis de mayor categoría. Zuckmayer creía que la desnazificación resultaba todavía más insensata si se tenía en cuenta que casi no se hacía nada por las antiguas víctimas de los campos de concentración. En vez de ello, este debería ser el momento de la aceptación, el momento en que la gente dejara de medir y pesar las lágrimas derramadas en ambos bandos. Se encontró con que los alemanes andrajosos que asistían a las funciones teatrales habían adquirido una magnificencia inesperada, con los ojos ardiendo de receptividad, «dispuestos a responder a cualquier desafío a sus emociones y sus mentes»[391].

Sus esperanzas se vieron confirmadas cuando asistió en Heidelberg a una representación de su propia obra de 1931 *El capitán de Köpenick*, que era una sátira del militarismo prusiano. Justo después de la primera guerra mundial, Zuckmayer había estudiado en esta aletargada ciudad barroca del sur de Alemania. Ahora le sorprendió ver que casi no había cambiado; era una de las pocas ciudades alemanas que no habían sufrido absolutamente ningún bombardeo. Durante su primera noche en ella, Zuckmayer visitó una taberna en la que veintiocho años antes había asistido a mítines liberales. Encontró la misma estufa recalentada, los mismos abrigos y sombreros tirados sobre las sillas e incluso al mismo tabernero con su habitual chaleco de lana verde. Solo la cerveza era diferente, más floja, aunque se servía en las jarras de sus tiempos de estudiante[392].

La noche siguiente Zuckmayer fue al teatro donde se representaba su obra. Había escrito *El capitán de Köpenick* durante la ascensión de Hitler al poder con el propósito de advertir a los alemanes del excesivo respeto a la jerarquía militar. El mensaje había resultado pertinente y Zuckmayer preveía que el abarrotado teatro iba a responder con entusiasmo. Sin

embargo, después de las escenas primera y segunda oyó silbidos de desaprobación procedentes del gallinero y el anfiteatro. Al empezar la quinta escena, los silbidos ya habían cesado y Zuckmayer observó a uno de los que antes silbaban, un hombre joven y rubio que se pasó el resto de la obra sentado con los brazos cruzados y cara triste. Al finalizar la función, preguntó al joven por qué había silbado después de las primeras escenas pero luego había dejado de hacerlo. «¿Por qué le interesa saberlo?», respondió el hombre. Zuckmayer le explicó que era el autor, que ahora era norteamericano y quería saber qué pensaba la nueva generación del militarismo[393].

El hombre llamó a sus amigos para que hablasen con Zuckmayer y resultó que todos ellos habían sido oficiales del Ejército alemán. Al principio la obra no les había gustado porque condenaba sin ambages la cultura alemana, pero luego se la habían tomado más en serio. Zuckmayer habló con ellos toda la noche, les contó sus experiencias en Estados Unidos y analizó interpretaciones opuestas de los conceptos de nación e historia. Al amanecer, todos coincidían en pensar que Alemania tenía que encontrar un ideal nuevo que estuviera en consonancia con la tradición del humanismo europeo: «No una lucha contra el mundo, no un intento de conquistar el mundo, sino un deseo de comprender a los demás y convertirse en una parte creativa del conjunto del mundo»[394].

Fue el primero de muchos debates que sostuvo Zuckmayer con grupos de jóvenes durante su estancia. Hizo gestiones para hablar con colegiales y estudiantes universitarios, convencido de que el diálogo franco entre los norteamericanos y los alemanes podía crear condiciones propicias a la democracia. Estaba seguro de que los debates eran fructíferos y de que las personas con las que hablaba no volverían a hacerse nazis. En vez de ello, esperaban la llegada de algo mejor. El contacto con estos alemanes jóvenes dio a Zuckmayer dos clases de felicidad: una era la de poder ayudar; la otra, la de no tener que odiar. A pequeña escala, Zuckmayer conseguía justo el tipo de reeducación que los aliados habían esperado llevar a cabo al formular su política dos años antes. Si confiamos en lo que él mismo nos dice, lograba llevar a los alemanes del fascismo al humanismo, de la ciega uniformidad al individualismo. Al igual que Gollancz, quería transformar a

los alemanes en aliados, pero desde su perspectiva (bien alimentada), el nutrimento físico era inseparable del nutrimento mental y su papel como escritor consistía en parte en proporcionar este último. Zuckmayer era una de las pocas personas en Alemania que aún creían que el arte podía utilizarse para que una nación hambrienta se convirtiese a la democracia[395].

Fuera de Alemania continuaba el debate sobre las condiciones de la ocupación y el 25 de noviembre el gabinete británico capituló en la cuestión de los paquetes de alimentos. Fue una victoria para la campaña «Salvad a Europa Ahora» de Gollancz, especialmente porque este había animado a la totalidad de sus cien mil seguidores a escribir al primer ministro la semana anterior. No había servicio de paquetes postales entre Alemania y Gran Bretaña, por lo que miles de paquetes se acumularon en las oficinas londinenses de la campaña en espera de ser entregados a mano. Los paquetes podían hacer relativamente poco por aliviar la situación de los alemanes, pero surtieron efecto en la moral; muchos alemanes se llevaron una gran sorpresa al enterarse de que el defensor de su causa era judío.

En enero, Gollancz publicó una crónica titulada *In Darkest Germany* [En la Alemania más tenebrosa] que tenía la extensión de un libro, relataba sus experiencias en Alemania y había sido escrita con una rapidez asombrosa incluso para él. Ilustrado con abundantes fotografías de estómagos descarnados, caras deprimidas y zapatos deformes, el libro era una dura acusación dirigida contra el gobierno británico y también contra las fuerzas de ocupación en Alemania por no mitigar el hambre y las enfermedades. Gollancz expresaba su lealtad al «pobre y querido» pueblo empleando términos emotivos: «Su sufrimiento y a menudo su valentía te hacen quererlos»[396].

En la introducción, Gollancz se defendía de la acusación de que traicionaba a los judíos al luchar por los alemanes. Afirmó que le motivaba el «sencillo y franco» sentido común judío, sin sentimentalismo alguno. Tres cosas parecían caer por su propio peso: en primer lugar, nada podía salvar al mundo excepto «un acto general de arrepentimiento» en vez de

insistir en la perversidad ajena; en segundo lugar, ser bien tratados en vez de maltratados hacía buenos a los hombres; en tercer lugar, «a menos que trates bien a un hombre que te ha tratado mal, sencillamente no llegarás a ninguna parte». Afirmó también que aunque todos los alemanes fueran responsables de lo sucedido en Belsen, «nosotros, por nuestra parte, como miembros de un país democrático y no de un país fascista sin libertad de prensa ni Parlamento, teníamos la obligación individual además de colectiva de negarnos a tolerar cualquier cosa que pudiera considerarse siquiera remotamente comparable a Belsen»[397].

In Darkest Germany recibió muchas alabanzas tanto en Gran Bretaña como en Alemania y los periódicos alemanes publicaron una serie de artículos en los que adulaban a su salvador británico[398]. En Alemania, mientras tanto, había llegado el momento de que Zuckmayer intentase resumir sus experiencias en un informe final. Era menos capaz de generalizar que Gollancz y pensaba que de las ruinas no cabía sacar ninguna lección. Decidió que, en vez de ello, contaría la historia de las personas que había conocido «y cómo las vi vivir y morir en medio de nuestro civilizado mundo en el invierno de 1946-1947»[399].

La palabra «vivir» es crucial aquí. Zuckmayer estaba dispuesto a ver a los habitantes de Alemania como seres vivos de una manera en que Gollancz no lo estaba. Iban al teatro y al cine, fundaban editoriales, discutían con vehemencia en tabernas heladas. «Con qué seriedad, pasión y entusiasmo se interpreta teatro en esta ciudad desnutrida y gélida», escribió; «cuánta gente lucha por el teatro, va a verlo y lo ama, habla de él y lo critica». Quería que los funcionarios norteamericanos que leyeran su informe creyesen que los alemanes eran capaces de llevar a cabo una renovación y les concediesen autonomía para hacerlo como ellos juzgasen oportuno. La vida cultural de Berlín revelaba «una vitalidad espiritual, intelectual y física que no podía borrarse robando la libertad de la gente durante doce años, como tampoco podían eliminarla las consecuencias de un derrumbamiento sin paralelo ni la división de Alemania en cuatro zonas»[400].

Al mismo tiempo, Zuckmayer describía las terribles condiciones en que vivía el país sin escatimar detalles desgarradores. El invierno empeoraba de

día en día. En enero los rusos habían dejado de traer carbón de la zona oriental a Berlín, exacerbando con ello las escaseces. Karl Jaspers informó a Hannah Arendt de que los ríos estaban helados, las locomotoras no funcionaban y las industrias cerraban sus puertas. «Tal como van las cosas en estos momentos, la mitad de la población perecerá y entonces el resto podrá tener una existencia mínima gracias a la agricultura». Jaspers había quedado impresionado por Gollancz, pero se dio cuenta de que la generosidad de aquel hombre no tardaba en olvidarse al ver lo que se hacía realmente en la zona británica. Aquel mes el gobierno británico había acordado desviar 200 000 toneladas de alimentos extras de Gran Bretaña a Alemania, pero era demasiado poco y demasiado tarde. El número de suicidios había aumentado rápidamente y 186 personas se quitaron la vida solo en enero[401].

Zuckmayer describió el brillo de la escarcha en las paredes de las habitaciones de los hogares alemanes. En casi todas las casas habitadas por alemanes las cañerías del agua se habían helado o reventado. La gente iba sucia y se la veía pesimista y resentida, con la ropa empapada de nieve que se secaba lentamente. Al igual que a Gollancz, a Zuckmayer le preocupaba que los ocupantes condenasen su propio régimen en Alemania al fracaso tratando con excesiva severidad a los alemanes. En el informe decía que Alemania estaba dividida en dos mundos: «Un Ejército de ocupación y un pueblo derrotado». La vieja guardia antinazi y liberal en particular se sentía decepcionada. Había dado por hecho que los aliados llegarían con un plan trazado con esmero para conquistar la paz y ahora pensaba que se había perdido la oportunidad de hacerlo. Zuckmayer tenía la esperanza de que no se hubiera perdido del todo, pero instó a las autoridades norteamericanas a emprender cuanto antes la tarea de ganarse a la población[402].

Al modo de ver de Zuckmayer la posible solución era cultural. Gollancz y Zuckmayer coincidían en que la democracia no podía enseñarse empleando métodos no democráticos. «Nos comportamos como si se pudiera convertir a los hombres en demócratas penalizándolos por sus opiniones», se quejaba Gollancz en su libro; «tratamos de imponer una democracia formalista mediante métodos totalitarios» cuando, en realidad, «solo puedes crear democracia creando condiciones propicias a la

democracia». En opinión de Zuckmayer, estas condiciones podían crearse social y culturalmente. Los alemanes y los norteamericanos necesitaban conocerse mutuamente, que unos supieran cómo eran los hogares y estilos de vida de los otros; podía hacerse en parte utilizando el teatro, el cine y las exposiciones, además de grupos juveniles como los que él mismo había formado. Pensaba que era necesario enseñar a los alemanes a seguir el ideal de heroísmo que algunos de ellos habían sentido durante la guerra y propuso dirigir él mismo un documental o un largometraje que les mostrara cómo hombres y mujeres salidos de entre sus propias filas «lucharon y finalmente murieron en defensa de la senda de la liberación»[403].

La película nunca llegaría a hacerse, pero Zuckmayer ejerció cierta influencia inmediata en Alemania. En febrero de 1947 los directores teatrales de las tres zonas occidentales se reunieron en Stuttgart y decidieron poner fin a la censura de las obras teatrales y conceder la independencia a los alemanes en lo que se refería al teatro, el cine y la música. Creía haber contribuido en parte a ello y que la decisión aseguraría «la libertad y la independencia de las profesiones creativas y artísticas en Alemania incluso después de que terminara la ocupación». También había surtido un efecto local, pero no por ello menos decisivo, en los grupos juveniles con los que había hablado e instó al gobierno estadounidense a concentrar sus esfuerzos en los jóvenes. Creía que conversaciones como las que había sostenido con grupos juveniles alemanes podían repetirse en todo el país.

Por lo que a Zuckmayer se refería, toda la juventud alemana era capaz de redimirse. De hecho, había mejor madera en «algún chico engañado pero resuelto de las Juventudes Hitlerianas» que en los oportunistas pelotilleros. Y, al igual que Stephen Spender un año antes, Zuckmayer insistió en que la salvación de la juventud era crucial para la salvación, no solo de Alemania, sino también de Europa y, por ende, del mundo entero:

> Las consecuencias que infligimos a los alemanes hoy nos las infligiremos a nosotros mismos. La reconstrucción cultural de Alemania y su reorientación no es una cuestión de «caridad», sino de razón y propia conservación. Esto es lo que llamamos el concepto de un «mundo civilizado» […] este es el punto decisivo donde este mundo o se salva o es destruido. El espectáculo de estas ciudades destruidas y de los rostros demacrados habla una lengua de muerte. Preguntan quién es el siguiente[404].

Los ruegos de Gollancz y Zuckmayer dieron buenos resultados, principalmente porque coincidieron con las primeras manifestaciones de la tensión de la guerra fría. Para los ocupantes, Nuremberg había abierto el camino del perdón. Ahora que por lo menos algunos nazis habían sido castigados públicamente, era posible elevar a los alemanes de la condición de presos a la de ciudadanos. A medida que una tercera guerra mundial parecía más aterradoramente posible y se ahondaban las divisiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, Alemania pasó de enemiga a aliada y alimentar a los alemanes se convirtió en una preocupación apremiante.

Zuckmayer se fue de Alemania en marzo de 1947, justo en el momento en que el tiempo empezaba finalmente a mejorar. Jaspers informó con satisfacción a Arendt de la llegada de la primavera: «Ya no tenemos que sentarnos envueltos en mantas». Pero el tiempo más bonancible pasó a ser el escenario de la intensificación de las tensiones entre los norteamericanos y los soviéticos. En octubre del año anterior el conflicto entre los norteamericanos y los rusos se puso en evidencia al celebrarse en Berlín las primeras elecciones de la posguerra y ambos grupos de ocupantes habían repartido regalos consistentes en zapatos, *whisky* y neumáticos de bicicleta durante las semanas que precedieron a los comicios. Los rusos estaban convencidos de que el partido comunista SED (fruto de la fusión forzosa en la zona oriental del partido comunista KPD y del tradicional partido socialdemócrata SPD en abril de 1946) se alzaría con la victoria, pero lo cierto es que quedaron a la zaga tanto de la conservadora Unión Cristianodemócrata (CDU) como del izquierdista Partido Socialdemócrata (SPD) (que siguió siendo un partido independiente en las zonas occidentales). Al parecer, los berlineses sabían que el SED era un partido servil dirigido por los soviéticos y quisieron evitar que estos se hicieran con el poder.

Las elecciones de Berlín aumentaron la confianza de la delegación norteamericana en la reunión del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores que el 10 de marzo tuvo lugar en Moscú para debatir el futuro de Alemania. Estados Unidos estuvo representado por un nuevo secretario de Estado, George Marshall, que, si bien era imparcial, actuaba en nombre de un Congreso dominado por una mayoría republicana radicalmente

anticomunista desde las elecciones parciales celebradas en noviembre. Marshall estaba decidido a no permitir que los rusos crearan una Alemania centralizada que pagaría reparaciones a la Unión Soviética y anunció que, en su lugar, los británicos y los norteamericanos se proponían formar una «Bizona» y renunciar por completo a las reparaciones. Estas propuestas no gustaron ni a los rusos ni a los franceses y a los primeros no les costó ver en las palabras de Marshall una muestra de anticomunismo, especialmente porque coincidieron con un discurso incendiario que Truman pronunció ante el Congreso en Washington el 12 de marzo. En febrero, Gran Bretaña había implorado a Estados Unidos que proporcionara apoyo económico y militar a Turquía y a Grecia, toda vez que en aquellos momentos ambos países hacían frente a sendas insurrecciones comunistas. Truman empleó en su discurso una retórica cuya finalidad era agradar a los diputados republicanos que miraban con escepticismo a su presidente demócrata. Arguyó que lo que estaba en juego era algo más que la seguridad de los dos países citados; el mundo tenía que elegir ahora «entre diferentes modos de vida». Uno se basaba en la voluntad de la mayoría; el otro, en la voluntad de una minoría impuesta a la mayoría por medio del terror y la opresión. «Creo que la política de Estados Unidos debe consistir en apoyar a los pueblos libres que se resisten a intentos de sometimiento por parte de minorías armadas o presiones externas[405]».

Podría decirse que este fue el momento en que la guerra fría se hizo inevitable, aunque en Alemania hacía ya algún tiempo que las tensiones iban en aumento. George Marshall hizo saber a los norteamericanos, en una emisión de radio, que había sido imposible llegar a un acuerdo porque la Unión Soviética había insistido en propuestas cuyo objetivo era instaurar en Alemania «un gobierno centralizado, adaptado a la toma del control absoluto de un país que estaría condenado desde el punto de vista económico […] y sería obligado a destinar gran parte de su producción al pago de reparaciones, principalmente a la Unión Soviética». Al modo de ver de Marshall, la recuperación de Europa se veía amenazada por el intento de encontrar una solución compartida. «El paciente agoniza mientras los médicos deliberan. Así que creo que la toma de medidas no puede esperar hasta que se llegue a un acuerdo por agotamiento». Aunque siguió

afirmando que buscaba un acuerdo con Stalin, también despejó el camino para que los norteamericanos y los británicos se hicieran cargo de los asuntos en Alemania. Se trazaron planes para crear un nuevo Consejo Económico para la Bizona que se reuniría por primera vez en junio[406].

Para que la «Bizonia» diera buenos resultados, era necesario que los británicos y los norteamericanos fuesen bien vistos en Alemania. Esto significaba que debían apoyar al país económicamente y utilizar la cultura para ganarse al pueblo alemán. Había llegado el momento de desechar toda idea de culpa y castigo colectivos y empezar a vender democracia, si bien no estaba claro qué era exactamente la democracia. Aquella primavera Lord Pakenham fue nombrado ministro responsable de Alemania en Gran Bretaña. Visitaba el país más a menudo que su predecesor, John Hynd y hacía todo lo posible por inculcar en sus súbditos teutónicos el respeto de sí mismos. En una escuela de Düsseldorf dijo a los niños reunidos ante él que no debían creer nunca que el mundo entero estaba contra ellos: «Tenéis muchísima razón al enorgulleceros de ser alemanes». El 18 de mayo el gobernador militar británico, Brian Robertson, dio a la Comisión de Control una orden nueva que decía que el personal debía comportarse con los alemanes «como miembros de una raza cristiana y civilizada cuyos intereses convergen en muchos aspectos con los nuestros y por los que ya no sentimos ninguna animadversión». Sus subordinados la llamaron la orden «sed-amables-con-los-alemanes»[407].

Mientras tanto los norteamericanos preparaban una directriz nueva que debía reemplazar a la punitiva JCS 1067. La JCS 1779, que entró en vigor en julio de 1947, abogaba por la creación de una «Alemania estable y productiva» y afirmaba que «la reeducación del pueblo alemán es parte integrante de unas medidas que tienen por objeto ayudar a crear una forma democrática de gobierno» y ponía la cultura en el centro del nuevo programa de la Bizona. Son directrices que hubieran merecido la aprobación tanto de Gollancz como de Zuckmayer. Los pragmáticos de la guerra fría y los idealistas del humanismo habían sacado la misma conclusión. La segunda guerra mundial había terminado y era hora de tratar a los alemanes con amabilidad y respeto[408].

La nueva política cultural iba a lastrarse con la economía. El 5 de junio de 1947 Marshall pronunció un discurso en la Universidad de Harvard en el que anunció un nuevo plan para afrontar la crisis europea. Europa necesitaba importar alimentos y otros productos que Estados Unidos podía proporcionar, pero no podía pagarlos. «Debe recibir mucha ayuda extra o sufrirá un empeoramiento económico, social y político muy grave». Marshall se brindó a proporcionar esta ayuda e hizo hincapié en que no le impulsaba ninguna «pasión y prejuicio de índole política», sino un sentido benévolo de la historia y la responsabilidad[409].

En teoría, la Unión Soviética también podía beneficiarse de la ayuda del Plan Marshall (cuyo nombre oficial era Programa de Recuperación Europea). Un delegado ruso asistió a la reunión celebrada en París en julio para determinar la naturaleza y el uso de estos fondos. Pero enseguida resultó evidente que el plan estaba destinado en parte a crear un frente antisoviético, por lo que el delegado ruso se retiró y dejó que los ministros de Asuntos Exteriores británico y francés se encargaran de tomar las medidas necesarias para poner en práctica el plan en las dieciséis naciones europeas que deseaban participar. Los franceses se mostraron escépticos ante una propuesta que podía crear una Alemania revitalizada y de nuevo amenazadora, pero no podían rechazar el ofrecimiento de unos fondos que les eran muy necesarios. En julio el Congreso estadounidense ya había concedido 5300 millones de dólares a Europa, estaba previsto proporcionar más fondos anualmente y era obvio que Estados Unidos correría con la mayor parte de los costes en la nueva Bizona de Alemania[410].

En Estados Unidos la expresión «guerra fría» pasó a ser de uso común. En abril un estadista norteamericano había anunciado que el mundo estaba «en medio de una guerra fría» y lo había repetido en sus discursos durante todo el verano, por lo que en octubre un columnista del *New York Times* declaró que la expresión «guerra fría» había sido aceptada universalmente como la mejor definición de la pugna que en aquellos momentos sostenían la Rusia soviética y Estados Unidos por configurar el mundo de la posguerra. Europa estaba dividida de forma explícita y Alemania se encontraba atrapada en medio. A corto plazo este estado de cosas fue beneficioso al menos para los «alemanes occidentales» y permitió alcanzar

los objetivos de Gollancz. En el plano político, los ocupantes aceptaban ahora la posibilidad de que existiera el «alemán bueno» y la nación iba a ser alimentada[411].

También Zuckmayer tenía motivos para sentirse satisfecho. La cultura floreció en Alemania a medida que se agudizó la división entre las zonas oriental y occidental y los ocupantes destinaron más dinero a financiar actividades culturales en sus respectivas zonas. En noviembre Hilde Spiel y sus dos hijos se habían reunido con Peter de Mendelssohn en Berlín, donde ahora dirigía el periódico *Die Welt*. Spiel fue nombrada crítico de teatro del periódico, lo cual significaba asistir a cinco estrenos semanales en toda la ciudad. Después de ejercer de ama de casa en el barrio periférico de Wimbledon durante años, disfrutaba de la vida glamurosa que era posible llevar entre los vencedores y encargaba vestidos de noche a modistas de Berlín. Y quedó impresionada por el teatro, que, según dijo, era «la religión oficial en Berlín»: «En medio de la metrópoli más desolada del mundo, entre grises y blanqueados esqueletos de casas, todavía se alzan, y vuelven a alzarse, teatros de un esplendor que un londinense tal vez buscaría en vano en su ciudad»[412].

Pero aunque la guerra fría beneficiaba a la cultura en Alemania, esa cultura servía principalmente de adorno. Las artes habían resultado ser útiles para que cada bando presumiera ante el otro. Esta competición encontró un escenario en los centros culturales que surgían en las cuatro zonas sin excepción. La Mission Culturelle francesa y los centros de información norteamericano y británico (llamados Amerika Häuser y Die Brücke, respectivamente) se fundaron en 1946 y un año después los soviéticos fundaron un centro más imponente, la Casa de la Cultura de la Unión Soviética, en la que no faltaba un lujoso bar y un no menos lujoso salón de fumadores. Estos centros ofrecían servicios de biblioteca, recitales de música, sesiones de cine, exposiciones y conferencias públicas, con frecuencia a cargo de visitantes llegados del extranjero. Los norteamericanos esperaban que sus centros sirviesen para corregir la imagen estereotipada que se tenía de ellos, que era la de ignorantes que

mascaban chicle, y el director de educación y relaciones culturales informaba al personal de que «a pesar de la gran aportación que ha hecho Estados Unidos en el campo de la cultura, generalmente esto no se sabe ni en Alemania ni en el resto del mundo» y agregaba que su tarea consistía en rectificar dicha imagen[413].

Una forma de inducir a los alemanes a abrazar la cultura norteamericana y británica era importar libros. En 1946 Goronwy Rees había tenido que ver con el denominado British Book Selection Committee [Comité Británico de Selección de Libros], que elegía los libros que había que traducir y exportar. Decidieron evitar los temas militares y navales, los libros de teología, la filosofía («mejor no tocarla») y los libros de viajes. Después de dos años de trabajo, presentaron una lista de títulos entre diversos autores, entre ellos Virginia Woolf, Vita Sackville-West, T.S. Elliot, Elizabeth Bowen, Evelyn Waugh y Dorothy L. Sayers. Muchos de estos libros ya habían estado a disposición de los lectores alemanes durante el Tercer Reich, pero en la lista también estaban Post *D*, que era un reportaje sobre la destrucción que la aviación alemana había causado en Londres escrito por John Strachey, a la sazón miembro de los servicios de defensa civil contra los bombardeos aéreos y ahora ministro de Abastos, y *Adiós a Berlín*, de Christopher Isherwood, con sus descripciones de la exótica vida nocturna y las crecientes tendencias nacionalsocialistas de la Alemania de Weimar[414]. Mientras tanto, en diciembre de 1946 los norteamericanos apoyaron al editor alemán Ernst Rowohlt en la creación de una serie que llevaba el simpático título de «Ro-Ro-Ro» y se componía de novelas publicadas en formato de periódico. La serie reunía la tradición clásica alemana con la literatura contemporánea de Francia y Estados Unidos y los primeros títulos eran de Hemingway, Alain-Fournier y Tucholsky[415].

Otra manera de dar publicidad a las trascendentales aportaciones norteamericanas en el campo de la cultura consistía en invitar a artistas influyentes a visitar Alemania y demostrar estos logros. Mejor aún si los emisarios eran alemanes y podían hablar a sus antiguos compatriotas de la nueva vitalidad cultural que habían encontrado en Estados Unidos. Zuckmayer había propugnado las visitas de norteamericanos con la esperanza de que hicieran posible el entendimiento mutuo en lugar de

utilizarlas con fines propagandísticos. Ahora se invitaba a los visitantes con fines más didácticos y pocos estaban tan dispuestos como Zuckmayer a perdonar a sus excompatriotas.

A finales de mayo de 1947 el compositor Paul Hindemith llegó a Frankfurt procedente de Estados Unidos, adonde había emigrado vía Suiza cuando en 1940 se hizo evidente que su música era demasiado vanguardista para la Alemania de Hitler. Durante la guerra casi no había tenido noticias de Alemania, donde su música estaba prohibida, aunque no de forma oficial. En 1940 había solicitado la ciudadanía norteamericana tras aprenderse de memoria el folleto oficial sobre la Constitución y el estilo de vida de Estados Unidos. Luego, justo antes de terminar la contienda, empezó a recibir noticias sobre familiares y amigos y Hindemith supo que su madre aún vivía. De forma casi inmediata, sufrió un bombardeo de llamamientos a volver, a los que respondió con un escepticismo parecido al de Thomas Mann. Dijo a su editor que le parecía demasiado pronto para lograr algo que valiese la pena en Alemania: «A quien se dé poder para tratar de limpiar nuestra pocilga sencillamente será y seguirá siendo el porquerizo, y la labor realmente constructiva solo puede hacerla su sucesor». Recelaba de las historias trágicas y de la adulación que le hacían llegar diariamente y le parecía que todas ellas eran en esencia exigencias de ayuda exageradas. Hindemith decidió que lo mejor que podía ofrecer a la paz futura serían composiciones musicales y se puso a escribir el réquiem *Por los que amamos*, dedicado a la memoria de Roosevelt y de los caídos de las fuerzas armadas norteamericanas. Mientras tanto los alemanes seguían rindiéndole homenaje interpretando sus piezas, aunque él se negaba a conceder licencias en Alemania para la música que había escrito en Estados Unidos y que, según creía, «florecería mucho mejor en el clima más sano (aunque tampoco ideal) que tenemos aquí»[416].

En abril Hindemith decidió visitar Europa, pero sin dar conciertos en Alemania. Se vio con Furtwängler en Suiza, tuvo a bien perdonarle a su antiguo amigo las concesiones que había hecho durante la guerra y luego se fue a Alemania con la intención de visitar a su madre. Era difícil pasar inadvertido y, tras descubrirse su presencia, se encontró asistiendo a conciertos de sus obras, incómodo al verse tratado como un alemán que

había vuelto a un país en el que ya no se sentía a gusto. Un año después el Gobierno Militar estadounidense le invitó a visitar su zona de ocupación y a dirigir orquestas y dar conferencias como parte de su «programa de reorientación». Esto pareció mucho más oportuno a Hindemith, que aceptó gustosamente la invitación, deseoso de hacer comprender a los alemanes por qué se había nacionalizado estadounidense y contento de participar en la versión cultural de la carrera de armamentos que tenía lugar en Alemania.

La cultura entraba ahora a raudales en Alemania y parecía que el dinero del Plan Marshall pronto haría lo mismo. Tendría que transcurrir algún tiempo antes de que la vida cotidiana en Alemania fuese menos desesperada, pero se observaban indicios de que los alemanes ya no eran extranjeros enemigos. En este clima ya no tenía sentido ser demasiado escrupulosos al restringir las actividades de los artistas alemanes, así que el 25 de mayo de 1947 Furtwängler dirigió la Filarmónica de Berlín en un cine requisado por los norteamericanos, el Titania-Palast. Al terminar el concierto, dedicado por entero a Beethoven, el director fue aplaudido durante quince minutos[417].

Cuando se enteró por la prensa estadounidense del concierto de Furtwängler, Erika Mann se puso furiosa y se quejó diciendo que aunque hubiese sido un éxito (lo cual le parecía dudoso porque solo habían tenido tiempo para dos ensayos), tanta adulación era innecesaria y excesiva. «No recuerdo ningún concierto estimulante en París o en Londres en el que el director tuviera que salir a saludar dieciséis veces a petición del público». Los aplausos le parecieron una protesta contra la desnazificación. «Los alemanes nunca desaprovechan una oportunidad de hacer hincapié en su sacrificio y su supervivencia y lo hacen de manera ruidosa y agresiva». No tendrían que protestar durante mucho más tiempo. En octubre de 1947 la desnazificación se dejaría por completo en manos de los alemanes, con instrucciones de completarla antes de que finalizara el año[418].

Erika Mann no fue la única persona exiliada en Estados Unidos que vio con horror el cese de la desnazificación. El sueño de una Alemania nueva que les había sostenido durante la guerra acababa de ser pisoteado. En

Alemania los artistas y escritores de más principios se preguntaron cómo podían crear una nueva cultura alemana que no estuviera manchada por el nazismo. En agosto de 1946 Alfred Andersch y Hans Werner Richter habían fundado *Der Ruf* [La llamada], concebida como una «revista independiente de la nueva generación», que se convirtió en un foro para escritores jóvenes que exigían una «*Stunde Null*» (hora cero) y una ruptura total con el pasado. Se separaron de la vieja generación, en parte con el propósito de trazar una línea entre los nazis que en ese momento eran juzgados en Nuremberg y los jóvenes que se habían limitado a combatir en el campo de batalla, y sostener que la mayoría de los alemanes no debían verse manchados por los crímenes cometidos por una minoría. En abril de 1947 Andersch y Richter habían sido destituidos de la dirección por los norteamericanos, que pensaban que criticaban demasiado la ocupación. Sin embargo, ahora estaban atareados fundando el llamado «Gruppe 47», una agrupación relativamente libre de escritores jóvenes comprometidos con la tarea de romper con el pasado y reconstruir el presente de acuerdo con principios que en líneas generales podían calificarse de existencialistas[419].

Otros daban prioridad a integrarse en la cultura más amplia de Europa. El primer paso para llegar a tener presencia en Europa fue la fundación de un nuevo centro alemán del Pen Club en 1947, bajo los auspicios del Pen Club Internacional, la influyente organización de escritores dedicada a promover la literatura y defender la libertad de expresión. Durante años, los escritores alemanes habían estado representados en el Pen Club únicamente por los centros alemanes y austriacos exiliados en Londres y Nueva York. En junio de 1942 el editorial del boletín informativo del Pen Club inglés declaró que después de la guerra el Pen Club sería el encargado de restablecer «las conexiones con los países que ahora no pueden relacionarse libremente con el resto del mundo». El autor del editorial creía que las organizaciones como el Pen Club estarían en la vanguardia de la creación de una nueva literatura europea y, a la larga, de la instauración de una nueva comunidad europea. En esta tarea el Pen Club contaría con la ayuda de la Liga de la Cultura Alemana Libre, que continuaba siendo «un recordatorio de una cultura alemana que no tenía nada que ver con la *Kultur* nazi»[420].

Como era de esperar, tanto en el Pen Club inglés como en el alemán en el exilio había escritores que veían con escepticismo la reapertura de una filial en Alemania después de la contienda. Un nuevo centro del Pen Club italiano abrió sus puertas en julio de 1945, pero la creación de un Pen Club alemán encontró fuerte oposición (especialmente por parte de las filiales hebrea y yidis). Sin embargo, incluso en junio de 1945, en una cena del Pen Club en Londres, el presidente de la filial inglesa, Desmond MacCarthy, pronunció un discurso en el que preguntó qué podía quedar de la Alemania a la que había amado en otro tiempo, dado que Hitler había «destruido el Reich» y sus seguidores alemanes habían «asesinado a la madre Alemania». Él mismo respondió a su pregunta e insistió en que la música alemana, el paisaje alemán y, sobre todo, la lengua alemana «deben pervivir y pervivirán» y que el Pen Club tenía la obligación de velar por ello. En el congreso celebrado en el verano de 1946, los alemanes presentaron una resolución que pedía que se dieran los primeros pasos hacia la fundación de una filial en Alemania. En diciembre del mismo año el boletín informativo de la filial inglesa informó favorablemente sobre la campaña «Salvad a Europa Ahora» de Gollancz y recordó a sus lectores la «terrible miseria intelectual que existía en la zona británica de Alemania[421]».

Ahora, en junio de 1947, escritores de todo el mundo convergieron en Zúrich para asistir al congreso del Pen Club que decidiría si debía abrirse una nueva filial en Alemania. Entre los escritores presentes se hallaba Thomas Mann, que había decidido hacer del congreso el centro de su primer viaje a Europa en la posguerra. Todavía no estaba preparado para visitar Alemania. En un mensaje publicado en la prensa alemana a finales de mayo había explicado que era plenamente consciente de la «situación extraordinariamente difícil y penosa» de Alemania en aquellos momentos, pero que los alemanes no debían contar con recuperarse con demasiada rapidez tras una catástrofe como aquella. Tenía la esperanza, con todo, de que «después de dos, tres o cinco años, el horizonte volverá a ser más luminoso y Alemania, gracias a su laboriosidad y su energía innatas, no tendrá motivos para desesperar del futuro»[422].

Cuando llegase el momento, Mann tal vez regresaría; mientras tanto, viajó a Londres y luego a Zurich en compañía de la ahora siempre fiel

Erika. En Zúrich, Mann hizo un gesto de lealtad a su quebrantada tierra natal. Dio una conferencia sobre Nietzsche, defendió a los escritores alemanes presentes en el congreso (Johannes Becher, Erich Kästner y Ernst Wiechert) e instó a reabrir la filial alemana del Pen Club. Los ruegos de Mann dieron fruto. Los asistentes al congreso votaron a favor de los alemanes, sin otra oposición que la de las filiales hebrea y yidis. El editorial de la filial inglesa calificó la decisión de «triunfo para el espíritu internacionalista»[423].

En el congreso del Pen Club también se expresaron esperanzas de que Alemania pronto formase parte de un ambiente cultural más amplio en Europa propiciado por la Unesco, organización fundada en 1946 para construir las defensas de la paz por medio de la educación, la ciencia y la cultura con el biólogo liberal Julian Huxley como director (aunque por un momento se pensó en Francis Biddle para el cargo) y Stephen Spender como consejero literario. Desde el comienzo de la contienda, políticos de todo el mundo venían exigiendo una Europa federada como garante de la paz. En 1942 Churchill dijo al presidente de la Cámara de los Comunes que esperaba que después del conflicto «la familia europea pueda actuar unida, bajo un Consejo de Europa». Justo antes de concluir la guerra, socialistas democráticos recién liberados del campo de concentración de Buchenwald hicieron público el «Manifiesto de Buchenwald», que exigía que Alemania fuese reconstruida sobre una base socialista y cooperase con otros estados gobernados por los socialistas en la formación de «una comunidad europea» que «garantizase el orden y la prosperidad» para el mundo de la posguerra[424].

De momento, esta aspiración podía tomar forma cultural, pero no política. En noviembre de 1945, en una conferencia de las Naciones Unidas celebrada en Londres para crear lo que sería la Unesco, Clement Attlee había argüido que para conocer a nuestros vecinos debemos comprender su cultura, por medio de sus libros, sus periódicos, su radio y sus películas. Ellen Wilkinson, ministra de Educación británica, había sugerido que los escritores y los artistas, más que los miembros de cualquier otra profesión, eran quienes podían salvar el obstáculo de las fronteras. El representante de Estados Unidos (país que consideraba la nueva organización tan importante

como para aportar el 44 por ciento de su presupuesto), Archibald MacLeish, afirmó que había llegado el momento de escoger entre vivir juntos y no vivir en absoluto y que la Unesco estaba capacitada para fomentar «el entendimiento entre todos los pueblos del mundo»[425].

Stephen Spender se hizo eco de estos puntos de vista cuando en septiembre de 1946 asistió al primero de una serie de encuentros anuales llamados Rencontres Internationales de Genève, cuyo objetivo era crear un «espíritu europeo» en común. Desde su partida de Alemania, Spender había trabajado con empeño por un ideal europeo humanitario y no nacionalista. Ahora, hablando al lado de intelectuales europeos entre los que estaban Karl Jaspers y György Lukács, hizo un alegato a favor del renacimiento de Europa por medio de la cultura. Ya estaba claro que «el éxito, la prosperidad, la victoria, el poder, la agresividad e incluso la inventiva» no podían salvar la civilización. En vez de ello, se necesitaba «valores civilizadores» a los que se pudiera acceder a través de los logros artísticos del pasado por parte de artistas del presente. Tras nombrarse a sí mismo juez de una especie de competición artística intercontinental, anunció que Europa poseía una concentración excepcionalmente intensa de gran arte y, por tanto, podría ir al frente del mundo en este terreno si sus ciudadanos conseguían hacer realidad «aquellos valores presentes en su arquitectura, su pintura, su literatura y sus hombres y mujeres geniales» por medio de su «vida, pensamiento y obras» e iluminar el camino que llevaba de la destrucción a la construcción creativa. Abogó por una conciencia plena de los horrores del presente, lo cual entrañaría reintegrar a Alemania en la vida intelectual e invitar a los alemanes a describir «lo que han sufrido y lo que estos años difíciles les han enseñado» desde una posición de confianza e igualdad[426].

Spender volvió a casa con sentimientos opuestos acerca del encuentro al que acababa de asistir en Ginebra. Expresó sus dudas en un artículo titulado «The Intellectuals and the Future of Europe» [Los intelectuales y el futuro de Europa], que se publicó en enero del año siguiente. En él se quejaba de que fuera imposible hablar de la cultura europea sin entrar en el campo de la política europea y que tan pronto como habían empezado a hablar de política, los delegados se habían encontrado con que existían entre ellos

discrepancias fundamentales. En particular, se había alcanzado un punto muerto entre Jaspers, con su visión de una Europa unida por la Antigüedad clásica y la Biblia, una Europa forjada por gente a la que no impulsaba la lealtad al Estado sino su conciencia individual, y Lukács, con su compromiso comunista con el progreso, que había condenado a Jaspers por considerarlo «un hombre acabado» que dependía demasiado del «socialrrealismo»[427].

A juicio de Spender, la división entre Jaspers y Lukács revelaba «la lucha dentro del alma de Europa» y era una lucha que él situaba en Alemania, «el verdadero lugar de encuentro del Este y Occidente». No era casualidad que tanto Jaspers como Lukács se considerasen a sí mismos alemanes (en un momento dado Lukács, aunque era el representante de Hungría, había hablado de «nosotros los alemanes»). Y Spender albergaba la esperanza de que la lucha, si se reconocía como alemana, pudiera proporcionar un modo de redención tanto a Alemania como a Europa. En este momento los alemanes andaban demasiado ocupados con cuestiones prácticas de supervivencia para prestar mucha atención a cuestiones espirituales, pero Spender fue presciente al sugerir que «puede que llegue el día en que esta fusión de dos ideas —la democracia liberal y la libertad económica— tenga lugar en la mente de ciertos alemanes»[428].

Mientras tanto, todos los encuentros de intelectuales europeos se caracterizarían por la división entre simpatizantes del comunismo y anticomunistas furibundos; el concepto de «Occidente» iba perdiendo sentido porque existía únicamente en contraposición al Este. Pese a ello, Spender creía que los intelectuales debían continuar reuniéndose y hablando porque solo entonces podrían llevar a cabo lo que él pensaba que debía denominarse «reeducación»: «una reeducación total en nuestra forma de concebir las relaciones entre las naciones del mundo, nuestras relaciones como individuos con la sociedad y nuestra libertad como individuos». Deseaba que pudieran reunirse, no en Ginebra, sino en Alemania, donde se encontrarían ante los problemas de su mundo. Allí podrían ser reeducados en una nueva visión tanto de la individualidad como de la nacionalidad que crearía las condiciones previas para una auténtica cooperación europea. Mientras tanto existía el peligro de que estas reuniones no sirvieran más que

para crear una clase de escritores itinerantes y mimados que irían de conferencia en conferencia expresando ideas consabidas[429].

Fueran cuales fuesen sus dudas sobre la eficacia de la cooperación europea oficial, Spender asistió como representante de la Unesco al congreso del Pen Club que se celebró en Zúrich en junio de 1947 y lo utilizó como foro para exponer claramente sus esperanzas relativas a la incorporación de la nueva filial alemana del Pen Club a la comunidad europea. No se limitó a argüir que la cultura alemana podía integrarse en una cultura europea más amplia, sino que también declaró que en la esfera cultural era posible trascender la política de la guerra fría. Aunque los gobiernos discrepasen en las cuestiones políticas, podían cooperar en los campos de la economía, la educación y la cultura. En la Unesco y el Pen Club podría haber un intercambio de ideas entre el Este y Occidente que permitiría reeducar al mundo entero[430].

Mann y Spender, que en junio de 1947 prometieron apoyar al Pen Club y a la Unesco, conservaban la esperanza de que la literatura pudiese rebasar las divisiones políticas. Tenía que ser posible que los escritores alemanes se afiliaran al Pen Club y lucharan por el internacionalismo; tenía que ser posible que la Unesco protegiera la cultura contra los programas de los gobiernos. Pero Spender no ocuparía el cargo durante mucho tiempo. Dejó la Unesco al año siguiente cuando Julian Huxley no se presentó a la reelección porque los norteamericanos lo consideraban problemático por izquierdista. Y los escritores de la filial alemana del Pen Club no pudieron (y, en el caso de Becher, no quisieron) distanciarse de la política de la guerra fría.

Durante su visita a Alemania, Zuckmayer había tenido la esperanza de que la cooperación entre los norteamericanos y los rusos aún fuese posible, al menos en las esferas artísticas. Visitó el club Möwe, donde los funcionarios rusos encargados de las actividades culturales organizaron una recepción en su honor a la que asistieron representantes de los gobiernos y gente del teatro alemán procedente de todas los sectores. Pero Zuckmayer era un tanto crédulo debido a su propio idealismo; de hecho, los periódicos

rusos ahora llamaban a los norteamericanos «imperialistas» y «agresores». Durante el verano siguiente las tensiones políticas se hicieron cada vez más manifiestas en la esfera cultural. En la zona estadounidense la censura anticomunista era ahora más declarada. En agosto de 1947 la obra de Arthur Miller *Todos eran mis hijos* fue prohibida después de que el Departamento de Guerra de Estados Unidos recibiera una carta de queja que la tachaba de propaganda comunista contra el mundo de los negocios. «¿Quién es el responsable de haber elegido la obra del comunista Miller?», preguntaba el autor de la carta. «¿Algún inocentón del Ejército? ¿O algún comunista?»[431] La cooperación entre el Este y Occidente con la que había soñado Zuckmayer fue víctima del proceso político general que había permitido que los alemanes fuesen tratados como amigos. Si bien la guerra fría había sido útil para iniciar el renacimiento tanto de Alemania como de su cultura, no resultaría beneficiosa para la cultura alemana autóctona, que a partir de ahora estaría dividida entre el Este y Occidente. El 4 de octubre de 1947 escritores de toda Alemania se reunieron para celebrar una conferencia en la que se vio claramente que la libertad cultural se veía perjudicada por la nueva situación política. La Conferencia de Escritores Alemanes duró cinco días, tuvo lugar en el Hebbel Theater, que estaba en el sector estadounidense, fue organizada por la interzonal Liga Protectora de Autores Alemanes y la Kulturbund y participaron en ella escritores de las cuatro zonas sin excepción. Los rusos proporcionaron una hospitalidad opulenta y ofrecieron un banquete a los participantes en el congreso. Hilde Spiel recordaría más tarde el efecto surrealista y turbador que producía la enorme mesa llena de fuentes de caviar y ensalada de marisco en una ciudad cuyos habitantes seguían pasando hambre visiblemente[432].

La conferencia pretendía superar las tensiones entre los emigrantes interiores y los exteriores, así como hablar de la cuestión de la literatura politizada. Por consiguiente, oradores pertenecientes a todo el espectro político empezaron a debatir de manera relativamente imparcial en torno a si la literatura debía estar politizada o no, y el novelista Stephan Hermlin se quejó de que los alemanes que defendían la imparcialidad estética «empezaban a bloquear el camino de vuelta a la realidad»[433].

Sin embargo, la conferencia tenía lugar en medio de una creciente hostilidad internacional. Un mes antes, respondiendo al Plan Marshall, Andréi Zhdánov, el ideólogo de Stalin, había declarado que la cooperación entre la Unión Soviética y los aliados occidentales durante la segunda guerra mundial había terminado. La Unión Soviética convocó una conferencia de países de la Europa oriental (Cominform) en Belgrado con el objeto de cerrar filas ante la amenaza norteamericana. Las autoridades estadounidenses en Alemania eligieron este momento para poner en marcha la Operación Talkback, que era un nuevo programa de información que tenía por objeto usar los medios de comunicación de masas para contrarrestar la propaganda antinorteamericana de los soviéticos[434].

Estas tensiones perturbaron la Conferencia de Escritores cuando en su cuarto día el dramaturgo ruso Wsewolod Witalyevich Wishnevsky (que había venido de visita procedente de la Unión Soviética) cambió los términos del debate al atacar a Estados Unidos, afirmar que el mundo estaba ahora dividido en dos bando —uno representado por «la barbarie, por una ideología de odio a la humanidad», el otro, por «millones de seres humanos sencillos que viven por la paz, que luchan por la paz»— e instar a los escritores alemanes a encontrar su lugar en las filas de estos demócratas sencillos[435].

Inmediatamente un norteamericano de baja estatura, joven y barbudo replicó a Wishnevsky con una diatriba en perfecto alemán que duró treinta y cinco minutos. Se trataba de Melvin Lasky, antiestalinista norteamericano de origen judío que había trabajado de periodista en Estados Unidos antes de convertirse en historiador militar en el Ejército y ser desmovilizado en Berlín, donde ocasionalmente se encargaba de hacer llegar a Jaspers los paquetes de alimentos que le enviaba Arendt. Lasky insistió furiosamente en que la misión de los escritores era luchar por la libertad cultural. Tenían que condenar la tiranía en todas partes, no solo en la Alemania nazi, y ahora mismo eso significaba luchar contra el totalitarismo de la Unión Soviética[436].

La congreso ya no se recuperó de este altercado. Alarmado, Johannes Becher hizo hincapié en que la división de Alemania en un bando prosoviético y otro pronorteamericano sería un desastre que amenazaría la

paz del mundo. Resultaba absurdo que la literatura alemana se viese circunscrita por las fronteras de las zonas. Pero era demasiado tarde. Según la novelista conservadora católica Elisabeth Langgässer, «el congreso entero ardió como un castillo de fuegos artificiales y al día siguiente había restos carbonizados esparcidos sobre la hierba reseca y parda». Poco después, la Kulturbund fue prohibida en los sectores británico y estadounidense y tuvo que desalojar su local de la Schlüterstrasse. Sus días de organización abierta a todos los partidos habían terminado. Un año después de que Gollancz y Zuckmayer llegaran a Alemania esperando alimentar amorosamente los estómagos y las mentes de los alemanes, era evidente que todo sustento llegaría con el patrocinio de uno u otro bando de la línea divisoria ideológica. Los escritores podían seguir soñando con una Alemania unida y una Europa transnacional, pero eran débiles ante una lucha política entre superpotencias que pronto convertiría Berlín en zona de guerra una vez más[437].

12

«He sido el general del diablo en la tierra demasiado tiempo»

Ilustración artística: noviembre de 1947-enero de 1948

No fue fácil quitar los «restos carbonizados» de la Conferencia de Escritores Alemanes. Durante los meses siguientes anatomizar la crisis de la cultura alemana se convirtió en una actividad en boga. Después de su discurso en la conferencia, Melvin Lasky publicó en *Partisan Review* una pesimista «Berlin Letter» [Carta de Berlín] en la que se lamentaba de que la vida en la capital desde el final de la guerra había sido meramente «un gesto formal de supervivencia histórica». Había comercio, tráfico y vida ciudadana, pero no había ni Estado ni cultura; había una intelectualidad, pero ni un ápice de vida intelectual; había un boyante ambiente teatral, pero los dramaturgos que gozaban de la mayor aceptación habían muerto. En Alemania el escritor no era un hombre libre porque los vencedores seguían censurando los libros en todas las zonas. La «oscuridad semitotalitaria» había dado al estalinismo ruso y alemán la «media luz que necesita para salirse con la suya»[438].

La de Lasky era una voz disidente e incendiaria, pero en Alemania le apoyaban varios escritores que creían que la ocupación sofocaba el auténtico talento artístico. Poco después del fin de las hostilidades Elisabeth Langgäser se había quejado de que Berlín era «un vacío lleno de periódicos, revistas y reuniones literarias, una verdadera colección de tonterías». Durante sus doce años de «emigración interior» había tenido más tiempo para trabajar de verdad que ahora. «Tanto cultural como materialmente, Berlín es un gran montón de escombros. Un baile de fantasmas de 1928».

Aquel mismo año, 1947, Jaspers se había quejado a Arendt de que Alemania se estaba convirtiendo en un campo de batalla para Estados Unidos y la Unión Soviética, «un basurero al que tirarán a toda la gente a la que nadie quiere en ninguna otra parte»[439].

Al reunir a todos los que aspiraban a la grandeza literaria en la Alemania de la posguerra, la Conferencia de Escritores había puesto al descubierto, sin darse cuenta de ello, el empobrecimiento de la cultura alemana contemporánea. Habían pasado ya más de dos años desde que finalizara la contienda, pero seguía sin haber ninguna obra importante de la literatura alemana que reflexionara sobre el Tercer Reich. Los escritores parecían incapaces de iluminar el camino que llevaría al pueblo alemán a conocerse a sí mismo y redimirse.

La situación cambiaría rápidamente en los meses que siguieron a la conferencia con la publicación en Suiza, en octubre de 1947, de *Doktor Faustus*, de Thomas Mann, y el estreno en Frankfurt, en noviembre, de *El general del diablo*, de Carl Zuckmayer[440]. Escritas en Estados Unidos por autores alemanes que no conocían personalmente la Alemania devastada por la guerra que describían en ellas, estas obras mostraban un país que arrostraba las consecuencias de haber vendido su alma al diablo. La exploración de la culpa y la responsabilidad que llevaban a cabo Zuckmayer y Mann concordaba con la obra de Jean-Paul Sartre *Las moscas*, que fue escrita durante la guerra y se convirtió inmediatamente en la sensación teatral del año al estrenarse en Berlín en enero de 1948. *Las moscas* trataba cuestiones de arrepentimiento y libertad en la Francia ocupada de una manera que ahora parecía aplicable a la Alemania igualmente ocupada y también parecía ofrecer un camino para avanzar a la nación enferma que describían Zuckmayer y Mann. Es más, Sartre y Simone de Beauvoir acompañaron en persona a la obra del primero e introdujeron triunfalmente el existencialismo en una Alemania que tenía mucha necesidad de una filosofía nueva.

En noviembre de 1947 Carl Zuckmayer volvió a Alemania para asistir al estreno en Frankfurt de *El general del diablo*. La obra se había

representado en Zúrich el invierno anterior (Zuckmayer había conseguido cruzar rápidamente la frontera para verla la primera noche), pero al principio había sido prohibida por las autoridades norteamericanas en Alemania, preocupadas por la posibilidad de que tuviera un efecto político reaccionario y fomentase una leyenda sobre la oficialidad alemana. Esta vez Zuckmayer no vestía el uniforme de los vencedores de Alemania. Había renunciado a sus despachos de oficial y llegó vestido de civil, acompañado por su esposa. Ahora estaba convencido de que si bien tenía un hogar en Estados Unidos, pertenecía fundamentalmente a la nación cuya lengua y cultura seguía compartiendo[441].

Durante su visita del año anterior, los periodistas habían preguntado a Zuckmayer si continuaba siendo alemán. «Cuando te conviertes en ciudadano norteamericano», contestó, «tienes que prestar juramento». Como persona mayor que prestaba juramento, era consciente de que se trataba de una decisión para toda la vida. «Soy norteamericano y seguiré siendo ciudadano norteamericano». En realidad, la situación no era tan sencilla. Al oír voces alemanas, al andar entre las ruinas de las ciudades donde había crecido, sabía que era alemán, aunque en aquel momento Alemania no podía ser su hogar. Ahora la posibilidad de pertenecer a ella otra vez parecía mayor[442].

Zuckmayer estuvo presente en los últimos ensayos de la obra en la antigua Bolsa de valores de Frankfurt, que había sido restaurada para utilizarla como teatro provisional. Había empezado otro invierno gélido y los actores tenían frío y hambre. Zuckmayer sacó a escondidas alimentos de las cantinas del Ejército estadounidense para que los actores conservasen sus fuerzas y se sintieran felices de volver a estar en un teatro. Durante la primera función se pasó tanto tiempo observando al público como mirando lo que ocurría en el escenario. Se fijó en que los oficiales de las fuerzas de ocupación contemplaban la obra con escepticismo, dudando de que los alemanes quisieran que les mostrasen su propia vergüenza. Pero el estallido de entusiasmo que se produjo al final demostró que estaban equivocados. Según Zuckmayer, a los espectadores les costaba creer que hubiese escrito la obra alguien que había vivido en el extranjero durante toda la guerra. Entre los espectadores había antiguos soldados alemanes sentados al lado

de víctimas de los campos de concentración y todos parecían atónitos al ver sus propias vidas representadas ante ellos. «La obra se correspondía con la realidad tal como ellos la habían conocido, hasta en los detalles más pequeños», comentó con cierta falta de modestia[443].

El general del diablo está ambientada en Alemania durante los últimos meses de 1941. El protagonista, Harras, es un general de la Luftwaffe, un piloto brillante que cree que puede seguir siendo un hombre bueno mientras participa en la guerra y se desmarca de los nazis mediante actos esporádicos de desafío y humor irónico: «Nunca he metido mano en la caja del partido, nunca he robado nada a un judío ni me he construido ninguna villa con el botín». De vez en cuando, para tranquilizar la conciencia, ayuda a los judíos, pero sigue comprometido, de forma casi adictiva, con la guerra: «Lo que siempre dio sentido a mi vida fue volar. Empecé en 1914. Y ahora ya no puedo dejarlo. Es como el alcohol». La sinceridad de Harras contrasta con las falsas ilusiones de los nazis que le rodean. Eilers, brillante coronel y piloto que sirve a las órdenes de Harras, cree fervientemente en los ideales nazis. De hecho, parece que es el nazismo lo que le une a su esposa en una apasionada *folie à deux*. «No preguntes, cariño. Cree», dice ella a su marido cuando este se pregunta si tanto matar es necesario. El Ministerio de Cultura hace saber a Harras, sin el menor asomo de humor, que su misión es la «movilización total del alma alemana»[444].

El desapego irónico de Harras es suficiente para distanciarle de estos ideales falsos, pero también conlleva el riesgo de apartarle de la vida misma, hasta que se enamora de una joven llamada Diddo, que está convencida de que la felicidad sigue siendo posible. «¡Quiero ser feliz!», dice Diddo a su amante, «locamente feliz». «Necesitamos un mundo entero de alegría», le promete él a cambio, ahora decidido a vivir. El amor que siente por Diddo le devuelve su propia humanidad juvenil. Asegura al teniente Hartmann, un joven que ha empezado a dudar del nazismo y a poner en entredicho el valor de la vida misma, que la vida es más bella de lo que parece: «El mundo es maravilloso. Los seres humanos nos empeñamos como locos en estropearlo todo, pero no podemos…, no podemos con el concepto original»[445].

Es demasiado tarde para que Harras se comprometa con la belleza del mundo. Se están produciendo actos de sabotaje contra los aviones y Harras no consigue dar con el autor; sospechoso de saber más de lo que reconoce saber, la Gestapo se lo lleva para interrogarle durante dos semanas. Eilers muere en uno de los aviones saboteados y Harras se siente responsable de su muerte.

Desde el principio Harras ha intentado creer en la posibilidad de una Alemania «buena». En un momento dado, brinda por «la verdadera, la inmortal Alemania», donde se elaboró el vino con el que brindan. Pero ahora tiene la certeza de que Alemania está condenada. «Ha puesto demasiados huevos podridos para nosotros…, la casa del loco Sigfrido, los demenciales delirios de grandeza». Uno de los judíos a los que ha tratado de salvar se suicida y Harras comprende que la inacción es culpable. «Somos culpables de lo que en este momento les sucede a miles de personas a las que no conocemos y a las que nunca podremos ayudar […]. Permitir la crueldad es peor que cometerla[446]».

Finalmente, Harras descubre que los sabotajes son obra del jefe de los mecánicos, Oderbruch, antiguo amigo que ahora forma parte de la resistencia contra los nazis y trabaja por la derrota de Alemania. «Necesitamos la derrota…, debemos ayudarla con nuestras propias manos», le dice Oderbruch. «Solo entonces podremos levantarnos de nuevo, purificados». Oderbruch insta a Harras a unirse a la resistencia en Suiza. Pero Harras cree que su momento ha pasado. «He sido el general del diablo en la tierra demasiado tiempo. Voy a volar en una misión de avanzadilla para él en el infierno también… para preparar su inminente llegada». Abandona a la muchacha a la que ama, convencido de que su deshonra es tan grande que le impide alcanzar la felicidad, y despega suicidamente a bordo de un avión que ha sido saboteado. Antes de morir dice a Hartmann que tenga fe en un nuevo tipo de bondad. Puede que Harras no conozca a Dios, pero ha mirado al diablo a la cara. «Por eso sé que tiene que haber un Dios. Me ocultó su rostro. Tú lo encontrarás […] sigue adelante y cree con confianza en la justicia divina. No te traicionará[447]».

Cabe que Zuckmayer tuviera en mente su propia obra, al menos en parte, cuando aconsejó a las autoridades norteamericanas que hicieran una

película documental que mostrase a los alemanes cómo hombres y mujeres alemanes «lucharon y finalmente murieron por la liberación». Este era en realidad el mensaje de *El general del diablo* y la crítica y el público respondieron de forma abrumadoramente positiva a una obra que sugería que incluso bajo el nazismo los individuos conservaban la capacidad de salvar sus propias almas. La tercera noche Zuckmayer asistió a un debate con jóvenes alemanes. Le sorprendió la sinceridad con la que algunos espectadores confesaban fechorías que habían cometido durante el nazismo. «Estos jóvenes alemanes parecían tener el corazón abierto de par en par». Empezaron a llegar centenares de cartas que comenzaban diciendo «yo soy su teniente Hartmann» y Zuckmayer decidió dedicar su vida a hablar con jóvenes alemanes que se hallaban sumidos en la confusión[448].

Zuckmayer seguía convencido de que los jóvenes alemanes con los que hablaba eran fundamentalmente redimibles y que la popularidad de su obra era prueba de ello. Creía que, a diferencia de los documentales sobre los campos de concentración, conseguiría dar a sus compatriotas una lección moral por medio de su arte y frenar el fascismo revelando la posibilidad de otro camino, un camino individualista y heroico. Otros pensaron que pecaba de ingenuo. El director de cine alemán Douglas Sirk, que ahora era ciudadano norteamericano y se encontraba en Alemania, estaba seguro de que cuando los espectadores aplaudían la obra en realidad aplaudían a los nazis, y se sentían felices al ver sus flamantes uniformes una vez más: «Al bajar el telón la noche en que vi la obra, los espectadores subieron al escenario y sacaron en hombros al protagonista, vestido con el uniforme nazi. Y en la calle la gente se unía a la procesión al ver el triunfal uniforme nazi en hombros de los espectadores». El caso es que *El general del diablo* tuvo muchísimo éxito entre los alemanes, los mismos alemanes cuya culpabilidad exploraba. Se representaría casi ininterrumpidamente en ciudades de toda Alemania durante los dos años siguientes[449].

Al nombrarse a sí mismo general del diablo en la tierra, Harras es una figura peculiarmente alemana. Desde que Martin Lutero ahuyentara al demonio persistente que se burlaba de él mientras intentaba traducir su

Biblia, el diablo había sido una figura habitual en la vida alemana y había arraigado en la imaginación popular por medio del *Fausto* de Goethe. Antes de la guerra, el drama de Goethe había sido el vehículo para la interpretación de Gustaf Gründgens en el papel de Mefistófeles, que definió su carrera y que fue inmortalizado en la novela de Klaus Mann. Los alemanes se enorgullecían a menudo del alcance de su imaginación, de sus esfuerzos en pos del conocimiento y de la fascinación que la muerte ejercía en ellos, cualidades que podían llevar a alguien a hacer un pacto con el diablo. Ahora parecía no solo a Zuckmayer, sino también a Thomas Mann, que la nación había hecho un pacto con el diablo y que sus probabilidades de salvarse eran dudosas[450].

La novela de Mann *Doktor Faustus* se introdujo en Alemania desde Suiza a finales de 1947. Era una novela que los alemanes esperaban con desconfianza, a la defensiva, pero no por ello con menos impaciencia. Es la gran novela que, salida de Alemania en estos años de posguerra, al mismo tiempo está escrita por un ciudadano norteamericano que no conocía personalmente las ruinas que describía; también podría decirse que es el mejor ejemplo de «literatura de escombros extranjera», equiparable a *European Witness*, de Stephen Spender, y a *Berlín Occidente*, de Billy Wilder. En California, donde leía lo que los periódicos norteamericanos y alemanes publicaban sobre las ruinas de Alemania y escuchaba lo que sobre ellas le contaban sus hijos, que las habían conocido cuando vestían uniforme norteamericano, Mann había escrito una novela en la que se revelaba como alemán y a la vez extranjero capaz de diagnosticar la culpa y la desesperanza de los alemanes con una claridad que solo era posible para unos cuantos alemanes, pero incapaz de distanciarse de la tragedia. El libro toma por punto de partida lo que él mismo había sugerido en su conferencia «Germany and the Germans», a saber: que tanto Alemania como sus habitantes han hecho un pacto con el diablo y que, como gran artista alemán seducido por el romanticismo alemán, el propio Mann está plenamente implicado en la culpa de Alemania.

Doktor Faustus relata la caída simultánea y entrelazada de su trágico protagonista y su trágica nación. El narrador, Serenus Zeitblom, maestro y «emigrante interior» que ha denunciado a los nazis y perdido su puesto,

cuenta la historia de la vida y la época del compositor vanguardista Adrian Leverkühn. Zeitblom ha querido a Leverkühn devota y lealmente desde que jugaban juntos de niños, incluso después de enterarse de que en su juventud Leverkuhn, engañado, hizo un pacto extraño con el diablo y sacrificó la felicidad personal a cambio de energía e inspiración como compositor. En la versión de la historia que escribió Goethe, Fausto sacrifica la felicidad a cambio de conocimiento y promete a Mefistófeles que «Si alguna vez le pido a un momento: ¡Deténte, eres tan bello!», entonces puede encadenarlo y condenarlo al instante[451]. El personaje de Mann hace un pacto similar y acepta la exigencia del diablo de que viva fríamente, sin amor. Tanto Fausto como Leverkühn hacen sus promesas de buen grado porque ya son infelices; esto es meramente la continuación de su hastío presente. «Acaso no es la frialdad una prioridad para ti», dice el diablo a Leverkühn. La tragedia es que ahora no habrá ninguna posibilidad de feliz liberación, como también Harras aprende a costa suya en la obra de Zuckmayer[452].

La condenación de Leverkühn llega bajo la forma de la sífilis, que le contagia una prostituta llamada Esmeralda. Hombre habitualmente frío, Leverkühn se lleva una sorpresa cuando se enamora al primer roce y decide tener relaciones sexuales con Esmeralda incluso después de que ella le advierta sobre el riesgo de contagio. Al igual que Nietzsche, uno de los numerosos modelos que utilizó Mann para crear su personaje, Leverkühn experimenta la enfermedad como algo fértil desde el punto de vista creativo, pero luego pierde poco a poco el juicio[453]. Sostiene un largo diálogo con el diablo, que reivindica la enfermedad como suya, se atribuye el mérito de dispersar a los médicos del compositor y advierte a Leverkühn que no podrá amar: «Tu vida será fría…, desde ahora no podrás amar a ningún ser humano»[454].

Esta predicción resulta dolorosamente acertada. Y lo que el diablo no ha dicho explícitamente es que si Leverkühn intenta burlar la maldición, condenará a sus seres queridos a una muerte precipitada. Leverkühn entabla relaciones parciales con amigos y mujeres. Lo más trágico de todo es que llega a querer a su sobrinito, Eco, al que su madre ha enviado a vivir con él mientras ella esté enferma. La presencia de Eco es redentora. Su figura esbelta, perfecta, su «inocente maraña de cabellos rubios», su sonrisa

cautivadora, su «presencia dulcemente flotante» introducen «radiante luz diurna» en la vida de Leverkühn. Pero Eco sufre un ataque de meningitis y muere antes de que hayan transcurrido dos semanas; su cuerpo es devuelto a casa en un pequeño ataúd. «He descubierto que debería no ser», dice Leverkühn a Zeitblom, «lo que la gente llama humano […]. Será devuelto». En vez de ello, encauza toda su energía hacia su última obra maestra. Durante años Leverkühn ha estado empujando la música hacia la abstracción, yendo más allá de la tonalidad en un intento de emancipar la disonancia de la resolución. El gran oratorio *Apocalipsis* de su juventud incluía altavoces, risas infernales y un coro infantil austeramente disonante para crear una aproximación musical del infierno. Ahora su tardía gran cantata sinfónica *La lamentación del Doktor Faustus* utiliza un lúgubre eco disonante para crear una oda a la pena como equivalente de la oda a la alegría de Beethoven[455].

En 1930 Leverkühn reúne a sus amigos para confesar que ha hecho un pacto con el diablo (que la mayoría de ellos ven como un chiste alegórico) e interpretar su nueva obra. Mientras toca el piano se desmaya y cae en coma, pero se recupera físicamente aunque no mentalmente. Zeitblom no sabe con certeza si Leverkühn se ha aliado con Satanás. Al leer la transcripción del diálogo, no está seguro de si se trata de alucinaciones de su amigo. Pero es consciente de que la cuestión no tiene importancia. Mann presenta como algo inevitable que Leverkühn sucumba ante el diablo porque el compositor lleva años seducido por lo demoniaco. El diablo siempre ha estado presente en la risa satánica, «ligeramente orgiástica», de Leverkühn, la que Zeitblom siempre encontraba desconcertante cuando eran jóvenes. Leverkühn es un genio y Zeitblom observa que hay siempre una «relación siniestra, apenas perceptible», entre el genio y el infierno. Él es músico y la música es inherentemente diabólica, pertenece a «un mundo de espíritus»[456].

Así que Leverkühn se ve atrapado en la misma oleada demoniaca que el nazismo. Considera que el humanismo de Zeitblom está desfasado y, en su lugar, se compromete con una mezcla de nihilismo y primitivismo bárbaro[457]. «Avanzarás a través de la edad misma […] y osarás una barbarie», le dice el diablo, «una barbarie doble, porque viene después del humanitarismo, después de toda la labor y todo el refinamiento burgués

concebibles». La palabra «avanzarás» es reveladora. En un momento posterior de la novela, Alemania lleva a cabo un «avance» (*Durchbruch*) hacia el poder mundial bajo Hitler, mientras los partidarios del nazismo ven la guerra como la manera en que Alemania avanzará «hacia una nueva forma de vida en la cual el Estado y la cultura serán una misma cosa» (*durchbrechen*). Los nazis podían prohibir las obras de Leverkühn por su disonancia experimental, pero en realidad Leverkühn es un espíritu afín. Y es un candidato natural para el infierno por su altanería y su brillantez. Es un artista egoísta al que el diablo considera con razón fundamentalmente frío y que está dispuesto a sacrificar la vida por el arte[458].

El sacrificio del arte por la vida era el del propio Mann. Tras dar la espalda a los intensos amores homosexuales de su juventud, había encontrado en un plácido matrimonio burgués la tranquilidad doméstica que necesitaba para escribir. Encerrado todos los días en su estudio, se había protegido de la energía de sus hijos exigiéndoles que concertaran cita para verle y que anduvieran de puntillas, sin hacer ruido, mientras él trabajaba. Aunque desde hacía pocos años dependía del afecto de Katia y Erika, siempre había vivido con la máxima plenitud gracias a su extraña y privada vida imaginativa, que confiaba únicamente a su diario. En él expresaba libremente pasiones apremiantes, imposibles, y revelaba un apasionamiento para el que no deseaba encontrar una salida en la vida corriente y que reservaba para su arte. En este mundo privado, treinta años antes había confiado en su diario el deseo físico que sentía por Klaus cuando este era un chico de catorce años, aquel niño angelical de cabellos rubios y rizados como los de Eco[459]. Más recientemente se había sentido fascinado por su nieto Frido (hijo de su hijo Michael y modelo directo de Eco), cuya gracia juvenil describía amorosamente en su diario. Al matar a Eco en la novela, Mann recordaba a Leverkühn el precio que había que pagar por la grandeza artística. Para Leverkühn, al igual que para su creador, el amor debía ser principalmente un estado de ánimo privado, una posibilidad latente de sentimiento intenso que podía encauzarse solo hacia el arte.

Al escribir la novela mientras las bombas caían sobre su patria perdida y su propia salud empeoraba de forma alarmante, Mann había hecho un ajuste de cuentas y se había preguntado si el precio era demasiado alto. Pidió

cuentas a sí mismo y a su nación de origen y vio en esta pecados de orgullo, genio demoniaco y arrogancia que también encontró en sí mismo. Como en la conferencia que Mann dio en 1945, la Alemania de *Doktor Faustus* ha hecho un pacto con el diablo y ahora tiene que hacer frente a las consecuencias: sus ciudades son destruidas desde el aire. Este acto diabólico, dice Zeitblom, «clamaría al cielo si no fuéramos nosotros, cargados de culpa, quienes lo sufrimos, cargados». Así las cosas, el clamor muere en el aire en la «prisión» en que se ha convertido Alemania. Zeitblom está convencido de que los alemanes se merecen esta justicia apocalíptica al mismo tiempo que lamenta la desaparición de un mundo al que en otro tiempo amó[460].

Desde que empezó a escribir el libro en 1943, Mann había seguido obsesivamente las noticias de la guerra, imaginando día tras día la destrucción de las ciudades a las que otrora había amado y describiendo con tristeza sus ruinas en la novela. Su diario de los años de guerra sigue atentamente los ataques aéreos contra Alemania además de los progresos que hace con el libro. «Agonía de Berlín, sin carbón, sin electricidad»; «Bombardeo intenso de Alemania»; «la conquista de Alemania es rápida. Las ciudades caen como ciruelas maduras»; «ya no cabe duda de que la novela es un fracaso. No obstante, la terminaré»[461].

No es extraño, pues, que la pena de Zeitblom ante la destrucción de Alemania refleje la de Mann. Zeitblom empieza el libro el 23 de mayo de 1943 (el mismo día en que Mann empezó el suyo) desde un escondrijo en Freising, a orillas del Isar, no lejos de Múnich. El 14 de marzo de 1945 Mann recibió de Klaus la noticia de la destrucción de su casa de Múnich y anotó «extraña impresión» en su diario. Aquel día estaba ocupado escribiendo el capítulo 26, en el que Zeitblom deja constancia de que «el terror de los ataques aéreos casi diarios contra nuestra Fortaleza Europa bien rodeada aumenta hasta alcanzar dimensiones inconcebibles […] más y más ciudades nuestras se derrumban en ruinas». Desde la paz de su tranquilo estudio de California, Mann andaba arriba y abajo entre los escombros de su muy querida ciudad, tambaleándose ante la devastación pero volviéndose para mirar de nuevo porque era la única cosa responsable que podía hacer y porque no podía evitarlo. En un momento dado, presenta

a Zeitblom escribiendo en su estudio mientras las bombas caen a su alrededor: «mientras el Juicio Final caía sobre Múnich también, yo me encontraba sentado en mi estudio, lívido, temblando como las paredes, las puertas y los cristales de las ventanas de mi casa… y escribiendo con mano trémula esta crónica de la vida de un hombre».

En su celda de ermitaño a orillas del Isar, Zeitblom se aparta de «nuestro Múnich horriblemente maltrecho», con sus estatuas derribadas, sus fachadas «que miran desde las cuencas vacías de sus ojos para disimular el enorme vacío que hay más allá y, pese a ello, también parecen inclinadas a revelarlo suministrando más escombros de los que ya están esparcidos sobre los adoquines». Era un paisaje que Mann no había visto y no tenía ninguna intención de ver en un futuro próximo. Pero había leído sobre él en los periódicos y en los angustiados reportajes de Erika y Klaus; se le aparecía en sueños y en su diario, y ahora se volvía extrañamente tangible en su novela[462].

En California, Mann había expresado públicamente y, en buena medida, en privado su deseo de que Alemania perdiese la guerra. Al igual que Spender en *European Witness*, veía la destrucción de las ciudades alemanas como algo trágicamente necesario y al mismo tiempo como el logro supremo de su época. En su novela recordaba a los lectores la superior destreza militar de Estados Unidos mostrando irónicamente la sorpresa de Zeitblom al ver que «las democracias debilitadas realmente saben utilizar estas terribles herramientas» y que la guerra no es, después de todo, «una prerrogativa alemana». Pero la perspectiva de que Alemania sufriera otra derrota vergonzosa también había llenado a Mann de un horror secreto que expresaba por medio de Zeitblom, que reconoce que «no puede evitar temerla más que a nada del mundo». Zeitblom nunca se permite del todo esperar una derrota o una victoria. Se alegra cuando los alemanes inventan un nuevo tipo de torpedo y siente «cierta satisfacción ante nuestro siempre ingenioso espíritu inventivo», aunque se ponga al servicio de un régimen que los ha metido en una guerra cuyo objetivo es crear una aterradora «y, tal como la ve el mundo, así parecería, de todo punto intolerable realidad de una Europa alemana»[463].

Mann se vale de Zeitblom para convertir a los alemanes en una nación de héroes trágicos; gente buena que hace frente a paradojas imposibles y cuyo actual estado mental «pesa sobre ellos con más fuerza de lo que pesaría sobre otros y los separa irremisiblemente de ellos mismos». Si los hijos de Zeitblom supieran que poseía secretamente los papeles privados de Leverkühn, le denunciarían, pero su propio acto les horrorizaría. Mann dijo una vez que Zeitblom era una «parodia de mí mismo». A través de Zeitblom, Mann ironizaba sobre la tendencia de los alemanes a ver sus conflictos de conciencia como algo insólitamente noble y profundo. Zeitblom no siempre percibe hasta qué punto él mismo muestra los vicios de su nación. Comparte con sus compatriotas intelectuales el elitismo cultural y el temor a las masas; al igual que su creador, participó en el «júbilo popular» al empezar la primera guerra mundial, porque creyó que la guerra ofrecía «un rito sacrificial por medio del cual el viejo Adán» podría ser marginado. Es demasiado tonto para que no se mofen de él por aseverar que «el alma alemana es poderosamente trágica», que «nuestro amor pertenece al destino […] incluso a una predestinación que enciende los cielos con el rojo crepúsculo de los dioses». Pero, al mismo tiempo que se burlaba de su propio cuento, Mann le permitía adquirir plena fuerza trágica y se implicaba en la tragedia. «¡Cuánto de la atmósfera de mi vida contiene *Faustus*!», escribió Mann en enero de 1946; «una confesión radical, en el fondo. Desde el principio mismo eso ha sido lo que mi libro tiene de demoledor[464]».

Preguntándose lo que los alemanes pensarían de la novela cuando se publicó por primera vez en Suiza, Mann esperaba que les enseñase que era «un error verme como un desertor de la condición de alemán». Aquel verano, durante un ciclo de conferencias en Londres y Zúrich, Mann había dicho a los reporteros alemanes que si bien aún no estaba dispuesto a volver a una Alemania a la que todavía no consideraba preparada para recibirle, seguía siendo un escritor alemán. «Era demasiado viejo y estaba plenamente formado como artista cuando me fui de Alemania y sencillamente he trabajado más y he terminado lo que había empezado». Meses antes había dicho al decano de la facultad de filosofía de la

Universidad de Bonn que la novela era «tan absolutamente alemana» que dudaba que fuera posible traducirla[465].

Sin embargo, era consciente de que al escribir esta novela, la más alemana de todas las novelas, se alejaba aún más de sus compatriotas. Al terminar la guerra, Zeitblom siente lástima cuando piensa en la suerte que aguarda a sus «necios» hijos nazis que «creyeron, se alegraron, se sacrificaron y lucharon» con las masas de la nación. Pero sabe que ni su lástima ni la angustia de sus hijos les acercarán. «Y también eso me lo tomarán en cuenta…, como si las cosas hubieran podido ser diferentes de haber compartido sus viles sueños con ellos». Mann se había apartado de los viles sueños de sus antiguos amigos y si había resultado que tenía razón, ello le hacía aún más extranjero[466].

En enero de 1948 Mann rechazó una invitación a hablar en Frankfurt y expresó sus esperanzas de que la novela atenuase los malentendidos que habían surgido en Alemania acerca de su relación con el país. «Espero que demuestre que no soy precisamente un desertor del destino de Alemania». Ciertamente así fue en el caso de algunos críticos. En *Die Wandlung*, Victor Sell la alabó y dijo que era la quintaesencia de la novela alemana de la posguerra: «Aun cuando actualmente vive en California, Mann sigue en contacto con la experiencia alemana […] *Doktor Faustus* aborda el problema que las masas alemanas no afrontaron hasta después de la derrota total: la cuestión de cómo fue posible que un pueblo con una cultura avanzadísima permitiera el triunfo del mal». Pero otros se mostraron más escépticos. Walter Boehlich se quejó en *Merkur* de que «hay una Alemania a la que Thomas Mann amó, y hay un Thomas Mann al que nosotros amábamos y todavía amamos. Pero este no es el autor de *Doktor Faustus*»[467].

El problema consistía en gran parte en que Mann había condenado a Alemania a un futuro sin esperanza. La obra maestra final de Leverkühn termina con una formularia nota de promesa. Esta es una «esperanza más allá de la desesperanza, la trascendencia de la desesperación» que «mora como una luz en la noche». Pero no fue una nota de optimismo que mucha gente viera reflejada en la novela de Mann. Más de un año después del final de los juicios de Nuremberg, justo cuando los vencedores habían empezado

a abandonar la idea de la culpa colectiva y el humillante proceso de desnazificación, el más grande escritor vivo de Alemania había enviado su veredicto bajo la forma de un libro que llegó como un paquete de alimentos amargos para recordarles a los alemanes que eran culpables. Hacia el final de la novela Mann presenta al «general transatlántico» que ha ordenado a los habitantes de Weimar que desfilen ante los crematorios del campo de concentración local declarando («¿debería uno decir injustamente?», pregunta Zeitblom en un paréntesis retórico) que los ciudadanos que se ocupaban de sus cosas con aparente seriedad, «aunque a veces el viento les metía en la nariz el hedor de la carne quemada», debían compartir la culpa de estos horrores. «Cualquier cosa que viviera como alemana aparece ahora como una abominación y el epítome del mal», comenta Zeitblom con tristeza, y se pregunta cómo será pertenecer a una nación cuya historia lleva «este horrible fracaso» en su interior y que se ha empujado a sí misma hacia la locura[468].

Puede que Mann se implicara en el destino de sus compatriotas, pero no les dejó ningún medio de librarse del sufrimiento. Zuckmayer había ofrecido más esperanza al sugerir que quienes se habían resistido al nazismo podían salvarse por mediación de la justicia divina y que el arrepentimiento seguía siendo posible. En la obra de Zuckmayer, a los verdaderamente engañados se les concede un tipo de bondad; el pecado de Harras es saber que el nazismo es maligno y, a pesar de ello, seguirlo. Zuckmayer era sin duda suficientemente idealista para creer que los jóvenes en particular eran capaces de cambiar. Pero la obra de Zuckmayer no ofrecía a los alemanes de la posguerra un camino claro por el que avanzar, como tampoco se lo ofrecía la novela de Mann. Le tocó a Jean-Paul Sartre ofrecer un modo de librarse de la culpa por medio de la doctrina existencialista de la libertad.

El existencialismo llegó a la Alemania de la posguerra de la mano de la obra de Sartre *Las moscas* y de la pequeña figura con gafas del propio Sartre, acompañado por «*la grande Sartreuse*», Simone de Beauvoir. *Las moscas* se representó en Düsseldorf en noviembre de 1947 con Gustaf

Gründgens en el papel principal y luego, en una interpretación más sonada, en el Hebbel Theater de Berlín en enero de 1948, esta vez en presencia de Sartre y Beauvoir.

Sartre y Beauvoir entraron en Alemania el 28 de enero, en un tren procedente de Francia. El vagón restaurante francés daba la impresión de ser una pequeña colonia, segregada de los alemanes que viajaban en los otros vagones. A Beauvoir le preocupaba ser ahora tan odiosos como los alemanes lo habían sido en Francia durante la contienda. Al día siguiente pasaron velozmente por delante de bosques de pinos hasta llegar a Berlín, donde se encontraron inmediatamente con el espectáculo de las ruinas. «Enormes entradas de piedra sin puertas daban a huertos, balcones torcidos colgaban en las fachadas de edificios que no eran nada más que fachadas», escribió más adelante Beauvoir. Un paraguas surrealista y una máquina de coser sobre una mesa de operaciones no parecerían fuera de lugar. La realidad se había transformado en locura. Todo resultaba aún más desagradable debido a que Berlín se encontraba en medio de otro invierno terrible, con temperaturas de 18 bajo cero casi todos los días. «Ruinas y desechos, desechos y ruinas, nada más», escribió Beauvoir en su idiosincrático inglés a Nelson Algren, su amante norteamericano[469].

Visitaban Alemania en calidad de invitados de Félix Lusset, que se hallaba al frente de la Mission Culturelle en Berlín. Los funcionarios franceses ansiaban cada vez más demostrar la importancia de la cultura francesa tanto a los alemanes como a los otros aliados y Lusset había invitado a Sartre y Beauvoir con este propósito. Al principio, los franceses habían gobernado su zona con más austeridad cultural aún que los norteamericanos o los británicos, porque creían que no debían ningún placer a la nación que había ocupado Francia tiránicamente dos veces en el plazo de treinta años. «Ni una sola pintura o escultura francesa estará en manos y poder de esta gente culpable y criminal», anunció el escritor Louis Aragon al terminar la guerra. Sin embargo, al igual que los norteamericanos, los franceses se apresuraron a seguir el ejemplo de los rusos y decidieron exhibir la cultura francesa y demostrar la superioridad de la civilización francesa. Las autoridades francesas apoyaron ahora una política de *rayonnement* o resplandor cultural. Y tanto el Institut Français como la

Mission Culturelle de Félix Lusset se habían fundado en 1946 precisamente con este fin; funcionaban con independencia de la administración militar y proporcionaban teatro, cine, conciertos, exposiciones y clases nocturnas[470].

Cuando se trataba de exhibir la cultura francesa, era bueno tener como invitados al Papa y a la Suma Sacerdotisa del Existencialismo. Desde el final de la segunda guerra mundial, Sartre y Beauvoir habían adquirido un tipo de fama que raramente se confería a los filósofos, tanto en Francia como en Estados Unidos. Sartre había visitado la Casa Blanca y escrito artículos para la edición norteamericana de *Vogue*. En 1945 el popular semanario francés *Samedi Soir* le había acusado de difundir «una moda nueva en las salas de estar de ambas orillas [de París], una moda que gira alrededor de una abstracción filosófica más bien nebulosa, una doctrina de origen alemán que tiene el barbárico nombre de “existencialismo”. Nadie sabe exactamente qué significa, pero todos hablan de él mientras toman el té».

De momento los alemanes solo conocían de oídas las ideas de Sartre, tanto las que databan de cuando la contienda aún no había terminado como las de la posguerra; sus textos fundamentales, *El ser y la nada* (1943), *El existencialismo es un humanismo* (1946) y *¿Qué es la literatura?* (1947) aún no se habían traducido al alemán. Pero su reputación fue suficiente para que sus ideas provocasen una conmoción y una revulsión intensas, especialmente por emanar de un ambiente de ceniceros rebosantes y bohemia promiscuidad sexual. Aunque Sartre y Beauvoir eran tratados frecuentemente como marido y mujer, en realidad no estaban casados y se habían comprometido a «mantener “cierta fidelidad” a través de todas las desviaciones de la senda principal», lo cual les permitía tener otros amantes. Ambos hicieron pleno uso de este pacto y nunca, ni en su vida ni en sus escritos, intentaron esconder su emancipación sexual, lo cual aumentaba su peligroso atractivo[471].

En Alemania las ideas de Sartre atraían de manera particular a quienes ansiaban clasificar 1945 como una «hora cero». En *El ser y la nada* Sartre había propuesto la tesis fundamental de que «la existencia precede a la esencia», arguyendo que los seres humanos son únicos porque quienes son

en determinado momento es el resultado, no de un carácter fijo o «esencia», sino de las elecciones que han hecho y las posibilidades futuras que persiguen. Esto nos imbuye de libertad ilimitada, que la mayoría de la gente acostumbra eludir actuando sin pensar. Es en los momentos de «angustia» cuando nos damos cuenta de que la libertad individual es posible. Esta angustia nos ataca como una sensación de vértigo parecida a lo que siente una persona que se encuentra al borde de un precipicio y se percata de que nada le impide saltar al vacío. En estos momentos tenemos la oportunidad de recuperar nuestra libertad y vivir auténticamente. Esto entraña una gozosa «autorrecuperación del ser». Lo que resultaba tan apasionante en esto era que permitía a las personas empezar de nuevo en todo momento. A los alemanes que habían pasado los años transcurridos desde la guerra consintiendo que los ocupantes hablasen de su arrogante y agresiva esencia les ofrecía la posibilidad de apoderarse de su libertad para recrearse a sí mismos y volver a empezar[472].

Estas ideas no eran nuevas en sí mismas y tampoco eran en sí mismas francesas. De forma un tanto problemática, gran parte del argumento de Sartre había nacido del pensamiento filosófico alemán anterior a la guerra. Sartre había pasado algunos meses en Berlín en 1933 (demasiado ocupado leyendo filosofía para fijarse en los preocupantes acontecimientos políticos) y estaba en deuda con las ideas de Nietzsche, Husserl y Heidegger. En 1940 volvió la vista atrás y pensó que la influencia de Heidegger había sido «providencial» porque le había enseñado los conceptos de «autenticidad e historicidad» en el momento en que la contienda estaba a punto de hacerlos indispensables para el individuo dotado de conciencia, aunque no para su gobierno. Pero mientras que Heidegger estaba ahora desacreditado a causa de su involucración con el nacionalsocialismo, Sartre traía la credibilidad de un *résistant*, si bien sus actividades en la resistencia francesa habían sido más limitadas de lo que generalmente se creía. Asimismo, conjugaba sus abstractas ideas ontológicas y un atractivo compromiso político con la «*littérature engagée*». En 1945, durante un ciclo de conferencias en Estados Unidos, había declarado: «En la prensa clandestina, cada línea que se escribía ponía en peligro la vida del escritor y del impresor. La palabra escrita ha recuperado su poder». Su ensayo *¿Qué es la literatura?* insistía

en que era necesario que la literatura se comprometiese con objetivos políticos progresistas (izquierdistas[473]).

Mientras se hacían los preparativos para la visita de Sartre, escritores alemanes liberales como, por ejemplo, los que estaban relacionados con el Gruppe 47 habían esperado con impaciente expectación al proponente de una serie de ideas que ofrecían la posibilidad de proporcionar a Alemania un camino para avanzar, mientras que la prensa comunista había vilipendiado a Sartre y a su filosofía por considerarlos peligrosamente individualistas. El 9 de enero el filósofo Wolfgang Harich había publicado un comentario detallado sobre Sartre en la *Tägliche Rundschau* en el que fustigaba al filósofo francés como «ejemplo de decadencia burguesa». Al día siguiente, el escritor Ernst Niekisch (catedrático de Historia del Imperialismo en la Universidad Humboldt) había publicado un artículo con el incendiario título de «Existentialism: a neo-fascist postwar fashion» [El existencialismo: una moda neofascista de la posguerra[474]].

La relación de Sartre con el comunismo era más compleja de lo que cabría deducir de estos artículos. Desde 1939 había sido un socialista acérrimo que creía firmemente en la necesidad de que las minorías oprimidas se levantasen contra sus opresores capitalistas. Pero estaba comprometido con un concepto de la libertad individual que era incompatible con el determinismo económico marxista o cualquier tipo de acción colectiva. En lo que a Sartre se refería, debía dejarse más espacio para la izquierda no comunista. Era miembro de un grupo llamado «Asamblea Revolucionaria Popular» que buscaba una «tercera» opción entre el capitalismo y el comunismo. Esto era más posible en Francia de lo que sería en Estados Unidos o, de hecho, en Gran Bretaña. Existía aún una izquierda francesa fuerte (aliada solo parcialmente con la Rusia soviética) e incluso en Alemania los funcionarios franceses seguían tratando de mediar entre el Este y Occidente, en la esfera cultural aunque no en la económica. Los franceses no prohibieron la Kulturbund al mismo tiempo que los demás aliados occidentales y Lusset se mostró inusitadamente ansioso de cooperar con los rusos, y en determinado momento habló de un posible eje cultural Berlín-París-Leningrado con Alexander Dymschitz[475].

Así pues, la visita de Sartre y Beauvoir representaba para Lusset una oportunidad de posibilitar la conversación cultural en las cuatro zonas sin excepción. Se celebró una fiesta oficial tras otra, incluidos un almuerzo en el Club Soviético y un cóctel que ofrecieron los norteamericanos. Tanto Sartre como Beauvoir hubieran preferido pasear entre las ruinas de Berlín. «Veo a muchísima gente mala estos días, gente verdaderamente estúpida, engreída, fea, horrible: generales, embajadores y sus esposas», se quejó Beauvoir a Algren. Lograron persuadir a su chófer para que desviara brevemente el coche con el fin de poder visitar la periferia de Berlín cuando se dirigían a una fiesta ofrecida por los franceses, pero incluso después de llegar con una hora de retraso Beauvoir encontró el acto terriblemente tedioso. Elisabeth Langgäser dio a Beauvoir una orquídea y le dijo que ella misma parecía una orquídea. «Se asombran cuando ven que una mujer existencialista no es un adefesio», comentó cáusticamente Beauvoir a Algren[476].

Cuando lograron zafarse de Lusset y su programa cultural, Beauvoir y Sartre exploraron Berlín con su habitual energía. Beauvoir en particular quería ver los rincones de la ciudad que otros visitantes considerarían poco interesantes y las escenas que vio la dejaron consternada. «Te sientes fatal si estás en el bando de los ocupantes», dijo a Algren. Las comidas opíparas perdían su sabor cuando pensaba que a su alrededor había gente que pasaba hambre. «No te puedes imaginar qué tristes y abandonados son estos lugares, qué triste y desamparada parece aquí toda la gente». Las caras que veía en las calles eran macilentas a causa del hambre; lisiados y amputados trasportaban leña sobre sus espaldas o en un carrito[477].

Rodeada de pobreza, Beauvoir se enfureció al verse obligada a ponerse un traje de noche para asistir a una representación de *Las moscas*. Lo encontró humillante; hizo que tuviera la sensación de pertenecer «a la pandilla de las mujeres y a la burguesía». Como no había traído ningún traje de noche consigo, tuvo que pedirle prestado uno a una «mujer corpulenta y fea». Le pareció que, como las mujeres alemanas no tenían trajes de noche, las mujeres de los vencedores los llevaban principalmente para alardear de

lo que significaba no ser alemana. «Parece que aquí es muy malo ser francés; también muy malo ser norteamericano, muy malo ser ruso, y no parece que ser alemán sea mejor[478]».

Como se encontraba en el sector estadounidense, el Hebbel Theater solía programar obras norteamericanas. Ahora era el teatro más importante de Berlín y el lugar más indicado para que los franceses dieran una representación que querían que causase sensación. Al llegar, Beauvoir y Sartre se quedaron asombrados al ver las colas de gente que trataba de comprar entradas. Oyeron decir que había alemanes dispuestos a pagar entre 500 y 1000 marcos por una localidad (cuando el alemán medio vivía con 300 marcos mensuales) y que algunos aficionados habían pagado con dos gansos. La popularidad de la obra era en parte fruto de la polémica. Durante el tiempo en que la puesta en escena de Gründgens estuvo en cartel en Düsseldorf, Dymschitz había publicado un artículo en el que advertía a los berlineses que no representaran una obra que era un refrito del individualismo reaccionario vestido con los trapos de la modernidad[479]. Los rusos habían amenazado con boicotearla, pero lo cierto era que desde el principio habían asistido a las funciones dignatarios de los cuatro sectores y la obra había gustado mucho tanto a la crítica como al público.

La adaptación moderna del mito griego de Electra por parte de Sartre era una escueta alegoría que su célebre director, Jürgen Fehling, había transformado en una pesadilla expresionista, con un decorado que intentaba ser una representación literal del infierno. El escenario aparecía dominado por un sol negro; las casas de Argos eran bloques de hormigón y la estatua de Júpiter, un tótem fálico. Y el decorado exagerado se reflejaba en el histerismo de las interpretaciones. Tanto a Sartre como a Beauvoir la puesta en escena les pareció detestable. «Nadie puede hacer cosas tan feas como hacen los alemanes cuando les da por ahí», se quejó Beauvoir a Algren; «los actores estaban siempre gritando, sudando y tumbados boca arriba y rodando desde lo alto hasta el pie de alguna escalera: igual que un asilo de locos». Pero fueron los únicos que se llevaron una decepción. La mayoría de los críticos berlineses aplaudieron la genialidad de la producción al mismo tiempo que deploraban que el texto de Sartre fuese oscuro y aburrido. Friedrich Luft condenó la obra tachándola de «demostración de

pesimismo, basada en el hedor de sangre, pus, excrementos, basura y el peor tipo de asquerosidad», pero opinó que la «árida y oscura» obra de Sartre «florecía en las manos geniales de Fehling». Hilde Spiel alabó el «golpe maestro» de Fehling, si bien encontró que el existencialismo no era «ni verdadero ni útil». La mayoría de los espectadores quedaron impresionados tanto por la puesta en escena como por la obra propiamente dicha, que a los alemanes les pareció que ofrecía un camino para salir de la culpa colectiva[480].

Cuando se escribió y se representó por primera vez en Francia en 1943, *Las moscas* fue una llamada a las armas contra el régimen de Vichy y su retórica de disculpa culpable por la caída de Francia. Sartre quería que Francia recuperase la libertad y que los luchadores de la resistencia comprendiesen que podían matar sin remordimiento. La obra comienza con el retorno de Orestes a Argos, «ciudad de pesadilla», donde su hermana Electra es una esclava vejada que vive con su madre, la reina Clitemnestra, y su padrastro, el rey Egisto. Quince años antes Clitemnestra y Egisto asesinaron al padre de Electra y de Orestes, Agamenón, el anterior rey. Desde entonces los habitantes de Argos han estado embarcados en un lujuriante y autodestructivo proceso de arrepentimiento y todos ellos asumen inútilmente la culpa de la acción de Egisto alegando que no hicieron nada por impedirla, que, de hecho, experimentaron un placer vicario. «Se mide por arrobas, es arrepentimiento», dice Zeus a Orestes, que se sorprende de que estas «criaturas rastreras, medio humanas, que se dan golpes de pecho en estancias oscuras», puedan ser sus parientes. Los dioses han enviado moscas como símbolo del remordimiento de la gente. Miles de moscones descomunales revolotean alrededor de la ciudad, atraídos por el hedor de la carroña[481].

Orestes siente al mismo tiempo lástima y envidia de los habitantes de Argos. Los envidia porque tienen un lugar definido donde andar con esfuerzo. Él es libre, pero la libertad trae consigo falta de pertenencia. «Ese no es mi palacio, tampoco mi puerta». Ve a Electra y se enamora en el acto, encantado de haber encontrado hermana y amante en una sola persona. Electra desdeña el «pasatiempo nacional» de Argos: «El juego de la confesión pública». Orestes ha llegado el día en que los muertos

supuestamente vagan por la ciudad y reprenden a los vivos que los han agraviado. Es el momento en que los ciudadanos suplican misericordia: «Perdonadnos por vivir mientras vosotros estáis muertos». Orestes decide matar a Egisto y a Clitemnestra para liberar tanto a su hermana como a los habitantes de Argos. Zeus no puede impedírselo porque Orestes (como buen existencialista) sabe que es libre y, por consiguiente, invencible. Al matar a su madre y su cómplice, Orestes se indispone con su hermana, pero se libera a sí mismo. Electra hace ahora suyo el remordimiento de su madre. «Lo único que puedes ofrecerme es sufrimiento y miseria», se queja a su hermano; «me arrepiento amargamente». Orestes aprende a responsabilizarse de su propia libertad. «Soy libre, Electra. La libertad ha caído sobre mí como un rayo […]. Hoy tengo solamente un camino, y sabe el cielo adónde conduce. Pero es mi camino». Ahora puede despojar a su gente de sus ilusiones y protegerla de las moscas[482].

Es fácil ver por qué la obra de Sartre tuvo éxito en Alemania. Las moscas se multiplicaban cada día en Alemania y los alemanes necesitaban un Orestes que las ahuyentase. En Alemania el «juego de la confesión pública» era un deporte nacional todavía más popular de lo que había sido en la Francia ocupada. Y ahora los alemanes ansiaban quitarse los grilletes de culpa que les había puesto la ocupación, que los juicios de Nuremberg habían apretado y que la aparición del *Doktor Faustus* de Mann había hecho aún más incómodos.

«Por favor, perdonadnos», piden los niños de Argos, «nosotros no queríamos nacer, nos avergonzamos de crecer […]. Nunca cantamos ni reímos, nos deslizamos de un lado a otro como fantasmas». Esto no es más absurdo que el papel que la retórica de la culpa colectiva infligió a los niños alemanes. En algún momento había que permitir que los alemanes dejasen atrás el remordimiento y *Las moscas* parecía ofrecer una manera de hacerlo. «Alemania es libre, en la medida en que se pueda llamar libre a una nación devastada y privada de su soberanía», afirma cínicamente Zeitblom hacia el final de *Doktor Faustus*. Según Sartre, la nación puede no ser libre, pero sus súbditos sí pueden serlo. «Soy libre», declara Orestes; «más allá de la angustia, más allá del remordimiento[483]».

El mensaje de *Las moscas* es más complejo de lo que creyeron muchos espectadores o críticos. El 1 de febrero de 1948 Sartre participó en una mesa redonda con literatos de las cuatro zonas que tuvo lugar en el teatro. Tras recibir la bienvenida como filósofo, dramaturgo y «*camarade de la Résistance*», le pidieron que explicase sus puntos de vista sobre el arrepentimiento y la culpa. Alfons Steinberger, profesor universitario comunista y representante de la zona soviética, sugirió que *Las moscas* gustaba en Alemania porque «concede un perdón gigantesco, una absolución general sumaria», y preguntó a Sartre si era consciente de que impedía a los alemanes reconocer sus responsabilidades[484].

Sartre explicó que en un principio había escrito la obra para dar ánimos a los franceses ante los nazis y los partidarios de Pétain que querían convencerles de que el Frente Popular les había hecho perder la guerra y que la resistencia era imposible. Steinberg dijo que mientras que en Francia los nazis habían instado al arrepentimiento, en Alemania habían sofocado las conciencias de la nación y que los nuevos gobernantes de Alemania tenían la obligación de devolver la moralidad a sus ciudadanos. Sartre insistió en que el pueblo alemán necesitaba mirar hacia delante en lugar de hacia atrás. Los crímenes nazis ya habían terminado. «Revolcarse en el pasado, sufrir su tormento noche y día, es algo que carece de sentido, algo totalmente negativo». No obstante, al liberarse de su pasado y abrazar el futuro, los alemanes necesitaban responsabilizarse de sus actos. El arrepentimiento era una actitud pasiva, complacida. «La responsabilidad, en cambio, puede conducir a otra cosa, a algo positivo, dicho de otro modo, a una rehabilitación esencial, a trabajar por un futuro fértil, positivo». Era necesario dar a los alemanes libertad sin límites y responsabilidad sin límites. «A un niño no le das libertad si lo sientas en su silla y luego le dices “eres libre, pero, por el amor de Dios, si te bajas de la silla para coger algo, recibirás un cachete”[485]».

Esto tenía sentido en el contexto de las teorías filosóficas de Sartre en general, pero para sus interlocutores era un mensaje a la vez demasiado complejo y demasiado sencillo. Era demasiado complejo decirles a los alemanes que ahora eran libres de hacer lo que quisieran pero que debían responsabilizarse de su libertad. Entre arrepentimiento y responsabilidad

existe una diferencia tan sutil que los espectadores de la obra de Sartre no la captarían necesariamente y pocos entre ellos tenían acceso a sus ensayos para elucidarla. Al mismo tiempo, era demasiado sencillo sugerir que el pasado podía olvidarse. Otro de los participantes en la mesa redonda señaló que la libertad de un ser humano crea la esclavitud de otro ser humano. «Es una libertad que cloroformiza y asesina a sus pacientes. Tu libertad está hecha de nitrógeno[486]».

Según Sartre, una sociedad verdaderamente libre sería aquella en la que nadie fuera libre a expensas de los demás. Pero no dio ninguna explicación sobre cómo podía conseguirse esto. «Nunca ha existido una sociedad de hombres libres», reconoció, «es puramente cuestión de encontrar un camino que nos conduzca a una sociedad libre». Era un dilema con el que venía luchando, de forma seria y apremiante, desde hacía varios años, convencido de que «mi libertad entraña el reconocimiento mutuo de la libertad de los demás» y de que el individuo auténtico debe honrar la libertad ajena. En su ensayo de 1946, *Anti-Semite and Jew*, lo había investigado precisamente en relación con los problemas que acosaban a Alemania y había sugerido que, dado que el antisemita existía, al igual que todos los hombres, como «agente libre dentro de una situación», era «la perspectiva de elegir» la que necesitaba cambiar. En vez de eliminar la libertad del individuo, el filósofo (¿o el político?) necesitaba «proclamar que la libertad decide sobre otras bases y en términos de otras estructuras». Aquí Sartre se parecía más a los ocupantes de Alemania, rusos o norteamericanos, que en la mesa redonda. Pero, por el motivo que fuese, no se extendió sobre estos conceptos ahora y había decidido no tratar la situación política del país que visitaba. A consecuencia de ello, sus ideas parecían increíblemente idealistas en una sociedad que necesitaba de forma desesperada una reestructuración pragmática[487].

Beauvoir molestó a Félix Lusset al evitar la mesa redonda y sus pontificaciones y, en vez de participar en ella, continuar explorando la ciudad. Buscó un café donde pudiera sentarse, comer y escribir a Algren y encontró uno donde lo único que se podía tomar era una escudilla de caldo. Durante el siguiente par de días ella y Sartre pasearon juntos. Como no tenían cupones de racionamiento, apenas podían comer, y lo único que

encontraron para beber era café que más bien parecía agua turbia. «Sentimos en el estómago lo que Alemania es para los alemanes», escribió Beauvoir. Intentaron localizar la casa cerca de la Kurfürstendamm en la que Sartre había vivido en 1933 y se encontraron con que había resultado horriblemente dañada. Beauvoir lamentó la falta de tiendas que vendieran artículos baratos y útiles, y que solo hubiese lujosos comercios de ropa y antigüedades porque los alemanes se habían vendido toda su ropa cara, todas sus joyas y toda su porcelana para comprar comida. «Nunca he visto tanta porcelana fina ni tantos vasos preciosos ni tantos libros antiguos como en esta desdichada ciudad[488]».

Su contacto más estimulante con alemanes fue el que tuvieron con un grupo de doce estudiantes que les hablaron de sus apuros cotidianos. Las chicas en particular conmovieron a Beauvoir con sus medias y zapatos de mala calidad, sus cabellos lacios y sus ojos elocuentes. Quizá le recordaron la pobreza vergonzante de su propia juventud, cuando las madres y las criadas de sus amigas intentaban con frecuencia bañar y vestir con otra ropa a la joven y desaliñada filósofa.

Los estudiantes que formaban el grupo se parecían a los que Zuckmayer se había pasado dos meses tratando de conocer, aunque a finales de enero había sufrido un ataque al corazón. Sartre depositaba tantas esperanzas en los desorientados jóvenes como Zuckmayer. Posteriormente escribió que la gente a la que más admiraba en Alemania se negaba a arrepentirse y, en lugar de ello, decía: «Estábamos contra los nazis, luchamos en la guerra porque era necesario que nuestro país venciese y nos negamos a sentir remordimiento». Sartre opinaba que Alemania no había hecho ningún pacto con el diablo. En realidad, el diablo mismo era un invento tan engañoso como los moscones descomunales de Argos[489].

La visita de Sartre proporcionó uno de los últimos momentos de diálogo entre el Este y Occidente. Fue crucial para la introducción del existencialismo en Alemania. Los miembros del Gruppe 47 encontraron inspiración en el concepto de Sartre de la libertad responsable y durante los tres años siguientes se traduciría al alemán la mayor parte de sus libros. Al igual que Zuckmayer, Sartre había ofrecido a los jóvenes un futuro más esperanzador que el que se encontraba en el demoniaco mundo de pesadilla

de Thomas Mann. Esta no era una Alemania trágicamente condenada por su propia arrogancia, sino una Alemania que se componía de individuos independientes que solo necesitaban asumir la responsabilidad de su propia libertad[490].

Tras diagnosticar la difícil situación de Alemania en la posguerra, Sartre, Zuckmayer y Mann no se quedaron a ayudar a los alemanes a entender sus textos. A mediados de febrero, Sartre ya había vuelto a casa, Mann leía reseñas de su novela en California y Zuckmayer se recuperaba de su ataque cardiaco en un sanatorio rodeado de árboles, agotado por los intentos de reconectar con sus compatriotas. Las obras de teatro y la novela se quedaron y fueron muy analizadas y comentadas. Pero poca esperanza podían aportar a una nación que seguía atenazada por otro invierno peligrosamente frío y hambriento. «Primero viene la comida, después la moral», había informado Brecht a los alemanes en 1928. En esencia, lo mismo podía decirse de la ocupación[491].

13

«En el infierno también hay jardines lujuriantes como estos»

Alemania en California: enero-junio de 1948

Para los que encontraron *Doktor Faustus* y *El general del diablo* demasiado farisaicos se estaba preparando otro comentario sobre Alemania. Al igual que *Doktor Faustus*, se estaba creando en medio de las soleadas palmeras y buganvillas de California. La comedia alemana de Billy Wilder se encontraba ahora en fase de producción y Marlene Dietrich y las demás estrellas pasaron los primeros meses de 1948 filmando en Hollywood. Mientras sus amigos de Berlín se helaban bajo la nieve y la escarcha, Dietrich se deslizaba elegantemente por un decorado de ruinas berlinesas recién construido en los climatizados estudios Paramount. Fue uno de los eneros más calurosos de California de los que se tiene constancia.

Los preparativos de la película que ahora se titulaba *Berlín Occidente (Foreign Affair)* habían sido más lentos de lo que esperaba Wilder al partir de Berlín en 1945. Al regresar de Alemania había visto cómo su película *Días sin huella (The Lost Weekend)* obtenía un éxito inesperado y le granjeaba tres Oscars, entre ellos uno al mejor guión y otro a la mejor película. Después de esto, debería haber resultado fácil iniciar los preparativos de la nueva película, pero las fuerzas de ocupación le informaron de que Berlín no estaba preparado para un equipo de filmación. Wilder tenía ya suficiente experiencia de la burocracia de ocupación para saber que el proceso podía ser lento, de modo que aparcó el proyecto e hizo *El vals del emperador (The Emperor Waltz)*, una comedia de época en tecnicolor ambientada en la Viena de comienzos del siglo XX, con Bing

Crosby cantando como los tiroleses y vestido con pantalones de cuero. Las raíces de Wilder estaban en Viena tanto como en Berlín, pero esta fue una película rara y escapista que le dejó con ganas de volver a los clubes nocturnos bajo tierra y los escombros infestados de ratas. En mayo de 1947 Wilder y su socio Charlie Brackett ya habían presentado su primer proyecto completo para *Berlín Occidente*. En agosto, Wilder volvió a Berlín para rodar los exteriores y se llevó su propia provisión de película virgen porque en Alemania no había. El guión aún no estaba terminado, pero Wilder conocía el paisaje de ruinas que quería captar en aquella ciudad depravada y fascinante.

Al volver a Berlín por segunda vez, Wilder se mostró todavía más propenso a despreciar a los alemanes que en su visita anterior. Ahora había venido a la ciudad en calidad de director de cine norteamericano. Tras ver fotografías aéreas de un edificio arrasado tras otro, el ayudante de dirección, que también era norteamericano, comentó que no podía evitar sentir lástima de los alemanes. «¡Al diablo con esos cabrones!», gritó Wilder, levantándose de un salto. «¡Quemaron a la mayor parte de mi familia en sus malditos hornos! ¡Espero que se asen en el infierno!»[492].

Durante el viaje de vuelta a Estados Unidos, Wilder pasó por París con la intención de persuadir a Marlene Dietrich para que aceptase el papel de Erika, la cantante que no se arrepentía de ser nazi. Después de irse de Berlín, Dietrich había intervenido en otra película rodada en Alemania. En 1946, a raíz del estreno en París de la cinta de Rossellini *Roma, ciudad abierta*, Dietrich se había convertido inmediatamente al neorrealismo. Al enterarse de que Rossellini pensaba hacer a continuación una película que tendría por marco las ruinas de Berlín, Dietrich ofreció sus servicios. Ahora trabajaba de traductora no remunerada para el guionista de la película, Max Colpet, y se rompía las uñas aprendiendo por su cuenta a escribir con la máquina portátil de este.

Con permiso de los ocupantes franceses, Rossellini había rodado los exteriores en Berlín en agosto, al igual que Wilder. De hecho, Rossellini señalaba con tiza las ruinas que filmaba porque quería que Wilder utilizase otras. Seguidamente, Rossellini se había llevado a sus actores a Italia, donde quedaron todos tan encantados con la comida italiana que no

tardaron en engordar, lo cual retrasó el rodaje mientras se ponían a dieta para volver al peso de antes. Dietrich ya no hacía falta y necesitaba un nuevo proyecto. Era reacia a interpretar el papel de nazi, aunque significase regresar a los clubes nocturnos de *El Ángel Azul* y la oportunidad de trabajar con Wilder. Sin embargo, Wilder era persuasivo, podía ofrecer un sueldo generoso e hizo uso de cantidades industriales de simpatía y halagos. Mientras tanto, en Estados Unidos, la hija de Dietrich, Maria, estaba a punto de dar a luz y su madre quería que el bebé fuera mimado con todos los lujos propios de una estrella de cine.

Por otro lado, Wilder ya había encargado a Friedrich Holländer, viejo amigo de ambos, que escribiese algunas canciones y, lo que era más inquietante, también había pensado en otras actrices para ofrecerles el papel si Dietrich lo rechazaba. Dietrich lo aceptó[493].

Al llegar a Estados Unidos en diciembre, Dietrich se instaló en la casa que Wilder tenía en North Beverly Drive, en pleno Beverly Hills, la ciudad de las estrellas de cine. Wilder y su esposa, Judith, se habían divorciado poco después de que él regresara de Alemania en 1945 y ahora el director vivía solo en el antiguo domicilio conyugal, a la espera de decidir con cuál de sus amantes se casaría. Dietrich, por su parte, había perdido contacto con James Gavin y se encontraba entre un amante y el siguiente mientras se acostumbraba al papel de veterana de guerra (el gobierno estadounidense le había concedido la Medalla de la Libertad en 1945) y a punto de convertirse en abuela. En el caso de Wilder interpretaba un papel que era una mezcla de madre, amante y esposa. Se preocupaba por su salud y lo hacía reír, en el plató y fuera de él, con chistes e historias sobre sus hazañas sexuales en el Berlín de los años veinte.

El vínculo de confianza que existía entre Wilder y Dietrich irritaba a la coprotagonista de la película, Jean Arthur, que interpreta el papel de Phoebe Frost, mojigata congresista estadounidense que llega a Berlín para investigar la moral de los soldados norteamericanos y comprobar que no retozan con las *Fraüleins* alemanas. En la película, Johnny, personaje inspirado en James Gavin, seduce a Phoebe en un intento de evitar que siga la pista de Erika, a la que encarna Dietrich. Erika había sido amante de un jefe de la Gestapo y había alternado con Hitler en la ópera antes de que la

derrota de Alemania diera entrada a un nuevo grupo de hombres poderosos y a Erika le conviniera enamorarse de Johnny. En la pantalla, Erika se muestra brillantemente maliciosa con Phoebe y se burla de su peinado de colegiala y de su «cara, que parece el suelo recién fregado de una cocina». Jean Arthur era tan poco elegante fuera del plató como Phoebe Frost lo era en él y a Dietrich le gustaba sacar partido de sus celos. En cierta ocasión, Arthur se presentó en casa de Wilder y le acusó de quemar su primer plano a petición de Dietrich. «Menuda película», se quejó Wilder, «una tía que tiene miedo de mirarse en el espejo y otra que no puede dejar de hacerlo[494]».

Wilder se sentía satisfecho de la película que le estaba saliendo. A diferencia del sombrío análisis de Alemania que hacía Mann en *Doktor Faustus, Berlín Occidente* es un gesto de indiferencia sumamente cómico ante la situación desesperada de Alemania en la posguerra[495]. La película demuestra la ambivalencia de Wilder ante los alemanes y también ante los norteamericanos, pero la elegancia y el humor constantes de la cinta impiden que las acusaciones sean condenatorias y hasta los personajes con más defectos caen bien. Wilder aún no había perdonado a los alemanes, a los que presentaba como nazis oportunistas e impenitentes, pero, a su modo de ver, los ocupantes norteamericanos no eran mucho mejores, Al principio de la película, uno de los congresistas que visitan Alemania pone reparos, con la consiguiente polémica, a la propaganda descarada que hace la ocupación: «Si das a un hombre que pasa hambre una barra de pan, eso es democracia. Si no quitas el envoltorio, es imperialismo». En el verano de 1947, momento en que transcurre la acción, eso era lo que hacían los norteamericanos, tanto como los rusos. Y los soldados norteamericanos no son menos corruptos que los alemanes a los que deben reeducar. Venden su moral y sus pertenencias a cambio de relaciones sexuales con mujeres alemanas por las que a menudo sienten muy poco respeto[496].

A Johnny le atrae Erika porque ha sido nazi, no a pesar de ello; la química que existe entre ellos da al nazismo una carga erótica. «¿Qué tal si me das un beso, bestia de Belsen?», dice a Erika en el borrador del guión, después de traerle un colchón viejo a guisa de regalo, y ella le escupe, medio en broma, la pasta dentífrica que llena su boca. Cuando la película

estuvo acabada, lo de «bestia de Belsen» había sido reemplazado por algo más suave: «hermosa trampa explosiva», pero el extraño encanto de su pasado nazi seguía siendo inconfundible. «Durante quince años en Alemania no hemos dormido», refunfuña Erika, negándose a mostrarse agradecida. «Ningún colchón te ayudará a dormir. Lo que necesitáis los alemanes es una buena conciencia», replica Johnny, adoptando la postura de su gobierno. «Tengo buena conciencia, tengo un nuevo Führer ahora, tú. *Heil* Johnny», dice Erika, saludando con el brazo en alto al estilo nazi. «Me sales con *heil* una vez más y te hago saltar los dientes», le advierte él, obviamente excitado por la depravación de Erika. «Te lastimarías los labios», responde ella, y Johnny le rodea el cuello con las manos mientras le dice que debería asfixiarla un poco y partirla en dos. «Encender una hoguera debajo de ti, bruja rubia».

Como sabían Wilder y Dietrich, la guerra transforma a los hombres en monstruos. A Johnny hay que perdonarle su flirteo con el nazismo. Es a su empalagoso amor, la congresista, a quien explica que se ha pasado cinco años corriendo a ciento sesenta kilómetros por hora a través de ciudades en llamas y no puede pisar el freno y detenerse. Y afortunadamente, Phoebe Frost se muestra más comprensiva con Johnny que Gellhorn con Gavin cuando se disculpó de forma parecida. Pero, a pesar de las virtudes redentoras de Phoebe, Erika sigue siendo la estrella palpitante de la película. «Es la clase de pastelito que te hace mojar el babero», dice de ella un soldado norteamericano, y es una opinión que Wilder fomenta. La cámara sigue amorosamente a Dietrich cuando se mueve lánguidamente por el club nocturno Lorelei y da caladas a los cigarrillos de algunos de los espectadores masculinos. Lo que es más, se permitió a Dietrich llevar los mismos vestidos que usaba en los recitales para los soldados y que hacían que los norteamericanos la identificasen como uno de ellos. La película termina con Johnny volviendo obedientemente a Estados Unidos con su eficiente congresista de Iowa, pero no cabe duda alguna de que será siempre mucho menos interesante lejos de Erika. Y las escenas en las que ella aparece transportan a Wilder y sus espectadores al pasado cinematográfico del propio director.

Las canciones de Holländer que Erika interpreta en el club nocturno Lorelei traen el espíritu del Berlín de los años veinte a la Alemania de la posguerra y ello complica aún más la relación del espectador con los alemanes. «¿Queréis comprar algunas ilusiones?», pregunta Dietrich a una sala llena de gente acostumbrada a comerciar en el mercado negro, gente que renunció a sus ideales hace mucho tiempo:

> Poco usadas, casi como nuevas,
> semejantes ilusiones románticas
> y todas tratan de vosotros.
> Las vendería todas por un chavo,
> son bonitos *souvenirs*.
> Tomad mis preciosas ilusiones,
> algunas para reír, algunas para llorar.

Estas canciones imbuyen en las ruinas de Berlín la tragedia, la indiferencia y el tórrido erotismo de sus raíces de Weimar, especialmente cuando Dietrich canta *Falling in Love Again* [Enamorándome otra vez], la versión inglesa de la canción de Holländer (*Ich bin von Kopf bis Fuss auf Liebe eingestellt*) que se había convertido en su sintonía en *El Ángel Azul*. Es más, el propio Holländer toca el piano en el Lorelei; en un momento dado, Dietrich quita un cigarrillo de la boca de Johnny y lo pone en la de Holländer. Es como si este hubiera estado sentado al piano en un sórdido sótano de Berlín desde los tiempos de *El Ángel Azul*, en la que interpretó un papel casi idéntico. Al igual que Mann en *Doktor Faustus*, Wilder sentía nostalgia de la Alemania perdida de su juventud: de una cultura alemana en la que ambos veían los gérmenes del nazismo pero que ninguno de ellos podía revocar porque seguían siendo conscientes de que les había formado.

Si Wilder se alió con los alemanes por medio de su nostalgia de la cultura de Weimar, también proporcionó a los norteamericanos la descripción más vívida de las ruinas de Berlín que la mayoría de ellos había visto. ¿Cómo podían no compadecerse de los alemanes después de ver filmaciones aéreas de calle tras calle de fachadas vaciadas? Comentarios irónicos como «aquel montón de piedras de allí era el hotel Adlon justo

después de recibir la visita de la 8.ª Fuerza Aérea» sirven para recordarnos la indiferencia con la que fueron destruidos estos edificios. Johnny pregunta a Phoebe si realmente quiere que los norteamericanos «estén allí sobre los escombros ennegrecidos de lo que antes era una esquina de lo que antes era una calle con un muestrario abierto de libertades varias agitando la bandera y repartiendo la declaración de derechos». ¿Cómo podía no aceptar la defensa que hace Erika de su propia voluntad de sobrevivir? Las bombas la han desalojado una docena de veces; todo se ha hundido y ha sido arrancado bajo sus pies…, «mi país, mis bienes, mis creencias»; ha pasado meses en refugios antiaéreos abarrotados de gente; ha soportado la llegada del Ejército Rojo. Sin duda no ha lugar para que ahora vengan los norteamericanos y le digan que hizo mal al decidir que aguantaría. Las ruinas en las que habita lo expresan con más elocuencia que Erika o Johnny.

Al igual que Mann en *Doktor Faustus*, al hacer hincapié de forma tan excesiva en estas ruinas, Wilder demostró que parte de su corazón había permanecido en Alemania. La destrucción pudo ser necesaria, pero no por ello fue menos devastadora. Intencionadamente o no, Wilder y Dietrich habían hecho posible que los espectadores simpatizasen con los alemanes a los que ellos despreciaban. Al enviar a Wilder a Alemania en 1945, los norteamericanos esperaban enseñar tolerancia a los alemanes por medio del cine. Había resultado excesivamente complicado, pero había puesto en marcha un proceso que hizo que el propio Wilder aprendiera tolerancia mediante la realización de películas. Al hacer *Berlín Occidente* y comprometerse con entender a sus personajes, había llegado a sentir más compasión por los alemanes. En esencia, Wilder no albergaba más esperanzas que Mann en lo que se refería a la difícil situación de Alemania. Ninguno de los dos creía que los norteamericanos pudiesen influir en la ambiciosa y demoniaca alma alemana; si bien ambos esperaban ejercer alguna influencia en Alemania por medio de sus propias y ambivalentes obras de arte, ninguno de los dos creía que la cultura pudiera interpretar un papel importante en la ocupación. Sin embargo, aunque la visión que ofrece la película de Wilder es trágica, su espíritu es irreprensiblemente cómico. Juntos, Wilder y Dietrich habían enterrado su odio y hallado la manera de presentar a una mujer alemana que no se arrepentía y al mismo tiempo era

adorable. Y habían conseguido celebrar la exasperante capacidad de recuperación de los berlineses. En medio de la opulencia irreal y perenne de Los Ángeles, habían creado una película que presenta afectuosamente a Berlín con sus ruinas, su miseria y su energía hedonisa[497].

Recrear el cadáver de Berlín en California y luego poblarlo de alemanes resultaba extraño. Pero era menos extraño de lo que hubiera sido en otras partes de Estados Unidos, porque este era un mundo peculiarmente alemán. La casa de Wilder en Beverly Hills quedaba a muy poca distancia en coche de la casa de Pacific Palisades, en la costa, en la que Mann había escrito *Doktor Faustus*. Mientras Dietrich y Arthur se peleaban en el plató, Mann se curaba un resfriado y leía los recortes de prensa que recibía de Alemania, desasosegado a causa del calor inusitadamente opresivo que hacía en California. Y en los alrededores vivían otros artistas alemanes exiliados a los que había atraído Hollywood o que preferían la costa californiana al frenético ajetreo de Nueva York. El escritor Lion Feuchtwanger vivía muy cerca de los Mann, a la vuelta de la esquina; el compositor Arnold Schönberg y el filósofo Theodor Adorno estaban a solo unas manzanas tierra adentro, en Brentwood; Bruno Walter residía en Beverly Hills, y hasta hacía poco tiempo Bertolt Brecht había vivido costa abajo, en Santa Mónica, aunque, enemigos desde hacía mucho tiempo, Mann y Brecht hacían todo lo posible por no encontrarse excepto cuando coincidían en casa de Feuchtwanger. Mann pasaba tanto tiempo con otros exiliados alemanes que una hora y media de conversación en inglés le fatigaba y merecía una anotación en su diario que hacía constar su cansancio[498].

California y Los Ángeles en particular eran polos de atracción de europeos. Tras llegar en 1941, a Brecht siempre le habían repelido el enorme tamaño de las plantas y los edificios y la monotonía de los cielos azules. Poco después de su llegada se quejó de que había sido desterrado de su propia época. No podía respirar aquel aire inodoro; buscaba automáticamente la pequeña etiqueta del precio en todas las colinas o en todos los limoneros. En un poema, comparó Los Ángeles con el infierno porque, según dijo,

> En el infierno también
> hay, no me cabe duda, jardines lujuriantes como estos
> con flores grandes como árboles que, por supuesto, se marchitan
> sin titubear si no las nutren con agua muy cara. Y mercados de fruta
> con grandes montones de fruta, aunque carece
> de aroma y de sabor.

A Brecht la vegetación le parecía tan irreal como los estudios cinematográficos de Hollywood, debido en no poca medida a que la ciudad se había construido sobre la falla de San Andrés, que podía abrirse de un momento a otro, y la vida en ella era posible solo porque el agua se canalizaba a través del desierto, de manera muy costosa, desde las Montañas Rocosas. El desierto esperaba debajo de ellos, dispuesto a salir a la superficie y rendir por inanición tanto a las plantas como a las personas, castigándolas así por su arrogancia[499].

Pero había europeos que amaban California justamente por la inmensidad y la opulencia que describió Brecht; personas que abandonaban gustosamente los cielos grises y las calles sucias de sus países de origen. Simone de Beauvoir llegó a Los Ángeles en 1947 convencida de que detestaría la ciudad, después de que sus amigos esnobs de París le hablaran mal de ella. Y, en efecto, encontró aterrador el tráfico y monótono el centro, pero le encantaron las colinas, donde la ciudad subía formando gradas, y le pareció emocionante que «la ciudad más moderna del mundo esté rodeada de naturaleza indómita»; que, como ya había señalado Brecht, «si la presión humana se relajara siquiera un momento, los animales salvajes y las hierbas gigantescas no tardarían en recuperar la posesión de sus dominios». Esta extraña ciudad no poseía la belleza de Nueva York ni la profundidad de Chicago, pero Beauvoir la encontró tan disfrutable como un calidoscopio: «Con una sacudida de la muñeca, los cristales de color te dan la ilusión de un rosetón nuevo. Me rindo ante esta galería de espejos»[500].

Y también Thomas Mann se había rendido. Le entusiasmaban el clima cálido y el color. «Me encantaban la luz, la fragancia especial del aire, el azul del cielo, el sol, la brisa tonificante del océano», escribió más adelante,

al describir su traslado de Princeton a Los Ángeles en 1940. No sentía ningún interés especial por el centro de Los Ángeles, con sus inmensos edificios municipales de estilo moderno y sus falsas mansiones georgianas con la añadidura de ranchos mexicanos. Pero le encantaban las montañas y el océano. Al poco de llegar dijo a un amigo que estaba en Alemania que ahora tenía «la luz; el calor seco y siempre refrescante» que siempre había querido, «la vegetación de encinas, eucaliptos, cedros y palmeras; los paseos por la orilla del océano, que nos queda a solo unos minutos en coche». Todos los días Katia le llevaba en coche a la costa y nadaba mientras él andaba por el paseo marítimo. Cada dos días alguien se detenía y se ofrecía a llevarle, sin comprender por qué este anciano había optado por andar en vez de conducir[501].

Durante el año siguiente los Mann empezaron a construir su propia casa. En 1942 se instalaron en el 1550 de San Remo Drive, donde habían creado una versión más espaciosa de su domicilio de Múnich. A Mann le gustaba mucho la vista. «Deberías ver el paisaje que hay alrededor de nuestra casa», dijo a Hermann Hesse, «con la vista del océano, el jardín con sus árboles —palmeras, olivos, pimenteros, limoneros y eucaliptos—, las flores lujuriantes, el césped que ya puede cortarse unos días después de sembrar las semillas. Las brillantes impresiones sensoriales no son poca cosa en tiempos como los que corren, y aquí el cielo es luminoso durante casi todo el año, e irradia una luz incomparable que hace que todo parezca hermoso». Podía ver el océano desde su estudio, que también tenía vistas a planteles de aguacates y colinas cuyas laderas descendían hasta el Pacífico. Y era el mejor estudio que jamás había tenido: una habitación grande y cuadrada con su escritorio de siempre, su lámpara y ornamentos de Múnich y sus libros cubriendo las paredes del suelo al techo[502].

Aquí Mann podía leer libros alemanes y pensar en alemán mientras contemplaba un paisaje que no se parecía a nada de lo que había visto en Europa. Era un modelo totalmente distinto del hombre de letras norteamericano. El escritor norteamericano era un hombre de acción, un hombre aficionado a la bebida y a la vida disoluta que dejaba una estela de mujeres con el corazón roto. El escritor alemán permanecía sentado en su estudio, curándose sus dolencias, atendido por un conjunto de leales y

pacíficos seguidores, y renunciaba a la pasión en su vida para experimentarla en su arte. Pero, a pesar de ello, Mann tenía voz en los asuntos públicos de Estados Unidos, a diferencia de la mayoría de los exiliados. Era a la vez un gran artista alemán en Estados Unidos y un norteamericano en la California alemana, y parece ser que esto le daba el contexto que necesitaba para reflexionar sobre Alemania. De hecho, el marco del nuevo mundo le daba licencia para ser especialmente viejo mundo. Era enfermizo y exigente. Vestía ropa gruesa y de cumplido a pesar del sol californiano; cada semana iba a que le hiciesen una manicura o pedicura y adquiría nuevas medicinas para sus proliferantes enfermedades.

En diciembre de 1947 una joven Susan Sontag había visitado a Mann y había quedado asombrada al encontrar un decorado de vieja Europa. Sontag, que a la sazón contaba catorce años, estaba obsesionada con la novela de Mann *La montaña mágica* y había ido a San Remo Drive atraída por un amigo que pensaba que como jóvenes intelectuales tímidos y precoces debían tener un encuentro con el escritor más grande de Alemania. Fue el encuentro entre «una niña avergonzada, fervorosa y embriagada por la literatura y un dios en el exilio que vivía en una casa de Pacific Palisades». Mann llevaba una corbata de lazo y un traje beis y aparecía igual que en las fotografías para las que había posado y que podían verse en sus libros. Se sentó protocolariamente detrás de su escritorio y dijo casi exactamente lo mismo que decía en sus discursos y artículos. Sontag se dio cuenta «del silencio intenso y devoto que reinaba en la casa» —un silencio que nunca había experimentado bajo techo— y de la lentitud y la timidez que provocaba en sus propios gestos. Tuvo la sensación de que Mann no vivía realmente en California[503].

Mann esperaba ver justamente esta lenta timidez en su propia familia, y Katia y Erika le complacían gustosamente. Hacía ya mucho tiempo que Katia había aceptado la subordinación a su marido. Recordando sus excursiones diarias al océano, más adelante escribió que nunca le acompañaba en sus paseos. «Le gustaba pasear solo, y estoy segura de que en estos paseos siempre estaba planeando y ordenando en su mente lo que iba a escribir al día siguiente. Era una época en la que estaba totalmente tranquilo».

De hecho, estaba tranquilo durante gran parte del día, y lo había estado desde que sus hijos andaban de puntillas por su casa de Múnich para no molestarle durante sus horas de trabajo o descanso, hacía ya muchos años. Ahora la Erika de mediana edad andaba de puntillas una vez más, aunque ella misma se estaba volviendo tan silenciosa y enfermiza como su padre y era consciente de que se le escapaba la juventud[504].

Todo en la casa de San Remo Drive estaba organizado para atender al genio de Mann. Él mismo no tenía ninguna duda sobre su propia grandeza. Cuando en una entrevista en 1947 le pidieron que nombrase a los tres escritores vivos más grandes no titubeó en incluirse a sí mismo en la lista. Para él, reconocer su condición de genio no era tanto hacer alarde de ello como describir un rasgo que se le había conferido y que generalmente era una fuente de satisfacción, aunque a veces tenía sus inconvenientes. Había renunciado a mucho por ello y esperaba que los que le rodeaban hicieran lo mismo. En *Doktor Faustus* había preguntado si la genialidad excusaba la frialdad; si Leverkühn hace bien en sacrificar el afecto en aras de su arte. Personalmente, Mann pensaba que sí, pero ahora le entristecía la magnitud del sacrificio. Agradecido, aprovechaba la ternura que le quedaba con Erika y con su nieto Frido[505].

Erika apreciaba la afectuosidad que ahora mostraba su padre y le gustaba prever sus necesidades. Al terminar la guerra había tenido que elegir entre comprometerse con la agitación y el caos de Europa o volver a casa y consolidar sus lazos con su envejecido padre. Había disfrutado recorriendo Alemania en su destartalado coche, a veces en compañía de una amante de genio vivo, pero aquella manera de vivir había afectado a su salud. Desde su vuelta a casa en 1946 se había conformado con permanecer al lado de su padre. «Mi deseo más profundo es que Erika viva con nosotros como secretaria, biógrafa, albacea literaria, hija-ayudante», escribió Mann en su diario a comienzos de febrero de 1948, y los deseos de Erika parecían coincidir con el suyo. Ahora, cuando Thomas necesitaba dar conferencias, Erika corregía los borradores de los textos en inglés y le ayudaba a pronunciar bien las palabras. Al terminar la conferencia, se encargaba de recibir las preguntas de los oyentes y normalmente ella misma se encargaba de contestar a ellas, fingiendo que traducía las respuestas de su padre.

También pensaba seriamente en escribir un libro sobre Thomas. Y los norteamericanos la empujaban a refugiarse cada vez más en el hogar de la familia. Raramente le pedían que pronunciase una conferencia porque la consideraban demasiado izquierdista para el clima político que imperaba en aquellos momentos y recientemente le habían denegado el permiso para visitar Alemania[506].

Los problemas de salud que habían acosado a Erika durante los años de la posguerra llegaron a un punto culminante en marzo de 1948. Los diarios de Thomas Mann correspondientes a aquel mes contienen información actualizada diariamente sobre su salud y la de su hija, sobre la evolución de sus respectivos constipados (Thomas estaba ronco, tenía fiebre y le dolían los oídos; y Erika había perdido la voz una vez más) y la curación de su brazo fracturado. A finales de mes se hizo evidente que los problemas de Erika eran más graves. En enero le habían extirpado un pequeño tumor ovárico. Ahora, a la edad de cuarenta y cuatro años, le dijeron que era necesario practicarle una histerectomía total, pero Erika se opuso inmediatamente a ello. El 30 de marzo Mann dejó constancia de una conversación con su esposa sobre el dilema de su hija, incapaz de comprender las objeciones «éticas» de Erika a la operación. «Su sufrimiento me parte el corazón», escribió, apenado. Al día siguiente Erika accedió a que la operasen y fijó la fecha para la semana siguiente. Su tristeza llenó de perplejidad a su padre: «En el mejor de los casos, su deseo de tener un hijo podría cumplirse si hubiera un hombre en su vida»[507].

De hecho, había un hombre en la vida de Erika. Thomas Mann aún no sabía nada de la relación de su hija con Bruno Walter, que seguía siendo amigo íntimo de Thomas e incluso aparece dirigiendo una de las composiciones de Leverkühn en *Doktor Faustus*. Pero a sus setenta y un años Walter no iba a ser el padre de los hijos de Erika. En 1945 la muerte de su esposa le había dejado libre; aun así, en los tres años transcurridos desde entonces había seguido insistiendo en mantener en secreto su relación con Erika, por lo que resultaba difícil creer que dicha relación tuviera futuro. Seguía siendo el amigo del padre de Erika y el padre de su amiga y era solo cuestión de tiempo que Erika se quedara sola. Sería una mujer de más de cuarenta años y soltera que vivía con sus padres, cada vez más viejos.

¿Tenía importancia que pronto tampoco ella podría tener hijos? Erika creía que sí, o al menos que la operación entrañaba un proceso de duelo por los posibles futuros que ahora debía reconocer que había perdido.

Y había perdido no solo su identidad de mujer joven y brillante, sino también su identidad de norteamericana. Durante sus días en Alemania al finalizar la contienda, había disfrutado haciendo alarde de su acento y sus peculiaridades yankis. En California parecía increíblemente alemana, pese a haber perdido el contacto con la Alemania en la que había pasado su rebelde y talentosa juventud. Parecía improbable que volviera a adquirir fama propia; estaba destinada a que la conocieran sencillamente por ser hija de su padre. Era una solterona alemana exiliada y casi desconocida a punto de someterse a una dolorosa operación en la cual perdería el útero.

Instalados en este mundo de cuidados mutuos en San Remo Drive, los Mann veían con preocupación la crítica coyuntura en que se encontraba Alemania. Thomas Mann experimentaba ahora el mundo en tres planos. Uno era su propio mundo doméstico y corpóreo; otro era Alemania, donde estaba tan comprometido con la vida intelectual como siempre, y el tercero era Estados Unidos, donde contemplaba con tristeza cómo la Unión Soviética pasaba a ser el enemigo y Alemania y el liberalismo parecían destinados a convertirse en víctimas de una nueva guerra.

Cada día le llegaban noticias de Alemania en forma de reseñas y cartas sobre *Doktor Faustus*. Las respuestas que suscitaba esta novela le importaban más de lo que nunca le habían importado las reseñas de sus obras. En diciembre Erika había dicho a Lotte Walter que su padre estaba «tan agitado y lleno de curiosidad como un niño travieso antes de Navidad». Y la Navidad cumplió su promesa. «El archivo está lleno a rebosar», se jactó Mann en su diario a finales de enero de 1948; «parece que no pasa ningún día sin que llegue una respuesta positiva al libro», declaró tres días después. Ahora los alemanes pedían a gritos una edición para ellos. El contenido de las cartas y los artículos era, sobre todo, literario, por lo que Mann estaba al corriente de los asuntos políticos de Alemania principalmente por medio de la prensa y la radio norteamericanas. El sesgo

declaradamente anticomunista de las noticias las hacía aún más angustiantes y Mann temía que la intransigencia ignorante de ambos bandos acabara llevando a una tercera guerra mundial[508].

La actitud de Mann ante Estados Unidos se había vuelto poco a poco más ambivalente desde la muerte de Roosevelt en 1945. «Estados Unidos ya no será el país al que vinimos», había escrito, presciente, en su diario en abril de 1945. La victoria de los republicanos en las elecciones parciales de noviembre de 1946 le dejó «asqueado y cansado» y, en su opinión, el discurso en el que se anunció la Doctrina Truman en marzo de 1947 fue «catastrófico» y demostró que los norteamericanos no comprendían en absoluto el comunismo ni se daban cuenta de que Rusia no quería la guerra. Entrevistado en mayo de 1947, dijo que, a falta de Roosevelt, le tocaba ahora a Gran Bretaña promover «la unificación del socialismo y la libertad que tanto necesita el mundo en estos momentos»; Estados Unidos no había sabido dar ejemplo. Al cabo de unos meses el compositor alemán Hanns Eisler (colaborador de Brecht que ahora triunfaba en Hollywood) fue juzgado por el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes, que le calificó de «Karl Marx de la música» y agente soviético. Mann se horrorizó. «Me preocupa la desaparición del sentido de la ecuanimidad en este país, el reinado del poder fascista». Pero seguía escribiendo cartas optimistas a los amigos en las que decía que se trataba solo de un periodo de «relajación moral». Sin duda a los norteamericanos les preocupaba demasiado su impopularidad ante el resto del mundo para continuar por el mismo camino. Tal vez con su ataque «idiota e ilegal» a Hollywood el comité había cavado su propia sepultura[509].

En realidad, la retórica anticomunista en Estados Unidos fue a más en los primeros meses de 1948, avivada por la agresividad de los soviéticos en Alemania y Checoslovaquia. A comienzos de enero, Estados Unidos y Gran Bretaña presentaron una propuesta para instaurar un nuevo gobierno económico en la Bizona. Habría una legislatura bicameral y un tribunal supremo compuesto por nueve hombres. Los rusos respondieron con un truculento artículo de fondo en la *Tägliche Rundschau* que declaraba que las potencias occidentales habían dividido Alemania y, de hecho, habían invalidado el gobierno cuatripartito; no había sitio en Berlín para gente que

adoptaba semejante actitud. Los gobernadores militares británico y norteamericano hicieron saber inmediatamente que no pensaban retirarse de Berlín.

El 12 de enero los rusos volvieron a provocar las iras de los occidentales al detener a cinco norteamericanos, entre ellos el asesor especial para asuntos culturales del general Lucius Clay, y retenerlos durante tres horas…, supuestamente por tomar fotografías mientras contemplaban el escaparate de una tienda de arte, aunque ninguno de ellos poseía una cámara. En Londres, el viceprimer ministro, Herbert Morrison, instó a la Rusia soviética a abandonar su «política de provocación», que obstaculizaba la recuperación económica y «suponía un riesgo de guerra». De forma más desafiante, George P. Hays, segundo del gobernador militar norteamericano, dijo que a los norteamericanos no los echarían por la fuerza. «A los rusos les gusta pensar que Berlín es una ciudad de la zona soviética. No lo es». Especulando sobre lo que harían los aliados occidentales si los rusos cortaban por completo los transportes a Berlín, dijo que «en una emergencia extrema podríamos incluso traer por vía aérea suministros suficientes para nosotros mismos», aunque entonces correspondería a los rusos alimentar a los alemanes de los sectores occidentales. «Norteamericanos e ingleses se niegan a abandonar Berlín», informó Mann; «Rojos sucumben en guerra de nervs [sic]. Esto es, rechazan la idea de una guerra»[510].

En Londres, el Parlamento reanudó sus sesiones el 20 de enero de 1948, tras las vacaciones navideñas, y poco después el secretario de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin, pronunció un discurso en el que declaró que era el momento propicio para la consolidación de la Europa occidental y que si continuaba la presente división, sería por obra y voluntad de los soviéticos. Elogió a Estados Unidos diciendo que era un «pueblo democrático, joven y vigoroso», impulsado por la buena voluntad y la generosidad. Como era de esperar, la prensa norteamericana respondió favorablemente al discurso de Bevin, pero a Mann le pareció excesivo. «De nuevo veo a Rusia expulsada de Alemania y una Europa alemana», se quejó[511].

El siguiente par de meses se vio dominado por una crisis en Palestina, donde los judíos y los árabes se armaban para luchar unos contra otros a

falta de indicaciones claras de Estados Unidos, Gran Bretaña o las Naciones Unidas. El mandato británico en Palestina expiraba en mayo y no estaba nada claro si el país podía o debía ser dividido. El 9 de febrero, Mann escribió en su diario que «15 000 árabes bien armados amenazan a los judíos en Palestina, que parecen hacer frente a la aniquilación una vez más ante los ojos de la desgraciada ONU. ¡Democracia! Solo en el socialismo parece adquirir una existencia moralmente buena». La crisis de Palestina se vio entonces eclipsada por las noticias que llegaban de Checoslovaquia, donde el Partido Comunista, respaldado por la Unión Soviética, obligó al presidente Edvard Beneš a aceptar la dimisión de todos los miembros no comunistas del gobierno y se hizo con el control del mismo. Dos semanas después del golpe, el único ministro no comunista que quedaba, Jan Masaryk, fue encontrado muerto y vestido solo con un pijama en el patio que había debajo de su apartamento en el Ministerio de Asuntos Exteriores, adonde había saltado o le habían empujado. «Huelga decir que aquí sacan partido de este asunto», se quejó Mann, dolido por la noticia[512].

Los rusos también hacían progresos en Alemania, si bien en este caso no hacían más que seguir el paso de los planes estadounidenses y británicos para la Bizonia. El 10 de marzo se formalizó el Consejo Económico para la zona soviética y una semana después se formó un «Consejo del Pueblo» en el «Congreso del Pueblo», con lo que se creó en Alemania un gobierno independiente patrocinado por los soviéticos. Al mismo tiempo estaba a punto de terminar en Londres otra reunión del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores. Los ministros de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo y Estados Unidos se habían reunido en la capital británica a finales de febrero con el fin de trazar planes para la nueva «Alemania Occidental». Tras leer informes sobre la conferencia, el 7 de marzo Mann anotó en su diario que los británicos, los norteamericanos y los franceses habían acordado convertir Alemania en una zona federal del Plan Marshall. A pesar de la ambivalencia de los franceses (que temían el posible poder económico de una Alemania Occidental centralizada), se había decidido autorizar a las autoridades germanooccidentales a formar un gobierno provisional.

Mann creía que esto significaba que «los ancianos caballeros y patrocinadores de Hitler serán rehabilitados como administradores de dinero norteamericano». El compromiso de los norteamericanos con la formación de un estado satélite germanooccidental le decepcionó, en parte porque aumentaría las probabilidades de una guerra y en parte porque representaría el cese definitivo de la desnazificación. Para los rusos significaba la imposición del imperialismo norteamericano a Alemania y constituía una odiosa violación del Protocolo de Potsdam (aunque los propios rusos llevaban años violándolo una y otra vez). La decisión de los aliados occidentales fue confirmada el 17 de marzo al firmarse en Bélgica el Tratado de Bruselas y pronunciar Truman un discurso incendiario ante el Congreso. El tratado, llamado también Pacto de Defensa de Bruselas, fue el resultado inmediato de la Conferencia de Londres además del primer paso hacia una unión de la Europa Occidental. Obligaba a los signatarios (Gran Bretaña, Francia, Bélgica, los Países Bajos y Luxemburgo) a defenderse mutuamente y —detalle crucial para Francia— comprometía a Gran Bretaña y a Francia a mantener tropas en Alemania durante los cincuenta años siguientes[513].

En su discurso ante el Congreso, Truman alabó el Tratado de Bruselas porque, según dijo, era «un paso notable en dirección a la unidad de Europa para la protección y la preservación de su civilización». Pronunció el discurso casi exactamente un año después de exponer en líneas generales la Doctrina Truman y con él consolidó su postura anterior. Afirmó que existía una «amenaza creciente» a los gobiernos democráticos de todo el mundo y que Estados Unidos se comprometía a proteger la libertad de estas naciones. La Unión Soviética no quería que Europa se ayudara a sí misma. Había momentos en la historia del mundo en los que «es mucho más prudente actuar que titubear» y este era uno de ellos. Truman instó al Congreso a introducir el servicio militar obligatorio y la instrucción militar general en Estados Unidos y hacer posible la aprobación del Plan Marshall cuanto antes[514].

La reacción soviética a estos acontecimientos fue rápida e inesperada, aunque a nadie sorprendió que se centrara en Berlín. El 20 de marzo de 1948 el Consejo de Control Aliado se reunió a petición de los rusos. El

mariscal Vasily Sokolovsky, nuevo gobernador militar soviético en Alemania, empezó la reunión pidiendo a los líderes occidentales que informasen al Consejo de Control sobre los resultados de las reuniones de Londres. Los occidentales se negaron a proporcionar esta información alegando que la conferencia había recibido sugerencias en lugar de tomar decisiones. Sokolovsky estaba preparado para esto. Alto, guapo, aparentemente imperturbable, con cuarenta medallas desplegadas sobre su amplio pecho, le gustaban estos choques de voluntades con los aliados occidentales, si bien debajo de su buen talante había un hombre insomne y ansioso, atormentado por la herida en una pierna que había sufrido en la guerra civil rusa y agotado por la llamada telefónica que recibía de Moscú todas las noches y le daba instrucciones durante una hora. Se quejó de que, como los occidentales se negaban a divulgar detalles de la Conferencia de Londres, estaba obligado a hacer una declaración. De forma rápida e ininteligible, leyó en voz alta una declaración mecanografiada que anunciaba que el Consejo de Control había dejado de existir «como órgano de gobierno», luego se levantó, manifestó que, a su modo de ver, no tenía «ningún sentido continuar la reunión de este día» y salió de la habitación[515].

Dos días después, los rusos cancelaron las reuniones de siete organismos subsidiarios de la Autoridad de Control Aliada con el pretexto de que los miembros soviéticos de los mismos estaban enfermos u ocupados. Al día siguiente los comandantes occidentales se negaron a permitir que sus subordinados se reunieran con los rusos, aunque los gobiernos de Londres y Washington se apresuraron a recalcar que el verdadero poder en Berlín era la Kommandatura, que seguía funcionando. «Estamos aquí en virtud de un acuerdo entre los aliados y tenemos intención de quedarnos», proclamó Clay en Berlín[516].

En ese momento los soviéticos tomaron medidas para restringir los vuelos en Berlín y exigieron que cada avión contase con una autorización previa concedida por ellos. Thomas Mann empezaba a estar cansado de los «tontos titulares» de la prensa norteamericana. *The New York Times* se quejó de que «desde el principio de la ocupación los funcionarios soviéticos han hecho que la cooperación sea casi imposible». El 1 de abril la radio de

Moscú difundió un artículo de *Pravda* que afirmaba que el Consejo de Control «ya ha dejado de existir, en realidad» y que «la desmembración de Alemania es un hecho consumado». Aquel mismo día, los soviéticos anunciaron en Berlín que todos los trenes y coches que entrasen en la ciudad deberían presentar una autorización oficial. Asimismo, todos los ciudadanos occidentales que llegaran a la capital deberían someter su equipaje a inspección y mostrar documentos de identidad en los puntos de control. Clay se mantuvo firme y mandó un convoy de tropas norteamericanas con cañones antitanque y pertrechos de campaña de un extremo del sector estadounidense al otro y propuso al gobierno de Washington que les diera permiso para disparar si las tropas soviéticas trataban de subir a sus trenes[517].

La crisis se exacerbó cuando el 5 de abril un caza soviético se lanzó en picado contra un avión de pasajeros británico (en vuelo regular procedente de Londres vía Hamburgo) en las afueras de Berlín y mató a catorce de ellos. Durante unos días los británicos y los rusos estuvieron culpándose mutuamente hasta que los británicos acabaron por echarse atrás y no insistieron en que se llevara a cabo una investigación.

«Los periódicos están llenos de mentiras», se quejó Thomas Mann, mientras esperaba ansiosamente que Erika saliera del hospital y volviera a casa después de la histerectomía. «Es casi imposible encontrar información sobre la verdad fundamental. Está claro que los rusos tratan de obligar a los aliados a irse de Berlín». Mientras tanto su hermano Heinrich (que a la sazón vivía en la ciudad costera de Santa Mónica, cerca de los Mann) estaba decidido a mudarse a la zona soviética de Alemania y Thomas se encontró defendiendo a Estados Unidos. Le parecía que ninguno de los dos bandos tenía autoridad moral alguna. «De acuerdo con Erika: Rusia aún no está preparada para ejercer su protectorado en Europa. Estados Unidos, tampoco[518]».

Mientras Thomas y Erika seguían ansiosamente la situación de Alemania por la prensa norteamericana, Klaus Mann la experimentaba sobre el terreno. Visitó Alemania en enero, impartió conferencias en varias

universidades de la zona francesa, y volvió de nuevo en primavera, en abril asistió a una representación de *El general del diablo* en Múnich y en mayo dio conferencias en Berlín. No paraba un solo momento e iba de una ciudad a otra en los Países Bajos y Suiza; incluso fue a Checoslovaquia justo después del golpe, como parte de un ciclo de conferencias concertado de antemano. En Praga oyó las confesiones que le hicieron en susurros personas que odiaban al nuevo régimen y deseaban vivamente escapar a Estados Unidos.

Klaus seguía a la deriva en el mundo de la posguerra. Todavía intentaba, sin descanso y cada vez más engañado, ser un norteamericano en Alemania, pero había dejado de interesar a los norteamericanos porque ahora no encajaba en sus planes. A diferencia de Carl Zuckmayer, los objetivos de Klaus Mann no coincidían con los de los ocupantes norteamericanos. Le parecía imposible que Alemania lograse resurgir sin pasar antes por un largo periodo dedicado a arrepentirse y a dudar de sí misma; le horrorizaba ver que muchos de los de siempre seguían teniendo influencia, tanto en el campo cultural como en el administrativo, y la manera en que el anticomunismo demostrado se había convertido en un distintivo de honor mucho más importante que el antifascismo. En realidad cuando visitaba Alemania ahora solo era bien recibido en la zona francesa, donde querían que disertase sobre André Gide y literatura norteamericana y estaban dispuestos a verle como norteamericano aunque los propios norteamericanos no lo estuviesen. Y era evidente que los logros de Klaus, al igual que los de su hermana, eran menos de lo que hubiesen podido ser. Lo que le mortificaba de manera especial era verse menos solicitado como escritor que como conferenciante que hablaba de libros escritos por otros. Asimismo, lo que parecía preocupar más a sus oyentes era el hecho de que los escritores norteamericanos no estuviesen a la altura de lo que prometían. «¿No era cierto que lo mejor de nuestros autores solía encontrarse en sus primeros libros y que luego entraban en decadencia hasta acabar apagándose?». Al parecer, no se daban cuenta de que tenían entre ellos a un gran escritor cuyo propio talento se malograba rápidamente. Aquellos días Klaus dedicaba la mayor parte de sus horas de trabajo a traducir sus libros y

artículos recientes del inglés al alemán, con la esperanza de encontrar nuevas oportunidades de publicarlos[519].

En septiembre Klaus Mann había publicado un artículo en el que preguntaba en alemán si era posible adquirir una segunda lengua materna. «¿Puede olvidarse alguna vez la lengua materna? ¿O podemos tener dos lenguas…, dos madres?». Podías salir adelante aunque tu inglés fuese malo si ejercías de dentista o incluso de psicoanalista (un marcado acento vienés no hacía más que aumentar el interés de las opiniones del analista), pero no podías escribir. Brecht, Feuchtwanger, Thomas Mann y otros seguían en un «exilio lingüístico» en alguna parte entre Santa Mónica y Manhattan, «ocupados constantemente en sus problemas alemanes y sueños alemanes». Era posible cambiar de lengua y escribir en inglés; Conrad lo había hecho y ellos podían hacerlo también; esta había sido la decisión del propio Klaus. «¿Será el resultado de todo esto que te apartas de tu lengua materna y nunca aprendes realmente la nueva? Estos son los temores que uno tiene a veces[520]».

Era un temor que le atormentaba ahora, mientras traducía lenta y pesadamente, cada vez más preocupado al pensar que tal vez ya no podría escribir en absoluto. Las anotaciones en su diario lamentan frecuentemente su pérdida de soltura al escribir; pasaba horas seguidas reescribiendo la traducción de unas cuantas líneas. «Cada vez me cuesta más escribir y vivir (lo cual es casi un pleonasmo porque las palabras *vida* y *trabajo* son prácticamente equivalentes para mí)», escribió Klaus a un amigo del Ejército. «Hay momentos en que me siento casi incapaz de seguir afrontando el caos del mundo». La respuesta a su propia ansiedad era tomar más y más drogas, alternando la heroína con la morfina, el opio y la petidina. Cada vez le resultaba más difícil trabajar sin benzedrina. Las concisas anotaciones de su diario dejaban constancia de las drogas que se había inyectado aquel día («Iny: 4 M»; «Iny: 5 Eu [me ha dejado bastante enfermo]») junto con lo que había escrito y leído y, más esporádicamente, sus encuentros sexuales («X»[521]).

Puede que Thomas Mann pensara en su hijo cuando en *Doktor Faustus* calificó la morfina de fuente peculiarmente alemana de adicción y dio a entender que esta «droga estimulante y perniciosa» dotaba a sus

consumidores de una sensación colectiva de «libertad, ligereza y bienestar incorpóreo». Klaus no se sentía ni libre ni ligero. El 12 de abril pronunció en La Haya una conferencia sobre «Germany and her Neighbours» [Alemania y sus vecinos]. Las notas de la conferencia eran incoherentes y desilusionadas. «¡Si al menos uno pudiera dejar de pensar en A!», empiezan diciendo las notas, «por desgracia es imposible». Alemania parecía desposeída de poder, pero incluso en su degradación seguía siendo inquietante. Era un vacío en el corazón de Europa y sus habitantes aguardaban no solo la integración y la reforma monetaria sino también la guerra («con una mezcla de esperanza y horror […] la guerra significaría el apocalipsis, pero también la rehabilitación […]»). Según Klaus, los alemanes estaban llenos de compasión de sí mismos en vez de remordimiento; *El general del diablo* gustaba solo porque demostraba que podías cooperar con los nazis y, pese a ello, seguir siendo bueno. Estados Unidos y la Unión Soviética dividían Alemania, cuya única esperanza Klaus Mann, al igual que Stephen Spender, situaba en una federación de Europa. Durante los siguientes años se vería claramente si la humanidad era capaz de forjar la paz de manera sensible o si la irracionalidad triunfaba y una nueva catástrofe acababa con Alemania y sus vecinos para siempre[522].

La fe de Klaus en sí mismo y en su demoniaca patria era débil. El 18 de abril ingirió treinta cápsulas de Phanodorm (un barbitúrico) y luego consiguió ingresar sin ayuda de nadie en el Hospital Judío de Amsterdam para someterse a un periodo urgente de desintoxicación. Nueve días después le dieron el alta, pero pronto volvió a inyectarse drogas diariamente. El 3 de mayo Klaus voló a Berlín, donde dio una entrevista por radio en la que habló de literatura, de política y de su propia relación tanto con Estados Unidos como con Alemania. Habló rápida y agitadamente, incapaz de centrarse del todo en lo que decía.

Mann se encontraba en Berlín en calidad de invitado de los norteamericanos. Sus órdenes militares decían que «*Mr*. K.M. (Ciudadano norteamericano, consultor, empleado temporal, OMGUS [Office of Military Government, United States]) es invitado a trasladarse a Berlín para una estancia de aproximadamente diez días con el fin de dar conferencias sobre literatura y consultar con escritores». Su visita era social, pero no se lo pasó

bien. Hilde Spiel coincidió con él en fiestas y conferencias y lo encontró «cansado, melancólico, infinitamente atractivo». En un informe sobre su viaje, Klaus Mann dijo con tristeza que Berlín era «el cadáver destrozado de una capital, la ciudad más cruelmente golpeada, el campo de batalla decisivo de la guerra fría, el lugar donde el Este y Occidente se enfrentan a corta y agorera distancia»[523].

En el campo de batalla la tensión iba en aumento cada semana. El 14 de abril de 1948 había llegado al sector sur del Berlín soviético un centenar de tanques rusos. «Conceder alguna importancia a su llegada sería hacerles el juego a los rusos», declaró un alto portavoz británico. Pero los norteamericanos estaban dispuestos a hacérselo. Al día siguiente llegaron a Alemania veintiocho bombarderos norteamericanos a los que se ordenó que sobrevolaran Berlín varias veces. El 16 de abril seis camiones que transportaban insulina y penicilina procedentes de Estados Unidos fueron detenidos por los rusos en la única autopista de acceso a la ciudad y obligados a volver por donde habían venido. Unos días después de llegar Klaus, los cuatro subcomandantes de Berlín celebraron una infructuosa reunión que duró doce horas, dos de las cuales se emplearon en discutir sobre si en la reunión anterior el representante soviético había acusado a los soldados estadounidenses de haber «mordido [*bitten*] a unas ancianas» o si en realidad, como afirmaba él, había dicho «golpeado [*beaten*]». Ambos bandos habían decepcionado a Klaus, aunque, como siempre, se identificó más con los norteamericanos mientras estuvo en Alemania. Era importunado por antiguos conocidos que querían que hiciera uso de su decreciente influencia ante los ocupantes. Se presentaban en el estrado antes y después de las conferencias, le inundaban de cartas y llamadas telefónicas e incluso llamaban a la puerta de su habitación en el hotel. Este desfile de espectros surgidos del pasado solo servía para recordarle cuán distanciado se sentía de los que en otro tiempo habían sido sus compatriotas[524].

Europa parecía tener poco que ofrecer ahora a Klaus. Decidió visitar a sus padres en California. Echaba de menos a Erika y anhelaba un periodo de comodidad y salud después de los excesos y la penuria de los últimos meses. Tras una breve escala en Nueva York, donde pasó algún tiempo con Christopher Isherwood y se procuró más drogas, llegó a Los Ángeles el 23

de mayo. Al regresar a San Remo Drive, Klaus era consciente de que entraba en una casa fría, sin otro calor que el que le daba el callado vínculo filial de un hombre y una mujer que habían renunciado a la pasión. Klaus sabía que este lazo entre padre e hija dejaba muy poco espacio para él. Erika nunca podría volver a ser su inseparable hermana gemela y casi amante ahora que se había desprendido de su espontaneidad rebelde para ser la pacífica compañera y ayudante de su padre.

Poco después de llegar resultó obvio que no iba a ser la visita revivificadora que Klaus había esperado y que no podía quedarse indefinidamente en Los Ángeles. Al igual que a Brecht, a Klaus le costaba sentirse a gusto entre los árboles de hoja perenne y los cielos siempre azules. Ishwerwood amaba California (donde había vivido hasta 1947 y adonde regresaría pronto) porque la naturaleza era aquí «hostil, peligrosa y absolutamente distante», lo cual significaba que no podía convertirla en un decorado para su propio drama privado. «Se niega a formar parte de mi neurosis». Esto era justamente lo que hacía que Klaus la encontrase alienante. Sus neurosis aumentaban cuando perdían su contexto: cuando la Alemania sobre la que continuaba escribiendo de manera obsesiva daba la sensación de ser un mundo terriblemente extraño[525].

A su alrededor la familia hacía su vida normal. Thomas escribía todos los días y por la noche leía en voz alta lo que había escrito; de vez en cuando tenían invitados a almorzar o a cenar; escuchaban música por la radio o en discos. Erika seguía estando en manos de médicos y ayudaba a su padre con la correspondencia. Katia dedicaba su mayor lealtad a su marido y este, por su parte, mostraba escaso interés por su hijo escritor. Quizá se avergonzaba de haberse sentido sexualmente atraído por él. Después de no prestarle atención cuando Klaus era niño, había habido unos años durante los cuales Thomas se sintió secretamente «embelesado con Eissi», «hondamente impresionado por su radiante cuerpo adolescente», y le pareció «muy natural enamorarme de mi hijo». Vino luego el periodo en que Thomas dejó de interesarse tanto por Erika como por Klaus y les dejó con su rebelión felizmente simbiótica. Puede que envidiase la homosexualidad pública de Klaus; puede también que se avergonzara de su anterior adulación. Ahora parecía que el vínculo entre Thomas y Erika

excluía a Klaus y que el hecho de que Klaus fuera escritor como él hiciera más difícil la intimidad. «Ser hijo de un gran hombre es una gran suerte, una ventaja considerable», había escrito Thomas Mann en *Carlota en Weimar*. «Pero es igualmente una carga opresiva, una derogación permanente del propio ego[526]».

Es posible que el hecho de que Thomas fuera consciente de esta carga explique por qué mencionaba tan poco la obra de su hijo. Existen paralelos significativos entre *Mefisto*, el libro que Klaus Mann escribió en 1936, y *Doktor Faustus*, de Thomas Mann, paralelos de los que, al parecer, los dos escritores no hablaron. La descripción que hace Klaus de Höfgen como parte de una Alemania que avanza demencialmente hacia la ruina en *Mefisto* encuentra eco en *Doktor Faustus* con su crónica de los gozos dionisiacos de la República de Weimar. Ambas novelas sitúan las semillas del nazismo en el pasado de Alemania y, de forma más explícita, ambas muestran a Alemania haciendo un pacto fáustico con el diablo; a pesar de ello, parece ser que Thomas Mann nunca comentó la novela de su hijo, ni brevemente ni por extenso[527].

Llama la atención que Thomas mencione tan poco a Klaus en su diario de esa época y las veces que habla de él hacen pensar que existía entre ellos una distancia incómoda: «Hablé de Berlín y Alemania con Klaus. Su tensa relación con Erika, bastante curiosa, igual que tantas cosas. Hablé efusivamente de su libro, de su prosa. Eccema del pecho causa molestias». En general, Thomas pensaba menos en el regreso de su hijo que en las últimas noticias relativas a *Doktor Faustus*. La edición norteamericana de la novela se estaba imprimiendo y su editor, Alfred Knopf, acababa de escribirle para felicitarle por «otro logro colosal» que había leído «con absoluta compulsión». Sintiéndose distanciado de su familia, Klaus optó por interpretar el papel de hijo adolescente y torpe. Se había visto apartado súbitamente de la vida de cafeterías y hoteles baratos que llevaba en Europa y Nueva York. Aquí tenías que ir en coche a todas partes y le molestaba depender de que le llevara su madre, su hermana y de vez en cuando Harold, un exmarinero ligero de cascos con el que había ligado durante una visita anterior (lo cual quería decir, como mínimo, que de vez en cuando «Iny» podía ser reemplazado por «X»). Harold vivía exclusivamente del

dinero que le prestaba Klaus y este, a su vez, pedía prestado a sus padres. A comienzos de junio Harold fue detenido por robo y Klaus tuvo que pagar una fianza de 500 dólares. «Klaus por toda la ciudad con su marinerito, que podría ser un poco más agradecido», comentó Thomas en su diario[528].

La primavera avanzaba y los Mann se reunían para leer los periódicos, escuchar la radio y asistir, impotentes, al agravamiento de la crisis de Berlín. Con frecuencia les acompañaban Bruno y Lotte Walter, o Heinrich Mann; a veces Adorno u otros escritores. Presa de ansiedad, este círculo de privilegiados exiliados alemanes estaba pendiente de si Alemania volvía a verse envuelta en otro conflicto; sería su tercera guerra en vida de ellos y por una vez Alemania no parecía tener toda la culpa.

A finales de mayo, Estados Unidos contribuyó al aumento de la tensión. Las fuerzas de Clay en Alemania prohibieron importar periódicos, libros y revistas autorizados por los rusos a la zona estadounidense con el fin, según informó el *New York Times*, de «cortar la afluencia de propaganda comunista». Poco después, restringieron las rutas que utilizaba el personal ruso para viajar a misiones militares soviéticas en Frankfurt, lo cual les obligaba a usar rutas que atravesaban la zona británica. En Londres se habían reanudado las conversaciones entre los ministros de Asuntos Exteriores con el objeto de ultimar los preparativos para la Bizona, pero la tensa situación que existía en Alemania se vio un tanto eclipsada por la crisis de Palestina. Mientras, las autoridades soviéticas en Alemania hicieron circular una petición a favor de la unidad alemana que, según los rusos, habían firmado más de ocho millones de personas[529].

No fue extraño, en vista de todo ello, que ningún escritor de la zona oriental asistiera a la segunda Conferencia de Escritores Alemanes, que se celebró en Frankfurt durante la tercera semana de mayo. Los autores alemanes presentes en la reunión denunciaron el totalitarismo y la censura, pero, al parecer, todos ellos aceptaban que existiera una Alemania Oriental y una Alemania Occidental independientes una de otra. Era muy diferente de la conferencia del año anterior, en la que había parecido que la literatura podía influir en la política; ahora los escritores se limitaban a reaccionar a los acontecimientos políticos que tenían lugar a su alrededor. «Contento de

no haber estado allí», escribió Thomas Mann en su diario, tras leer artículos sobre la conferencia[530].

Mann se sintió moralmente obligado a llamar la atención del mundo sobre las consecuencias de esta división. El 6 de junio, día en que cumplió setenta y tres años, pronunció un discurso en una conferencia a favor de la paz celebrada en Los Ángeles en el que pidió comprensión y concesiones mutuas. Como siempre, Erika le había ayudado a traducirlo al inglés y se encargó de responder a las preguntas de los asistentes. Después, la familia celebró el cumpleaños de Thomas con champán y caldo de gallina. Pero no pudo poner paz fuera de su casa ni dentro de ella. El 15 de junio Erika tuvo que pasar por el quirófano una vez más debido a una infección de la cicatriz de la histerectomía. Thomas sintió dolor cuando Katia le informó del «suplicio» que soportó Erika a manos de sus médicos[531].

Aquel mismo día los tres gobernadores militares occidentales se reunieron en Frankfurt con tres presidentes estatales alemanes para autorizar a los líderes alemanes a convocar una asamblea constituyente que se encargaría de redactar una constitución para el nuevo Estado alemán. Los rusos detuvieron 140 carros de carbón en un nuevo punto de inspección debido a supuestos «defectos» y decretaron que todos los alemanes que viajaran de Berlín a las zonas occidentales debían comprar los billetes de ferrocarril en la estación de la Friedrichstrasse, en el sector ruso. Al día siguiente los representantes soviéticos se retiraron de una reunión de la Kommandatura de Berlín, que a estas alturas era el único organismo con participación de las cuatro potencias que funcionaba en la ciudad. «Nuestra insistencia en permanecer allí está tan llena de contradicciones», escribió Thomas Mann en su diario al enterarse de lo que había ocurrido. «Es absolutamente necesaria, pero solo por razones de prestigio». El empleo de la primera persona del plural significaba que seguía alineándose con los norteamericanos, pero veía con creciente escepticismo su política. La noche siguiente dejó constancia de una larga conversación sobre el «despotismo norteamericano» que sostuvo con Erika[532].

El 18 de junio de 1948 los aliados occidentales anunciaron una reforma monetaria que entraría en vigor dos días más tarde. Fruto del cerebro de Ludwig Erhard, a la sazón director del Consejo Económico para la Bizona

(y defensor de un mercado libre al estilo norteamericano que se había arriesgado al oponerse a la política económica de Alemania durante la guerra), el nuevo marco alemán o D Mark equivaldría a 10 Reichsmarks. Al principio Erhard había querido una reforma monetaria conjunta a cargo de las cuatro potencias, pero los rusos habían bloqueado las propuestas de que los billetes se imprimieran conjuntamente y los aliados occidentales no confiaban en que no imprimiesen dinero extra imprudentemente como habían hecho desde el final de la guerra. Los rusos respondieron de inmediato con nuevas restricciones que impedían que el tráfico occidental entrase en Berlín desde el este porque, según alegaron, no querían que un flujo de *Reichsmarks* sin valor entrara en la antigua capital desde las zonas occidentales. Estados Unidos y Gran Bretaña contrarrestaron el bloqueo utilizando aviones para el transporte de personal. Entristecido ante una situación que ahora parecía no tener remedio, Thomas Mann observó la «confusión que las medidas monetarias causaban en Alemania». Su eccema continuaba agravándose y pasaba las noches en blanco por culpa de la inflamación de los oídos. Mientras tanto Klaus se inyectaba morfina y atropina, lo cual le afectaba a la vista y le impedía leer o escribir[533].

Tal como estaba previsto, el marco alemán fue introducido el 20 de junio de 1948. De momento era válido en toda la zona occidental excepto en Berlín. Los rusos prohibieron el *jazz* durante dos días en la radio de Berlín controlada por ellos, que pasó a emitir únicamente música seria para señalar el «viernes negro» de la reforma monetaria. El 24 de junio introdujeron su propio marco nuevo, que se convirtió inmediatamente en moneda de curso legal en todo Berlín. Los comandantes occidentales pusieron ahora en circulación los marcos alemanes que habían almacenado en la capital. Los rusos detuvieron en el acto todo el tráfico ferroviario, lo cual dejó sin alimentos y combustible a la parte occidental de la ciudad, y cortaron el suministro de gas y electricidad a Berlín occidental. En Londres, Churchill advirtió que la situación en Berlín era «tan grave como la que ahora sabemos que se vivió en Múnich hace diez años», y declaró que no podía haber seguridad a cambio de «ceder ante dictadores, fuesen comunistas o nazis». Aquel día Clay aterrizó en el aeropuerto de Tempelhof de Berlín procedente de Heidelberg e informó a los periodistas allí

congregados de que los rusos podían tratar de ejercer presión «pero no pueden expulsarnos de Berlín como no sea recurriendo a la guerra». Dijo a Ernst Reuter, alcalde electo de Berlín: «Puede que yo sea el hombre más loco del mundo, pero voy a intentar el experimento de alimentar a esta ciudad por vía aérea»[534].

Reuter era, en general, un hombre con demasiado sentido común para hacer locuras, pero, como excomunista y antiguo favorito de Lenin, también odiaba a los rusos, que le habían impedido tomar posesión de su cargo desde que fue elegido en 1946. Prometió que los berlineses harían todo lo posible por apoyar a Clay. El 26 de junio Clay preguntó al coronel Frank Howley (que había reemplazado a James Gavin en el puesto de gobernador del sector estadounidense de Berlín) qué suministros eran los primeros que debían traerse por aire y la respuesta fue que la harina era la provisión más importante. Al día siguiente, Clay ordenó transportar 200 toneladas al aeropuerto de Tempelhof a bordo de bombarderos norteamericanos. El 28 de junio Howley presenció la llegada de los primeros aviones con alimentos al aeropuerto y pensó que eran lo más bello que había visto nunca. «Cuando los aviones tomaron tierra y de sus vientres empezaron a salir sacos de harina, me di cuenta de que era el comienzo de algo maravilloso, una manera de romper el bloqueo». Había empezado el puente aéreo de Berlín[535].

Quinta parte

Alemania dividida

1948-1949

14

«Si esto es una guerra, ¿quién es nuestro enemigo?»

El puente aéreo de Berlín: junio de 1948-mayo de 1949

Hilde Spiel estaba en Viena cuando en Berlín empezaron las batallas a causa de la moneda. Respondiendo a la llamada de su marido, Peter de Mendelssohn, viajó en tren a Frankfurt, donde se encontró con que no quedaba ninguna plaza libre en los vuelos a la capital. Le sorprendió que la crisis se hubiera intensificado tan rápidamente. Seducida por la realidad alternativa del mundo del teatro, no se había percatado de que la ocupación compartida de su ciudad iba camino de venirse abajo. Para ella, las disputas entre los norteamericanos y los rusos eran sencillamente otro drama, un drama que no era más real, aunque a menudo era más cómico, que los que se representaban en el escenario.

Finalmente, Spiel consiguió una plaza en un avión militar el 26 de junio de 1948. Todos los pasajeros tenían instrucciones de llevar el paracaídas puesto, lo cual resultaba embarazoso porque no llevaba pantalones y, por ende, no podía cambiarse de ropa. Una mujer soldado norteamericana le prestó un pantalón de pijama de color rojo vivo que, combinado con una guerrera de color caqui, le daba un aspecto de payaso. A bordo, los pasajeros no repararon en el atuendo de Spiel porque estaban demasiado ocupados preparándose para la posibilidad de que el avión fuera interceptado por bombarderos soviéticos. Los vuelos norteamericanos se veían ahora obligados a utilizar el «pasillo aéreo de Frankfurt» (uno de los tres pasillos aéreos bajos, estrechos y con muchas turbulencias que los rusos habían asignado a los aliados occidentales para sobrevolar su territorio), y debido a ello el avión sufrió sacudidas violentas y Spiel se mareó.

Al llegar a Berlín, encontró una ciudad al borde de la guerra, con sus habitantes haciendo acopio de alimentos y otros artículos. Dos días después de la llegada de Spiel, aterrizaron en la ciudad los primeros aviones que transportaban alimentos. Al estar cortado el suministro de electricidad desde el este, los ocupantes occidentales tuvieron que imponer restricciones y limitarla a solo dos horas al día, por lo que Berlín quedaba sumido en una oscuridad propia de tiempos de guerra que Spiel recordaba muy bien porque había vivido los bombardeos alemanes en Londres. Como no podían poner la radio, la gente escuchaba ansiosamente las noticias que transmitían por las calles las furgonetas de la RIAS (Radio en el Sector Norteamericano). Los berlineses seguían comprometidos de forma inamovible con la cultura a pesar de sus angustias. La primera noche sin luz, el violinista Yehudi Menuhin, que era norteamericano de nacimiento, tocó en el Titania-Palast con Furtwängler y la Filarmónica de Berlín. Fue el primer concierto que un solista judío daba en Alemania desde la guerra y no podría haber sido más oportuno. Fuera de la sala de conciertos, llegaban aviones estadounidenses con alimentos para saciar cuerpos hambrientos; dentro de ella, un violinista norteamericano proporcionaba música para calmar mentes atribuladas. En aquel momento, los aliados occidentales parecían totalmente capaces de ganar la paz.

«Si esto es un asedio, ¿dónde está el frente?», preguntaba Spiel en un reportaje que escribió para el *New Statesman*. «Si esto es una guerra, ¿quién es nuestro enemigo?» Parecía imposible que el enemigo fueran los rusos, que continuaban saludándola cortésmente en el teatro. Pero a su alrededor, el conflicto seguía por todas partes. «Debemos, si somos francos con nosotros mismos […] afrontar el riesgo de una guerra», había declarado el político conservador Harold Macmillan en la Cámara de los Comunes el 30 de julio. «Estamos en Berlín como resultado de acuerdos entre los gobiernos sobre las zonas de ocupación en Alemania y tenemos la intención de quedarnos», insistió George Marshall en Washington. Estados Unidos había cancelado los envíos de carne y medicinas a Alemania Oriental, por lo que los rusos hacían frente a sus propias escaseces[536].

Los berlineses se acostumbraron pronto a oír el zumbido de los aviones de las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas que sobrevolaban la

ciudad. El gobierno británico pidió a centenares de pilotos que habían sido desmovilizados recientemente que volvieran a entrar en acción durante un periodo indefinido. Por suerte, estas misiones de misericordia para ayudar a una ciudad que pasaba hambre eran vistas generalmente como contribuciones a una buena causa. A los bombarderos norteamericanos los llamaban *Rosinenbombers* (bombarderos de las pasas) porque algunos pilotos lanzaban paracaídas con paquetes de pasas y dulces para los niños.

Una semana después de empezar el puente aéreo, la moral de los sectores occidentales peligró al cancelar Furtwängler un concierto con la Filarmónica de Berlín en Potsdam porque le daba demasiado miedo viajar a Alemania Oriental. Aunque los norteamericanos accedieron a proporcionarle transporte y protección, el director solía anteponer sus propias necesidades a las de su país y no estaba dispuesto a arrostrar ningún peligro. Al día siguiente se registró la primera muerte desde el comienzo del bloqueo al estrellarse un Dakota norteamericano y morir el piloto. La extraña guerra virtual que tenía lugar en Berlín se había cobrado su primera víctima mortal. Para el coronel Howley y el general Clay, la creciente dificultad de su peligrosa misión trajo consigo la acostumbrada excitación de la guerra, puso a prueba su valor y su competencia, así como las de los pilotos, y reafirmó en ambos hombres la decisión de hacer que el puente aéreo (u «Operación Vituallas», como la llamaban ahora) saliera bien. Sin embargo, para los que estaban allí la oscuridad y las escaseces de alimentos eran cada vez más difíciles de soportar y el aumento del peligro pronto resultó más agotador que excitante[537].

A casi diez mil kilómetros de Berlín, a los alemanes de California les costaba entender la situación. «El conflicto de Berlín empeora y va en aumento», comentó Mann. «Llegada continua de alimentos en aviones occidentales a la zona aislada». Le parecía que como estaba en juego el prestigio de los norteamericanos, iba a ser imposible retirarse. Mann decidió ocuparse de sus propias esperanzas y preocupaciones, y se alegró mucho cuando el 6 de julio apareció Frido, de siete años —«esbelto y más guapo que nunca con sus fuertes dientes definitivos»— y enseguida se

subió de un salto al regazo de su abuelo. Frido, su hermano Toni y los padres de ambos acababan de llegar de San Francisco, donde Michael Mann tocaba el violín en la orquesta sinfónica de la ciudad. Con tantas visitas la casa estaba demasiado llena para el gusto de Erika y Klaus. Erika se fue a casa de Bruno Walter en Beverly Hills, contenta de tener una excusa para vivir con su amante aunque el interés de este por ella parecía estar de capa caída. Klaus alquiló un piso para él solo que, a pie, quedaba a poca distancia del mar, y Harold se instaló en él para llevar juntos una vida doméstica hecha de peleas y traiciones[538].

Klaus debería haber aprovechado esta circunstancia para librarse de su papel de hijo ya crecidito que sigue viviendo en casa de sus padres. Pero aún dependía de que le llevasen en coche, si bien era Harold quien ahora hacía de chófer y le llevaba de un sitio a otro en el automóvil de los padres de Klaus, y su vida continuaba siendo extraña e insostenible, especialmente porque Harold ligaba con jovencitos y robaba. Klaus estaba a punto de terminar un artículo titulado «Lecturing in Europe» [Dar conferencias en Europa] en el que venía trabajando todos los días desde hacía más de un mes. Aunque se trataba de una sencilla crónica periodística de sus viajes por Europa después de la contienda, era una de las cosas más difíciles que había escrito nunca, tal vez porque suponía reconocer su condición de extraño en el mundo de la posguerra. Fue en este artículo donde habló de la gente que asistía a sus conferencias y pedía ansiosamente noticias sobre escritores norteamericanos y preguntaban por qué eran tantos los que no habían cumplido la promesa de sus primeros tiempos. En este momento escribía la crónica de su visita a Berlín en mayo de 1948, con la cual termina el artículo, y hablaba del «desfile fantasmal» de antiguos amigos que le asediaban en el estrado de los conferenciantes e invadían su habitación en el hotel. El artículo acaba con una nota personal en tono elegiaco:

> Al igual que el protagonista del último volumen de la saga psicológica de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido* tuve que hacer frente a mi propio «pasado recuperado»: Allí estaba…, sonriéndome, haciéndome señas para que me acercase, «¿Por qué no te quedas con nosotros?», les oí susurrar… los compañeros de juegos de ayer, los compañeros de mis primeros sinsabores y aventuras. «Nos encantaría oírte hablar del panorama literario en Estados Unidos […] especialmente si nos das un poco de *Spam*[539] norteamericano y huevos en polvo». Sus voces tenían un sonido extraño, a pesar de la intrigante, irreal familiaridad de sus rasgos. Sabía que ya

> no me encontraría a gusto entre ellos… y mis órdenes decían: *Al terminar, devuélvase al lugar apropiado*[540].

Klaus había vuelto al lugar apropiado, pero tampoco en California se sentía a gusto. Erika estaba demasiado ocupada con su padre para prestarle mucha atención a él y ahora su hermano Michael lo había desplazado en casa de sus padres. Durante su estancia en Alemania Klaus había adquirido una identidad nueva como norteamericano, pero, al escribir sobre Berlín en Estados Unidos, tuvo que reconocer su apatridia espiritual. Terminó el artículo el 9 de julio, lo envió a la revista *Town and* Country y escribió con pesimismo en su diario que después de tanto trabajo, probablemente lo rechazarían. Al cabo de dos días intentó suicidarse. Ingirió varias pastillas para dormir, abrió la llave del gas y se cortó las venas en una bañera llena hasta el borde. Harold lo llevó rápidamente al hospital y los médicos lograron salvarle la vida.

Los padres y la hermana mayor de Klaus se mostraron comprensivos pero irritados. Thomas no visitó a su hijo en el hospital, enfadado con él por haber disgustado a su madre e impotente ante una desesperación que, en sus momentos más pesimistas, veía como el triste legado que Klaus había recibido de él. Dos de las hermanas de Thomas se habían suicidado y Thomas sabía que «el impulso se hallaba presente en él y todas las circunstancias lo favorecen…, con la única excepción de que tiene una casa paterna con la cual puede contar». De hecho, como bien sabía Thomas, Klaus no era bienvenido en la casa de la familia en aquellos momentos. Y fue Erika quien recogió a Klaus del hospital y se lo llevó con ella a casa de Bruno Walter. Se sentía responsable de Klaus, pero también ella empezaba a perder la paciencia y dijo a un amigo de Londres que el hermano al que se sentía más unida había «intentado quitarse la vida, lo cual no fue solo un golpe muy desagradable, sino que, además, causó muchas complicaciones que me hicieron perder tiempo». No tenía ningún motivo para suicidarse, agregó, solo «*dégoût* y tristeza» en general[541]. Klaus fue a ver a un psiquiatra que predijo que volvería a intentarlo al cabo de nueve meses.

Thomas acertó al pensar que el impulso suicida de su hijo era un deseo constante y no una aberración momentánea. «*“La difficulté d’être*” pesa sobre mí, a todas horas, en todo momento», dijo Klaus al escritor checo

Otto Eisner en agosto. «A menudo la encuentro intolerable, casi insoportable. La tentación de librarme de esta carga enorme está siempre ahí. En un momento de fatiga y debilidad uno sucumbe a ella.»[542] Seis años antes, Klaus había descrito su anhelo de muerte de forma más lírica en su autobiografía, diciendo que lo veía como una obsesión peculiarmente alemana, un obsesión que su padre compartía. Los alemanes, afirmaba en el libro, son ricos de pensamiento y pobres de acción; son la única nación enamorada de la muerte y la noble melancolía de Hamlet se une en ellos a la insaciabilidad rebelde de Fausto. Era un punto de vista que Klaus sabía que había heredado de su padre, cuyo matrimonio, según decía al principio del libro, había sido un intento de vencer su natural «simpatía por la muerte», esa «dulce y mortal tentación […] el hechizo saturnino de todo romanticismo[543]».

Cuando escribió *The Turning Point* [El punto decisivo] en 1942, Klaus estaba deprimido. Durante los últimos diez años había pensado seriamente en la posibilidad de suicidarse. «Por las mañanas, nada salvo el deseo de morir», escribió en su diario en 1933, entristecido al pensar en lo poco que tenía que perder. Diez años después escribió que solo «E se interpone entre yo y la muerte». Sopesando las ventajas y las desventajas de la vida, contrapuso las drogas («el problema del atún [la heroína]») a su hermana («Su trabajo, su éxito, su postura moral. Su amor»). Cuando el amor de Erika se volvió menos seguro, Klaus se deslizó silenciosamente hacia la muerte. «La sed de drogas apenas se distingue del deseo de MUERTE», escribió en 1935. Al parecer, escribir sobre su propio impulso de muerte en su autobiografía le proporcionó el medio de seguir vivo. La retórica romántica sobre el anhelo de muerte alemán le permitió ver la depresión que le aquejaba en aquel momento como una forma de grandeza artística que le aliaba con el padre al que veneraba a la vez que despreciaba[544].

El impulso de muerte de Klaus se intercala en *The Turning Point* como un estribillo sensiblero. Sus explicaciones sobre la tentación de suicidarse se contradecían a menudo unas a otras, pero eran siempre ennoblecedoras. Refiriéndose a su amante Ricki, que se mató en 1932, Klaus escribió que «mucha gente piensa que la vida es aburrida pero soportable, mientras que una minoría delicada está enamorada de la vida pero no puede soportarla».

Esto es el suicidio no como rechazo de la vida, sino como reconocimiento del poder de la vida. En otra parte sugirió que sucumbir a la muerte es sucumbir a los ritmos inevitables de la vida misma, con su ciclo de crecimiento y decadencia. «Las raíces de nuestro ser están enredadas en terrenos cenagosos, empapadas de esperma, sangre y lágrimas, eterna orgía de lujuria y decadencia, dolorosa, lujuriosa[545]».

Lo más revelador es, tal vez, que Klaus dijo que su propio anhelo de muerte era un anhelar la inocencia perdida de la infancia. «El cochecito de niño es el paraíso perdido». Cuando era un bebé amaba su cuna y durante la infancia imaginaba que tenía alas en forma de velas. A lo largo de los años se había consolado con la imagen de su cuna como «símbolo de noche y huida», pero poco a poco se volvió más larga y más tensa. Ahora, en las noches de insomnio, seguía invocando la imagen en su mente como en sueños, pero la nave en la que embarcaba con destino al «puerto del olvido» había adquirido una forma y un color más siniestros. «Cuna y ataúd, útero y sepultura son sinónimos emocionales»; «en el dormir que anhelamos constantemente, el dormir perfecto, no hay sueños»[546].

Rozando ya la cuarentena, Klaus se imaginaba a sí mismo como una figura a lo Peter Pan cuyo anhelo de infancia perpetua era un anhelo de muerte y cuyo anhelo de muerte era un anhelo de infancia. Advertía al lector que tuviera cuidado con la serpiente que trae la manzana del conocimiento. Hacerse mayor no produce ninguna felicidad: «Lo que pierdes es irreparable y de un valor indescriptible: tu paraíso». Esto es al mismo tiempo una idealización romántica y generalizada de la infancia y un análisis más particular de él mismo como alguien que estaba mal preparado para la vida adulta y cuyo compañero más íntimo era la hermana, a la que calificaba de gemela e imaginaba compartiendo su cuna paradisiaca[547].

Ennoblecer su depresión llamándola grandeza artística en su autobiografía era, al parecer, la forma de tener la depresión a raya. No duró. Poco después de terminar el libro en 1942 había hecho el primer intento de suicidio. Después de ello, el tiempo que pasó en el Ejército le proporcionó un nuevo propósito, pero el deseo de muerte persistió y se reafirmó en el mundo, más difícil, de la posguerra; un mundo en el cual el padre de Klaus había repudiado públicamente el anhelo alemán de muerte porque estaba

entrelazado con el nazismo. Es revelador que la descripción que Klaus hizo de su propio impulso de muerte en 1948 fuera menos exaltante que seis años antes. Parece que aunque había pasado gran parte del año anterior traduciendo su autobiografía al alemán, no había recuperado su punto de vista de antes. La carta a Eisner habla de fatiga y desesperanza en vez de hablar de la inaguantable belleza de la vida.

Erika acertó cuando dijo que su hermano no tenía ningún motivo concreto para intentar suicidarse, aunque también fue insincera. Sabía de sobra que durante años su papel había consistido en arrastrar a su hermano a las orillas de la vida. «Las partes de mi vida en las que ella participa son las únicas que tienen sustancia y realidad para mí», escribió Klaus en 1948. Sin ella, hasta el sueño de la infancia perdía sus posibilidades paradisiacas. En California, Klaus era infantil, pero su versión de la infancia era torpe e infeliz; la manzana del conocimiento había resultado venenosa. No obstante, Klaus se había salvado y la vida tenía que continuar. Pasó unos días en casa de Bruno Walter, nadando en la piscina y leyendo *La enfermedad mortal*, de Kierkegaard, antes de visitar a su hermano Golo, que estaba de vacaciones en Palo Alto, tras lo cual volvió y se instaló en un hotel. Sus esfuerzos por trabajar (continuando la traducción de *The Turning Point*) resultaron decepcionantes y estaba preocupado por Harold, que en aquellos momentos era juzgado por robo con escalo. Klaus seguía estando convencido de la inocencia de su amante, pero su vida con este era cada vez más difícil. Una noche Harold ligó con un marinero y Klaus se pasó varias horas vagando por las calles mientras su amante tenía relaciones sexuales en su habitación del hotel. Y el telón de fondo de todo ello era el extraño espectáculo del puente aéreo; era el mundo avanzando hacia su propia ruina[548].

A finales de junio de 1948 Bevin había recomendado a Estados Unidos que enviara bombarderos pesados a Gran Bretaña para disuadir a los rusos de obstaculizar el puente aéreo. El 17 de junio habían llegado los primeros sesenta aviones. «Situación muy tensa en Berlín», escribió Thomas Mann en su diario. «Unas cuantas docenas de bombarderos enviados de aquí a

Inglaterra. La guerra significaría una incalculable revolución en la cual lo único que defenderíamos, el monopolio capitalista, sin duda sería destruido». Clay convenció a Truman para que le proporcionase todo lo que necesitaba para sostener el puente aéreo. Las conversaciones con la Unión Soviética fracasaron cuando Stalin dijo a los embajadores occidentales en Moscú que solo levantaría el bloqueo si se revocaban las decisiones tomadas en la Conferencia de Londres (sobre la creación de una zona de ocupación occidental unificada). A la sazón, cada tres minutos aterrizaban un vuelo en Berlín, lo cual suponía 480 vuelos diarios[549].

Klaus encontraba la situación insoportablemente desalentadora. El mundo paneuropeo que había albergado la esperanza de que naciera al finalizar la guerra no llegaría a ver la primera luz por culpa de la estúpida arrogancia de dos superpotencias. Ya no era posible ver Estados Unidos como el país de la libertad. Y cuando Klaus recibió un telegrama que le invitaba a trabajar en una editorial de Amsterdam, decidió aceptar el ofrecimiento. Su partida estaba prevista para el 14 de agosto. Cinco días antes de esa fecha, Erika Mann fue a Stockton (que quedaba a cinco horas en coche) para participar en un debate de «Town Hall on Air» [El ayuntamiento en el aire] sobre el puente aéreo. Asistieron a él cuatro mil personas y fue retransmitido por radio al día siguiente. Thomas, Katia y Klaus lo escucharon juntos.

El formato del debate animaba a los participantes a sostener polémicas, pero Erika superó las expectativas con su franca condena tanto de Estados Unidos como de Alemania. Empezó recordando a sus oyentes que no existía ningún acuerdo por escrito que autorizase a los norteamericanos a pasar por la zona soviética para ir a Berlín o volver de allí. Los rusos podían desdeñar la verdad, pero no tenían por costumbre romper tratados y la culpa de que en el Acuerdo de Potsdam no hubiera ninguna cláusula que estipulase el derecho de entrada y salida era de los aliados occidentales. Los rusos no hubiesen bloqueado Berlín si los aliados occidentales hubieran conservado su derecho a estar allí. Pero «en cuanto declaramos nuestra intención de crear un estado germanooccidental independiente con la capital en Frankfurt […] nuestra presencia en Berlín, más de ciento sesenta kilómetros en el interior de la zona soviética, había dejado de tener

sentido». Por desgracia, los encargados de formular la política estadounidense no habían sabido ver esto; en caso contrario, los norteamericanos hubieran podido irse sin ninguna pérdida de prestigio. En vez de ello, habían esperado hasta que los rusos bloquearon la ciudad y habían quedado atrapados. Ahora las conversaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética eran infructuosas porque los norteamericanos no estaban dispuestos a dar a los rusos nada de lo que querían: «Tendremos que pagar algo… o salir de Berlín»[550].

Eran palabras fuertes y sus interlocutores (entre los que había un asesor naval de Eisenhower durante la guerra) se apresuraron a censurar sus puntos de vista. Erika insistió en que el proyecto de crear un estado germanooccidental violaba la Declaración de Potsdam y añadió que no había ninguna necesidad de salvar a los alemanes que creían en la democracia porque apenas había alguno: «¿Cómo podemos salvar a alemanes que aceptan la democracia cuando, que nosotros sepamos, no son multitud los alemanes que realmente la aceptan? Creo que no debería haber una guerra a causa de Berlín, porque no creo que Berlín sea importante para los aliados occidentales y no creo que en Berlín haya suficientes demócratas alemanes por los que merezca la pena luchar».

Cuando le preguntaron sobre la moral en Alemania, Erika acusó a los alemanes de tener la esperanza de que se produjera un conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética. «Los alemanes tienen hoy una mentalidad tan belicista como en tiempos pasados». Se negó a aceptar la opinión norteamericana de que los rusos eran belicistas. Eran histéricos y maleducados, pero le parecía comprensible que lo fuesen si estaban «asustados y nerviosos y desesperados». La Unión Soviética había dejado a Polonia «completamente en paz» en lo que se refería a sus asuntos internos y dejaría en paz a los alemanes también[551].

Thomas Mann señaló en su diario que los comentarios de Erika eran «muy valientes y bien expresados, pero demasiado antialemanes por su parte». Pero Erika había hablado pensando en su hermano más que en su padre. Había sido desleal a Klaus en el plano emocional, pero aún compartía sus puntos de vista. Ahora dejó claro que estaba dispuesta a atraer sobre sí la antipatía de mucha gente en aras de la verdad. Sacrificaría

la identidad norteamericana que se había ganado a pulso criticando a su país de adopción del mismo modo que ella y Klaus habían sacrificado su identidad alemana en los años treinta. La valoración que hacía Erika de la crisis era razonablemente correcta (excepto en relación con los asuntos internos), pero ni los norteamericanos ni los alemanes querían oírla. Fue tildada inmediatamente de comunista tanto por la prensa en Alemania como por el FBI, aunque de momento este último no lo dijo. El *Echo der Woche* de Múnich publicó en primera plana un editorial que la acusaba de no ser «más que una agente estalinista». Klaus la apoyó gustosamente, escribió carta tras carta en su defensa y las mandó a periódicos y conocidos de Alemania. La víspera de la partida de Klaus, Erika había hecho en público un gesto de lealtad a su hermano, demostrando así que, al menos cuando se trataba de la situación en Alemania, sus opiniones todavía coincidían. Estaba por ver si bastaría para evitar que Klaus continuara sumiéndose en la desesperanza[552].

La situación en Alemania era más inestable cada día, por lo que no tiene nada de extraño que se considerase que *Berlín Occidente* no era una película apropiada para el público alemán. En Estados Unidos la cinta de Billy Wilder se preestrenó en julio de 1948 y entusiasmó a la crítica desde el primer momento. Tras alabarla diciendo que se trataba de «La película más disfrutable salida de Hollywood este año», el crítico del *New York* Post señalaba que si bien algunos podían pensar que el mercado negro no era asunto para bromear y que de la confraternización era mejor no hablar, la película «se había aproximado más a la realidad que si hubiera adoptado una perspectiva más seria». Parecía evidente que Wilder conocía a fondo el asunto y que los exteriores rodados en Alemania aportaban mayor autenticidad. El *Herald Tribune* comparó la cinta con la aspirina: «Puede que no cure las enfermedades del mundo, pero no cabe duda de que puede aliviar el dolor de cabeza»[553].

Sin embargo, los norteamericanos no estaban dispuestos a proporcionar aspirina a Alemania, donde la enfermedad se estaba agravando demasiado. El 20 de julio un nuevo decreto de Política de Información disponía que las

películas distribuidas y rodadas en la Alemania ocupada debían esforzarse mucho por presentar a Estados Unidos y la ocupación estadounidense bajo una luz positiva: «Deberíamos […] reconocer francamente que ahora hacemos propaganda […]. Cuando todos los demás critican a este país y ponen de relieve sus limitaciones, nuestra tarea ha de consistir en buscar las cosas que hacen que el sistema norteamericano parezca bueno, sano y el mejor de todos los sistemas posibles».

Las alusiones de Wilder al imperialismo norteamericano y su descripción de los soldados norteamericanos obsesionados por el sexo y perseguidores de nazis podían haber pasado la censura, pero nadie podía pretender que mostraran el sistema norteamericano como el mejor de todos los sistemas posibles. La película presentaba las fuerzas de ocupación norteamericanas en Berlín como gente cómicamente ineficaz e interesada, por lo que no es raro que la respuesta de las autoridades militares fuese negativa. Tacharon *Berlín Occidente* de película «cruda, superficial», insensible a la situación mundial. «Las tribulaciones de Berlín no son propicias a la comedia barata y los cascotes quedan fatal si se usan para echarlos a la cara como si fueran pasteles de nata[554]».

Wilder se puso furioso. Había hecho *Berlín Occidente* para el público berlinés, la había rodado en la ciudad de ese público. «Yo estaba en el Ejército y estaba en Berlín», se quejó. La cinta puede ser una obra de ficción, pero precisamente por eso había que hacerla auténtica. «Todo ejército victorioso, de ocupación, viola, saquea y roba. Es una regla que se remonta al tiempo de los persas». Pero Wilder, al igual que los Mann, empezaba a darse cuenta de que en la Alemania de la posguerra ya no había un lugar para él. Había hecho la película en un mundo en ruinas; se estrenó en un mundo que se preparaba para la guerra. Lo que había sido aceptable cuando las calles todavía estaban llenas de cadáveres no era apropiado en estos tiempos de diplomacia cultural. Ahora el cine era oficialmente propaganda: los norteamericanos lo habían decretado; los rusos lo habían aceptado durante años. Quien no deseara participar en el régimen estaba perdido y la mayoría de los artistas de Alemania parecían aceptar de buen grado el nuevo programa. Según la periodista londinense Gigi Richter, que visitó Berlín aquel verano, daba la impresión de que en la ciudad no había

ningún pintor, escultor, cineasta o escritor que deseara irse, a pesar de las crecientes tensiones de la guerra fría[555].

Afortunadamente, el éxito de Wilder en Estados Unidos le salvó de preocuparse en exceso por la suerte de su película. Dejó de pensar en Alemania, del mismo modo que pensaba lo menos posible en la labor del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes, porque estaba demasiado ocupado haciendo películas para interesarse por la política. Como siempre, su sentido del humor le protegía. Y por lo menos a una persona nacida en Alemania le encantó *Berlín Occidente*. Después de estrenarse la película, Marlene Dietrich escribió a Wilder para agradecerle su confianza, su insistencia, sus consejos y su amistad: «Trabajar para ti me dio la oportunidad de conocerte y quererte… debido a lo cual soy más rica y estoy llena de gratitud». El *New Yorker* la había elogiado y había dicho de ella que era un «plato exquisito», de modo que a Dietrich le resultaba más fácil aceptar la ambigüedad moral de la cinta[556].

A los berlineses se les negó la posibilidad de disfrutar de la sátira afectuosa de Wilder y, en su lugar, durante el verano fueron blanco de un bombardeo de ofertas culturales menos ambiguas. *El general del diablo*, de Zuckmayer, seguía obteniendo un éxito excepcional en toda Alemania (se hicieron 2069 representaciones solo en la temporada 1948-1949) y ahora se estrenó en Berlín. Hilde Spiel fue a verla la noche del estreno y se encontró con los funcionarios rusos por primera vez desde hacía unas semanas. Antes se enorgullecía de poder recibirlos en su domicilio, a pesar de la segregación que existía entre los ocupantes. Ahora se desanimó al observar el cambio de tono. Tulpanov fingió no verla y Dymschitz se limitó a saludarla con una fría reverencia. «Entre nosotros y los rusos todo ha terminado», escribió, apenada, en su diario. Había trabado amistad con Melvin Lasky, pero no era «partidaria de la guerra fría» y se daba cuenta de que ya no había ningún papel real para ella en la nueva ciudad que se estaba forjando por decreto gubernamental. Probablemente, antes de que pasara mucho tiempo los aliados ni siquiera podrían encontrarse por casualidad al asistir a un estreno teatral. Un decreto reciente de Howley trataba de prohibir el contacto social entre norteamericanos y rusos («ninguno de mis hombres va a flirtear con los rusos mientras dure su intolerable bloqueo»).

En una carta a su madre, Spiel lamentaba que los rusos se comportasen tan mal porque le gustaban como individuos. «Teníamos opiniones diferentes, pero nuestro contacto con ellos era enormemente interesante. Realmente vivimos tiempos idiotas y el siglo XX te pone los nervios de punta constantemente[557]».

Sin embargo, a Spiel no le dolió el éxito que obtuvo la principal oferta cultural que hicieron los rusos aquella temporada. El 13 de agosto, el Alexandrov Ensemble de Moscú dio un concierto de música rusa, con un coro del Ejército Rojo acompañado por un cuerpo de baile integrado también por miembros del Ejército Rojo, una orquesta y un puñado de los mejores cantantes solistas de Rusia. Era casi imposible adquirir entradas para el concierto, pero Spiel lo escuchó por radio y le encantó la canción rusa *Kalinka* interpretada por el tenor Victor Nikitin. Cinco días después la orquesta dio un concierto al aire libre en el Gendarmenmarkt y Spiel y De Mendelssohn corrieron a escucharlo. Estuvieron en medio de la plaza abarrotada, adonde 30 000 berlineses de los sectores oriental y occidental habían acudido a escuchar cómo el pequeño y moreno tenor cantaba su extraña y mágica canción. Más adelante Spiel recordó cómo «rodeados de ruinas, nos rendimos por completo a la melodía insoportablemente bella de *Kalinka* y otras canciones rusas, y nos sentíamos irritados, incluso enfadados, porque de vez en cuando un avión británico o norteamericano que traía provisiones esenciales para la ciudad impedía oír la música al dar vueltas sobre uno de los tres aeropuertos antes de aterrizar. Una ciudad entera había perdido la cabeza y se había rendido a la melancolía eslava de sus opresores eslavos»[558].

Al cabo de unos días los británicos hicieron su aportación a la batalla por el prestigio cultural que se libraba en la capital. Consistió en la llamada Semana del Festival Isabelino. El Nikitin británico fue el excéntrico esteta, profesor de Cambridge y actor/director aficionado George (Dadie) Rylands, que llegó a Berlín con su Cambridge Marlowe Society para representar *Medida por medida*, de Shakespeare, y *El diablo blanco*, de Webster. También hubo un concierto de música de Purcell a cargo de la Cambridge Madrigal Society. Siempre entusiasmada por todo lo inglés, Spiel se dejó seducir por estas funciones. Le pareció, tal vez un tanto por obligación, que

Kalinka, la fascinante muchacha rusa, no podía competir con estos «recordatorios calladamente melancólicos o apasionados de la época isabelina» y, en vez de ello, se desvanecía en «el crepúsculo de una nostalgia abatida, anticuada»[559].

Pero estas ofertas culturales no bastaron para reconciliar a Spiel con una ciudad en guerra. Su matrimonio se había vuelto tenso. Asustada por los aviones pesados que sobrevolaban la ciudad con un estruendo que le recordaba los bombardeos de Londres, había empezado a respirar con dificultad por la noche y sufría palpitaciones. Parecía muy posible que pronto aquellos aviones arrojaran bombas en lugar de alimentos. Durante las primeras semanas del puente aéreo, Spiel y De Mendelssohn se habían refugiado en las partidas de Ludo que jugaban todas las noches con el poeta y novelista británico Rex Warner, que había sido enviado a Berlín y trabajaba para la sección de enseñanza de la Comisión de Control, y su esposa. Pero Warner no se sentía a gusto en Alemania y ansiaba volver a Londres, donde le esperaba una amante. «La vida aquí con las actuales tensiones políticas, va de mal en peor», escribió a finales de junio, preocupado por la posibilidad de que los norteamericanos hicieran alguna locura. Los Warner se fueron en junio y Spiel se quedó con el deseo de volver a Inglaterra también, pese a que encontraba aburridísima la vida que llevaba en Wimbledon antes de trasladarse al continente. Ella y sus hijos se marcharon de Berlín a finales de agosto. Era una noche de tormenta y acabaron todos mareados al volar a baja altura una vez más por el pasillo aéreo con destino a Frankfurt[560].

En agosto de 1948 ya eran 18 048 los vuelos que habían llegado a Berlín con un total de 118 634 toneladas de artículos. Los norteamericanos se encargaron del 54 por ciento de ellos y el 46 por ciento restante corrió a cargo de los británicos. Los aviones norteamericanos y británicos aterrizaban ahora con meticulosos intervalos de tres minutos en Tempelhof, Gatow y Tegel durante todo el día y regresaban a sus bases de origen si no conseguían tomar tierra puntualmente. Las tripulaciones habían aprendido técnicas nuevas para aterrizar rápida y verticalmente después de que varios

aparatos se estrellaran mientras esperaban recibir permiso para aterrizar el día 13 de agosto (el «Viernes Negro», como lo llamaban ahora). Durante los dos meses previos los aviones del puente aéreo habían hecho más de dieciséis millones de kilómetros. Por fin llegaba también papel de prensa para los periódicos autorizados por los occidentales, con lo cual se evitaba el peligro de que los medios de comunicación occidentales se vieran reducidos al silencio, y, milagrosamente, llegaba más carbón del que se consumía en aquellos momentos.

Ya no se hacía ningún intento de gobernar la ciudad conjuntamente. El 15 de agosto, en medio de una fuerte tormenta, oficiales soviéticos se habían llevado de la Kommandatura la bandera empapada de lluvia y habían embalado los últimos ficheros rusos. Lo único que dejaron fue una serie de retratos de Lenin y Stalin en las paredes. Ahora solo había representantes soviéticos en el secretariado del por lo demás extinto Consejo de Control, en el Centro de Seguridad Aérea de Berlín, tantas veces puesto a prueba, y en la Prisión Militar de Spandau[561].

Con tantas divisas circulando en Berlín, había nacido un mercado de dinero en la estación ferroviaria de Zoo junto al Tiergarten. Se usaban diferentes divisas para diferentes artículos. Las pasas se pagaban con marcos occidentales y el azúcar, con marcos orientales; los periódicos se compraban con dinero oriental, pero su impresión se pagaba con dinero occidental. Había dos cuerpos de policía y dos prefectos de policía que dictaban órdenes de búsqueda y captura que revocaban las que dictaba el otro; dos sistemas de gas, electricidad y agua (si bien en los sectores occidentales funcionaban solo entre el crepúsculo y el amanecer) e incluso dos sistemas de alcantarillado[562].

A pesar del continuo zumbido de aviones en lo alto, el puente aéreo seguía trayendo únicamente alrededor del 40 por ciento de lo que la parte occidental de la ciudad consumía antes del bloqueo y raras veces había en ella suficiente para comer. Los alimentos estaban ahora racionados y la cantidad de calorías diarias se había fijado en 1600, por lo que los berlineses pesaban una media de alrededor de cuatro kilos menos de lo que deberían haber pesado. Debido al revuelo que ocasionó el éxito del puente aéreo era fácil que a los extranjeros se les escapara que las condiciones en

Alemania todavía eran desesperadas, incluso después de la reforma monetaria.

Al llegar a Berlín en julio, en un avión de la RAF procedente de Londres, Gigi Richter se llevó una gran sorpresa al encontrarse con que, tres años después del final de la contienda, el olor dulzón y repugnante de las ruinas seguía siendo abrumador. También le causaron una fuerte impresión la cantidad de polvo de los edificios semiderruidos que llenaba el aire y casi impedía respirar y los lisiados y mutilados que recogían ladrillos de los montones de escombros o vaciaban de colillas las calles. La «extrema pobreza» resultaba aún más deprimente al contrastarla con las tiendas de lujo instaladas en algunos de los edificios reconstruidos de la Kurfürstendamm. Algunos escaparates de las tiendas habían sido reemplazados y exhibían de forma surrealista un solo objeto de lujo: una escultura o un sujetador de encaje negro[563].

Según Richter, en Berlín nadie tenía dinero. En junio se habían asignado 60 marcos occidentales a todos los habitantes; se les habían restituido sus ahorros a razón de uno a diez, lo cual había dejado a la mayoría de los berlineses con tan poco dinero que ni siquiera podían comprar un periódico o coger un tranvía. Aun en el caso de que un berlinés tuviese dinero, la escasez de alimentos era gravísima. Durante los dos meses que pasó en la ciudad, Richter no vio ninguna tienda donde pudieran comprarse patatas. Exageró un poco al escribir su artículo, pero lo cierto es que los animales del zoo pasaban hambre, los suministros médicos no tardarían en agotarse y los berlineses empezaban a quejarse de comer patatas deshidratadas y beber café aguado (lo llamaban *Blumen Kaffee* porque dejaba ver el dibujo de flores del fondo del tazón). Como solo había electricidad durante dos tandas de dos horas cada una, la gente adquirió la costumbre de cenar a medianoche o consumir comida fría que había preparado muchas horas antes. El número de suicidios en la ciudad aumentó hasta llegar a unos siete cada día[564]. No obstante, un sondeo de opinión reveló que el 84 por ciento de los berlineses creían que los aliados occidentales podían proporcionar suficientes alimentos para mantener la ciudad, y cuando la administración militar soviética se brindó a alimentar a los berlineses occidentales que se

empadronasen en el sector soviético solo 2050 personas aceptaron el ofrecimiento.

A finales de agosto de 1948, los cuatro gobernadores militares se reunieron para tratar de resolver el problema monetario y poner fin al bloqueo. Pero cuando le preguntaron si los encuentros eran amistosos, Clay respondió: «Depende de lo que se entienda por amistosos». Parecía muy poco probable que las conversaciones sirvieran para alcanzar una solución rápida y era difícil mantener una actitud conciliadora en medio de un ambiente cada vez más hostil. El 4 de septiembre Sokolovsky anunció que la fuerza aérea soviética llevaría a cabo ejercicios sobre Berlín entre los días 6 y 15 de aquel mes. Tras declarar que era normal hacerlo en esta época del año, expresó su pesar por los trastornos que ello pudiera causar al puente aéreo. Clay se quejó a Washington diciendo que «en los cuatro veranos que hemos estado en Berlín nunca hemos oído hablar de estas maniobras». Dos días después, 1500 manifestantes comunistas interrumpieron una sesión de la Asamblea de la Ciudad de Berlín que se celebraba en el ayuntamiento, que estaba en el sector soviético. Los comunistas habían patrocinado un nuevo «bloque democrático» que declaró que la Asamblea de la Ciudad «ya no representa al pueblo trabajador de Berlín»[565].

Indignados por estas tácticas intimidatorias, 300 000 berlineses se congregaron en el Tiergarten y la Platz der Republik el 9 de septiembre y exigieron el fin del bloqueo. El alcalde electo, Ernst Reuter, se levantó para hablar en el podio situado al pie de los escalones de piedra del Reichstag y dijo a la multitud que no era momento para negociaciones entre generales o diplomáticos, sino para que el pueblo de Berlín alzara la voz: «No se nos puede hacer objeto de trueque, no se nos puede hacer objeto de negociaciones, no se nos puede vender […]. Quien entregase esta ciudad, quien entregase al pueblo de Berlín, entregaría un mundo […] es más, se entregaría a sí mismo. ¡Ciudadanos del mundo, mirad a esta ciudad! ¡No podéis, no debéis abandonarnos! Hay solo una posibilidad para todos nosotros: permanecer unidos hasta que se haya ganado esta batalla».

Al volver a sus casas en el sector ruso, miles de manifestantes toparon con el poderío de la policía soviética, armada para castigar esta rebelión. Algunos alemanes arrojaron piedras y la policía respondió disparando sus

pistolas; un chico de quince años murió al adelantarse para proteger a una enfermera. Aquel día la reunión entre los gobernadores militares fracasó[566].

Tal como Erika Mann había señalado en el debate del mes de agosto, para muchos alemanes estos acontecimientos no eran del todo deprimentes. Ahora que la Unión Soviética y Estados Unidos se veían mutuamente como el enemigo, ambos podían considerar a Alemania como aliado y se podía otorgar a los alemanes la condición de víctima que venían exigiendo desde el final de la guerra. Los aliados habían abandonado sus intentos más condescendientes de reeducar y castigar. En agosto de 1948 todos los presuntos criminales de guerra ya habían sido juzgados y se acordó que todos los prisioneros de guerra que se encontraban en las zonas occidentales serían devueltos a Alemania antes de fin de año, aunque el último sondeo de opinión efectuado en los campos de prisioneros había revelado que más de la mitad de ellos veían el nacionalsocialismo como «una buena idea mal ejecutada», como, de hecho, pensaba un porcentaje parecido de alemanes en las zonas occidentales[567].

Los escritores y las figuras culturales tendían a rechazar el nazismo más fervorosamente, pero eran muy pocos los que seguían hablando de culpa colectiva. Los que veían con inquietud esta propensión al olvido se marcharon: Karl Jaspers había emigrado a Basilea en marzo de 1948. La mayoría de los escritores se sintieron comprensiblemente aliviados al ver que ahora los ocupantes consideraban a los alemanes aliados suyos y que la fundación oficial del nuevo Pen Club alemán en el congreso del Pen Club celebrado en Copenhague en junio había indicado de manera explícita que la literatura alemana era aceptable. Dirigiéndose al congreso en nombre de la filial inglesa, Peter de Mendelssohn había confirmado que los veinte escritores propuestos para formar el núcleo de la nueva filial alemana (entre los que estaban Johannes Becher, Elisabeth Langgässer, Anna Seghers, Erich Kästner, Walter von Molo, antiguo adversario de Thomas Mann, y Hermann Kasack, cuya novela De Mendelssohn traducía al inglés en aquellos momentos) eran todos demostrablemente antinazis y plenamente aceptables en las cuatro zonas de Alemania. Becher se dirigió al congreso en una lengua que, según afirmó, todavía le resultaba doloroso emplear por

haber sido tan «deshonrada» por los nazis, y expresó su alegría por la apertura de la nueva filial y la esperanza de que algún día el congreso del Pen Club pudiera celebrarse en Berlín, «la capital de una Alemania que por fin, por fin, quiere paz, paz y nada más que paz»[568].

Tres meses después la posibilidad de que Berlín fuera la capital de una Alemania unida parecía aún más remota, y lo mismo ocurría con la continuidad de una sola filial del Pen Club para el Este y Occidente. Pero la existencia de la filial alemana del Pen Club fue bien acogida como prueba de que ahora los aliados trataban a los alemanes con respeto y podía decirse que era un primer paso necesario hacia el tipo de renacimiento cultural en Alemania que Stephen Spender había imaginado al terminar la contienda, aunque Spender hubiera querido que los escritores allí reunidos mirasen atrás además de adelante. Mientras tanto, los ocupantes confirmaron su lealtad a los alemanes incrementando ininterrumpidamente el número de aviones que abastecían Berlín durante el otoño. En octubre de 1948 el puente aéreo proporcionaba teóricamente a Berlín occidental el 98 por ciento de los alimentos que necesitaba y el 74 por ciento del carbón, aunque muchos berlineses seguían pasando hambre por culpa de problemas relacionados con la distribución[569].

Los aviones traían cultura además de sustento. Los aliados occidentales estaban decididos a probar que el enriquecimiento mental de sus súbditos tenía importancia para ellos. A comienzos de octubre los primeros números de la revista de Melvin Lasky *Der Monat* fueron enviados en avión a Berlín desde Múnich. *Der Monat* tenía que ser la publicación de bandera de la zona estadounidense. Después de su arrebato en la Conferencia de Escritores celebrada en octubre, Lasky había sido amonestado por sus superiores por ser tan impetuoso al atacar a los comunistas. Se quejó a un amigo de que Berlín era como una ciudad fronteriza de Estados Unidos en el siglo XIX y de que eran demasiado pocos los que se daban cuenta de ello. Con los indios en el horizonte era necesario tener el rifle a mano o perdías el cuero cabelludo; «aquí muy poca gente tiene redaños y si los tiene, generalmente no sabe en qué dirección deben apuntar con su rifle»[570].

Por suerte para Lasky, el general Clay estaba bien provisto tanto de redaños como de rifles. Vio con buenos ojos la propuesta que Lasky

presentó en diciembre, en la que acusaba a los norteamericanos de hacer la vista gorda ante la «guerra política concertada» que se hacía contra ellos en Alemania. Según Lasky, los norteamericanos eran demonizados y presentados como reaccionarios inanes, borrachos de *jazz* y egoístas en el terreno económico. No habían tenido éxito en la lucha contra la propaganda de los comunistas y ahora se necesitaba una verdad «activa», con audacia suficiente para «entrar en liza». La sustancia de la guerra fría se enmarcaba en el ámbito cultural y, por consiguiente, los norteamericanos necesitaban publicar una revista nueva que «sirviese tanto de estímulo constructivo para el pensamiento y la acción germano-europeos como de demostración de que detrás de los representantes oficiales de la democracia norteamericana abundan los logros en las artes, en la literatura, en la filosofía, en todos los aspectos de la cultura que unen a las tradiciones libres de Europa y Estados Unidos». La revista de Lasky nació con el propósito de ganarse a la intelectualidad alemana para alejarla del comunismo y fue subvencionada generosamente con dinero del Plan Marshall[571].

Der Monat despertó gran interés desde el momento en que los primeros 60 000 ejemplares salieron a la calle en octubre de 1948. Alemania se había visto inundada por nuevas revistas literarias desde el final de la guerra. Desconcertado ante la masa de papel que se apilaba a su lado, el escritor Alfred Döblin se quejó en 1946 de que las revistas se habían convertido en «un fenómeno natural, caen del cielo o surgen del infierno». Sin embargo, esta era diferente debido a su gran tirada y al sólido prestigio internacional de sus colaboradores. Era como si toda la intelectualidad de Occidente llegara a Berlín en los bombarderos norteamericanos, dentro de las páginas de la nueva publicación[572].

El primer número contenía artículos de Bertrand Russell, Arnold Toynbee, Arthur Koestler, Jean-Paul Sartre, V.S. Pritchett, Rebecca West, Richard Crossman, Stephen Spender, Clement Greenberg y otros. Mezclaba el antiestalinismo y una esotérica alta cultura de una manera que se inspiraba en la publicación norteamericana *Partisan Review*, para la que Lasky escribía desde hacía mucho tiempo. El mensaje político era inequívoco y los tres primeros artículos trataban de «The Destiny of the West» [El destino de Occidente]. Según Bertrand Russell, el futuro ofrecía

tres posibles perspectivas posibles: que se extinguiera la vida en la tierra, que reinara la barbarie o que una sola potencia gobernara el mundo, y en tal caso era mejor que gobernara Estados Unidos en vez de la Unión Soviética. «Una victoria rusa sería una gran desgracia que haría que no quedase ningún individuo capaz de pensar o sentir por cuenta propia[573]».

Más adelante en la revista, Drew Middleton, periodista del *New York Times*, en un artículo titulado «Soviet Russia without propaganda» [La Rusia soviética sin propaganda], describía un día en la vida de un trabajador corriente llamado Iwan Iwanowitsch. Crónica neutral en apariencia, las conclusiones políticas del artículo se hacen obvias enseguida. Iwan vive y trabaja en condiciones terribles: comparte un cuarto sin calefacción con su esposa y dos hijos y una cocina con otras cuatro familias; su jornada laboral de ocho horas en la fábrica se convierte en una jornada de doce horas por culpa de las deficiencias de los transportes. Además, él y su familia se ven sometidos a mentiras y propaganda todos los días y el resultado es que Iwan está convencido de que la Unión Soviética venció a Alemania sin ayuda de nadie y nunca ha oído hablar de derechos humanos, de libertad personal ni de progreso humano[574].

En otros casos el antiestalinismo de la revista era más sutil. En su crítica de *Iván el Terrible (Ivan Grozniy)*, de Eisenstein, James Agee se quejaba de la banalidad y la simplicidad artística de la película, antes de culpar a Stalin de producir este efecto (aunque físicamente libre, Eisenstein estaba intelectualmente «encarcelado»). Y en muchos de los artículos no había ningún mensaje político claro. La crónica que hizo Stephen Spender de una visita a Picasso y la crítica de Clement Greenberg de una exposición de pintura alemana en Nueva York fueron dos de los numerosos artículos sin ninguna intención política obvia; sencillamente mostraban la cultura occidental[575].

El éxito de *Der Monat* entre los alemanes fue inmediato, tanto en Alemania como en el extranjero. Klaus Mann, que tenía muchas ganas de escribir para la revista, dijo a Melvin Lasky que el primer número contenía «un montón de cosas interesantes». Thomas Mann la calificó en su diario de «amena» y «culta», si bien «omitía muchas cosas». Puede que este fuera un

momento victorioso para los norteamericanos en la batalla cultural por Alemania, pero los rusos tenían planeado su siguiente ataque.

El 22 de octubre de 1948 Bertolt Brecht llegó a la frontera de la zona soviética de Alemania procedente de Suiza, adonde se había trasladado en noviembre del año anterior tras ser investigado por el Comité de Actividades Antiamericanas. Muy conocido por sus convicciones socialistas, Brecht no tenía mucho futuro en Estados Unidos. Se mostró ambivalente acerca de vivir en Alemania, donde le costaba creer que hubieran cambiado tantas cosas, incluso bajo la vigilancia de los rusos. Pero Brecht era pragmático y los alemanes del Este le prometieron que tendría su propio teatro y la oportunidad de poner inmediatamente en escena las dos obras que había escrito durante la contienda, *Madre Coraje y sus hijos (Mutter Courage und ihre Kinder)* y *Galieo Galilei (Leben des Galilei)*. Él y su esposa, la actriz Helene Weigel, habían decidido probar cómo era la vida en Berlín Oriental, pero seguir viajando con papeles suizos, por si acaso[576].

Brecht llegó a Berlín a tiempo de ver la caída de las hojas de los árboles, como había imaginado anhelosamente desde el verdor eterno de Los Ángeles. Se alojaba en el hotel Adlon en Unter den Linden y la primera mañana de su estancia se despertó al amanecer para salir a dar un paseo; bajó por la Wilhelmstrasse hasta la Cancillería del Reich, donde encontró solo unos cuantos trabajadores y *Trümmerfrauen*, y calle tras calle en ruinas. Su respuesta a la ciudad destruida fue política. «Estas ruinas son para mí un indicio claro de la antigua presencia de financieros», escribió en su diario. Se sintió menos turbado al ver las ruinas que al pensar en las penalidades que había soportado la gente durante los bombardeos. Brecht no cerró los ojos ante el sufrimiento que habían infligido los rusos y anotó en su diario las terribles historias sobre violaciones que le contaron los trabajadores, pero pensó que los culpables de las ruinas eran los políticos capitalistas que, creía él, se habían confabulado con los nazis en la destrucción de su mundo:

> Berlín, un aguafuerte de Churchill a partir de una idea de Hitler. Berlín, el vertedero de basura cerca de Potsdam.

A diferencia de Mann, Brecht estaba convencido de que era posible dividir a los alemanes en fascistas y no fascistas. De hecho, durante la guerra se había quejado a Mann diciéndole que era consciente de «un temor real entre nuestros amigos de que usted, mi estimado señor Mann, que tiene más ascendiente sobre Estados Unidos que cualquiera de nosotros, pudiese incrementar las dudas sobre la existencia de fuerzas democráticas significativas en Alemania»[577].

Brecht no estaba totalmente comprometido con el comunismo soviético. Nunca había sido miembro del Partido Comunista y había podido negar tener siquiera principios comunistas durante su declaración ante el Comité de Actividades Antiamericanas, que le había elogiado por su disposición a cooperar. Pero su visión del mundo era fundamentalmente marxista y su visión del teatro era fundamentalmente utilitaria (aunque chocaba con los comunistas intransigentes porque creía que la experimentación formal podía aliarse con la revolución política), de modo que él podía aliar sus ideales con los del régimen germanooriental. Le ayudó que le estuviesen tratando como a una celebridad y le ofrecieran un grado poco habitual tanto de poder como de libertad. Antes de que transcurrieran dos semanas de su llegada, Brecht ya hacía pruebas a actores jóvenes para una escenificación de *Madre Coraje* en la cual su esposa encarnaría al personaje que daba título a la obra. En general, los actores le decepcionaron; parecían incapaces de adaptarse a los ritmos de su «teatro épico» y de representar el mal (era como si Hitler hubiese desterrado el mal del teatro y lo hubiese reservado para la esfera política). Pero decidió quedarse y celebró su decisión dedicando un canto triunfal de alabanza al régimen de Alemania Oriental:

> Y así construiremos primero un Estado nuevo
> *¡llevaos los escombros y arrimad el hombro!*
> *¡construid algo nuevo allí!*
> *somos nosotros los que debemos ser dueños de nuestro propio destino;*
> *y tratad de impedírnoslo si os atrevéis*[578].

Brecht parecía llevar camino de triunfar en la Alemania de la posguerra de una manera que a Klaus Mann, un poco más joven, le resultaba imposible. En la década de 1920, cuando eran jóvenes arrogantes, ambos habían irrumpido en el mundo artístico del Berlín de Weimar. Pagados de su propia rectitud, ambos se habían exiliado en los años treinta y finalmente habían emigrado a Estados Unidos. Pero a pesar de las privaciones del exilio y a pesar de no gustarle California, Brecht había conservado su soltura artística, mientras que Klaus Mann no había podido. A despecho de la corrupción que ambos bandos desplegaban en la guerra fría, a despecho de la sujeción del arte a la política que las batallas ideológicas provocaron, Brecht seguía teniendo fe en el mundo y su papel en él y aún creía en el poder del arte. Desempeñaría su papel en la construcción del nuevo Estado y que los rusos además de los norteamericanos se lo impidieran si se atrevían.

Los rusos, por su parte, habían recibido a Brecht con tanto entusiasmo porque eran conscientes de lo mucho que le necesitaban. Era uno de los pocos socialistas prominentes que parecían ser lo bastante graciosos para atraer al público de Berlín. Aquel invierno los berlineses demostraron claramente sus preferencias al rechazar las enjundiosas ofertas culturales de los soviéticos y optar por los espectáculos desenfadados que organizaron los norteamericanos. Bob Hope e Irving Berlin tuvieron muchísimo éxito cuando actuaron en el Titania-Palast en diciembre. Y el público cinematográfico deseoso de aprender cosas sobre Rusia esquivó *The Russian Question*, digna película didáctica producida por los soviéticos, y prefirió ir a ver *Ninotchka (Ninotchka)*, la comedia que Ernst Lubitsch y Billy Wilder hicieron en Hollywood en 1939 y que se estrenó en Berlín a finales de diciembre[579].

Puede que Berlín no estuviera preparado para la sátira de Wilder sobre la ocupación norteamericana, pero el caso de su parodia anterior a costa de los rusos fue diferente. *Ninotchka* presenta a Greta Garbo en el papel de diligente comunista rusa que acaba valorando la superior sensualidad de Occidente tras su encuentro con el generoso humanismo de un conde parisino. Wilder la escribió con su típica irreverencia. Cuando le preguntan qué tal andan las cosas por Moscú, Ninotchka responde: «Muy bien. Los

últimos procesos en masa fueron un gran éxito. Ahora los rusos serán menos pero mejores». La película fue un éxito instantáneo en Berlín y las entradas se agotaban con tres días de antelación.

Los rusos dedicaron ahora todos sus recursos culturales a la puesta en escena de *Madre Coraje*, que se estrenó en el Deutsches Theater el 11 de enero de 1949 y desencadenó una gran polémica teatral en la zona soviética. La obra mereció los elogios de algunos críticos por su *Volkstümlichkeit* (proximidad al pueblo) y su carácter innovador (Brecht fue comparado con Moisés en la *Tägliche Rundschau*) mientras que otros la condenaron por considerarla formalismo decadente, términos que a Brecht se le antojaron peligrosamente parecidos a la crítica del arte «degenerado» que hacían los nazis. Puede que la llegada de Brecht fuese un importante golpe de efecto para los rusos, pero ya era evidente que se trataba de un pensador demasiado complejo y un artista demasiado visionario para proponer un mensaje comunista sencillo. Mientras que Lasky y sus colegas de *Der Monat* se conformaban con seguir la corriente política del momento, Brecht ponía en escena una obra escrita algunos años antes que abordaba temas más perennes. Como alemán que hablaba a alemanes y socialista no afiliado al partido, consideraba que su arte era más importante que la política de la ocupación o de la guerra fría en general. Más parecido a Zuckmayer que Lasky, Brecht seguía creyendo que el arte podía cambiar el mundo no solo influyendo en las opiniones políticas de las personas, sino también convirtiendo a estas en mejores seres humanos. Pero era menos ingenuo que Zuckmayer porque compartía con Thomas Mann la visión del irremisible impulso hacia la guerra y la destrucción[580].

Brecht había escrito *Madre Coraje* en un mes de inspiración y furia después de la invasión alemana de Polonia y había empleado el marco de la guerra de los Treinta Años (1618-1648) para explorar las inquietudes de su propia época. Brecht opinaba que la guerra que había destruido a Alemania en el siglo XVII fue una de las primeras grandes guerras causadas por el capitalismo. Fue también una guerra en la que Alemania se había puesto en peligro a sí misma debido a sus propias e inmoderadas ansias de poder. En Berlín, la obra de Brecht fue un recordatorio oportuno de la futilidad de la guerra y la distancia que hay entre los intereses de los soldados corrientes y

los generales que hacen la guerra en su nombre y los embaucan con la ideología. Como dice un sargento,

> La guerra es un trato. Tiene dos filos.
> Quienquiera que tome también paga.
> Nuestra época da a luz su idea nueva:
> guerra total… y miedo total[581].

Nervuda, pragmática y resuelta a sobrevivir, Madre Coraje era una figura conocida en una ciudad que seguía estando repleta de *Trümmerfrauen*. En esta escenificación arrastraba una carretilla que guardaba un sorprendente parecido con las carretillas de los refugiados sin hogar que iban de un lado a otro inmediatamente después de la guerra, las ruedas avanzando con dificultad bajo el peso de las pertenencias que caían por los costados y la cubierta de tela brindando escasa protección después de años de inviernos en guerra. El propósito de Madre Coraje es tanto sacar provecho de la contienda vendiendo los artículos de estraperlo que transporta en su carretilla como mantener con vida a sus tres hijos. En Berlín, donde la supervivencia a toda costa era, al parecer, la única opción, este propósito no parecía irrazonable. Pero mientras que anteriores actrices habían hecho que la protagonista de Brecht resultara simpática, Helene Weigel compartía lealmente la visión que su marido tenía de la obra y encarnaba una Madre Coraje dura y llena de ira. Weigel potenciaba el efecto distanciador de las técnicas de alejamiento (el *Verfremdungseffekt*) de Brecht valiéndose de las canciones y las pancartas para alejar a los espectadores justo en el momento en que estaban a punto de simpatizar con ella.

Madre Coraje era una mujer que no hacía ningún intento de oponer resistencia a la guerra explotadora ni al sistema económico explotador que los gobernantes imponían al pueblo; que permitió que matasen a su hijo porque, siempre mujer de negocios, intentó regatear el precio que pedían por su vida. Brecht tenía interés en demostrar que la mayoría de la gente no aprende de la guerra. Aunque sus opiniones sobre la posibilidad de renovación democrática en Alemania eran opuestas, Brecht compartía en su

fuero interno la decepción de Thomas Mann con los alemanes y pensaba que estos aprovechaban la guerra fría para «divertirse como locos» en medio de las divisiones entre las potencias y evitar todo ejercicio de autocrítica. Ahora deseaba liberarlos de su satisfacción de sí mismos y demostrar que, al igual que Madre Coraje, aún tenían que aprender[582].

Era consciente de que iba a resultar difícil enseñar esta lección a los espectadores que se empeñaban en creer que sus sufrimientos durante la contienda ya los habían hecho mejores. Justo antes de que se estrenara la obra, Hjalmar Schacht, uno de los acusados que habían sido absueltos en el juicio de Nuremberg, había publicado un folleto en el que sugería que los alemanes habían aprendido tanto del «sacrificio» de la guerra de los Treinta Años como de la segunda guerra mundial. Algún día este sacrificio reciente «impartiría sus bendiciones no solo a nosotros, sino también, como antes, a todos los demás pueblos del mundo». Pero Brecht estaba preparado para trabajar con alumnos recalcitrantes. «La literatura debe comprometerse, debe participar en la lucha en toda Alemania, y debe tener carácter revolucionario y demostrar que lo tiene», había escrito en su diario en diciembre. Ahora había demostrado que aquellos que, al igual que Schacht, trataban de beneficiarse de la guerra perecerían por obra de su impulso inexorable hacia la destrucción. Aunque ya había empezado a indisponerse con una parte de las autoridades comunistas al negarse a proponer un mensaje sencillo, pudo aliar su voz con las de sus líderes marxistas y sugerir que era necesario un orden nuevo para rescatar al mundo de sus cadenas capitalistas[583].

Fue apropiado que *Madre Coraje* se representara en medio de otro invierno gélido. «El mundo se extingue», se queja el amante cocinero de Madre Coraje mientras, hambrientos y llenos de piojos, atraviesan lentamente en su destartalado carro un paisaje cada vez más desolado. Unos dos mil berlineses morirían de frío y hambre antes de la primavera. Enero de 1949 fue un mes relativamente suave, pero la temperatura descendió mucho en febrero. Cuando la millonésima tonelada de carga llegó a Berlín el 18 de febrero, la ciudad hacía frente a escaseces tremendas. Por suerte, el

tiempo mejoró en marzo, con el consiguiente aumento del número de aviones que podían aterrizar cada día. El 16 de abril, el llamado «Desfile de Pascua» estableció una nueva marca al repartir 13 000 toneladas de carbón en veinticuatro horas[584].

En vista del éxito del puente aéreo, las autoridades soviéticas de Moscú y Berlín empezaron a pensar en cuándo y cómo poner fin al bloqueo. Los habitantes de Berlín habían dejado claro que creían que una ciudad dividida era preferible a una ciudad comunista. En diciembre los berlineses habían participado en las primeras elecciones celebradas desde 1946. A pesar de los carteles soviéticos que instaban a la gente a abstenerse («quien elige a los belicistas vota a favor del retorno de las noches de bombardeo»), votó el 86 por ciento de quienes tenían derecho a hacerlo y los socialdemócratas de Ernst Reuter obtuvieron una mayoría de dos tercios (en comparación con el 51 por ciento de 1946). Confirmado ahora en su cargo, Reuter se presentó a sus colaboradores diciendo que era el nuevo «alcalde de los escombros». Antes de las elecciones, Peter de Mendelssohn había publicado un artículo en el *New Statesman* en el que afirmaba que los comicios serían un plebiscito más que unas elecciones: «Un plebiscito a favor o en contra del comunismo, los rusos y el sistema totalitario soviético, y, por tanto, indirectamente, un voto de confianza para las potencias occidentales». Según esta opinión, los votantes habían depositado su confianza en Occidente[585].

Los rusos habían recibido un estímulo inesperado cuando las Naciones Unidas dieron a conocer un informe sobre la situación a finales de diciembre en el que se estipulaba que el marco oriental fuera la única divisa para Berlín. Sin embargo, en enero los británicos y los norteamericanos persuadieron al Consejo de Seguridad de la ONU para que respaldase la existencia de múltiples divisas. Mientras tanto los aliados occidentales reforzaron su propia posición creando la Autoridad del Ruhr, que se encargaría de controlar y dirigir la producción y la distribución de carbón y acero en dicha región, cuya importancia era crucial (los rusos tendrían que conformarse con el lignito, que era de calidad inferior). Esta medida tranquilizó a los franceses, a quienes preocupaban los abusos de poder que pudiera cometer el incipiente Estado germanooccidental. También pidieron

al nuevo Consejo Parlamentario de Bonn (fundado en septiembre y constituido por sesenta y cuatro representantes elegidos entre todo el espectro político y presidido por Konrad Adenauer, de la CDU) que preparase una constitución para Alemania Occidental. Sería conocida por el nombre de «Ley Fundamental» (*Grundgesetz*) en lugar de «constitución», con lo cual se daba a entender que se trataría de un estado provisional pendiente de la unificación de Alemania. En otro artículo aparecido en el *New Statesman*, De Mendelssohn sugería que empezaban a aparecer las contornos del «monstruo de tres cabezas que será Alemania dentro de seis meses». El borrador de la Constitución de la Alemania Oriental era comunista y rígidamente centralista, parecido en líneas generales a la Constitución de Checoslovaquia. La Ley Fundamental para la Bundesrepublik Deutschland (República Federal de Alemania) en ciernes era tan federal, liberal y capitalista como podía ser habida cuenta de la preocupación de los franceses por la seguridad y la defensa de la libre empresa por parte de los norteamericanos[586].

A finales de enero se filtró a la prensa una declaración de Stalin que daba a entender que no quería una guerra y estaba dispuesto a considerar un desarme gradual. Hizo saber a Truman que levantaría el bloqueo si las potencias occidentales aplazaban la prevista reunión del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores y levantaban simultáneamente sus propias restricciones al comercio y los transportes. Un factor crucial fue que esta vez no se mencionó la cuestión monetaria. El nuevo secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, no se fiaba de Stalin y decidió esperar una propuesta más concreta. En el ínterin, los aliados occidentales demostraron su fuerza con la firma, el 4 de abril, del Tratado del Atlántico Norte, en virtud del cual se creó la OTAN y se garantizó la defensa mutua en el caso de producirse un ataque soviético. Truman, que inesperadamente había sido reelegido en noviembre, calificó el Tratado del Atlántico Norte de «gesto de buena vecindad»: «Somos como un grupo de propietarios de casa que viven en la misma localidad y deciden expresar su comunidad de intereses ingresando en una asociación con todas las de la ley para protegerse mutuamente». Esto no hacía que la guerra fuese inevitable porque los hombres con «valor y visión» aún podían decidir su propio destino.

«Pueden escoger entre la esclavitud o la libertad, la guerra o la paz». Aquel mismo mes los gobernadores militares aprobaron la versión definitiva de la Ley Fundamental, que permitía la formación de un Estado germanooccidental con soberanía limitada pero también con la perspectiva de convertirse en miembro de pleno derecho de la emergente comunidad democrática de Europa occidental. Otro factor crucial fue que se siguió el ejemplo de los juicios de Nuremberg cuando llegó el momento de redactar un catálogo de derechos civiles que obligaba al gobierno a proteger estos derechos por primera vez en la historia de Alemania. Los franceses veían ahora con buenos ojos la perspectiva de un gobierno centralizado y fuerte en Alemania, toda vez que en la primavera anterior habían ingresado en la Bizonia, que en lo sucesivo sería la Trizonia[587].

El embajador especial estadounidense Philip Jessup y su colega ruso Jacob Malik celebraban en aquel momento conversaciones encaminadas a poner fin al bloqueo y al puente aéreo tan pronto como fuera posible. Llegaron finalmente a un acuerdo a comienzos de mayo. El 9 de mayo de 1949, casi exactamente en el cuarto aniversario de la rendición de Alemania, el Consejo Parlamentario germanooccidental aprobó definitivamente la Ley Fundamental. Konrad Adenauer pronunció un discurso en el que dijo que se sentía «hondamente conmovido» porque al cabo de dieciséis años los alemanes finalmente podían encargarse de asuntos políticos y de gobierno en «al menos una parte de Alemania» de acuerdo con principios democráticos. Al día siguiente los rusos ordenaron levantar las restricciones a los viajes el 12 de mayo. Motivo de preocupación era que aún existían unas cuantas restricciones de menor importancia —los trenes de mercancías estaban limitados a 16 al día y los de pasajeros, a seis—, pero el 11 de mayo se conectó la corriente eléctrica desde la zona soviética y Berlín se vio bañado en luz por primera vez desde hacía casi un año.

Justo después de medianoche se abrió el punto de control británico-norteamericano en la *Autobahn* y coches y camiones se pusieron en marcha en dirección a la ciudad. Curt Riess, que seguía destinado en Berlín, dijo que resultaba extrañamente comparable con una noche de estreno en el teatro. Muchísimas personas, entre las que había actores, reinas de la

belleza, escritores y científicos, acudieron al punto de control, muchas de ellas vestidas de etiqueta. Todo el mundo aclamó al general Clay. Durante los días siguientes los precios bajaron rápidamente y la circulación de periódicos se disparó porque los berlineses ansiaban leer lo que decía la prensa sobre el cuento de hadas que tenía lugar en su propia ciudad.

Sin embargo, el júbilo duró poco. Empezaron a correr rumores sobre camiones berlineses que no llegaban a Occidente y el 20 de mayo los trabajadores ferroviarios de Berlín se declararon en huelga, alentados a hacerlo por el coronel Howley, que estaba furioso porque 15 000 trabajadores cobraban en marcos orientales pero vivían en Berlín occidental, donde era muy poco lo que podían comprar con su dinero. Los rusos declararon el estado de emergencia e impusieron un «pequeño» bloqueo a Berlín. Solo cuatro camiones por hora podían entrar en la zona occidental, de modo que el puente aéreo continuó, si bien a escala reducida, mientras los rusos alargaban las negociaciones cuyo objeto era poner fin a la huelga. Se había evitado una guerra, pero Berlín se encontraba una vez más a punto de ser sitiada y sus habitantes no podían volver a sentirse satisfechos de sí mismos como se habían sentido cuando reinaba la paz.

Esta era la situación que encontró Rebecca West cuando llegó a Berlín acompañando a su marido, Henry Andrews, que informaba sobre Alemania al Ministerio de Asuntos Exteriores británico. Hicieron el viaje desde Hamburgo en un avión abarrotado de verduras y funcionarios y aterrizaron en Gatow con el acusado descenso al que los berlineses ya se habían acostumbrado pero que causó una desagradable sensación a West. Le pareció que el avión era una pelota que un niño gigantesco había lanzado hacia las nubes. «El suelo subió rápidamente y se detuvo justo a tiempo mientras los oídos parecían a punto de reventar hasta que finalmente quedé sorda»[588].

West no había vivido dos años de felicidad desde que se fuera de Alemania. Henry se mostraba cada vez más incendiario e inestable, además de humillarla con sus infidelidades. Tenía un flirteo en Alemania, donde perseguía a una mujer joven que dirigía la edición de *Die Welt* en Hamburgo. West no mencionó ni una sola vez el nombre de Francis Biddle durante este viaje. Poco antes había dicho a un amigo que desde hacía

dieciocho años vivía en total celibato y que su relación con Biddle había terminado. Pero los recuerdos de los anteriores días de embrujo en Alemania debieron de chocar con sus impresiones de ahora y aumentaron su irritación. Su informe sobre el país no era favorable.

Se encontró con que Berlín —normalmente la «más libre, menos confinada de todas las capitales»— se había convertido en una prisión. «En Berlín todo el mundo era un recluso. Nadie era libre, ni siquiera los que pretendían ser carceleros». Los berlineses estaban encarcelados porque fueron vencidos; los aliados, por ser los vencedores y no poder irse sin reconocer la derrota. Se mostró tan despreciativa como siempre al hablar de los alemanes, y estaba convencida de que todos ellos seguían siendo nazis, enfadados con Hitler únicamente por no haber actuado con suficiente eficacia al nazificar el país[589].

Fervorosa anticomunista desde hacía mucho tiempo, West también se mostró despreciativa al referirse a los rusos, y se alegraba de que los británicos y los norteamericanos pareciesen los vencedores de la guerra fría en Berlín. Con «pies cansados y zapatos llenos de agujeros, la boca haciéndoseles agua al pensar en las comidas que se perdían», las mujeres berlinesas habían «aprendido con todo su ser que la justicia da un clima mejor que el que da el odio». Se habían convertido en leales seguidoras de la «fe democrática», y este cambio se debía más a la ocupación de su ciudad que a los juicios de Nuremberg. Henry Andrews escribió en su informe que los aliados occidentales deberían mostrarse agradecidos a los rusos por todo lo que habían hecho para indisponer a los alemanes con la Unión Soviética y hacer que se volvieran hacia Occidente. Gracias a los rusos y su política, Alemania estaba dividida en dos mitades y los alemanes jóvenes querían ponerse de parte de sus vencedores occidentales. «En Rusia no encuentran ninguna afinidad. Nosotros podemos ofrecerles nuestra manera de vivir, nuestra creencia en el imperio de la ley, nuestro hábito de respeto mutuo y de búsqueda de fórmulas conciliatorias. En esto consiste el tirón de Occidente». Estados Unidos y Gran Bretaña parecían ir camino de ganarse a los berlineses[590].

El nuevo Estado germanooccidental no tardaría en fundarse y, estabilizado con dinero norteamericano, prometía ser a la vez próspero y

popular. Pero West tenía razón al mostrarse menos optimista que su marido, deprimida por una ciudad cuyos barrotes carcelarios y carceleros parecían amenazar con extenderse hasta encerrar a todo el mundo de la posguerra. Estaban en guerra y en ella, como en todas, hubo bajas. El puente aéreo había causado setenta víctimas mortales y miles de personas habían soportado meses de angustiosa preocupación y hambre. Fuera de Alemania Stephen Spender y Thomas, Klaus y Erika Mann, entre muchos otros, se sentían más desilusionados que Henry Andrews al ver cómo se desvanecían sus esperanzas de una Europa nueva y unida. La guerra podía ser fría, pero no por ello dejaba de ser una guerra y aún no se había cobrado su última víctima.

15

«Tal vez nuestras muertes os darán una sacudida y prestaréis atención»

División: mayo-octubre de 1949

Cuando la Ley Fundamental germanooccidental fue aprobada el 10 de mayo, Thomas Mann se encontraba atravesando el océano Atlántico a bordo de un barco. Thomas, Katia y Erika se dirigían a Londres para empezar una gira de cuatro meses por Europa. Justo antes de partir de Estados Unidos, Mann había decidido incluir Alemania en su periplo. Iba a aceptar el prestigioso Premio Goethe en Frankfurt a finales de agosto y a ver las ruinas de su antiguo hogar en Múnich. A Erika no le gustaba en absoluto que su padre volviera a Alemania y a Thomas le dolía decepcionarla, pero, después de meses de titubeos, había tomado una decisión. Como en 1949 se conmemoraba el bicentenario del nacimiento de Goethe, Mann ya pensaba dar conferencias sobre «Goethe and Democracy» [Goethe y la democracia] en Londres, Zúrich y Estocolmo, y no le parecía bien hablar de la más alemana de todas las figuras sin visitar el hogar de la misma. Mann era consciente de su delicada salud y del paso de los años, así como de la mala fama que tenía en Alemania. Había llegado el momento de seguir los pasos de su libro y volver a la tierra que le había visto nacer y que Satanás había maldecido.

Justo antes de emprender el viaje, Mann había pronunciado en Washington una versión de su conferencia sobre Goethe. En ella llamó la atención no solo sobre el espíritu europeo y cosmopolita de Goethe (su creencia en una «literatura del mundo»), sino también sobre su entusiasmo por Estados Unidos, adonde en determinado momento había pensado que

tal vez emigraría. Según Mann, la visión que Goethe tenía de Estados Unidos era la de un mundo «de naturalidad, de sencillez y sereno vigor juvenil» muy alejado de la «pesada complejidad secular» y el nihilismo de Europa. Y esta era también la visión de Mann: un país amante de la libertad, extravertido, democrático. Pero era un país en el que tanto él como sus hijos tenían cada vez menos fe. Las sesiones de examen de testigos del Comité de Actividades Antiamericanas continuaban dividiendo a la sociedad norteamericana por la mitad en lo que, al modo de ver de Mann, era «una campaña contra la memoria de Roosevelt»[591].

En marzo se habían formalizado las líneas divisorias en una conferencia celebrada en Nueva York. La Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial atrajo a miles de norteamericanos de izquierdas (el compositor Leonard Bernstein y los dramaturgos Lilian Hellman y Arthur Miller, entre ellos) además de rusos como, por ejemplo, el compositor Dmitri Shostakóvich, para hablar de arte y política en el Waldorf Astoria Hotel. El partidario de la guerra fría Sidney Hook alquiló la *suite* nupcial del hotel y la llenó de anticomunistas como Nicolas Nabokov y el poeta Robert Lowell, entre otros, que organizaron una manifestación con el fin de denunciar que la conferencia era una tapadera que usaban los soviéticos para difundir propaganda comunista entre los norteamericanos. Arthur Miller contó más adelante que, al entrar en el hotel, tuvo que pasar entre dos monjas que rezaban. A juicio de Miller, la conferencia fue en parte un intento de permitir la comunicación entre el Este y Occidente. Sin embargo, pronto resultó evidente que esa comunicación no era posible porque ya no había opciones políticas que elegir: «En el tablero de ajedrez no deja[ba] espacio para una jugada»[592].

Mann envió un telegrama de solidaridad a la conferencia del Waldorf Astoria y fue censurado por Francis Biddle por prestar apoyo a un encuentro «utilizado principalmente como caja de resonancia para la propaganda comunista». Mann se defendió alegando que «gran número de norteamericanos muy inteligentes y distinguidos» compartían sus dudas sobre la política exterior que a la sazón seguía el gobierno de Washington. Una guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética sería una catástrofe y era hora de que líderes intelectuales del Este y de Occidente debatieran los

peligros de la presente situación política sobre «una base puramente cultural y espiritual». Mann no acertaba a ver que hubiese algo discutible en el hecho de aplaudir los discursos de la delegación rusa. «¿Qué tiene de malo tratar de manera amistosa y alentadora a los invitados procedentes de ese gran y extraño país en un intento de demostrar que en Estados Unidos sigue habiendo hoy gran número de personas de buena voluntad?»[593].

Volvía a ser 1933 y esta vez Mann estaba dispuesto a oponer resistencia. Era consciente de lo mucho que tenía que perder en su relación con Erika, a la que ahora estaba decidido a no decepcionar; y también sabía que era posible, incluso ahora, desarraigarse e instalarse en otra parte, aunque significara perder el hogar que amaba. En la rueda de prensa celebrada después de su conferencia sobre Goethe afirmó que era escritor y, por lo tanto, no se podía esperar que no le gustara Rusia. No podía renunciar a las grandes novelas rusas que habían contribuido a dar forma a las suyas; no podía odiar ni a los escritores rusos ni la cultura rusa. Y fue más lejos y defendió a Rusia política además de culturalmente, afirmando que los rusos eran «fundamentalmente reacios a la guerra» y deseaban sinceramente la paz[594].

Para un exiliado que se arriesgaba a perder su muy preciada ciudadanía norteamericana por mostrar entusiasmo por la Unión Soviética, expresar estos sentimientos públicamente constituía todo un acto de valor. Sin embargo, Mann era consciente de que, a juicio de su hija, nunca iría suficientemente lejos. A Erika le hubiese gustado que repudiara totalmente la política exterior de Estados Unidos, que rechazara el premio alemán Goethe y que se negara a volver a Alemania hasta que los alemanes dejasen de permitir que los utilizaran como títeres en la guerra fría. Mann no podía hacerlo. Entre otras cosas, la mayoría de sus lectores estaban en Alemania y Estados Unidos. La edición alemana de *Doktor Faustus* ya iba por la segunda impresión y los críticos habían tratado con respeto la edición norteamericana (si bien algunos reconocieron que se habían aburrido de vez en cuando) y a los pocos días de publicarse ya se habían vendido 23 000 ejemplares. Mann vivía para escribir y, en consecuencia, necesitaba lectores. Además, todavía no estaba dispuesto a perder del todo su influencia en Estados Unidos y conservaba la esperanza de poder quitar

hierro a la situación. Y, si bien había aceptado que la nueva y humilde Alemania que había esperado que surgiera después de la guerra no se había materializado, ahora necesitaba ver con sus propios ojos qué había sido del país; lamentar las ruinas que había recreado en *Doktor Faustus*[595].

Como siempre, Erika Mann se mostró más desafiante y preparada a arriesgarlo todo por sus principios. Para ella seguía siendo la única manera posible de vivir. Asimismo, estaba menos dispuesta a hablar con evasivas que su padre, que era capaz de formular rápidamente opiniones definidas allí donde tenía que andar a tientas para llegar a ellas. A Erika le parecía que los norteamericanos iban camino de la ruina moral y política, a la vez que los alemanes no tenían remedio. En un ciclo de conferencias del invierno anterior había informado a los norteamericanos de que Alemania, contrariamente a lo que decía la propaganda, no había cambiado en absoluto. Se había abandonado la reeducación; se había cortejado, favorecido y empleado a nazis. «La Alemania posterior a Hitler no es menos arrogante, menos nacionalista, más democrática y más digna de confianza que el Reich del káiser y el del Führer». Pero, aunque desaprobaba la decisión de su padre de volver a su nada fiable país de origen, Erika seguía estando dispuesta a acompañarle en sus viajes por Europa, en parte porque Thomas era ahora la única fuerza que centraba su vida. En noviembre Bruno Walter había roto con Erika alegando que quería que la relación entre ellos volviera a su «base natural, esto es, paternal» (en realidad quería embarcarse en una nueva aventura, esta vez con la cantante Delia Reinhardt). Al faltarle Walter, Erika se sintió más apegada a Thomas[596].

La ruptura con Bruno Walter no se tradujo en un mayor acercamiento de Erika a Klaus, cuyo breve regreso a California en diciembre disgustó a Erika. El propio Klaus adoptaba ahora un tono de falsa jovialidad cuando escribía a la mujer a la que ya no podía ver como un alma gemela. «Estoy bien y ni siquiera dejo que el pensamiento de una nueva crisis entre en mi cerebro», afirmó en una carta a Erika y Katia, poco antes de dejar constancia en su diario de que «pensaba en la muerte; la anhelaba, la aguardaba, tenía la esperanza de que llegase… cada una de las horas del largo, tedioso día». Quiso formar una alianza con Erika y protestó como un

maníaco en su nombre contra *Echo der Woche* e incluso demandó al periodista. Pero poco pudo hacer esto por protegerle del aislamiento y la desesperanza. Pasó la primavera de 1949 deambulando por Europa, desarraigado, drogándose y escribiendo una novela titulada *The Last Day* y un ensayo sobre *The Ordeal of the European Intellectuals* [El calvario de los intelectuales europeos]. En ambos describía la difícil situación de los europeos inteligentes en el mundo de la guerra fría[597].

De haberla terminado, *The Last Day* hubiese acompañado a *Doktor Faustus* como novela ambiciosa, ambivalente y fundamentalmente trágica dentro del género de «literatura de escombros extranjera». Es en esencia un intento de investigar si la desesperanza alemana es inevitablemente desesperanza del mundo, si la culpa alemana es una condición humana universal y si el suicidio es la única respuesta posible. En su forma más sencilla, la novela contrasta las experiencias de un emigrante «interior» con las de un emigrante «exterior» y alterna el punto de vista de dos escritores alemanes, uno en Berlín Oriental y otro en Nueva York, a quienes no gusta el opresivo control intelectual que imponen la Unión Soviética y Estados Unidos, respectivamente. Albert es un funcionario cultural inspirado en Becher que vive en Alemania Oriental y es demasiado idealista para la nueva Alemania controlada por los soviéticos. Julian es un exiliado alemán en Nueva York que no puede olvidar que comparte la culpa de su raza y se siente desilusionado por Estados Unidos durante la presidencia de Truman. Un funcionario norteamericano, el coronel McKinsey, desempeña un papel fatídico en la vida de ambos hombres. En Berlín, McKinsey ofrece a Albert la oportunidad de pasarse a Alemania Occidental «sin ninguna obligación»; en Nueva York, escribe a Julian para acusarle de comunista. Alienado por el anticomunismo imperante, Julian se da cuenta de que los burócratas como el coronel ya no quieren la paz y, en vez de ello, llevan al país a la guerra. «Hablan de Libertad y Democracia…, emplean estas palabras elevadas como cebo para atraer, confundir, engañar a las masas[598]».

Julian da vueltas a la idea de publicar un manifiesto en algún periódico comunista, pero es consciente de que no se siente más cómodo con el comunismo que con el capitalismo norteamericano. Va a visitar a un poeta británico inspirado en Auden («a la vez caprichoso y didáctico, con gestos

de pedantería, sonrisa afable y despistada, zapatillas de felpa y uñas muy comidas») que no acierta a darle ninguna respuesta y le dice que el remedio de la desesperación se encuentra en la Iglesia católica. Julian sugiere que la desesperanza misma puede ser una forma de protesta y decide suicidarse. La novela termina con la muerte de los dos hombres. Albert, a punto de escapar a Occidente, es traicionado por su esposa y detenido por oficiales rusos que disparan contra él cuando trata de darse a la fuga («tierra y sangre. Una agonía sucia») y Julian se quita la vida saltando, desnudo, por la ventana después de tratar de abrirse las venas en la bañera[599].

Las escenas que Klaus Mann trazó con mayor detalle son las que describen el declive de Julian. La «súbita certeza» de que quiere morir le llena de entusiasmo, le embarga «como una oleada de gozo, un triunfo» y hace que se sienta fuerte. Le parece que la desesperanza absoluta posee una fuerza tremenda, «un efecto dinámico». Es posible transformarla en «un argumento irresistiblemente persuasivo» porque «un hombre que ha perdido la esperanza se vuelve invencible». Piensa en fundar una «Liga de los Desesperados», un «Club del Suicidio». Entre los demás socios ya están «el humanista austriaco que se quitó la vida en Brasil» (Stefan Zweig) y la «novelista y *femme de lettres* inglesa que se ahogó a propósito» (Virginia Woolf). Su muerte será una forma de protesta que motivará a la elite intelectual de todo el mundo a afiliarse a su organización. Inmediatamente preocupa a Julian la posibilidad de que estas motivaciones «políticas» del suicidio sean una «racionalización» artificial cuando, en realidad, la voluntad de morir es «primaria, elemental». Pero luego decide que es razonable «convertir tus delusiones en algo constructivo»; sublimar el instinto de muerte. «Muero de manera ejemplar: mi muerte es una señal, un desafío, un llamamiento[600]».

Por medio de la muerte de Julian, Klaus revivió con detalles truculentos, casi cómicos, los horrores de su propio intento de suicidio en Los Ángeles. Julian bebe *whiskey* y se mete, desnudo, en la bañera. Examina su cuerpo, se da golpecitos en el pecho, el estómago y los genitales y piensa que no ha hecho suficiente uso de todo ello. Entonces empieza a abrirse las venas con una hoja de afeitar y comprueba que «el sabor de la muerte es amargo […] mi baño púrpura, mi baño de sangre. El

agua se tiñe de rojo mientras intenta abrirse la muñeca derecha y luego, con mejor fortuna, la izquierda. Pero la vena se contrae y la sangre deja de manar. Sale de la bañera, cruza corriendo la habitación y, chorreando sangre y agua, trata de abrir la ventana»[601].

Klaus dijo a un amigo que afrontaba «el asunto del suicidio» en su novela porque era «más tedioso y más doloroso, pero, por una razón u otra, más honorable que hacerlo en realidad». Durante la guerra, escribir sobre su propio deseo de muerte en su autobiografía había resultado ser para Klaus una manera de protegerse y no ceder ante la desesperanza. Ahora escribir ya no era suficiente, debido en no poca medida a que la desesperanza obstaculizaba la novela. «No escribo, sino lucho» es una típica anotación en su diario que describe sus progresos con el libro. Su motivación era incluso más baja que de costumbre porque sus probabilidades de publicar parecían disminuir. Acababa de recibir la noticia de que los germanooccidentales no estaban dispuestos a reeditar *Mefisto* por ser tan obvio que se trataba de un retrato satírico de Gustaf Gründgens y «el señor Gründgens interpreta un papel muy importante aquí». Resultaba más difícil dedicar energías a escribir un libro nuevo cuando al mundo había dejado de interesarle la obra que ya existía[602].

Pasó el mes de abril escribiendo en Cannes, donde el tiempo inusitadamente desapacible y lluvioso contribuyó a que su pesimismo fuera en aumento. «Lluvia […] el tiempo es casi tan malo como mi estado moral y físico», escribió en su diario el 3 de mayo. Todavía trataba de mostrarse despreocupado al hablar de sus dificultades en las cartas a su hermana, a la que hizo saber alegremente que iba a dejar las drogas y pensaba enviarle la morfina que le quedaba, aunque debía tomar las «*mayores precauciones*» porque era una cosa soporífera: «No te la tomes antes de los actos sociales, solo en pequeñas dosis antes de acostarte». Pero dos días después ingresó en un sanatorio de Niza para desintoxicarse. Mientras Thomas, Erika y Katia atravesaban el océano, Klaus pasaba por un periodo de insomnio y lágrimas al intentar librarse de las drogas que ahora le proporcionaban sus únicos momentos de felicidad[603].

El 14 de mayo Klaus salió del sanatorio y se encontró bajo el sol resplandeciente de Niza en primavera. Escribió a su madre y su hermana,

que estaban en Londres, para decirles que había vuelto a nacer y era «un chico casi recuperado y casi totalmente sano». Volvía a trabajar; le habían dicho que su ensayo *The Ordeal of the European Intellectuals* sería publicado por *Tomorrow* en junio; «Todavía me aqueja la espantosa diarrea y duermo poco, pero ¿quién se quejaría de semejantes bagatelas?». Klaus se había enterado (por un amigo en vez de por su padre) de la próxima visita de Thomas Mann a Alemania y procuró dar la impresión de que le parecía bien. La visita coincidiría con la fundación del Estado germanooccidental (se había previsto celebrar elecciones a mediados de agosto), de modo que sugirió que Alemania Occidental haría bien en ofrecer la presidencia a Mann. «El destino del poeta sería completo, sería un bonito colofón para las biografías». Mann era el hombre ideal para el cargo porque era aceptado en ambas zonas, alabado en Occidente y reconocido cortésmente en el Este. Y Klaus disfrutaría imponiendo las convicciones políticas de la familia a la nación: «Me aseguraría de que solo a los homosexuales se les diera poder, se legalizaría la venta de morfina con fines medicinales y residirá en calidad de eminencia gris en Bad Godesberg mientras papá bebe vino del Rin con el delegado ruso en Bonn»**[604]**.

Pero al cabo de dos días había vuelto la lluvia y Klaus se inyectaba drogas una vez más, si bien escribió en su diario que se trataba solo de una «recaída sin importancia». Aquella noche Thomas Mann pronunció una conferencia en la hebrea Biblioteca Wiener de Londres sobre la necesidad de recordar el periodo nazi. Los alemanes tenían tendencia a olvidar y ocultar los doce años de nacionalsocialismo. Recordar los crímenes de aquellos doce años parecía poco diplomático y antipatriótico. «Pero los alemanes deberían recordar y, a partir de este recuerdo, deberían crear el impulso de hacer bien otra vez lo que otrora hicieron mal». A Klaus le hubiese gustado este mensaje si hubiera podido oírlo, pero no había comunicación entre él y su padre, e incluso Erika mandaba solo misivas enérgicamente condescendientes y no tenía previsto visitar a su hermano en Cannes. «Si uno toma constantemente píldoras para dormir, ¿cómo va a dormir?», le preguntó el día en que su padre daba la conferencia. «Y ahora, por supuesto, estás en la miseria y te sientes desgraciado y si lo que escribes

no funciona bien enseguida te dices que nunca funcionará bien y te sientes aún más deprimido[605]».

El 20 de mayo de 1949 Klaus aseguró a Katia y a Erika que «estaba bien» y a punto de volver a su novela. En Cannes la lluvia había dado paso al granizo y los truenos, pero Klaus se sentía optimista y esperaba ver a Erika en Austria en el verano. Envió a sus padres y a su hermana «todo el amor, sinceridad, belleza» del «amoroso, sincero, bello Klaus». Poco después de la medianoche emprendió la tarea de matarse con una sobredosis de tabletas para dormir. El personal de limpieza del hotel le encontró inconsciente en su habitación con los nombres de su madre y su hermana garabateados en un papel. Le llevaron rápidamente a un hospital, pero murió a las pocas horas. Una amiga que le visitó poco después dijo a la familia que le impresionó la expresión infantil de deseo cumplido que vio en su rostro. Por fin había alzado el vuelo en la cuna con alas de sus sueños[606].

Erika, Thomas y Katia Mann recibieron la noticia de la muerte de Klaus en Estocolmo. Thomas escribió en su diario que pasaron la noche unidos en el dolor, hablando de la irresistible compulsión de muerte de Klaus. A esas alturas, el dolor de Thomas se componía más de compasión por su esposa y su hija que de tristeza por la pérdida de su hijo. «Mi preocupación y mi compasión están con el corazón de su madre y con E. Él no debería haberles hecho esto […]. El daño: desagradable, cruel, temerario e irresponsable».

Se preguntaron si debían interrumpir su viaje, pero decidieron que Thomas continuaría dando sus conferencias y cancelarían únicamente los compromisos sociales. «Nos pareció mejor, después de todo, que Tommy completara el ciclo de conferencias», dijo Katia a Heinrich Mann, su cuñado, y añadió que el deseo de morir de Klaus era evidentemente irreprimible: «Un día u otro tenía que cumplirse»[607].

Durante los siguientes días «velados» Thomas se vistió de luto y dio conferencias en auditorios con llenos absolutos y Erika lloró en el hotel. «Estos son días tristes», dijo Thomas a Heinrich, y le contó que los asistentes a su conferencia se habían levantado en silencio al entrar ellos.

Seguía sintiendo más pena por Erika que por sí mismo: «Me duele tanto ver a Erika siempre llorando. Se siente abandonada, ha perdido al compañero al que siempre trataba de tener apretado contra ella. Cuesta entender cómo fue capaz Klaus de hacerle esto. ¡Qué desquiciado debía de estar en aquel momento! Pero probablemente desde hacía mucho tiempo era su anhelo más hondo y nos dijeron que su rostro, una vez muerto, tenía la expresión de un niño cuyo deseo se ha cumplido»[608].

Como siempre, tanto Thomas como Erika experimentaron la turbulencia emocional físicamente. Erika contrajo gripe y Thomas sufrió problemas de estómago y flojedad de los intestinos. Erika viajó sola a Amsterdam antes de reunirse con sus padres en Zúrich, donde se encontraron con el resto de la familia, incluido Frido, cuyas recitaciones de poesía y trucos de magia proporcionaron a Thomas un breve consuelo. Erika siguió llorando, especialmente cuando llegaron desde Cannes la maleta, la máquina de escribir y las chaquetas de Klaus. Thomas ya había decidido acortar su estancia en Europa y la familia intentaba decidir si debía visitar Alemania como estaba previsto (las autoridades de Frankfurt se habían brindado a adelantar la ceremonia y celebrarla en julio en lugar de en agosto). Thomas accedió a ir a Frankfurt e incluso empezó a pensar en una visita a Weimar, toda vez que Alemania Oriental le había ofrecido su propio Premio Goethe, además de otorgar a Heinrich Mann el primer Premio Nacional Alemán al Arte y la Literatura e invitarle a volver a Berlín Oriental en calidad de presidente de la Academia de las Artes Alemanas. Erika continuaba oponiéndose a que su padre regresara a Alemania, lo cual aumentó el distanciamiento entre ellos. Thomas le dijo que su actitud no era razonable y que Klaus no hubiera sido tan inflexible. «Por eso se mató», replicó Erika, «lo cual es lo que ahora no haré yo. Eso es un consuelo, aunque no muy grande[609]».

Erika creía que la visita de su padre a Alemania significaba traicionar a Klaus, porque Alemania había sido responsable en parte de su muerte. En el manuscrito de *The Last Day*, que Erika leía en esos momentos, Julian dice que quiere morir porque «matamos a aquellos judíos —¿a cuántos? A cinco millones, ¿o fueron seis?— en las cámaras de gas […]. Es verdad, me fui de

Alemania mucho antes de que los alemanes cometieran aquellos crímenes horribles […]. Pero yo era uno de ellos. Es mi culpa. No puedo soportarla».

Julian tiene sangre en las manos incluso antes de que se abra las venas. La Alemania de Hitler había implicado a Klaus en una culpa colectiva que a él le parecía que necesitaba desesperanza colectiva. La Alemania de la posguerra lo había rechazado, le había robado la confianza en sí mismo como escritor y le había quebrantado el espíritu. Quizá Klaus era consciente de que pensar que su suicidio tenía una motivación política representaba sublimar el instinto de muerte, pero ennoblecer su muerte era el último servicio que Erika podía prestar a su hermano y buscó refugio en prestárselo concienzudamente[610].

Por supuesto, la propia Erika había contribuido a crear el sentimiento de rechazo y desesperanza de Klaus y ahora se arrepentía de ello, aunque Thomas se quejaba de su «amargada tergiversación de las cosas relacionadas con Klaus pero también con su propia vida». Recordó a su hija la expresión de contento infantil que mostraba Klaus una vez muerto, pero a ella esta imagen le resultaba horriblemente dolorosa además de consoladora. De niños, Erika había velado el cuerpo dormido de su hermano menor para protegerlo. La continua mención de la gracia infantil del Klaus muerto la obligaba a recordar la piel tersa y los rizos rubios del niño y a superponerlos a la imagen ajada y los cabellos ralos de la madurez. Ahora lloraba al niño tanto como al hombre. Aunque encontraba cierto alivio en saber que durante tantos años Klaus había anhelado volver a su cuna, era una pena que esta vez fuese una cuna que Erika no podía compartir. No es extraño que la descripción más franca de su dolor la hiciese en una carta que escribió a Pamela Wedekind, antigua compañera de los dos en sus primeros tiempos en Berlín de la que Erika no había sabido nada desde hacía mucho tiempo. «A pesar de los años de separación y del triste distanciamiento, tú sabes y puedes calcular lo que esta muerte significa para mí», dijo Erika a su antigua amiga y amante a mediados de junio. «Cómo debo vivir ahora es algo que no sé, solamente sé que tengo que vivir[611]».

Durante las semanas siguientes Thomas planeó su visita a Alemania y tanto sus síntomas médicos como los de Erika proliferaron. Erika sufrió un

«ataque de nervios al corazón», como lo llamó Thomas, a finales de junio y luego un periodo de vómitos y fiebres en julio. Thomas seguía quejándose del estómago y empezó a sufrir fuertes hemorragias por la nariz que los médicos trataron con taponamientos, inyecciones (para incrementar la coagulación de la sangre) y cauterizando luego el vaso sanguíneo. Katia, por su parte, resbaló y se lesionó una rodilla, pero las dolencias de su marido eclipsaron las suyas[612].

Thomas ya había decidido visitar Weimar además de Frankfurt y Múnich, aunque era consciente de que un viaje a la zona oriental podía indisponerle con las autoridades norteamericanas y aumentar las probabilidades de que el Comité de Actividades Antiamericanas llevase a cabo una investigación. Se sentía horriblemente dividido. En cierto modo el viaje a Alemania se había convertido en una traición tanto a Klaus como a Erika. Sin embargo, volver a Alemania también le parecía la única manera digna de llorar la muerte del hijo, de la cual también él culpaba en parte a la patria demoniaca que tenían en común. En una carta que escribió a Hermann Hesse en julio, Thomas reconocía con tristeza que había contribuido al declive de Klaus: «Mi relación con él era difícil y no dejaba de haber en ella sentimientos de culpa, porque mi existencia misma lo ensombreció desde el principio». Ahora estaba afligido pero no podía hacer como Erika y sacrificarlo todo en el altar de su hijo muerto. Pensaba que era necesario que algún miembro de la familia conservase los vínculos con los diversos países a los que pertenecían. No podían hacer como Klaus y sumirse en un estancamiento espiritual y no le convenció la sugerencia de Erika de trasladarse a Suiza[613].

Mientras esperaba ansiosamente el momento de emprender el viaje a Alemania el 23 de julio, Thomas pasaba sus días sufriendo hemorragias y leyendo reseñas hostiles de *Doktor Faustus* en la prensa alemana. Después de anunciarse que Mann había recibido los dos Premios Goethe, *Die Zeit* había publicado un artículo que tachaba su novela de «estudio psicoanalítico sazonado con resentimiento político y personal» a cargo de un hombre que no había conseguido captar la esencia de la música, lo cual provocó inmediatamente otro debate enconado sobre su autor. Finalmente llegó el día de partir y Thomas y Katia se despidieron de Erika, que se

disponía a volver a Amsterdam. En su carta de 1945 a Von Molo, Thomas Mann había dicho que soñaba con que algún día sentiría bajo los pies el suelo de su viejo hogar y que todos sus años de amor le habían preparado para vencer cualquier sensación de distanciamiento. Ahora había llegado el día de su retorno, de su nariz seguía manando sangre, sus enemigos se preparaban para combatirle públicamente y Mann se sentía como si estuviera a punto de irse a la guerra[614].

Mann llegó a Frankfurt el 24 de julio de 1949 en un tren procedente de Basilea. Después de cuatro años, finalmente se encontraba ante las casas destruidas por el fuego y las calles arrasadas con las que ya se había familiarizado por medio de la literatura, las fotografías y las películas. Los escombros podían estar apilados pulcramente, encerrados eficientemente entre paredes provisionales, pero Frankfurt seguía estando destripada por la destrucción que Mann había dicho que «clamaría al cielo si no fuéramos nosotros mismos los que la sufrimos cargados de culpa». Una tras otra, las ciudades alemanas le mostraban las ruinas de todo aquello en lo que él había creído, espiritual y artísticamente. Era un marco apropiado para llorar tanto la pérdida del mundo de su juventud como al hijo al que había amado[615].

Alemania se encontraba ahora dividida firmemente y resultaba obvio que era solo cuestión de semanas que se formaran legalmente los dos Estados. En junio el Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores se había reunido una vez más en París y no había encontrado ninguna forma de solucionar la cuestión de Berlín porque los aliados occidentales no pudieron aceptar la solicitud del veto que hicieron los soviéticos. Al mismo tiempo, el Consejo Parlamentario fijaba los procedimientos que deberían seguirse para celebrar elecciones en Alemania Occidental y los líderes del Partido Comunista (SED) en Alemania Oriental elegían un nuevo Volksrat (Consejo del Pueblo) que formaría la base de un nuevo gobierno en el Este. Wilhelm Pieck (copresidente del SED con Otto Grotewohl) pidió a Stalin que ayudara a formar «un nuevo gobierno alemán […] lo antes posible». Los

rusos respondieron al fracaso del encuentro de París bloqueando de nuevo los accesos por tierra a Berlín el 11 de julio[616].

Para muchas de las personas que participaban en la formación de los nuevos estados alemanes era un momento de esperanza. Para Mann era una señal de que su ideal de una *Kulturnation* que, al igual que el Ave Fénix, renacería de sus propias cenizas había fracasado. No obstante, su respuesta a la inminente división del país fue afirmar que hablaba en nombre del poder trascendente de la lengua y la literatura alemanas. En su discurso de aceptación del Premio Goethe en la iglesia de San Pablo, en Frankfurt, anunció que no reconocía ninguna zona: «Mi visita es a Alemania misma, Alemania en conjunto, y no a ninguna zona ocupada. ¿Quién daría fe de la unidad de Alemania y la proclamaría sino un escritor independiente cuyo verdadero hogar cultural, como he dicho, es la lengua libre, no afectada por ocupaciones?».

Al describir su exilio alemán —aquellos «meses deambulando de un país a otro»—, proclamó que su lealtad a la lengua alemana seguía viva. Este era «el hogar verdadero que no se puede perder y del cual ningún potentado podía echarle». Ahora se presentaba ante ellos como «un pobre hombre que sufría» y trataba de sobrellevar los dolores de parto de esta nueva era. Les aconsejó que hicieran como él y vieran en Goethe a «un poeta y un hombre sabio, amigo de la vida, héroe de la paz» que reunía lo demoniaco y lo divino y que era un dechado del género humano[617].

Ciertamente, si alguna figura era capaz de superar la división de Alemania en zonas, era Goethe, como demostró el entusiasmo con que ambos estados incipientes celebraron su bicentenario aquel verano. En la anterior primavera, Grotewohl había dicho a un grupo de jóvenes alemanes que Goethe era «el símbolo de nuestra cultura nacional unificada» y la esperanza de «la más alta expresión de la conciencia nacional moderna». Desde el final de la contienda, alemanes de todo el espectro político venían loando a Goethe como el escritor transnacional amante de la paz que se encontraba en la mejor posición para mostrar a Alemania el camino para volver a la rectitud. En su carta de 1945, Thiess había asegurado a Mann que ahora que el seductor había sido destruido, los alemanes no tenían más Führer que Goethe, «esa estrella de la autoridad alemana en el mundo que

ahora brilla con más intensidad que nunca». Un año después, el historiador Friedrich Meinecke publicó un libro en el que apuntaba que la mejor esperanza de salvación que tenían los alemanes consistía en fundar «comunidades de Goethe» que se reunieran semanalmente e instaurasen «algo indestructible: un *character indelebilis*» alemán en medio de las ruinas de su patria. De hecho, el culto de Goethe llegó a tal extremo que cuando Karl Jaspers fue galardonado con el Premio Goethe de Frankfurt en 1947 se sintió obligado a advertir a los presentes que dicho culto se había vuelto tan servil que privaba a los alemanes de su independencia intelectual («El mundo de Goethe es el pasado […] no es nuestro mundo»), lo cual provocó las iras de Ernst Robert Curtius entre otros[618].

Mann tenía razón, pues, al pensar que su entusiasmo por Goethe llegaría a oídos receptivos en el Este y en Occidente. Era prometedor para la unidad cultural que tanto Frankfurt como Weimar (las ciudades donde Goethe había nacido y fallecido, respectivamente) decidieran honrar al propio Mann con su Premio Goethe. Y si alguien podía afirmar que tenía autoridad para hablar en nombre de Goethe, era tal vez Mann: Mann, cuyo *Doktor Faustus* «era reconocido a regañadientes, incluso por sus enemigos, como la primera gran novela alemana de la posguerra»; Mann, que seguía siendo uno de los grandes escritores alemanes cuyas principales obras abarcaban en su totalidad los cuarenta y nueve años de su turbulento siglo y que había publicado en el mismo siglo que Goethe.

No obstante, parecía demasiado fácil que Mann llegase de fuera y afirmase que las fronteras entre las zonas debían verse como algo que carecía de importancia. Se trataba de un lujo que solo era posible si habías fijado tu residencia en California, como se apresuraron a señalar los periodistas durante los días siguientes. No podían saber que Mann tenía que decir esto; que sabía tan bien como ellos que la guerra fría hacía que una *Kulturnation* unificada fuera imposible, pero que él tenía que intentar crearla aunque fuese solo como una manera de señalar su pérdida. Esto era todo lo que le quedaba en un mundo que parecía necesitarle mucho menos que cuando, durante la guerra, se le requería de forma apremiante a representar la cultura alemana en el exilio. Y era asimismo una manera de prometer que sería fiel a su hijo muerto y a su hija ausente y lucharía por el

concepto que ambos tenían de Alemania incluso si dicho concepto no podía tener ningún lugar en el nuevo panorama político. «Nosotros sabemos que existe», habían insistido Klaus y Erika en el año 1940, «esta “otra Alemania”, y es nuestro sincero deseo que pronto se haga sentir». Luego habían pedido a sus «amigos norteamericanos» que ayudasen a Alemania y a Europa a encontrar «el camino de la paz y la colaboración creativa»; a permitir que la *Kulturnation* se reafirmara y guiara a Europa hacia la paz. Thomas Mann no podía hacer nada excepto sumar sus esperanzas a las suyas**[619]**.

Mann viajó en un Buick con chófer de Frankfurt a Stuttgart y luego a Múnich el 28 de julio. Decidió no visitar su casa, pero fue imposible evitar los recuerdos o las ruinas. «La ciudad, un pasado hecho jirones, pocos ánimos para verla», escribió en su diario. Más adelante dijo a un amigo que el espectáculo de las ruinas había sido demasiado para él: «Tiene algo de sobrenatural ver cómo toda esta parte de un pasado ya superado reaparece en un estado lamentable, con los rostros de las personas tan envejecidos, y tuve que mirar hacia otro lado muchas veces». En esta carta Mann afirmaba que era demasiado insensible para que le importase el pasado. No quería ponerse sentimental y pensar demasiado en los tiempos perdidos y prefería vivir en el presente y ocuparse de cosas nuevas. En realidad, se había ocupado mucho de estas mismas ruinas en *Doktor Faustus*, con cariño y tristeza. No fue por falta de sentimientos sino por miedo a sentir demasiado que se negó a visitar la casa en la que se había enamorado del pelo alborotado y el cuerpo esbelto del hijo que acababa de morir**[620]**.

Mann se concentró en ver los lugares oficiales, guiado por burócratas y escoltado siempre por policías. Al visitar los distritos ricos de Múnich en calidad de invitado de honor, le impresionó la vida próspera que ahora era posible llevar en medio de los escombros. La reforma monetaria había salido bien y en los comercios abundaban los artículos, aunque seguían sin estar al alcance de la mayoría de los alemanes. De hecho, durante su visita a principios del verano Rebecca West había sentido repulsión al ver las enormes tartas de nata que se comían en toda Alemania Occidental, dado que semejante lujo no se encontraba en Inglaterra. Posteriormente, Mann comentaría que «ver que hasta en los restaurantes modestos de Múnich se

podía comer a la carta debía de despertar curiosos sentimientos en un inglés»[621].

Poco antes de la visita de Mann a Weimar los periódicos germanooccidentales publicaron quejas porque el escritor no había protestado contra la negativa de Alemania Oriental a permitir que la Sociedad para Combatir la Inhumanidad visitara Buchenwald, el campo de concentración situado cerca de Weimar donde los comunistas encarcelaban ahora a los enemigos del Estado. Cuando los periodistas le hicieron preguntas al respecto, Mann defendió su decisión de no denunciar ni visitar Buchenwald. El propósito de su visita a Weimar era simbolizar la unidad fundamental de Alemania y no convenía presentar a las autoridades germanoorientales exigencias que no podrían satisfacer.

Camino de Alemania Oriental, Mann se detuvo en Bayreuth, donde vio que los últimos en firmar en el libro de registro del hotel Bayerischer Hof habían sido Hitler, Himmler y Goebbels. Dejó dieciséis páginas en blanco entre sus nombres y el suyo por los dieciséis años que había durado su exilio. Tras cambiar su sombrero de fieltro por una gorra de paño más apropiadamente socialista, viajó en coche a Weimar y cruzó la frontera acompañado por Johannes Becher. El 1 de agosto Eugen Kogon, historiador y exprisionero en Buchenwald, publicó en el *Schwäbische Landeszeitung* una carta abierta en la que condenaba la presencia de Mann en Alemania Oriental y declaraba que «no podía haber neutralidad ante la inhumanidad». Los doce mil prisioneros políticos de Buchenwald no podían elegir la zona en la que vivir. Esta era la «terrible verdad y la terrible realidad en todas las zonas ocupadas donde tenemos que vivir». No podían vivir en una «Alemania unificada» ni en la «libre lengua alemana»[622].

Aquel día Mann desayunó con Tulpanov, al que encontró culto y cortés. Conversaron sobre literatura rusa y alemana, Tulpanov habló favorablemente de la situación en Alemania Oriental y dijo que pronto se necesitarían pocas injerencias por parte de las autoridades de ocupación. Mann no hizo más preguntas. Si estaba allí en calidad de embajador cultural, su papel consistía sencillamente en fomentar la amistad entre el Este y Occidente. En su fuero interno ya no se creía capaz de cambiar nada

en Alemania con sus declaraciones, aunque todavía albergaba la esperanza de poder ejercer alguna influencia con sus novelas.

Por la noche se le hizo entrega del Premio Goethe en el Teatro Nacional de Weimar, donde dos mil personas se apretujaron en el auditorio para oírle repetir el discurso que había pronunciado en Frankfurt. Mann no aludió ni una sola vez a la situación política de Alemania Oriental y tampoco manifestó de manera explícita su lealtad política como norteamericano, aunque llevaba en el ojal el diminuto emblema de la American Academy of Arts and Letters. Más adelante afirmó que había hablado como norteamericano al declarar que en toda revolución social los apreciados logros de la humanidad —la libertad, el derecho y la dignidad del individuo — debían ser preservados como una obligación sagrada y transmitidos a las futuras generaciones, y que esperaba que «de la crisis actual surja un nuevo sentimiento de solidaridad humana, un nuevo humanismo»[623].

En Frankfurt, Mann había donado el dinero del premio a un fideicomiso que ayudaba a los escritores alemanes. En Weimar donó el dinero a un fondo para la reconstrucción de la iglesia Herder y explicó que en la zona oriental el gobierno cubría las necesidades de los trabajadores intelectuales y mimaba a los que no perseguía. En Alemania Oriental, más que en Occidente, Mann fue agasajado como una celebridad, lo cual, a su modo de ver, significaba que en este lado del telón de acero el poder de las letras gozaba de mayor respeto. Había multitudes en las calles y los niños de las escuelas colmaban a Mann de flores y guirnaldas y agitaban banderas en su honor[624].

Mann regresó a Frankfurt vía Bad Nauheim y luego fue en tren a Amsterdam. Faltaba poco para que terminara su viaje. Había superado la prueba sin sufrir hemorragias mientras pronunciaba conferencias ni venirse abajo a causa de la tristeza. Había visto las ruinas que tanto afligieron a Klaus, Erika y Golo cuatro años antes y había hablado con gente que él, al igual que Erika, creía que estaba manchada con la sangre de su hijo y de los millones de personas asesinadas en los campos de concentración y de exterminio. No había visto nada que aliviara su tristeza, lo cual se debía en parte a su continua lealtad a Erika y a Klaus, cuya desilusión pareció verse corroborada repetidamente por lo que veían en Alemania. Pero había

afrontado algo que ellos no podían afrontar y había reconocido su propia y atormentada afinidad con la Alemania contemporánea en unos momentos en que Erika no podía hacerlo. Ahora se sentía demasiado agotado para leer mientras, sentado en silencio, esperaba que Katia terminara de hacer las maletas para regresar a California. Finalmente, el 6 de agosto embarcaron con destino a Nueva York en el vapor *New Amsterdam*, donde ocuparon un camarote grande y práctico y Mann podía leer sentado en un banco en cubierta. Hicieron una breve escala en Le Havre y Mann escribió en su diario una crónica del viaje en la que evocaba «las numerosas aventuras y el extraño y variado viaje interrumpido por el dolor y el terror en aquella inmensa habitación de Estocolmo». Acababa de recibir una carta de Erika, que parecía más fuerte aunque desde hacía un tiempo sufría a causa de una hinchazón de los pies y las piernas. Pronto se reunirían entre las palmeras y las flores de California, más apesadumbrados que al emprender el viaje[625].

En el periodo posterior a la partida de Thomas Mann de Alemania, se progresó rápidamente en la creación de los dos estados nuevos. El 14 de agosto se celebraron las primeras elecciones en la incipiente República Federal de Alemania. Los dos contendientes principales eran la conservadora Unión Cristianodemócrata (CDU) de Konrad Adenauer y el izquierdista Partido Socialdemócrata (SPD) de Kurt Schumacher, que había dominado la República de Weimar. Durante la campaña electoral, Schumacher abogó por la creación de un país de economía socialista, mientras que Adenauer se mostró más dispuesto a seguir sumisamente las indicaciones de las potencias ocupantes. Al final, los márgenes fueron muy estrechos. El SPD obtuvo el 29,2 por ciento de los votos y la CDU, el 31 por ciento. Algunas figuras poderosas de la CDU querían una coalición con el SPD, pero Adenauer prefirió una coalición con los partidos pequeños que habían obtenido el restante tercio de los votos. En septiembre, el propio Adenauer fue elegido canciller por una pequeña mayoría y Theodor Heuss fue nombrado presidente, cargo en gran parte ceremonial.

El 20 de septiembre, Adenauer pronunció su primer discurso en el Bundestag de Bonn, donde iba a tener su sede el Parlamento germanoccidental, y anunció la formación del nuevo gobierno. Al día siguiente los altos comisarios (antes gobernadores militares) se reunieron

con Adenauer para celebrar una ceremonia oficial que ponía fin al Gobierno Militar y reemplazar este por un gobierno civil. Por primera vez desde la guerra, funcionarios alemanes fueron recibidos con un saludo militar oficial por miembros de las policías militares estadounidense, británica y francesa. El alto comisario francés, André François-Poncet, informó a Adenauer de que: «Alemania Occidental —lamentamos no poder decir toda Alemania— posee hoy los medios que deberían permitirle tomar en sus propias manos la dirección de su propio destino»[626].

A comienzos de octubre se instauró un Estado nuevo en Alemania Oriental. El día 7 el Congreso del Pueblo anunció la fundación de la República Democrática Alemana (RDA) y la elogió como «poderoso baluarte en la lucha por los logros del Frente Nacional de la Alemania Democrática». Al principio el Volksrat (Consejo del Pueblo) sirvió de Volkskammer (Cámara del Pueblo) provisional y Grotewohl recibió el encargo de formar gobierno. Al día siguiente la administración militar soviética aprobó la lista de altos funcionarios que constituían el gobierno provisional y Pieck y Grotewohl fueron luego elegidos primer presidente y primer jefe de gobierno de la RDA, respectivamente. En su discurso inaugural Pieck afirmó que el pueblo alemán era requerido a «destruir» los planes de las potencias occidentales y no debía descansar hasta «que se restaure la unidad de Alemania y se recuperen todos los territorios»[627].

Thomas Mann se sintió al principio relativamente optimista acerca del nuevo gobierno germanooccidental. «Podría salir bien», escribió en su diario el 8 de septiembre. Pero Erika estaba convencida de que Alemania Occidental recuperaría rápidamente su excesivo poder e intimidaría al resto de Europa hasta someterla otra vez. Y también a Thomas le preocupaba que Alemania se renazificara y que Alemania Occidental pronto fuera fascista. «Parece que programé mi visita “a última hora”», dijo a un amigo. Expresó su inquietud en un artículo sobre su viaje a Alemania que publicó *The New York Times* a comienzos de octubre. Describía en él sus «impresiones morales de Alemania», donde la mayoría de la gente parecía vivir de acuerdo con el lema «¡Todo era mejor con Hitler!» y carecer de verdadera fe en la democracia. Afirmó que la actual «constelación desafortunada» de tensión de la guerra fría favorecía a los elementos malos de Alemania al

tiempo que hacía daño a los buenos y a renglón seguido defendió algunos aspectos de Alemania Oriental[628].

Al explicar por qué había decidido donar el dinero del premio germanooriental para la reconstrucción de la iglesia y no para ayudar a los escritores, Mann declaró que el comunismo ruso era «muy consciente del poder del intelecto» y que incluso la regimentación de los intelectuales era «una prueba de estima». Escribió con respeto sobre la buena voluntad y el idealismo de muchos funcionarios germanoorientales. Uno de ellos le había impresionado de forma especial en Weimar por su integridad, por su amor al trabajo y porque se enorgullecía de que la reconstrucción de Alemania Oriental se hubiese logrado sin ayuda extranjera. Mann veía esto como «un indicio del honor del Viejo Continente», un desafío nostálgico lanzado desde «una Europa a la que no se podía comprar, que dejaría de ser la mantenida del hombre de las grandes bolsas de dinero». En su receptividad a Alemania Oriental, Mann se definía a sí mismo como «no comunista en lugar de anticomunista». Se negaba a participar en la «rampante histeria» de la persecución desencadenada contra los comunistas, pero estaba comprometido con la paz en un mundo cuyo futuro «hacía ya tiempo que era inimaginable sin rasgos comunistas»[629].

Como era de esperar, el artículo fue recibido con críticas. «El hecho de que estemos metidos en una guerra fría de ideas carece de importancia para Thomas Mann», se quejó un lector. «Ni siquiera dice que se opone al estado totalitario», dijo otro. A Mann le dolía ver que su popularidad en Estados Unidos disminuía. Al regresar a San Remo Drive después de su viaje a Europa, había descrito en su diario el «gozo del hogar, el gozo de estar en lugar seguro, lejos del mundo, que podía continuar chillando». En Alemania había expresado de manera explícita su lealtad como norteamericano, había instado a los alemanes a no subestimar la vida cultural en Estados Unidos y había elogiado la literatura norteamericana contemporánea. Pero mientras Erika bregaba con las autoridades norteamericanas (que ponían trabas a la obtención de la ciudadanía), Thomas pensaba con mayor frecuencia en mudarse a Suiza y hacía todo lo posible por demostrar que era hombre de principios, como quería Erika, y criticaba públicamente a su patria adoptiva[630].

Las relaciones entre Thomas y Erika seguían siendo tensas. A Erika le gustó el artículo de su padre para el *New York Times*, pero continuaba sumida en la tristeza a causa de la muerte de Klaus y se enfadaba con todos los que no escribían sobre su difunto hermano. Seguía dedicando gran parte de sus energías a convertir la muerte de Klaus en un acontecimiento significativo. Mientras Thomas escribía su artículo para el *New York Times*, Erika traducía e intentaba reeditar el ensayo de su hermano «The Ordeal of the European Intellectuals». En octubre pronunció una conferencia en la que entrelazó el texto de Klaus con sus propias palabras y habló con la voz dual que habían compartido en otro tiempo[631].

El ensayo de Klaus se extendía sobre los temas que había tratado en *The Last Day* y describía la falta de esperanza de los intelectuales sinceros en el mundo de la posguerra. La versión inglesa publicada en *Tomorrow* justo después de su muerte presenta a los «hombres y mujeres pensantes» de las dos Europas, la oriental y la occidental, como «un grupo inseguro, perplejo», para el cual las consignas salidas de Rusia y Estados Unidos que resuenan en el aire están vacías. Muchos de ellos buscan consuelo en los documentos antiguos del hinduismo, en la Biblia, en los escritos de Lenin o en la filosofía existencialista de Sartre. Algunos han acudido al comunismo y algunos, al anticomunismo, pero ninguno puede creer en el progreso. Mientras la civilización se tambalea «bajo el ataque de la barbarie racionalizada» a ellos les resulta imposible describir o racionalizar el mundo de pesadilla de Auschwitz. Los amos del mundo tartamudean, capaces de subscribir solo el «No puedo conectar / nada con nada», de T.S. Eliot[632].

La versión inédita y más larga del ensayo, la que Erika traducía ahora al alemán, contiene una velada alusión al Club del Suicidio que Julian deseaba fundar en la novela de Klaus. Este termina con las declaraciones de un estudiante imaginario y sin derecho a voto que se queja del desastre en que han convertido el mundo que ha de heredar. Ante las condiciones desesperadas que le rodean, sugiere que se necesita una nueva rebelión de los que no tienen esperanza. «Centenares, incluso miles de intelectuales deberían hacer lo que Virginia Woolf, Ernst Toller, Stefan Zweig o Jan Masaryk han hecho», dice, abogando así por una oleada de suicidios que

«dé a la gente una sacudida que la haga salir de su atontamiento», que la haga comprender «la fatal gravedad de la plaga que el hombre mismo ha creado con su ignorancia y su egomanía»[633].

En las notas para *The Last Day*, Julian piensa en escribir «una novela que abogue por el suicidio como única solución decente y lógica…, el Werther de nuestro tiempo» antes de sacar la conclusión de que «los libros ya no tienen semejante poder» y, además, está demasiado cansado. Klaus era demasiado consciente de sí mismo para ver su deseo de muerte como algo francamente político. Al leer sus diarios, cuesta ver su muerte como resultado de algo que no sea la soledad, el agotamiento y la decepción del fracaso. Sin embargo, en su conferencia de octubre, Erika rindió homenaje a los hombres y las mujeres que se habían suicidado y lo elogió como un valeroso acto político. Después de trazar en líneas generales los argumentos del ensayo de Klaus, describió la reciente ola de suicidios. Su lista de intelectuales muertos se hizo eco de la de Klaus: Woolf, Toller, Zweig y Masaryk, pero en una conferencia dedicada a la memoria de su hermano, el nombre de Klaus encabezaba implícitamente la lista. Erika declaró que estas personas no murieron por motivos personales: «No fue porque hubieran fracasado en su propia vida privada o pública». En lugar de ello, «murieron porque nosotros las habíamos decepcionado, porque, al parecer, ya no las necesitábamos mucho». Se fueron porque la Tierra —«este astro en particular»— se había vuelto inhabitable. No eran «cobardes irresponsables». En vez de ello, su partida constituyó una demostración deliberada: «La advertencia más inolvidable que podía hacer una persona»[634].

Tras exonerar a Klaus, a quien Erika, su familia, Alemania y el mundo en general habían fallado, Erika procedió a hacer explícita la advertencia que ofrecían estas muertes:

> «¡Cuidado!», no paran de decirnos estos muertos. «¡Peligro! ¡Vais por el mal camino, el camino que lleva a la barbarie y al desastre! Nuestras voces vivas resultaron demasiado débiles para haceros girar en redondo; tal vez nuestras muertes os darán una sacudida y prestaréis atención. ¡Vosotros nos conocíais! Éramos famosos y teníamos éxito, la mayoría de nosotros bastante ricos y gustábamos mucho en numerosos países por nuestro talento, nuestra inteligencia y nuestra personalidad. Dado que optamos por tirar todo lo que poseíamos, incluida nuestra vida, no podéis por menos de reconocer que algo debe de ir muy mal en este mundo nuestro. Sed

sinceros, sed valientes, reconoced la calamidad ante vosotros mismos y habrá empezado a producirse el cambio redentor».

Vista con los ojos de Erika, la muerte de Klaus se convirtió en una lucha final por un mundo que hubiera podido ser; por el mundo que Klaus y Erika Mann, Stephen Spender, Martha Gellhorn, Rebecca West y Billy Wilder esperaban crear después de la guerra. La advertencia de Klaus iba dirigida a Alemania en particular. Los alemanes necesitaban escuchar su mensaje para que hombres como Albert y Julian —hombres como Klaus y su padre— pudieran encontrar de nuevo un hogar allí. Pero este mundo era ahora el de Adenauer, y el de Truman; en el terreno cultural, Alemania Occidental era la tierra de Melvin Lasky y Gustaf Gründgens. Faltaba ver si aún había espacio para los idealistas del Viejo Mundo. Y pasarían muchos años antes de que los alemanes hicieran caso de la advertencia de Klaus o se unieran a los supervivientes de la familia Mann para llorar por las víctimas de la rápida recuperación de Alemania Occidental[635].

Coda

«Hora de cierre en los jardines de Occidente»

El 22 de noviembre de 1949, Adenauer firmó un nuevo tratado con los altos comisarios británico, norteamericano y francés en Bonn. Alemania Occidental recibió permiso para ingresar en el Consejo de Europa en calidad de miembro asociado y tenía oficialmente derecho a beneficiarse de la ayuda del Plan Marshall[636]. Entrevistado por el marido de Rebecca West, Henry Andrews, para el *Observer*, Adenauer expresó su gratitud a los antiguos ocupantes de Alemania, consciente de que esto representaba «un acto de fe por parte de los aliados así como por parte de Alemania»[637].

A juicio de Adenauer y de sus antiguos vencedores, la ocupación había sido un éxito. Alemania Occidental estaba preparada para avanzar como elemento importante en una nueva Europa occidental pacífica y unida, apoyada por el dinero norteamericano. Esto se vio confirmado cinco meses más tarde cuando el ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman, propuso un plan para crear la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuya finalidad sería permitir una nueva cooperación económica entre Francia y Alemania poniendo la totalidad de la producción de carbón y de acero bajo el control de una entidad europea federada. En julio de 1951 la República Federal ya era miembro de pleno derecho de la CECA y Alemania había dejado de ser oficialmente un país enemigo. Winston Churchill, que volvía a ser el primer ministro de Gran Bretaña, expresó el alivio que le producía ver que la palabra «paz» por fin podía pronunciarse entre «dos grandes ramas de la familia humana a las que separaron los terribles acontecimientos del pasado»[638].

En lo referente a la cultura, los gobiernos británico y norteamericano consideraron que la ocupación había dado buenos resultados. En Berlín había más teatros, óperas y cines por kilómetro cuadrado que en casi cualquier otra ciudad de Europa. Había igualmente un panorama literario que cobraría fuerza internacionalmente en el transcurso de la década siguiente. Los aliados habían revitalizado las artes en Alemania y habían creado publicaciones que surtirían un efecto duradero en el periodo de posguerra: las norteamericanas *Der Monat* (que pronto sería subvencionada por la CIA) y *Die Neue Zeitung* y las británicas *Der Spiegel* y *Die Welt*, sobresalían como publicaciones señeras y los alemanes no tardarían en enorgullecerse de ellas. La guerra fría había colocado a Berlín tan firmemente en el mapa de la cultura internacional que pareció ser el marco más indicado para el primer Congreso por la Libertad de la Cultura, que atrajo a cuatro mil delegados que formaron un frente cultural anticomunista en 1950. También el argot, las modas, los bailes y la música pop de Alemania habían sido reformados con entusiasmo siguiendo los modelos norteamericanos, a la vez que era perceptible que los escritores, cineastas, artistas y músicos alemanes de la década de 1950 estaban más abiertos a sus colegas norteamericanos, británicos y franceses que los de la de 1940. De vez en cuando incluso influían en ellos algunos de los emisarios culturales que habían llegado de Gran Bretaña y Estados Unidos en los primeros años de la posguerra. Hemingway era una fuente constante de inspiración, como lo era también Sartre; la novela *Palomas en la hierba* que Wolfgang Koeppen escribió en 1951 tomó su título de Gertrude Stein y su estilo de John Dos Passos[639].

Sin embargo, aunque las esperanzas de los aliados relativas a una Alemania pacífica y estable se habían hecho realidad, los objetivos principales de Potsdam no se habían alcanzado. Alemania había sido descentralizada y desmilitarizada (si bien en 1956 recuperó su Ejército), pero no había sido desnazificada, democratizada ni reeducada de manera fundamental. Tanto en la Alemania Oriental como en la Occidental, era frecuente ver en las editoriales, óperas y teatros las mismas caras de antes de la guerra y durante ella, y lo mismo ocurría en el caso del funcionariado. En 1953 Adenauer nombraría a Hans Globke, antiguo simpatizante nazi,

director de la Cancillería Federal de Alemania Occidental. A comienzos de la década de 1950 la falta de desnazificación creó un clima en el cual los alemanes que habían cooperado con Hitler podían evitar reconocer su culpa y en el cual la mayoría de los alemanes seguían considerándose víctimas, igual que en 1945. Los aliados no habían conseguido transformar el sistema de creencias de todo un país por medio de la movilización de la cultura, lo cual tal vez no era extraño. La cultura había ocupado un lugar decididamente secundario en relación con la Realpolitik.

Muchos de los escritores y artistas británicos y estadounidenses que habían visitado Alemania durante los cuatro primeros años después de la contienda seguían pensando que se había desaprovechado trágicamente la oportunidad que ofreció la ocupación. Durante su visita en la primavera de 1949, Rebecca West había visto con inquietud que la rapidez de la recuperación económica había dejado atrás el crecimiento espiritual del país. Durante siglos, la riqueza y el poderío de Alemania habían estado al servicio de la locura y la muerte. West preguntó si después de años de ocupación los habitantes de la República Federal tenían una fe nueva que fuera capaz de obligar a la riqueza y el poderío del país a servir a la sensatez y la vida, y se dio cuenta de que no confiaba en que fuera así o en que hubiera en Alemania alguien que sintiese la necesidad de dicha fe[640].

El pesimismo de West encontró eco en Hannah Arendt, que llegó a Alemania en diciembre del mismo año, por primera vez desde hacía una década, y encontró una sociedad dominada por la negación colectiva. Si decía que era judía, tenía que soportar un diluvio de historias sobre lo que habían sufrido los alemanes. Si hablaba de los daños causados por los bombardeos le preguntaban: «¿Por qué debe el género humano hacer siempre la guerra?». Y estas quejas fueron verificadas por un estudio que se llevó a cabo en Alemania Occidental en 1951 y reveló que solo el cinco por ciento de los alemanes que participaron en él reconocía que albergaba algún sentimiento de culpa en relación con los judíos, mientras que el 21 por ciento creía que «los propios judíos eran responsables en parte de lo que les había sucedido durante el Tercer Reich». Al cabo de un año, cerca de dos de cada cinco encuestados respondieron que, en su opinión, para Alemania era «mejor» no tener judíos en su territorio. Los seis millones de judíos muertos

continuaron siendo fantasmas a los que debería hacer frente la siguiente generación[641].

A medida que Alemania Occidental se recuperaba económicamente durante los años cincuenta, muchas de las personas que aparecen en el presente libro se sintieron distanciadas del país próspero que había surgido de las cenizas. Algunas lo evitaron por completo, mientras que otras se desanimaron al volver a él. Lee Miller no volvió a visitar Alemania, aunque viajó con relativa frecuencia en la década de 1950. Martha Gellhorn evitó el país hasta que en 1962 le pidieron que hiciera «una breve excursión al infierno» para informar sobre las universidades alemanas. Al igual que West y Arendt antes que ella, desdeñó a los alemanes por considerarlos «incurables». Parecían «ovejas y tigres en reposo», pero era solo porque estaban demasiado gordos de tanto comer mantequilla y nata, y callados gracias a la abundancia de artículos y alimentos. «Quitadles todo esto y se convertirán en enloquecidas ovejas sanguinarias y tigres devoradores de hombres». Al llegar a Berlín, Gellhorn sufrió una «honda depresión», provocada en parte por el recuerdo de la felicidad y los sinsabores de quince años antes[642].

Spender y Auden esperaron menos tiempo para volver; ambos seguían siendo germanófilos comprometidos y fieles a la poesía alemana que tan liberadora habían encontrado durante su estancia en Berlín durante los años veinte y treinta. Pero al llegar por separado en 1955, se llevaron una decepción ante la realidad de una Alemania Occidental satisfecha de sí misma. Auden fue localizado por un antiguo novio alemán, un exmarinero al que encontró alarmantemente gordo. «No es solo que había engordado…, es que era algo grotesco, una especie de fenómeno de circo», se quejó. La transformación de la ciudad misma fue lo que más le entristeció. «Ay, la ciudad de mi juventud ya no existe», se lamentó; «la gramola tragaperras y el *rock-and-roll* la han echado a perder». A Spender, que visitó Berlín varios meses después, le decepcionó la nueva arquitectura, que reflejaba la influencia norteamericana, no parecía verdaderamente moderna ni mostraba el menor asomo de conciencia del pasado de la ciudad. Le impresionaron más los grandiosos bloques de estilo soviético de Berlín Oriental: «grandes vías» tendidas a través de la decadencia y el caos que presentaban

«propaganda apabullante», mientras que los edificios occidentales ofrecían solamente «griterío estentóreo». La impresión general que le causaron los germanooccidentales fue que reconstruían sus ciudades bombardeadas con la intención de que fueran exactamente iguales que antes, «del mismo modo, tal vez, que uno va al dentista y pide que le hagan unos dientes postizos que sean una copia exacta de los que ha perdido». Parecían «entregados a una gran orgía de placeres burgueses»[643].

La esposa oficial de Auden, Erika Mann, visitó Alemania con mayor regularidad en la década de 1950. Erika, Thomas y Katia se habían instalado en Suiza en 1952, obligados finalmente a abandonar Estados Unidos después de que Thomas Mann fuera acusado en el Congreso de ser «uno de los más destacados apologistas mundiales de Stalin y compañía». Ninguno de ellos pudo sentirse otra vez a gusto en Alemania, ofendidos tanto por los escritores alemanes que no querían tener trato con quienes habían pasado la guerra en el exilio como por el fervor pronorteamericano de los germanooccidentales durante la guerra fría. Aunque los libros de Mann seguían publicándose en ambas Alemanias, ya no se encontraban en las bibliotecas de las Amerika Häuser. En 1953 Joseph McCarthy había decidido motu propio asegurarse de que las Amerika Häuser fueran suficientemente anticomunistas y retiró de las bibliotecas los libros de supuestos simpatizantes de los comunistas, incluidos los de Thomas Mann y John Dos Passos. Hasta corrió el rumor de que en dos centros se habían quemado libros. Mann afirmó que la República Federal de Adenauer era un «desierto cultural» y se mantuvo firme en su ideal de una Alemania unida en espíritu por su lengua y su literatura. En 1954 Mann decidió que la producción de una película totalmente alemana basada en *Los Budennbrook* demostraría la victoria de la cultura sobre la política de la guerra fría, pero los germanooccidentales se negaron a cooperar con los estudios cinematográficos DEFA, que eran propiedad del Estado germanooriental. Furioso, Mann rechazó una oferta importante por los derechos del libro que le hizo Alemania Occidental, que quería hacer la película ella sola. Cuando Erika Mann consiguió que *Mefisto*, de Klaus Mann, se publicara en Alemania Oriental en 1956, se llevó un disgusto al averiguar que el libro no

podía publicarse en Alemania Occidental debido a la influencia que Gustaf Gründgens continuaba teniendo allí[644].

Entre la muerte de Thomas Mann en 1955 y la suya en 1969, a Erika siguieron consumiéndola los pensamientos relacionados con el mundo perdido de su infancia en Alemania, incapaz de sentirse a gusto en ninguna parte ahora que había perdido sus dos identidades, la alemana y la norteamericana. Vivía sola con su madre, que la sobreviviría, y se sentía dolorosamente privada de Thomas y Klaus y de las creencias e ideales que los tres habían compartido. Pasó el primer año después de la muerte de su padre escribiendo una crónica de sus últimos meses, celebrando el «espíritu claro» y el cuerpo «juvenilmente ágil» de un hombre cuyo último año fue «iluminado y avivado» por una gracia visible. Ya no lloraba a su hermano de forma tan pública, pero en 1959, diez años después de la muerte de Klaus, Erika escribió una carta en la que recordaba cómo cuando eran pequeños ella y Klaus habían encontrado a una niña que jugaba sola. «¿Dónde está tu Eissi?» le preguntó Erika. «¡Una tiene que tener un Eissi!». Ahora reconoció que aún creía en la necesidad de tener un Eissi y que le resultaba difícil seguir viviendo sin él. Los aliados habían destrozado a Thomas, Klaus y Erika Mann, cada uno a su manera, al no purgar Alemania de fascismo para que las víctimas de Hitler forjasen el país de nuevo. La tragedia de Alemania se convirtió en su propia tragedia porque las ruinas y los cadáveres continuaban sin ser redimidos[645].

Hizo falta que una nueva generación de jóvenes alemanes airados hiciera lo que los aliados no habían hecho. En 1961 el proceso del SS-Obersturmbannführer (teniente coronel) Adolf Eichmann en Jerusalén planteó interrogantes sobre la complicidad del conjunto de la nación alemana en el exterminio de los judíos y empujó a muchos alemanes, tanto en la propia Alemania como en el extranjero, a exigir una expiación más pública de estos crímenes. Todo esto coincidió con la aparición de varias novelas sobre el Tercer Reich y, más específicamente, sobre el hecho de que la vieja generación no afrontara su culpa en los primeros años de la posguerra. En 1959 Heinrich Böll yuxtapuso presente y pasado en *Billar a las nueve y media* para explorar el enfrentamiento entre dos generaciones de alemanes que evocaban el nazismo. Entre 1959 y 1963 Günter Grass

publicó su *Trilogía de Danzig*, que empezó con *El tambor de hojalata*, representación imaginaria y grotesca del periodo nazi desde la perspectiva de un enano disidente y mal aconsejado.

El 2 de junio de 1967 la creciente indignación de los estudiantes izquierdistas de Alemania Occidental (que hacían oír su voz por medio de organizaciones tales como la Liga Socialista de Estudiantes Alemanes) cobró ímpetu y se centró en la muerte a tiros de un estudiante, Benno Ohnesorg, en un enfrentamiento entre la policía y los manifestantes que protestaban contra la visita oficial del *sha* de Persia a Berlín Occidental. En los días subsiguientes unos cien mil estudiantes se echaron a la calle con pancartas en las que se asociaba explícitamente lo ocurrido con el terror represivo del Tercer Reich: «Democracia abatida a tiros, dictadura protegida». Tuvieron más motivos para protestar cuando el Senado de Berlín hizo caso omiso de la Ley Fundamental y prohibió las manifestaciones en la ciudad. La estudiante licenciada y activista política Gudrun Ensslin declaró entre sollozos que «esta es la generación de Auschwitz. En aquel tiempo atacaban a los judíos, ahora tratan de destruirnos a nosotros. Debemos protegernos. Debemos armarnos»[646].

En el transcurso del año siguiente los movimientos de estudiantes izquierdistas se radicalizaron. Representantes de todas las artes pidieron que se afrontara directamente la política alemana del pasado y del presente, hicieron preguntas apremiantes sobre el pasado nazi de sus padres, exigieron cambios fundamentales en la sociedad alemana y expresaron vivos deseos de que la República Federal hiciera todo lo posible por separarse de aquel periodo anterior de dictadura. El crítico y poeta Hans Magnus Enzensberger declaró que «el malsano Parlamento» de la República Federal había llegado al «final de su legitimidad» e instó a los escritores y a los artistas a «salir a la calle con los estudiantes y los trabajadores, y a expresarnos de forma un poco más clara […]. Nuestro objetivo debe ser: vamos a crear condiciones francesas aquí en Alemania»[647].

Algunas facciones disidentes empezaron a pensar en recurrir al terrorismo e interpretaron los sucesos de junio de 1967 como el toque de difuntos de la democracia germanooccidental. Encontraron nuevos motivos

de indignación en las manifestaciones contra la guerra de Vietnam en octubre de 1967, cuando los manifestantes que condenaban «la guerra de exterminio que hacían los norteamericanos» fueron reprimidos violentamente por la policía, que utilizó camiones cisterna antidisturbios y porras de goma. A partir de ahora el adversario fueron las fuerzas capitalistas del consumismo alemán y norteamericano además del propio gobierno. En abril de 1968 Gudrun Ensslin y Andreas Baader, su amante, hicieron estallar artefactos incendiarios en dos grandes almacenes. Una semana después, el activista radical Rudi Dutschke fue herido en la cabeza por la bala que le disparó un anticomunista. Se desencadenaron violentas protestas y los manifestantes vieron aquel intento de asesinato como un acto de intimidación política por parte del poderoso imperio periodístico Springer. La periodista Ulrike Meinhof prestó ahora apoyo a Ensslin y Baader y ayudó a este último a fugarse de la cárcel. En 1970 hicieron público un manifiesto colectivo en el que proclamaban que «se ha fundado el Ejército Rojo». «¿Acaso creían los cerdos, que fueron los primeros en disparar, que nos dejaríamos matar sin oponer resistencia, como animales en el matadero?». El enemigo, afirmaron, era «el imperialismo norteamericano»[648].

La ocupación que había dado origen a la influencia y el poder de los norteamericanos en Alemania Occidental se veía ahora como una continuación reprensible de los valores del Tercer Reich. Veinte años después de su comienzo, los alemanes estaban indignados porque los habían utilizado como títeres en la guerra fría. La joven generación exigía un reexamen de la época nazi y también de la ocupación. A su modo de ver, los cuatro primeros años después de la guerra habían culminado en una situación de debilidad en la cual la guerra fría había empujado a los aliados a permitir que los alemanes salieran bien librados.

En 1969 el artista alemán Anselm Kiefer, de veinticuatro años, presentó una serie de fotografías con el irónico título de *Besetzungen* [Ocupaciones] en una galería de Karlsruhe. Vestido con el uniforme militar de su padre, Kiefer hacía el saludo nazi sobre un fondo de monumentos históricos y entornos naturales de Italia, Francia y Suiza así como subido a la mesa de su propio estudio de Düsseldorf. Criado justo después de la segunda guerra

mundial, Kiefer se había sentido turbado al ver que en las clases de historia de la escuela apenas se mencionaba el periodo nazi. No empezó a comprender qué era lo que la generación de sus padres trataba de ocultar hasta que encontró una grabación con discursos de Hitler, Goebbels y Göring. «El sonido penetra en la piel. No solo en los oídos y la cabeza. Quedé sencillamente conmocionado. Y así fue como empezó». El saludo *Sieg-Heil* estaba prohibido en Alemania desde 1945 y Kiefer dijo que estas fotografías eran una «prohibición». La serie condenaba el olvido del pasado por parte de los alemanes al mismo tiempo que recordaba al espectador que Hitler se había apropiado del arte. En una de las fotografías Kiefer adoptaba la pose del vagabundo romántico que aparece en el cuadro de Caspar David Friedrich *El caminante sobre el mar de nubes* y, al igual que Thomas Mann, decía que ningún aspecto del pasado de Alemania estaba limpio de la mancha del nacionalsocialismo. Los actos de Ocupación de Kiefer imitaban los intentos nazis de ocupar Europa a la vez que aspiraban a triunfar donde la ocupación aliada había fracasado[649].

Al rechazar los valores de la ocupación, la joven generación de estudiantes y artistas creó un clima en el que los artistas exiliados de la década de 1940 podían expresarse. Walter Benjamin y Theodor Adorno se convirtieron en profetas de la revolución. Klaus Mann pasó a ser ahora un mascarón de proa de los rebeldes germanooccidentales, aunque, de forma un tanto irónica, su póstuma ascensión a la fama se vio acelerada por otra riña con Gustaf Gründgens. Al igual que su némesis y antiguo amante, Gründgens se había suicidado en 1963, pero su muerte no evitó que su hijo adoptivo pusiera un pleito para impedir la publicación de *Mefisto* cuando la editorial muniquesa Aufbau Verlag Nymphenburg anunció planes en este sentido en 1964. El pleito se alargó siete años hasta que finalmente el Tribunal Supremo de Alemania Occidental falló a favor de Gründgens. Sin embargo, incluso después de 1971 el libro siguió estando al alcance del público tanto en Alemania Oriental como en los países vecinos, por lo que a los radicales germanooccidentales les resultó fácil obtener ejemplares cuando emprendieron la tarea de dotar a Klaus Mann de la condición de mártir que su hermana había reivindicado para él.

Las opiniones que en los años cuarenta expresaran no solo Klaus y Erika Mann sino también Stephen Spender y Rebecca West formaban parte ahora de la corriente principal del pensamiento. Hasta la furia impaciente de Martha Gellhorn y Lee Miller parece leve en comparación con las declaraciones de Gudrun Ensslin o Ulrike Meinhof. Para la mayoría de los jóvenes airados y desilusionados, la mayor parte de los cuales conservaban la esperanza de reformar la sociedad empleando medios pacíficos, la afirmación que en 1947 hizo Stephen Spender en el sentido de que «puede que llegue un día en el que esta fusión de dos ideas —la democracia liberal y la libertad económica— tenga lugar en la mente de ciertos alemanes» había resultado más profética de lo que puede que en aquel momento pensaran muchos de sus contemporáneos menos optimistas. Aunque algunos terroristas alemanes creían ahora que la libertad económica era peligrosa y la democracia liberal había fracasado, el tipo de visión que había descrito Spender predominaba de manera general[650].

Al volver la vista atrás, es fácil ver por qué transcurrieron veinte años antes de que tuviesen lugar esta fusión y la fundamental desnazificación. Los aliados pecaron de ingenuos al pensar que una nación hambrienta que había sufrido un lavado de cerebro cambiaría de mentalidad de la noche a la mañana. Pecaron también de ingenuos los encargados de poner en práctica la política cultural al pensar que la *Moral* precedería al *Fressen*. Es más, la política cultural de los aliados se redujo a la actuación irregular de un puñado de individuos, ocupados todos ellos en vivir y experimentar el final de la guerra mientras planeaban un programa cultural coherente. Al examinar las experiencias cotidianas de estas figuras enviadas a Alemania, pronto resulta obvio que sus esfuerzos por convencer a los alemanes de su culpa eran inseparables de sus encuentros personales con las ruinas y sus habitantes y, por ende, de sus propias actividades cotidianas, que eran escribir y amar, bailar y lamentar.

Viviendo a toda velocidad, corriendo de los restos de las ciudades bombardeadas y de los campos de concentración al lujo del cuartel general aliado, sin duda no tenían tiempo para fomentar una política cultural, del mismo modo que los alemanes mismos carecían de tiempo para formular una idea clara de su propia culpa en medio de la tarea diaria de sobrevivir.

Para estos escritores, artistas y cineastas, ser ocupante no era tanto cuestión de poner en práctica una política, o de informar sobre los acontecimientos, como de participar enérgicamente en la vida del país. Ahora parece sorprendente que personas como Martha Gellhorn y Rebecca West manifestasen en medio de las ruinas una capacidad tan grande de vivir. Dado el entorno en que se movían, es menos sorprendente que acabaran agotadas y desanimadas. Tampoco sorprende que Stephen Spender, W.H. Auden, Billy Wilder y Klaus y Erika Mann, todos los cuales llegaron a Alemania con complejos planes personales, no consiguieran cambiar nada y volvieran a sus respectivos países desmoralizados a causa de la situación en que se encontraba la nación derrotada.

Dado que Alemania acabó saliendo de apuros, ¿qué importancia tiene, en definitiva, la decepción que sufrió este grupo de soñadores y visionarios a finales de la década de 1940? Los cambios que hicieron los radicales de los años sesenta fueron de gran alcance y tuvieron continuidad durante las generaciones subsiguientes antes y después de la reunificación de Alemania. Desde 1990 Alemania ha tenido un éxito notable en su esfuerzo por concebirse de nuevo como nación tolerante y amante de la paz y ha entrado en el siglo XXI como la razonable e indiscutible fuerza dominante en la Unión Europea, aunque manchada por la sombra creciente de los neonazis que niegan el Holocausto. El Estado alemán está decidido siempre a afrontar su pasado. Dominada por un inmenso monumento al Holocausto, Berlín es hoy una ciudad en la cual resulta imposible olvidar a los judíos muertos.

A pesar de todo, la desilusión de Spender y Auden, de Wilder y los Mann sigue teniendo importancia, principalmente como oportunidad perdida. Fue una oportunidad no solo de crear una Alemania desnazificada, sino de utilizar Alemania para reconfigurar Europa de acuerdo con pautas transnacionales. Para Spender, Klaus Mann y otros fue una oportunidad de que se impusiera un nuevo sistema de valores. En aquel momento en que en toda Europa se había perdido casi todo lo que podía perderse, existía la oportunidad de considerar que la paz era cuestión de la fuerza mental colectiva de una nación además de su poderío militar. Ahora parece asombroso que gran número de gobiernos destinasen abundantes fondos a

la Unesco en 1946 porque todos ellos creían que «dado que las guerras empiezan en las mentes de los hombres, es en las mentes de los hombres donde deben construirse las defensas de la paz». Pero si la década de 1940 hubiese acabado de otra manera, hoy no tendría por qué parecernos tan asombroso. Podría decirse que la Europa unida que surgió en la década de 1950 tal vez hubiera sido impulsada por la cultura en lugar de por la economía de no haberse visto atrapada en el enfrentamiento de la guerra fría que hizo que las lecciones de 1945 resultaran inútiles[651].

De la naturaleza de esta oportunidad perdida y también de la sensación de traición que provocó dan testimonio estas historias de los escritores y artistas británicos y estadounidenses que visitaron Alemania durante la posguerra. Si, en general, el efecto que causaron en Alemania fue menor que el que Alemania causó en ellos, la desesperación que se llevaron consigo al volver a su país persistió en ellos durante los decenios subsiguientes. Veinticinco años más tarde, Martha Gellhorn dijo a un amigo que aún no se había recuperado de la desilusión ante la humanidad que había sufrido durante su visita de un día a Dachau: «Dachau y todo lo que vi después: Belsen, etcétera, cambiaron mi vida o mi personalidad. Como un punto de inflexión. Nunca he vuelto a ser la misma desde entonces. Es exactamente igual que mezclar pintura. En aquel momento se introdujo el negro, un negro intenso y auténtico, y nunca he vuelto a ningún estado de esperanza o inocencia o alegría que tuviera antes».

Hacia el final de su vida, Lee Miller prorrumpía en sollozos al recordar su visita a los campos de exterminio y lamentó haber ido a Dachau sin prepararse antes. Al llegar a Alemania, tanto Gellhorn como Miller eran mujeres apasionadas, llenas de curiosidad y valerosas, decididas a interpretar su papel en la tarea de mejorar el mundo informando sobre el sufrimiento. Ambas se habían ido resignadas a la desesperanza. Era la desesperanza que había matado a Klaus Mann y que, durante años después de su muerte, Erika Mann había intentado inútilmente transformar por arte de magia en un movimiento político[652].

Combatiendo la desesperación por medio de la creación artística, los escritores, artistas y cineastas que visitaron Alemania inmediatamente después del conflicto habían producido obras de arte que pueden verse

colectivamente como uno de los principales resultados de la ocupación cultural. Y con su pesimismo (a veces tragicómico), *Doktor Faustus, The Last Day, Point of No Return*, «Memorial for the City», «Greenhouse with Cyclamens», *European Witness, A Defeated People*, los cuadros de Laura Knight, las fotografías de Lee Miller y, en menor medida, *Berlín Occidente*, captaron el estado anímico que a la sazón predominaba en el mundo artístico en general; un estado anímico que Cyril Connolly describió de forma evocadora en su editorial para el último número de la revista *Horizon* en diciembre de 1949. Connolly advertía en él que la actual lucha desesperada «entre el hombre, traicionado por la ciencia, despojado de religión, abandonado por las agradables imaginaciones del humanismo» iba a continuar y dominaría el arte de la década subsiguiente. «Porque es la hora de cierre en los jardines de Occidente y a partir de ahora un artista será juzgado solo por la resonancia de su soledad o la calidad de su desesperanza[653]».

Colectivamente, estas obras de arte trágicas y ambivalentes tienen importancia porque dieron a la angustia de una generación forma concreta. Un grupo de artistas había encontrado en las ruinas de Alemania un vocabulario para explorar la lucha de su época; habían encontrado símbolos horrendamente potentes en las casas bombardeadas, los montones de escombros, los refugiados que andaban sin rumbo fijo empujando sus carros por los arcenes de carreteras destruidas, las figuras esqueléticas en los campos de concentración. Ahora, al evocar esta época, podemos atisbar una Alemania que hubiera podido ser en los libros, las películas y los cuadros que crearon. Podemos ver hasta qué punto el hecho de que estos artistas no lograran crear este mundo tuvo importancia para ellos en la calidad de su desesperanza.

Si alguien podía salir triunfante en la República Federal de Alemania, eran Marlene Dietrich y Billy Wilder. Ambos poseían la flexibilidad y el ingenio necesarios para hacer caso omiso de la satisfacción de uno mismo, las tartas de nata y la propaganda norteamericana de forma tan desafiante como hicieron con los montones de escombros en 1945. En 1960 Dietrich

regresó a Alemania para una gira de conciertos. Willy Brandt (a la sazón alcalde de Berlín) le dio la bienvenida, pero los periódicos alemanes la pusieron en la picota y la tildaron de traidora. Poco antes de su visita aparecieron en la prensa centenares de cartas que preguntaban, como hizo una *Hausfrau* (ama de casa) de Renania, «¿No le da vergüenza a una vulgar y sucia traidora como usted poner los pies en suelo alemán?», y sugerían que «debería ser linchada porque era la más odiosa de los criminales de guerra». En vista de que se vendían pocas entradas, se cancelaron sus actuaciones en Viena y Essen. Los cinco días que estaba previsto que pasara en Berlín se redujeron a tres y el Titania-Palast repartió entradas gratuitas para llenar la sala. Dietrich dijo a *Newsweek* que su única preocupación eran las amenazas de tirarle tomates y huevos podridos porque dejaban «manchas horribles y pegajosas en la ropa». Había, con todo, algunos alemanes que sentían curiosidad por ver a la mujer de la que recientemente se había dicho que ocupaba «el cuarto lugar entre los más grandes inmigrantes llegados a Estados Unidos», pero de las 1800 butacas del Titania-Palast cuatrocientas estaban vacías cuando en mayo se estrenó el espectáculo[654].

Como siempre, Dietrich logró encandilar a los espectadores y dejarlos llenos de asombro y admiración. Cantó arreglos nuevos de una serie de canciones alemanas y resucitó otras que, como *Falling in Love Again*, la habían hecho famosa. Conmovió al público con la incertidumbre de *Ich weiss nicht, zu wem ich gehöre* [No sé a quién pertenezco], de Holländer, y terminó triunfalmente con *Ich hab' noch einen Koffer in Berlin* [Todavía tengo una maleta en Berlín]. Al terminar la primera función, centenares de espectadores, Willy Brandt entre ellos, se pusieron en pie y la ovacionaron. Dietrich concedió bises por primera vez desde que daba conciertos y tuvo que salir a escena para saludar dieciocho veces. Al finalizar la gira, en Múnich, se agotaron todas las localidades, incluidas las del espacio para estar de pie. Dietrich contaba ahora cincuenta y ocho años y el esfuerzo físico de la gira la dejó agotada. En Düsseldorf se rompió un hombro a causa de una caída, pero siguió actuando con el antebrazo atado al cuerpo con el cinturón del impermeable, como la valiente luchadora que siempre había sido. Un cascarrabias logró dar en el blanco al arrojarle un huevo,

pero las reseñas de la prensa la colmaron de alabanzas arrebatadas. «Es una leyenda», proclamó la *Handelsblatt* de Düsseldorf, «fascinadora como mujer de mundo, de inteligencia y de espíritu[655]».

Al año siguiente también Billy Wilder volvió a Berlín, para rodar *Uno, dos, tres (One, Two, Three)*. Al igual que Dietrich, Wilder era ahora una estrella mundialmente famosa, tras el éxito de *Con faldas y a lo loco (Some Like it Hot)*. Su nueva película presentaba a un ejecutivo norteamericano de Coca-Cola en Berlín Occidental llamado MacNamara (encarnado por James Cagney) que trata de vender Coca-Cola a unos comisarios rusos en Berlín Oriental. Obligado a alojar en su domicilio a la precoz y rebelde Scarlett, la hija de diecisiete años de su jefe en Estados Unidos, MacNamara teme por su carrera en la compañía cuando la joven se escapa en secreto para casarse con Otto, un joven y desaliñado comunista alemán que se propone emigrar a la Unión Soviética.

Los esfuerzos de MacNamara, primero por anular el matrimonio y luego, cuando descubre que Scarlett está embarazada, por convertir a Otto en un aristócrata, provocan caóticas persecuciones en automóvil de un lado a otro de Berlín, y Wilder estaba decidido a rodar en ambas mitades de la ciudad a la que ahora llamaba «Splitsville» [Villaescisión]. Sin embargo, los rusos denegaron el permiso para filmar las escenas que transcurrían en su zona. Sin arredrarse, Wilder les informó de que los guardias fronterizos germanoorientales eran visibles en las escenas que había rodado y que mostraban a los personajes dirigiéndose en coche a la Puerta de Brandeburgo. ¿Querían los rusos que los espectadores occidentales pensaran que Alemania Oriental era un estado policía? Los rusos acabaron dando su consentimiento y Wilder fue el último cineasta occidental que filmó en Berlín Oriental. Pero los acontecimientos políticos intervinieron a la mitad del rodaje y Wilder cayó una vez más en el vórtice de la historia cuando, durante la noche del 12 de agosto de 1961, el Ejército germanooriental cerró la frontera entre Berlín Oriental y Berlín Occidental. Al día siguiente Wilder se indignó al descubrir que en medio del lugar de rodaje habían empezado a construir lo que se convertiría en el Muro de Berlín. Tuvo que reescribir a toda prisa el guión y reconstruir la Puerta de

Brandeburgo y el Unter den Linden en los estudios de Baviera donde terminó de filmar la película[656].

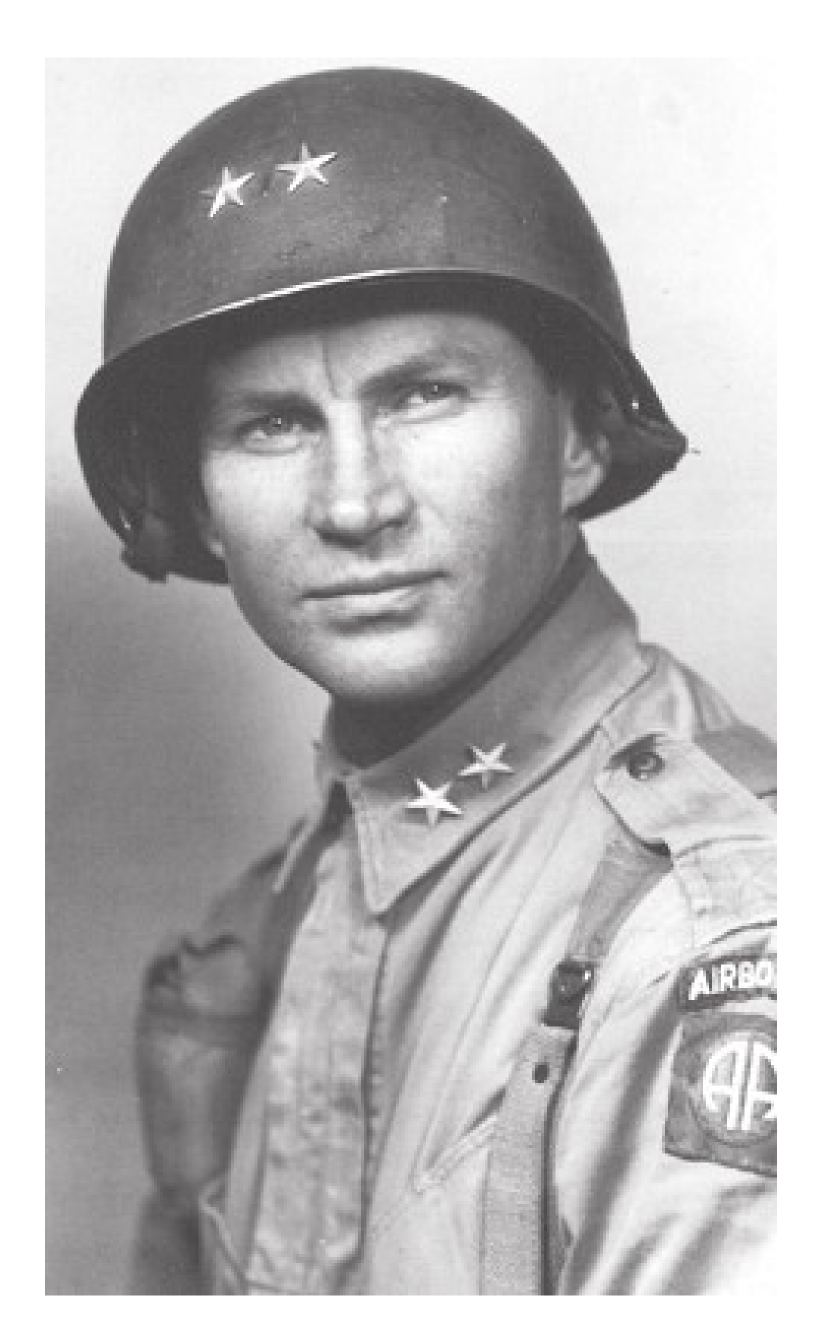
Una vez más Wilder se valió de la comedia para evitar el aislamiento de la desesperanza o la cobardía que representaba la conformidad con el programa del gobierno norteamericano. Al igual que la joven generación radical de alemanes que surgiría al finalizar la década, Wilder no perdonaba a los alemanes su pasado nazi ni opinaba que la desnazificación hubiera sido un éxito. MacNamara tiene un ayudante llamado Schlemmer que da taconazos con frecuencia e insiste siempre en que no sabía nada de Hitler durante la guerra. Sin embargo, cuando su antiguo comandante de las SS reaparece convertido en un periodista germanooccidental aparentemente respetable, Schlemmer le saluda automáticamente diciendo *heil*. Se insinúa con ello que todos los alemanes no hacen más que servir a sus nuevos amos, los rusos y los norteamericanos, con la misma obediencia ciega que condujo al asesinato de la madre y la abuela de Wilder. Pero una vez más, la suya era la perspectiva amplia: Wilder logró reírse de la absurdidad burocrática del comunismo, de la ceguera megalómana del imperialismo norteamericano y del conformismo fascista de los alemanes, y los satiriza a todos en igual medida.

Al final Wilder se puso de forma desafiante del lado de la vida. No sentía ningún deseo de ingresar en la «Liga de los Desesperados» de Klaus Mann ni de arrojarse al precipicio que Gellhorn había encontrado en Dachau. Puede que hiciera todo lo posible por distanciarse de los alemanes, pero compartía la capacidad de los berlineses de salir a gatas de las ruinas y seguir viviendo. Cerca del final de la película Otto, afligido porque los comunistas han resultado ser tan corruptos como los capitalistas, dice que toda la raza humana debería ser liquidada. La respuesta de MacNamara es benévola: «Míratelo así, chico. Cualquier mundo capaz de producir el Taj Mahal, William Shakespeare y la pasta de dientes Stripe no puede ser malo del todo». Había optimismo en el humor de Wilder, como lo había habido en 1945, durante aquella extraña hora cero después de la guerra en la que había aprendido a reír con el fin de sobrevivir en un mundo en ruinas y desolado.

Apéndices



© *Mondadori Portfolio via Getty Images*.
Colonia, marzo de 1945. Según Gellhorn, más que una ciudad, era la «mayor morgue del mundo».



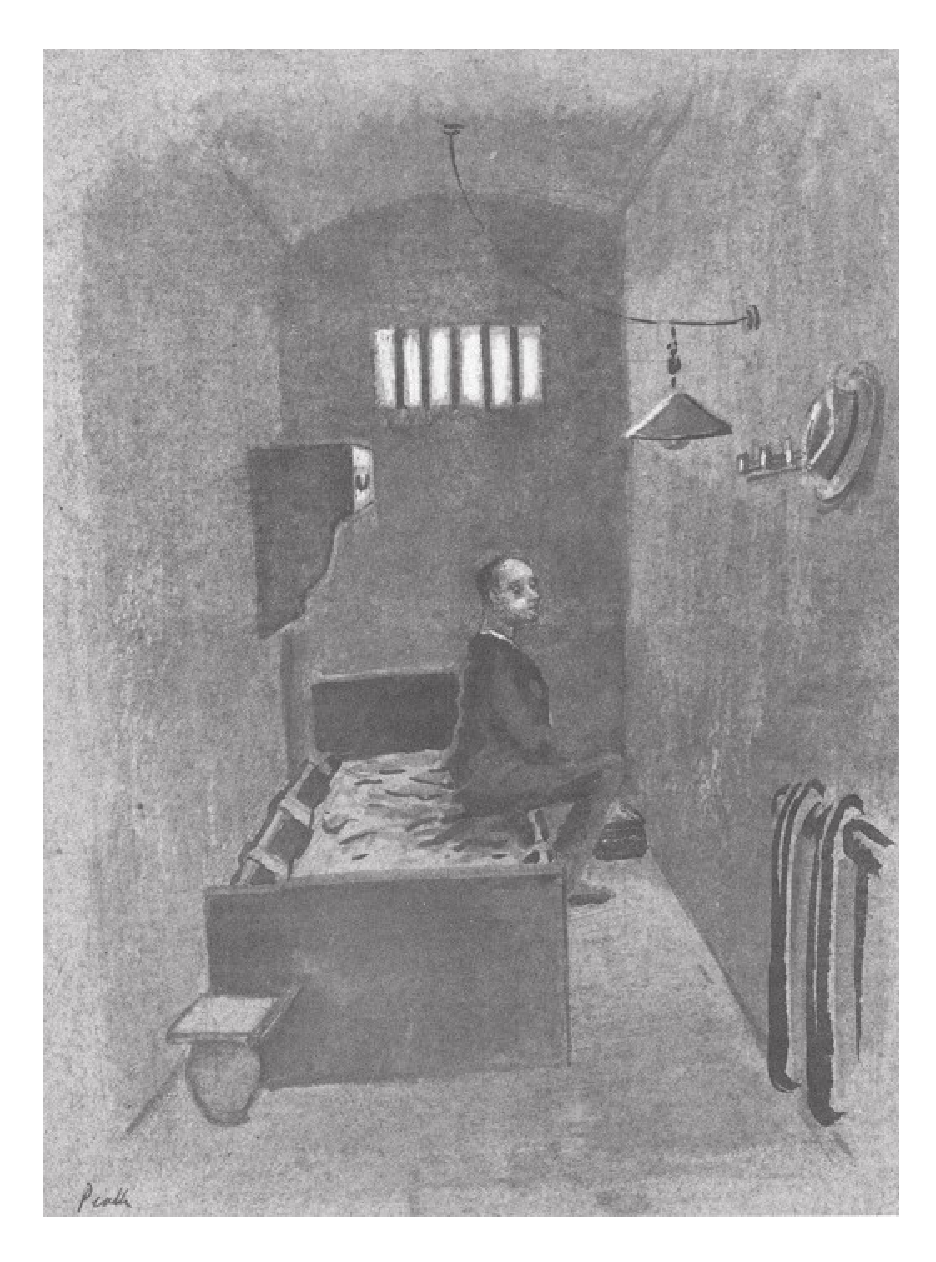
El general James Gavin.



© *FPG / Archive Photos / Getty Images*.
Martha Gellhorn.



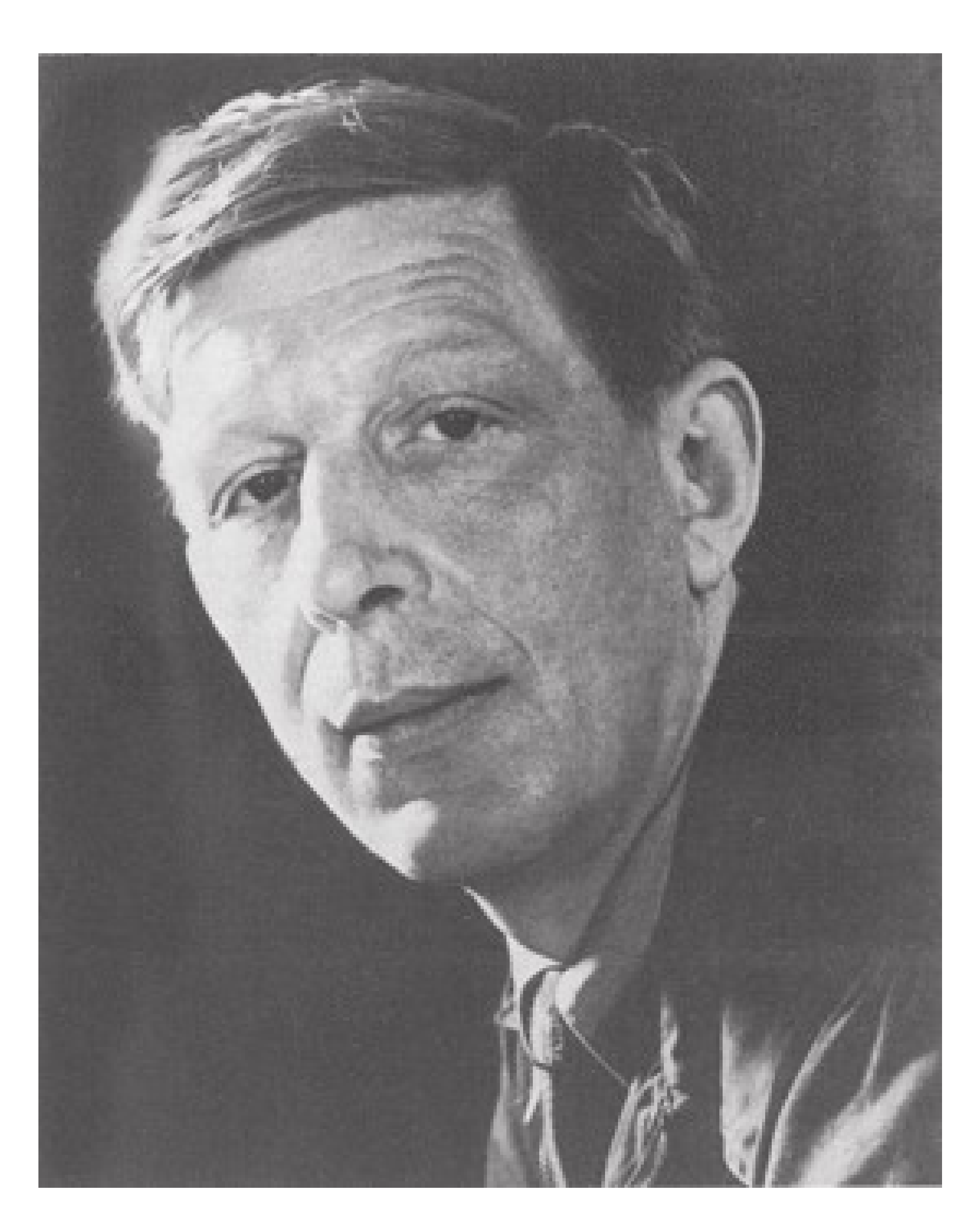
«Nadie parecía preocupado salvo yo». Lee Miller en el apartamento de Hitler en el número 16 de la Prinzregentenplatz, fotografiada por David Scherman.



Propietario desconocido.
Mervyn Peake, *Celda para condenados en Belsen, ocupada por un criminal de guerra nazi*.



Ullstein bild / Getty Images.
«Locamente enamorados el uno del otro, en la forma más trágica y confusa». Klaus (izquierda) y Erika Mann (retratados aquí en 1930) a menudo eran confundidos como gemelos o amantes.



Propietario desconocido.
El poeta W.H. Auden en 1945.



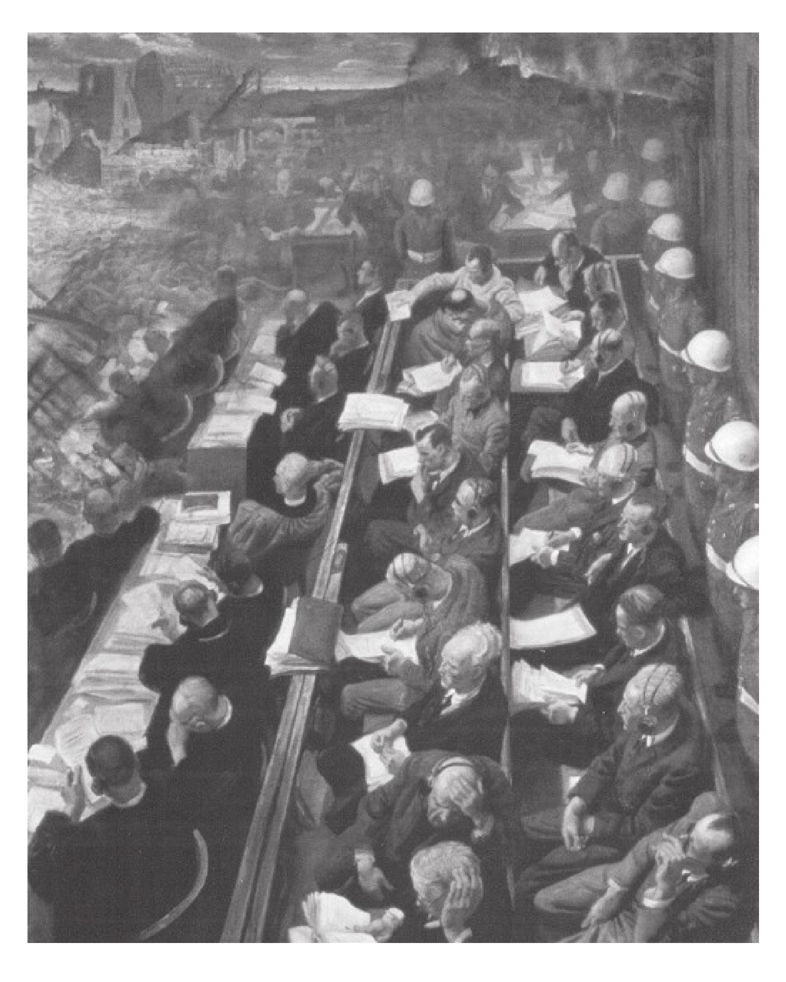
Propietario desconocido.
«Un soldado estadounidense de vuelta en su antigua patria». Klaus Mann en la casa familiar en Poschingerstrasse, mayo de 1945.



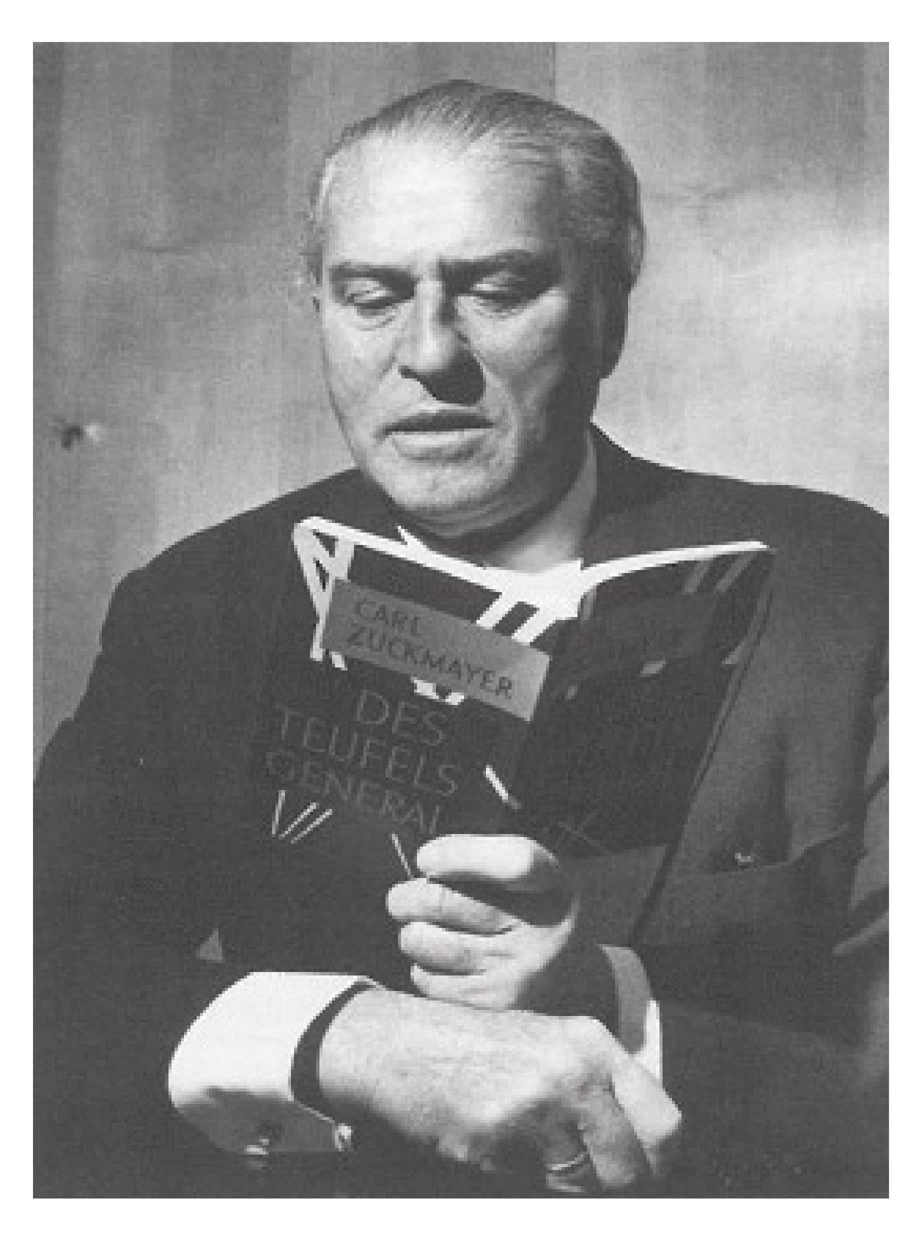
Propietario desconocido.
Los «*Ussbusters*» W.H. Auden y James Stern (derecha) en Alemania, mayo de 1945.



«Una especie de paisaje lunar, un mar de devastación, sin orillas e infinito». Berlín, 1945.



Imperial War Museum (Art-IWM ART LD 5798).
«Estamos sentados al lado de la muerte, de la muerte de millones de personas, dondequiera que estemos», Laura Knight. *El juicio de Nuremberg*, 1946.



Heinz Köster / ullstein bild via Getty Images.
«Las consecuencias que infligimos a los alemanes hoy nos las infligiremos a nosotros mismos». Carl Zuckmayer.



Propietario desconocido.
«¿Queréis comprar algunas ilusiones? ¡Poco usadas, casi como nuevas!». Billy Wilder en una escena con Marlene Dietrich durante el rodaje de *Berlín Occidente*.



Propietario desconocido.
«“La *difficulté d’être*” pesa sobre mí, a todas horas, en todo momento». Klaus Mann, 1949.



Ullstein bild via Getty Images.
«De la crisis actual [surgirá] un nuevo sentimiento de solidaridad humana, un nuevo humanismo». Thomas Mann, aclamado por la multitud cuando se dirigía a recoger el Premio Goethe en el Teatro Nacional de Weimar, en agosto de 1949.

Bibliografía selecta

Addison, Paul, *Now the War is Over, A Social History of Britain 1945-1951*, Londres, Pimlico, 1995.

Andreas-Friedrich, *Ruth, Battleground Berlin, Diaries, 1945-1948*, Nueva York, Paragon House, 1990.

Annan, Noel, *Changing Enemies, The Defeat and Regeneration of Germany*, Londres, Harper Collins, 1995.

—, *The Dons, Mentors, Eccentrics and Geniuses*, Londres, Harper Collins, 1999.

Arendt, Hannah, *The Jew as Pariah, Jewish Identity and Politics in the Modern Age*, Nueva York, Grove Press, 1978.

— y Karl Jaspers, *Correspondence 1926-1969*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1992.

Bach, Steven, *Marlene Dietrich, Life and Legend*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011.

Bacque, James, *Crimes and Mercies, The Fate of German Civilians under Allied Occupation 1944-1950*, Londres, Little Brown and Company, 1997.

Bahr, Ehrhard, *Weimar on the Pacific, German Exile Culture in Los Angeles and the Crisis of Modernism*, Londres, University of California Press, 2007.

Baker, Carlos, *Ernest Hemingway, A Life Story*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1969.

Balfour, Michael, «Re-education in Germany after 1945», *German History*, n.º 5, 1987, págs. 25-34.

— y John Mair, *Four Power Control in Germany and Austria 1945-1946*, Oxford, Oxford University Press, 1956.

Bance, Alan, ed., *The Cultural Legacy of the British Occupation in Germany*, The Londres Symposium, Stuttgart, H.-D. Heinz,

1997.

Bark, Dennis L. y Gress, David, *A History of West Germany*, 2 vols., vol. I, *From Shadow to Substance 1945-1963*, Oxford, Blackwell, 1993.

Becker, Jillian, *Hitler's Children, The Story of the Baader-Meinhof Terrorist Gang*, Londres, Michael Joseph, 1977.

Beddell Smith, *Sally, In All His Glory, The Life of William S. Paley the Legendary Tycoon and his Brilliant Circle*, Nueva York, Random House, 2002.

Beevor, Antony, *Berlin, The Downfall, 1945*, Londres, Viking, 2002 [trad. esp.: *Berlín. La caída: 1945*, Barcelona, Crítica, 2006].

—, *Ardennes 1944, Hitler's Last Gamble*, Londres, Penguin, 2015 [trad. esp.: *Ardenas, 1944. La última apuesta de Hitler*, Barcelona, Crítica, 2015].

Bessel, Richard, *Germany 1945, From War to Peace*, Londres, Simon & Schuster, 2009.

Biddle, Francis, *In Brief Authority*, Nueva York, Doubleday, 1962.

Birke, Adolf y Eva Mayring, eds., *Britische Besatzung in Deutschland, Aktienerschliessung und Forschungsfelder*, Londres, German Historical Institute, 1992.

—, Hans *Booms* y Otto Merker, *Akten der britischen Militärregierung in Deutschland-Sachinventar 1945-1955, Control Commission for Germany British Element-Inventory 1945-1955*, vols. 1-11, Gran Bretaña, Public Record Office y Múnich, Saur, 1993.

Bobbio, Norberto, *Liberalism and Democracy*, Londres, Verso, 1990 [trad. esp.: *Liberalismo y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993].

Boehling, Rebecca, *A Question of Priorities, Democratic Reform and Economic Recovery in Postwar Germany*, Oxford, Berghahn Books, 1996.

—, «The Role of Culture in American Relations with Europe, The Case of the United States's Occupation of Germany», *Diplomatic History*, n.º 23, 1999, págs. 57-69.

Booth, Michael T. y Duncan Spencer, *Paratrooper, The Life of General James M. Gavin*, Oxford, Casemate, 1994.

Brecht, Bertolt, *Gesammelte Werke*, 20 vols., Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1968.

—, *Arbeitsjournal 1938-1955*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1977.

—, *Poems 1913-1956*, ed. de John Willett y Ralph Manhein, Londres, Eyre Methuen, 1979.

—, *Journals 1934-1955*, Nueva York, Routledge, 1996.

Brickner, Richard Max, *Is Germany Incurable*?, Filadelfia; Nueva York, J.B. Lippincott Co., 1943.

Brockmann, Stephen, *A Critical History of German Film*, Columbia, Camden House, 2010.

—, *German Literary Culture at the Zero Hour*, Rochester, Nueva York, Camden House, 2004.

Brockway, Fenner, *German Diary*, Londres, Victor Gollancz, 1946.

Brown, Jane K., «Faust», en *The Cambridge Companion to Goethe*, ed. de Lesley Sharpe, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, págs. 84-100.

Brunette, Peter, *Roberto Rossellini*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

Burke, Carolyn, *Lee Miller*, Londres, Bloomsbury, 2005.

Burgin, Hans y Hans-Otto Mayer, *Thomas Mann, A Chronicle of his Life*, Alabama, University of Alabama Press, 1969.

Buruma, Ian, *Year Zero, A History of 1945*, Nueva York, Penguin, 2013 [trad. esp.: *Año cero: historia de 1945*, Barcelona, Pasado y Presente 2013].

Byford-Jones, Wilfred, *Berlin Twilight*, Londres, Hutchinson, 1947.

Cairncross, Alec, *The Price of War, British Policy on German Reparations 1941-1949*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.

—, *Years of Recovery 1945-1951, British Economic Policy 1945-1951*, Londres y Nueva York, Methuen, 1985.

Canwell, Diane y Sutherland, Jon, *The Berlin Airlift, The Salvation of a City*, Gretna, Los Ángeles, Pelican, 2008.

Carpenter, Humphrey, *W.H. Auden, A Biography*, Oxford, Oxford University Press, 1992.

Carr, E.H., *Conditions of Peace*, Londres, Macmillan, 1942.

Chamberlin, Brewster S., *Kultur auf Trümmern, Berliner Berichte der Amerikanischen Information Control Section Juli-Dezember 1945*, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1979.

Christadler, «Der französische Existentialismus und die deutschen Intellektuellen in der Nachkriegszeit», en Wolfgang Asholt y Heinz Thoma, eds., *Frankreich. Ein unverstandener Nachbar 1945-1990*, Bonn, Romanistischer Verlag, 1990, págs. 224-238.

Clare, George, *Berlin Days*, Londres, Papermac, 1994.

Clark, Mark W., *Beyond Catastrophe, German Intellectuals and Cultural Renewal after World War II, 1945-1955*, Lanham, Oxford, Lexington Books, 2006.

Clay, Lucius D., *Decision in Germany*, Londres, William Heinemann, 1950.

Clemens, Gabriele B., *Britische Kulturpolitik in Deutschland 1945-1949, Literatur, Film, Musik und Theater*, Stuttgart, F. Steiner, 1997.

Cohen-Solal, Annie, *Sartre, A Life*, Nueva York, Pantheon Books, 1988 [trad. esp.: *Jean-Paul Sartre*, Barcelona, Anagrama, 2006].

Collier, Richard, *Bridge Across the Sky, The Berlin Blockade and Airlift, 1948-1949*, Place, Mcgraw-Hill, 1978.

Connor, Ian, *Refugees and Expellees in* Post-*war Germany*, Manchester, Manchester University Press, 2007.

Crick, Bernard, *George Orwell, A Life*, Londres, Secker & Warburg, 1981.

Croall, Jonathan, *Sybil Thorndike, A Star of Life*, Londres, Haus, 2008.

Crofts, William, *Coercion or Persuasion? Propaganda in Britain after 1945*, Londres, Routledge, 1989.

Crowell, Steven, ed., *The Cambridge Companion to Existentialism*, Nueva York, Cambridge University Press, 2012.

Dagerman, Stig, *German Autumn*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2011.

Dalton, Hugh, *High Tide and After*, Londres, Frederick Muller Ltd., 1962.

De Beauvoir, Simone, *Force of Circumstance*, Harmondsworth, Penguin, 1975.

Deighton, Anne, «Cold-War Diplomacy, British Policy Towards Germany's Role in Europe», en *Reconstruction in* Post-*War Germany, British Occupation Policy and the Western Zones 1945-1955*, ed. de Ian D. Turner, Oxford, Berg Publishers Ltd., 1989, págs. 15-34.

—, *The Impossible Peace, Britain, the Division of Germany and the Origins of the Cold War*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

Dietrich, Marlene, *Marlene*, Nueva York, Avon Books, 1990.

Dinan, Desmond, ed., *Origins and Evolution of the European Union*, Oxford, Oxford University Press, 2006.

Döblin, Alfred, *Tales of a Long Night*, Nueva York, Fromm Intl., 1984.

Donnison, Frank, *Civil Affairs and Military Government Central Organisation and Planning*, Londres, HMSO, 1966.

—, *Civil Affairs and Military Government North-West Europe 1944-1946*, Londres, HMSO, 1961.

Dos Passos, John, *The Fourteenth Chronicle, Letters and Diaries of John Dos Passos*, ed. de Townsend Ludington, Boston, Gambit, 1973.

—, Tour *of Duty*, Boston, Houghton Miffin Co., 1946.

Dudley Edwards, Ruth, *Victor Gollancz, A Biography*, Londres, Victor Gollancz, 1987.

Ebsworth, Raymond, *Restoring Democracy in Germany, The British Contribution*, Londres, Stevens & Sons, 1960.

Eisenberg, Carolyn, *Drawing the Line, The American Decision to Divide Germany, 1944-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

Eley, Geoff, *Nazism as Fascism, Violence, Ideology and the Ground of Consent in Germany, 1930-1945*, Londres, Routledge, 2013.

Farquharson, John E., «Emotional but Influential, Victor Gollancz, Richard Stokes and the British zone in Germany, 1945-1949»,

Journal of Contemporary History, vol. 22, 1987, págs. 501-519.
—, «From Unity to Division, What Prompted Britain to Change its Policy in Germany in 1946», *European History Quarterly*, vol. 26, 1996, págs. 81-123.
Faulk, Henry, *Group Captives, The Re-education of German Prisoners of War in Britain 1945-1948*, Londres, Chatto & Windus, 1977.
Fay, Jennifer, *Theaters of Occupation, Hollywood and the Reeducation of Postwar Germany*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008.
Fehrenbach, Heide, *Cinema in Democratizing Germany, Reconstructing National Identity after Hitler*, Carolina del Norte, University of North Carolina Press, 1995.
Fest, Joachim C., *Not Me, Memoirs of a German Childhood*, Londres, Atlantic Books, 2012 [trad. esp.: *Yo no. En rechazo del nazismo como actitud moral*, Madrid, Taurus, 2007].
Fetzer, John F., *Changing Perceptions of Thomas Mann's Doctor Faustus, Criticism 1947-1992*, Columbia, Camden House, 1996.
Flood, John L., ed., *Common Currency? Aspects of Anglo-German Literary Relations since 1945*, London Symposium, Stuttgart, Heinz, 1991.
Foschepoth, Josef y Rolf Steininger, eds., *Die Britische Deutschland und Besatzungspolitik 1945-1949*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 1985.
Frank, Matthew, «The New Morality-Victor Gollancz, "Save Europe Now" and the German Refugee Crisis, 1945-46», *Twentieth Century British History*, vol. 17, n.º 2, 2006, págs. 230-256.
Friedrich, Otto, *City of Nets, A Portrait of Hollywood in the 1940s*, University of California Press, 1997 [trad. esp.: *La ciudad de las redes. Retrato de Hollywood en los años 40*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Ensayo, 1991].
Fulbrook, Mary y Martin Swales, eds., *Representing the German Nation, History and Identity in Twentieth-century Germany*, Manchester, Manchester University Press, 2000.

Gardiner, Juliet, *Wartime, Britain 1939-1945*, Londres, Headline, 2005.

Gavin, James, *On to Berlin, Battles of an Airborne Commander, 1943-1946*, Londres, Cooper, 1979.

Gehring, Hansjörg, *Amerikanische Literaturpolitik in Deutschland 1945-1953, Ein Aspekt des Re-Education-Programms*, Berlín, Oldenbourg, 2010.

Gellhorn, Martha, *The Wine of Astonishment*, Nueva York, Bantam Books, 1949.

—, *The Letters of Martha Gellhorn*, ed. de Caroline Moorehead, Londres, Chatto and Windus, 2006.

Gemünden, Gerd, *Framed Visions, Popular Culture, Americanization and the Contemporary German and Austrian Imagination*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1998.

—, *A Foreign Affair, Billy Wilder's American Films*, Oxford, Berghahn Books, 2008.

—, «In the ruins of Berlin, A Foreign Affair», en *German* Post-*war Films, Life and Love in the Ruins*, ed. de Wilfried Wilms y William Rasch, Basingstoke, Palgrave, Macmillan, 2008, págs. 109-124.

Gibb, Lorna, *West's World, The Extraordinary Life of Dame Rebecca West*, Londres, Macmillan, 2013.

Gienow-Hecht, Jessica C.E., «Art is Democracy y Democracy is Art, Culture, Propaganda, and the neue Zeitung in Germany, 1944-1947», *Diplomatic History*, vol. 23, n.º1, 1999, págs. 21-43.

Gimbel, John, *The American Occupation of Germany, Politics and the Military, 1945-1949*, Stanford, Stanford University Press, 1968.

Gladstone, Kay, «Separate Intentions, The Allied Screening of Concentration Camp Documentaries in Defeated Germany in 1945-46, Death Mills and Memory of the Camps», en *Holocaust and the Moving Image, Representations in Film and Television since 1933*, ed. de Toby Haggith y Joanna Newman, Londres, Wallflower, 2005, págs. 50-64.

Glendinning, Victoria, *Rebecca West, A Life*, Londres, Papermac, 1988.

Goethe, Johann Wolfgang von, *Faust, The First Part of the Tragedy*, Londres, Penguin, 2005 [trad. esp.: *Fausto*, Madrid, Alianza, 2006].

Gollancz, Victor, *Shall Our Children Live or Die? A Reply to Lord Vansittart on the German Problem*, Londres, Victor Gollancz, 1942.

—, *In Darkest Germany*, Londres, Victor Gollancz, 1947.

—, *Reminiscences of Affection*, Londres, Victor Gollancz, 1968.

—, y Atina Grossmann, *Jews, Germans and Allies, Close Encounters in Occupied Germany*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

Habe, Hans, Off *Limits, A Novel of Occupied German*, Londres, George G. Harrap & Co., 1956.

Hahn, Werner G., *Postwar Soviet Politics, The Fall of Zhdanov and the Defeat of Moderation 1946-1953*, Londres, Cornell University Press, 1982.

Halliday, Jon, *Sirk on Sirk, Conversations with Jon Halliday*, Londres, Faber and Faber, 1997.

Hampshire, Edward, y Charles Wheeler, *Germany 1944, The British Soldier's Pocketbook*, Kew, National Archives, 2006.

Hansen, Volkmar, y Gert Heine, eds., *Frage und Antwort, Interviews mit Thomas Mann, 1909-1955*, Hamburgo, Knaus, 1983.

Hardt, Ursula, *From Caligari to California, Erich Pommer's Life in the International Film Wars*, Oxford, Berghahn Books, 1996.

Hayman, Ronald, *Brecht, A Biography*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1983.

—, *Writing Against, A Biography of Sartre*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1986.

—, Thomas Mann, *A Biography*, Londres, Bloomsbury, 1996.

Hearnden, Arthur, ed., *The British in Germany, Educational Reconstruction after 1945*, Londres, Hamish Hamilton, 1978.

Heilbut, Anthony, *Exiled in Paradise, German Refugee Artists and Intellectuals in America from the 1930s to the Present*, California, University of California Press, 1997.

Hemingway, Ernest, *Selected Letters 1917-1961*, ed. de Carlos Baker, Londres, Granada, 1981.

Hench, John B., *Books as Weapons, Propaganda, Publishing, and the Battle for Global Markets in the Era of World War II*, Ithaca, Cornell University Press, 2010.

Hitchcock, William L., *Liberation, The Bitter Road to Freedom, Europe 1944-1945*, Londres, Faber & Faber, 2009.

Högerle, Daniela, *Propaganda oder Verständigung, Instrumente französischer Kulturpolitik in Südbaden, 1945-1959*, Berna, Peter Lang, 2013.

Hughes, Gerald, «"Don't let's be beastly to the Germans", Britain and the German Affair in History», *Twentieth Century British History*, vol. 17, n.º 2, 2006, págs. 257-283.

Hurwitz, Harold D., *Die Stunde Null der deutschen Presse, Die amerikanische Pressepolitik in Deutschland 1945-1949*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1972.

Huxley, Julian, *Unesco, Its Purpose and Philosophy*, Londres, 1946.

Isaacs, Reginald R., *Walter Gropius, Der Mensch und sein Werk*, Berlín, 1984.

—, *Gropius, An Illustrated Biography of the Creator of the Bauhaus*, Boston & Londres, Little, Brown, 1991.

Isherwood, Christopher, *Diaries, 1939-1960*, vol. I, ed. de Katherine Bucknell, Londres, *Vintage*, 2011.

Jackson, Kevin, *Humphrey Jennings*, Londres, Picador, 2004.

—, ed., *The Humphrey Jennings Film Reader*, Manchester, Carcanet, 1993.

Jacobius, Arnold John, *Carl Zuckmayer, eine Biographie 1917-1971*, Frankfurt, Athenäum Verlag, 1971.

Jarausch, Konrad H., *Existentialism and Humanism, Three Essays*, Nueva York, Russell F Moore, 1952.

—, *After Hitler, Recivilizing Germans, 1945-1995*, Nueva York, Oxford University Press, 2006.

Jaspers, Karl, *The European Spirit*, Londres, S.C.M. Press, 1948.

Jones, Jill, «Eradicating Nazism from the British Zone of Germany, Early Policy and Practice», *German History*, vol. 8, n.º 2, 1990, págs. 145-162.

Jordan, Ulrike, ed., *Conditions of Surrender, Britons and Germans Witness the End of the War*, Londres, I.B. Tauris Publishers, 1997.

Judaken, Jonathan, *Jean-Paul Sartre and the Jewish Question, Anti-semitism and the Politics of the French Intellectual*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2006.

Judt, Tony, *Postwar, A History of Europe since 1945*, Londres, *Vintage*, 2010 [trad. esp.: *Postguerra*, Madrid, Taurus, 2016].

Junker, Detlef, ed., *The United States and Germany in the Era of the Cold War 1945-1990*, vol. I, 1945-1968, Washington D.C., German Historical Institute and Cambridge University Press, 2010.

Kaes Anton, Martin Jay, y Edward Dimendberg, eds., *The Weimar Republic Sourcebook*, Londres, University of California Press, 1994.

Kert, Bernice, *The Hemingway Women*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1986.

Kertesz, Margaret, *The Enemy-British Images of the German People* during *the Second World War*, University of Sussex, tesis doctoral, 1993.

Kirkbright, Suzanne, *Karl Jaspers, A Biography, Navigations in Truth*, Londres, Yale University Press, 2004.

Kirkpatrick, Ivone, *The Inner Circle Memoirs*, Londres, Macmillan, 1959.

Knight, Laura, *The Magic of a Line, The Autobiography of Laura Knight*, Londres, William Kimber, 1965.

Kohlenbach, Margarete, «Transformations of German Romanticism 1830-2000», en *The Cambridge Companion to German*

Romanticism, ed. de Nicholas Saul, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, págs. 257-280.

Kortner, Fritz, *Aller Tage Abend*, Múnich, Kindler, 1959.

Koshar, Rudy, *German Travel Cultures*, Oxford, Berg, 2000.

—, «"Germany has been a *melting* pot", American and German Intercultures, 1945-1955», en *The German-American Encounter, Conflict and Cooperation between Two Cultures 1800-2000*, ed. de Frank Trommler y Elliott Shore, Oxford, Berghahn Books, 2001, págs. 158-178.

Krippendorff, Ekkehart, ed., *The Role of the United States in the Reconstruction of Italy and West Germany, 1943-1949, Papers Presented at a German-Italian Colloquium held at the John F. Kennedy Institut für Nordamerikastudien*, *Berlin, June 1980*, Berlín, Das Institut, 1981.

Krispyn, Egbert, *Anti-Nazi Writers in Exile*, Athens, University of Georgia Press, 1978.

Kurzke, Hermann, *Thomas Mann, Life as a Work of Art, A Biography*, Londres, Allen Lane, 2002.

Kuschner, Tony y Katharine Knox, *Refugees in an Age of Genocide, Global, National and Local Perspectives* during *the Twentieth Century*, Londres, Frank Cass, 1999.

Lally, Kevin, *Wilder Times, The Life of Billy Wilder*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1996.

Langgässer, Elisabeth, *Briefe 1924-1950*, Hamburgo, Claasen, 1990.

Le Bon de Beauvoir, Sylvie, ed., *Simone de Beauvoir, A Transatlantic Love Affair, Letters to Nelson Algren*, Nueva York, New Press, 1998.

Leffler, Melvyn P. y Odd Arne Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Lefort, Claude, *Democracy and Political Theory*, Cambridge, Polity, 1988.

Lehmann, John, *New Writing and Daylight*, Londres, Hogarth Press, 1945.

Lepenies, Wolf, *The Seduction of Culture in German History*, Princeton, Princeton University Press, 2006 [trad. esp., *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid, Akal, 2008].

Lynn, Kenneth S., *Hemingway*, Londres, Cardinal, 1989.

MacDonogh, Giles, *After the Reich, From the Liberation of Vienna to the Berlin Airlift*, Londres, John Murray, 2007.

Malzahn, Manfred, ed., *Germany 1945-1949, A Sourcebook*, Londres, Routledge, 1991.

Mann, Erika, *Blitze überm Ozean, Aufsätze, Reden, Reportagen*, ed. de Irmela von der Lühe, Reinbek bei Hamburg, Rowohlt Tb Verlag, 2001.

—, *Briefe und Antworten*, 2 vols., ed. de Anna Zanco Prestel, Múnich, Edition Spangenberg, 1985.

Mann, Erika y Klaus Mann, *The Other Germany*, Nueva York, Modern Age Books, 1940.

Mann, Golo, *Reminiscences and Reflections, A Youth in Germany*, Nueva York, Norton, 1990, f.p. 1986.

—, *Briefe 1932-1992*, ed. de Lahma Tilmann y Kathrin Lüssi, Gotinga, Wallstein, 2006.

Mann, Klaus, *Briefe und Antworten 1937-1949*, vol. II, ed. de Martin GregorDellin, Múnich, Heinrich Ellermann, 1975.

—, *The Turning Point, The Autobiography of Klaus Mann*, Londres, Serpent's Tail, 1987.

—, *Tagebücher*, ed. de Joachim Heimannsberg, Peter Laemmle y Wilfried F. Schoeller, Múnich, Edition Spangenberg, c.1989-c.1991.

—, *Auf verlorenem Posten, Aufsätze, Reden, Kritiken, 1942-1949*, ed. de Uwe Nachmann y Michael Töteberg, Reinbek bei Hamburg, Rororo, 1994.

—, *Mephisto*, Londres, Penguin, 1995 [trad. esp., *Mefisto*, Barcelona, Debate, 2014].

Mann, Thomas, *Doktor Faustus*, Berlín, Suhrkamp Verlag, 1947 [trad. esp.: *Doktor Faustus*, Barcelona, Edhasa, 1998].

—, *Ansprache im Goethejahr 1949. Gehalten am 25 Juli 1949 in der Paulskirche zu Frankfurt am Main*, Frankfurt, 1949.

—, *Goethe and Democracy*, Washington, Biblioteca del Congreso, 1950.

—, *The Story of a Novel, The Genesis of Dr Faustus*, Nueva York, Knopf, 1961 [trad. esp.: *Los orígenes del Doctor Faustus*, Madrid, Alianza, 2007].

—, *Briefe*, 3 vols., ed. de Erika Mann, Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1961-1965.

—, *Thomas Mann's Addresses delivered at the Library of Congress 1942-1949*, Washington DC, Biblioteca del Congreso, 1963.

—, *Letters of Thomas Mann*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1971.

—, *Gesammelte Werke*, 13 vols., Frankfurt, S. Fischer Verlag, 1974.

—, *Tagebücher*, Frankfurt, S. Fischer, 1977.

—, *Diaries, 1918-1939*, Nueva York, Harry N. Abrams, 1982.

—, *Deutsche Hörer, Radiosendungen nach Deutschland aus den Jahren 1940-1945*, Frankfurt, Fischer, 2004.

— y Heinrich Mann, *Letters of Heinrich and Thomas Mann 1900-1949* , ed. de Hans Wysling, Londres, University of California Press, 1998.

Mannin, Ethel, *German Journey*, Londres, Jarrolds, 1948.

Marrus, Michael Robert, *The Nuremberg War Crimes Trial, 1945-1946, A Documentary History*, Boston, Bedford Books, 1997.

Marshall, Barbara, *The Origins of* Post-*war German Politics*, Londres, Croom Helm, 1988.

Mayne, Richard, *Postwar, The Dawn of Today's Europe*, Londres, Thames & Hudson, 1983.

McLoughlin, Kate, *Martha Gellhorn, The War Writer in the Field and in the Text*, Manchester, Manchester University Press, 2007.

Mead, Margaret, *And Keep Your Powder* Dry*, An Anthropologist* Looks *at America*, Nueva York, William Morrow, 1942.

Meehan, Patricia, *A Strange Enemy People*, Londres, Peter Owen Publishers, 2001.

Mellow, James R., *Hemingway, A Life Without Consequences*, Londres, Hodder & Stoughton, 1993.
Merritt, Anna L. y Richard L., eds., *Public Opinion in Occupied Germany, The OMGUS Surveys 1945-1949*, Londres, University of Illinois Press, 1970.
Meyer, Martin, «American Literature in Cold-War Germany», *Libraries and Culture*, vol. 36, n.º 1, 2001, págs. 162-171.
Meyers, Jeffrey, *Hemingway, A Biography*, Nueva York, Harper and Row, 1985.
Middleton, Drew, *The Struggle for Germany*, Londres & Nueva York, Allan Wingate, 1949.
Moorehead, Caroline, *Martha Gellhorn, A Life*, Londres, Chatto & Windus, 2003.
Mosley, Leonard, *Report from Germany*, Londres, Victor Gollancz, 1945.
Mouffe, Chantal, *The Democratic Paradox*, Londres, Verso, 2000.
Murphy, Robert, *London Among Warriors*, Londres, Collins, 1964.
Nabokov, Nicolas, *Old Friends and New Music*, Londres, Hamish Hamilton, 1951.
—, *Bagazh, Memoirs of a Russian Cosmopolitan*, Atheneum, 1975.
Naimark, Norman, *The Russians in Germany, A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1995.
Nichols, Anthony J., *Always Good Neighbours-Never Good Friends? Anglo-German Relations 1049-2001*, Londres, German Historical Institute London, 2005.
Nicolson, Harold, *Diaries and Letters 1945-1962*, ed. de Nigel Nicolson, Londres, Collins, 1968.
Noss, Luther, *Paul Hindemith in the United States*, Urbana, University of Illinois Press, 1989.
Orwell, George, *The Observer Years*, Londres, Atlantic Books, 2003.
Overy, Richard, *The Air War 1939-1945*, Londres, Europa Publications, 1980.

—, *Why the Allies Won*, Londres, Pimlico, 1996 [trad. esp., *Por qué ganaron los aliados*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria, 2011].

—, *The Dictators*, Londres, Penguin, 2004 [trad. esp., *Dictadores*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria, 2006].

—, *The Bombing War, Europe 1939-1945*, Londres, Allen Lane, 2013.

Pells, Richard, *Not Like Us, How Europeans have Loved, Hated and Transformed American Culture Since World War II*, Nueva York, BasicBooks, 1997.

Penrose, Antony, ed., *Lee Miller's War, Photographer and Correspondent with the Allies in Europe, 1944-1945*, Londres, Thames & Hudson, 2005.

Pick, Daniel, *The Pursuit of the Nazi Mind, Hitler, Hess and the Analysts*, Oxford, OUP, 2012.

Pike, David, *The Politics of Culture in Soviet-occupied Germany 1945-1949*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

Poiger, Uta G., *Jazz, Rock and Rebels, Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany*, Londres, University of California Press, 2000.

Prater, Donald, *Thomas Mann, A Life*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes, Travel Writing and Transculturation*, Londres, Routledge, 2008.

Preussner, Eberhard, *Paul Hindemith, ein Lebensbild*, Innsbruck, Edition Helbling, 1984.

Pronay, Nicholas y Keith Wilson, eds., *The Political Re-education of Germany and her Allies after World War II*, Londres, Croom Helm, 1985.

Pronay, Nicholas y D.W. Spring, eds., *Propaganda Politics and Film 1918-1945*, Londres, Macmillan Press Ltd., 1982.

Raack, R.C., *Stalin's Drive to the West, 1938-1945, The Origins of the Cold War*, Stanford, Stanford University Press, 1995.

Ramsden, John, *Don't Mention the War, The British and the Germans since 1890*, Londres, Little Brown, 2006.

Rees, Goronwy, *A Bundle of Sensations, Sketches in Autobiography*, Londres, Chatto & Windus, 1960.

Reich-Ranicki, Marcel, *Thomas Mann and His Family*, Londres, Collins, 1989 [trad. esp., *Thomas Mann y los suyos*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Ensayo, 1989].

Reinhold, Ursula et al., eds., *Erster Deutscher Schriftstellerkongress, 4-8 Oktober 1947*, Berlín, Aufbau, 1999.

Reinisch, Jessica, *Public Health in Germany in Soviet and Allied Occupation, 1943-1947*, tesis, Universidad de Londres, 2005.

Reynolds, David, «The Origins of the Cold War, The European Dimension, 1944-1951», *The Historical Journal*, vol. 28, n.º 2, 1985, págs. 497-515.

Ridley, Hugh, «Nochmals Herr Beißel, Thomas Mann und Amerika im Kontext von Doktor Faustus», en *Das Amerika der Autoren*, ed. de Jochen Vogt y Alexander Stephan, Múnich, W. Fink, 2006.

Riess, Curt, *The Berlin Story*, Londres, Frederick Muller, 1953.

Riva, David, ed., *A Woman at War, Marlene Dietrich Remembered*, Detroit, Painted Turtle, 2006.

Riva, Maria, *Marlene Dietrich by her Daughter*, Dunton Green, Coronet, 1994.

Robertson, Brian, «Quo Vadis?», *British Zone Review*, vol. 1, n.º 1, 27 de octubre de 1945.

Robertson, Geoffrey, *Crimes Against Humanity, The Struggle for Global Justice*, Londres, New Press, 2006.

Robertson, Ritchie, «Accounting for History, Thomas Mann, Doktor Faustus», en *The German Novel in the Twentieth Century, Beyond Realism*, ed. de David Midgley, Edimburgo, Edinburgh University Press, 1993.

Rollyson, Carl, *Rebecca West, A Saga of the Century*, Londres, Hodder & Stoughton, 1995.

—, *Beautiful Exile, The Life of Martha Gellhorn*, Londres, Aurum, 2000.

Ross, Alan, *The Derelict Day, Poems in Germany*, Londres, John Lehmann, 1947.

—, *Blindfold Games*, Londres, Collins Harvill, 1986.
Ruhm von Oppen, Beata, ed., *Documents on Germany under Occupation, 1945-1954*, Londres, Oxford University Press, 1955.
Ryder, Andrew, «Sartre's Theatre of Resistance, Les Mouches and the Deadlock of Collective Responsibility», Sartre Studies International, vol. 15, n.º 2, invierno 2009, págs. 78-95.
Sartre, Jean-Paul, *The Flies and In Camera*, Londres, Hamish Hamilton, 1946 [trad. esp.: Las moscas, Madrid, Alianza, 1996].
Saul, Nicholas, «Goethe the writer and literary history», en *The Cambridge Companion to Goethe*, ed. de Lesley Sharpe, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, págs. 23-41.
—, «Love, Death and Liebestod in German Romanticism», en *The Cambridge Companion to German Romanticism*, ed. de Nicholas Saul, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, págs. 163-174.
Schieder, Martin, *Im Blick des Anderen, Die Deutsch-Französischen Kunstbeziehungen 1945-1959*, Berlín, Akademie Verlag, 2005.
Schivelbusch, Wolfgang, *In a Cold Crater, Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948*, Londres, University of California Press, 1998.
Schwarz, Hans-Peter, «The division of Germany, 1945-1949», en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, ed., *The Cambridge History of the Cold War*, vol. I, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, págs. 133-153.
Scott-Smith, Giles, *The Politics of Apolitical Culture, The Congress for Cultural Freedom, the CIA and* Post-*war American Hegemony*, Londres, Routledge, 2002.
Scott-Smith, Giles y Hans Krabbendam, eds., *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-60*, Londres, Frank Cass, 2003.
Seymour-Jones, Carole, *A Dangerous Liaison, Simone de Beauvoir and Jean-Paul Sartre*, Londres, Century, 2008.
Shandley, Robert R., *Rubble Films, German Cinema in the Shadow of the Third Reich*, Filadelfia, Temple University Press, 2001.

Shelden, Michael, *Orwell, The Authorised Biography*, Londres, William Heinemann, 1991 [trad. esp.: *Orwell. Biografía autorizada*, Barcelona, Salamandra, 1993].

Shephard, Ben, *The Long Road Home, The Aftermath of the Second World War*, Londres, Bodley Head, 2010.

Shirer, William L., *End of a Berlin Diary*, Londres, Hamish Hamilton, 1947 [trad. esp.: *Diario de Berlín*, Barcelona, Debate, 2008].

Short, K.R.M. y Stephen Dolezel, eds., *Hitler's Fall, the Newsreel Witness*, Londres, Croom Helm, 1988.

Sikov, Ed, *On Sunset Boulevard, The Life and Times of Billy Wilder*, Nueva York, Hyperion, 1998 [trad. esp.: *Billy Wilder. Vida y época de un cineasta*, Barcelona, Tusquets Editores, col. Tiempo de Memoria, 2000].

Skelton, Geoffrey, *Paul Hindemith, The Man Behind the Music, A Biography*, Londres, Gollancz, 1975.

Sollers, Werner, *The Temptation of Despair, Tales of the 1940s*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2014.

Spencer-Carr, Virginia, *Dos Passos, A Life*, Londres, Doubleday, 1984.

Spender, Stephen, *European Witness, Impressions of Germany in 1945*, Londres, Hamish Hamilton, 1946.

—, *W.H. Auden, A Tribute*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1975.

—, *New Selected Journals 1939-1995*, ed. Lara Feigel y John Sutherland, Londres, Faber and Faber, 2012.

Spiel, Hilde, *The Dark and The Bright, Memoirs, 1911-1989*, Riverside, California, Ariadne Press, 2007.

Stannard, Martin, *Evelyn Waugh, No Abiding City 1939-1966*, Londres, Dent, 1992.

Stern, James, *The Hidden Damage*, Londres, Chelsea Press, 1947.

Stonard, John-Paul, *Fault Lines, Art in Germany 1945-1955*, Londres, Ridinghouse, 2007.

Stonebridge, Lyndsey, *The Judicial Imagination, Writing After Nuremberg*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2011.

Stonor Saunders, Frances, *Who Paid the Piper? The CIA and the Cultural Cold War*, Londres, Granta, 1999.

Strang, William, *Home and Abroad*, Londres, Andre Deutsch, 1956.
Sutherland, John, *Stephen Spender, The Authorised Biography*, Londres, Penguin, 2005.
Tabachnick, Stephen Ely, *Fiercer than Tigers, The Life and Work of Rex Warner*, East Lansing, Michigan State University Press, 2002.
Taylor, D.J., *Orwell*, Londres, Chatto & Windus, 2003.
Thies, Jochen, «"What is *going* on in Germany?" Britische Militärverwaltung in Deutschland 1945-6», en *Die Deutschlandpolitik Grossbritanniens und die Britische Zone*, ed. de Claus Scharf y Hans-Jürgen Schröder, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1979, págs. 29-50.
Thomas, Michael, *Deutschland, England über alles Rückkehr als britische Besatzungsoffizier*, Berlín, Siedler Verlag, 1984.
Thomas, Nick, *Protest Movements in 1960s West Germany, A Social History of Dissent and Democracy*, Oxford, Berg, 2003.
Tracey, Michael, *A Variety of Lives, A Biography of Sir Hugh Greene*, Londres, Bodley Head, 1983.
Treber, Leonie, *Mythos Trümmerfrauen, Von der Trümmerbeseitigung in der Kriegs- und Nachkriegszeit und der Entstehung eines deutschen Erinnerungsortes*, Essen, Klartext, 2014.
Trommler, Frank y Joseph McVeigh, eds., *America and the Germans, An Assessment of a Three-hundred-year History, Tricentennial Conference of German-American History, Politics and Culture*, Filadelfia, University of Philadelphia Press, 1985.
Turner, Ian D., ed., *Reconstruction in* Post-*War Germany, British Occupation Policy and the Western Zones 1945-1955*, Oxford, Berg Publishers Ltd., 1989.
Tusa, Ann y John, *The Nuremberg Trial*, Londres, Macmillan, 1983.
Vaget, Hans Rudolf, *Thomas Mann, Der Amerikaner, Leben und Werk im Amerikanischen Exil 1938-1952*, Frankfurt, S. Fischer, 2011.
Vansittart, Robert, *Black Record*, Londres, Hamish Hamilton, 1941.
Von Karasek, Hellmuth, *Billy Wilder, eine Nahaufnahme*, Múnich, Heyne, c. 1992.

Von Rohr Scaff, Susan, «Doctor Faustus», en *The Cambridge Companion to Thomas Mann*, ed. de Ritchie Robertson, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, págs. 168-184.

Von Solomon, Ernst, *Der Fragebogen*, Hamburgo, Rowohlt Verlag, 1951.

Watson, Peter, *The German Genius, Europe's Third Renaissance, the Second Scientific Revolution and the Twentieth Century*, Nueva York, Harper, 2010.

Watt, D.C., *Britain* Looks *to Germany, A Study of British Opinion and Policy towards Germany since 1945*, Londres, Oswald Wolff, 1965.

Watt, Roderick H., «Wolfdietrich Schnurre's Film Reviews of British Films in the Deutsche Rundschau 1946-1951», en *Publications of the Institute of Germanic Studies*, vol. 70, 1997, págs. 153-168.

Waugh, Evelyn, *Diaries 1911-1965*, ed. de Michael Davie, Harmondsworth, Penguin, 1979.

—, *Letters of Evelyn Waugh*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980.

Weiss, Andrea, *In the Shadow of the Magic Mountain, The Erika and Klaus Mann Story*, Chicago, University of Chicago Press, 2008.

Wellbery, David E., [«Judith Ryan, Hans Ulrich Gumbrecht, Anton Kaes y Dorothea von Muecke»], eds., *A New History of German Literature*, Londres, Belknap, 2004.

Wellens, Ian, *Music on the Frontline, Nicolas Nabokov's Struggle against Communism and Middlebrow Culture*, Burlington, Ashgate, 2002.

West, Rebecca, *Black Lamb and Grey Falcon*, Londres, Macmillan, 1943 [trad. esp.: *Cordero negro, halcón gris: un viaje al interior de Yugoslavia*, Barcelona, Ediciones B., 2001].

—, *A Train of Powder*, Londres, Virago, 1984, f.p. 1955.

—, «Greenhouse with Cyclamens, I, II and III», en *A Train of Powder*, Londres, Virago, 1984.

—, *Selected Letters of Rebecca West*, ed. de Bonnie Kime Scott, Londres, Yale University Press, 2003.

Willett, Ralph, *The Americanization of Germany, 1945-1949*, Londres, Routledge, 1988. Williams, Raymond, *Keywords, A Vocabulary of Culture and Society*, Londres, Fontana, 1976.

Williams, Rhys W., Stephen Parker y Colin Riordan, eds., *German Writers and the Cold War 1945-1961*, Manchester, Manchester University Press, 1992.

Willis, Roy, *The French in Germany, 1945-1949*, Stanford, Stanford University Press, 1962.

Wilms, Wilfried y William Rasch, eds., *German* Post-*war Films, Life and Love in the Ruins*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2008.

Winnington, G. Peter, *Vast Alchemies, The Life and Work of Mervyn Peake*, Londres, Peter Owen, 2000.

Wyman, David S., *The Abandonment of the Jews, America and the Holocaust, 1941-1945*, Londres, New Press, 2007.

Young-Bruehl, Elisabeth, *Hannah Arendt, For Love of the World*, New Haven, Yale, 2004.

Young, Iris Marion, *Inclusion and Democracy*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

Zauner, Stefan, *Erziehung und Kulturmission, Frankreichs Bildungspolitik in Deutschland 1945-1949*, Oldenbourg, Oldenbourg Verlag, 1994.

Zolotow, Maurice, *Billy Wilder in Hollywood*, Londres, W.H. Allen, 1977.

Zuckmayer, Carl, *A Part of Myself*, Londres, Secker & Warburg, 1970 [trad. esp.: *Como un trozo de mí mismo*, Madrid, Aguilar, 1972].

—, *Deutschlandbericht für das Kriegsministerium der Vereinigten Staaten von Amerika*, ed. de Gunther Nickel et al., Gotinga, Wallstein, 2004.

—, *The Devil's General and Germany, Jekyll and Hyde*, Londres, Continuum Intl., 2005.

Zweiniger-Bargielowska, Ina, «Bread Rationing in Britain, July 1946-July 1948», *Twentieth Century British History*, vol. 4, n.º 1, 1993, págs. 57-85.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de los derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

TEXTOS

Fragmentos de las obras de Thomas Mann, reproducidos con permiso del Thomas Mann Archive.

Fragmentos de las obras de Mervyn Peake, reproducidos con permiso de Peters Fraser & Dunlop (www.petersfraserdunlop.com) en nombre del Estate of Mervyn Peake.

Fragmentos de *A Part of Myself*, de Carl Zuckmayer, trad. inglesa de Richard y Clara Winston, publicada por Secker & Warburg, reproducidos con permiso de Random House Gropu Ltd.

Fragmentos de las obras de Klaus y Erika Mann, reproducidos con permiso de Monacensia y Literary Archives y Biblioteca de Múnich.

Fragmentos de varias cartas, publicadas o inéditas, y publicaciones de Rebecca West, reproducidos con permiso de Peters Fraser & Dunlop en nombre del Estate of Rebecca West.

Diarios y cartas de Harold Nicolson © 1968 y «Marginal Comment» © 1946, publicados en Spectator, reproducidos con permiso del Estate of Harold Nicolson.

Fragmentos de las obras de Victor Gollancz, reproducidos con permiso de Livia Gollancz.

Fragmentos de las obras de Martha Gellhorn, reproducidos con permiso de Alexander Matthews.

Fragmentos de las obras de Laura Knight, reproducidos con permiso del Estate of Dame Laura Knight.

Fragmentos de las obras de George Orwell, reproducidos con permiso de A.M. Heath.

Abreviaturas

Abreviaturas empleadas en las notas y la bibliografía

BB:	Bertolt Brecht
BW:	Billy Wilder
CZ:	Carl Zuckmayer
EH:	Ernest Hemingway
EM:	Erika Mann
EW:	Evelyn Waugh
GO:	George Orwell
HS:	Hilde Spiel
JPS:	Jean-Paul Sartre
KM:	Klaus Mann
LK:	Laura Knight
MD:	Marlene Dietrich
MG:	Martha Gellhorn
PdeM:	Peter de Mendelssohn
RW:	Rebecca West
SB:	Simone de Beauvoir
SS:	Stephen Spender
TM:	Thomas Mann
VG:	Victor Gollancz
WHA:	W.H. Auden

BFI Archive:	British Film Institute Archive, Londres
EH Archive:	Ernest Hemingway Collection, J.F. Kennedy Presidential Library, Boston
EM Archive:	Erika Mann Archive, Monacensia
HS Archive:	Hilde Spiel Archive, National Library of Vienna
KM Archive:	Klaus Mann Archive, Monacensia
LK Archive:	Laura Knight Archive, Nottinghamshire Archives
MG Archive:	Martha Gellhorn Archive, Boston University

OMGUS:	Office of Military Government United States, National Archives, Washington DC
PdeM Archive:	Peter de Mendelssohn Archive, Monacensia
RW Archive, Beinecke:	Rebecca West Archive, Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University
RW Archive, Tulsa	Rebecca West Archive, Tulsa
NA	The National Archives, Kew, Reino Unido
NARA	US National Archives and Records Administration, Washington
WHA Archive	W.H. Auden Archive, Berg Collection, New York Public Library



LARA FEIGEL es doctora por la Universidad de Sussex. Es crítica literaria e historiadora de la cultura y profesora en el *King's College* de Londres. Sus trabajos se centran en los años treinta y la Segunda Guerra Mundial. Entre sus publicaciones recientes, destacan *The Love-charm of Bombs* (2013) y *The Bitter Taste of Victory* (2016). Colabora frecuentemente con publicaciones como *The Guardian*, *Prospect* y *History Today*.

Notas

[1] Fueron destruidos más de tres millones seiscientos mil hogares alemanes; véase Giles MacDonogh, *After the Reich: From the Liberation of Vienna to the Berlin Airlift*, John Murray, 2007, pág. 1. <<

[2] Aunque pronto se convirtieron en un símbolo ubicuo, las *Trümmerfrauen* eran principalmente un fenómeno berlinés (y de la zona soviética). Los aliados occidentales eran reacios a emplear mujeres para esta tarea. Véase Leonie Treber, *Mythos Trümmerfrauen: Von der Trümmerbeseitigung in der Kriegs- und Nachkriegszeit und der Entstehung eines deutschen Erinnerungsortes*, Klartext, 2014, págs. 234-239. <<

[3] Estas cifras proceden de Tony Judt, *Postwar: A History of Europe since 1945*, *Vintage*, 2010, págs. 14, 17, 26. Véase también Malcom J. Proudfoot, *European Refugees, 1939-1952: A Study in Forced Population Movement*, Northwestern University Press, 1956, págs. 80, 158-159. <<

[4] La Wehrmacht es el Ejército (literalmente la «fuerza de defensa»). James Stern, *The Hidden Damage*, Chelsea Press, 1990, pág. 109. **<<**

[5] MG, «We Were Never Nazis», *Collier's*, 26 de mayo de 1945. LM, «Germany, The War That is Won», *Vogue*, junio de 1945, en Antony Penrose, ed., *Lee Miller's War: Photographer and Correspondent with the Allies in Europe, 1944-1945*, Thames & Hudson, 2005, pág. 166. <<

[6] GO, «Creating Order out of Cologne Chaos: *Water* Supplied from Carts», *The Observer*, 25 de marzo de 1945. <<

[7] *Los Angeles Examiner*, 3 de febrero de 1945, citado en Steven Bach, *Marlene Dietrich: Life and Legend*, University of Minnesota Press, 2011, pág. 299. <<

[8] WHA a Tania Stern, 20 de mayo de 1945, WHA Archive. <<

[9] BW según recuerda John Woodcock en J.M. Woodcock, «The Name Dropper», *American Cinemeditor* 39:4. Invierno de 1989/1990, pág. 15. <<

[10] PdeM a HS, junio de 1944, PdeM Archive. PdeM, «Through the Dead Cities», *New Statesman*, 14 de julio de 1945. **<<**

[11] Para el documento completo, véase «The Avalon Project: Documents in Law, History and Diplomacy (Yale Law School)»: Avalon.law.yale.edu/20th_centu/decade17.asp. Véase también el análisis de William Shirer del comunicado de Potsdam: William L. Shirer, *End of a Berlin Diary*, Hamish Hamilton, 1947, págs. 95-98. <<

[12] «Reeducación» era la palabra que se usaba tanto en la zona británica como en la estadounidense para referirse a lo que Rebecca Boehling definió como todos los planes «destinados a poner fin al aislamiento que impusieron los nazis a la vida cultural y la conciencia política alemanas y a todo control social y político de signo autoritario impuesto a las tradiciones que databan de la historia de Alemania de antes de 1933». Según Boehling, la reeducación se llevaría a cabo mediante «el adoctrinamiento, la autorización y la censura de los medios de comunicación de masas además de numerosas medidas encaminadas a democratizar el sistema de educación alemán y reorientar varios aspectos de la vida cultural alemana» (Rebecca Boehling, «The Role of Culture in American Relations with Europe: The Cases of the United States's Occupation of Germany», *Diplomatic History*, 22:1 [1999], págs. 57-69). Véase también Michael Balfour, «Re-education in Germany after 1945: Some Further Considerations», *German History*, 5:1 (1987), págs. 25-34, para reflexiones sobre la reeducación desde una perspectiva británica. <<

[13] Constitución de la Unesco, firmada el 16 de noviembre de 1945. Para el documento completo, véase UNESCO.ORG: portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=152448?URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.xhtml.
<<

[14] Brigadier W.E. van Cutsem, «The German Character», 9 de marzo de 1945, NA FO 371/46864, citado en Patricia Meehan, *A Strange Enemy People*, Peter Owen Publishers, 2001, pág. 55. **<<**

[15] Para un análisis excelente de la desesperanza en Alemania y en respuesta a Alemania durante este periodo, véase Werner Sollors, *The Temptation of Despair*, Harvard University Press, 2014. Centrándose en una serie de obras de arte producidas en respuesta a la Alemania reducida a ruinas, Sollors retrata un país donde tanto los ocupantes como los ocupados se vieron atrapados en «una fuerte corriente oculta de melancolía y desesperanza» (pág. 3) y nos advierte del peligro de utilizar la retrospección para situar la Alemania de finales de la década de 1940 en la optimista historia del milagro económico de Alemania Occidental. De modo parecido, William L. Hitchcock se pregunta si esto pueda verse como un periodo de «liberación» en su libro *Liberation: The Bitter Road to Freedom, Europe 1944-1945*, Faber & Faber, 2009. <<

[16] Otras obras que podrían añadirse a esta lista son *Walk in Darkness* (1948) y Off *Limits* (1955), de Hans Habe; *Small Victory* (1947), de Zelda Popkins, y *Last of the Conquerors* (1948), de Wiliam Gardner Smith; pero son obras ajenas al asunto que nos ocupa. <<

[17] Para un examen del concepto de la «hora zero», véase la introducción de Stephen Brockmann a su *German Literary Culture at the Zero Hour*, Boydell & Brewer, 2004. <<

[18] Erich Kästner, Diario (reescrito para su publicación), 8 de mayo de 1945, citado en Sollors, *The Temptation of Despair*, pág. 32. **<<**

[19] EH a MG, feb./marzo de 1944, citado en Carl Rollyson, *Beautiful Exile: The Life of Martha Gellhorn*, Aurum, 2000, pág. 150. <<

[20] Bernice Kert, *The Hemingway Women*, W.W. Norton & Company, 1986, pág. 391. <<

[21] Véase el reportaje de David Bruce en Jeffrey Meyers, *Hemingway: A Biography*, Harper and Row, 1985, págs. 406-407; también Antony Beevor, *Ardennes 1944: Hitler's Last Gamble*, Penguin, 2015, pág. 49. <<

[22] Los norteamericanos estaban más dispuestos a dejar que los rusos tomaran Berlín; Roosevelt y Eisenhower se dejaron engañar por Stalin y sus promesas. Véase Antony Beevor, *Berlin: The Downfall*, 1945, Viking, 2002, págs. 194-195. <<

[23] Stern, *The Hidden Damage*, pág. 4. <<

[24] LM, «Paris, Its Joy… Its Spirit… Its Privations», *Vogue*, octubre de 1944, en Penrose, *Lee Miller’s War*. **<<**

[25] Citado en Carlos Baker, *Ernest Hemingway: A Life Story*, Charles Scribner's Sons, 1969, pág. 420. <<

[26] EH, «War in the Siegfried Line: A grim story of how our infantry broke onto German soil», *Collier's*, 18 de noviembre de 1944. <<

[27] Estadísticas de Ian Buruma, *Year Zero: A History of 1945*, Penguin, 2013, pág. 281. <<

[28] Los detalles sobre la ciudad en ruinas se basan en LM, «Germany - The War That is Won», *Vogue*, junio de 1945, en Penrose, *Lee Miller's War*. Miller visitó Aquisgrán en marzo, pero los daños seguían siendo más o menos los mismos que en octubre. <<

[29] EM, «Occupation - Trial or Error», octubre de 1948, EM Archive. <<

[30] Sobre su imagen norteamericana: EM a KM, 8 de mayo de 1945, EM Archive. <<

[31] EM, «Our Newest Problem: Germany». <<

[32] EM a KM, 15 de enero de 1945, EM Archive. **<<**

[33] Advertencias de KM: Andrea Weisss, *In the Shadow of the Magic Mountain: The Erika and Klaus Mann Story*, University of Chicago Press, Chicago, 2008, pág. 73. «Traidora judía», citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 79. «Hiena pacifista de pies planos»: citado en KM, *The Turning Point: The Autobiography of Klaus Mann*, Serpent's Tail, 1987, pág. 241. <<

[34] Un periodo feliz para MD: Véase MD, *Marlene*, trad. de Salvator Attansio, Avon Books, 1990, págs. 197-228. Barney Oldfield, citado en David Riva, ed., *A Woman at War: Marlene Dietrich Remembered*, Painted Turtle, 2006, pág. 68. <<

[35] «Col», en alemán. Los anglosajones utilizan o utilizaban esta palabra para referirse de forma despectiva a los alemanes; equivale a la palabra «boche» que usan o usaban los franceses con el mismo propósito. *(N. del T.)*. <<

[36] MG a Stanley Pennell, 8 o 9 de mayo de 1931, en Caroline Moorhead, ed., *The Letters of Martha Gellhorn*, Chatto & Windus, 2006. En junio de 1942, MG escribió a Bill y Annie Davis para hablarles de lo que sentía después de España: «España era un lugar donde podías tener esperanza, y España era también como una vacuna que podía salvar al resto del género humano del mismo sufrimiento espantoso. Pero a nadie que fuera importante le interesó. Así que la esperanza murió […] después de España, yo al menos sentí tanta amargura ante la forma en que el mundo era gobernado que no quise tener nada que ver con ello […]. Pero si no tienes ningún papel en el mundo, por enfermo que esté el mundo, estás muerto» (*The Letters of Martha Gellhorn*). **<<**

[37] MG a Hortense Flexner, 22 de septiembre de 1942, en *The Letters of Martha Gellhorn*. Sobre su impulso de huir, véase MG a Stanley Pennell, 19 de mayo de 1931: «Hay demasiado espacio en el mundo. Me desconcierta y me trae loca. Y este impulso de huir de lo que amo es una especie de sadismo que ya no pretendo entender» (*The Letters of Martha Gellhorn*). MG a Hortense Flexner, 22 de septiembre de 1941, en *The Letters of Martha Gellhorn*. **<<**

[38] MG a HE, 28 de junio de 1943, MG Archive; MG a Allen Grover, 2 de noviembre de 1944, MG Archive. <<

[39] MG, «Cracking the Gothic Line», *Collier's*, 28 de octubre de 1944. <<

[40] MG a Edna Gellhorn, 14 de noviembre de 1944, MG Archive; MG, «By Radio From Paris», *Collier's*, 4 de noviembre de 1944; MG a Eleanor Roosevelt, 5 de febrero de 1939. <<

[41] Citado en Caroline Moorehead, *Martha Gellhorn: A Life*, *Vintage*, 2004, pág. 278; citado en Moorehead, *Martha Gellhorn*, pág. 280; MG a Betsy Drake, 13 de septiembre de 1983, MG Archive. Durante años Gellhorn se había sentido avergonzada por su propia falta de receptividad en la cama. En 1934, al final de una larga relación con un hombre casado, Bertrand Jouvenel, pidió perdón por no satisfacer a su amante. Como había escandalizado al mundo viviendo sin disimulo una aventura con un hombre casado, la gente daba por sentado que la impulsaba el fervor sexual: «deben de pensar: es una mujer muy apasionada… con las necesidades del cuerpo clamando», escribió a Campbell Becket, 29 de abril de 1934 (*The Letters of Martha Gellhorn*). En realidad era incapaz de corresponder al deseo de su amante, al que había decepcionado con su falta de orgasmos. **<<**

[42] MG, «Rough and Tumble», *Collier's*, 2 de diciembre de 1944. <<

[43] MG, «Death of a Dutch Town», *Collier's*, 23 de diciembre de 1944. <<

[44] Chester B. Hansen, diario, 28 de diciembre de 1944, Chester B. Hansen Collection, United States Army Military History Institute, Carlisle, Pensilvania, por cortesía de Antony Beevor; Bill Walton a Bernice Kert, abril de 1980, citado en Kert, *The Hemingway Women*, pág. 415; citado en Rollyson, *Beautiful Exile*, pág. 162. <<

[45] MG Bertrand de Jouvenel, sin fecha, 1932, en *The Letters of Martha Gellhorn*; EH a Patrick Hemingway, 19 de noviembre de 1944, en EH, Carlos Baker, ed., *Selected Letters, 1917-1961*, Granada, 1981. <<

[46] Estadísticas de Richard Bessel, *Germany 1945: from War to Peace*, Simon & Schuster, 2009, pág. 11 (450.000), y Hitchcock, *Liberation*, pág. 165 (250.000) <<

[47] MD a Rudi Sieber, en Maria Riva, *Marlene Dietrich*, Bloomsbury, 1992, pág. 556. Véase también MD, *Marlene*, pág. 213. **<<**

[48] Véanse MD, *Marlene*, pág. 318, y Riva, *Marlene Dietrich*, pág. 556. <<

[49] De Gaulle venía exigiendo una zona de ocupación aparte para Francia desde octubre de 1944, deseoso de controlar Renania en particular. Según Georges Bidault, ministro de Asuntos Exteriores francés, si los franceses no interpretaban un papel importante en la guerra después de la liberación, «los alemanes no los considerarán vencedores». Churchill y Roosevelt estaban dispuestos a conceder a Francia una zona, pero Stalin no; a consecuencia de ello, la zona francesa se formó con partes de las zonas británica y estadounidense acordadas previamente (MacDonogh, *After the Reich*, págs. 10-11). <<

[50] Informe de la Conferencia de Crimea (Yalta), 4-11 de febrero de 1945, en Beata Ruhm von Oppen, ed., *Documents on Germany under Occupation, 1945-1954*, Oxford University Press, 1955, págs. 4-6. <<

[51] Citado en Hitchcock, *Liberation*, pág. 170. **<<**

[52] Robert Vansittart, *Black Record: Germans Past and Present*, Hamish Hamilton, 1941, págs. 12, 16; Churchill a la Cámara de los Comunes, 21 de septiembre de 1943, citado en Bessel, *Germany 1945*, pág. 285. Para el odio a Hitler y al nazismo entre los aliados, véase Richard Overy, *Why the Allies Won*, Jonathan Cape, 1995, págs. 286-289. <<

[53] Citado en Hitchcock, *Liberation*, pág. 17. <<

[54] Victor Gollancz, *Shall our Children Live or Die: A Reply to Lord Vansittart on the German Problem*, Victor Gollancz, 1942, págs. 23, 49. <<

[55] «Propaganda and Publicity to Germany» (documento sobre la reocupación de Alemania publicado conjuntamente por la PWE y la BBC), enero de 1944, NA PRO FO 898/370. <<

[56] Ten. Cnel. H.V. Dicks, «Germany after the War: a resumé with commentary», febrero de 1945, NA FD 1/6046, citado en Jessica Reinisch, *Public Health in Germany*, tesis, 2005, pág. 68. <<

[57] Véanse Richard M. Brickner, *Is Germany Incurable*?, J.B. Lippincott, 1943; Margaret Mead, *And Keep Your Powder* Dry*: An Anthropologist* Look *at America*, William Morrow, 1942, págs. 261, 26. <<

[58] Para una definición útil de «cultura» (*culture*) y una explicación de sus raíces etimológicas, véase Raymond Williams, *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society*, Fontana, 1976. Williams dijo que «cultura» era una de las «dos o tres palabras más complicadas de la lengua inglesa» y sugirió que su uso tenía a la sazón tres categorías activas principales: i) como sustantivo que hacía referencia a «un proceso general de progreso intelectual, espiritual y estético», ii) como sustantivo que hacía referencia a «determinado modo de vida, ya fuera de un pueblo, un periodo o un grupo», iii) como sustantivo que hacía referencia a «las obras y las prácticas de la actividad intelectual y especialmente artística —este es actualmente el uso más extendido— la cultura es la música, la literatura, la pintura y la escultura, el teatro y el cine. Un ministerio de cultura se refiere a estas actividades, con la añadidura a veces de la filosofía, la erudición, la historia». En opinión de Williams, la coincidencia parcial entre usos refleja «un complejo debate sobre las relaciones entre el desarrollo humano en general y determinado modo de vida, y entre tanto las obras como las prácticas del arte y la inteligencia». La palabra alemana «*Kultur*» compartía los múltiples significados de «cultura» (mientras que la francesa «*culture*» y la italiana «*cultura*» se referían más probablemente solo al arte y al saber o a un proceso general de evolución de la humanidad, en lugar de a la cultura como modo de vida). En realidad, la palabra alemana «*Kultur*» era más exclusivamente artística que su equivalente británica o norteamericana. Para un análisis más completo de esta diferencia, véase Jessica C.E. Gienow-Hecht, «Art is Democracy and Democracy is Art: Culture, Propaganda, and the *Neue Zeitung* in Germany, 1944-1947», *Diplomatic History* 23:1 (1999), págs. 21-43. <<

[59] Para el informe de la Conferencia de Yalta, véase **http://www.germanhistorydocs.ghi-dc.org/pdf/eng/Allied%20Policies%203_ENG.pdf <<**

[60] Borrador de armisticio con Alemania, febrero de 1944, NA FO 898/409.
<<

[61] The Committee to Re-educate the Axis Powers, «The Re-education of Germany» (1944), citado en Jennifer Fay, *Theaters of Occupation: Hollywood and the Reeducation of Postwar Germany*, University of Minnesota Press, 2008, pág. 32; Archibald MacLeish, «The Strongest and the Most Enduring Weapons», *Publisher's Weekly*, 1810, 16 de mayo de 1942; OMGUS/ICD, «History of the Information Control Division», n.º 33, 8 de mayo de 1945-30 de junio de 1946 (NARA). Para más información sobre esta campaña, véase John B. Hench, *Books as Weapons: Propaganda, Publishing and the Battle for Global Markets in the Era of World War II*, Cornell University Press, 2010. La creencia en la influencia de los libros en Alemania se basaba principalmente en el hecho de que la relación de libros por persona en Alemania antes de la guerra era una de las más altas del mundo y en 1938 se publicó en Alemania el doble de libros que en Estados Unidos (véase OMGUS, «Functional Report Information Control», n.º 42, 20 de diciembre de 1948, NARA). <<

[62] Para el informe de la Conferencia de Yalta: **http://www.germanhistorydocs.ghi-dc.org/pdf/eng/Allied%20Policies%203_ENG.pdf** **<<**

[63] Victor Klemperer, diario, 22-24 de febrero de 1945, en *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer 1942-1945*, Weidenfeld and Nicolson, 1999. La información sobre Dresde se ha extraído de Richard Overy, *The Bombing War: Europe 1939-1945*, Allen Lane, 2013, págs. 394-396; «every fighter is»: citado en Bessel, *Germany 1945*, pág. 18. <<

[64] MG, citado en Amy Porter, «The Week's Work», *Collier's*, 3 de febrero de 1945. <<

[65] James Gavin a MG, 16 de abril de 1945, MG Archive; MG, «Night Life in the Sky», *Collier's*, 17 de marzo de 1945. <<

[66] LM, «Through the Alsace Campaign», *Vogue*, abril de 1945, en Penrose, *Lee Miller's War*. <<

[67] LM, «Germany-The War that is Won», *Vogue*, junio de 1945, en Penrose, *Lee Miller's War*. <<

[68] Para Colonia, véase Overy, *The Bombing War*, págs. 474, 638. Para el corte que parecía una herida, véase Stig Dagerman, *German Autumn*, trad. de Robin Fulton MacPherson, University of Minnesota Press, 2011, publicado primero en sueco en 1947, pág. 20. <<

[69] GO, «As I Please», *Tribune*, 12 de enero de 1945. **<<**

[70] Para las cifras correspondientes a la zona estadounidense, véase Hitchcock, *Liberation*, pág. 249; Ben Shephard, *The Long Road Home: The Aftermath of the Second World War*, Bodley Head, 2010, pág. 62; GO, «Uncertain Fate of Displaced Persons», *The Observer*, 10 de junio de 1945. <<

[71] GO a Dwight Macdonald, 4 de abril de 1945, citado en Michael Shelden, *Orwell: The Authorized Biography*, William Heinemann, 1991, pág. 420. <<

[72] GO, «Future of a Ruined Germany», *The Observer*, 8 de abril de 1945.
<<

[73] Cifras de Bessel, *Germany 1945*, pág. 104. **<<**

[74] Alexandr Solzhenitsyn, «Prussian Nights», trad. de Robert Conquest, citado en MacDonogh, *After de Reich*, pág. 48. <<

[75] James Gavin a MG, 16 de abril de 1945, MG Archive. <<

[76] La reacción del general Patton en Ohrdruf: Hitchcock, *Liberation*, pág. 295. Sobre las condiciones en Buchenwald: Hitchcock, *Liberation*, pág. 297; reportaje de Richard Dimbleby para la BBC, citado en Juliet Gardiner, *Wartime: Britain 1939-1945*, Headline, Londres, 2005, pág. 674. <<

[77] Se informó de la existencia de los campos de concentración casi inmediatamente después de la fundación del de Dachau en marzo de 1933. Sin embargo, los informes se abstuvieron explícitamente de revelar lo que pasaba en ellos y de especular sobre el porqué. Tal como señalan Tony Kuschner y Katharine Knox en *Refugees in an Age of Genocide: Global, National and Local Perspectives* during *the Twentieth Century*, Frank Cass, 1999: «Los detalles que se proporcionaban raramente iban acompañados de comentarios editoriales. Además, la falta o, en el mejor de los casos, la ambigüedad del análisis iba acompañada de una tendencia a indicar la posibilidad, en nombre de la "objetividad" informativa, de que los nazis estuvieran justificados al afirmar que se exageraban las atrocidades antijudías […]. El antisemitismo nazi en la década de 1930 se enmarcaba en un discurso de "atrocidades" que podían ser ciertas o no» (págs. 150-151). A comienzos de abril de 1933, en un artículo titulado «Nazis Herd Enemies Behind Barbed Wire in Big Prison Camps» [Los nazis meten a sus enemigos en grandes campos de prisioneros rodeados de alambre de púas], *The New York Times* habló de «detenciones sistemáticas de adversarios políticos de los nazis» en gran número que se supone que «asciende a miles y miles» (8 de abril de 1933). Aunque las palabras «alambre de púas» aparecían cuatro veces, el periódico escribió sobre el campo de Heuberg —cuya población consistía «principalmente en intelectuales, que se impacientan a causa de la monotonía del trabajo manual»— que «la comida […] es buena y abundante, aunque sencilla» y «la primera impresión podría ser que se trata de una gran comunidad agrícola». En julio, el enviado especial de *The Times* visitó Dachau: centro de «saboteadores y aguafiestas», donde «los barracones estaban limpios como una patena», «el trabajo bien hecho se recompensa con una ración extra de pan» y «la vida del campo ha pasado a ser la rutina organizada de cualquier institución penal […]. Es un tanto aburrida pero no muy diferente de la vida regular en el Ejército» (*«Times* Writer Visits Reich Prison Camp», 26 de julio de 1933). Era un artículo benévolo con solo unas cuantas notas discordantes, a

saber: que «bajo un cielo sonriente, no había ni una sonrisa en los 2000». Los aliados occidentales también estaban enterados de la situación en Auschwitz de boca de miembros de la resistencia polaca desde 1942, pero al principio tendieron a no tomar en serio lo que oían. Véase David S. Wyman, *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, New Press, 2007. <<

[78] Los nazis construyeron campos de concentración a partir de 1933. Un reducido número de estos primeros campos sirvieron de modelo para el sistema posterior: Dachau, Oranienburg-Columbiahaus (Berlín), Esterwegen (Emsland), Sachsenburg (Turingia) y Lichtenburg a orillas del Elba. Thedodor Eicke (hombre con fama de violento y de discutible cordura) tenía jurisdicción sobre estos campos y fue el encargado de redactar el reglamento que sería la base de la organización de los campos nazis. Hitler respaldó los puntos de vista de Eicke y en junio de 1936 sancionó oficialmente la autoridad de las SS en los campos. A partir de 1936, mientras Alemania daba prioridad al rearme, se fundaron nuevos campos. Sachsenhausen y Buchenwald se terminaron en 1938. Tanto el campo de castigo de Mauthausen, que proporcionaba mano de obra para las canteras de piedra, como el campo para mujeres de Ravensbrück se terminaron en 1939. La guerra sirvió para una inmensa ampliación del sistema de campos en toda la Europa ocupada y en 1944 existían veinte campos principales y 165 subcampos. La guerra fue también el preludio de algo más siniestro: algunos campos de trabajo, que ya eran letales, pasaron a desempeñar la nueva función de «fábricas de muerte». El campo de Natzweiler, por ejemplo, se creó en 1940 con el fin de explotar yacimientos de granito; también se utilizaba para llevar a cabo ejecuciones secretas. En el caso de Auschwitz-Birkenau (fundado en el mismo año), la mitad del campo estaba dedicada a proporcionar mano de obra esclava (incluidos el trabajo en un yacimiento de grava y la construcción de una fábrica) y la otra mitad se empleaba para matar. Los primeros asesinatos con Zyklon B (de prisioneros soviéticos comunistas) se llevaron a cabo en septiembre de 1941; en 1942-1943 se ampliaron las instalaciones para matar en Auschwitz y empezó el traslado de gran número de judíos al campo; a su llegada, los procesos de selección determinaban quién iba a trabajar y quién iba a morir. Otros campos que funcionaban parcial o totalmente como instalaciones de exterminio eran Chelmno, Belzec, Treblinka, Maidanek, Sobibor, Riga y Maly-Trostenets. Para una crónica más detallada de la evolución del

sistema de campos nazis, véase Richard Overy, *The Dictators: Hitler's Germany and Stalin's Russia*, Penguin, 2004, págs. 599-608. **<<**

[79] Esta crónica se basa en reportajes de *Stars and Stripes*, 2 de mayo de 1945, y *The New York Times*, 30 de abril de 1945. Véanse Bessel, *Germany 1945*, pág. 162, y Hitchcock, *Liberation*, págs. 303-305. <<

[80] Peter Furst, «Dachau Cheers its Liberation from Horror of Living Death», *Stars and Stripes*, 2 de mayo de 1945. **<<**

[81] LM, «Germany-the War that is Won». *Vogue*, junio de 1945, en Penrose, *Lee Miller’s War*. **<<**

[82] LM a Audrey Withers, mensaje sin fecha, en Penrose, *Lee Miller's War*. <<

[83] LM a Audrey Withers, mensaje sin fecha, en Penrose, *Lee Miller's War*.
<<

[84] Versión española de José Ángel Valente. *(N. del E.)*. **<<**

[85] Paul Celan, «Death Fugue» (*«Todesfuge»*), trad. de Christopher Middleton, Michael Hamburger y Christopher Middleton, eds., *Modern German Poetry, 1910-1960*, Mcgibbon and Lee, Londres, 1966, págs. 318-321. <<

[86] Véase Michael T. Booth y Duncan Spencer, *Paratrooper: the Life of General James M. McGavin*, Casemate, Oxford, 1994, pág. 292. **<<**

[87] MG a Hortense Flexner, citado en Moorehead, *Martha Gellhorn*, pág. 283; citado en Moorehead, *Martha Gellhorn*, pág. 284; MG, «Dachau: Experimental Murder», *Collier's*, 23 de junio de 1945. <<

[88] Véase Beevor, *Berlin*, págs. 398-400. **<<**

[89] Véase Bessel, *Germany 1945*, págs. 180-182. En Tubinga los franceses exigieron el 23 de abril que los oficiales médicos alemanes entregasen la clínica quirúrgica junto con todos sus instrumentos médicos. Todos los pacientes, incluidos los enfermos graves y los que acababan de ser operados, fueron trasladados. <<

[90] Citado en Bach, *Marlene Dietrich*, pág. 303. <<

[91] LM, «Germany - the War that is Won», *Vogue*, junio de 1945, en Penrose, *Lee Miller's War*. <<

[92] GO, «Bavarian Peasants Ignore the War - Germans Know They are Beaten», *The Observer*, 22 de abril de 1945; MG, «We were never Nazis!», *Collier's*, 26 de mayo de 1945. Para un análisis de la falta de culpa colectiva explorada desde la perspectiva de los judíos alemanes que quedaban y los que volvían, véase Grossmann, *Jews, Germans and Allies: Close Encounters in Occupied Germany*, Princeton University Press, 2007, págs. 39-46. <<

[93] MG, «We were never Nazis!» <<

[94] Citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 91. <<

[95] Para un análisis de la expresión «emigrante interior», véase Brockmann, *German Literary Culture*, págs. 95-100. <<

[96] TM, diario, 10 de abril de 1933, en TM, *Diaries, 1918-1919*, trad. de Richard y Clara Winston, Harry N. Abrams, 1982. <<

[97] TM a Albert Einstein, 15 de mayo de 1933, en TM, en Erika Mann, ed., *Briefe*, 3 vols., S. Fischer Verlag, 1961-1965, vol. 1, pág. 332; TM a Karl Kerenyi, 4 de agosto de 1934, citado en Ronald Hayman, *Thomas Mann: A Biography*, Bloomsbury, 1996, pág. 413. <<

[98] EM a TM, 19 de enero de 1936, en EM, en Anna Zanco Presrtel, ed., *Briefe und Antworten*, vol. 1, Edition Spangenberg, 1985, citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 123; carta abierta de TM a Eduard Korrodi, 3 de febrero de 1936, citada en Hayman, *Thomas Mann*, pág. 424. Al ser desposeído del título de doctor *honoris causa* aquel mismo año, Mann escribió una carta abierta al decano de la Universidad de Bonn en la que calificaba la Alemania nacionalsocialista de «arruinada espiritualmente y agotada físicamente a causa de los preparativos de guerra con los que amenaza al mundo entero […] amada por nadie», TM al decano de la facultad de filosofía de Bonn, 1 de enero de 1937 en Thomas Mann, *Gesammelte Werke*, 13 Bände, Tomo 12, Fischer, 1974. <<

[99] TM, «German Listener», 10 de mayo de 1945, en *Deutsche Hörer: Radiosendungen nach Deutschland aus den Jahren 1940-1945*, Fischer, 2004. <<

[100] Sobre las primeras experiencias de Golo Mann en la guerra, véase la introducción de Peter Demetzen en Golo Mann, *Reminiscences and Reflections*, Norton, 1990, págs. IX-XIII. <<

[101] KM, «An American Soldier Revisiting his Former Homeland» para Radio Stockholme, 30 de diciembre de 1947, KM Archive. **<<**

[102] KM., discurso pronunciado en Co. «C», 363th Inf. Regt., 91 Division, 8 de enero de 1945, KM Archive. <<

[103] KM a EM, 13 de junio de 1945, KM Archive. <<

[104] KM se refiere a Frank Wedekind como «el D.H. Lawrence de Alemania» en *The Turning Point*, pág. 93. **<<**

[105] KM, *The Turning Point*, pág. 107. <<

[106] Para comentarios de Gründgens sobre KM como poeta, véase Weiss, *In the Shadow*, pág. 49 <<

[107] EM a KM, 22 de marzo de 1937, EM Archive. <<

[108] EM y KM, *The Other Germany*, trad. de Heinz Norden. Modern Age Books, 1940, pág. 21; EM, entrevista de 1963, citada en Weiss, *In the Shadow*, pág. 168; KM, artículo de fondo en *Decision*, enero de 1941, citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 167. <<

[109] KM, artículo de fondo en *Decision*, enero de 1941. <<

[110] Para los debates de KM con Auden e Isherwood sobre el nazismo, véase Weiss, *In the Shadow*, pág. 163. <<

[111] TM a EM, citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 142. <<

[112] EM a KM, 24 de febrero de 1945, EM Archive; EM a KM, 8 de mayo de 1945, EM Archive. <<

[113] KM, «An American Soldier Revisiting his Former Homeland» para Radio Stockholme, 30 de diciembre de 1947, KM Archive. Estadísticas de Irmtraud Permooser, *Der Luftkrieg über München 1942-1945: Bomben auf die Haupstadt der Bewegung*, Aviatic, 1997, págs. 372-375. <<

[114] KM, «An American Soldier». <<

[115] TM, «A Family Against Dictatorship», citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 208; KM, «The Job Ahead in Germany», *Stars and Stripes*, 13 de mayo de 1945; KM, «An American Soldier». <<

[116] KM a Thomas Quinn Curtiss, sin fecha, KM Archive; KM a TM, 16 de mayo de 1945, en KM, Martin Gregor-Dellin, ed., *Briefe und Antworten 1937-1945*, vol. 2, Heinrich Ellermanm, 1975. **<<**

[117] Esta es una visión selectiva del romanticismo alemán: muchos románticos alemanes habían estado comprometidos radicalmente con la política, al menos en sus primeros años, después de la Revolución francesa. Pero era el romanticismo posterior y más introspectivo el que había influido en Mann. <<

[118] Johann Wolfgang von Goethe, *The Sorrows of Young Werther*, trad. de R.D. Boylan, Mondial, 2006, pág. 9. <<

[119] TM, discurso, 29 de mayo de 1945, en *Thomas Mann's Addresses Delivered at the Library of Congress, 1942-1949*, Library of Congress, 1963, pág. 64. <<

[120] Para la diferencia entre *Kultur* y *Zivilisation*, véase EM y KM, *The Other Germany*, pág. 71; TM, «Reflections of a Nonpolitical Man», 1918, citado en Mark W. Clark, *Beyond Catastrophe: German Intellectuals and Cultural Renewal after World War II, 1945-1955*, Lexington Books, 2006, pág. 86; TM, 1919, citado en Clark, *Beyond Catastrophe*, pág. 87. <<

[121] Para un examen más completo de estas ideas, véanse Clark, *Beyond Catastrophe*, y Wolf Lepenies, *The Seduction of Culture in German History*, Princeton University Press, 2006. **<<**

[122] Véase la conferencia de TM «On the German Republic», 1922, reeditada en Anton Kaes, Martin Jay y Edward Dimendberg, eds., *The Weimar Republic Sourcebook*, University of California Press, 1994, págs. 105-106. <<

[123] Para un estudio de la estetización de la política en Alemania durante el periodo de entreguerras, véase Walter Benjamin, «The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction», 1936, en Hannah Arendt, ed., Harry Zohn, trad., *Illuminations*, Jonathan Cape, 1970, págs. 219-254. **<<**

[124] Directriz JCS 1067 para el comandante en jefe de las fuerzas de ocupación estadounidenses, abril de 1945, **http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/sub_document.cfm?document_id=2297 <<**

[125] Programa del Armed Forces Radio Service para los soldados estadounidenses, marzo de 1945, citado en Hitchcock, *Liberation*, pág. 182; Frank Capra, dir., *Your Job in Germany*, 1944, citado en Nicholas Pronay y Keith Wilson, eds., *The Political Re-education of Germany and her Allies after World War II*, Croom Helm, 1985, págs. 200-201; brigadier W.E. van Cutsem, «The German Character», citado en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 55. <<

[126] Richard Crossman, «Guilt and Non-Fraternisation», *New Statesman*, 21 de abril de 1945. <<

[127] «“Austere” Press, Radio Is Planned for Germany», *The New York Times*, 3 de mayo de 1945. <<

[128] SS a Julian Huxley, 4 de diciembre de 1944, citado en John Sutherland, Stephen Spender: *The Authorized Biography*, Penguin, 2005, pág. 299. **<<**

[129] John Lehmann, «In Daylight», junio de 1945, en *New Writing and Daylight*, septiembre de 1945, pág. 13. Para los artículos de SS sobre literatura alemana, véase, por ejemplo, «Hölderlin, Goethe and Germany», *Horizon*, octubre de 1943, donde alaba a Goethe en particular por escribir «literatura mundial», influida por la literatura inglesa (especialmente Shakespeare) e influir a su vez en la literatura inglesa. <<

[130] Curt Riess, «We Must Win Another Battle in Germany; That battle is re-education of the people and there are no *short* cuts to victory», *The New York Times*, 20 de mayo de 1945. <<

[131] Citado en Humphrey Carpenter, *W.H. Auden: A Biography*, OUP, 1992, pág. 333. <<

[132] Esto procede de la crónica que James Stern hace de su llegada a Frankfurt en *The Hidden Damage*, pág. 83. <<

[133] Citado en Carpenter, *W.H. Auden*, págs. 256-257. <<

[134] Stern, *The Hidden Damage*, pág. 94. <<

[135] Stern, *The Hidden Damage*, págs. 131, 139. <<

[136] Stern, *The Hidden Damage*, págs. 81, 230. <<

[137] Stern, *The Hidden Damage*, pág. 77. <<

[138] Stern, *The Hidden Damage*, págs. 167, 97. <<

[139] WHA a Tania Stern, citado en Carpenter, *W.H. Auden*, págs. 335, 334; WHA, entrevista inédita para *Time* a cargo de T.G. Foote, 1963, citada en Carpenter, *W.H. Auden*, pág. 335. <<

[140] Para la asignación de zonas, véase MacDonogh, *After the Reich*, introducción, págs. 1-24. <<

[141] Citado en Bessel, *Germany 1945*, pág. 288. <<

[142] Peter Lisagor y Pat Mitchell, «Still a Ban on Fraternizing, but Prophylaxis is Available», *Stars and Stripes*, 7 de junio de 1945. <<

[143] Para el bombardeo de Hamburgo, véase Richard Overy, *The Bombing War*, págs. 334, 336. Para las citas de las cartas de Sybil Thorndike a su marido, Lewis, véase Jonathan Croall, *Sybil Thorndike: A Star of Life*, Haus, 2008, págs. 345-346. <<

[144] Para las cartas de Thorndike a Lewis, véase Croall, *Sybil Thorndike*, págs. 348-349. <<

[145] Mervyn Peake, «The Consumptive, Belsen 1945», en *The Glassblowers: A Collection of Poems*, Eyre and Spottiswoode, 1950. <<

[146] Mervyn Peake a Maeve Peake, citado en Tom Pocock, *The Dawn Came Up*, Collins, 1983, pág. 128; entrevista con Maeve Peake, citada en Pocock, *The Dawn Came Up*, pág. 146. <<

[147] General de brigada Robert McClure a coronel Kehm y coronel William Paley, 19 de febrero de 1945, NARA RG 331, citado en Jay Gladstone, «Separate Intentions: The Allied Screenings of Concentration Camp Documentaries in Defeated Germany in 1945-46», en Toby Haggith y Joanna Newman, eds., *Holocaust and the Moving Image: Representations in Film and Television since 1933*, págs. 50-64, 51, Bernstein, citado en Gladstone, «Separate Intentions», pág. 54. <<

[148] BW, «Billy, How Did You Do It?»: Billy Wilder in Conversation with Volker Schlöndorff, *Arena* series, BBC TV, 1988, citado en Ed Sikov, *On Sunset Boulevard: The Life and Times of Billy Wilder*, Hyperion, 1998, pág. 237. <<

[149] Informe de BW y Davidson Taylor tras una proyección de *KZ* en un cine con cuatrocientas personas en Erlangen el 25 de junio de 1945, citado en Gladstone, «Separate Intentions», pág. 60. <<

[150] Stern, *The Hidden Damage*, pág. 129. <<

[151] Sobre la reputación de la Comisión de Control para Alemania, véase Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 53, Richard Crossman, «A Voice from Berlin», *New Statesman and Nation*, 9 de junio de 1945. <<

[152] Véanse George Clare, *Berlin Days*, Papermac, 1994, págs. 61-66, y Wolfgang Schivelbusch, *In a Cold Crater: Cultural and Intellectual Life in Berlin, 1945-1948*, trad. de Kelly Barry, University of California Press, 1998, pág. 34. <<

[153] Véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*, pág. 35. Schivelbusch también refrenda la opinión de Werner Hahn de que la cultura estalinista bajo Zhdanov era en realidad menos dogmática de lo que parecía. Según Hahn, «la política cultural durante el estalinismo no era, de hecho, política cultural, sino una política que se valía de la cultura como medio estratégico y que, por lo demás, no mostraba ningún interés por su contenido y sus formas. La cultura fue atacada y recibió el golpe» (Werner G. Hahn, *Postwar Soviet Politics: The Fall of Zhdanov and the Defeat of Moderation, 1946-1953*, Cornell University Press, 1982. Véase también David Pike, *The Politics of Culture in Soviet-occupied Germany 1945-1949*, Stanford University Press, 1992). **<<**

[154] Estos comentarios de WHA se citan en Nicolas Nabokov, *Bagazh: Memoirs of a Russian Cosmopolitan*, Atheneum, 1975, págs. 220-221. <<

[155] Citado en Nabokov, *Bagazh*, pág. 225. <<

[156] Citado en Nabokov, *Bagazh*, pág. 225. <<

[157] WHA, «Memorial for the City», en Edward Mendelson, ed., *Collected Poems of W H. Auden*, Faber, 1976. <<

[158] SS, *European Witness: Impressions of Germany in 1945*, Hamish Hamilton, 1946, pág. 9. <<

[159] Goronwy Rees, *A Bundle of Sensations: Sketches in Autobiography*, Chatto & Windus, 1960, pág. 174. <<

[160] Rees dice a Spender lo que ha visto: Rees, *A Bundle of Sensations*, págs. 183-184. Spender da cuenta de esta conversación *en European Witness*, pág. 15. <<

[161] SS, *European Witness*, págs. 23-24. <<

[162] SS, *European Witness*, págs. 33, 35. <<

[163] KM a Katia Mann, 1 de julio de 1945, KM Archives; SS, «September Journal», *Horizon*, octubre de 1939. <<

[164] SS, «September Journal». <<

[165] Curtius, citado en SS, «Rhineland Journal», *Horizon*, diciembre de 1945. <<

[166] Para el trato que los aliados dispensaron a los judíos en Alemania, véase Grossmann, *Jews, Germans and Allies*. **<<**

[167] SS, «Rhineland Journal», *Horizon*, diciembre de 1945. **<<**

[168] Varios oficiales le dicen que simpatizaban con los nazis: SS, *European Witness*, pág. 73; Dagerman, *German Autumn*, pág. 66. <<

[169] Para los cuestionarios, véase MacDonogh, *After the Reich*, pág. 345. Sobre emborrachar a los solicitantes, véase Harold D. Hurwitz, *Die Stunde Null der deutschen Presse: Die amerikanische Pressepolitik in Deutschland 1945-1949*, Verlag Wissenschaft und Politik, 1972, pág, 38. Una vez borrachos, los solicitantes también tenían que escribir ensayos. <<

[170] SS, *European Witness*, pág. 97. <<

[171] En octubre de 1928, en «Die geistige Internationale» [El espíritu internacional], Curtius reflexionó sobre los diez años transcurridos desde el final de la primera guerra mundial y afirmó con esperanza que «empieza a florecer una conciencia de espíritu comunitario europeo, que nace de la experiencia de penalidades en común» (E.R. Curtius, «Die geistige Internationale», *Die Böttcherstrasse*, octubre de 1928). **<<**

[172] EM, «Das befreite Berlin», julio/agosto de 1945, en *Blitze über Ozean: Aufsätze, Reden, Reportagen*, Irmela von der Lühe, ed., Rowohlt Tb Verlag, 2001. <<

[173] PdeM a HS, 15 de julio de 1945, PdeM Archive. <<

[174] PdeM a HS, junio de 1944, PdeM Archive. <<

[175] KM., *The Turning Point*, pág. 86. <<

[176] Representación especial de *Der Parasit*: «Berliner Bühnen», *Berliner Zeitung*, 14 de julio de 1945. <<

[177] PdeM a HS, 15 de junio de 1945, PdeM Archive. <<

[178] Rees, *A Bundle of Sensations*, pág. 192. <<

[179] PdeM a HS, julio de 1945t, PdeM Archive. <<

[180] James Gavin a MG, 5 de julio de 1945, MG Archive; Gavin a MG, 1 de agosto de 1945, MG Archive; Gavin a MG, 10 de julio de 1945, MG Archive. <<

[181] Sobre la magnitud de la destrucción material, véase Curt Riess, *The Berlin Story*, Frederick Muller, 1953, pág. 38. Para las condiciones en la ciudad en general, véase MacDonogh, *After the Reich*: Enfermedades (pág. 98); muertes a causa del tifus (pág. 113); mortalidad en la ciudad (pág. 118); retirada de las vacas (pág. 111). Para estimaciones del número de mujeres violadas en Alemania, véase Grossmann, *Jews, Germans and Allies*, pág. 49. <<

[182] Gavin a MG, 8 de agosto de 1945, MG Archive. Sobre los muertos soviéticos, véase Hitchcock, *Liberation*, pág. 131. <<

[183] Conversación telefónica entre MD y su madre, en Riva, *A Woman at War*, pág. 85; Gavin a MD, 30 de agosto de 1945, MD Archive. <<

[184] Informe sobre la Conferencia de Potsdam, julio-agosto de 1945: **http://germanhistorydocs.ghi-dc.org/docpage.cfm?docpage_id=2976**.
<<

[185] «Die ergebnisse der Berliner Konferenz», *Berliner Zeitung*, 4 de agosto de 1945. Supervivencia cotidiana: véase Riess, *The Berlin Story*, págs. 36-37. Para los aplausos a la obra de Brecht, véase Ruth Andreas-Friedrich, *Battleground Berlin: Diaries, 1945-1948*, trad. de Anna Boerresen, Paragon House, 1990, pág. 82. Para la reconstrucción, véase Ian Buruma, *Year Zero: A History of 1945*, Penguin, 2013, pág. 283. <<

[186] KM a Hermann Kesten, 11 de agosto de 1945, en KM, *Briefe und Antworten*, GO, «You and the Atomic Bomb», *Tribune*, 19 de octubre de 1945. <<

[187] Gavin a MG, 15 de agosto de 1945, MG Archive. <<

[188] Gavin a MG, 30 de agosto de 1945, MG Archive. <<

[189] BW hablando con el cámara en un avión que sobrevuela Berlín, citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 244. <<

[190] Literalmente, «agujero del culo». Insulto equivalente a «imbécil», «gilipollas». *(N. del T.)*. <<

[191] Sikow, *On Sunset Boulevard*, pág. 246. <<

[192] Memorándum escrito por BW, citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 246. <<

[193] BW, Memorándum para la División de Control de la Información sobre «Propaganda through Entertainment», 16 de agosto de 1945, en Ralph Willett, *The Americanization of Germany, 1945-1949*, Routledge, 1988, págs. 42, 40. <<

[194] BW, «Propaganda through Entertainment». **<<**

[195] Cuando el Cuartel General Aliado fue disuelto el 13 de julio de 1945 desapareció también la División de Guerra Psicológica y de sus operaciones se encargaron la británica Sección de Control de los Servicios de Información y la División de Control de la Información (ICD) y el Servicio de Control de la Información (ICS), ambos estadounidenses. McClure era ahora jefe tanto de la ICD como del ICS. El personal siguió siendo el mismo en su mayor parte. Véase **http://www.erwinslist.com/Files/History%20Ipdf**. **<<**

[196] «Austere Press, Radio is Planned for Germany», *The New York Times*, 3 de mayo de 1945. <<

[197] Sobre el asunto de las raciones, véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*, pág. 42; Treber, *Mythos Trümmerfrauen*, pág. 217. <<

[198] Para una elucidación más extensa de este argumento, véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*, pág. 81. <<

[199] Declaración de la *Kulturbund zur demokratischen Erneuerung Deutschlands*, citada en Eric Carter, «Culture, History and the National Identity in the Two Germanies since 1945», en Mary Fulbrok, ed., *German History since 1800*, pág. 438. Sobre la desconfianza de los británicos y los norteamericanos, véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*, pág. 52. **<<**

[200] Paul Rilla, «Eine Kleine Stadt: Thornton Wilders Schauspiel im Deutschen Theater», *Berliner Zeitung*, 7 de agosto de 1945; Nicolas Nabokov, *Old Friends and New Music*, Hamish Hamilton, 1951, pág. 261. <<

[201] Nabokov, *Old Friends and New Music*, pág. 262-263. <<

[202] Gavin a MG, agosto de 1945, MG Archive. <<

[203] Para un estudio de las contradicciones implícitas en la gobernación compartida de Alemania, así como de las distintas actitudes de las cuatro potencias ante las reparaciones (que preocupaban a Gavin, como hemos visto), véase Hans-Peter Schwarz, «The Division of Germany, 1945-1949», en Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, vol. 1, Cambridge University Press, 2010. <<

[204] Gavin a MG, 5 de septiembre de 1945, MG Archive. <<

[205] MD a Maria Riva, citado en Maria Riva, *Marlene Dietrich*, pág. 567; Gavin a MG, 10 de julio de 1945, MG Archive. <<

[206] MD a Rudi Sieber, 27 de septiembre de 1945, citado en Riva, *Marlene Dietrich*, pág. 573. <<

[207] Gavin a MD, 2 de octubre de 1945, MD Archive. **<<**

[208] MG, diario, 3 de octubre de 1945, MG Archive. <<

[209] MG, anotación en su diario, 10 de octubre de 1945, MG Archive. <<

[210] MG a Gavin, sin fecha, 1945, MG Archive. **<<**

[211] Véase Wilfred Byford-Jones, *Berlin Twilight*, Hutchinson, 1947, pág. 21. Tasa de tuberculosis: «Tuberculosis up in Reich», 25 de octubre de 1945, *The New York Times*. Escasez de medicinas: «Lack of Medicines in Berlin Scored», 15 de octubre de 1945, *The New York Times*. **<<**

[212] Las raciones en la zona estadounidense: «German Rations Cut in U.S. Zone», *The New York Times*, 6 de octubre de 1945. Las raciones en la zona británica: Hitchcock, *Liberation*, pág. 196 («poco más de 1000 calorías»). «Mala cosecha» (resultado de los daños ocasionados a las tierras de labranza, la pérdida de animales, la falta de fertilizantes y de maquinaria agrícola, el éxodo de los trabajadores agrícolas extranjeros y muchas lluvias a finales de agosto): Bessel, *Germany 1945*, págs. 333-334. Mortalidad: MacDonogh, *After the Reich*, pág. 497. <<

[213] Escasez de velas y bombillas: Riess, *The Berlin Story*, pág. 41. Absurdidad de las estatuas: Clarissa Churchill, «Berlin Letter», *Horizon*, marzo de 1946. <<

[214] John Dos Passos, Tour *of Duty: In the Year of Our Defeat*, Houghton Miffin, 1946, pág. 325. <<

[215] Rees, *A Bundle of Sensations*, pág. 197. <<

[216] Rees, *A Bundle of Sensations*, pág. 185. <<

[217] Mortalidad infantil en el sector británico: Judt, *Postwar*, pág. 22. **<<**

[218] Barney Oldfield, citado en Riva, *A Woman at War*, págs. 74-75. <<

[219] MG y MD juntas en un avión, véase Shirer, *End of a Berlin Diary*, pág. 206; MD a Rudi Sieber, 9 de octubre de 1945, citado en Riva, *Marlene Dietrich*, pág. 574. <<

[220] MG a Gavin, sin fecha, MG Archive. <<

[221] MG a Gavin, sin fecha, MG Archive. <<

[222] MG, «82nd Airborne, Master of the Hot *Spots*», *Saturday Evening* Post, 23 de febrero de 1946. <<

[223] MG, «82nd Airborne, Master of the Hot *Spots*». **<<**

[224] Citado en Moorehead, *Martha Gellhorn*, pág. 291. <<

[225] Gavin a MG, 1 de agosto de 1945, MG Archive. <<

[226] *British Zone Review*, diciembre de 1945, citado en Kurt Jürgensen, «The Concept and Practice of "Re-education" in Germany 1945-50», en Pronay y Wilson, eds., *The Political Re-education of Germany*, pág. 88. <<

[227] PdeM, «Through the Dead Cities», *New Statesman*, 14 de junio de 1945. <<

[228] Alan Ross, «German gun site», «Occupation», «Occupation troops», en *The Derelict Day: Poems in Germany*, John Lehman, 1947. **<<**

[229] SS, *European Witness*, pág. 236-237. <<

[230] SS, *European Witness*, pág. 77. <<

[231] SS, «Rhineland Journal», *Horizon*, diciembre de 1945. <<

[232] HJ a Cicely Jennings, 30 de septiembre de 1945, en Kevin Jackson, ed., *The Humphrey Jennings Film Reader*, Carcanet, 1993. <<

[233] Alan Ross, «Hamburg: Day and Night», en *The Derelict Day*. **<<**

[234] *British Zone Review*, diciembre de 1945, citado en Jürgensen, «The Concept and Practice of "Re-education" in Germany», en Pronay y Wilson, eds., *The Political Re-education of Germany*, pág. 88. <<

[235] SS, en James Goldsmith, ed., *Stephen Spender: Journals 1939-1983*, Faber and Faber, 1985, pág. 71; SS, *European Witness*, pág. 219. <<

[236] SS, *European Witness*, pág. 23. <<

[237] SS, *European Witness*, pág. 240. <<

[238] Walter von Molo, carta abierta, agosto de 1945, citada en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 94. <<

[239] TM, «Warum ich nicht nach Deutschland zurückgehe» [Por qué no vuelvo a Alemania], *Aufbau*, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, págs. 100-102. <<

[240] Frank Thiess, «Die innere Emigration», citado en Brockmann, *German Literary Culture*, págs. 98-99; Johannes Becher a Frank Thiess, 26 de enero de 1946, en Becher, *Briefe*, Aufbun Verlag, 1993; TM, diario, 18 de septiembre de 1945, en Peter de Mendelssohn e Inge Jens, eds., TM, *Tagebücher*, S. Fischer, 1977. <<

[241] TM, diario, 7 de noviembre de 1933, en TM, *Tagebücher*; TM, discurso, 13 de octubre de 1943, en *Thomas Mann's Addresses Delivered at the Library of Congress*, pág. 29. <<

[242] Edwin Redslob, *Tagesspiel*, 23 de octubre de 1945, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 102; Otto Flake, *Badener Tageblatt*, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 103. <<

[243] Herbert Lestiboudois, carta abierta a Frank Thiess, *Neue Westfälische Zeitung*, 22 de enero de 1946; GM a Eva Herrmann, 7 de enero de 1946, en Lahma Tilmann y Kathrin Lüssi, eds., Golo Mann, *Briefe 1932-1992*, Wallstein, 2006. <<

[244] Alan Ross, «Lüneberg», en *The Derelict Day*. <<

[245] EM, «They Who Live by the Sword», *Liberty*, 27 de octubre de 1945. <<

[246] EM a KM, 20 de octubre de 1945, EM Archive. <<

[247] Dos Passos, Tour *of Duty*, págs. 244, 296. <<

[248] Dos Passos, Tour *of Duty*, pág. 298. <<

[249] «Commission on Responsibility of the Authors of the War and on the Enforcement of *Penalties*: Report Presented to the Preliminary peace Conference», 29 de marzo de 1919 (véase *The American Journal of International Law*, 14:1/2 [1920], págs. 99-154). <<

[250] Artículo 6c de la Carta de Nuremberg, citado en Geoffrey Robertson, *Crimes Against Humanity: The Struggle for Global Justice*, New Press, Londres, 2006, pág. 190. <<

[251] Informe del juez Jackson al presidente sobre Atrocidades y Crímenes de Guerra, 7 de junio de 1945, **http://avalon.law.yale.edu/imt/imt_jackol.asp**. <<

[252] Francis Biddle, *In Brief Authority*, Doubleday, 1962, pág. 380. <<

[253] EM, «They Who Live by the Sword». <<

[254] Dos Passos, Tour *of Duty*, pág. 301. <<

[255] Dos Passos, Tour *of Duty*, págs. 301-302. **<<**

[256] Actas del Juicio de Nuremberg, 21 de noviembre de 1945, The Avalon Project, **http://avalon.law.yale.edu/imt/11-21-45.asp**. **<<**

[257] Actas del Juicio de Nuremberg, 21 de noviembre de 1945. <<

[258] Actas del Juicio de Nuremberg, 21 de noviembre de 1945. <<

[259] Shirer, *End of a Berlin Diary*, págs. 307, 301; Dos Passos, Tour *of Duty*, págs. 306, 441, 304. <<

[260] PdeM a Hilde Spiel, 26 de noviembre de 1945, PdeM Archive. <<

[261] *The New York Times*, 23 de noviembre de 1945, citado en Ann y John Tusa, *The Nuremberg Trial*, Macmillan, 1983, pág. 160; EM, manuscrito de un artículo con el epígrafe «KZ films», 29 de noviembre de 1945, EM Archive. <<

[262] EM, manuscrito de un artículo con el epígrafe «KZ films». <<

[263] David Low, «The Londoner’s Diary», *Evening Standard*, 19 de diciembre de 1945. <<

[264] «Alemania, Alemania sin nada», parodia del primer verso del himno nacional alemán: «*Deutschland, Deutschland, über alles*», « Alemania, Alemania por encima de todo». *(N. del T.)*. <<

[265] Poema anónimo, en Manfred Malzah, *Germany 1945-1949: A Sourcebook*, Routledge, 1991; PdeM, «The Nuremberg Reckoning», *New Statesman*, 25 de noviembre de 1945; citado en Shirer, *End of Berlin Diary*, pág. 346. <<

[266] EM, emisión radiofónica, 19 de diciembre de 1945, EM Archive; capitán Sam Harris, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 169; Francis Biddle, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 170. <<

[267] La frase de Erika Mann se inspira en otra que es de uso común en inglés: «*too little and too late*», es decir, «demasiado poco y demasiado tarde». *(N. del T.)*. <<

[268] Francis Biddle, Notas sobre la Conferencia, Biddle Papers, Syracuse University NY, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 118; muchos criticaban a Biddle: Documentos de la Oficina del Lord Canciller, Archivo Público, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 117; EM a TM, 24 de marzo de 1946, EM Archive. <<

[269] Biddle, *In Brief Authority*, pág. 423. <<

[270] Estilo de baile que estuvo de moda durante la era del swing, entre 1935 y 1945 aproximadamente. *(N. del T.)*. <<

[271] EM a Lotte Walter, 3 de febrero de 1946, EM Archive. <<

[272] Dr. Bergold a Kempner, 7 de enero de 1946, Jackson Papers, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 222. <<

[273] François de Menthon, Actas del Juicio de Nuremberg, 17 de enero de 1946, The Avalon Project, **http://avalon.law.yale.edu/imt/01-17-46.asp**. <<

[274] Discurso de François de Menthon. <<

[275] Discurso de François de Menthon. <<

[276] Biddle, *In Brief Authority*, pág. 407; Hans Frank, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 189. <<

[277] Discurso de François de Menthon; diez años antes de que Europa mirase cara a cara a sus muertos judíos. Véase el epílogo de Tony Judt «From the House of the Dead: An Essay on Modern European Memory», en su *Postwar*, págs. 803-831. <<

[278] Norman Birkett a la señora Cruesmann, 20 de enero de 1946, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 223. En 1940 Erika y Klaus Mann ya habían anunciado que existía «la culpa colectiva, el fracaso colectivo», y que, de hecho, debían reconocer con pesar que «el pueblo alemán debía aceptar colectivamente el peso de su culpa», EM y KM, *The Other Germany*, pág. 187. <<

[279] Citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 39. <<

[280] Hannah Arendt a Karl Jaspers, 9 de julio de 1946, en Hannah Arendt y Karl Jaspers, *Correspondence 1926-1969*, ed. de Lotte Kohler y Hans Saner, trad. de Robert y Rita Kimber, Harcourt Brace Jovanovich, 1992. <<

[281] Hannah Arendt, «Organised Guilt and Universal Responsibility», publicado en Estados Unidos en enero de 1945 y en Alemania en 1946, en Hannah Arendt, *The Jew as a Pariah: Jewish Identity and Politics in the Modern Age*, Grove Press, 1978, pág. 228. <<

[282] Arendt, «Organised Guilt and Universal Responsibility», pág. 235. <<

[283] Karl Jaspers a Hannah Arendt, 28 de octubre de 1945, en Arendt y Jaspers, *Correspondence*. <<

[284] Karl Jaspers, conferencia, agosto de 1945, citada en Suzanne Kirkbright, *Karl Jaspers: A Biography: Navigations in Truth*, Yale University Press, 2004, pág. 193; GM a Erich von Kahler, 29 de agosto de 1945, en Golo Mann, *Briefe*. <<

[285] Jaspers a Arendt, 2 de diciembre de 1945, en Arendt y Jaspers, *Correspondence*. <<

[286] Arendt a Jaspers, 17 de agosto de 1946, en Arendt y Jaspers, *Correspondence*; Arendt, «Organised Guilt and Universal Responsibility», págs. 229, 236. <<

[287] Johannes R. Bechet, «Deutschland klagt an!», *Der Aufbau*, enero de 1946, págs. 9, 12, 16, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, págs. 39-40; entrevista de Johannes Becher con William Shirer, 8 de noviembre de 1945, citada en Shirer, *End of a Berlin Diary*, págs. 186-187. <<

[288] A finales de marzo las raciones ya habían disminuido hasta quedar en 1275 calorías en la zona estadounidense y 1045 en la zona británica (Kathleen McLaughlin, «Germans' Rations Cut in U.S. Zone», *The New York Times*, 30 de marzo de 1946; Ernst Jünger, marzo de 1946, citado en MacDonogh, *After the Reich*, pág. 365. <<

[289] John Dos Passos, «Americans are Losing the Victory in Europe», *Life*, 7 de enero de 1946; Winston Churchill a la Cámara de los Comunes, 5 de junio de 1946, en Robert Rhodes James, ed., *Winston S. Churchill: His Complete* Speeches*, 1897-1963*, vol. VII: 1943-1949, Chelsea House Publishers, Nueva York, 1974, pág. 7352. <<

[290] Winston Churchill, discurso en Fulton, Missouri, 5 de marzo de 1946, en *Winston S. Churchill: His Complete* Speeches, págs. 7290-7291. <<

[291] Albert Speer, diario, 11 de mayo de 1947, en *Spandau-The Secret Diaries*, trad. de Richard y Clara Winston, Ishi Press, 2010. **<<**

[292] Laura Knight, *The Magic of a Line: The Autobiography of Laura Knight*, William Kimber, 1965, pág. 290. <<

[293] Actas del Juicio de Nuremberg, 13 de marzo de 1946, **http://avalon.law.yale.edu/imt/03-13-46.asp**. <<

[294] Actas del Juicio de Nuremberg, 19 de marzo de 1946, **http://avalon.law.yale.edu/imt/03-19-46.asp**; Francis Biddle a Katherine Biddle, 21 de marzo de 1946, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 290. <<

[295] Citado en Knight, *The Magic of a Line*, págs. 288, 287. <<

[296] Laura Knight, diary, LK Archive, págs. 13, 19-20 (la afirmación de Knight de que la motivación de Hitler, incluso en sus primeros tiempos, era el «idealismo» parece un tanto equivocada). <<

[297] Knight, diario, LK Archive. <<

[298] John Wheeler-Bennett, *Friends, enemies, sovereigns*, Macmillan, 1976, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág, 229. Gracias a John Clare y a Rosie Broadley por compartir la anécdota sobre la voltereta. <<

[299] Evelyn Waugh, 1-2 de abril de 1946 en Evelyn Waugh, *Diaries, 1911-1965*, ed. de Michael Davie, Penguin, 1979. <<

[300] LK, diario, LK Archive, pág. 14. Knight escribió en su diario que incluyó la visión de la ciudad devastada «solo por pura emoción estética…, por el color, la composición, el equilibrio y la línea» (pág. 126) y se resistió a una lectura simbólica de la obra. Pero el contraste entre las figuras en la sala del tribunal y la desvaída escena de destrucción que aparece detrás de ellas es demasiado grande para no ser significativo, fuera cual fuese la intención de Knight. <<

[301] En esta lectura estoy en deuda con Lyndsey Stonebridge, que sugiere que, siguiendo la lógica de este cuadro, «al final, la justicia no será ni subsumida bajo un trauma incalculable ni calculada solo desde dentro del derecho, sino imaginada en la ciudad justa» (Lyndsey Stonebridge, *The Judicial Imagination: Writing After Nuremberg*, Edinburgh University Press, 2011, pág. 16). <<

[302] EW a Diana Cooper, 13 de diciembre de 1946, en Artemis Cooper, ed., *Mr Wu and Mrs Stitch: The Letters of Evelyn Waugh and Diana Cooper*, Hodder and Stoughton, 1991; EW a Randolph Churchill, abril de 1946, en Mark Amory, ed., *The Letters of Evelyn Waugh*, Weidenfeld and Nicolson, 1980, pág. 226; EW a Randolph Churchill, abril de 1946, en *Letters of Evelyn Waugh*; EW, diario, 1-2 de abril de 1946, en *Diaries 1911-1965*; EW, citado en Stannard, *Evelyn Waugh*, pág. 163. <<

[303] GO, «Revenge is Sour», *Tribune*, 9 de noviembre de 1945. **<<**

[304] VG a Locker, junio de 1961, citado en Ruth Dudley Edwards, *Victor Gollancz: A Biography*, Gollancz, 1987, pág. 377. <<

[305] VG, «What Buchenwald Really Means», abril de 1945; Ezequiel, 18i, 20; VG, llamamiento a la prensa, septiembre de 1945, citado en Dudley Edwards, *Victor Gollancz: A Biography*, pág. 411. <<

[306] PdeM, extracto en un artículo en *The Observer*, en «Save Europe Now», 21 de enero de 1946 (folleto localizado en el RW Archive); reseña de *A Defeated People, The Daily Telegraph*, 15 de marzo de 1946, en la carpeta de recortes de prensa del BFI, BFI Archive. <<

[307] Ernest Bevin, el certificado se dio a conocer el 2 de abril de 1946, citado en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 21. <<

[308] Harold Nicolson a Vita Sackville-West, 25 de abril de 1946, en Nigel Nicolson, ed., *Diaries and Letters 1945-62*, Collins, 1968; Harold Nicolson, diario, 30 de abril de 1946, en *Diaries and Letters*. **<<**

[309] Harold Nicolson, diario, 1 de mayo de 1946, en *Diaries and Letters*; Harold Nicolson, «Marginal Comment», *Spectator*, 10 de mayo de 1946. <<

[310] Carta de EW, *New Statesman*, 1 de junio de 1946; Waugh apoyó la campaña «Salvad a Europa Ahora», alentado por las escenas que había presenciado en Nuremberg. <<

[311] *Daily* Mail, 3 de julio de 1946, citado en Ina Zweiniger-Bargielowska, *Austerity in Britain: Rationing, Controls, and Consumption, 1939-1955*, Oxford University Press, 2000, pág. 216. <<

[312] *Berliner Zeitung*, 16 de febrero de 1946. **<<**

[313] EM a Lotte Walter, 3 de febrero de 1946, EM Archive; EM, «Inner Immigration» (inédito), octubre de 1946, EM Archive. <<

[314] Tommy o Tommy Atkins es el nombre que se da a cualquier soldado raso del Ejército británico. *(N. del T.)*. <<

[315] EM a TM y Katia, 24 de marzo de 1946; EM a TM y Katia, 10 de enero de 1946, EM Archive. <<

[316] EM, «Citizen Werewolf», *Chicago Daily News*, 19 de mayo de 1946. Erika Mann escribió otro artículo en el que calificaba a algunos funcionarios norteamericanos de corruptos e incluso antisemitas. <<

[317] EM a Katia, 10 de mayo de 1946, KM Archive. **<<**

[318] KM, *The Turning Point*, pág. 357. <<

[319] Walter Karsch, «Sternheims und Gründgens' Wiederkehr», *Der Tagesspiegel*, 5 de mayo de 1946; KM, «Kunst und Politik» [Arte y Política], 17 de abril de 1946, en Uwe Naumann y Michael Toteberg, eds., *Auf Verlorenem Posten: Aufsätze, Reden, Kritiken, 1942-49*, Rororo, 1994. <<

[320] KM, «Kunst und Politik». <<

[321] KM, *The Turning Point*, pág. 62. <<

[322] KM, «La niña mimada de Berlín», junio de 1946, KM Archive. <<

[323] Norman Birkett, 23 de mayo de 1946, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 370. <<

[324] Birkett a Biddle, citado en Biddle, *In Brief Authority*, pág. 421; Biddle, *In Brief Authority*, pág. 457. <<

[325] RW a Harold Ross, 28 de agosto de 1946. Archivo de *The New Yorker*.
<<

[326] RW, «Extraordinary Exile», *The New Yorker*, 7 de septiembre de 1946.
<<

[327] Para el cambio de nombre de West, véase Victoria Glendinning, *Rebecca West: A Life*, Papermac, 1988, pág. 36. <<

[328] Citado en Rollyson, *Beautiful Exile*, pág. 132. <<

[329] RW a Winnie MacLeod, década de 1930, RW Archive (Tulsa); RW a Motley Deakin, 21 de abril de 1980, en Bonnie Kime Scott, ed., *Selected Letters of Rebecca West*, Yale University Press, 2003. <<

[330] Francis Biddle a Katherine Biddle, 30 de julio de 1946, Francis Biddle Collection, Syracuse University Library, citado en Carl Rollyson, *Rebecca West: A Saga of the Century*, Hodder and Stoughton, 1995, pág. 213. <<

[331] Citado en Rollyson, *Rebecca West*, págs. 213, 212; RW to Harold Ross, 28 de agosto de 1946, Archivo de *The New Yorker*. **<<**

[332] Robert Jackson, 26 de agosto de 1946, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 420; RW, «Extraordinary Exile». **<<**

[333] Actas del Juicio de Nuremberg, 27 de julio de 1946, **http://avalon.law.yale.edu/imt/07-27-46.asp**. **<<**

[334] TM al Ministerio de Asuntos Exteriores, citado en Tusa, *The Nuremberg Trial*, pág. 424. <<

[335] Francis Biddle a Katherine Biddle, 6 de agosto de 1946, citado en Rollyson, *Rebecca West*, pág. 214; RW a Emanie Arling, 13 de agosto de 1946, en *Selected Letters of Rebecca West*; H.G. Wells, *H.G. Wells in Love: Postscript to an Experiment in Autobiography*, Faber, 1985, citado en Glendinning, *Rebecca West*, pág. 46; RW a Emanie Arling, 13 de agosto de 1946, en *Selected Letters of Rebecca West*. <<

[336] RW a Emanie Arling, 13 de agosto de 1946, en *Selected Letters of Rebecca West*. <<

[337] Biddle a RW, 8 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke); RWS a Biddle, 29 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke). <<

[338] Biddle a RW, 26 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke); RW a Emanie Arling, 13 de agosto de 1946, en *Selected Letters of Rebecca West*; RW, «Extraordinary Exile». **<<**

[339] RW a Ross, 28 de agosto de 1946, Archivo de *The New Yorker*; Biddle a RW, 26 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke); RW, «Extraordinary Exile»; Biddle a RW, 26 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke). **<<**

[340] Biddle a RW, 19 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke); Biddle a RW, 26 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke); Biddle a RW, 29 de agosto de 1946, RW Archive (Beinecke). <<

[341] RW, «Greenhouse with Cyclamens», en *A Train of Powder*, Virago, 1984, pág. 34; RW a Henry Andrews, s.f., RW Archive (Beinecke). <<

[342] La timidez de RW: RW, diario, 26 de septiembre de 1946, RW Archive (Beinecke). <<

[343] RW, «Eye-Witness Impressions of the Nuremberg Trial», *The Daily Telegraph*, 27 de septiembre de 1946. <<

[344] RW, «A Reporter at Large: The Birch Leaves Falling», *The New Yorker*, 26 de octubre de 1946. <<

[345] RTW, «Last Dramatic Scenes of Nuremberg Trial», *The Daily Telegraph*, 1 de octubre de 1946. <<

[346] MG, «The Paths of Glory», *Collier's*, 9 de noviembre de 1946; MG, *Point of No Return*, publicado con el título de *The Wine of Astonishment*, Bantam, 1949, pág. 184. <<

[347] Biddle no mira a los acusados, atmósfera de agotamiento en la sala del tribunal: MG, «The Paths of Glory»; MG, cuaderno de notas, 30 de septiembre de 1946, MG Archive; la sonrisa de Göring, MG, «The Paths of Glory»; MG, cuaderno de notas, 30 de septiembre de 1946, MG Archive. <<

[348] El tiempo: de RW, «Last Dramatic Scenes», *The Daily Telegraph*, 1 de octubre de 1946; Actas del Juicio de Nuremberg, sentencias, Avalon Project, **http://avalon.law.yale.edu/imt/judgoeri.asp**. **<<**

[349] MG, «The Paths of Glory», *Collier's*, 9 de noviembre de 1946. **<<**

[350] Sobre la importancia de los juicios de Nuremberg para el futuro de las leyes relativas a los derechos humanos, véase Robertson, *Crimes Against Humanity*, págs. 190, 202, 222. Según Robertson, «Nuremberg aparece como un coloso en la evolución de las leyes internacionales sobre derechos humanos precisamente porque su Carta definía los crímenes contra la humanidad y sus procedimientos demostraron por medio de pruebas admisibles y dignas de crédito que tales crímenes habían sido instigados por algunos de los acusados» (pág. 202). <<

[351] RW, «Last Dramatic Scenes». <<

[352] Arno Scholz, «Im Urteil des Volkes: Schuldig!», *Telegraf*, 2 de octubre de 1946. <<

[353] MG, «The Paths of Glory»; RW, «How the War Criminals». Sobre la ejecución de polacos internados por los rusos, véase Geoffrey Roberts, *Stalin's Wars: from World War to Cold War, 1939-1953*, Yale University Press, 2006, págs. 170-171. <<

[354] RW, «Greenhouse with Cyclamens», págs. 69-70. **<<**

[355] RW, diario, 5 de octubre de 1946, RW Archive (Beinecke); RW a su agente, 7 de octubre de 1946, RW Archive (Tulsa); RW, diario, 22 de octubre de 1946, RW Archive (Beinecke). <<

[356] EM, *Spokane Daily Chronicle*, 16 de octubre de 1946, EM Archive; RW, «A Reporter at Large: The Birch Leaves Falling». **<<**

[357] RW, *Time and Tide*, 8 de junio de 1941, citado en Glendinning, *Rebecca West*, pág. 169. <<

[358] RW a Emanie Arling, s.f., RW Archive (Beinecke). **<<**

[359] RW, *Black Lamb and Grey Falcon*, Macmillan, 1942, vol. II, pág. 496. <<

[360] Durante la guerra, los invernaderos debían usarse para producir alimentos en lugar de flores. <<

[361] RW a A.L. Rowse, citado en A.L. Rowse, *Glimpses of the Great*, Methuen, 1985, pág. 128. **<<**

[362] RW, «Greenhouse with Cyclamens», págs. 73-74. <<

[363] RW, «Greenhouse with Cyclamens», pág. 15. <<

[364] RW, «Greenhouse with Cyclamens», págs. 14-15. <<

[365] MG, «The Paths of Glory». **<<**

[366] MG a Betsy Drake, 15 de enero de 1972, MG Archive; MG, *Point of No Return*, pág. 37. <<

[367] Este acto tiene un precedente. Ronald Monson del *Daily Telegraph* había lanzado su coche contra un grupo de alemanes después de visitar Belsen. <<

[368] Gavin a MG, 25 de enero de 1946, MG Archive; MG, *Point of No Return*, págs. 38-39. <<

[369] MG a Eleanor Roosevelt, mayo de 1946, en *The Letters of Martha Gellhorn*; MG a Bernard Berenson, 17 de septiembre de 1953, en *The Letters of Martha Gellhorn*; Gavin a MG, 25 de enero de 1946, MG Archive. <<

[370] MG, *Point of No Return*, pág. 191. <<

[371] MG, *Point of No Return*, págs. 58, 87. <<

[372] MG, *Point of No Return*, págs. 104, 269, 206, 213, 219. <<

[373] MG a Campbell Beckett, 12 de septiembre de 1946, en *The Letters of Martha Gellhorn*; MG, *Point of No Return*, pág. 145. <<

[374] MG, «The Paths of Glory»; MG, *Point of No Return*, págs. 173, 175, 201. <<

[375] VG a Ruth Gollancz, 5 de octubre de 1946, citado en Dudley Edwards, Victor Gollancz, pág. 435. <<

[376] Comercios en ruinas y cadáveres debajo de los escombros: véase Alfred Döblin, *Tales of a Long Night*, University of Michigan, 1984, págs. 280-281; Dagerman, *German Autumn*, pág. 20. <<

[377] VG a Ruth Gollancz, 9 de octubre de 1946, citado en Dudley Edwards, *Victor Gollancz*, pág. 487; la mayoría de los 50 000: esta cifra procede de Bessel, *Germany 1945*, pág. 264 (15 000 eran judíos alemanes, pág. 267); informe de Earl G. Harrison al presidente Truman, publicado en su totalidad en *The New York Times*, 30 de septiembre de 1945, citado en Sollors, *The Temptation of Despair*, pág. 141. <<

[378] Teniente coronel de la fuerza aérea Norman Hulbert, diputado, citado en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 73. **<<**

[379] Dagerman, *German Autumn*, pág. 7. **<<**

[380] VG a *The Times*, publicada el 15 de noviembre de 1946; VG a *The News Chronicle*, publicada el 13 de noviembre de 1946. <<

[381] Zuckmayer en Frankfurt: Carl Zuckmayer, *A Part of Myself*, trad. de Richard y Clara Winston, Secker & Warburg, 1970, págs. 329-390. <<

[382] CZ, *A Part of Myself*, pág. 390. <<

[383] CZ, *A Part of Myself*, pág. 345. <<

[384] CZ, *A Part of Myself*, pág. 381. <<

[385] Visita a Alemania como norteamericano: CZ, *A Part of Myself*, pág. 386; CZ, *Deutschlandberich für das Kriegsministerium der Vereinigten Staaten von Amerika*, Wallstein, 2004, pág. 56. <<

[386] Bernard Lewis a Robert A. McClure, «Suggested Changes in *Die Neue Zeitung*», 26 de abril de 1946, OMGUS/ISD Archive, citado en Gienow-Hecht, «Art is Democracy», pág. 34; Erich Kästner, «Die Augsburg Diagnose» [El diagnóstico de Augsburgo], *Neue Zeitung*, 7 de enero de 1946, y Hans Habe, «Tagebuch der *Kultur*», *Neue Zeitung*, 18 de enero de 1946, citado en Gienow-Hecht, «Art is Democracy», pág. 31. <<

[387] En inglés, la expresión «*by the skin of your teeth*» significa, precisamente, «por un pelo». *(N. del T.)*. <<

[388] CZ, *A Part of Myself*, pág. 395. <<

[389] Erich Kästner, citado en Heide Fehrenbach, *Cinema in Democratizing Germany: Reconstructing National Identity after Hitler*, citado en Gienow-Hecht, «Art is Democracy», University of North Caroline Press, 1995, pág. 63; Erich Pommer, 13 de agosto de 1946, *Suddeutsche Zeitung*, citado en Shivelbusch, *In a Cold Crater*, pág. 145. <<

[390] Enno Kind, reseña de *The Murderers are Among Us*, edición berlinesa de *Neues Deutschland*, 17 de octubre de 1946. Sobre la producción de películas en Berlín, véase Dagmar Barnouw, «A Time for Ruins», en Wilfried Wilms y William Rasch eds., *German* Post-*war Films: Life and Love in the Ruins*, Palgrave Macmillan, 2008, págs. 45-60. Sobre la producción de películas británicas, incluida *Tell the Truth*, véase Riess, *The Berlin Story*, Frederick Muller, 1953, págs. 59-60. <<

[391] Futilidad de la desnazificación: CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 139. Hora de aceptación: CZ, *A Part of Myself*, pág. 394-395. **<<**

[392] Visita a una taberna: CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 117. **<<**

[393] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 119. <<

[394] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 120. <<

[395] Conversaciones de CZ con jóvenes: CZ., *The Past is Myself*, pág. 396. <<

[396] VG, *In Darkest Germany*, Victor Gollancz Ltd., 1947, pág. 64. <<

[397] VG, *In Darkest Germany*, págs. 18-19. <<

[398] En marzo un periódico de Stuttgart alabó la «amabilidad de esta personalidad firme y resuelta». En Gran Bretaña, George Orwell expresó su esperanza de que «todo el que tenga acceso a un ejemplar eche al menos un vistazo» a este «brillante ejemplo de periodismo cuyo propósito es dar una sacudida al público de este país para que adquiera cierta conciencia del hambre, las enfermedades, el caos y la insensata mala administración que imperan en la zona británica» («Orwell in *Tribune*», 17 de enero de 1947, en Paul Anderson, ed., en *Orwell in Tribune: As I Please and other Writings, 1943-1947*, Methuen, 2008, pág. 351). De modo parecido, el crítico del *Observer* anunció que resultaba difícil no «contagiarse de la bondad entusiasta del combativo autor», al tiempo que insistía en que de los 23 millones de personas de la zona británica no eran más de tres millones las que vivían en condiciones como las que describía Gollancz («German Road», *The Observer*, 26 de enero de 1947). **<<**

[399] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 5. <<

[400] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 55. <<

[401] Karl Jaspers a Hannah Arendt, 1 de enero de 1947, en Arendt y Jaspers, *Correspondence*. **<<**

[402] CZ, *Deutschlandbericht*, págs. 82, 71, 74, 79, 74. <<

[403] VG, *In Darkest Germany*, pág. 99; CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 43.
<<

[404] CZ, *Deutschlandbericht*, págs. 164, 165, 75, 76. <<

[405] Jaspers a Arendt, 19 de marzo de 1947, en *Correspondence*. Sobre las intenciones británicas y norteamericanas de formar una bizona y no exigir reparaciones, véanse Judt, *Postwar*, págs. 124-125, y Schwarz, «The Division of Germany», en Leffler y Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, págs. 166-167; Truman al Congreso, marzo de 1947, citado en Frances Stonor Saunders, *Who paid the piper?: the CIA and the Cultural Cold War*, Granta, 1999, pág. 25. <<

[406] Judt sitúa en este momento el comienzo de la guerra fría: véase Judt, *Postwar*, pág. 124; George Marshall, Informe sobre la Cuarta Reunión del Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, Moscú, 28 de abril de 1947, **http://avalon.law.yale.edu./20th_century/decade23.asp**.; George Marshall, discurso, junio de 1947, citado en Hitchcock, *Liberation*, pág. 156. <<

[407] John Hynd, citado en MacDonogh, *After the Reich*, pág. 251; Brian Robertson, instrucción dada en la Conferencia de Comisarios Regionales, 18 de mayo de 1947, citada en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 152; citado en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 152. **<<**

[408] JCS 1779, julio de 1947, en Velma Hastings Cassidy, ed., *Germany, 1947-1949, The Story in Documents*, University of Michigan Library, 1950, págs. 33-41. <<

[409] George Marshall, discurso en Harvard, 5 de junio de 1947, véase **http://www.marshallfoundation.org/library/doc_marshall_plan_*speech*. html**. <<

[410] Véase William L. Hitchcock, «The Marshall Plan and the Creation of the West», en Leffler y Westad, eds., *The Cambridge History of the Cold War*, págs. 155-159. <<

[411] El 16 de abril de 1947, Bernard Baruch, estadista norteamericano que en enero había dimitido de su cargo de representante de Estados Unidos en la Comisión Atómica de la ONU, pronunció un discurso ante la asamblea legislativa del estado de Carolina del Sur en el que declaró: «No nos engañemos: nos encontramos hoy en medio de una guerra fría», citado en *The New York Times* el 17 de abril de 1947; el columnista Arthur Krock utilizó la frase en el *New York Times* el 12 de octubre de 1947. <<

[412] HS, *The Dark and the Bright: Memoirs, 1911-1989*, trad. de Christine Shuttleworth, Ariadne Press, 2007, págs. 222-223. <<

[413] Alonzo Grace, «Out of the Rubble: An Address on the Reorientation of the German People», sin fecha, OMGUS/RG260/NARA, citado en Stonor Saunders, *Who paid the piper*?, pág. 19. <<

[414] Algunos opinaron que los títulos de la lista eran demasiado intelectuales: dos editores que visitaron Alemania el año siguiente se quejaron de que algunas de las novelas seleccionadas eran «incomprensibles para el alemán medio», «Report and Recommendations on Publishing in the British Zone of Germany», por Desmond Flower M.C. (director de Cassell & Co.) y Mervyn Horder (director de Duckworth & Co.), 25 de marzo de 1947 (PRO, FO 1056/8). En general, sin embargo, a los británicos les pareció bien que sus esfuerzos culturales influyeran principalmente en la elite, y Raymond Gauntlett, jefe de Relaciones Públicas/Grupo de Control de Servicios de Información (RP/CSI), sostuvo que «el esfuerzo debe concentrarse en los líderes o posibles líderes», dado que «podemos influir parcialmente en la mayoría, pero influir decisivamente en la minoría es algo que solo podemos esperar», jefe de RP/Grupo de CSI al gobernador militar, 23 de marzo de 1948, Archivo Público, Ministerio de Asuntos Exteriores 1056/124. Véase Rhys W. Williams, Stephen Parker y Colin Riordan, eds., con Helmuth Peitsch, *German Writers and the Cold War 1945-1961*, Manchester University Press, 1992. Para un análisis más detallado de la importancia que daban los británicos a la reeducación de la elite, véase Gabriele Clemens, *Britische Kulturpolitik in Deutschland 1945-1949: Literature, Film, Musik und Theater*, Franz Steiner, 1997, pág. 55. <<

[415] Rhys Williams, «“The selections of the Committee are not in accord with the requirements of Germany”: Contemporary English Literature and the selected book scheme in the British zone of Germany (1945-1950)», en Alan Bance, ed., *The Cultural Legacy of the British Occupation in Germany: The London Symposium*, H.-D. Heinz, 1997, págs. 110-138. Para «Ro-Ro-Ro», véase Malzahn, *Germany 1945-1949: A Sourcebook*, págs. 205-206. Para una lista de los libros traducidos durante la ocupación, véase Hansjörg Gehring, *Amerikanische Literaturpolitik in Deutschland 1945-1953: Ein Aspekt des Re-Education-Programms*, Oldenbourg, 2010, págs. 115-126. Para los aspectos prácticos de la edición de libros y periódicos, véase Edward C. Breitenkamp, *The U.S. Information Control Division and Its Effect on German Publishers and Writers 1945-1949*, University Station, 1953, pág. 74. <<

[416] Citado en Geoffrey Skelton, *Paul Hindemith, The Man Behind the Music*, Gollancz, 1975, pág. 219. <<

[417] Véase MacDonogh, *After the Reich*, pág. 221. **<<**

[418] EM, carta al director, *Herald Tribune*, 13 de junio de 1947. **<<**

[419] Véase Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 187 (y véase Brockmann en general para un análisis extenso del concepto de la «hora cero»). <<

[420] *PEN News*, mayo-junio de 1942, pág. 3. <<

[421] *PEN News*, julio de 1945, pág. 10. <<

[422] TM, mensaje al pueblo alemán, 23 de mayo de 1947, citado en Hans Burgin y Hans-Otto Mayer, eds., *Thomas Man: A Chronicle of His Life*, University of Alabama, 1965, pág. 215. <<

[423] *PEN News*, julio de 1947, pág. 3. <<

[424] Winston Churchill a Anthony Eden, 21 de octubre de 1942, citado en Judt, *Postwar*, pág. 302. <<

[425] «Conference for the Establishment of the United Nations Educational, Scientific and Cultural Organisation», noviembre de 1945, véase **http://unesdoc.unesco.org/images/0011/001176/117626e.pdf**. **<<**

[426] SS, discurso en *Rencontres internationales de Genève*, septiembre de 1946, véase **http://www.rencontres-int-geneve.ch/volumes_pdf/rigor.pdf**.
<<

[427] SS, «The Intellectuals and the Future of Europe», *The Gate/Das Tor*, enero-marzo de 1947, págs. 2-9. <<

[428] SS, «The Intellectuals and the Future of Europe». <<

[429] SS, «The Intellectuals and the Future of Europe». Al utilizar la palabra «re-educación», Spender se refería conscientemente a la política aliada de reeducación en Alemania. **<<**

[430] «PEN and UNESCO», *PEN News*, 144, julio de 1946, pág. 13, y «UNESCO», *PEN News*, 150, julio de 1947, pág. 11. Véase también, SS, «Can Unesco Succeed», *Fortnightly*, marzo de 1947. <<

[431] Esta carta del director de una fábrica de Pensilvania iba dirigida a la Reorientation Branch of the US Civil Affairs Division. El autor se quejaba de que «los soldados norteamericanos y muchos alemanes verán una obra escrita por un comunista, basada en el tema de que los fabricantes estadounidenses producían pertrechos y aviones defectuosos durante la guerra y ponían en peligro la vida de sus propios hijos». El jefe de la Reorientation Branch, coronel Hume, estuvo de acuerdo en que la obra era perniciosa y la retiró de cartel. El resultado fue que *Todos eran mis hijos* no se representó en Alemania hasta 1950. Véase Gehring, *Amerikanische Literaturpolitik*, pág. 70-71. <<

[432] HS, *The Dark and The Bright*, pág. 226. **<<**

[433] Stephan Hermlin, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 152. Sobre la conferencia en general, véanse Brockmann, *German Literary Culture*, y la transcripción de la conferencia en Ursula Reinhold y otros, eds., *Erster Deutscher Schriftstellerkongress, 4-8 Oktober 1947*, Aufbau, 1999. <<

[434] Véanse Giles Scott-Smith y Hans Krabbendam, eds., *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-60*, Frank Cass, 2003, pág. 295. <<

[435] Citado en Brockmann, *German Líterary Culture*, pág. 153. **<<**

[436] Véase Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 154. <<

[437] Elisabeth Langgässer a Waldemar Gurian, 21 de octubre de 1947, en Elisabeth Langgässer, *Briefe 1924-1950*, Claasen, 1990. La prohibición de la Kulturbund fue el resultado de una serie de complicadas maniobras burocráticas (véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*, págs. 97-104), pero en esencia representó las suspicacias que infundía en los británicos y los norteamericanos una organización que, a su modo de ver, promovía activamente el comunismo. <<

[438] Melvin Lasky, «Berlin Letter», *Partisan Review*, noviembre-diciembre de 1947. <<

[439] Elisabeth Langgässer a Wilhelm Lehman, 10 de diciembre de 1945, en Langgässer, *Briefe*; Langgässer a Henry Goverts, 17 de marzo de 1946, en *Briefe*; Karl Jaspers a Hannah Arendt, 19 de abril de 1947, en Arendt y Jaspers, *Correspondence, 1926-1969*. <<

[440] La obra de Wolfgang Borchert *Draussen von der Tür* [Fuera de la puerta] también se representó en noviembre y comentaba la situación de Alemania en la posguerra. <<

[441] Preocupación de las autoridades norteamericanas, sentimiento de pertenencia a Alemania, CZ, *A Part of Myself*, pág. 401. <<

[442] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 126. <<

[443] CZ, *A Part of Myself*, pág. 402. <<

[444] CZ, *The Devil's General and Germany: Jekyll and Hyde*, trad. de Sebastian Haffner Continuum International, 2005, págs. 13, 9, 21, 8. <<

[445] CZ, *The Devil’s General*, págs. 47, 48, 34. <<

[446] CZ, *The Devil's General*, págs. 28, 63, 52. **<<**

[447] CZ, *The Devil’s General*, págs. 81, 81, 84, 76. <<

[448] CZ, *Deutschlandbericht*, pág. 43; ZM, *A Part of Myself*, pág. 43. <<

[449] Douglas Sirk, en *Sirk on Sirk: Conversations with John Halliday*, Faber, 1997, pág. 90. <<

[450] Esta opinión la expuso también el novelista más joven Heinrich Böll (todavía desconocido) en su novela *Kreuz ohne Liebe* [Cruz sin amor], escrita en esa época. El protagonista, Christoph, es un soldado antinazi que está convencido de que Alemania ha sido puesta en manos del diablo para siempre. «El diablo posee todo el poder de este mundo y un cambio de poder es solo un cambio de rango entre diablos, de eso estoy seguro». Los aliados pueden vencer a los alemanes con sus «suelas de caucho y sus latas de *Spam*», pero nunca comprenderán qué significa que caigan sobre ti sus bombas al mismo tiempo que te mancilla un estado diabólico. Por consiguiente, no pueden liberar a los alemanes de su maldición satánica (Heinrich Böll, *Kreuz ohne Liebe*, Kiepenheuer & Witsch, 2003, págs. 285-286). <<

[451] El *Fausto* de Goethe continúa experimentando placer (especialmente placer sexual con Gretchen y otras mujeres), pero esto es pasajero; ha hecho un pacto con Mefistófeles por el cual si alguna vez experimenta la clase de felicidad trascendental que le hace anhelar que determinado momento continúe, el diablo tomará posesión de su alma. <<

[452] Johann Wolfgang von Goethe, *Faust: The First Part of the Tragedy*, trad. de David Constantine, Penguin, 2005, pág. 57; TM, *Doctor Faustus: The Life of the German Composer Adrian Leverkühn as Told by a Friend*, trad. de John E. Woods, *Vintage* International, 1999, pág. 265. **<<**

[453] Otros modelos obvios de Leverkühn son Adorno y Schönberg. Véase Ehrhard Bahr, *Weimar on the Pacific: German Exile Culture in Los Angeles and the Crisis of Modernism*, University of California Press, 2007, para un estudio de las influencias de Mann. <<

[454] TM, *Doctor Faustus*, pág. 264. <<

[455] TM, *Doctor Faustus*, págs. 483, 490, 501. **<<**

[456] Para un debate sobre si deberíamos tomarnos literalmente al diablo o no, véase Susan Von Rohr Scaff, «Doctor Faustus», en Ritchie Robertson, ed., *The Cambridge Companion to Thomas Mann*, Cambridge University Press, 2001, págs. 168-184. Según Rohr Scaff, lo que define la pecaminosidad de Leverkühn no es tanto lo que hace sino quién es (pág. 174); TM, *Doctor Faustus*, págs. 94, 6, 11. En su ensayo «Germany and the Germans» Mann señaló que «si Fausto debe ser el representante del alma alemana, tendría que ser musical, porque la relación del alemán con el mundo es abstracta y mística, esto es, musical». <<

[457] Mann escribe que la idea central de la novela es «la huida de las dificultades de la crisis cultural hacia el pacto con el diablo, el anhelo de una mente orgullosa, amenazada por la esterilidad, de un desbloqueo de las inhibiciones a toda costa, y el paralelo entre la euforia perniciosa que termina en colapso y el frenesí nacionalista del fascismo» (TM, *The Story of a Novel*, trad. de Richard y Clara Winston, Knopf, 1961, pág. 30). <<

[458] TM, *Doctor Faustus*, págs. 259, 317. <<

[459] «Embelesado con Eissi. Guapísimo con su traje de baño. Encuentro muy natural enamorarme de mi hijo», TM, diario, 5 de julio de 1920, en TM, *Diaries, 1918-1939*, trad. de Richard y Clara Winston, Harry N. Abrams, 1982. <<

[460] TM, *Doctor Faustus*, págs. 184, 33. <<

[461] TM, diario, 9 de febrero de 1945, en *Tagebücher*; TM, diario, 25 de febrero de 1945, en *Tagebücher*; TM, diario, 2 de abril de 1945, en *Tagebücher*; TM, diario, 4 de abril de 1945, en *Tagebücher*. <<

[462] TM, diario, 14 de mayo de 1945, en *Tagebücher*; TM, *Doctor Faustus*, págs. 267, 184, 474. <<

[463] TM, *Doctor Faustus*, págs. 268, 33, 183. <<

[464] TM, *Doctor Faustus*, pág. 33; TM a Paul Amann, citado en Clark, *Beyond Catastrophe*, pág. 101. Clark señala que por medio de Zeitblom Mann ironizaba sobre la tendencia de los alemanes a ver sus conflictos de conciencia como algo insólitamente noble y profundo. Para un análisis de la autorreflexividad de la novela y la poca fiabilidad de Zeitblom como narrador, véase Martin Swales, «The over-representation of history? Reflections on Thomas Mann’s Doktor Faustus», en Fulbrook y Swales, *Representing the German Nation*, Manchester University Press, 2000, págs. 77-90; TM, *Doctor Faustus*, págs. 317, 185; TM, diario, 1 de enero de 1946, en *Tagebücher*. <<

[465] TM a Max Rychner, 26 de octubre de 1947, en *Letters of Thomas Mann*, ed. y trad. de Richard y Clara Winston, Alfred A. Knopf, 1971; TM, entrevista, *Die Welt*, 20 de mayo de 1947, en Hansen, *Frage und Antwort*; TM al decano de la facultad de filosofía de la Universidad de Bonn, 28 de enero de 1947, en *Letters of Thomas Mann*. <<

[466] TM, *Doctor Faustus*, pág. 475. <<

[467] TM a Walter Kolb, 4 de enero de 1948, en *Letters of Thomas Mann*; Victor Sell, «Doktor Faustus», *Die Wandlung*, 3:5, citado en Clark, *Beyond Catastrophe*, pág. 111 (véase también Clark para un resumen de reseñas); Walter Boehlich, «Thomas Mann's Doktor Faustus», *Merkur*, 10, 1948, págs. 588-603. <<

[468] TM, *Doctor Faustus*, págs. 515 505, 506. <<

[469] SB, *Force of Circumstance*, trad. de Richard Howard, Penguin, 1975, pág. 144; SB a Nelson Algren, 31 de enero de 1948, en Sylvie Le Bon de Beauvoir, *Transatlantic Love Affair: Letters to Nelson Algren*, New Press, 1998. <<

[470] Louis Aragon, *Les Désastres de la guerre*, citado en Martin Schieder, *Im Blick des Anderen: Die Deutsch-Französischen Kunstbeziehungen 1945-1959*, Akademie Verlag, 2005, pág. 37. Para más información sobre la política cultural francesa, véase Daniela Högerle, *Propaganda oder Verständigung: Instrumente französischen Kulturpolitik in Südbaden, 1945-1959*, Peter Lang, 2013; Stefan Zauner, *Erziehung und Kulturmission: Frankreichs Bildungspolitik in Deutschland 1945-1949*, Oldenbourg Verlag, 1994. <<

[471] *Samedi Soir*, 1945, citado en Annie Cohen-Solal, *Sartre: A Life*, trad. de Anna Cancogni, Pantheon Books, 1988, pág. 263; citado en Carole Seymour-Jones, *A Dangerous Liaison: Simone de Beauvoir and Jean-Paul Sartre*, Century, 2008, pág. 353. <<

[472] JPS, *Being and Nothingness*, trad. de Hazel Estella Barnes, Simon and Schuster, 1992, págs. 802, 51, 116. <<

[473] JPS, *The War Diaries*, trad. de Quintin Hoare, Pantheon Books, 1985, pág. 182; JPS conferencia en Nueva York, primavera de 1945, citada por Ronald Aronson, *Camus and Sartre: The Story of a Friendship and the Quarrel that Ended It*, University of Chicago, 2004, pág. 54. <<

[474] Wolfgang Harich, *Tägliche Rundschau*, 9 de enero de 1948. <<

[475] Para esta interpretación de la política pro rusa de los franceses, véase Schivelbusch, *In a Cold Crater*. **<<**

[476] SB a Algren, 31 de enero de 1948, en *A Transatlantic Love Affair*. <<

[477] SB a Algren, 31 de enero de 1948 (domingo por la mañana), en *A Transatlantic Love Affair*. <<

[478] SB a Algren, 31 de enero de 1948, en *A Transatlantic Love Affair*. <<

[479] Alexander Dymschitz, 30 de noviembre de 1947, citado en Alfred Betschart, «Sartre und *Die Fliegen in Berlin* 1948», **http://www.sartre.ch/Verger.pdf**, pág. 17. **<<**

[480] SB a Algren, 31 de enero de 1948 (martes), en *A Transatlantic Love Affair*; Friedrich Luft, citado en Betschart, «Sartre und *Die Fliegen*»; HS, reseña en *Die Welt*, en HS, *The Dark and The Bright*, pág. 232. **<<**

[481] JPS, *The Flies* y *In Camera*, trad. de Stuart Gilbert, Hamish Hamilton, 1946, págs. 7, 15, 15. <<

[482] JPS, *The Flies*, págs. 21, 32, 43, 99, 78. <<

[483] JPS. *The Flies*, pág. 44. <<

[484] Alfons Steinberger, en «Jean-Paul Sartre in Berlin: Discussion of *The Flies*», *Verger*, 1:5, 1948, págs. 109-123 (reimpresión: **http://www.sartre.ch/Verger/pdf**). **<<**

[485] JPS, en «Jean-Paul Sartre in Berlin». <<

[486] M. Theunissen, en «Jean-Paul Sartre in Berlin». **<<**

[487] JPS, en «Jean-Paul Sartre in Berlin»; JPS, «Cahiers pour une moral», Gallimard, 1983, pág. 487, citado en Steven Cromwell, ed., *The Cambridge Companion to Existentialism*, Cambridge University Press, 2013, pág. 46; JPS, *Anti-Semite and Jew*, trad. de George Joseph Becker, Schocken, 1948, pág. 148. <<

[488] SB a Algren, 31 de enero de 1948 (martes), en *A Transatlantic Love Affair*. <<

[489] JPS, «“Wir sind alle Luthers Opfer”: Spiegel-Gesprach mit Jean-Paul Sartre», *Spiegel*, 20 de mayo de 1960. **<<**

[490] Sobre traducciones de Sartre al alemán, véase Marieluise Christadler, «Der französische Existentialismus und die deutschen Intellektuellen in der Nachkriegszeit», en Asholt Wolfgang y otros, eds., *Frankreich ein unverstandener Nachbar 1945-1990*, Romanistischer Verlag, 1990, págs. 224-238. <<

[491] BB, *Die Dreigroschenoper*, representada por primera vez en Berlín en 1928. <<

[492] BW según recuerda John Woodcock en J.M. Woodcock, «The Name Dropper», *American Cinemeditor*, 39:4, invierno de 1989/1990, pág. 15, citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 272. **<<**

[493] Los actores engordaron en Italia: véase Peter Brunette, *Roberto Rossellini*, Oxford University Press, 1987, pág, 77. <<

[494] BW hablando con John Lund, citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 277. <<

[495] La visión neorrealista de las mismas ruinas de Berlín que ofreció Rossellini contenía un mensaje más directo. La mayoría de las versiones de *Alemania, año cero* empiezan con la afirmación de que «cuando una ideología se aparta de las leyes eternas de la moral y de la caridad cristiana, que constituyen la base de la vida de los hombres, forzosamente terminará como locura criminal». La voz en *off* induce a pensar que por medio de la visión objetiva del sufrimiento quizá pueda enseñarse a los niños a amar otra vez. <<

[496] Para una datación detallada del guión de Wilder, véase Sollors, *The Temptation of Despair*, pág. 249. <<

[497] Véase Sollors, *The Temptation of Despair*, para un análisis de la simpatía de Wilder para con la Alemania de la posguerra. Sollors analiza varios borradores del guión de Wilder y arguye que los cambios que hay en él son paralelos al cambio de las actitudes norteamericanas ante Alemania, que pasaron de una postura punitiva a una de colaboración (pág, 253). **<<**

[498] Para una crónica de la enemistad entre Brecht y Mann, véase Hans Mayer, «Thomas Mann and Bertolt Brecht: Anatomy of an Antagonism», *New German Critique*, vol. 6, págs. 101-115. Conversación en inglés: TM, diario, 30 de mayo de 1948, en *Tagebücher*. <<

[499] BB, «On Thinking about Hell», en BB, *Poems, 1913-1956*, ed. de John Willett, trad. de Ralph Manheim, Routledge, 1979. Para una descripción del paisaje y geografía de Los Ángeles, véase Otto Friedrich, *City of Nets: A Portrait of Hollywood in the 1940s*, University of California Press, 1997. <<

[500] SB, 25 de febrero de 1947, en *America Day By Day*, University of California, 1999, pág. 109; SB, 27 de febrero de 1947, en *America Day By Day*, University of California, pág. 121. **<<**

[501] TM, *The Story of a Novel: the Genesis of Dr Faustus*, trad. de R. y C. Winston, Knopf, 1961, pág. 64; TM a Erich von Kahler, 8 de julio de 1940, en *Letters of Thomas Mann*. <<

[502] TM a Hermann Hess, 14 de mayo de 1942, en *Letters of Thomas Mann*. <<

[503] Susan Sontag, «Pilgrimage», *The New Yorker*, 21 de diciembre de 1987. <<

[504] Katia Mann, en Katia Mann: *Unwritten Memories*, Knopf, 1975, pág. 120. <<

[505] Lista de los tres escritores vivos más grandes: TM, «The bourgeoisie fell for the Nazis and Fascism», entrevista a cargo de Corrado Pizzinelli, en *Sera*, 1 de agosto de 1947, en Hansen, *Frage und Antwort*. <<

[506] TM, diario, 1 de febrero de 1948, en *Tagebücher*. <<

[507] TM, diario, 29 de marzo de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 4 de abril de 1948, en *Tagebücher*. <<

[508] EM a Lotte Walter, diciembre de 1947, EM Archive. <<

[509] TM, diario, 4 de abril de 1945, en *Tagebücher*; TM, diario, 6 de noviembre de 1946, en *Tagebücher*. Véase también: TM, «Communism-an empty word», *San Francisco Chronicle*, 23 de noviembre de 1947, sobre la incomprensión del comunismo en Estados Unidos; TM, entrevista en *Die Welt*, 20 de mayo de 1947, en Hansen, *Frage und Antwort*; TM, diario, 3 de octubre de 1947, en *Tagebücher*; TM a Agnes Mayer, 10 de octubre de 1947, en *Letters of Thomas Mann*; TM a Ida Hertz, 26 de octubre de 1947, en *Letters of Thomas Mann*. **<<**

[510] *The New York Times*, 13 de enero de 1948; Herbert Morrison, citado en «Britain to Russia», *The New York Times*, 13 de enero de 1948; George P. Hays, citado en «Clay's Aid Firm on Stay in Berlin», *The New York Times*, 13 de enero de 1948; TM, diario, 21 de enero de 1948, en *Tagebücher*. **<<**

[511] *The Times*, 23 de enero de 1948; TM, diario, 25 de enero de 1948, en *Tagebücher*. <<

[512] TM, diario, 9 de febrero de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 10 de marzo de 1948, en *Tagebücher*. <<

[513] TM, diario, 7 de marzo de 1948, en *Tagebücher*. <<

[514] «The Text of President Truman’s Address to the Joint Session of the Congress», *The New York Times*, 18 de marzo de 1948. **<<**

[515] Sobre el mariscal Vasily Sokolovsky, véase Richard Collier, *Bridge Across the Sky: The Berlin Blockade and Airlift, 1948-1949*, Mcgraw Hill, 1978, pág. 4; «Soviet Quits Berlin Council. Lays Rift to Western Allies», *The New York Times*, 21 de marzo de 1948. <<

[516] «Russians Cancel Meetings of Berlin Control Groups», *The New York Times*, 23 de marzo de 1948. <<

[517] TM, diario, 26 de marzo de 1948, en *Tagebücher*; «All Germany in a State of Tension», *The New York Times*, 28 de marzo de 1948; «Moscow Radio Avers End of Berlin Control Council», *The New York Times*, 1 de abril de 1948; «Berliners' Fears of Clash Increase», *The New York Times*, 3 de abril de 1948. <<

[518] «Soviet-British Plane Collision Kills 15: Russia Apologizes», *The New York Times*, 6 de abril de 1948; TM, diario, 11 de abril de 1948, en *Tagebücher*; discusión con Heinrich: TM, diario, 14 de febrero de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 1 de mayo de 1948, en *Tagebücher*. <<

[519] KM, «Lecturing in Europe on American Literature», diciembre de 1948, KM Archive. <<

[520] KM, «Das Sprach problem», *National-Zeitung* (Sonntags-Beilage), 28 de septiembre de 1947, KM Archive. <<

[521] KM, citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 228. **<<**

[522] TM, *Doctor Faustus*, pág. 406. <<

[523] KM, «Lecturing in Europe»; HS, *The Dark and the Bright*, pág. 235; KM, «Lecturing in Europe». **<<**

[524] Llegada de tanques: «100 Big Soviet Tanks at Berlin, British Say», *The New York Times*, 15 de abril de 1948; «British Discount Tank Move», *The New York Times*, 16 de abril de 1948; bombarderos norteamericanos: «28 Heavy Bombers, Just Arrived from U.S., Are Ordered by Clay to Sortie Over Berlin», *The New York Times*, 16 de abril de 1948; camiones con insulina: «Russians Hold Up Medicines», *The New York Times*, 17 de abril de 1948; «4-Power Berlin Aides in Fruitless Session», *The New York Times*, 8 de mayo de 1948. <<

[525] Christopher Isherwood, diario, 31 de marzo de 1940, en Katherine Bucknell, ed., *Christopher Isherwood Diaries: 1939-1960*, vol. 1, *Vintage*, 2011. <<

[526] TM, 17 de octubre de 1920, en TM, *Diaries 1918-1939*; TM, *The Beloved Returns: Lotte in Weimar*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1969, pág. 65. <<

[527] Véase la descripción de KM de Höfgen como parte de una Alemania que avanza demencialmente hacia la ruina en *Mephisto*, trad. de Robin Smyth, Penguin, 1995, págs. 145-146. <<

[528] TM, diario, 29 de mayo de 1948, en *Tagebücher*; Knopf a TM, citado en el diario, 29 de mayo de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 11 de junio de 1948, en *Tagebücher*. <<

[529] «U.S. Bars Russian Publications from Distribution in German Zone», *The New York Times*, 20 de mayo de 1948; restricción de rutas: «U. S. Restricts Soviet Entry to German Zone in Reprisal», *The New York Times*, 21 de mayo de 1948; petición: «8,663,461 Germans Said to Ask Unity», *The New York Times*, 31 de mayo de 1948. **<<**

[530] TM, diario, 14 de junio de 1948, en *Tagebücher*. <<

[531] TM, diario, 15 de junio de 1948, en *Tagebücher*. <<

[532] Vagones de carbón: «Russian Tightens Berlin Grip; Halts Coal Cars from West», *The New York Times*, 16 de junio de 1948; el representante soviético abandona una reunión: «Russians Walk out of Berlin Meeting», *The New York Times*, 17 de junio de 1948 (el representante se marchó en señal de protesta porque el coronel Frank Howley se había ido y los soviéticos consideraban a su substituto «grosero»). TM, diario, 17 de junio de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 18 de junio de 1948, en *Tagebücher*. <<

[533] Tensión a causa de la moneda: véase Collier, *Bridge Across the Sky*, pág. 34; restricciones a los viajes: «Entry to Soviet Zone Barred», *The New York Times*, 19 de junio de 1948; Aviones de transporte: «West Turns To Air As Soviet Cuts *Off* Berlin Land Links», *The New York Times*, 20 de junio de 1948; TM, diario, 18 de junio de 1948, en *Tagebücher*. **<<**

[534] Prohibición del *jazz*: «Russians Ban Jazz Two Days», *The New York Times*, 21 de junio de 1948; «Churchill Likens Berlin to Munich; Vows Aid to Bevin», *The New York Times*, 27 de junio de 1948. <<

[535] Coronel Frank Howley, citado en Diana Canwell y Jon Sutherland, *The Berlin Airlift: The Salvation of a City*, Pelican, 2008, pág. 38. <<

[536] HS, «Victories», artículo inédito para *New Statesman*, citado en *The Dark and the Bright*, pág. 241; Harold Macmillan a la Cámara de los Comunes, 30 de junio de 1948, citado en «Bevin Bars Any Surrender if Air Supply of the City Causes "Grave Situations"», *The New York Times*, 1 de julio de 1948; George Marshall, citado en «Marshall Asserts U.S. Will "Deal Promptly" With Any Issues-More B-29s Sent», *The New York Times*, 1 de julio de 1948. <<

[537] Sobre Furtwängler, véase MacDonogh, *After the Reich*, pág. 530. <<

[538] TM, diario, 3 de julio de 1948, en *Tagebücher*; TM, diario, 6 de julio de 1948, en *Tagebücher*. <<

[539] Marca registrada de carne en conserva, principalmente de cerdo. *(N. del T.)*. <<

[540] KM, «Lecturing in Europe on American Literature», diciembre de 1948, KM Archive. <<

[541] TM a Theodor Adorno, 12 de julio de 1948, en *Letters of Thomas Mann*. También escribe aquí: «Estoy un poco enfadado con él por haber intentado hacerle eso a su madre»; EM a Alfred Duff Cooper, 27 de agosto de 1948, EM Archive. <<

[542] KM a Otto Eisner, 12 de agosto de 1948, KM Archive. <<

[543] KM, *The Turning Point*, pág. XVII. <<

[544] KM, diario, 19 de febrero de 1933, en *Tagebücher*; KM, diario, 27 de octubre de 1935, KM Archive; KM, diario, 31 de diciembre de 1935, KM Archive; KM, diario, 22 de octubre de 1935, KM Archive. <<

[545] KM, *The Turning Point*, págs. 68, 80. <<

[546] KM, *The Turning Point*, pág. 5. <<

[547] KM, *The Turning Point*, pág. 23. <<

[548] KM, citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 224. <<

[549] TM, diario, 18 de julio de 1948, en *Tagebucher*. **<<**

[550] EM, debate en el ayuntamiento de Stockton, California, 9 de agosto de 1948 (emitido por la American Broadcasting Corporation, el 10 de agosto), texto mecanografiado, EM Archive. <<

[551] EM, debate en el ayuntamiento de Stockton. <<

[552] TM; diario, 10 de agosto de 1948, en *Tagebücher*; Harry Wilde, «Before a New November Putsch? Communist Agent Erika Mann, Stalin's Fifth Column at Work», *Echo der Woche*, 22 de octubre de 1948, EM Archive. <<

[553] Reseña de *Berlín Occidente, New York* Post, 1 de julio de 1948; reseña de *Berlín Occidente, Herald Tribune*, 1 de julio de 1948. <<

[554] Decreto de Política de Información, 20 de julio de 1948, citado en Fay, *Theaters of Occupation*, pág. 87; Stuart Schulberg, «A Letter about Billy Wilder», *Quarterly of Film, Radio and Television*, 7:4, verano de 1953, pág. 435, citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 278. Según Werner Sollors, no existe ninguna fuente digna de crédito para esta cita (*The Temptation of Despair*, pág. 259). Sin embargo, Sollors cita una reveladora carta de 1953 del productor de cine del Plan Marshall Stuart Schulberg que dice que después de ver *Berlín Occidente* en la capital alemana Pommer y el comité de revisión del Gobierno Militar dictaminaron que la película no era apta para espectadores alemanes. Schulberg recordaba que mientras veían la película «nuestra decepción se convirtió en enojo y nuestro enojo, en indignación. Quizá estábamos todos demasiado cerca de la situación; ciertamente carecíamos de la perspectiva despreocupada de Wilder. Pero forzando la objetividad hasta el límite, no podíamos excusar a un director que utilizaba las ruinas para hacer reír, presentaba a oficiales del Gobierno Militar en papeles cómicos y echaba mano de los nazis para arrancar una carcajada extra» (Sollors, pág. 261). <<

[555] Los artistas no querían irse: Gigi Richter, «Berlin Letter», *Horizon*, julio-agosto de 1948. <<

[556] MD a BW, 14 de julio de 1948, MD Archive; *The New Yorker*, citado en Bach, *Marlene Dietrich*, pág. 334. **<<**

[557] HS, diario, 14 de julio de 1948, MD Archive; «Americans Told to *Stop* Mixing With Russians», *The New York Times*, 4 de enero de 1949; HS a su madre, citado en HS, *The Dark and the Bright*, pág. 243. <<

[558] Alexandrov Ensemble: esta fue la segunda actuación en la Berlin Staatsoper (la primera fue el 9 de agosto) y formó parte de una gira más amplia que incluyó actuaciones en Checoslovaquia, Dresde, Weimar, Magdeburgo y Schwerin. El programa consistía en música rusa y música de compositores alemanes, entre ellos Wagner y Schumann. Véase Carl Friedrich, «Ein Fest sowjetischer Volkskunst», *Neues Deutschland*, 11 de agosto de 1948; concierto al aire libre. Este concierto fue organizado por la FDGB (Freier Deutscher Gewerkschaftsbund), la federación sindical germanooriental, que estaba controlada por el SED (Partido Socialista Unificado de Alemania); HS, *The Dark and the Bright*, pág. 244. <<

[559] HS, *The Dark and the Bright*, pág. 244. <<

[560] Rex Warner a Pam Morris, 26 de junio de 1948, citado en Stephen Ely Tabachnik, *Fiercer than Tigers: The Life and Work of Rex Warner*, Michigan State University Press, 2002, págs. 245-246. <<

[561] Cifras: Canwell y Sutherland, *The Berlin Airlift*, pág. 183; detalles procedentes de «Berlin Dichotomy», *New Statesman and Nation*, 21 de agosto de 1948. <<

[562] Sobre la moneda, véase Ruth Friedrich, *Schauplatz Berlin*, Suhrkamp, 1985, págs. 246-248, citado en MacDonogh, *After the Reich*, pág. 529. <<

[563] Gigi Richter, «Berlin Letter». <<

[564] MacDonogh, *After the Reich*, pág. 532. <<

[565] «Four Powers Conference in Berlin On Control of Currency; Lifting of Blockade Studied», *The New York Times*, 1 de septiembre de 1948; Clay, citado en MacDonogh, *After the Reich*, pág. 532; «Four Powers Achieve Further Progress in Berlin Parleys», *The New York Times*, 5 de septiembre de 1948. <<

[566] Ernst Reuter, citado en Collier, *Bridge Across the Sky*, pág. 119. **<<**

[567] Citado en Fay, *Theaters of Occupation*, pág. 99. Sobre los sondeos de opinión, véase también: John Ramsden, *Don't Mention the War: The British and the Germans since 1890*, Little Brown, 2006, págs. 234-236. Sobre los prisioneros de guerra en concreto, véanse Ramsden, pág. 236; Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 30. Aunque se estaba poniendo en libertad a los prisioneros de guerra, hay que señalar que aún había más de tres millones de soldados alemanes prisioneros en Rusia, donde eran utilizados como mano de obra esclava, y que la mayoría de las personas desplazadas de raza judía iban ahora camino de Palestina (Hitchcock, *Liberation*, pág. 338). <<

[568] Becher al congreso del Pen Club, citado en «Re-establishment of the German Centre», en PEN News, 156, agosto de 1948. <<

[569] Cifras: Canwell y Sutherland, *Berlin Airlift*, pág. 119. **<<**

[570] Melvin Lasky a Dwight MacDonald, 10 de octubre de 1947, citado en Stonor Saunders, *Who paid the piper*?, pág. 28. <<

[571] Melvin Lasky, «The Need for a New, Overt Publication», 7 de diciembre de 1947, OMGUS/RG260/NARA, citado en Stonor Saunders, *Who paid the piper*?, pág. 30; Giles Scott-Smith, *The Politics of Apolitical Culture: The Congress for Cultural Freedom, the CIA and* Post-*war American Hegemony*, Routledge, 2001, pág. 91. <<

[572] Alfred Döblin, «Zeitschriftenschau», *Das goldene Tor*, ½, octubre/noviembre de 1946. <<

[573] Bertrand Russell, «Der Weg zum Welstaat», *Der Monat*, octubre de 1948. <<

[574] Drew Mikddfletonk «Sowjet-Russland ohne Propaganda», *Der Monat*, octubre de 1948. <<

[575] James Agee, «Eisensteins letzes Werk», *Der Monat*, 1948. <<

[576] KM a Melvin Lasky, 27 de octubre de 1948, KM Archive; TM, diario, 10 de noviembre de 1948, en *Tagebücher*, incluso cuando Becher fijó su domicilio en Alemania, fue con pasaporte austriaco, toda vez que su esposa, Helene Weigel, era austriaca. <<

[577] BB, diario, 23 de octubre de 1948, en BB, *Journals 1934-1955*, Routledge, 1996; BB, diario, 27 de octubre de 1948, en *Journals*: BB, «Brief an Thomas Mann», en BB, *Gesammelte Werke*, 20 Bände, Band 8 (Taschenbuch, 1968), pág. 478. <<

[578] BB, diario, 11 de noviembre de 1948, en *Arbeitsjournal 1938-1955*, Aufbau-Verlag, 1977; BB, «Aufbaulied der F.D.J.», en Werner Hecht y otros, eds., *Werke*, vol. 15, Gedichte 5, págs. 196-197, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 250. <<

[579] Hope y Berlin: MacDonogh, *After the Reich*, pág. 535. <<

[580] Para *Volkstümlichkeit*, véase Paul Rilla, «Gegen den deutschen Kriegsmythos», *Berliner Zeitung*, 13 de enero de 1949; para Moisés, véase Wolfgang Harich, «Der gemeine Mann had kein' Gewinn», *Tägliche Rundschau*, 14 de enero de 1949; para el formalismo degenerado, véase Fritz Erpenbeck, «Mutter Courage und ihre Kinder», *Vorwärts*, 13 de enero de 1949. Estoy agradecido a Stephen Brockmann por permitirme leer un borrador inédito de la escenificación de 1949 de *Madre Coraje y sus hijos* en su próxima monografía sobre la literatura germanooriental de la posguerra. <<

[581] BB, *Mother Courage and Her Children*, trad. de David Hare, Methuen, 1995, pág. 15. <<

[582] BB, diario, 9 de diciembre de 1948, en *Arbeitsjournal*. **<<**

[583] Hjalmar Schacht, *Account Settled*, Weidenfeld & Nicolson, 1949, pág. 322; BB, diario, 11 de diciembre de 1948, en *Journals*. <<

[584] BB, *Mother Courage*, pág. 79; cifras: MacDonogh, *After the Reich*, pág. 535 (superado solo en crueldad por el invierno de 1946-1947); sobre las entregas, «12,000-Ton Day On the Air Lift», *The Times*, 18 de abril de 1949. <<

[585] Reuter, citado en Collier, *Bridge Across the Sky*, pág. 144; para las elecciones, véase Collier, *Bridge Across the Sky*, pág. 144; Canwell y Sutherland, *Berlin Airlift*, pág. 153: PdeM, «The Berlin Plebiscite», *New Statesman*, 4 de diciembre de 1948. <<

[586] PdeM, «Triple-headed Monstrosity», *New Statesman*, 25 de diciembre de 1948. <<

[587] Truman, citado en «Atlantic Nations Sign Defense Pact», *The New York Times*, 4 de abril de 1949; «Addresses by Foreign Ministers at Signing of North Atlantic Pact», *The New York Times*, 5 de abril de 1949. <<

[588] RW, «Greenhouse with Cyclamens II», en *A Train of Powder*, pág. 151. <<

[589] RW, «Greenhouse with Cyclamens II», pág. 140. <<

[590] RW, «Greenhouse with Cyclamens II», pág. 172; Henry Andrews, informe sobre Alemania, 1949, RW Archive (Tulsa). **<<**

[591] TM, discurso, 2 de mayo de 1949, en *Thomas Mann's Addresses delivered a the Library of Congress*, págs. 108, 129; TM, diario, 19 de agosto de 1948, en *Tagebücher*. <<

[592] Arthur Miller, citado en Saunders, *Who paid the piper?*, pág. 56. **<<**

[593] Francis Biddle a TM, en *Letters of Thomas Mann*, nota a pie de pág. 1 en pág. 576 (obsérvese que Biddle ya no desempeñaba ningún cargo público oficial en Estados Unidos); TM a Francis Biddle, 14 de abril de 1949, en *Letters of Thomas Mann*. <<

[594] TM, rueda de prensa después de la conferencia sobre Goethe, citado en «Mann sees Soviet Bidding for Peace», *The New York Times*, 6 de mayo de 1949. <<

[595] Para reseñas de *Doctor Faustus*, véase Hellmuth Jaesrich «Dr Faustus in Amerika», *Der Monat*, enero de 1949. <<

[596] EM, «Occupation-Trial or Error» (conferencia), octubre de 1948, EM Archive; Bruno Walter, citado en Katia Mann a KM, 22 de noviembre de 1948, KM Archive. <<

[597] KM a EM y Katia Mann, 25 de agosto de 1948, KM Archive; KM, diario, 30 de septiembre, KM Archive. <<

[598] KM, *The Last Day*, manuscrito, capítulo 10, KM Archive; KM, *The Last Day*, capítulo 1. <<

[599] KM, *The Last Day*, capítulo 13, capítulo 18. <<

[600] Atractivo de la muerte: KM, *The Last Day*, capítulo 15. <<

[601] KM, *The Last Day*, capítulo 19. <<

[602] Citado en Weiss, *In the Shadow*, pág. 236; KM, diario, 25 de abril de 1949, KM Archive; KM, 1 de enero de 1949, KM Archive. **<<**

[603] KM, diario, 3 de mayo de 1949, KM Archive; KM a EM, 4 de mayo de 1949, KM Archive. <<

[604] KM a Katia Mann y EM, 15 de mayo de 1949, KM Archive. <<

[605] KM, diario, 17 de mayo de 1949, KM Archive; conferencia en la Biblioteca Wiener de Londres, 18 de mayo de 1949, en «Thomas Mann's Rede in der Wiener Library», Mitteilungsblatt des PEN-Clubs Deutscher Autoren im Ausland, septiembre de 1949, citado en Burgin y Mayer, *Thomas Mann: A Chronicle of his Life*, pág. 225; EM a KM, 17 de mayo de 1949, EM Archive. <<

[606] KM a Katia y EM, 20 de mayo de 1949, KM Archive. <<

[607] TM, 22 de mayo de 1949, en *Tagebücher*; Katia a Heinrich Mann, 24 de mayo de 1949, en Hans Wysling, ed., Don Reneau, trad., *Letters of Heinrich and Thomas Mann, 1900-1949*, University of California Press, 1998. <<

[608] TM a Heinrich Mann, 26 de mayo de 1945, en *Letters of Heinrich and Thomas Mann.* <<

[609] EM, citado en TM a Hans Reisiger, 28 de junio de 1949, citado en Hayman, *Thomas Mann*, pág. 562. <<

[610] KM, *The Last Day*, capítulo 15. <<

[611] TM, diario, 12 de junio de 1949, en *Tagebücher*; EM a Pamela Wedekind, 16 de junio de 1949, EM Archive. <<

[612] TM, diario, 21 de junio de 1949, en *Tagebücher*. **<<**

[613] Decisión de visitar Weimar: TM, diario, 16 de junio de 1949, *Tagebücher*, en una carta a Hermann Hesse Thomas reconoció con tristeza que había contribuido al declive de Klaus: «Mi relación con él era difícil» (6 de junio de 1949, en *Letters of Thomas Mann*). <<

[614] Walter Abendroth, «Leverkühns Musikvorstellung», *Die Zeit*, Hamburgo, 23 de junio de 1949; TM, diario, 23 de julio de 1949, en *Tagebücher*. <<

[615] TM, *Doctor Faustus*, pág. 184. <<

[616] Wilhelm Pieck, citado en Noman Naimark, *The Russians in Germany: A History of the Soviet Zone of Occupation, 1945-1949*, Belknap Press, 1945, pág. 59; «West Awaits Word on Soviet Actions», *The New York Times*, 12 de junio de 1949. <<

[617] TM, «Ansprache im Goethejahr», 1949, en *Gesammelte Werke*, 13 vols., Fischer, 1974, vol. 11, págs. 481-497. <<

[618] Grotewohl, citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 115; Frank Thiess, «Der Weltdeutsche und die “Innere Emigration”», citado en Brockmann, *German Literary Culture*, pág. 106; Friedrich Meinecke, *The German Catastrophe: Reflections and Recollections*, trad. de Sidney B. Fay, Harvard University Press, 1950, págs. 12-21; Karl Jaspers, discurso de aceptación del Premio Goethe, Frankfurt, 1947, reimpreso en «Our Future and Goethe», en Karl Jaspers, *Existentialism and Humanism: Three Essays*, trad. de Hanns E. Fischer, Russell F. Moore, 1952. <<

[619] Para un resumen de la reacción de la prensa, véase la nota a pie de página de Inge Jens en TM, *Tagebücher 1949-1950*, págs. 434-435; EM y KM, *The Other Germany*, págs. XII-XIII, pág. 318. <<

[620] TM, diario, 4 de agosto de 1949, en *Tagebücher*; TM a Emil Preetorius, 20 de octubre de 1949, en Letters of Thomas Mann. <<

[621] Para comentarios sobre el lujo, véase TM, «Germany Today», *The New York Times Magazine*, 25 de septiembre de 1949; RW, «Greenhouse with Cyclamens II», en *A Train of Powder*; TM, «Germany Today». <<

[622] Por firmar el libro de registro después de Hitler, Himmler y Goebbels («toda la camada del diablo», citado en Donald Prater, *Thomas Mann: A Life*, Oxford University Press, 1995, pág. 419; Eugene Kogon, carta abierta en la *Schwäbische Landeszeitung*, 1 de abril de 1949; véase nota a pie de página en TM, *Tagebücher*, 23 de julio de 1949. <<

[623] TM, citado en «Mann Cheered in Weimar», *The New York Times*, 2 de agosto de 1949. <<

[624] Dinero para la iglesia Herder, TM, «Germany Today»; multitudes en las calles: TM a Paul Olberg, 27 de agosto de 1949, en *Letters of Thomas Mann*. <<

[625] TM, diario, 6 de agosto de 1949, en *Tagebücher*. **<<**

[626] Anuncio de la formación de nuevo gobierno: «Dr. Adenauer's Declaration of Policy», *The Times*, 21 de septiembre de 1949; André François-Poncet, citado en Dennis L. Bark y David R. Gress, *A History of West Germany*, 2 vols., vol. I: *From Shadow to Substance 1945-1963*, Blackwell, 1993, pág. 254. <<

[627] Declaración del Congreso del Pueblo, 5 de octubre de 1949, citado en Naimark, *The Russians in Germany*, pág. 59; Pieck, discurso inaugural, citado en «Pieck Is President As East Germans Organize Regime», *The New York Times*, 12 de octubre de 1949. <<

[628] TM, diario, 8 de septiembre de 1949, en *Tagebücher*; escepticismo de Erika: TM, diario, septiembre de 1949, en *Tagebücher*; TM a Reisiger, citado en las notas del apunte en el diario del 8 de septiembre de 1949, en *Tagebücher*; TM, «Germany Today». **<<**

[629] TM, «Germany Today». <<

[630] Cartas a *The New York Times*, 9 de octubre de 1949, 16 de octubre de 1949; TM, diario, 19 de agosto de 1949, en *Tagebücher*; lealtad a Estados Unidos: entrevista en *Frankfurter Rundschau*, reimpresa con el título de «Thomas Mann: Meine Heimat is die deutsche Sprache», en Hansen, *Frage und Antwort*. <<

[631] Enfado continuado de EM: TM, diario, 4 de septiembre de 1949, en *Tagebücher*. <<

[632] KM, «Europe’s Search for a New Credo», *Tomorrow*, 8:10, junio de 1949, KM Archive. <<

[633] KM, «Die Heimsuchung des europäischen Geistes», Deutscher Taschenbuch Verlag, 1973, pág. 132. <<

[634] KM, *The Last Day*, capítulo 19; EM, «Intellectuals» (conferencia), octubre de 1949, EM Archive. **<<**

[635] EM, «Intellectuals». <<

[636] Firmado en el Hotel Petersberg, era conocido oficialmente por el nombre de Tratado de Petersberg. En lugar de prever la prestación de ayuda del Plan Marshall, el tratado permitió a Alemania iniciar negociaciones con Estados Unidos para recibir de forma oficial dicha ayuda. De hecho, venía recibiéndola de forma extraoficial desde 1948. El Consejo de Europa, fundado en mayo de 1949, tenía por objeto fomentar la integración europea y facilitar el progreso económico y social. <<

[637] Konrad Adenauer en una entrevista con Henry Andrews, «Adenauer speaks to Britain: “Your *Full* Co-operarion in Europe is essential”», *The Observer*, 11 de diciembre de 1949. <<

[638] Winston Churchill, citado en Meehan, *A Strange Enemy People*, pág. 268. <<

[639] Véase Detlef Junker, ed., *The United States and Germany in the Era of the Cold War 1945-1999: A Handbook*, German Historical Institute y Cambridge University Press, 2010. Para la cultura popular: Uta G. Poiger, «Cold War Politics and American Popular Culture in Germany», págs. 439-444; para el cine: Daniel J. Leab, «Side by Side: Hollywood and German Film Culture», págs. 457-463; para el teatro: Andreas Höfele, «From Reeducation to Alternative Theater: German-American Theater Relations», págs. 464-471; para influencias cruzadas francesas: Frank Trommler, «A New Start and Old Prejudices: The Cold War and German American Cultural Relations, 1945-63», págs. 371-387; para las bellas artes: Sigrid Ruby, «Fascination, Ignorance and Rejection: Changing Transatlantic Perspectives in the Visual Arts, 1945-1968», págs. 472-479. <<

[640] El pensamiento de West parece aquí un tanto polémico. Desde una perspectiva socialista, podría argüirse que, en realidad, se había puesto la locura y muerte al servicio de la riqueza y el poder y que esto también había sucedido en otros países. <<

[641] Hannah Arendt, «The Aftermath of Nazi Rule», *Commentary*, 1950, págs. 341-353 (pág. 343). <<

[642] MG a Adlai Stevenson, 11 de octubre de 1962, MG Archive; MG a Adlai Stevenson, 26 de diciembre de 1962, MG Archive; MG, diario, 24 de noviembre de 1962, MG Archive. <<

[643] WHA a Hedwig Petzol, 14 de mayo de 1955, WHA Archive; WHA a Elizabeth Mayer, 7 de julio de 1955, WHA Archive; SS, diario, 9 de octubre de 1955, en Stephen Spender, *New Selected Journals 1939-1995*, ed. de Lara Feigel y John Sutherland, Faber, 2012; SS, diario, 7 de julio de 1955, en Spender, *New Selected Journals*. <<

[644] Friedrich, *City of Nets*, pág. 412; informes sobre quemas de libros: Jessica Gienow-Hecht, «American Cultural Foreign Policy Towards Germany, 1949-69», en Junker, *The United States and Germany*, pág. 405; TGM, citado en Lepenies, *The Seduction of Culture*, pág. 201. <<

[645] EM, *The Last Year*, Secker & Warburg, trad. de Richard Graves, 1958, págs. 91, 1; EM a Frau Gamst, 8 de febrero de 1960, en EM, *Briefe und Antworten*. <<

[646] Para las manifestaciones y pancartas, véase Nick Thomas, *Protest Movements in 1960s West Germany: A Social History of Dissent and Democracy*, Berg, 2003, págs. 113-114; Esslin, citado en Thomas, *Protest Movements*, pág. 123. <<

[647] Hans Magnus Enzensberger, discurso pronunciado en Frankfurt en 1968, citado en R. Hinton, Thomas y Keith Bullivant, *Literature in Upheaval: West German Writers and the Challenge of the 1960s*, Manchester University Press, 1974, pág. 46. <<

[648] «Die Rote Armee aufbauen», *Agit 883*, 22 de mayo de 1970, citado en Thomas, *Protest Movements*, pág. 204. <<

[649] Anselm Kiefer, «Building, Dwelling, Thinking», citado en Kathleen Soriano, *Anselm Kiefer*, Royal Academy of Arts, 2014, pág. 22. <<

[650] SS, «The Intellectuals and the Future of Europe», *The Gate/Das Tor*, 1:1, enero-marzo de 1947, pág. 6. <<

[651] UNESCO First General Conference, 20 de noviembre-10 de diciembre de 1946, citado en Fernando Valderrama, *A History of Unesco*, Unesco Publishing, 1995, pág. 25. <<

[652] MG a Betsy Drake, 15 de enero de 1972, MG Archive. Anne-Laure Lyon, amiga de Lee Miller, recordó más tarde que esta sollozaba en su vejez al recordar sus visitas a los campos de exterminio. Miller lamentaba que personas osadas como ella y Lyon a veces se metían en situaciones difíciles sin haberse preparado de antemano y sacaba las fotografías que había tomado en los campos de concentración y que habían permanecido escondidas durante años (Carolyn Burke, *Lee Miller: On Both Sides of the Camera*, Bloomsbury, 2006, pág. 345). <<

[653] Cyril Connolly, «Comment», *Horizon*, diciembre de 1949-enero de 1950, pág. 362. <<

[654] Citado en Bach, *Marlene Dietrich*, págs. 398, 399. <<

[655] *Handlesblatt* (Düsseldorf), 20/21 de mayo de 1960, citado en Bach, *Marlene Dietrich*, pág. 402. <<

[656] Citado en Sikov, *On Sunset Boulevard*, pág. 258. <<